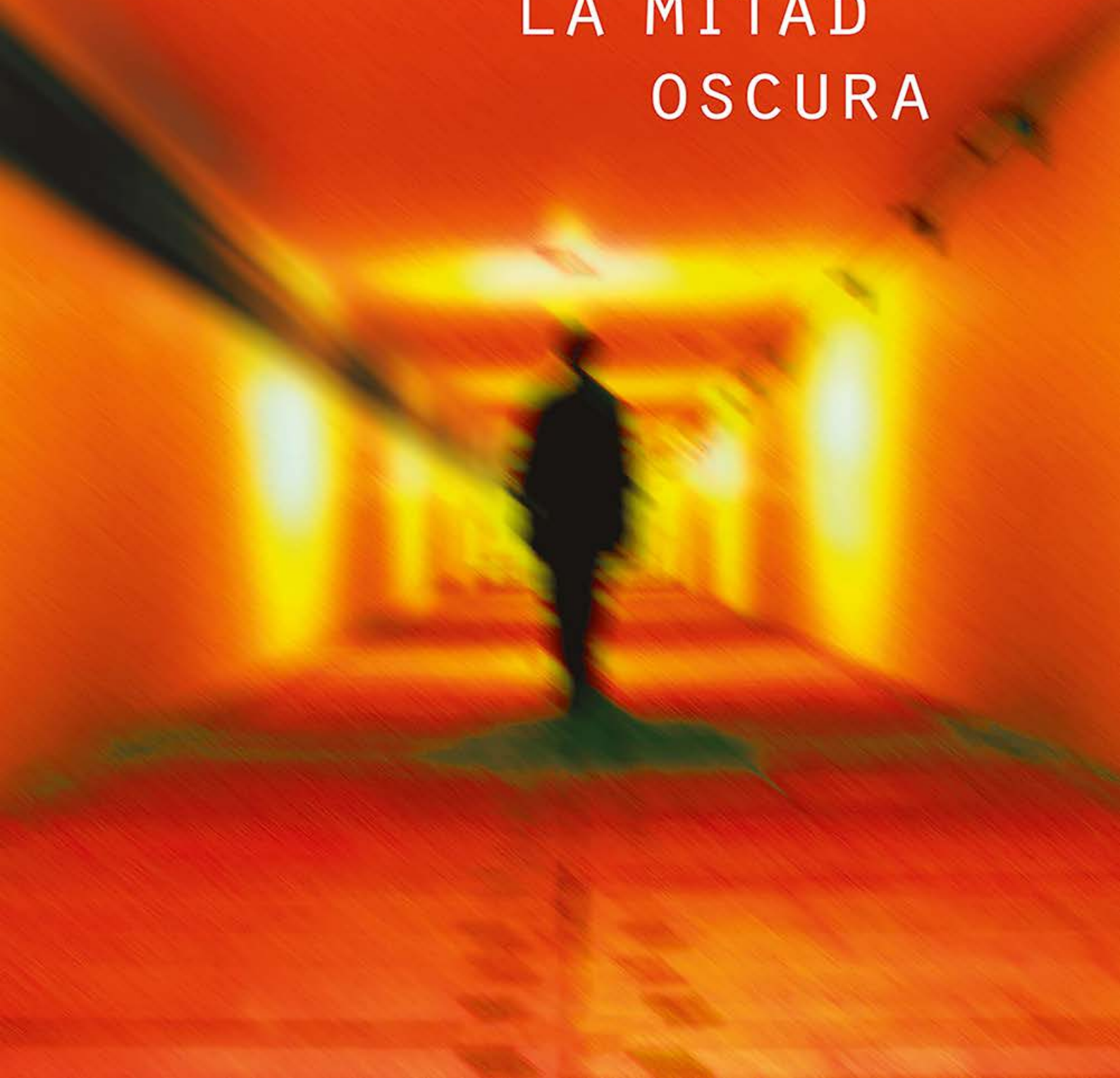


STEPHEN KING

LA MITAD
OSCURA



Cuando Thad Beaumont en pleno bloqueo creativo, después de que su novela *Las súbitas bailarinas* optara al Premio Nacional de Literatura y lo perdiera, decidió seguir los consejos de su mujer y publicar una serie de thrillers retorcidos y sangrientos bajo el seudónimo de George Stark, no pensó, ni por asomo, que le sería tan difícil «deshacerse» de ese otro yo que, no se explicaba cómo, había dejado de ser ficticio. Cuando el comisario Alan Pangborn apareció en su casa acusándole de un brutal asesinato, Thad quería afirmar su inocencia, asegurar que nada tenía que ver con todos esos monstruosos asesinatos cometidos tan cerca de su casa, ni con la retorcida mente que protagonizaba sus novelas policíacas, ni con las llamadas de aquella voz que, obscena y susurrante, le pedía al teléfono que se rindiese. Pero ¿cómo podía explicar que sus huellas ensangrentadas aparecieran por todas partes en la escena del crimen?

Stephen King

La mitad oscura

ePub r1.1

lenny 19.03.15

Título original: *The Dark Half*

Stephen King, 1989

Traducción: Hernán Sabaté

Fotografía de portada: © Tristan Paviot / Getty Images

Editor digital: lenny

ePub base r1.2



A Shirley Sonderegger
que me ayuda a ocuparme de mis asuntos
y a su marido, Peter

NOTA DEL AUTOR

Estoy en deuda con el difunto Richard Bachman por su ayuda e inspiración. Sin él, no se hubiera podido escribir esta novela.

S. K.

PRÓLOGO

—Rájalo —dijo Máquina—. Rájalo mientras estoy aquí mirando. Quiero ver cómo brota la sangre. No me lo hagas decir dos veces.

GEORGE STARK,
Vida de máquina

La vida de las personas —su vida auténtica, en contraposición a la mera existencia física— empieza en momentos diferentes. La vida real de Thad Beaumont, un niño que había nacido y crecido en el barrio de Ridgeway de Bergenfield, New Jersey, empezó en 1960. Durante ese año le sucedieron dos cosas. La primera definió su vida; la segunda, casi terminó con ella. Thad Beaumont tenía por entonces once años.

En enero, envió un relato corto a un concurso literario patrocinado por la revista para adolescentes *American Teen*. En junio, recibió una carta de los editores de la revista en la que se le informaba que su trabajo había sido galardonado con una mención de honor en el apartado de ficción del concurso. La carta añadía que el jurado le habría otorgado el segundo premio si su ficha de inscripción no hubiera dejado constancia de que todavía le faltaban dos años para poderlo considerar un genuino «adolescente americano». Pese a ello, decían los editores, el relato, *Junto a la casa de Marty*, era un trabajo de extraordinaria madurez y merecía sus felicitaciones.

Dos semanas más tarde llegó un diploma de mérito de *American Teen*. Llegó por correo certificado, con acuse de recibo. El diploma llevaba escrito su nombre con una caligrafía inglesa tan enrevesada que apenas pudo descifrarlo, y un sello dorado en la parte inferior con el logotipo de *American Teen* en relieve: las siluetas de un chico con el pelo al cepillo y una chica con coleta de poni bailando un *jitterbug*.

La madre de Thad, un niño tranquilo y formal que no parecía enterarse nunca de nada y que solía tropezar con sus largos pies, abrazó a su hijo y le colmó de besos.

Su padre no pareció impresionado.

—Si el condenado cuento era tan bueno, ¿por qué no se lo han pagado? —gruñó desde las profundidades de su sillón.

—Glen...

—Está bien. Y a ver si ese Ernest Hemingway tuyo me trae una cerveza cuando termines de achucharlo.

La madre no dijo más, pero hizo enmarcar la primera carta y el diploma que siguió, pagando el trabajo con sus propios ahorros, y los colgó en la habitación del pequeño, sobre la cama. Cuando iba un pariente o alguna visita, ella les hacía entrar para que los vieran.

«Algún día Thad será un gran escritor», decía a todo el mundo. Siempre había presentido que a su hijo le esperaba algo grande, y aquella era la primera prueba. Thad sentía vergüenza al escuchar estos comentarios, pero quería demasiado a su madre para decírselo.

Avergonzado o no, el pequeño decidió que su madre estaba en lo cierto, al menos en parte. No sabía si llevaba dentro a un gran escritor pero, en cualquier caso, se dedicaría a escribir. ¿Por qué no? Se le daba bien y, lo que era más importante, disfrutaba haciéndolo.

Cuando las frases le salían redondas, se sentía de maravilla. Además, no siempre podrían negarle el dinero por un tecnicismo. No siempre tendría once años.

El segundo suceso importante que le ocurrió en 1960 empezó en agosto. Fue por entonces cuando se iniciaron los dolores de cabeza. Al principio no eran muy fuertes, pero cuando la escuela empezó de nuevo a primeros de septiembre, los dolores leves y latentes en las sienes y detrás de la frente se habían convertido ya en mórbidas y monstruosas agonías maratonianas. Cuando lo dominaban aquellos dolores de cabeza, lo único que podía hacer era quedarse en cama, con la habitación a oscuras, deseando la muerte. A finales de septiembre, Thad tenía la esperanza de morir; a mediados de octubre, el sufrimiento había aumentado hasta tal punto que el pequeño empezó a temer que no le sobreviniera la muerte.

La aparición de aquellas terribles jaquecas solía ir precedida por un sonido fantasmal que solo él oía; parecía el lejano piar de un millar de pájaros. A veces casi podía ver aquellos pájaros, que le parecían gorriones, apiñándose por docenas en los cables del teléfono y en los tejados como hacían en primavera y en otoño.

Su madre lo llevó a la consulta del doctor Seward.

El doctor le examinó los ojos con un oftalmoscopio y movió la cabeza en un gesto de negativa.

Después, echó las cortinas, apagó la luz e indicó a Thad que fijara la vista en un espacio vacío de la pared de la consulta. Tomó una linterna y la enfocó hacia ella, formando un brillante círculo luminoso, que apagó y encendió rápidamente varias veces mientras Thad lo miraba.

—¿Te sientes raro cuando ves esto, hijo?

Thad negó con un gesto.

—¿No te sientes aturdido, como si fueras a marearte?

Thad repitió el ademán.

—¿Hueles algo? ¿Como a fruta podrida o a trapos quemándose?

—No.

—¿Qué me dices de tus pájaros? ¿Los has oído mientras mirabas el parpadeo de la luz?

—No —insistió Thad, desconcertado.

—Son los nervios —refunfuñó más tarde su padre, mientras Thad aguardaba en la antesala—. Ese condenado crío es un manojo de nervios.

—Creo que es migraña —les dijo el doctor Seward—. No es corriente en una persona tan joven, pero existen antecedentes. Y el muchacho parece muy... intenso.

—Lo es —asintió Shayla Beaumont, no sin un tono de aprobación.

—Bien, tal vez algún día se encuentre algún remedio. Por ahora, me temo que tendrá que seguir padeciéndolas hasta que se le pasen.

—Sí, y nosotros con él —añadió Glen Beaumont.

Pero no se trataba de nervios ni de migrañas, y tampoco se le pasaron.

Cuatro días antes de la noche de Difuntos, Shayla Beaumont oyó que uno de los niños con los que Thad esperaba el autobús escolar cada mañana empezaba a gritar. Cuando se asomó a la ventana de la cocina, vio a su hijo tendido en medio del camino particular de la casa, preso de convulsiones. Junto a él estaba la fiambarrera del almuerzo, con su contenido de fruta y bocadillos esparcido por la superficie asfaltada del camino. Shayla salió corriendo, hizo que los demás niños se apartaran y se quedó de pie junto a su hijo, impotente y temerosa de tocarlo.

Si el gran autobús amarillo que conducía el señor Reed hubiera tardado un poco más en llegar, Thad probablemente habría muerto allí mismo. Pero el señor Reed había sido enfermero en Corea y atinó a echar la cabeza del pequeño hacia atrás para desobstruir las vías respiratorias antes de que se asfixiara con su propia lengua. Thad fue conducido en ambulancia al hospital del condado de Bergenfield donde, casualmente, un doctor llamado Hugh Pritchard estaba en el servicio de urgencias —tomando un café e intercambiando mentiras sobre jugadas de golf con un amigo— cuando el chico ingresó. También casualmente, resultaba que Hugh Pritchard era el mejor neurólogo del estado de New Jersey.

Pritchard pidió que se le hicieran unas radiografías y las examinó. Después las mostró a los Beaumont y les pidió que prestaran especial atención a una sombra difusa que había señalado con un lápiz de cera amarillo.

—Esto —indicó—. ¿Qué es?

—¿Cómo diablos vamos a saberlo? —replicó Glen Beaumont—. ¡El médico es usted, no le fastidia!

—De acuerdo —asintió Pritchard con sequedad.

—Mi esposa dice que fue como si al chico le hubiera dado un telele —añadió Glen.

—Si se refiere a un ataque, así fue, en efecto. Si quiere usted decir un ataque epiléptico, estoy bastante seguro de que no se trata de eso. Un ataque tan agudo como el de su hijo correspondería al *grand mal*, y Thad no ha demostrado ninguna reacción al test de luz de Litton. De hecho, si Thad padeciera el *grand mal* epiléptico, no necesitarían ustedes que ningún doctor se lo revelara, pues lo habrían visto hacer el batutsi en la alfombra del salón cada vez que la imagen del televisor empezara a hacer tonterías.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó Shayla con timidez.

Pritchard volvió a las radiografías colocadas ante la pantalla iluminada.

—¿Que qué es eso? —respondió mientras señalaba de nuevo la zona marcada con el círculo amarillo—. La súbita aparición de dolores de cabeza y la ausencia de ataques previos a ella apuntan, en mi opinión, a que su hijo tiene un tumor cerebral, probablemente pequeño todavía y cabe esperar que benigno.

Glen Beaumont miró al doctor con aire insensible mientras su esposa se ponía en pie a su lado y escondía el llanto tras un pañuelo. Sollozó sin producir el menor ruido, con lágrimas silenciosas que eran el resultado de años de entrenamiento conyugal. Los puños de Glen eran rápidos y dolorosos, casi nunca dejaban señales y, tras doce años de lágrimas calladas, la mujer probablemente no habría sido capaz de gritar, aunque hubiese querido.

—¿Pretende decir que le quiere cortar el cerebro al chico? —preguntó Glen con su tacto y delicadeza habituales.

—Yo no lo expresaría así, señor Beaumont, pero considero necesaria una intervención exploratoria, en efecto —respondió el médico, y pensó para sí: «Si de verdad existe un Dios y nos ha hecho a su imagen y semejanza, no quiero ni pensar por qué andan sueltos tantos hombres como este con el destino de tantas otras personas en sus manos».

Glen permaneció en silencio un largo instante, con la cabeza gacha y el ceño fruncido, reflexionando. Por fin, alzó la vista e hizo la pregunta que más le preocupaba.

—Dígame la verdad, doctor... ¿cuánto va a costar todo esto?

La enfermera ayudante de quirófano fue la primera en verlo.

Su grito sonó agudo y alterado en la sala de operaciones donde, durante los

últimos quince minutos, los únicos ruidos habían sido el murmullo de las órdenes del doctor Pritchard, el siseo de las voluminosas máquinas de soporte vital y el gemido breve y agudo de la sierra de Negli.

La enfermera retrocedió tambaleándose, tropezó con una bandeja de Ross, donde había dos docenas de piezas de instrumental cuidadosamente ordenadas, y la volcó. La bandeja golpeó el suelo embaldosado con un estrépito acompañado por otros tintineos más agudos.

—¡Hilary! —exclamó la enfermera jefe con voz de sorpresa y desconcierto, olvidándose de dónde estaba hasta el punto de avanzar un paso hacia la mujer que huía con la bata verde entreabierta.

El doctor Albertson, el médico asistente, dio un leve puntapié en la pantorrilla a la enfermera jefe.

—Recuerde dónde estamos, por favor.

—Sí, doctor. —La enfermera se volvió al instante, sin mirar siquiera hacia la puerta del quirófano mientras esta se abría de par en par y Hilary hacía mutis, gritando sin cesar como un coche de bomberos con la sirena puesta.

—Coloque el instrumental en el esterilizador —indicó Albertson—. Vamos, vamos, dese prisa.

—Sí, doctor.

La enfermera empezó a recoger los instrumentos entre jadeos, visiblemente azorada pero dominándose.

El doctor Pritchard no parecía haberse percatado de nada y contemplaba con arrebatada atención la abertura que acababa de realizar en el cráneo de Thad Beaumont.

—Increíble —murmuró—. Sencillamente increíble. Esto merecería pasar a los anales de la medicina. Si no lo estuviera viendo con mis propios ojos...

El siseo del esterilizador pareció despertarlo y miró al doctor Albertson.

—Succión —ordenó con aspereza. Se volvió hacia la enfermera jefe y añadió —: ¿Qué diablos está haciendo usted? ¿El crucigrama del periódico? ¡Venga enseguida con todo eso!

La mujer se apresuró a acercarse con el instrumental en una bandeja nueva.

—Dame succión, Lester —dijo Pritchard a Albertson—. Ahora mismo. Luego te enseñaré algo que solo suele verse en las casetas de monstruos de las ferias.

Albertson acercó la bomba de succión a la camilla sin fijarse en la enfermera jefe; esta tuvo que saltar hacia atrás para apartarse y, con destreza, logró mantener en equilibrio el instrumental.

Pritchard miró al anestesista.

—Deme la presión sanguínea, amigo mío. Una buena lectura de la presión, es lo único que pido.

—Está en diez y medio y seis coma ocho, doctor. Estable como una roca.

—Bueno, su madre dice que tenemos aquí a un futuro William Shakespeare, de modo que mantengámoslo así. ¡Succiona, Lester... no le hagas cosquillas con el maldito aparato!

Albertson aplicó succión, despejando de sangre la zona. Al fondo del quirófano, el equipo de monitores emitía sus pitidos rítmicos, monótonos, reconfortantes. De pronto, fue su propia respiración lo que succionaba. Fue como si le hubieran dado un puñetazo en la boca del estómago.

—¡Oh, Dios mío! ¡Jesús! ¡Dios santo! —Albertson se encogió un momento, para volver a acercarse después. Sobre la mascarilla y tras las gafas de concha, abrió unos ojos como platos, brillantes de súbita curiosidad—. ¿Qué es esto?

—Me parece que ya lo ves —replicó Pritchard—. Solo que se necesita un momento para acostumbrarse. He leído acerca de casos como este, pero no esperaba encontrármelos nunca.

El cerebro de Thad Beaumont mostraba el color del borde externo de una concha, un gris intermedio con un levísimo toque rosado.

Sobresaliendo de la fina superficie de la duramadre había un único ojo humano, ciego y deforme. El cerebro latía ligeramente y el ojo con él. Parecía como si tratara de hacerles un guiño. Era esto —la visión del guiño— lo que había hecho huir del quirófano a la enfermera.

—Dios santo, ¿qué es? —preguntó de nuevo Albertson.

—Nada —respondió Pritchard—. En algún momento debió de formar parte de un ser humano vivo, pero ahora no es nada. Nada más que un problema. Afortunadamente, se trata del tipo de problema que podemos solucionar.

El doctor Loring, el anestesista, dijo:

—¿Me da permiso para mirar, doctor Pritchard?

—¿Sigue estable?

—Sí.

—Venga, pues. Es algo digno de contar a los nietos. Pero dese prisa.

Mientras Loring echaba un vistazo, Pritchard se volvió hacia Albertson.

—Dame la Negli. Voy a abrir un poco más. Así podremos explorar. No sé si conseguiré sacarlo entero, pero haré todo lo que pueda.

Les Albertson, en funciones de enfermera jefe, puso la sonda recién esterilizada en la mano enguantada de Pritchard cuando este se la pidió. El cirujano —que ahora tarareaba entre dientes el tema musical de *Bonanza*— actuó sobre la abertura rápidamente y casi sin esfuerzo, mientras consultaba solo de forma esporádica el espejuelo de tipo dental montado al final de la sonda y trabajaba casi exclusivamente al tacto. Albertson explicaría más tarde que nunca había presenciado una intervención sobre la marcha tan escalofriante como

aquella.

Además del ojo, encontraron parte de un tabique nasal, tres uñas y dos dientes. Uno de los dientes presentaba una pequeña cavidad. El ojo siguió latiendo y tratando de hacer guiños hasta el momento en que Pritchard aplicó el escalpelo de aguja para pincharlo primero, y extirparlo a continuación. Toda la intervención, desde la trepanación inicial hasta la extirpación, duró apenas veintisiete minutos. Cinco pedazos de tejido cayeron con un chapoteo en el platillo de acero inoxidable de la bandeja de Ross, junto a la afeitada cabeza de Thad.

—Creo que lo hemos dejado limpio —anunció por fin Pritchard—. Todo el tejido extraño parece conectado mediante unos ganglios rudimentarios y, aunque haya otros cuerpos, es probable que los hayamos neutralizado.

—Pero... ¿cómo puede ser, si el chico aún está con vida? Quiero decir... todo eso es parte de él, ¿no? —preguntó Loring, perplejo.

Pritchard señaló la bandeja.

—Hemos encontrado un ojo, varios dientes y un puñado de uñas en la cabeza del niño y ¿crees que formaban parte de él? ¿Has visto que le falte alguna uña? ¿Quieres comprobarlo?

—Pero incluso el cáncer es parte del paciente...

—Esto no es un cáncer —le respondió Pritchard en tono indulgente. Mientras hablaba, sus manos revoloteaban sobre su obra—. En muchos partos donde la mujer da a luz a un solo hijo, en realidad ha engendrado gemelos, amigo mío. Puede suceder hasta en dos casos de cada diez. ¿Qué sucede con el otro feto? El más fuerte absorbe al más débil.

—¿Lo absorbe? ¿Te refieres a que se lo come? —exclamó Loring. Tenía la tez un poco verdosa—. ¡No me estarás hablando de canibalismo *in utero*!

—Llámalo como quieras. Sucede con bastante frecuencia. Si algún día desarrollan ese aparato de sonografías del que no paran de hablar en las conferencias médicas, podremos descubrir el porcentaje exacto. Pero, sea cual fuere, lo que hemos visto hoy es mucho más raro. Parte del gemelo de este muchacho no fue absorbido y terminó instalándose en el lóbulo frontal. Igual podía haberlo hecho en los intestinos, el bazo, la médula espinal o en cualquier otra parte. Por lo general, los únicos médicos que ven cosas parecidas son los forenses; se descubren en las autopsias y no sé de ningún caso en que el tejido extraño provocara la muerte.

—Entonces, ¿qué ha sucedido aquí? —quiso saber Albertson.

—Por alguna causa, esta masa de tejido, que probablemente era de tamaño microscópico hace un año, empezó a crecer de nuevo. El reloj de crecimiento del gemelo absorbido, que debería haberse detenido definitivamente al menos un mes antes de que la señora Beaumont rompiera aguas, volvió a ponerse en marcha, no

sé cómo, y empezó a hacerlo a marchas forzadas. Lo que sucedió luego no tiene nada de misterioso: la presión craneal por sí sola bastó para provocar los dolores de cabeza del chico y las convulsiones que lo han traído aquí.

Loring asintió y murmuró:

—Sí, pero ¿por qué ha pasado esto?

—Pregúntamelo dentro de treinta años, si para entonces practico algo más que mis golpes de golf —respondió Pritchard, sacudiendo la cabeza—. Hoy por hoy, solo sé que he localizado y extirpado un tumor muy especializado, de un tipo muy poco frecuente. Un tumor benigno. Además, salvo complicaciones, esto es lo único que necesita saber la familia del chico. Al lado del padre, el hombre de Neanderthal parecería un tipo brillante. No me veo capaz de explicarle que he sometido a su hijo de once años a una especie de aborto. Vamos, cerremos ya.

Y, como si se le acabara de ocurrir, añadió con voz suave, dirigiéndose a la enfermera jefe:

—Quiero que despidan ahora mismo a esa estúpida zorra que salió de aquí de estampida. Tome nota, por favor.

—Sí, doctor.

Thad Beaumont dejó el hospital nueve días después de la intervención. Durante los seis meses siguientes experimentó una penosa debilidad en el costado izquierdo del cuerpo y, de vez en cuando, si estaba muy cansado, veía ante sus ojos extraños dibujos de luces destellantes, trazados no del todo al azar.

Su madre le había comprado una vieja máquina de escribir, una Remington 32, como regalo de convalecencia, y estos destellos de luz se producían con más frecuencia cuando estaba encorvado sobre ella un rato antes de acostarse, luchando con la manera de expresar algo o al intentar imaginar la siguiente escena en el relato que estaba escribiendo. Finalmente, también esas luces desaparecieron.

El misterioso sonido del piar fantasmal —el ruido de escuadrones de gorriones batiendo alas— no se repitió nunca más tras la operación.

Thad continuó escribiendo, ganando confianza en sí mismo y puliendo su naciente estilo. Vendió su primer relato —a *American Teen*— seis años después de que empezara su vida real. Si alguna vez recordaba el episodio (lo que cada vez hizo menos con el paso de los años), solo pensaba en la suerte que había tenido de salir con vida.

En esos tiempos pioneros, muchos pacientes sometidos a operaciones cerebrales no fueron tan afortunados como él.

PRIMERA PARTE

COSAS DE LOCOS

Máquina tomó entre sus dedos largos y fuertes un clip y lo extendió lenta y cuidadosamente.

—Sujétale la cabeza, Jack —dijo al hombre situado detrás de Halstead—. Sujétala con fuerza, por favor.

Halstead comprendió lo que Máquina se proponía hacer y empezó a gritar mientras Jack Rangely apretaba sus manazas contra los costados de su cabeza, inmovilizándola. Los gritos resonaron con un eco en el almacén abandonado, cuyo inmenso espacio vacío actuó como un amplificador natural. Halstead parecía un cantante de ópera practicando en una noche de estreno.

—He vuelto —dijo Máquina. Halstead cerró los ojos con fuerza, pero no sirvió de nada. La pequeña varilla metálica atravesó sin esfuerzo el párpado izquierdo y pinchó el globo ocular, que emitió un leve sonido al reventar. Un fluido viscoso, gelatinoso, empezó a rezumar de él—. He vuelto de entre los muertos y no pareces nada contento de verme, ingrato hijo de puta.

GEORGE STARK,
Camino de Babilonia

UNO

QUE HABLE LA GENTE

1

El número del 23 de mayo de la revista *People* era de lo más típico.

La portada presentaba al muerto famoso de la semana, una estrella del *rock and roll* que se había ahorcado en la celda de una cárcel después de ser detenido por posesión de cocaína y diversas drogas asociadas. Las páginas interiores contenían el menú de costumbre: nueve asesinatos sexuales sin resolver en la despoblada mitad occidental de Nebraska, un gurú de comida sana arrestado por pornografía infantil, un ama de casa de Maryland que había cultivado una calabaza que parecía un busto de Jesucristo (siempre, claro está, que uno la mirara con los ojos entornados en una habitación en penumbra), una animosa muchacha parapléjica que se entrenaba para el maratón ciclista de la Gran Manzana, un divorcio en Hollywood, una boda de alto copete en Nueva York, un luchador que se recuperaba de un ataque cardíaco y un cómico llevado ante los tribunales por una demanda de pensión de su ex pareja.

También incluía un artículo sobre un empresario de Utah que había lanzado al mercado una nueva muñeca llamada *¡Yo Mamma!* Supuestamente, *¡Yo Mamma!* tenía el aspecto de «la suegra favorita (?) de cualquiera». Llevaba una cinta incorporada que escupía frases como: «En mi casa, cuando él era pequeño, la cena no se me enfriaba nunca, querida», o: «Tu hermano nunca tiene en cuenta que estoy agotada, cuando vengo a pasar un par de semanas». El verdadero impacto de la muñeca era que para hacerla hablar, en lugar de tirar de una cuerda colocada en la espalda, había que arrear a *¡Yo Mamma!* una soberana patada. «*¡Yo Mamma!* está debidamente acolchada, garantizada contra roturas y diseñada para no dañar paredes ni muebles», decía su orgulloso inventor, el señor Gaspard Wilmot (el cual, según mencionaba de pasada el artículo, había sido procesado

tiempo atrás por evasión de impuestos; más tarde, se le retiró la acusación).

Asimismo, en la página treinta y tres de este entretenido e informativo ejemplar de la primera revista nacional de entretenimiento e información había una columna encabezada por un titular típico de *People*, conciso, expresivo y punzante; «BIO», decía.

—A esta revista —comentó Thad Beaumont a su esposa Liz mientras, sentados uno al lado del otro a la mesa de la cocina, repasaban juntos el artículo por segunda vez— le gusta ir al grano. «BIO». Si no te apetece una «BIO», pasas a la página de «EN APUROS» y te enteras de lo de esas chicas que se están cargando en el corazón de Nebraska.

—Eso no tiene nada de divertido, si te paras a pensarlo —respondió Liz Beaumont, y luego estropeó la frase soltando una risita por lo bajo, tapándose la boca con la mano entrecerrada.

—No es como para echarse a reír, pero en realidad resulta bastante extraño —dijo Thad mientras empezaba a ojear el artículo de nuevo. Al mismo tiempo, se frotó con gesto ausente la pequeña cicatriz blanca en lo alto de su frente.

Como la mayoría de «BIOS» que aparecían en *People*, era el único artículo donde se dedicaba más espacio al texto que a las fotografías.

—¿Lamentas haberlo hecho? —preguntó Liz. Estaba pendiente de los gemelos pero, de momento, los bebés se estaban portando de maravilla y dormían como dos ángeles.

—En primer lugar —contestó Thad—, no lo he hecho yo; lo hemos hecho juntos. «Los dos para uno, y uno para los dos», ¿recuerdas?

Señaló con unos golpecitos la foto de la segunda página del artículo, donde se veía a su esposa ofreciéndole una bandeja de pastelillos y a él sentado ante su máquina de escribir con una hoja en el carro. No había modo de distinguir lo que había escrito en el papel. Mejor así, posiblemente, ya que, si había algo, tenía que ser un galimatías. Escribir siempre le había resultado duro y era incapaz de hacerlo delante de nadie... sobre todo si uno de los mirones resultaba ser una fotografía de la revista *People*. A George le habría resultado mucho más fácil, pero para Thad Beaumont seguía representando un esfuerzo tremendo. Liz nunca se acercaba cuando su marido intentaba —y, a veces, conseguía— hilar unas frases. Nunca le llevaba ni siquiera un telegrama y, aún menos, pastelillos.

—Sí, pero...

—En segundo lugar...

Observó la foto de Liz con los pasteles y a él alzando la vista hacia ella. Los dos aparecían sonrientes. Las sonrisas tenían un aire muy extraño en el rostro de unas personas que, aunque agradables, no se prodigaban en pequeños detalles, como una sonrisa. Recordó la temporada que había trabajado como guía de

excursiones en los Apalaches, por los estados de Maine, New Hampshire y Vermont. En aquellos lejanos días tenía por mascota a un mapache, al que puso el nombre de John Wesley Harding. No había realizado el menor esfuerzo por domesticar a John, ya que el mapache parecía haberse enamorado de él. ¡Ah!, al bueno de J. W. H. también le gustaba echar un traguito en las noches de mucho frío y a veces, cuando tomaba más de un sorbo de la botella, ponía una sonrisa parecida a aquella.

—En segundo lugar, ¿qué?

«En segundo lugar, resulta divertido ver a un hombre que ha sido candidato al Premio Nacional de Literatura y a su esposa sonriéndose el uno al otro como un par de mapaches borrachos», pensó; no pudo contener por más tiempo la risa y estalló en una carcajada.

—¡Thad, despertarás a los gemelos!

Thad intentó, sin mucho éxito, contener el ataque de risa.

—En segundo lugar, parecemos un par de idiotas y me importa un pimiento —dijo por fin, estrechándola y besándola en el cuello.

En la otra habitación, primero William y luego Wendy se echaron a llorar. Liz intentó mirar a su marido con gesto de reproche, pero no lo consiguió. Era estupendo oírle reír. Tal vez porque no lo hacía con frecuencia. El sonido de su risa tenía para ella un encanto extraño, exótico. Thad Beaumont nunca había sido un hombre dado a la risa.

—Es culpa mía —dijo Thad—. Yo me ocupo de ellos.

Empezó a levantarse, tropezó con la mesa y estuvo a punto de volcarla. Era un hombre atento, pero extrañamente torpe; todavía conservaba este aspecto del niño que había sido.

Liz atrapó el florero que había colocado en el centro de la mesa justo a tiempo de evitar que resbalara del borde y se estrellara contra el suelo.

—¡Francamente, Thad! —exclamó, pero también ella se puso a reír.

Thad volvió a sentarse un momento. No le cogió la mano, sino que la acarició suavemente entre las suyas.

—Escucha, cariño, ¿te importa a ti?

—No —declaró ella. Por un instante pensó en añadir: «Pero me hace sentir incómoda. No porque tengamos un aspecto ligeramente estúpido, sino porque... bueno, no sé por qué. Me hace sentir un poco incómoda, eso es todo».

Pensó en decirlo, pero no lo hizo. Le bastaba con escuchar a Thad riéndose. Tomó una de sus manos y le dio un breve apretón.

—No —repitió—, no me importa. Me parece divertido. Si además la publicidad ayuda a vender *El perro dorado* cuando por fin te decidas a terminar de una vez esa novela de marras, tanto mejor.

Liz se puso en pie y, con las manos sobre los hombros de Thad, impidió que este se levantara cuando quiso imitarla.

—La próxima vez, te ocuparás tú de ellos. Ahora quiero que te quedes ahí sentado hasta que te haya pasado del todo ese impulso inconsciente de destruir mi florero.

—Está bien —asintió Thad con una sonrisa—. Te quiero, Liz.

—Y yo a ti.

Liz fue a tranquilizar a los niños y Thad Beaumont empezó a hojear de nuevo su «BIO».

A diferencia de la mayoría de artículos de *People*, la sección «BIO» de Thaddeus Beaumont no empezaba con una fotografía a toda plana, sino con una imagen que apenas ocupaba un cuarto de página. De todos modos, llamaba la atención porque algún montador con instinto para lo insólito la había enmarcado en negro. En la imagen aparecían Thad y Liz en un cementerio. Las líneas escritas al pie de la foto destacaban casi con brutalidad.

En la fotografía, Thad sostenía una pala y Liz, un pico. Al fondo, a un lado, se veía una carretilla con más herramientas del cementerio. En la tumba se habían colocado varios ramos de flores, pero la lápida resultaba perfectamente legible.

GEORGE STARK

1975-1988

NO ERA UN TIPO MUY AGRADABLE

En un contraste casi hiriente con el lugar y con el aparente acto (el reciente sepelio de quien, por las fechas, debía de haber sido un chiquillo a las puertas de la adolescencia), aquellos dos falsos sepultureros se estrechaban la mano libre sobre la tierra recién colocada... y sonreían alegremente.

Era un acto ficticio, por supuesto. Todas las fotos que acompañaban el artículo —el entierro del cuerpo, la exhibición de los pastelillos y una de Thad caminando solitario como una sombra por una desierta carretera en los bosques de Ludlow, presumiblemente «discurriendo ideas»— estaban preparadas. Resultaba curioso. Liz llevaba unos cinco años comprando *People* en el supermercado y los dos se burlaban de su contenido, pero tanto Liz como Thad terminaban echándole un vistazo durante la cena, o en el cuarto de baño si no tenían un buen libro a mano. De vez en cuando habían comentado el éxito de la revista, preguntándose si era el hecho de que se dedicara a los asuntos del corazón lo que la hacía tan inexplicablemente interesante, o si se trataba solo de su diseño con aquellas grandes fotografías en blanco y negro y el texto en negrita, compuesto en su mayor parte por simples frases enunciativas; pero ninguno de los dos se había planteado si las fotografías estarían trucadas.

La fotografía de la revista se llamaba Phyllis Myers. Hablando con Thad y Liz, la mujer les comentó que había tomado una serie de fotografías de unos ositos de peluche en unos ataúdes de niño, con todos los ositos vestidos con ropa infantil, y que esperaba venderlas a algún editor importante de Nueva York para publicarlas en forma de libro. No fue hasta avanzada la segunda sesión de entrevistas y fotos, cuando Thad se dio cuenta de que la mujer le estaba sondeando para ver si quería escribir el texto. *Muerte y ositos de peluche*, había explicado la fotógrafa, sería «la glosa final y perfecta sobre el modo de muerte americano, ¿no le parece, Thad?».

El escritor se dijo que, a la vista de aquellas aficiones un tanto macabras, no resultaba sorprendente que Phyllis Myers hubiera encargado la lápida de George Stark y la trajera consigo desde Nueva York. Era de cartón piedra.

—No os importa estrecharos la mano delante de esto, ¿verdad? —les había preguntado con una sonrisa halagadora y complaciente a la vez—. Será una fotografía maravillosa.

Liz había observado a Thad, dubitativa y algo horrorizada. Después, los dos habían mirado la falsa lápida llegada desde Nueva York (sede permanente de la revista *People*) a Castle Rock, Maine (casa de verano de Thad y Liz Beaumont), con una mezcla de sorpresa y de absorta curiosidad. Allí estaba la inscripción que atraía la mirada de Thad indefectiblemente.

NO ERA UN TIPO MUY AGRADABLE

A grandes rasgos, la historia que *People* quería contar a los voraces seguidores de celebridades de Estados Unidos era muy sencilla. Thad Beaumont era un escritor bien considerado, cuya primera novela, *Las súbitas bailarinas*, había sido propuesta para el Premio Nacional de Literatura 1972. Un hecho así tenía cierto peso entre los críticos literarios, pero a los voraces seguidores de celebridades estadounidenses les importaba un pito Thad Beaumont, que solo había publicado otra novela bajo este nombre desde la primera. El hombre que interesaba a los lectores de la revista no existía en realidad. Thad había escrito un libro de enorme éxito y tres continuaciones que no fueron a la zaga en ventas, y los había firmado con otro nombre. Ese nombre era, por supuesto, George Stark.

Jerry Harkavay, que constituía todo el personal de Associated Press en Waterville, había sido el primero en difundir la historia de George Stark después de que Rick Cowley, el agente de Thad, se la contara a Louise Booker, de *Publishers Weekly*, con la aprobación de Thad. Ni Harkavay ni Booker habían conocido todo el asunto —por ejemplo, Thad se mostró inflexible en lo de no mencionar a aquel hipócrita y pelmazo de Frederick Clawson—, pero aun así había bastado para garantizar una circulación más amplia de la que podían ofrecer el servicio por cable de la AP o la revista de la industria editorial. Clawson, dijo

Thad a Liz y a Rick, no era la historia: solo el imbécil que les obligaba a hacer pública la historia.

En el curso de esa primera entrevista, Jerry le había preguntado qué clase de persona era George Stark.

—George —había respondido Thad— no era un tipo muy agradable.

La cita, que encabezaba el artículo de Jerry, había servido de motivo de inspiración a Myers para encargarse de la falsa lápida con el epitafio. Extraño mundo. Extraño, muy extraño.

De repente, Thad estalló en una nueva carcajada.

2

Había dos líneas de letras blancas sobre fondo negro al pie de la foto de Thad y Liz en uno de los cementerios más elegantes de Castle Rock.

EL DIFUNTO GUARDABA UNA ESTRECHA RELACIÓN CON ESTAS DOS PERSONAS, decía la primera.

ENTONCES, ¿POR QUÉ SE RÍEN?, se leía en la segunda.

—Porque este jodido mundo es un lugar muy extraño —dijo Thad Beaumont, riéndose con una mano sobre la boca.

Liz Beaumont no era la única que sentía una vaga inquietud ante aquel pequeño estallido de publicidad. También él se sentía incómodo. De todos modos, le resultó difícil ponerse serio. Lo conseguía por unos segundos y, a continuación, un nuevo ataque de risa surgía incontenible cuando sus ojos volvían a topar con aquellas palabras: «No era un tipo muy agradable». Tratar de parar aquello era como intentar taponar los agujeros de una presa de tierra mal construida; en cuanto conseguía cerrar uno, otro nuevo se abría un poco más allá.

Thad sospechó que había algo turbio en aquella risa incontrolable: era un asomo de histeria; sabía que el humor rara vez, o nunca, tenía que ver con tales ataques. En realidad, era probable que la causa no fuera en absoluto divertida.

Tal vez se tratara de algo amenazador.

«¿Tienes miedo de un maldito artículo en la revista *People*? ¿Es eso? Estúpido. ¿Tienes miedo de sentirte avergonzado, de que tus colegas del Departamento de Lengua Inglesa vean esas fotos y piensen que has perdido los pocos tornillos oxidados que te quedaban?»

No. Thad no temía a sus colegas, ni siquiera a los que ya trabajaban allí cuando los dinosaurios andaban sobre la tierra. Por fin tenía una plaza y también dinero suficiente para afrontar la vida —¡que suene la fanfarria, por favor!—, como escritor profesional si así lo deseaba (no estaba seguro de ello; los aspectos

burocráticos y administrativos de la vida universitaria no le interesaban, pero la docencia le satisfacía). No, tampoco los temía, porque hacía años que había dejado de importarle gran cosa lo que pensarán de él. Le importaba lo que opinaran de él sus amigos, eso sí; y en algunos casos sus amigos, los de Liz y los que tenían en común, resultaban ser colegas, pero pensaba que estas personas también opinarían, probablemente, que importaba un pimiento.

Si había algo a lo que temer, era...

«Basta —ordenó su mente en el tono seco, severo, que tenía la virtud de conseguir que hasta el más revoltoso de sus alumnos de inglés de primer curso se quedara pálido y callado—. Detén esa tontería ahora mismo».

De poco sirvió. Por efectiva que resultara esa voz cuando la empleaba con los estudiantes, no ejercía ninguna influencia sobre el propio Thad.

Volvió a observar la fotografía y esta vez sus ojos no prestaron atención a los rostros y a la sonrisa descaradamente fingida que se dirigían su esposa y él, como una pareja de niños dedicada a un rito iniciático.

GEORGE STARK

1975-1988

NO ERA UN TIPO MUY AGRADABLE

Esto era lo que le inquietaba.

La lápida. El nombre. Las fechas. Sobre todo, aquel agrio epitafio que provocaba sus carcajadas pero que, por alguna razón, no escondía ninguna gracia tras aquellas risas.

El nombre.

El epitafio.

—No importa —murmuró Thad—. Ahora, el hijo de puta está muerto.

Pero la inquietud continuó.

Cuando Liz volvió con un gemelo recién cambiado y vestido en cada brazo, Thad ya estaba otra vez encorvado sobre el artículo.

«¿Lo asesiné yo?»

Thaddeus Beaumont, celebrado un día como el novelista más prometedor del país y candidato al Premio Nacional de Literatura 1972 por *Las súbitas bailarinas*, repite la pregunta, pensativo. Parece ligeramente absorto. «Asesinar», repite en voz baja, como si nunca se le hubiera ocurrido la palabra; aunque su «mitad oscura», como llama Beaumont a George Stark, pensaba casi solo en asesinar.

El escritor acerca la mano a un tarro de cristal de boca ancha colocado junto a su anticuada máquina de escribir Remington 32, saca

de él un lápiz Berol Black Beauty (lo único que utilizaba Stark para escribir, según Beaumont) y empieza a mordisquearlo ligeramente. El gesto parece un hábito en él a juzgar por el aspecto de la decena larga de lápices que llena el tarro.

«No —dice por fin, devolviendo el lápiz al recipiente—. Yo no lo maté». Levanta la vista y sonríe. Beaumont tiene treinta y nueve años pero, cuando lanza una de sus abiertas sonrisas, podría tomársele por uno de sus alumnos. «George murió de causa natural».

Beaumont dice que George Stark fue idea de su esposa. Elizabeth Stephens Beaumont, una rubia serena y encantadora, rechaza que se le atribuya todo el mérito. «Lo único que hice —afirma—, fue sugerirle que escribiera una novela bajo otro nombre para ver qué sucedía con ella. Thad estaba pasando por un profundo bloqueo creativo y necesitaba un cambio radical. En realidad —añade—, George Stark siempre estuvo presente. Yo había intuido algunos indicios de su existencia en varios trabajos inacabados que Thad me dejaba leer de vez en cuando. Solo se trataba de hacerle salir del armario».

Según muchos de sus contemporáneos, los problemas de Beaumont iban algo más allá de un bloqueo creativo. Al menos dos escritores conocidos (que prefieren permanecer en el anonimato) afirman que, durante el período crucial entre el primer libro de su colega y el segundo, llegó a preocuparles la salud mental de Beaumont. Uno de ellos sostiene que Beaumont quizá llevó a cabo un intento de suicidio tras la publicación de *Las súbitas bailarinas*, que obtuvo más comentarios elogiosos de la crítica que ganancias por derechos de autor.

Preguntado sobre si había pensado alguna vez en el suicidio, Beaumont mueve la cabeza y responde: «Eso es una tontería. El verdadero problema no era la aceptación popular, sino el bloqueo creativo, y un escritor muerto es un caso terminal de tal bloqueo».

Mientras, Liz Beaumont continuó «maniobrando», en expresión de su esposo, con la idea de un seudónimo. «Me decía que, por una vez, podía tomarme las cosas a la ligera, si me apetecía, y escribir lo que más me gustara sin sentir todo el rato la mirada de la sección de crítica literaria del *New York Times* por encima de mi hombro mientras le daba a las teclas. Me decía que escribiera una novela de intriga, del Oeste o de ciencia ficción. O una policíaca».

Thad Beaumont sonríe.

«Creo que sugirió ésta en último lugar a propósito. Sabía que había

estado tonteando con una idea para una novela policíaca, aunque no parecía capaz de concretarla. La idea del seudónimo produjo un curioso efecto en mí. De algún modo, me sentía libre. Como si hubiera encontrado una válvula de escape secreta, para entendernos. Pero también había algo más. Algo que resulta muy difícil de explicar».

Beaumont alarga la mano hacia los lápices perfectamente afilados del tarro de cristal y luego la retira. Dirige la mirada a la cristalera del fondo del estudio, que se abre a una primavera espectacular de árboles frondosos.

«La idea de escribir bajo seudónimo era como pensar en ser invisible —dijo por fin casi dubitativamente—. Cuantas más vueltas le daba, más me parecía que sería como... como reinventarme».

La mano avanza de nuevo y esta vez logra apoderarse de uno de los lápices del tarro mientras su mente se ocupa en otros asuntos.

Thad volvió la página y alzó la vista hacia los gemelos, sentados en su doble silla alta. Los mellizos niño-niña siempre se parecían pero, en el caso de Wendy y William, eran lo más idénticos que se puede ser sin llegar a ser realmente idénticos.

William sonrió a Thad desde detrás del biberón.

Wendy también sonrió a su padre desde detrás del suyo, pero ella mostraba un añadido que su hermanito no poseía: un único diente en la boca que le había salido, sin el menor dolor, asomando sencillamente en la superficie de la encía con el mismo sigilo con que el periscopio de un submarino se desliza por la superficie del océano.

Wendy separó una de sus manos regordetas del biberón de plástico. La abrió, mostrando la palma limpia y sonrosada. La cerró. La abrió... Un saludo de Wendy.

Sin mirarla, William apartó una de sus manos de su biberón, la abrió, la cerró, la abrió... Un saludo de William.

Thad levantó también una mano de la mesa con gesto solemne, la abrió, la cerró, la abrió...

Los gemelos sonrieron tras los biberones.

Volvió de nuevo a la revista. «¡Ah, *People*! —pensó—, ¿dónde estaríamos, qué haríamos sin ti? Esta es la época de las estrellas norteamericanas, amigos».

El autor del artículo había aireado todos los trapos sucios que había podido encontrar, por supuesto —sobre todo, los cuatro años de mala racha después de que *Las súbitas bailarinas* no obtuviese el Premio Nacional de Literatura—, pero era algo de esperar y no se sintió muy molesto con la exhibición de sus

intimidades. Por un lado, no era demasiado malintencionada y, por otro, a Thad siempre le había resultado más fácil vivir con la verdad que con una mentira. A la larga, por lo menos.

Lo cual, por supuesto, conducía a la cuestión de si la revista *People* y aquel «a la larga» tenían algo en común.

Bueno, ya era demasiado tarde para eso.

El tipo que había escrito el artículo era un tal Mike... al menos Thad recordaba el nombre, pero ¿Mike qué? Salvo que se fuera un conde que cuenta chismes sobre la aristocracia o una estrella de cine que cotillea sobre sus colegas de profesión, cuando se escribía un artículo para *People* el nombre aparecía al final del mismo. Thad tuvo que pasar cuatro páginas (dos de ellas de anuncios a toda plana) hasta dar con el nombre. Mike Donaldson. Mike y él se habían quedado levantados hasta tarde, charlando de mil cosas, y cuando Thad preguntó al periodista si le importaría a alguien, realmente, que hubiera escrito un puñado de libros bajo otro nombre, Donaldson había hecho una afirmación que le había provocado una carcajada.

—Los estudios de mercado muestran que la mayoría de lectores de *People* es muy reservada con sus cosas y lo compensa hurgando todo lo que puede en la vida de los demás. Querrán saberlo todo de tu amigo George.

—No es amigo mío —había replicado Thad, sin dejar de reír.

Se volvió hacia Liz, que estaba en la cocina, y le preguntó:

—¿Lo tienes todo, cariño? ¿Te ayudo?

—Estoy bien —respondió ella—. Solo preparaba la comida de los bebés. ¿Todavía no te has hartado de eso?

—Todavía no —respondió Thad con todo el descaro, mientras volvía a concentrarse en el artículo.

«Lo más difícil fue dar con el nombre —continúa Beaumont, que mordisquea ligeramente el lápiz—, pero era importante. Estaba seguro de que aquello podía funcionar. Estaba seguro de que rompería el bloqueo creativo con el que estaba luchando si daba con una identidad. Con una identidad adecuada, que fuera distinta de la mía».

¿Cómo escogió a George Stark?

«Bien, existe un escritor de novelas policíacas llamado Donald E. Westlake —explica Beaumont—. Bajo su nombre real, Westlake utiliza el género policíaco para escribir esas divertidísimas comedias sociales sobre la vida y costumbres estadounidenses.

»Pero, desde principios de los sesenta hasta mediados de los setenta aproximadamente, Westlake escribió una serie de novelas

bajo el nombre de Richard Stark. Son libros muy diferentes. Tratan de un hombre llamado Parker, que es ladrón profesional. No tiene pasado ni futuro, y en los mejores libros no muestra otro interés que el robo.

»Luego, por razones que habría que preguntar al propio Westlake, en un momento determinado dejó de escribir novelas sobre Parker. Sin embargo, yo no olvidé nunca una cosa que dijo el hombre cuando se desveló la existencia del seudónimo. Declaró que escribía los libros con su firma en los días de sol y que Stark se imponía en los lluviosos. Aquello me gustó porque eran tiempos tormentosos para mí, entre 1973 y principios de 1975.

»En el mejor de esos libros, Parker es más un autómatas asesino que un hombre. En estas novelas se repite el tema del ladrón robado. Y Parker persigue a los malos (a los otros malos, me refiero) exactamente como lo haría un robot programado con un único objetivo. “Quiero mi dinero”, dice. Y esas son casi sus únicas palabras: “Quiero mi dinero, quiero mi dinero”. ¿No le recuerda a alguien?»

El entrevistador asiente. Beaumont está describiendo a Alexis Máquina, el personaje principal de la primera y la última novelas de George Stark.

«Si *Vida de Máquina* hubiera concluido como empezó, la habría guardado en un cajón para siempre —afirma Beaumont—. Publicarla habría sido un plagio. Pero cuando llevaba escrita una cuarta parte, la novela cogió su propio ritmo y todo se fue ordenando».

El entrevistador pregunta si Beaumont está diciendo que, después de un tiempo trabajando en el libro, George Stark se había despertado y se había puesto a hablar.

«Sí —confirma Beaumont—. Algo muy parecido».

Thad levantó la vista del artículo, a punto de echarse a reír otra vez pese a todos sus esfuerzos por evitarlo. Los gemelos lo miraron y le devolvieron la sonrisa tras el puré de guisantes que Liz les estaba dando. Lo que había dicho en realidad, como bien recordaba, había sido: «¡Vamos, eso es muy melodramático! ¡Hace usted que suene como esa escena de *Frankenstein* en que el rayo descarga por fin en la varilla de las almenas más altas del castillo y da vida al monstruo!».

—No podré terminar de darles de comer si no dejas eso —dijo Liz. Tenía una pequeña mancha de puré de guisantes en la punta de la nariz y Thad sintió el absurdo impulso de limpiársela con un beso.

—¿Dejar qué?

—Si tú te ríes, ellos se ríen. No hay modo de dar de comer a un niño cuando

se ríe, Thad.

—Lo siento —respondió él, sumiso, al tiempo que guiñaba el ojo a los gemelos. Sus sonrisas idénticas, rodeadas de sendos círculos verdes, se ensancharon por un instante.

Thad bajó la vista y continuó leyendo.

«Empecé *Vida de Máquina* cuando escogí el nombre, en 1975. Pero esa misma noche sucedió otra cosa. Cuando me dispuse a empezar, coloqué un folio en el carro de la máquina... y volví a sacarlo inmediatamente. Yo he mecanografiado todas mis obras pero, al parecer, George Stark no se llevaba bien con las máquinas de escribir».

De nuevo, la sonrisa se abre unos instantes.

«Tal vez porque no había clases de mecanografía en ninguno de los hoteles con rejillas donde cumplió condena».

Beaumont se refiere a la «biografía de cubierta» de George Stark, donde se dice que el autor tiene treinta y nueve años y que ha cumplido penas en tres cárceles distintas por incendio provocado, atraco a mano armada y atraco con intento de homicidio. No obstante, la biografía de cubierta solo es una parte de la historia; Beaumont también muestra una ficha de autor de la editorial Darwin Press que detalla la historia de su *alter ego* con la minuciosidad que solo un buen novelista podría sacar de la chistera. Desde su nacimiento en Manchester, New Hampshire, hasta su establecimiento final en Oxford, Mississippi, la ficha lo contiene todo salvo la inhumación de George Stark, seis semanas atrás, en el cementerio Tierra Natal de Castle Rock, Maine.

«Encontré una vieja libreta de notas en uno de los cajones del escritorio y utilicé eso. —Señala el tarro de cristal lleno de lápices y parece ligeramente sorprendido al descubrir que tiene uno en la mano que usa para señalar—. Me puse a escribir y no me enteré de nada más hasta que Liz vino a decirme que era medianoche y que cuándo pensaba acostarme».

Liz Beaumont recuerda también esa noche. «Me desperté a las doce menos cuarto —dice—, vi que no estaba en la cama y pensé: “Estará escribiendo”, pero no oí la máquina y me asusté un poco».

Su expresión sugería que había sido algo más que un pequeño sobresalto.

«Cuando bajé al despacho y le vi escribiendo a mano en el

cuaderno, me quedé asombrada. —Se ríe—. Tenía la punta de la nariz casi rozando el papel».

El entrevistador pregunta si se sintió aliviada.

Con voz suave, mesurada, Liz Beaumont asiente: «Muy aliviada».

«Volví las hojas de la libreta y observé que había escrito dieciséis páginas sin una sola corrección —cuenta Beaumont—, y que el sacapuntas había convertido tres cuartas partes de un lápiz recién estrenado en virutas. —Mira el tarro con una expresión que podría ser de melancolía o de velado humor—. Ahora que George ha muerto, supongo que debería tirar estos lápices. Yo no los uso. Lo he intentado, pero no funciona. No puedo trabajar sin una máquina de escribir. Se me cansa la mano y se me entorpece. A George nunca le pasaba».

Levanta la vista y lanza un breve guiño enigmático.

—¿Cariño?

Thad levantó la mirada hacia su esposa, que seguía concentrada en conseguir que William engullera la última cucharada del puré de guisantes. El bebé parecía llevar buena parte de este en el babero.

—¿Qué?

—Mira hacia aquí un momento.

Ella lo hizo.

Thad le guiñó el ojo.

—¿Tan enigmático resulta?

—No, cariño.

—Ya me lo parecía.

El resto del relato constituye otro irónico capítulo en esa historia más extensa de lo que Thad Beaumont denomina «la novela se llena de tipos raros».

Vida de Máquina fue publicada en junio de 1976 por la pequeña editorial Darwin Press (el Beaumont «real» publicaba sus obras en la Dutton) y se convirtió en el éxito inesperado del año, ya que alcanzó el primer puesto en las listas de ventas de costa a costa. Incluso se rodó una película basada en ella, que gozó de una gran acogida.

«Durante mucho tiempo esperé que alguien descubriera que yo era George y George era yo —dice Beaumont—. Los derechos de autor estaban registrados a nombre de George Stark, pero mi agente conocía la verdad, y también su esposa (ahora ex esposa, aunque

sigue como socia de pleno derecho en el negocio) y, por supuesto, los altos ejecutivos y el interventor de Darwin Press. Este último tenía que saberlo, sin duda, puesto que George podía escribir novelas enteras a mano, pero tenía problemas para endosar un cheque. Por supuesto, también tenía que saberlo la oficina encargada de los derechos de autor. Así pues, Liz y yo pasamos un año y medio, más o menos, esperando a que alguien desvelara el secreto. Pero no sucedió nada. Supongo que fue pura casualidad y lo único que demuestra es que, cuando uno cree que alguien levantará la liebre, todos se muerden la lengua».

Durante los últimos diez años, se la han seguido mordiendo mientras el escurridizo señor Stark, un escritor mucho más prolífico que su otra mitad, publicaba otras tres novelas. Ninguna de ellas volvió a alcanzar el éxito fulgurante de *Vida de Máquina*, pero todas ocuparon buenos puestos en las listas de ventas.

Tras una larga pausa con aire meditabundo, Beaumont empieza a hablar de las razones por las que ha decidido poner fin a la provechosa farsa. «Tiene que recordar que, al fin y al cabo, George Stark solo era un hombre de paja. Durante mucho tiempo disfruté con él y... qué diablos, el tipo estaba ganando dinero. Yo lo llamaba “el dinero de ahí te j...”». El hecho de saber que, si quería, podía dejar de dar clases y seguir pagando la hipoteca me proporcionó una tremenda sensación de libertad.

»Pero quería volver a escribir mis propios libros y Stark se estaba quedando sin nada que decir. Las cosas eran así de simples. Lo sabía yo, lo sabía Liz y lo sabía mi agente; creo que incluso el editor de George en la Darwin Press lo sabía. Pero, si hubiera decidido guardar el secreto, la tentación de escribir otra novela de George Stark al final habría sido demasiado fuerte. Soy tan vulnerable como cualquiera a los cantos de sirena del dinero. La solución parecía ser clavarle una estaca en el corazón de una vez por todas.

»En otras palabras, dar publicidad al asunto. Y esto es lo que he hecho. Lo que estoy haciendo en realidad».

Thad levantó la vista del artículo con una pequeña sonrisa. De repente, su anterior estupefacción ante las fotografías preparadas de *People* le pareció un tanto mojigata, un poco fingida. Los fotógrafos de la revista no eran los únicos que a veces arreglaban las cosas según deseos y expectativas de los lectores. La mayoría de los entrevistados también debía hacerlo, en mayor o menor medida;

pero Thad se dijo que tal vez él había preparado las cosas un poco mejor. Al fin y al cabo, era novelista... y un novelista no era más que un tipo a quien pagaban para que contara mentiras. Cuanto mayores eran las mentiras, mejor pagaban.

Stark se estaba quedando sin nada que decir. La cosa era así de simple.

Qué directo.

Qué triunfal.

Qué lleno de mierda.

—¿Cariño?

—¿Hum?

Liz estaba tratando de limpiar a Wendy, quien no se mostraba muy entusiasmada con la idea. No dejaba de apartar la cara entre balbuceos indignados mientras Liz intentaba alcanzársela con una toallita. Thad pensó que su esposa acabaría por lograrlo, aunque supuso que siempre cabía la posibilidad de que se cansara antes. Al parecer, Wendy también tenía en cuenta esto último.

—¿Nos equivocamos al mentir sobre el papel de Clawson en todo esto?

—No mentimos, Thad. Lo único que hicimos fue no mencionarlo.

—Además, era un estúpido, ¿verdad?

—No, querido.

—¿No era un estúpido?

—No —repitió Liz serenamente, al tiempo que empezaba a lavarle la cara a William—. Era un sucio reptiloide.

—¿Un reptiloide? —exclamó Thad con una carcajada.

—Exacto, un reptiloide.

—Creo que es la primera vez que oigo esta palabra.

—La vi en el videoclub de la esquina la semana pasada, mientras buscaba alguna cinta para alquilar. Era el título de una película de terror: *Los reptiloides*. La vi y pensé: «Maravilloso, alguien ha filmado una película sobre Frederick Clawson y su familia; tengo que contárselo a Thad», pero no me había vuelto a acordar hasta ahora.

—Entonces, ¿estás realmente segura de que hicimos bien en eso?

—Realmente segura del todo —asintió Liz. Con la mano que sostenía la toallita, señaló primero a Thad y luego la revista abierta sobre la mesa—. Thad, tú has sacado tu tajada de este asunto, *People* ha sacado la suya, y Frederick Clawson ha sacado un montón de mierda. Justo lo que merecía.

—Gracias —dijo Thad.

—De nada —replicó Liz, encogiéndose de hombros—. A veces te preocupas demasiado, Thad.

—¿Se trata de eso?

—Sí, solamente de eso... ¡William, por favor! Thad, quieres ayudarme un

poco...

Thad cerró la revista y llevó a Will al dormitorio de los niños detrás de Liz, que llevaba a Wendy. El pequeño regordete estaba calentito y resultaba agradablemente pesado; con los brazos en torno al cuello de Thad, lo observaba todo con su acostumbrado interés. Liz depositó a Wendy en una mesa para cambiarla; Thad colocó a Will en la otra. Ambos se pusieron a cambiar los pañales mojados por otros secos, Liz un poco más deprisa que Thad.

—Bueno —comentó Thad—, ya hemos salido en la revista *People* y aquí termina todo, ¿verdad?

—Sí —respondió ella, y le sonrió. Hubo algo en aquella sonrisa que a Thad no le pareció muy sincero, pero recordó su extraño ataque de risa y decidió dejar correr el asunto. A veces, no se sentía muy seguro de las cosas (en una especie de analogía mental con su torpeza física) y luego le echaba la culpa a Liz. Ella rara vez le contestaba de forma desagradable, pero, de vez en cuando, Thad captaba un aire de cansancio en sus ojos cuando las quejas se alargaban. ¿Qué había dicho Liz? «A veces te preocupas demasiado, Thad».

Terminó de sujetar el pañal de Will con un imperdible, apoyando el antebrazo en el estómago del bullicioso pero satisfecho bebé mientras lo hacía, para que Will no se deslizara de la mesa y se matara, como parecía dispuesto a hacer.

—¡Buguyba! —gritó Will.

—Exacto —asintió Thad.

—¡Divvit! —aulló Wendy.

—Eso también tiene sentido —dijo Thad.

—Está bien que haya muerto —declaró Liz inesperadamente.

Thad alzó la mirada, pensó en lo que había oído y asintió. No era preciso especificar a quién se refería; los dos lo sabían.

—Sí.

—No me gustaba mucho.

«No está nada bien decir una cosa así de tu marido», estuvo a punto de replicar, pero se contuvo. No tenía de qué extrañarse, ya que Liz no estaba hablando de él. La única diferencia fundamental entre los dos escritores había sido el método de trabajo de George Stark.

—A mí, tampoco —dijo por fin—. ¿Qué hay de cena?

DOS

IRRUPCIÓN EN LA VIDA DOMÉSTICA

1

Esa noche, Thad tuvo una pesadilla. Despertó del sueño casi llorando, temblando como un cachorro sorprendido por una tormenta de truenos. En la pesadilla estaba con George Stark, solo que George era un agente inmobiliario en lugar de un escritor y permanecía constantemente pegado a la espalda de Thad, de modo que no era más que una voz y una sombra.

2

La ficha de autor de la Darwin Press que Thad había escrito justo antes de empezar *Oxford Blues*, la segunda obra de George Stark, decía que este «conducía una furgoneta GMC de 1967, que se aguantaba entera gracias a la oración y a una capa de pintura». En el sueño, en cambio, iban al volante de un Toronado negro mate y Thad advertía que se había equivocado al citar la furgoneta. El vehículo de Stark era este otro, una especie de carroza fúnebre con propulsión a chorro.

El Toronado tenía la parte trasera levantada y no parecía en absoluto el coche de un agente inmobiliario. Más bien tenía el aspecto del que usaría un gángster de tercera fila para desplazarse. Al apearse del coche, Thad había vuelto la cabeza para echarle un vistazo por encima del hombro mientras se encaminaba a la casa que Stark, por algún motivo, le estaba enseñando. Le pareció distinguir a Stark y un escalofrío de intenso miedo le paralizó el corazón. Pero ahora Stark estaba tras su otro hombro (aunque Thad no tenía ni idea de cómo había podido deslizarse hasta allí a esa velocidad con ese sigilo) y lo único que alcanzó a ver fue el coche, una tarántula que relucía bajo el sol. En el elevado parachoques trasero había una

pegatina. «HIJO DE PUTA DE CATEGORÍA», decía. A izquierda y derecha, sendas calaveras con dos tibias cruzadas flanqueaban la leyenda.

La casa hacia la cual lo conducía Stark era la suya; no la casa de invierno de Ludlow, cercana a la universidad, sino la de verano en Castle Rock. Debajo de la casa se abría la bahía norte de Castle Rock y Thad alcanzaba a oír el leve sonido de las olas batiendo la orilla. En la pequeña parcela de césped, al otro lado del camino particular, había un rótulo que anunciaba «EN VENTA».

«Bonita casa, ¿no es cierto?», casi le susurraba Stark por detrás con voz áspera pero halagadora, como el lametón de un gato.

«¡Es mi casa!», respondía Thad en el sueño.

«Te equivocas de medio a medio. El dueño está muerto. Mató a su mujer y a sus hijos y luego se suicidó. Se pegó un tiro. Un estampido, una sacudida y adiós. Llevaba dentro esa vena. No había que ser un lince para darse cuenta, en realidad; yo diría que se apreciaba con claridad».

«¿Te parece gracioso?», quiso replicar, pues parecía muy importante demostrar a Stark que no le tenía miedo. La razón de que fuera importante era que estaba absolutamente aterrorizado. Pero antes de que pudiera articular palabra, una manaza que semejaba carecer de líneas y pliegues (aunque resultaba difícil afirmarlo con seguridad porque los dedos estaban doblados de tal modo que dejaban en sombras la palma de la mano) asomó sobre uno de sus hombros balanceando unas llaves delante de su rostro.

No, balanceándolas, no. Si solo hubiera sido esto, Thad habría podido decir algo, incluso habría podido apartarlas para demostrar lo poco que temía a aquel hombre peligroso, que insistía en seguir detrás de él. Sin embargo, la mano estaba acercando las llaves contra su rostro y Thad tuvo que cogerlas para evitar que le golpearan la nariz.

Introdujo una de ellas en la puerta delantera, una pulida plancha de roble de la que solo sobresalían un tirador y una aldaba de cobre que parecía un pajarillo. La llave giró con facilidad, lo que le pareció extraño, ya que no se trataba de una llave normal, sino de una tecla de máquina de escribir insertada al final de una varilla de acero. Todas las demás llaves que colgaban de la argolla semejaban ganzúas de esas que utilizan los ladrones.

Thad asió el pomo de la puerta y lo hizo girar. Al abrir, la madera se resquebrajó y se encogió sobre sí misma con una serie de explosiones como petardos de feria. Una luz asomó por las nuevas grietas de los tablones, mientras se formaba una nube de polvo. Con un seco chasquido, una de las placas de quincallería decorativa se desprendió de la puerta y cayó con estruendo en el umbral, a sus pies.

Thad pasó al interior.

En realidad no deseaba hacerlo. Habría preferido quedarse en el umbral y discutir con Stark; más aún, habría querido protestar, preguntarle por qué diablos estaba haciendo aquello, pues la idea de entrar en la casa le resultaba todavía más aterradora que el propio Stark. Sin embargo, aquello era un sueño, un mal sueño, y a Thad la pareció que la esencia de las pesadillas era la falta de control. Era como estar en el coche de una montaña rusa que en cualquier momento podía inclinarse y arrojarle a uno contra una pared de ladrillos donde moriría aplastado, al igual que un insecto bajo el matamoscas.

El familiar vestíbulo había adquirido un aire extraño, casi hostil, a causa únicamente de la ausencia de la alfombrilla de color rojo desvaído que Liz siempre andaba amenazando con reemplazar. Pese a que durante el sueño Thad no prestó importancia a este detalle, fue el que más recordaría después, tal vez porque era verdaderamente aterrador (sobre todo fuera del contexto del sueño). ¿Qué podía haber de seguro en la vida cuando la desaparición de algo tan irrelevante como una alfombrilla en un vestíbulo podía provocar sentimientos de descoordinación, desorientación, tristeza y amenaza de esa intensidad?

No le gustó el eco de sus pisadas en el suelo de madera, y no solo porque con ellas la casa sonara como si aquel tipo perverso que tenía a la espalda hubiera dicho la verdad: que estaba abandonada, llena del silencioso dolor de la ausencia. No le gustó el sonido porque las pisadas le parecieron perdidas y terriblemente desdichadas.

Quería dar media vuelta y marcharse, pero no podía. Stark se hallaba detrás de él y, de algún modo, Thad sabía que su invisible acompañante sostenía en la mano la navaja de afeitar de cachas de nácar, la misma que la amante del protagonista había utilizado al final de *Vida de Máquina* para destrozarse la cara del canalla.

Si se volvía, George Stark también haría buen uso de la cuchilla.

Aunque en la casa no había gente, todo el mobiliario seguía en su sitio, salvo las alfombras (la que cubría el suelo del salón de pared a pared, de color salmón, también había desaparecido). Thad vio un jarrón de flores en la mesilla del fondo del vestíbulo, desde donde se podía continuar recto hacia el salón de techo elevado como el de una catedral y cristalera panorámica con vistas al lago, o bien doblar a la derecha y entrar en la cocina. Thad tocó el jarrón y este estalló en pedazos, envuelto en una nube de polvo de cerámica de olor acre. El agua estancada de su interior se derramó y la media docena de rosas cultivadas que contenía se marchitaron y ennegrecieron, incluso antes de caer en el charco de agua hedionda que se formó en la mesa. Thad la tocó. La madera cedió con un crujido seco y la mesa se partió por la mitad; más que caer al suelo de madera desnuda en dos pedazos separados, pareció derrumbarse sobre sí misma.

«¿Qué le has hecho a mi casa?», gritó al hombre que estaba tras él... pero sin

volverse. No necesitaba hacerlo para verificar la presencia de la navaja de afeitar que, antes de que Nonie Griffiths la empleara para convertir las mejillas de Máquina en dos colgajos blancos y rojos, y dejarle un ojo colgando de la órbita, el propio Máquina había utilizado para cortar la nariz a sus «competidores comerciales».

«Nada —dijo Stark, y Thad no tuvo que mirarlo para constatar la sonrisa que se apreciaba en su voz—. Lo estás haciendo tú, idiota».

A continuación, los dos estaban en la cocina.

Thad tocó el horno y este se partió en dos con un ruido apagado como el tañido de una gran campana cubierta de polvo. Los serpentines se dispararon hacia arriba y hacia los lados como divertidos sombreros helicoidales arrastrados por el viento. Un olor nauseabundo emanó del oscuro hueco central del horno y, al asomarse, distinguió en el interior un pavo putrefacto y hediondo. De las entrañas del ave rezumaba un fluido negruzco salpicado de repulsivos fragmentos de carne.

«Por aquí llamamos a eso relleno de estúpido», comentó Stark detrás de él.

«¿A qué te refieres? —quiso saber Thad—. ¿Qué quiere decir eso de “por aquí”?»

«Esto es Terminal, Thad —respondió Stark con toda tranquilidad—. El lugar donde concluyen todas las vías de tren».

La voz añadió algo más, pero Thad no lo entendió. El bolso de Liz estaba en el suelo y Thad tropezó con él. Al asirse a la mesa de la cocina para no perder el equilibrio, la madera cayó hecha astillas y serrín sobre el linóleo. Un clavo reluciente rodó hasta un rincón con un leve tintineo metálico.

«¡Que cese todo esto ahora mismo! —gritó Thad—. ¡Quiero despertarme! ¡Odio romper cosas!»

«¡Tú siempre has sido el torpe, idiota!», replicó Stark. Lo dijo como si Thad hubiera tenido muchos hermanos, todos ellos gráciles como gacelas.

«No tengo por qué serlo —le informó Thad con una voz nerviosa y vacilante, al borde del gímoteo—. No tengo por qué ser torpe. No tengo por qué romper cosas. Cuando voy con cuidado, no sucede nada».

«Sí, es una lástima que dejaras de ser cuidadoso», replicó Stark con aquella misma voz condescendiente que parecía decir, «solo estoy comentando cómo están las cosas».

Ahora se hallaban en el cuarto del fondo.

Allí estaba Liz, sentada con las piernas extendidas junto a la puerta de la leñera, que tenía una hoja abierta y la otra cerrada.

Llevaba medias de nailon y Thad observó una carrera en una de ellas. La cabeza de Liz caía hacia delante y la melena rubia, de cabellos ligeramente

ásperos, le ocultaba el rostro. Thad no quería verlo. Al igual que no había necesitado ver la navaja de Stark ni su sonrisa afilada como una cuchilla para saber que ambas eran reales, tampoco precisaba ver la cara de Liz para tener la certeza de que no estaba durmiendo o inconsciente, sino muerta.

«Enciende la luz y podrás ver mejor», sugirió Stark como si estuviera diciendo: «Solo estoy pasando el día con un buen amigo». La mano apareció sobre el hombro de Thad, señalando las lámparas que él mismo había instalado tiempo atrás. Eran eléctricas, por supuesto, pero parecían muy auténticas: dos quinqués montados en una plancha de madera y controlados por un reductor de luz instalado en la pared.

«¡No quiero ver nada!»

Thad intentaba conservar un aspecto duro y seguro de sí mismo, pero la escena empezaba a afectarle. Advertía un tono vacilante e irregular en su voz que anunciaba un llanto inminente. Además, todo lo que dijera parecía carecer de importancia, pues extendió la mano hasta el reóstato circular de la pared. Cuando lo tocó, un fuego eléctrico azul e indoloro surgió como un chorro entre sus dedos, tan denso que más parecía gelatina que luz. El interruptor del reóstato, redondo y de color marfil, se volvió negro, saltó de la pared y recorrió la estancia con un siseo, como un platillo volante en miniatura, hasta romper el cristal de la pequeña ventana de la pared opuesta y desaparecer en el aire de un día ahora iluminado por una fantasmagórica luz verdusca, similar al color del cobre abandonado a la intemperie.

Los quinqués eléctricos despedían un brillo sobrenatural y la plancha de madera empezó a girar, retorciendo la cadena de la que colgaba el conjunto y proyectando en la estancia sombras giratorias de desquiciado carrusel. Las pantallas de vidrio de los quinqués se hicieron añicos, primero una y luego la otra, para arrojar una lluvia de cristales sobre Thad.

Sin pensárselo, saltó hacia delante y tomó en brazos a su esposa inerte con la intención de sacarla de allí antes de que se rompiera la cadena y se desplomara sobre ella la pesada plancha de madera. El impulso que le movió a hacerlo fue tan poderoso que arrasó con todo lo demás, incluida la certeza de lo inútil de su gesto. Liz estaba muerta y daba igual si Stark arrancaba de sus cimientos el Empire State y lo dejaba caer encima de ella. En cualquier caso, a ella no le importaría. Ya no.

Cuando pasó los brazos por debajo de los de ella y afirmó las manos entre sus omoplatos, el cuerpo de la mujer se adelantó ligeramente y la cabeza le cayó hacia atrás. Tenía la piel del rostro cuarteada como la superficie de un jarrón Ming. Sus ojos vidriosos estallaron de repente y una nauseabunda gelatina verdosa, de repugnante calidez, le saltó a la cara. La boca se abrió en una mueca de asombro y los dientes salieron despedidos en una granizada. Thad recibió el impacto de los

pequeños proyectiles, pulidos y duros, en las mejillas y en la frente. De los huecos de las encías manó una sangre medio coagulada. La lengua se le escurrió de la boca y aterrizó en la falda como un sanguinolento pedazo de serpiente.

Thad empezó a gritar... en el sueño y no en la realidad, gracias a Dios, pues de lo contrario habría dado un susto terrible a Liz.

«Aún no he acabado contigo, gilipollas —murmuró George Stark a su espalda. Su voz ya no sonaba condescendiente. Era una voz más fría que el lago en noviembre—. Recuérdalo. No intentes joderme, porque si me jodes...»

3

Thad despertó de un brinco con el rostro empapado y la almohada, que había sostenido convulsivamente contra el rostro, también mojada debido al sudor o a las lágrimas.

—«... jodes al mejor» —terminó la frase contra la almohada; después se quedó como estaba, con las rodillas encogidas contra el pecho, presa de un temblor incontrolable.

—¿Thad? —murmuró Liz desde las profundidades de su sueño—. ¿Están bien los gemelos?

—Sí —logró articular—. Yo... No, nada. Vuélvete a dormir.

—Sí, todo está... —Liz añadió algo más pero Thad no lo entendió, como no había entendido lo que Stark había murmurado después de decirle que la casa de Castle Rock era Terminal... el lugar adonde van a morir todas las vías.

Permaneció inmóvil sin salirse de la silueta que el sudor había marcado en la sábana, soltando lentamente la almohada. Se pasó el antebrazo desnudo por el rostro y esperó a que el sueño se desvaneciera, a que los temblores disminuyeran. Lo que sucedió poco a poco, con sorprendente lentitud. Por lo menos, había conseguido no despertar a Liz.

Se quedó con la mirada perdida en la oscuridad y la mente en blanco, sin tratar de encontrar sentido al sueño, deseando solo que se desvaneciera, hasta que un interminable rato después, Wendy despertó en la habitación contigua y se echó a llorar para que le cambiaran el pañal. William, por supuesto, despertó unos momentos después y decidió que también él necesitaba el cambio de pañal (aunque, cuando Thad se puso manos a la obra, encontró al bebé completamente seco).

Liz despertó al instante y se encaminó a la habitación de los niños. Thad la acompañó, considerablemente más despierto y agradecido, por una vez, de que los gemelos necesitaran ser atendidos en mitad de la noche. En mitad de aquella

noche, por lo menos. Él se ocupó de William mientras Liz cambiaba a Wendy; ninguno de los dos dijo gran cosa y, cuando volvieron a la cama, Thad se alegró de comprobar que volvía a sumirse en sueños. Había pensado que, posiblemente, no sería capaz de pegar ojo en el resto de la noche. En el momento de despertar con la imagen de la explosiva descomposición de Liz aún reciente tras los párpados, había creído que nunca más conciliaría el sueño.

«Por la mañana todo habrá desaparecido, lo habré olvidado, como siempre sucede con los sueños».

Aquella noche no se volvió a despertar, pero a la mañana siguiente, cuando abrió los ojos, recordó el sueño con todos los detalles (aunque el único que conservó plena intensidad emocional fue el eco perdido y solitario de sus pisadas en el corredor desnudo) y el recuerdo no se difuminó con el transcurso de los días, como suele suceder con los sueños.

Aquel era uno de los pocos que siguió presente en su mente, real como un recuerdo. La llave que era una tecla de máquina de escribir, la palma de la mano sin líneas y la voz seca, casi sin inflexiones, de George Stark diciéndole desde detrás del hombro que no había terminado con él y que cuando uno jodía a aquel pretencioso hijo de puta, uno jodía al mejor.

TRES

EL BLUES DEL CEMENTERIO

1

El jefe de la brigada de parques y jardines de Castle Rock, formada por tres hombres, era un tipo llamado Steven Holt al que, como es lógico, en el pueblo todo el mundo llamaba «Enterrador». Es un apodo que comparten miles de encargados de parques y jardines en miles de pueblos de Nueva Inglaterra. Como la mayoría de ellos, Holt estaba a cargo de una considerable cantidad de trabajos, dado lo reducido de su brigada. La ciudad tenía dos pequeños campos de deporte que era preciso cuidar, uno cerca del viaducto del ferrocarril entre Castle Rock y Harlow, y el otro en Castle View; también había un prado comunal cuyo césped había que plantar en primavera, segar en verano y rastrillar de hojas en otoño (por no hablar de los árboles que había que podar y a veces talar, además del mantenimiento del estrado para la orquesta y los asientos en torno a él); por último, estaban los parques públicos, uno en Castle Stream, cerca del viejo aserradero junto al río, y el otro en las afueras, junto a Castle Falls, donde innumerables hijos del amor habían sido concebidos desde tiempos inmemoriales.

Steven Holt hubiera podido estar a cargo de todo esto y seguir siendo conocido por su nombre real hasta el día de su muerte, pero Castle Rock también contaba con tres cementerios, y su brigada se encargaba también de ellos. Plantar a los clientes era una ínfima parte del trabajo que conllevaba el mantenimiento de un cementerio. Había que plantar, rastrillar y replantar. Había que recoger los desperdicios. Había que quitar las flores viejas y las banderas descoloridas después de las fiestas (el día del Soldado era el que dejaba más restos que limpiar, pero el Cuatro de Julio, el día de la Madre y el día del Padre también daban trabajo). Había que limpiar, asimismo, las esporádicas pintadas irrespetuosas que dejaban los chicos en tumbas y panteones.

Naturalmente, todo esto importaba poco a los vecinos. Era el hecho de plantar a los clientes lo que daba el apodo a los tipos como Holt. Su madre le había puesto Steven, pero era Enterrador; Enterrador había sido desde que aceptara el empleo en 1964 y Enterrador sería hasta el día de su muerte, aunque antes cambiara de empleo (lo cual, a sus sesenta y un años, resultaba bastante improbable).

A las siete de la mañana del miércoles primero de junio, un día radiante y luminoso que anunciaba el verano, Enterrador detuvo el camión frente al cementerio Tierra Natal y bajó a abrir la verja de hierro. La verja tenía cerradura, pero solo se utilizaba dos veces al año: la noche de Graduación en el instituto y la noche de Difuntos. Una vez abierta la verja, condujo el camión a poca velocidad por el camino principal.

El trabajo de aquella mañana era de simple reconocimiento. Llevaba al lado una tablilla con unas hojas, donde pensaba anotar las zonas del cementerio que necesitaban un retoque antes del día del Padre. Cuando terminara con Tierra Natal, iría al cementerio de la Gracia, al otro lado del pueblo, y luego al de Stackpole, en la intersección de las carreteras de Stackpole y Town. Por la tarde, empezaría la labor que considerara necesaria con el resto de la cuadrilla. En principio no debería haber gran cosa pues el trabajo más duro ya se había realizado a finales de abril, momento elegido por Enterrador para la limpieza de primavera.

Durante dos semanas, él, Dave Phillips y Deke Bradford, que era el jefe del Departamento de Obras Públicas de Castle Rock, habían hecho jornadas de diez horas, como cada primavera, limpiando alcantarillas atascadas, poniendo tierra de nuevo donde las lluvias de primavera habían arrastrado la anterior capa de suelo fértil, enderezando lápidas y monumentos movidos por pequeños desplazamientos del terreno... En primavera había mil tareas, grandes y pequeñas, y Enterrador volvía a casa con las fuerzas justas para prepararse una cena frugal y tomarse una lata de cerveza antes de que los ojos se le cerraran y se dejara caer en la cama. La limpieza de primavera terminaba siempre el mismo día: aquel en que Enterrador empezaba a creer que el constante dolor de espalda iba a volverle loco por completo.

Los retoques de junio no eran ni mucho menos tan agotadores como en primavera, pero tenían su importancia. A finales de junio comenzaban a llegar los veraneantes en sus habituales grupos numerosos, y con ellos acudían antiguos vecinos (con sus hijos) que se habían trasladado a otras partes del país, más calurosas o más rentables, y que aún conservaban propiedades en el pueblo. Estos últimos eran los que Enterrador consideraba la auténtica peste, los que ponían el grito en el cielo si faltaba un aspa de la vieja noria junto al aserradero o si la

lápida del tío Reginald yacía sobre la losa.

«Bueno, ya vendrá el invierno», se dijo. Era la frase que empleaba como consuelo en todas las estaciones del año, incluso ahora, cuando el invierno parecía lejano como un sueño.

Tierra Natal era el mayor y más bonito de los camposantos de la población. Su paseo central era casi tan ancho como una carretera y lo cruzaban cuatro calles más estrechas, de apenas dos carriles, con un césped recién cortado entre ambos. Enterrador avanzó con el camión por la avenida central, cruzó la primera y la segunda calle, alcanzó la tercera... y frenó en seco.

—¡Oh, mierda! —exclamó deteniendo el motor del vehículo y apeándose. Se adentró en la tercera calle hacia un agujero irregular abierto en la hierba a unos quince metros de la intersección, a la derecha del camino y antes de llegar a este. Alrededor del agujero había terrones oscuros y pilas de tierra como metralla en torno al impacto de una granada.

—¡Condenados muchachos!

Se detuvo junto al agujero con las manazas callosas en la cintura de sus descoloridos pantalones verdes de trabajo. Aquello era un estropicio. Más de una vez, él y sus colaboradores habían tenido que limpiar después de que algún grupo de muchachos se decidiera —por un reto o bajo los efectos del alcohol— a excavar una tumba a medianoche; por lo general se trataba de una especie de rito iniciático o bien de un simple puñado de adolescentes con la cabeza llena de pájaros que buscaba emociones fuertes bajo el influjo del plenilunio. Que él supiera, ninguno de ellos había llegado a desenterrar un ataúd ni, Dios no lo quisiera, a sacar de él a algún cliente de pago; por muy borrachos que estuvieran aquellos felices idiotas, solían limitarse a cavar un hoyo de dos o tres palmos, momento en que se hartaban del juego y se largaban a otra parte. Aunque abrir agujeros en uno de los cementerios locales era de mal gusto (a menos que uno fuera un tipo como él, es decir, que estuviera debidamente autorizado y cobrara un sueldo por plantar a los clientes), el estropicio no acostumbraba a ser grave. Por lo general.

Este, sin embargo, no era un caso habitual.

El orificio carecía de forma definida; semejaba un círculo. Desde luego, no presentaba el aspecto de una sepultura de ángulos casi rectos y forma rectangular. Asimismo, era más profundo que los que solían cavar borrachos y estudiantes, pero esa profundidad no era uniforme; descendía como un cono irregular y, cuando Enterrador reflexionó sobre lo que le sugería, notó que un desagradable escalofrío le recorría el espinazo.

Recordaba a una tumba en la que alguien enterrado en vida hubiera despertado y se hubiera abierto paso hasta la superficie sin usar más herramienta que las

manos desnudas.

—¡Oh, basta ya! —murmuró—. Maldita travesura. Condenados muchachos.

Tenía que serlo. Allá abajo no había ningún ataúd y allí arriba no había ninguna lápida movida, y todo ello le pareció absolutamente lógico, porque no había nadie enterrado allí. No necesitaba volver al cobertizo de las herramientas, donde tenía un plano del cementerio clavado con chinchetas en la pared, para comprobarlo. Aquel punto formaba parte de las seis parcelas contiguas propiedad del primer administrador municipal de Castle Rock, Danforth «Buster» Keeton. Las únicas parcelas ocupadas contenían los cuerpos del padre y el tío de Buster. Las dos quedaban a la derecha y vio las lápidas perfectamente erguidas e intactas.

Enterrador recordaba aquel punto concreto por otra razón. Había sido allí donde aquella gente de Nueva York había colocado una falsa lápida mientras realizaba el reportaje sobre Thad Beaumont. Este y su esposa poseían una casa de verano en el pueblo, cerca del lago. Dave Phillips se encargaba de su jardín y el propio Enterrador le había ayudado a asfaltar el camino el otoño anterior, antes de que cayera la hoja y empezara otra vez el trabajo duro. Luego, en primavera, Beaumont le había preguntado con cierta turbación si habría algún problema en que un fotógrafo colocara una lápida falsa en el cementerio para, lo que había denominado, «una foto de broma».

—Si lo hay, solo tiene que decirlo —le había asegurado Beaumont, con voz aún más turbada—. En realidad, no es nada importante.

—Por mí, adelante —había contestado él, complaciente—. ¿De la revista *People*, dice usted?

Thad asintió.

—¡Vaya! Eso sí que es importante, ¿verdad? ¡Alguien del pueblo en la revista *People*! ¡No me puedo perder ese número!

—No estoy seguro de que salga —respondió Beaumont—. Gracias, señor Holt.

Beaumont le caía bien, aunque fuera escritor. Enterrador solo había terminado los estudios primarios (y tuvo que repetir el último curso para graduarse) y nadie en el pueblo lo trataba nunca de «señor».

—A esa condenada gente de la revista seguro que le gustaría sacarle la foto en cueros vivos y con el pie metido en una cagada de gran danés, si pudiera conseguirlo, ¿verdad?

Beaumont lanzó una de sus contadas carcajadas.

—Sí, creo que eso es precisamente lo que les gustaría —había dicho, dándole unas palmaditas en el hombro.

El fotógrafo había resultado ser una mujer de las que Enterrador llamaba «una puta fina de ciudad». En este caso la ciudad era, por supuesto, Nueva York.

Caminaba como si se hubiera tragado un palo y le hubieran metido otro por el culo y los dos giraran tan deprisa como uno quisiera. Había llegado en una ranchera de esas que alquilaban en el aeropuerto de Portland, tan abarrotada de material fotográfico que resultaba sorprendente que cupieran en ella la fotógrafa y su ayudante. Al verla, Enterrador había pensado que, si el coche no admitía más carga y la mujer tenía que decidir entre librarse de parte del material o deshacerse del ayudante, lo más seguro era que se encontrara con un marica de la Gran Manzana haciendo autoestop para regresar al aeropuerto.

Los Beaumont, que seguían a la ranchera en su coche y habían aparcado detrás de ella, tenían aquel día un aire entre confundido y divertido. Como parecían acompañar a la puta fina de la ciudad por propia voluntad, Enterrador había supuesto que en ellos aún pesaba más la parte de diversión. Pese a todo, se había acercado para cerciorarse, sin hacer caso de la mirada desdeñosa de la puta fina.

—¿Todo está en orden, señor Beaumont? —había preguntado.

—Dios santo, no, pero supongo que dará resultado —había respondido Beaumont, lanzando un guiño a Enterrador. Este se lo había devuelto de inmediato.

Una vez hubo comprobado que los Beaumont estaban dispuestos a seguir adelante con el asunto, Enterrador se había retirado para observar la escena desde lejos, pues le gustaban los espectáculos gratuitos tanto como a cualquiera. Entre el montón de equipaje, la mujer llevaba una gran lápida falsa, de esas de estilo antiguo redondeadas en la parte superior. Se parecía más a las que Charles Addams dibujaba en sus tiras cómicas que a ninguna de las que Enterrador había colocado en los últimos tiempos. La fotógrafa, exigente con los detalles, no estaba satisfecha del todo y ordenaba a su ayudante que cambiara la lápida de posición una y otra vez. En un momento determinado, Enterrador había preguntado si podía ayudar en algo, pero la mujer le había respondido que no, gracias, con su irritante modo de hablar neoyorquino, de modo que Enterrador había vuelto a retirarse.

Por fin, la lápida había quedado como ella quería y la fotógrafa había mandado al ayudante que empezara a instalar las luces, lo cual llevó otra media hora más o menos. Durante todos aquellos preparativos, Thad Beaumont había permanecido en pie, observando la escena y frotándose de vez en cuando la pequeña cicatriz blanca de la frente con aquel peculiar gesto suyo que le era característico. Sus ojos fascinaban a Enterrador.

«El tipo está tomando sus propias fotografías —había pensado—. Es probable que sean mejores que las de ella y que, además, duren mucho más. Beaumont está estudiando a esa mujer para hacerla aparecer algún día en un libro y ella ni

siquiera se ha dado cuenta».

Por fin, la fotógrafa había anunciado que estaba a punto para la sesión. Si no hizo que los Beaumont se dieran la mano una docena de veces sobre la lápida de cartón piedra, no lo hizo ninguna, y todo a pesar de que el día era bastante malo. La mujer daba órdenes a la pareja al igual que lo hacía con aquel ayudante suyo de gestos afectados y voz chillona. Entre su estridente voz neoyorquina y la orden constante de repetir la escena una vez más porque la luz no estaba bien, porque sus rostros no estaban bien o tal vez porque su propio culo no estaba bien, Enterrador había pensado que el señor Beaumont —quien no era el hombre más paciente del mundo, según los comentarios que había oído— no tardaría en estallar. Sin embargo, tanto Beaumont como su esposa se habían mostrado más divertidos que molestos y habían obedecido las indicaciones de la puta fina de la ciudad a pesar de que la temperatura se mantuvo muy baja todo el día. Enterrador se dijo que, de haber estado en lugar de Beaumont, se habría enfurecido con aquella mujer al cabo de un rato. Al cabo, pongamos, de quince segundos.

Allí era, precisamente donde estaba aquel maldito agujero, donde por fin habían colocado la lápida de cartón piedra. En efecto, por si necesitaba más pruebas, allí estaban todavía las marcas redondas que habían dejado en el césped los tacones de la puta fina. Tenía que ser de Nueva York; solo una neoyorquina se presentaría allí con zapatos de tacón alto al final de la temporada de lluvias y se dedicaría a chapotear con ellos por la tierra enfangada del cementerio para tomar unas fotos. A no ser que...

Sus pensamientos se interrumpieron y la sensación de frío volvió a adueñarse de él. Su mirada había vagado en busca de las huellas, ya casi borradas, de los tacones altos de la fotógrafa. Mientras iba identificando las marcas, sus ojos toparon casualmente con otras huellas más recientes.

2

¿Pisadas? ¿Eran pisadas?

«Claro que no; es solo que el desgraciado que ha hecho el agujero arrojó parte de la tierra más lejos que el resto. Eso es todo».

Pero no era todo y Enterrador lo sabía. Aun antes de llegar a la primera mancha de tierra sobre el césped, reconoció la huella profunda de un zapato en el montón de tierra más próximo al hoyo.

«Y si son huellas, ¿qué? ¿Piensas acaso que quien haya hecho esto se dedicó a cavar flotando alrededor del agujero con la pala en la mano como un fantasma?»

Hay gente en el mundo que tiene gran facilidad para engañarse a sí misma,

pero Enterrador no era de ese tipo. Aquella voz nerviosa y burlona que hablaba en su interior no podía alterar lo que veían sus ojos. Holt había rastreado piezas de caza toda su vida y aquel rastro era inconfundible. Le pidió a Dios que no lo fuera tanto.

Allí, en aquel montón de tierra junto al agujero, no solo había una huella de zapato, sino una marca circular del tamaño de un plato de postre. Esta segunda huella quedaba a la izquierda de la primera. A ambos lados de la impresión circular y de la marca del zapato, distinguió en la tierra unos surcos que correspondían, sin duda, a las huellas de unos dedos; de unos dedos que habían resbalado un poco en el barro antes de agarrarse con firmeza.

Miró más allá de la primera huella de zapato y descubrió otra. Más lejos sobre la hierba, se hallaba la mitad de una tercera, formada cuando una parte del barro adherido al zapato se había desprendido al pisar. Había caído del zapato, pero había conservado la impresión de la suela... y lo mismo había sucedido con las otras tres o cuatro que sus ojos habían captado en un primer momento. De no haber acudido allí aquella mañana a una hora tan temprana, cuando la hierba aún estaba húmeda, el sol habría secado el barro y las huellas se habrían desmenuzado en pequeños grumos que nada revelarían.

Enterrador deseó haber llegado más tarde, haber empezado el día por el cementerio de la Gracia, como había previsto al salir de casa.

No obstante, había cambiado de idea y eso ya no tenía remedio.

Los fragmentos de huellas de pisadas desaparecían a menos de cuatro metros de

(«la tumba»)

del agujero en el suelo. Enterrador, sin embargo, supuso que más allá la hierba húmeda de rocío también presentaría huellas y se dijo que debería acercarse a comprobarlo, aunque no le apeteciera demasiado. De momento, sin embargo, volvió a dirigir la mirada hacia las huellas más nítidas, las del pequeño montón de tierra junto al hoyo.

Surcos trazados por unos dedos, una marca redonda un poco más adelante y a su lado una huella de zapato. ¿Qué sugería aquella disposición?

Enterrador apenas tuvo tiempo de hacerse la pregunta antes de que la respuesta acudiera a su mente, como la solución secreta de ese viejo espectáculo de Groucho Marx, *Apueste su vida*. Lo vio todo con tanta claridad como si hubiera presenciado el suceso, y precisamente por ello no quiso averiguar nada más del asunto. Todo aquello resultaba terriblemente inquietante.

Porque allí se veía a un hombre de pie en un hoyo recién excavado.

Sí, pero ¿cómo se había metido allí?

Sí, pero ¿el agujero lo había hecho él, o bien era obra de otra persona?

Sí, pero ¿por qué las raíces pequeñas aparecían retorcidas, deshilachadas y arrancadas, como si el césped y la tierra se hubieran apartado con las manos desnudas, en lugar de aparecer cortadas limpiamente por el filo de una azada?

Al diablo con los peros. Al diablo con todos ellos. Tal vez era mejor no pensar en eso y limitarse a imaginar al hombre de pie en el hoyo, en un hoyo un poco demasiado profundo para poder salir de él de un salto. ¿Qué hace entonces ese hombre? Pone las manos en el montón de tierra más cercano y se impulsa hacia arriba. Una cosa así no sería ninguna hazaña, siempre que se tratara de un adulto y no de un adolescente. Enterrador observó las escasas huellas claras y completas que podía distinguir y pensó: «Si se trata de un muchacho, debe de tener unos pies terriblemente grandes. Esas huellas pertenecen a un zapato del número cuarenta y cuatro, como mínimo».

Levanta las manos. Impulsa el cuerpo hacia arriba. Durante el impulso, las manos resbalan ligeramente en la tierra suelta y por ello clava con fuerza los dedos, dejando esos breves surcos en ella. Ya tiene el cuerpo fuera y equilibra el peso apoyando una rodilla, que deja esa huella circular. Después coloca un pie junto a la rodilla que tiene apoyada, cambia el peso del cuerpo de la rodilla al pie recién izado, se incorpora y se marcha. Sencillo como coser y cantar.

«De modo que un tipo se ha desenterrado de su tumba y se ha largado caminando, ¿no es eso? Tal vez le entró un poco de hambre ahí abajo y decidió acercarse al local de Nan a tomar una hamburguesa y una cerveza...»

—¡Maldita sea, esto no es ninguna tumba; es un jodido agujero en el suelo, eso es todo! —se dijo en voz alta, luego dio un pequeño respingo cuando un gorrión le regañó por la exclamación.

Sí, nada más que un agujero en el suelo, ¿no era eso lo que acababa de decir? Entonces, ¿por qué no veía ninguna señal que pudiera relacionar con el trabajo de una azada? ¿Cómo era que solo había aquel rastro de pisadas alejándose del hoyo pero no había ninguna alrededor de este ni apuntando hacia él, como sucedería si alguien hubiera estado cavando y pisara de vez en cuando —cosa normal en un individuo que está abriendo un hoyo— la propia tierra que extraía?

Se le ocurrió plantearse qué hacer con todo aquello y maldita sea si supo qué responder. Supuso que, técnicamente, se había cometido un delito, pero no se podía acusar al autor de saquear tumbas, ya que el lugar donde había abierto el agujero no contenía ningún cuerpo. Lo máximo que podía decirse era que se trataba de un acto de vandalismo y, si existía otra interpretación posible, Enterrador no estaba seguro de querer ocuparse de ello.

Tal vez fuera mejor volver a llenar el agujero, reponer los pedazos de césped que encontrara en buen estado, ir a por el césped nuevo que fuera necesario para terminar el trabajo y, luego, olvidarse de todo el asunto.

«Al fin y al cabo —se dijo por tercera vez—, no es lo mismo que si hubiera alguien enterrado ahí de verdad».

Con los ojos del recuerdo, aquel día lluvioso de primavera revivió tenuemente por un instante. ¡Aquella lápida de cartón piedra parecía de verdad, sí señor! Cuando uno veía a aquel ayudante de la fotografía alto y delgado llevándola de un sitio a otro, uno se daba cuenta de que era falsa, pero cuando la instalaba en el suelo, con esas flores artificiales delante y todo, uno habría jurado que era auténtica y que realmente había alguien...

Notó que los brazos se le llenaban de pequeños y tensos nudos de músculos.

—Olvídate de todo esto ahora mismo —se dijo con severidad. Cuando el gorrión volvió a reñirle, Enterrador agradeció su trino, poco seductor pero perfectamente real y corriente—. Puedes seguir gritando, madre —añadió, y dio unos pasos hasta el fragmento de huella más alejado del hoyo.

Más allá, como había sospechado, encontró la hierba aplastada por otras pisadas, que aparecían bastante espaciadas. Al observarlas, Enterrador pensó que, si el tipo no había echado a correr, al menos era seguro que no había perdido el tiempo en absoluto. Cuarenta metros más allá, según advirtió, sus ojos podían seguir el rastro de la marcha del tipo de otra manera: un gran cesto de flores aparecía allí volcado. Aunque a esa distancia no podía distinguir ninguna pisada, el cesto debía de haber estado justo en línea recta con las huellas que aún se percibían. El individuo podría haber evitado las flores, pero había decidido no hacerlo: se había limitado a apartar el obstáculo de un puntapié, para seguir adelante.

Con hombres que hacían cosas como aquella lo mejor era, en opinión de Enterrador, no buscarse líos a menos que existiera un buen motivo.

El tipo había avanzado en diagonal a través del cementerio, como si se dirigiera al muro bajo que separaba este y la carretera principal. Caminando como quien tiene una meta determinada y asuntos que resolver.

Aunque Enterrador no tenía más capacidad de imaginación que habilidad para engañarse a sí mismo (ambas cosas, al fin y al cabo, guardan cierta relación), por un instante vio al tipo; lo vio literalmente: un hombre corpulento de pies grandes andando entre las sombras por aquel silencioso barrio de los muertos, avanzando confiado y seguro con sus grandes pies, apartando de su camino el cesto de flores sin interrumpir siquiera el paso al propinarle el puntapié. Sin demostrar el menor temor. No, aquel hombre, no. Porque si allí había cosas que aún estaban vivas, como creía alguna gente, ¡serían ellas las que sentirían miedo de él! Él avanzaba, caminaba, marchaba, y que Dios protegiera al hombre o a la mujer que se cruzara en su camino.

El pájaro le reprendió.

Enterrador dio un brinco.

—Olvidalo, amigo —se dijo una vez más—. Limítate a llenar el maldito agujero y no vuelvas a pensar en el asunto.

Lo llenó, en efecto, e intentó olvidarse de él, pero ese mismo día, por la tarde, Deke Bradford fue a buscarlo al camposanto de Stackpole Road y le puso al corriente del asunto de Homer Gamache, cuyo cuerpo habían encontrado a última hora de la mañana en la carretera 35, a poco más de un kilómetro de Tierra Natal. Todo el pueblo se había convertido en un hervidero de rumores y especulaciones desde aquel momento.

Entonces, a regañadientes, Enterrador fue a hablar con el jefe de policía, Pangborn. No sabía si el agujero y las huellas guardaban relación con la muerte de Homer Gamache, pero pensó que lo mejor era contar lo que sabía y dejar que lo decidieran quienes recibían un sueldo por ello.

CUATRO

LA MUERTE EN UN PUEBLO PEQUEÑO

1

Castle Rock había sido un pueblo desafortunado, al menos durante los últimos años.

Como para demostrar que el viejo dicho, según el cual un rayo no cae dos veces en el mismo lugar, no siempre se cumple, en Castle Rock habían ocurrido varias desgracias en los últimos ocho o diez años. Sucesos lo bastante terribles como para aparecer en las noticias nacionales. George Bannerman era el jefe local de policía cuando se habían producido estos hechos, pero Big George, como se le conocía afectuosamente, no tendría que ocuparse del caso Homer Gamache porque Big George estaba muerto. Había sobrevivido al primer infortunio, una serie de violaciones y asesinatos por estrangulación cometidos por uno de sus propios agentes, pero dos años después lo había matado un perro rabioso en la Town Road (no solo lo había matado, sino que casi lo había literalmente descuartizado). Ambos casos habían sido de lo más extraños, pero el mundo era un lugar muy extraño. Y duro. Y, a veces, desafortunado. El nuevo jefe de policía (Alan Pangborn llevaba ocho años en el cargo, pero había decidido que iba a ser «el nuevo jefe» al menos hasta el año 2000. Contando siempre, decía a su esposa, con que siguiera presentándose a las elecciones y ganándolas) no estaba en Castle Rock por entonces; hasta 1980 se había encargado de la vigilancia de carreteras en una ciudad pequeña, tirando a mediana, al norte del estado de Nueva York, no lejos de Syracuse.

Mientras contemplaba el cuerpo destrozado de Homer Gamache, arrojado en una zanja junto a la carretera 35, Pangborn deseó estar allí todavía. Parecía que, después de todo, no toda la mala suerte del pueblo había muerto con Big George Bannerman.

«¡Oh, vamos...! No dirás en serio que preferirías estar en cualquier otro lugar de este vergel de Dios. No lo repitas o vendrá de verdad la mala suerte y se te montará en el hombro. Este lugar ha sido estupendo para Annie y para los niños, y también ha sido un lugar perfecto para ti, de modo que ¿por qué no lo olvidas?»

Buen consejo. Pangborn había descubierto que la cabeza siempre daba buenos consejos que los nervios no podían seguir. Estos contestaban: «Sí, ahora que lo mencionas, todo eso es la pura verdad». Luego continuaban a flor de piel.

Sin embargo, él ya había esperado algo similar, ¿no era cierto? Durante sus años de trabajo como policía había recogido los restos de casi cuarenta personas en las carreteras, había interrumpido un sinfín de peleas y se había enfrentado a un centenar de casos de malos tratos a esposas o hijos... y estos eran solo los denunciados. Pero da la impresión de que las cosas se toman a veces temporadas de descanso. Para tratarse de un pueblo que había alardeado de contar con el autor de una masacre entre sus vecinos no mucho tiempo atrás, Pangborn había disfrutado de una racha inusualmente buena en lo que respecta a homicidios. Únicamente cuatro, y solo uno de los autores había escapado: Joe Rodway, después de volarle la tapa de los sesos a su mujer. Pangborn, que apenas la conocía, casi lamentó el télex que recibió de la policía de Kingston, Rhode Island, en el que le comunicaban la detención de Rodway.

Otro de los casos había sido un homicidio con un vehículo, y los dos restantes, claros casos de segundo grado, uno con un cuchillo y el otro con los puños desnudos. Este último era un asunto de malos tratos conyugales que, sencillamente, había ido demasiado lejos; solo había un detalle insólito que lo hacía destacable: la esposa había golpeado al marido hasta matarlo mientras él estaba completamente borracho, devolviéndole en un único, definitivo y apocalíptico daca casi veinte años de toma. La última serie de contusiones de la mujer aún mostraba un saludable tono amarillento mientras era acusada formalmente en el juzgado. Pangborn no había lamentado en absoluto la decisión del juez de dejarla ir con seis meses en la cárcel de mujeres, seguidos de seis años en libertad condicional. Era probable que el juez Pender hubiera firmado aquella sentencia solo porque habría sido imprudente conceder a la mujer lo que merecía realmente; es decir, una medalla.

El asesinato en una población pequeña, según había descubierto, rara vez se parecía a los crímenes en poblaciones pequeñas de las novelas de Agatha Christie, en las que siete personas procedían por turno a acuchillar al viejo y malvado coronel Storing-Goiter en su casa de campo de Puddlebyon-the-Mars durante una melancólica tormenta de invierno. En la vida real, Pangborn sabía que casi siempre llegaba uno a la escena del crimen y todavía encontraba allí al autor, contemplando el desastre y preguntándose qué diablos acababa de hacer, cómo

había podido descontrolarse la situación con esa mortal rapidez. Incluso si el asesino se había marchado del lugar, normalmente no había llegado lejos y dos o tres testigos presenciales podían informar con precisión qué había sucedido, quién lo había hecho y adónde había ido. La respuesta a esto último solía ser el bar más próximo. Por regla general, el asesinato en una población pequeña en la vida real era sencillo, brutal y estúpido.

Por regla general.

Pero las reglas están para ser quebrantadas. A veces, el rayo descarga dos veces en el mismo lugar y, de vez en cuando, los asesinatos que se producen en poblaciones pequeñas no tienen una solución inmediata. Al menos, asesinatos como aquel.

Pangborn podía habérselo esperado.

2

El agente Norris Ridgewick regresó de su coche patrulla, aparcado detrás del de Pangborn. Las llamadas de las dos radios en la frecuencia de la policía crepitaban en el aire tibio de finales de primavera.

—¿Viene Ray? —preguntó Pangborn. Ray era Ray van Allen, el médico forense del condado.

—Sí —respondió Norris.

—¿Qué hay de la mujer de Homer? ¿Alguien le ha contado ya lo sucedido?

Pangborn espantó unas moscas del rostro de Homer mientras hablaba. De aquel rostro apenas quedaba otra cosa que una nariz corva, prominente. De no ser por el brazo ortopédico y los dientes de oro que habían lucido en la boca de Gamache y que ahora aparecían rotos en pedazos por su cuello grueso y por la pechera de la camisa, Pangborn dudaba de que su propia madre lo hubiese reconocido.

Norris Ridgewick arrastró un poco los pies y clavó la mirada en la puntera de sus propios zapatos como si, de pronto, le resultaran muy interesantes.

—Bueno... John está de patrulla por el mirador y Andy Clutterbuck está en Auburn, en el juzgado...

Pangborn suspiró y se puso en pie. Gamache tenía sesenta y siete años. Vivía —había vivido— con su esposa en una casa pequeña y cuidada cerca de la antigua cochera del ferrocarril, a menos de tres kilómetros de allí. Sus hijos eran mayores y se habían marchado. La señora Gamache había llamado a la comisaría a primera hora de la mañana, diciendo al borde de las lágrimas que había despertado a las siete y había descubierto que Homer, quien a veces dormía en uno de los cuartos

de los chicos porque ella roncaba, no había vuelto a casa en toda la noche. Homer había salido a las siete de la tarde para su partida de bolos y debería haber regresado hacia la medianoche, a las doce y media como muy tarde, pero todas las camas estaban vacías y la camioneta no estaba en el camino ni en el garaje.

Sheila Brigham, la secretaria de día, había pasado la primera llamada al jefe Pangborn y este había utilizado el teléfono público de la gasolinera de Sonny Jackett, donde estaba llenando el depósito, para ponerse en contacto con la señora Gamache.

La mujer le había dado todos los datos que necesitaba sobre la camioneta: una Chevrolet de 1971, blanca con parches de minio rojo oscuro en las zonas oxidadas y una percha para colgar un arma en la cabina, matrícula 96529Q del estado de Maine. Pangborn se los había comunicado por radio a sus agentes de servicio (solo tres, ya que Clut estaba testificando en Auburn) y le había dicho a la señora Gamache que volvería a llamarla tan pronto como supiera algo. El policía no se había preocupado demasiado de la denuncia. A Gamache le gustaba tomar cerveza, sobre todo la noche de la partida de bolos, pero no era del todo estúpido. Si había bebido en exceso y no se había sentido en condiciones de ponerse al volante, tal vez se habría quedado a dormir en el sofá del salón de alguno de sus compañeros de partida.

No obstante, había un punto oscuro. Si Homer había decidido quedarse en casa de un colega, ¿por qué no llamó a su mujer para decírselo? ¿No se le ocurrió que ella se preocuparía? Bueno, tal vez Homer se había dado cuenta muy tarde y no había querido molestarla. Era una posibilidad. Otra más probable, había pensado Pangborn, era que el hombre hubiera llamado cuando su esposa ya estaba profundamente dormida, con una puerta cerrada entre ella y el único teléfono de la casa. Había que añadir la probabilidad de que estuviera roncando como un camión a ciento veinte por la autopista.

Pangborn se había despedido de la angustiada Ellen Gamache y había colgado el teléfono pensando que el marido aparecería antes de las once, como muy tarde, abochornado y con una resaca de órdago. Cuando lo hiciera, el viejo juerguista tendría que aguantar una buena bronca. Al pensar en ello, Pangborn tomó buena nota de elogiar a Homer —sin pasarse— por haber tenido la cordura de no conducir los cincuenta kilómetros entre South Paris y Castle Rock bajo los vapores del alcohol.

Casi una hora después de la llamada de la señora Gamache, el policía había caído en la cuenta de que su primer análisis de la situación no era correcto. Si Homer Gamache se había quedado a dormir en casa de un compañero de partida, debía de ser la primera vez que lo hacía. De lo contrario, se había dicho Alan Pangborn, su esposa habría considerado tal posibilidad y, al menos, habría

esperado un rato más antes de llamar a la comisaría. Después, Alan se dio cuenta de que Homer Gamache era ya demasiado viejo para cambiar de costumbres. Si había pasado la noche en otra parte, seguro que lo habría hecho otras veces, pero la llamada de su esposa daba a entender lo contrario. Y si se hubiera emborrachado en la bolera en otras ocasiones y luego hubiera vuelto a casa en tal estado, lo más probable sería que también lo hubiera hecho la noche anterior. Pero no había sido así.

«De modo que el perro viejo ha aprendido un nuevo truco, después de todo — se dijo—. A veces sucede. O quizá solo fue que bebió más de lo habitual. ¡Qué diablos!, incluso puede que bebiera lo mismo de siempre y le hiciera más efecto que de costumbre. Dicen que el alcohol afecta más o menos a una persona según el día».

Pangborn había intentado olvidarse de Homer Gamache, al menos por el momento. Tenía un montón de papeleo pendiente en el escritorio y estar allí sentado, haciendo rodar un lápiz entre los dedos y pensando en el viejo chiflado que andaba por ahí en su camioneta, en aquel viejo chalado de cabello canoso cortado al estilo militar, que llevaba un brazo ortopédico en lugar del que había perdido en un sitio llamado Pusan durante una guerra no declarada —acaecida cuando la mayoría de la actual generación de veteranos de Vietnam aún ensuciaba los pañales—, en fin, perder el tiempo dándole vueltas a todo aquello no resolvería el trabajo burocrático ni serviría para localizar a Gamache.

No obstante, cuando iba camino del cuchitril de Sheila Brigham a pedirle que despertara a Norris Ridgewick para saber si este se había enterado de algo, el propio Norris se puso en contacto con él por la radio. Lo que el agente tenía que comunicarle hizo que el hilillo de inquietud que sentía Alan Pangborn creciera hasta convertirse en un chorro frío y constante que le recorrió las entrañas y le hizo sentirse ligeramente aturdido.

Alan siempre se tomaba a broma a la gente que hablaba de telepatía y precognición en los programas de radio, se lo tomaba a broma como hacen aquellos para quienes la intuición y el presentimiento forman parte tan integral de sus vidas que apenas son capaces de reconocerlos cuando los están utilizando. Pero si le hubieran preguntado su opinión en ese momento sobre qué podía haberle sucedido a Homer Gamache, Alan Pangborn habría respondido: «Cuando vi aparecer a Norris... bueno, en ese mismo instante tuve la certidumbre de que el viejo estaba malherido o muerto. Probablemente, lo segundo».

Norris se había detenido casualmente en casa de los Arsenault, en la carretera 35, a poco más de un kilómetro al sur del cementerio Tierra Natal. Ni siquiera se le había ocurrido pensar en Homer Gamache, aunque apenas cinco kilómetros separaban la granja de los Arsenault de la casa de Homer y, si Homer había tomado el camino de vuelta lógico desde South Paris la noche anterior, tenía que haber pasado ante la puerta de los Arsenault. Norris no había considerado probable que estos hubieran visto a Homer pues, de lo contrario, el viejo habría llegado a casa sano y salvo unos diez minutos más tarde.

El agente solo se había dirigido a la granja de los Arsenault porque tenían el mejor puesto ambulante de hortalizas en tres pueblos a la redonda. Norris era uno de esos escasos solteros que disfrutaban cocinando y había desarrollado una terrible afición por los guisantes frescos, así que había decidido acercarse a la granja para preguntar a los Arsenault cuándo tendrían algunos en venta. En el último momento, recordó el asunto de Homer y preguntó a Dolly Arsenault si por casualidad había visto pasar el camión de Gamache la noche anterior.

—¿Sabe usted? —había respondido la señora Arsenault—, es curioso que lo mencione porque, en efecto, así fue. A última hora de la noche. No... ahora que lo pienso, fue de madrugada, porque todavía emitían el programa de Johnny Carson, pero ya estaba hacia el final. Iba a levantarme a por otro helado, ver un poco del espectáculo de David Letterman y luego acostarme. Últimamente no duermo muy bien y el hombre del otro lado de la carretera me había alterado los nervios.

—¿Qué hombre era ese, señora Arsenault? —quiso saber Norris, repentinamente interesado.

—No lo sé... un hombre, simplemente. No me gustó su aspecto. ¿Cómo puede ser que en cuanto le eché el ojo me desagradara su aspecto? Suena mal, lo reconozco, pero ese manicomio de Juniper Hill no queda tan lejos y ver a un hombre solitario en una carretera rural, casi a la una de la madrugada, basta para inquietarla a una. Aunque el hombre lleve traje.

—¿Qué clase de traje era? —empezó a inquirir Norris, pero fue inútil. La señora Arsenault era una típica charlatana de campo y se limitó a seguir abrumando a Norris Ridgewick con una especie de implacable ampulosidad. El policía decidió esperar a que la mujer terminara y, mientras, tomar nota de lo que pudiera. Sacó el bloc del bolsillo.

—En cierto modo —prosiguió ella—, el traje casi me intranquilizó más aún. No resultaba muy apropiado que el hombre llevara un traje a esas horas, no sé si me entiende. Probablemente, no; probablemente piensa usted que solo soy una vieja estúpida y tal vez lo sea pero, durante un par de minutos antes de que apareciera Homer, tuve la impresión de que el hombre iba a acercarse a la casa y me levanté para asegurarme de que la puerta estaba cerrada. El tipo miraba hacia

aquí, ¿sabe?, vi cómo lo hacía. Supongo que miraba porque, pese a la hora, todavía estaba encendida la luz de mi ventana. Es probable que incluso se percatara de mi presencia, porque solo cuelgan unos visillos muy finos. No llegué a distinguirle la cara (anoche no salió la luna y no creo que nunca lleguen a poner farolas por aquí, como en el pueblo, y mucho menos televisión por cable), pero noté que volvía la cabeza. Entonces, empezó a cruzar la carretera (al menos, creo que fue eso lo que hizo, o lo que se proponía hacer, no sé si me entiende) y yo pensé que vendría y llamaría a la puerta y diría que se le había averiado el coche y si podía usar el teléfono, y me pregunté qué le contestaría en ese caso, porque me vino a la memoria esa serie de *Alfred Hitchcock presenta*, en la que salía un lunático que hacía bajar a los pájaros de las ramas con su encanto, pero que con un hacha había despedazado a alguien, ¿sabe?, y llevaba los pedazos en el maletero del coche, y solo lo atrapaban porque no le funcionaba una de las luces de posición o algo parecido... Pero, por otra parte...

—Señora Arsenault, me gustaría preguntarle...

—... Por otra parte, yo no quería parecer la filisteo, o sarraceno, esa mujer de Gomorra o como se diga, que pasaba por la otra acera de la calle —continuó la señora Arsenault—. Ya sabe, la parábola del Buen Samaritano. Así que estaba un poco sin saber qué hacer, pero luego me dije...

Para entonces, Norris se había olvidado por completo de los guisantes. Finalmente, consiguió que la señora Arsenault hiciera un alto al decirle que el hombre que había visto la noche anterior podía ser objeto de lo que denominó «una investigación en marcha». Logró que la mujer volviera al principio y le contara todo lo que había visto, dejando aparte el *Alfred Hitchcock presenta* y, a ser posible, también lo del Buen Samaritano.

La historia, según la contó Norris al jefe de policía a través de la radio del coche patrulla, era la siguiente: el marido y los hijos de la mujer ya se habían acostado y ella estaba viendo la televisión. Su silla se encontraba junto a la ventana que daba a la carretera. La persiana estaba levantada. Hacia las doce y media o la una menos veinte, había levantado la cabeza y había visto a un hombre de pie al otro lado de la carretera, es decir, del lado del cementerio Tierra Natal.

¿De qué dirección venía el hombre?

La señora Arsenault no estaba segura. Creía que podía proceder de la parte del cementerio, lo cual significaría que estaba alejándose del pueblo, pero no podía determinar por qué le daba esa impresión, pues en un momento dado había mirado hacia la carretera y la había visto vacía y, cuando había vuelto a mirar antes de levantarse a por el helado, el hombre ya estaba allí, inmóvil y de cara a la ventana iluminada, vuelto hacia ella, presumiblemente. La mujer había supuesto que el hombre se disponía a cruzar la calzada o había empezado a hacerlo (lo más

probable, se dijo Alan, era que el tipo no se hubiera movido en absoluto; el resto solo debía de ser producto de los nervios de la señora Arsenault). Después habían asomado unos faros en lo alto de la colina. Cuando el hombre del traje había visto las luces que se acercaban, había extendido el pulgar en el gesto eterno y universal del autoestopista.

—Era la camioneta de Homer, sí señor, y Homer iba al volante —aseguró la señora Arsenault a Norris Ridgewick—. Al principio pensé que pasaría de largo, como haría cualquier persona normal si encontrara a un autoestopista en mitad de la noche, pero luego las luces de freno brillaron y el hombre corrió hacia la portezuela del asiento del acompañante y subió a la camioneta.

La señora Arsenault, que tenía cuarenta y seis años, pero aparentaba veinte más, movió la cabeza cubierta de canas.

—Homer debía de ir achispado para recoger a alguien a esas horas —le comentó a Norris—. Achispado o demasiado confiado, y hace treinta y cinco años que conozco a Homer. No es un hombre ingenuo.

Hizo una pausa, pensativa, y añadió:

—Bueno, no demasiado.

Norris trató de obtener algún detalle más sobre el traje que llevaba el individuo, pero no tuvo suerte. Se dijo que, ciertamente, era una lástima que las farolas terminaran en los alrededores del cementerio Tierra Natal, pero el presupuesto de las poblaciones pequeñas como Castle Rock no alcanzaba para más.

Era un traje, de eso estaba segura, no una chaqueta deportiva o una cazadora, y no era negro, lo que dejaba una amplia gama de colores para elegir. La señora Arsenault no creía que el traje del autoestopista fuera completamente blanco, pero juraría que no era negro.

—No le estoy pidiendo que me jure nada, señora —le aseguró Norris.

—Cuando una habla con un agente de policía sobre una cuestión oficial —replicó la señora Arsenault encogiendo las manos en las mangas del jersey con gesto de modestia—, viene a ser lo mismo.

En resumen, lo que la mujer sabía era esto: había visto a Homer Gamache recogiendo a un autoestopista alrededor de la una menos cuarto. Al parecer, nada que justificara llamar al FBI. El asunto solo empezaba a adquirir mala pinta cuando se le añadía el hecho de que Homer había recogido a su pasajero a menos de cinco kilómetros de su propio garaje, pero no había llegado nunca a casa.

La señora Arsenault también estaba segura del traje. Norris se dijo que ver a un autoestopista por aquellos parajes solitarios en mitad de la noche ya era bastante extraño —a la una menos cuarto, cualquier vagabundo corriente se habría recogido ya en un establo abandonado o bajo un cobertizo—, pero si se sumaba la

particularidad de que el individuo llevaba traje y corbata («de un color oscuro —había dicho la señora—, pero no me pida que jure de cuál, porque no querría ni podría»), el asunto se volvía cada vez más inquietante.

—¿Qué quiere que haga ahora? —había preguntado Norris por la radio, una vez finalizado el informe.

—Quédate donde estás —le había ordenado Alan—. Charla de las historias de *Alfred Hitchcock presenta* con la señora hasta que yo llegue. A mí siempre me ha encantado esa serie.

Pero antes de que hubiera recorrido un kilómetro, el lugar de encuentro entre el jefe y su agente se había trasladado un par de kilómetros al oeste de la casa de los Arsenault. Un muchacho llamado Frank Gavineaux, que regresaba de una sesión de pesca matutina en el arroyo Strimmer, había descubierto un par de piernas sobresaliendo de los matorrales altos en el lado sur de la carretera 35. Frank había corrido a casa para contárselo a su madre y esta había llamado a la comisaría. Sheila Bringham pasó el mensaje a Alan Pangborn y Norris Ridgewick. Sheila siguió las normas y no mencionó ningún nombre por antena, pues siempre había demasiados intrusos con grandes Cobra y Bearcat sintonizando las frecuencias de la policía, pero Alan advirtió, por su perturbado tono de voz, que incluso Sheila tenía una idea bastante concreta de a quién debían de pertenecer aquellas piernas.

Lo único bueno de toda aquella mañana quizá había sido que Norris terminara de vaciar el estómago antes de que Alan llegara al lugar y que tuviera el suficiente sentido común para vomitar en la cuneta norte de la carretera, lejos del cuerpo y de cualquier posible pista que hubiera quedado alrededor de este.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Norris, interrumpiendo el curso de sus pensamientos.

Alan exhaló un profundo suspiro y dejó de espantar a las moscas de los restos de Homer. Era una batalla perdida.

—Ahora tengo que tomar la carretera e ir a comunicar a Ellen Gamache que la guadaña la ha visitado esta mañana. Tú quédate aquí con el cuerpo. Procura espantarle las moscas.

—Vamos, comisario, ¿para qué? Hay un montón de ellas y el tipo...

—Sí, está muerto, ya lo veo. Y no sé para qué. Me parece que es lo correcto en un caso así. No podemos volver a colocarle el jodido brazo pero, al menos, evitemos que las moscas se caguen en lo que le queda de nariz.

—Está bien —asintió Norris con humildad—. Está bien, comisario.

—Norris, ¿crees que podrías llamarme Alan si realmente te esforzaras, si practicaras un poco?

—Claro, comisario. Supongo que sí.

Alan soltó un gruñido y se volvió para echar un último vistazo al área de la zanja que, cuando regresara, con toda probabilidad encontraría acordonada con brillantes cintas amarillas atadas a postes de agrimensor, en las que pondría «ESCENA DEL CRIMEN - NO PASAR». Allí estaría el forense del condado y también Henry Payton, del cuartel Oxford de la policía del estado. El fotógrafo y los técnicos de la Oficina de Delitos Capitales del Fiscal General probablemente no habrían llegado todavía (a menos que casualmente un par de ellos se hallaran en la zona por algún otro motivo), pero no tardarían en hacerlo. A la una de la tarde se presentaría también el laboratorio móvil de la policía del estado, junto con los expertos forenses y un tipo cuyo trabajo era preparar yeso y tomar moldes de las huellas de neumáticos que Norris había tenido la astucia o la fortuna de no pisar con las ruedas de su propio coche (Alan se decidió, aunque de mala gana, por lo segundo).

¿Y qué se sacaría en claro de todo aquello? Algo muy simple: un viejo medio borracho se había detenido para hacerle un favor a un desconocido. («Sube ahí, muchacho —casi le oyó decir Alan—, solo voy a llevarte un par de kilómetros, pero habrás avanzado un poco en tu camino») El extraño le había correspondido matándole a golpes y robándole la camioneta.

Supuso que el hombre del traje le había pedido a Homer que se detuviera —el pretexto más probable debía de haber sido que necesitaba orinar— y, una vez parado el vehículo, había agarrado al viejo, lo había arrastrado a la carretera y...

Pero ¡ay!, aquí era donde la cosa se ponía fea. Condenadamente fea.

Alan dirigió un último vistazo a la zanja, donde Norris Ridgewick estaba en cuclillas junto a la masa de carne sanguinolenta que antes fuera un hombre, espantando con el bloc de anotar las multas las moscas de lo que antes fuera la cara de Homer, y sintió que se le revolvía el estómago de nuevo.

«Solo era un viejo, maldito hijo de puta... Un viejo con un pie en la tumba y que por añadidura solo tenía un brazo bueno, un viejo al que solo le quedaba como diversión su noche de partida de bolos. Entonces, ¿por qué no te limitaste a darle una buena paliza en la cabina de la camioneta y a dejarlo luego en paz? Hacía una buena noche y, aunque hubiera sido algo fría, seguramente no le habría pasado nada. Apuesto el reloj a que vamos a encontrar una buena dosis de anticongelante en el cuerpo y de todos modos la matrícula del vehículo ya está denunciada. Entonces, ¿por qué todo esto? Espero tener ocasión de preguntártelo».

Pero ¿importaba la razón? A Homer Gamache, desde luego, no. Ya no. A Homer no iba a importarle nada nunca más. Porque, después de la paliza, el autoestopista lo había sacado a rastras de la cabina y lo había llevado hasta la zanja, probablemente agarrándolo por los sobacos. Alan no necesitaba que los

chicos de Delitos Capitales le interpretaran las marcas dejadas por los tacones de los zapatos de Gamache. Por el camino, el desconocido había descubierto la invalidez de Homer. Y en el fondo de la zanja, le había arrancado al viejo su brazo ortopédico y lo había aporreado con él hasta matarlo.

CINCO

96529Q

—Aguarda, aguarda —dijo en voz alta el policía de tráfico del estado de Connecticut, Warren Hamilton, aunque era el único ocupante del coche patrulla. Era la tarde, ya avanzada, del dos de junio, unas treinta y cinco horas después del descubrimiento del cuerpo de Homer Gamache en un pueblo de Maine, del cual el agente Hamilton nunca había oído hablar.

Estaba en el aparcamiento del McDonald's de Westport, en la I-95 (dirección sur). Tenía por costumbre darse una vuelta por los aparcamientos de las estaciones de servicio y restaurantes cuando patrullaba por la Interestatal; si se llegaba de noche y con las luces apagadas hasta la última fila de coches aparcados, a veces se encontraban algunas buenas sorpresas. Más que buenas. Imponentes. Cuando Warren Hamilton presentía que estaba ante una de aquellas oportunidades, muchas veces hablaba en voz alta consigo mismo. Tales soliloquios se iniciaban a menudo con aquel «Aguarda, aguarda», al que seguían frases como «Vamos a identificar a ese mamón», o «Seguro que mamá no va a creerse esto». Cuando el agente Hamilton andaba tras el rastro de algo succulento, no dejaba de repetir que mamá no se lo iba a creer.

—Veamos qué tenemos aquí... —murmuró esta vez, dando marcha atrás al coche patrulla. Pasó ante un Camaro y ante un Toyota que parecía bosta de caballo envejeciendo lentamente bajo el resplandor de las farolas de sodio, de color cobre batido. Y... ¡tatán! Una vieja camioneta GMC que bajo aquella luz parecía anaranjada, lo cual significaba que era —o había sido— blanca o de color gris claro.

Encendió el foco del techo y lo dirigió hacia la matrícula. Las placas, en la humilde opinión del agente Hamilton, eran cada vez mejores. Uno tras otro, todos los estados les iban incorporando un pequeño grabado que facilitaba su identificación por la noche, cuando las variables condiciones de luz

transformaban los colores reales en toda una gama de tonos ficticios. La peor de todas las luces para identificar una matrícula era la de aquellas malditas farolas anaranjadas de alta intensidad. Ignoraba si contribuían a evitar violaciones y asaltos callejeros, para lo cual habían sido instaladas, pero sí estaba seguro de que resultaban un fastidio para un policía concienzudo como él a la hora de identificar matrículas de coches robados y vehículos fugitivos sin placas.

Los pequeños grabados ayudaban en gran medida a solucionar el problema. Una estatua de la Libertad era una estatua de la Libertad, tanto bajo el sol brillante como bajo la luz uniforme, de tono anaranjado cobrizo, de aquella mierda de farolas. Y, tuviera el color que tuviese, la vieja Dama Libertad representaba Nueva York.

De igual modo, aquel jodido bogavante que enfocaba la linterna representaba el estado de Maine. Ya no era preciso forzar la vista buscando la leyenda TIERRA DE VACACIONES ni tratar de adivinar si lo que parecía rosa, anaranjado o azul eléctrico era blanco en realidad. Solo había que buscar el jodido bogavante. En realidad era una langosta, y Hamilton lo sabía, pero por mucho que se le diera otro nombre, un jodido bogavante seguía siendo un jodido bogavante y, aunque el policía habría preferido comer mierda directamente del culo de un cerdo antes que llevarse a la boca uno de aquellos jodidos bichos, se alegraba mucho de verlos representados en las matrículas.

Sobre todo cuando tenía un especial interés por una placa con la imagen de un bogavante, como sucedía aquella noche.

—Seguro que mamá no se creará esto —murmuró, y puso el motor en punto muerto. Cogió el bloc de la tira imantada que lo sujetaba en el centro del salpicadero, encima de la palanca del cambio de marchas, levantó el impreso de multas en blanco que todos los policías utilizaban para tapar los papeles realmente interesantes (no había necesidad de que el público se enterara de los números de matrícula, a los que la policía prestaba especial atención, mientras el agente propietario del documento daba cuenta de una hamburguesa o entraba un momento a cagar en alguna estación de servicio) y repasó la lista con la uña del pulgar. Allí estaba. 96529Q, estado de Maine; patria de los jodidos bogavantes.

A la primera pasada, el agente Hamilton descubrió que no había nadie en la cabina de la camioneta. Distinguió un armero para guardar un fusil, pero estaba vacío. Era posible —no probable, pero sí posible— que hubiera alguien en el suelo de la camioneta. Incluso que ese alguien en el suelo de la camioneta tuviera el fusil que no estaba en su sitio. Lo más probable era que el conductor se hubiera marchado hacía rato o que estuviera comiendo una hamburguesa en el local. De todos modos...

—Hay policías atrevidos y policías viejos, pero no hay policías atrevidos y

viejos —se dijo en voz baja el agente Hamilton. Apagó el foco y siguió avanzando a marcha lenta ante la hilera de vehículos. Se detuvo un par de veces más, encendiendo el foco en ambas ocasiones pero sin molestarse siquiera en mirar los coches que estaba iluminando. Siempre quedaba la posibilidad de que el hombre de la 96529Q hubiera visto a Hamilton enfocando la luz sobre la camioneta robada mientras volvía del restaurante, pero si veía que el coche patrulla continuaba su camino y comprobaba rutinariamente otros vehículos, tal vez no emprendería el vuelo.

—Más vale prevenir que curar —murmuró. Aquel era otro de sus comentarios favoritos, no tanto como el de que seguro que su madre no se lo creería, pero casi.

Aparcó en un punto desde el cual podía controlar la furgoneta. Llamó a la comisaría, que estaba a menos de seis kilómetros por la carretera, e informó que había encontrado la furgoneta GMC con matrícula de Maine que se buscaba en un caso de asesinato. Pidió unidades de refuerzo y le comunicaron que llegarían enseguida.

Hamilton no observó a nadie en las inmediaciones de la camioneta y decidió que no sería un riesgo excesivo acercarse a ella con cautela. De hecho, sus compañeros lo tomarían por un cobarde si aún seguía allí sentado, con una hilera de coches de por medio, cuando llegaran las demás unidades.

Se apeó del coche patrulla y abrió la funda de la pistola, pero no extrajo el arma. Solo había desenfundado aquella pistola dos veces estando de servicio, y en ninguna de ellas había disparado. Tampoco tenía intención de hacerlo en esta ocasión. Se acercó a la camioneta en una dirección que le permitía controlar a la vez el vehículo —en especial el suelo— y el espacio entre este y la puerta del McDonald's. Hizo una pausa mientras un hombre y una mujer salían del restaurante y se dirigían a un Ford sedán tres filas de coches más cerca del restaurante; cuando la pareja estuvo en el coche y este arrancó hacia la salida, el agente continuó avanzando.

Con la mano derecha en la culata del revólver reglamentario, Hamilton se llevó la izquierda al costado. El cinturón del uniforme, en la humilde opinión de Hamilton, también estaba mejorando. Tanto de niño como de adulto, siempre había sido un gran admirador de Batman, alias el Cruzado Enmascarado; incluso tenía la impresión de que Batman había sido una de las razones por las que se metió a policía (este era un pequeño detalle sin importancia que no se había molestado en mencionar en su solicitud). Su accesorio de Batman favorito no era la Batpértiga o el Batbumerán, ni siquiera el propio Batmóvil, sino el cinturón multiusos del Cruzado Enmascarado. Aquel artilugio maravilloso era una especie de tienda de regalos: tenía lo necesario para cada ocasión, ya fuera una cuerda, unas gafas de visión nocturna o cápsulas de gas paralizante. El cinturón de

Hamilton no llegaba a esta altura ni mucho menos, pero en el lado izquierdo tenía, por lo menos, tres argollas de donde colgaban tres objetos. Uno de ellos era un cilindro que funcionaba a pilas con la inscripción «¡Quieto, perro!». Cuando se pulsaba el botón rojo del mango, «¡Quieto, perro!» emitía un silbido ultrasónico que convertía a un toro de lidia furioso en un montón de espaguetis flácidos. Junto al cilindro llevaba una lata a presión de Mace (la versión de la policía estatal de Connecticut del gas paralizante de Batman) y una linterna de cuatro pilas.

Hamilton soltó la linterna de la anilla, la encendió y deslizó luego la mano izquierda para ocultar en parte el haz de luz. Realizó estos movimientos sin apartar la mano derecha de la empuñadura de la pistola. Policías atrevidos, policías viejos, policías atrevidos y viejos.

Iluminó el suelo de la furgoneta. En el interior había un pedazo de lona, pero nada más. La parte trasera del vehículo estaba tan vacía como la cabina.

El agente se había mantenido constantemente a una distancia prudencial de la furgoneta con el bogavante en la matrícula; era algo tan arraigado en él que no necesitaba ni pensar en ello. Ahora, se agachó e iluminó con la linterna debajo del vehículo, el último lugar donde podía esconderse algún malhechor que se propusiera atacarle. Era improbable pero, cuando finalmente se fuera al otro mundo, no quería que el oficiante empezara la oración fúnebre diciendo: «Queridos amigos, nos hemos reunido hoy aquí para llorar la improbable muerte del agente Warren Hamilton». Sería algo muy vulgar.

De izquierda a derecha, barrió con el haz de luz el suelo bajo la camioneta, sin descubrir nada salvo un silenciador oxidado al que le quedaba poco tiempo de vida. Aunque, a juzgar por los agujeros que lucía, el conductor no notaría una gran diferencia cuando ello sucediera.

—Creo que estamos solos, querido —se dijo el policía.

Examinó por última vez la zona circundante al vehículo, prestando especial atención al camino del restaurante. Se cercioró de que nadie le observaba y luego avanzó hasta la ventanilla del acompañante e iluminó el interior de la cabina.

—Mierda santa —murmuró Hamilton—. Seguro que mamá no se creará toda esta mierda. —De pronto, se alegró mucho de que las farolas anaranjadas bañaran con su resplandor el aparcamiento y el interior de la cabina, porque transformaban lo que él sabía rojo oscuro en un color casi negro y daba a la sangre un aspecto más parecido a la tinta. ¿Y ha venido conduciendo esto? Dios santo, ¿todo el camino desde Maine ha venido conduciendo esto? ¡Seguro que mamá...!

Inclinó la linterna hacia abajo. El asiento y el suelo de la GMC eran una pocilga. Vio latas de cerveza y de refrescos, bolsas de cortezas de cerdo y de patatas vacías o casi, envases que habían contenido Big Macs y Whoppers. Un

paquete, que parecía de chicles, estaba hecho una pelota en el salpicadero metálico, encima del hueco donde una vez había habido una radio. Vio varias colillas de cigarrillos sin filtro en el cenicero.

Sobre todo, había sangre.

Vio regueros y salpicaduras de sangre en el asiento. Había sangre adherida al volante. En el botón del claxon observó una mancha de sangre seca que ocultaba casi por completo el símbolo de Chevrolet allí grabado. Había sangre en el tirador interior de la puerta del conductor y sangre en el espejo. La mancha de este era un pequeño círculo que quería ser ovalado y Hamilton pensó que tal vez el señor 96529Q había dejado una huella digital casi perfecta con la sangre de su víctima al ajustar el retrovisor. También había una gran salpicadura de sangre coagulada en una de las cajas de Big Mac. En ella parecía haber algunos cabellos adheridos.

—¿Qué le diría a la chica? —murmuró Hamilton—. ¿Que se había cortado afeitándose?

Oyó un ligero ruido detrás de él. Hamilton dio media vuelta con la impresión de que lo hacía demasiado despacio, convencido de que, pese a sus precauciones de rutina, había sido demasiado atrevido para llegar a viejo, porque no había nada de rutinario en todo aquello, no señor, el tipo se le había acercado por la espalda y pronto habría más sangre en la cabina de la vieja camioneta Chevrolet: su sangre. Porque un tipo capaz de conducir un matadero ambulante como aquel desde Maine hasta casi la frontera del estado de Nueva York era un psicópata, el tipo de individuo capaz de matar a un policía del estado con la misma tranquilidad con que compraría una botella de leche.

Hamilton sacó la pistola por tercera vez en su vida, amartilló el arma y estuvo a punto de disparar una bala (o dos, o tres) donde no había nada, salvo oscuridad. Estaba totalmente en tensión. Pero no había nadie.

Bajó el arma lentamente, mientras notaba la sangre golpeándole las sienes.

Una leve ráfaga de aire recorrió la noche. Escuchó de nuevo el ruidito. Hamilton vio en la calzada una caja de Filet-O-Fish (de aquel mismo McDonald's, sin duda, «qué listo es usted, Holmes», «no diga eso, Watson, era verdaderamente elemental») que rodaba un par de metros bajo el impulso de la brisa, para detenerse de nuevo más allá.

El policía exhaló un profundo y tembloroso suspiro y desamartilló con cuidado el revólver.

—Un poco más y nos vemos en un apuro, Holmes —dijo él con voz trémula—. Un poco más y nos las tenemos que ver con un CR-14 (Un CR-14 era un impreso de «disparo[s] efectuado[s]»).

Pensó en devolver el arma a la funda ahora que estaba claro que no había nada a lo que disparar, salvo a una caja vacía de bocadillo de pescado, pero luego

decidió seguir empuñándola hasta que viera llegar a las demás patrullas. Le gustaba sentirla en la mano. Resultaba reconfortante. Porque no se trataba solo de la sangre o del hecho de que el hombre buscado por la policía de Maine por asesinato hubiera conducido seiscientos kilómetros en aquellas condiciones. Además de ello, había en torno al vehículo un hedor que recordaba, en cierto modo, al que reinaba en una carretera local cuando un coche arrollaba y aplastaba a una mofeta. No sabía si los agentes que estaban al llegar también lo notarían o si solo era imaginación suya, y no le importaba gran cosa. No era un olor a sangre o a comida podrida, ni un olor corporal. Era, se dijo, ni más ni menos que el olor a algo malo. Algo extremadamente malo. Lo bastante malo como para que no quisiera devolver el arma a la funda, aunque estaba casi seguro de que el propietario de ese olor se había ido, posiblemente hacía horas, pues no oía ninguno de esos ruiditos que surgen de un motor cuando aún está un poco caliente. No importaba. Eso no cambiaba lo que ya sabía: durante un rato, la camioneta había sido el cubil de algún terrible animal y no iba a correr el menor riesgo de que aquel animal volviera y lo sorprendiera desprevenido. Mamá podía poner la mano en el fuego al respecto.

Hamilton se quedó allí con el revólver en la mano y el vello de la nuca erizado. Le pareció que pasaba mucho tiempo hasta que los coches de refuerzo aparecieron por fin.

SEIS

LA MUERTE EN LA GRAN CIUDAD

Dodie Eberhart estaba enfadada y, cuando Dodie Eberhart se enfadaba, rondaba por la capital de la nación una mujer con quien más valía no meterse. En aquel momento, subía las escaleras del edificio de apartamentos de la calle L con la impasibilidad (y casi el tamaño) de un rinoceronte al atravesar una extensa pradera despejada. Su vestido azul marino se estiraba y se encogía sobre un busto que era demasiado grande para ser calificado simplemente de abundante. Sus brazos carnosos se balanceaban como péndulos.

Hacía un buen montón de años, aquella mujer había sido una de las chicas de compañía más despampanantes de Washington. En aquellos tiempos, su estatura —más de uno ochenta— y su belleza la habían convertido en algo más que una simple muchacha licenciada; estaba tan solicitada que una noche con ella era casi como un trofeo en la vitrina de un deportista y, si se repasaba con atención las fotografías tomadas en diversas fiestas y *soirées* celebradas en Washington durante la segunda administración de Johnson y la primera etapa de Nixon, se podía observar la presencia de Dodie Eberhart en muchas de ellas, casi siempre del brazo de un personaje cuyo nombre aparecía con frecuencia en influyentes artículos y ensayos políticos. Aunque solo fuera por su estatura, resultaba difícil no reconocerla.

Dodie era una prostituta con el corazón de un cajero de banco y el alma de una cucaracha codiciosa. Dos de sus clientes habituales, un senador demócrata y un representante republicano con muchos años en el cargo, le habían proporcionado el dinero suficiente para retirarse del oficio. En realidad, los dos hombres no se lo habían dado por propia voluntad. Dodie era consciente de que el riesgo a enfermar por contagio no estaba disminuyendo precisamente (y los altos funcionarios del gobierno eran tan vulnerables como cualquiera al SIDA y a otras enfermedades venéreas menores, aunque también molestas). Tampoco su edad disminuía y

Dodie no se fiaba demasiado de que los caballeros le legaran algo en su testamento, como ambos habían prometido. «Lo siento —les había dicho—, pero ya no creo en Papá Noel ni en ratoncitos que cambian dientes caídos por regalos. La pequeña Dodie solo confía en sí misma».

La pequeña Dodie compró tres casas de apartamentos con el dinero. Pasaron los años. Los setenta y cinco kilos que habían puesto de rodillas a hombres poderosos (generalmente delante de ella cuando aparecía desnuda) con el tiempo se habían convertido en ciento veinticinco. Las inversiones que le habían proporcionado beneficios en los años setenta se habían transformado en pérdidas en los ochenta, cuando parecía que cualquiera que invirtiera dinero en bolsa obtenía ganancias. Dodie había tenido dos excelentes corredores de bolsa en su corta lista de clientes hasta el final de su ejercicio profesional activo y, en ocasiones, deseaba haberlos conservado tras el retiro.

Una de las casas de apartamentos había volado en 1984; la segunda, en 1986, después de una catastrófica inspección fiscal. Dodie se había agarrado a aquel edificio de la calle L con la testarudez del jugador que pierde en una despiadada partida de palé, convencida de estar en un barrio con futuro. Sin embargo, ese futuro aún no había llegado y Dodie no creía que fuera a hacerlo en, por lo menos, un par de años más. Cuando llegara ese futuro, Dodie tenía la intención de hacer las maletas y marcharse a Aruba. Mientras tanto, aquella casera que un día había sido la chica de compañía más cotizada de la capital federal tendría que esperar.

Como había hecho siempre.

Como tenía intención de seguir haciendo.

Y que Dios amparara a quien se interpusiera en su camino.

Como Frederick Clawson, señor Gran Jugada, por ejemplo.

Dodie alcanzó el rellano del segundo piso. En el apartamento de los Shulman sonaba a toda potencia *Guns n' Roses*.

—¡BAJEN EL VOLUMEN DE ESE CONDENADO TOCADISCOS! —gritó a pleno pulmón... y cuando Dodie Eberhart subía el volumen de su voz hasta el nivel máximo de decibelios, los cristales de las ventanas se resquebrajaban, los tímpanos de los niños estallaban y los perros caían muertos.

De inmediato, la música pasó de un grito a un susurro. Dodie casi pudo ver a los Shulman abrazados el uno contra el otro, temblorosos como un par de críos asustados bajo una tormenta de rayos y truenos y rezando para que no fuera a ellos a quien iba a visitar la Bruja Malvada de la calle L. Le tenían un miedo justificado. Shulman era socio de un bufete de abogados de gran prestigio, pero aún estaba a un par de úlceras de conseguir poder suficiente para hacer tambalear a Dodie. Si la hacía enfadar a aquellas alturas de su joven carrera, Dodie le sacaría las tripas; Shulman lo sabía, y ella se sentía satisfecha con ello.

Cuando a una le volaban los últimos fondos de las cuentas bancarias y de la cartera de inversiones, era preciso aprovechar las satisfacciones donde las encontrara.

Dodie dobló el ángulo del rellano sin alterar el paso y empezó a subir los peldaños hacia el tercer piso, donde Frederick Clawson, señor Gran Jugada, vivía en solitario esplendor. La mujer mantenía el mismo aire de un rinoceronte que cruza la sabana, con la cabeza en alto y la respiración tranquila a pesar de sus kilos, y sus pasos hacían vibrar ligerísimamente la escalera a pesar de su solidez.

Llevaba bastante tiempo esperando la ocasión.

Clawson no se hallaba ni siquiera en el peldaño inferior del organigrama de un bufete de abogados. De momento, ni siquiera figuraba en ese organigrama. Como todos los estudiantes de leyes que Dodie había conocido (la mayoría como inquilinos; desde luego, no se había acostado con ninguno de ellos en lo que ahora consideraba «su otra vida»), Clawson se componía principalmente de altas aspiraciones y bajos ingresos, elementos ambos que flotaban en un generoso colchón de mentiras. Por lo general, Dodie no los confundía. Dejarse engañar por las mentiras de un estudiante de derecho era, a su modo de ver, peor que meterse en la cama sin cobrar. Cuando una empezaba a comportarse así, era mejor colgar el consolador en el armario.

En sentido figurado, por supuesto.

Con todo, Frederick Clawson había abierto una pequeña brecha en sus defensas. Se había retrasado en el alquiler cuatro veces seguidas y Dodie se lo había tolerado porque la había convencido de que, en su caso, la cantinela de siempre era cierta (o podía llegar a serlo): señor Gran Jugada estaba a punto de tener dinero.

Clawson no habría podido conseguirlo si hubiera dicho a la casera que Sidney Sheldon era en realidad Robert Ludlum, o que Victoria Holt era Rosemary Rogers, porque a Dodie no le importaban un pito aquellos nombres ni el de sus posibles millones de seudónimos. A ella le gustaban las novelas policíacas y, cuanta más sangre y violencia, mucho mejor. Dodie suponía que había mucha gente por ahí que prefería las bobadas románticas y toda esa basura de novelas de espías, si había que hacer caso de la lista de libros más vendidos del *Post* del domingo, pero ella ya leía a Elmore Leonard años antes de que figurara en las listas y también había establecido una estrecha relación con Jim Thompson, David Goodis, Horace McCoy, Charles Willeford y el resto de aquellos tipos. En resumidas cuentas, a Dodie Eberhart le gustaban las novelas donde los hombres atracaban bancos, se disparaban entre ellos y demostraban lo mucho que querían a sus mujeres, sobre todo, moliéndolas a palos.

En su opinión, el mejor de todos ellos era —o había sido— George Stark.

Dodie había sido una decidida seguidora de sus libros desde *Vida de Máquina* y *Oxford Blues* hasta *Camino de Babilonia*, que le había parecido el mejor de todos.

La primera vez que Dodie había entrado a reclamarle el alquiler (solo se había retrasado tres días pero, claro, les das un dedo y se toman el brazo), el inquilino del apartamento del tercer piso estaba rodeado de notas y de las novelas de Stark y, cuando le exigió el dinero y Clawson le aseguró que le entregaría un talón al mediodía del día siguiente, ella le preguntó si era preciso leer las obras completas de George Stark para seguir una carrera en los tribunales.

—No —había contestado Clawson con una sonrisa radiante, alegre y absolutamente predatoria—, pero tal vez la financien.

Aquella sonrisa, más que cualquier otra cosa, había llamado la atención de Dodie y la había movido a hacer una excepción en su caso, cuando se habría mantenido brutalmente terca en cualquier otro. Consideró que una sonrisa como aquella no podía ser fingida y, a decir verdad, aún lo creía. Clawson había tenido realmente las pruebas sobre el asunto de Thaddeus Beaumont; su error había sido confiar en que Beaumont actuaría según los planes de un «señor Gran Jugada» como Frederick Clawson. Ella, se dijo Dodie, había cometido el mismo error.

Después de que Clawson le explicara su hallazgo, la mujer había leído una de las dos novelas de Beaumont, *Niebla púrpura*, y le había parecido un libro exquisitamente estúpido. A pesar de la correspondencia y de las fotocopias que le había mostrado el señor Gran Jugada, le habría resultado difícil o imposible creer que ambos escritores fueran el mismo hombre, de no ser por... Aproximadamente hacia las tres cuartas partes de la novela, en un momento en que había estado a punto de arrojar aquel aburrido pedazo de basura al otro extremo de la habitación y de olvidarse de todo el asunto, aparecía una escena en la que un campesino mataba a su caballo. El animal tenía dos patas rotas y era preciso rematarlo, pero lo extraño era que John, el viejo campesino, había disfrutado haciéndolo. En realidad, había apoyado el cañón del fusil contra la testuz del caballo mientras se masturbaba, apretando el gatillo en el momento del clímax.

Dodie había pensado que era como si Beaumont se hubiera levantado a prepararse un café al llegar a ese pasaje y George Stark se hubiera sentado a la máquina y lo hubiera escrito, como una especie de *alter ego* literario. Sin duda, era lo único que se salvaba de aquel montón de paja.

Bueno, poco importaba ahora todo aquello. Lo único que demostraba era que no había nadie eternamente inmune a la mentira. Clawson la había hecho comer de su mano pero, al menos, esa situación no había durado. Incluso había terminado.

Dodie Eberhart alcanzó el descansillo del tercer piso y su mano empezó a cerrarse en un puño apretado que indicaba que había llegado el momento de pasar,

de los golpecitos educados en la puerta, a los mazazos amenazadores, pero entonces advirtió que estos no serían necesarios. La puerta del señor Gran Jugada estaba entreabierta.

—¡Maldita sea! —murmuró Dodie, torciendo el gesto. Aquel no era un barrio de drogadictos pero, cuando se trataba de asaltar el apartamento de algún idiota, no tenían el menor reparo en desplazarse de sus territorios. Aquel Clawson era aún más estúpido de lo que creía.

Llamó a la puerta con los nudillos y la hoja se abrió un poco más.

—¡Clawson! —dijo en un tono de voz que prometía condena y castigo. No obtuvo respuesta. Se asomó al corto pasillo y descubrió que las cortinas del salón estaban echadas y la luz del techo encendida. Oyó una radio a bajo volumen.

—¡Clawson, quiero hablar con usted!

Penetró en el pasillo y se detuvo.

Uno de los cojines del sofá estaba en el suelo.

Eso era todo. No se apreciaba ninguna señal más de que el apartamento hubiera sido destrozado por algún drogadicto hambriento, pero Dodie aún tenía los sentidos muy desarrollados y se puso alerta al instante. Notaba un olor. Era muy débil, pero inconfundible. Un poco de comida estropeada, pero que todavía no estaba podrida. No era exactamente eso, pero era lo más parecido que se le ocurría. ¿Lo había percibido alguna otra vez en su vida? Le pareció que no.

Había un segundo olor, aunque tuvo la sensación de no sentirlo a través de la nariz. Esta vez lo reconoció al instante. Dodie Eberhart y el agente Hamilton de Connecticut se habrían puesto de acuerdo enseguida: era el olor de la maldad.

Se demoró antes de pasar al salón, contemplando el cojín caído y escuchando la radio. Lo que no habían conseguido tres pisos de escaleras lo consiguió un inocente cojín: el corazón se le aceleró bajo los inmensos pechos y la respiración se le entrecortó. Allí había algo extraño. Muy extraño. La cuestión era si ella se vería involucrada en el asunto quedándose allí.

El sentido común le aconsejaba que se fuese, que se marchase mientras pudiera, y el sentido común era muy fuerte. La curiosidad le decía que se quedara a echar un vistazo y este era un estímulo aún más fuerte.

Asomó la cabeza por el hueco de entrada al salón y miró primero hacia la derecha, donde había una chimenea falsa, dos ventanas que daban a la calle L, y poco más. Miró luego hacia la izquierda y su cabeza se paralizó. En realidad, pareció quedársele trabada. Dodie abrió unos ojos como platos.

Aquella mirada no se prolongó más de tres segundos, pero le pareció mucho más larga. Lo registró todo, hasta el menor detalle; su mente sacó una fotografía de lo que estaba viendo, tan clara y nítida como la que pronto tomaría el fotógrafo forense.

Vio las dos botellas de cerveza en la mesilla de café, una vacía y la otra medio llena, todavía con unos restos de espuma en el interior del cuello. Vio el cenicero con la leyenda «¡CHICAGO!» en la superficie cóncava. Vio dos colillas de cigarrillo, aunque Clawson no fumaba; al menos cigarrillos. Vio una cajita de plástico, que había estado llena de chinchetas, tumbada de costado entre las cervezas y el cenicero. La mayoría de las chinchetas, que Clawson utilizaba para sujetar notas en el tablón de la cocina, estaban esparcidas por la superficie de cristal de la mesilla. Vio que algunas habían ido a parar dentro de un ejemplar abierto de la revista *People*, la que publicaba la historia de Thad Beaumont/George Stark. Contempló al señor y la señora Beaumont estrechándose la mano sobre la lápida de Stark, aunque desde su posición quedaban invertidos. Aquella era la historia que, según Frederick Clawson, no se publicaría nunca y que, en cambio, iba a convertirle en un hombre moderadamente rico. Clawson se había equivocado en eso. De hecho, parecía haberse equivocado en todo.

También vio a Frederick Clawson, evaporada ya su Gran Jugada, sentado en uno de los dos sillones del salón. Lo habían atado a él. Estaba desnudo y su ropa formaba una maraña bajo la mesilla de café. Dodie observó el agujero ensangrentado de su entrepierna. Los testículos seguían en su sitio pero le habían metido el pene en la boca. En esta sobraba espacio, pues el asesino le había arrancado la lengua para clavarla en la pared. La chincheta había sido introducida en la carne sonrosada hasta tal profundidad que solo sobresalía una sonriente media luna amarilla de su cabeza. La mente de la mujer fotografió también este detalle, inexorablemente. La sangre había rezumado por el papel pintado de la pared, formando una especie de abanico irregular.

El asesino había utilizado otra chincheta, esta con una cabeza verde brillante, para clavar la segunda página del artículo de la revista *People* en el torso desnudo de Clawson. Dodie no podía distinguir el rostro de Liz Beaumont —oculto por la sangre del señor Gran Jugada—, pero sí la mano que sostenía la bandeja de pastelillos para que un sonriente Thad los inspeccionara. Dodie recordó que aquella foto, en especial, había sacado de sus casillas a Clawson. «¡Todo esto es un montaje! —había exclamado—. A ella no le gusta cocinar. Lo dijo en una entrevista justo después de que Beaumont publicara su primera novela».

Escritas a sangre con el dedo, encima de la lengua seccionada y clavada en la pared, había estas cinco palabras:

LOS GORRIONES VUELVEN A VOLAR

«Dios santo —pensó algún rincón remoto de su cerebro—. Es igual que en una novela de George Stark... Parece obra del propio Alexis Máquina».

Detrás de ella sonó un golpe amortiguado.

Dodie Eberhart lanzó un grito y se dio media vuelta. Máquina venía hacia ella con su terrible cuchilla de barbero, cuyo brillo acerado empañaba ahora la sangre de Frederick Clawson. Su rostro había quedado reducido a una máscara de tortuosas cicatrices, después de que Nonie Griffiths lo atacara con aquella misma arma al final de *Vida de Máquina*, y...

Y detrás de ella no había nadie.

La puerta se había cerrado sola, como suelen hacerlo a veces. Eso era todo.

«¿Es cierto eso? —preguntó aquel rincón remoto de su cerebro; pero ahora sonaba más cercano, alzando la voz con urgencia y con miedo—. La puerta estaba parcialmente abierta y no presentaba ningún problema cuando has subido la escalera. No abierta de par en par, pero sí lo suficiente para que advirtieras que no estaba cerrada».

Los ojos de Dodie se dirigieron de nuevo a las botellas de cerveza de la mesilla de café. Una, vacía. La otra, medio llena con un aro de espuma todavía en el interior del cuello.

El asesino se había escondido detrás de la puerta cuando ella había entrado. Si hubiera vuelto la cabeza, casi seguro que lo habría descubierto y ahora también ella estaría muerta.

Mientras permanecía allí plantada, hipnotizada por los restos ensangrentados de Frederick Clawson, el señor Gran Jugada, el hombre se había limitado a salir, cerrando la puerta tras de sí.

Las piernas dejaron de sostenerla y cayó de rodillas con un extraño donaire, como una niña a punto de recibir la comunión. Su cerebro repitió frenéticamente el mismo pensamiento, como un cobaya en la rueda de ejercicio: «Oh, no debería haber gritado, ahora él volverá; oh, no debería haber gritado, ahora él volverá; oh, no debería haber gritado...».

Entonces lo oyó, escuchó las contenidas pisadas de sus grandes pies en la alfombra del descansillo. Más tarde se convencería de que aquellos condenados Shulman habían vuelto a subir el volumen de su estéreo y de que había tomado por pisadas el ritmo sostenido de un contrabajo, pero en aquel momento tuvo la certeza de que era Alexis Máquina y que volvía al apartamento... Alexis Máquina, un hombre tan esmerado y tan letal que ni la misma muerte lo detenía.

Por primera vez en su vida, Dodie Eberhart se desmayó.

Recuperó el sentido en menos de tres minutos. Las piernas seguían negándose a sostenerla, de modo que se arrastró por el corto pasillo del apartamento hasta la puerta, con el cabello colgándole ante el rostro. Pensó en abrir la puerta y asomarse, pero no lo consiguió. En lugar de ello, pasó el pestillo, giró la llave y cerró la barra antipalancas en su soporte de acero. Cuando lo hubo hecho, se sentó con la espalda contra la puerta, jadeante. La realidad era una mancha borrosa y

gris; tenía la vaga conciencia de haberse encerrado con un cadáver mutilado, pero eso no era malo. No era malo en absoluto, si consideraba las alternativas.

Poco a poco, recobró las fuerzas hasta que se sintió capaz de sostenerse en pie. Dobló la esquina al fondo del pasillo y entró en la cocina, donde estaba el teléfono. Mantuvo los ojos apartados de lo que quedaba de Clawson, aunque en vano, pues Dodie seguiría viendo aquella fotografía mental con toda su espantosa nitidez durante mucho tiempo.

Llamó a la policía. Cuando los agentes llegaron no los dejó entrar hasta que uno pasó su placa de identificación por debajo de la puerta.

—¿Cómo se llama su esposa? —preguntó la mujer al agente, cuya placa le identificaba como Charles F. Toomey, hijo. La voz de Dodie sonó aguda y temblorosa, absolutamente distinta a la habitual. Sus amistades (de haberlas tenido) no la hubieran reconocido.

—Stephanie, señora —respondió el policía con voz paciente desde el otro lado de la puerta.

—Puedo llamar a la comisaría y comprobarlo, ¿sabe? —dijo ella, al borde del chillido.

—Sé que puede hacerlo, señora Eberhart, pero se sentiría usted segura mucho antes si nos dejara entrar de una vez, ¿no le parece?

Dodie Eberhart reconoció la voz de la policía con la misma claridad con que había reconocido el olor a maldad, de modo que abrió la puerta y dejó entrar a Toomey y a su compañero. Una vez estuvieron dentro, Dodie hizo otra cosa que no había hecho nunca: se puso histérica.

SIETE

ASUNTO DE LA POLICÍA

1

Thad se encontraba en su estudio del piso de arriba, escribiendo, cuando llegó la policía.

Liz estaba leyendo un libro en el salón; a su lado, William y Wendy se entretenían en el gran parque de juegos que compartían. La mujer se levantó y acudió a abrir, tras echar un vistazo por una de las estrechas ventanas decorativas que flanqueaban la puerta. Era una costumbre que había adquirido desde lo que denominaban en broma el «estreno» de Thad en la revista *People*. Un buen número de visitantes —la mayor parte de ellos vagamente conocidos de los Beaumont, con una generosa mezcla de curiosos del pueblo e incluso algunos completos desconocidos (estos últimos, admiradores incondicionales de Stark)— se habían aficionado a acercarse a la casa. Thad lo llamaba «el síndrome de ver a los cocodrilos vivos» y decía que remitiría al cabo de un par de semanas. Liz esperaba que estuviera en lo cierto. Mientras, le preocupaba que uno de los nuevos visitantes pudiera ser un cazador de cocodrilos como el que había matado a John Lennon y siempre miraba por la ventana lateral antes de abrir. Liz no estaba segura de poder reconocer a un auténtico desequilibrado si se lo encontraba, pero al menos colaboraba para que Thad no perdiera la concentración durante las dos horas que dedicaba cada mañana a escribir. Después, él mismo se encargaba de recibir a los visitantes, lanzando siempre a Liz una mirada infantil de culpabilidad a la que ella no sabía cómo responder.

Los tres hombres que estaban ante la puerta aquella mañana de sábado no eran admiradores de Stark ni de Beaumont, se dijo, y tampoco unos chiflados; a menos que últimamente les hubiera dado por conducir coches patrulla de la policía del estado. Abrió la puerta con ese asomo de nerviosismo que debe de sentir incluso

la persona más inocente cuando aparece la policía sin que nadie la haya llamado. Mientras lo hacía, Liz pensó que, de haber tenido unos hijos en edad de andar alborotando y gritando por las calles, aquella mañana lluviosa de sábado, ya estaría inquieta por ellos.

—¿Sí?

—¿Es usted la señora Elizabeth Beaumont? —preguntó uno de los hombres.

—Sí. ¿En qué puedo ayudarles?

—¿Está en casa su marido, señora Beaumont? —quiso saber otro de ellos. Los dos que habían hablado llevaban idénticos impermeables grises y sombreros de la policía del estado.

«No, ese que oís teclear en el piso de arriba es el fantasma de Ernest Hemingway», pensó en contestar. Por supuesto, no lo hizo. Primero le sobrevino el temor a que alguien hubiera sufrido un accidente y, a continuación, le entró ese infundado sentimiento de culpa que siempre conduce a querer replicar con un comentario áspero y sarcástico, con algo que, no importa con qué palabras, exprese: «Id. No os queremos aquí. No hemos hecho nada malo. Id a buscar a otro que lo haya hecho».

—¿Puedo preguntar por qué quieren verlo?

El tercero de los policías era Alan Pangborn.

—Asunto de la policía, señora Beaumont —respondió—. ¿Podemos hablar con él, por favor?

2

Thad Beaumont no llevaba nada parecido a un diario organizado pero, a veces, escribía unas notas sobre los sucesos de su propia vida que le interesaban, le divertían o le asustaban. Conservaba estas anotaciones en un cuaderno de tapas duras, y a su esposa no le hacían mucha gracia. De hecho, le daban miedo, aunque nunca se lo había confesado a Thad. La mayoría de ellas mostraba un extraño desapasionamiento, casi como si una parte de Thad lo observara desde fuera y anotara los hechos de su vida de forma ajena a él y casi con desinterés. Después de la visita de la policía, la mañana del cuatro de junio, Thad escribió una larga nota en la que podía advertirse un poderoso e inusual flujo de emociones.

«Ahora entiendo un poco mejor *El proceso* de Kafka y *1984* de Orwell. Leerlas como simples novelas políticas es un grave error. Supongo que la depresión que sufrí después de terminar *Las súbitas bailarinas* y descubrir que no había nada esperando tras ello (nada, salvo el aborto espontáneo de Liz) aún sigue siendo la experiencia emocional más perturbadora de nuestra vida de casados,

pero lo que ha sucedido hoy parece aún peor. Me digo a mí mismo que ello se debe a que la experiencia es aún muy reciente, pero sospecho que esconde mucho más. Supongo que si mi período de sombras y la pérdida de los primeros mellizos son heridas que se han cerrado, dejando solamente una cicatriz como marca de su paso, esta nueva herida sanará también... pero dudo que el tiempo consiga hacerla desaparecer por entero. También dejará su cicatriz, y esta será más corta pero más profunda, como el difuso tatuaje de una cuchillada inesperada.

»Estoy seguro de que los policías se han comportado de acuerdo con sus juramentos (si todavía los prestan, y supongo que así es). Pero en ese momento he tenido la sensación, que incluso ahora mismo me domina, de correr el peligro de verme arrastrado a una máquina burocrática sin rostro, no a una serie de hombres, sino a una maquinaria que realizaría metódicamente su trabajo hasta hacerme trizas. Porque la tarea de la máquina es hacer trizas a la gente, y el sonido de mis gritos no aceleraría ni retrasaría su acción.

»He notado que Liz estaba nerviosa en cuanto ha entrado a decirme que unos policías deseaban verme por un asunto, pero que no le habían querido revelar de qué se trataba. Luego ha añadido que uno de ellos era Alan Pangborn, el comisario del condado. Tal vez lo haya visto un par de veces hasta hoy, pero en realidad solo lo he reconocido porque su foto aparece en el periódico de Castle Rock de vez en cuando.

»He sentido curiosidad y he agradecido una interrupción en el trabajo, donde mis personajes llevaban toda la semana insistiendo en hacer cosas que yo no quería que hicieran. Si algo se me ha ocurrido, supongo que habrá sido en relación con Frederick Clawson o con alguna consecuencia del artículo de *People*.

»No sé si conseguiré reflejar el tono de la reunión que ha seguido a esto. Ni siquiera sé si importa; solo sé que me parece decisivo intentarlo. Los policías esperaban en el vestíbulo, al pie de la escalera; eran tres tipos corpulentos y sus impermeables goteaban sobre la moqueta.

»—¿Es usted Thaddeus Beaumont? —me ha preguntado uno de ellos, el comisario Pangborn, y entonces ha empezado a producirse el cambio emocional que quiero describir (o, al menos, señalar). Una cierta perplejidad se ha sumado a la curiosidad y al agradecimiento por verme liberado, aunque solo fuera brevemente, de la máquina de escribir. Un punto de preocupación también. Mi nombre completo, pero sin la fórmula “el señor”. Como un juez dirigiéndose a un acusado contra el cual se dispone a dictar sentencia.

»—Sí, soy yo —he respondido—, y usted es el comisario Pangborn. Lo sé porque tenemos una casa junto al lago.

»Tras esto, he extendido la mano con el automático gesto de saludo del varón norteamericano bien educado. Él se la ha quedado mirando y su rostro ha

adquirido la expresión de quien abre la puerta de la nevera y descubre que el pescado comprado para la cena se ha echado a perder.

»—No tengo intención de estrecharle la mano —me ha dicho—, de modo que puede retirarla ahora mismo y ahorrarnos a ambos una situación embarazosa.

»Unas palabras muy extrañas, realmente bruscas, pero no me han molestado tanto como el tono en que las ha dicho, como si pensara que estoy loco. Precisamente por ello me he sentido aterrado. Incluso ahora me cuesta creer la rapidez, la condenada rapidez con que mis emociones han recorrido el espectro, desde la normal curiosidad y el placer por la interrupción en la rutina habitual, hasta el puro miedo. En ese mismo instante he tomado conciencia de que los policías no habían venido solo a decirme algo, sino porque creían que yo había hecho algo y, en ese primer momento de horror (“no tengo intención de estrecharle la mano”), he tenido la certeza de que así había sido.

»Precisamente esto es lo que necesito expresar. En el momento de tétrico silencio que ha seguido a la negativa de Pangborn a apretar mi mano, he pensado que realmente lo había hecho todo y que no podría resistirme a confesar mi culpa».

3

Thad bajó la mano lentamente. Por el rabillo del ojo vio a Liz con las manos entrelazadas en una tensa bola blanca bajo los pechos y, de pronto, quiso sentirse furioso con aquel policía a quien habían invitado a entrar en su casa con toda libertad y ahora se negaba a estrecharle la mano. Aquel policía cuyo sueldo procedía, al menos en una pequeña parte, de los impuestos que pagaban los Beaumont por su casa de Castle Rock. Aquel policía que había asustado a Liz. Aquel policía que lo había asustado a él.

—Muy bien —respondió Thad con voz neutra—. Si no quiere darme la mano, al menos me dirá usted cuál es el objeto de su visita.

A diferencia de los dos agentes de la policía del estado, Alan Pangborn no llevaba impermeable, sino una cazadora que solo le llegaba a la cintura. Se llevó la mano al bolsillo trasero, sacó una tarjeta y empezó a leerla. Thad tardó un momento en comprender que estaba oyendo algo parecido a la lectura de sus derechos.

—Como usted ha dicho, soy Alan Pangborn, señor Beaumont. Soy el comisario del condado de Castle Rock, Maine, y estoy aquí para interrogarle en relación con un delito punible con la pena capital. Le formularé mis preguntas en el cuartel Orono de la policía del estado. Tiene derecho a permanecer en

silencio...

—¡Oh, santo cielo!, ¿qué es esto? —exclamó Liz y, superpuesta a ambas voces, Thad escuchó la suya diciendo:

—¡Un momento! ¡Espere un momento!

Quiso que su voz sonara como un rugido pero, por mucho que su cerebro ordenara a los pulmones emplear toda su potencia para lanzar un bramido capaz de acallar a una sala de conferencias entera, lo único que logró fue balbucir una ligera protesta de la que Pangborn hizo caso omiso.

—... y tiene derecho a llamar a un abogado. Si no puede pagar la asistencia legal, se le proporcionará uno de oficio.

Volvió a guardar la tarjeta en el bolsillo trasero.

—¿Thad?

Liz se apretaba contra él como una niña asustada. Sus enormes ojos miraban a Pangborn, desconcertados. De vez en cuando los volvía hacia los otros policías — que parecían lo bastante corpulentos como para jugar de defensas en un equipo de fútbol profesional— pero sobre todo permanecieron fijos en Pangborn.

—No iré a ninguna parte con ustedes —declaró Thad. La voz le temblaba, pasaba del agudo al grave cambiando de frecuencia como la voz de un adolescente. Todavía trataba de sentirse furioso—. No creo que pueda usted obligarme a hacerlo.

Uno de los agentes carraspeó.

—La alternativa —dijo— es que volvamos con una orden de detención, señor Beaumont. Según la información que poseemos, será muy fácil obtenerla. —El agente miró a Pangborn y siguió—: Tal vez merezca la pena añadir que el comisario Pangborn quería que la trajéramos. Insistió mucho en ello y supongo que la habría conseguido ya si no fuera usted una... una especie de figura pública.

Pangborn pareció disgustado, bien por el hecho en sí o porque el agente estaba proporcionando datos a Thad; muy probablemente por ambas cosas.

El agente captó el gesto y arrastró sus zapatos mojados como si se sintiera algo incómodo, pero continuó a pesar de todo.

—Dada la situación, no tengo ningún inconveniente en que lo sepa.

Dirigió una mirada inquisitiva a su compañero, que asintió. Pangborn continuó con su gesto de disgusto y de rabioso desprecio. «Es como si deseara abrirme en canal con las uñas y enroscarme las tripas alrededor del cuello», pensó Thad.

—Eso suena muy profesional —comentó. Le alivió comprobar que estaba recuperando un poco el aliento y que su voz, por lo menos, sonaba ya más normal. Quería sentirse furioso porque la cólera mitigaría el pánico, pero aún no se veía capaz de expresar otra cosa que desconcierto. Era como si lo hubieran golpeado

en la boca del estómago—. Sin embargo, no han considerado que no tengo ni la más remota idea de cuál es la situación.

—Si creyéramos que es cierto lo que dice, señor Beaumont, no estaríamos aquí —replicó Pangborn. La expresión de odio de su rostro produjo por fin el efecto que Thad esperaba: de pronto, se sintió furioso.

—¡No me importa lo que ustedes crean! —exclamó—. Le he explicado que lo conozco, comisario Pangborn. Mi esposa y yo tenemos una casa de verano en Castle Rock desde 1973, mucho antes de que usted supiera que existía el pueblo. Ignoro qué hace usted aquí, a doscientos cincuenta kilómetros de su jurisdicción, ni por qué me mira como si yo fuera una cagada de pájaro en el capó de un coche nuevo, pero le aseguro que no iré a ninguna parte hasta que lo averigüe. Si está seguro de poder conseguir una orden de detención, vaya a buscarla. Pero quiero que sepa que si lo hace, se verá usted metido hasta el cuello en una olla de mierda hirviendo y que yo estaré debajo echando leña al fuego. Porque no he hecho nada. Todo esto es ultrajante. ¡Es una vergüenza!

Ahora, la voz de Thad había alcanzado todo su volumen y los dos agentes parecían un poco amilanados. Pangborn, no. El comisario continuó mirando a Thad con esa expresión inquietante.

En la otra habitación, uno de los gemelos empezó a llorar.

—¡Oh, Dios mío! —gimió Liz—, ¿qué es todo esto? ¡Díganoslo!

—Ve a ocuparte de los niños, cariño —dijo Thad sin apartar la mirada de los ojos de Pangborn.

—Pero...

—Por favor —insistió; los dos bebés lloraban ya a coro—. No será nada.

Liz le dirigió una última mirada temblorosa con una pregunta, «¿Me lo prometes?», antes de dirigirse al salón.

—Queremos interrogarle en relación con el asesinato de Homer Gamache —le informó el segundo agente.

Thad apartó su dura mirada de Pangborn y se volvió hacia el policía.

—¿Quién?

—Homer Gamache —repitió Pangborn—. ¿Va a decirnos que el nombre no significa nada para usted?

—Por supuesto que sé quién es —respondió Thad, perplejo—. Homer nos lleva la basura al depósito cuando estamos en el pueblo y nos hace pequeños trabajos en la casa. Perdió un brazo en Corea. Le concedieron la Estrella de Plata...

—De Bronce —le corrigió Pangborn, inflexible.

—¿Homer asesinado? ¿Quién lo ha hecho?

Los agentes se miraron entre ellos, sorprendidos. Después del sentimiento de

pesar, la perplejidad era tal vez la emoción humana más difícil de fingir correctamente. El primero de los agentes replicó entonces con un tono de voz curiosamente amable:

—Tenemos todas las razones para creer que lo ha hecho usted, señor Beaumont. Por eso estamos aquí.

4

Thad lo miró un momento con expresión de absoluta confusión y luego se echó a reír.

—¡Dios! ¡Dios santo! Esto es una locura...

—¿Quiere coger una gabardina, señor Beaumont? —intervino el otro agente—. Está lloviendo bastante ahí fuera.

—No voy a ninguna parte con ustedes —repitió Thad con aire ausente, sin advertir en absoluto el súbito gesto de exasperación de Pangborn. Thad estaba reflexionando.

—Me temo que sí —dijo Pangborn—. De una manera o de otra.

—Entonces, tendrá que ser de la otra —declaró Thad. Después, se le ocurrió preguntar—: ¿Cuándo ha sucedido?

—Señor Beaumont —dijo Pangborn, pronunciando cada sílaba lenta y cuidadosamente, como si estuviera hablándole a un niño de cuatro años no especialmente espabilado—. No vamos a darle más información.

Liz apareció en el umbral de la puerta con los dos bebés. Le había desaparecido todo el color de la cara y la frente le brillaba como una lámpara.

—Esto es una locura —murmuró, pasando la mirada de Pangborn a los dos agentes, y luego de nuevo al comisario—. Una locura, ¿no se dan cuenta?

—Escuche, comisario —dijo Thad, dando unos pasos hasta Liz y pasándole un brazo por los hombros—, yo no he matado a Homer, pero ahora entiendo por qué está enfadado. Subamos un momento a mi despacho, sentémonos y veamos si podemos aclarar esto.

—Quiero que coja una prenda de abrigo —insistió Pangborn. Dirigió una mirada a Liz y añadió—: Perdona mi vocabulario, señora, pero ya estoy hasta las pelotas de tantas tonterías. Lo hemos atrapado, Beaumont.

Thad miró al agente de la policía del estado de más edad.

—¿No puede hacer entrar en razón a este hombre? Explíquele que se ahorrará un montón de molestias y problemas si me dice, simplemente, cuándo ha muerto Homer. —Luego, como si acabara de ocurrírsele, continuó—: Y dónde. Si ha sido en Castle Rock, y no puedo imaginar qué podría hacer Homer por aquí... bueno,

no he salido de Ludlow, excepto para ir a la universidad, durante los últimos dos meses y medio. —Miró a Liz, quien asintió.

El agente sopesó lo que acababa de oír y luego dijo:

—Perdónenos un momento.

Los tres hombres volvieron al umbral del vestíbulo y salieron por la puerta principal. Los agentes casi parecían llevar a Pangborn a rastras.

Tan pronto como la puerta se cerró tras ellos, Liz estalló en una serie de preguntas atropelladas. Thad la conocía lo bastante como para sospechar que su terror se habría convertido en irritación —furia, incluso, contra los policías—, de no ser por la noticia de la muerte de Homer Gamache. En la presente situación, estaba al borde de las lágrimas.

—Todo saldrá bien —le aseguró, besándola en la mejilla. En un impulso repentino, besó también a William y Wendy, que empezaban a parecer decididamente preocupados—. Creo que los agentes ya saben que estoy diciendo la verdad. En cuanto a Pangborn... él conocía a Homer. Igual que tú. Está furioso.

«Y, por su aspecto y sus palabras, debe de tener lo que parece una prueba irrefutable que me relaciona con el asesinato», pensó, pero no lo dijo en voz alta.

Dio unos pasos hasta la puerta y atisbó por la estrecha ventana lateral, como había hecho Liz. De no ser por todo aquel lío, la situación le habría parecido divertida. El trío conferenciaba bajo el porche, casi a cubierto de la lluvia pero no por completo. Thad percibía el sonido de sus voces, pero no entendía lo que decían.

Pensó que parecían jugadores de béisbol discutiendo tácticas en el montículo del lanzador durante las últimas jugadas de un partido. Los dos policías del estado hablaban con Pangborn, quien sacudía la cabeza y les replicaba acaloradamente.

Thad volvió al otro extremo del vestíbulo.

—¿Qué hacen? —preguntó Liz.

—No lo sé —respondió Thad—, pero creo que los agentes intentan convencer a Pangborn de que nos diga por qué está tan seguro de que yo he matado a Homer Gamache. O, al menos, parte del porqué.

Cogió a William de brazos de Liz y tranquilizó a su esposa.

5

Los policías entraron dos minutos después. El rostro de Pangborn era un nubarrón de cólera. Thad comprendió que los dos policías le habían dicho lo que el propio comisario sabía pero no quería reconocer: que el escritor no presentaba ninguno de los tics y crispaduras que ellos asociaban con la relación de culpabilidad.

—Está bien —dijo Pangborn. Thad pensó que el hombre estaba tratando de reprimir la cólera y que era un buen actor. No lo conseguía del todo, pero de todos modos lo estaba haciendo muy bien, teniendo en cuenta que estaba ante el sospechoso número uno del asesinato de un viejo manco—. Estos caballeros desean que le haga una pregunta, por lo menos, antes de salir de la casa. Es lo que voy a hacer. Señor Beaumont, ¿puede decirnos dónde se encontraba durante el período de tiempo entre las once de la noche del treinta y uno de mayo y las cuatro de la madrugada del primero de junio?

Los Beaumont cruzaron una mirada. Thad sintió que la gran tensión que atenazaba su corazón se relajaba. No estaba totalmente libre de ella, todavía no, pero sentía como si los pestillos que impedían aliviarla se hubieran abierto. Ahora, lo único que necesitaba era un buen empujón.

—¿Lo era? —murmuró a su esposa. A Thad le parecía que sí, pero parecía demasiado bueno para ser verdad.

—Estoy segura de que sí —respondió Liz—. Ha dicho el treinta y uno, ¿verdad?

Se había vuelto hacia Pangborn con expresión de radiante esperanza. El comisario la miró con aire suspicaz.

—Sí, señora, pero me temo que su sola palabra sin testimonios que la respalden no va a...

Haciendo caso omiso, Liz se puso a contar hacia atrás con los dedos. De pronto, sonrió como una colegiala.

—¡Martes! ¡El treinta y uno fue el martes! —exclamó, vuelta hacia su esposo—. ¡Fue el martes, bendito sea Dios!

Pangborn parecía confuso y más desconfiado que nunca. Los agentes que lo acompañaban se miraron y volvieron a observar a Liz.

—¿Quiere explicarnos a qué se refiere, señora Beaumont? —preguntó uno de ellos.

—¡La noche del martes treinta y uno dimos una fiesta aquí! —respondió Liz al tiempo que lanzaba una mirada de triunfo y de rencoroso desprecio al comisario Pangborn—. La casa estaba llena, ¿no es cierto, Thad?

—Desde luego que sí.

—En un caso como este, una buena coartada suscita más sospechas —replicó Pangborn.

—¡Ah, qué hombre más estúpido y arrogante! —exclamó Liz, ahora con las mejillas encendidas. El miedo iba dejando paso a la furia. Se dirigió a los agentes y les dijo—: Si mi marido no tiene coartada para ese asesinato, dicen que lo ha cometido él y se lo llevan a la comisaría; si la tiene, este hombre sale con que eso significa probablemente que de todos modos lo hizo. ¿Qué pasa, les da miedo

hacer bien su trabajo? ¿Por qué han venido aquí?

—Calma, Liz —murmuró Thad—. Seguro que tienen buenas razones para proceder así. Si el comisario Pangborn estuviera siguiendo un presentimiento o no tuviera bases para la investigación, supongo que habría venido solo.

Pangborn le lanzó un agria mirada y suspiró.

—Háblenos de la fiesta, señor Beaumont.

—Se celebró en honor de Tom Carroll —explicó Thad—. Tom llevaba diecinueve años en el departamento de lengua de la universidad, del que fue jefe durante los últimos cinco. Se retiró el veintisiete de mayo, al terminar el año académico oficial. Siempre ha sido un hombre muy apreciado entre el cuerpo docente y la mayoría de los profesores veteranos lo conocíamos por Gonzo Tom, por lo mucho que le gustaban los ensayos de Hunter Thompson. Así pues, decidimos ofrecer una fiesta de jubilación para él y su esposa.

—¿A qué hora terminó la fiesta?

—Bueno, bastante antes de las cuatro de la madrugada pero, desde luego, no era temprano. Cuando se reúne un puñado de profesores de lengua con un suministro casi ilimitado de bebida, la reunión se puede alargar todo el fin de semana. Los invitados empezaron a llegar hacia las ocho y... ¿quién fue el último en irse?

—Rawlie de Lesseps y esa horrible mujer del departamento de historia con la que lleva saliendo desde el año de Maricastaña —apuntó Liz—. Esa que siempre anda proclamando: «Llámame Billie, como todo el mundo».

—Exacto —asintió Thad, esbozando una sonrisa—. La Bruja Malvada del Este.

Pangborn le estaba lanzando con los ojos un claro mensaje de «estás mintiendo y los dos lo sabemos».

—¿Y a qué hora se fueron esos amigos?

—¿Amigos? —Thad fingió un ligero escalofrío—. Rawlie, sí. Esa mujer, decididamente no.

—A las dos —intervino Liz. Thad asintió y añadió:

—Debían de ser al menos las dos cuando los despedimos. Casi tuvimos que echarlos a la fuerza. Como le digo, solo el día que nieve en el infierno me afiliaré al club de fans de esa Wilhemina Burks, pero yo mismo habría insistido en que se quedaran a dormir si hubieran tenido que conducir más de cinco kilómetros o si hubiera sido más temprano. De todas formas, a esas horas y un martes por la noche... perdón, un miércoles de madrugada, no hay nadie por las carreteras salvo, tal vez, algún ciervo suelto destrozando los jardines.

Thad se interrumpió bruscamente. Llevado por el alivio que sentía, había empezado a parlotear sin ton ni son.

Hubo un momento de silencio. Los dos agentes habían bajado la mirada. Pangborn tenía una expresión en el rostro que Thad no supo interpretar. No se parecía a nada que hubiera visto antes. No era desazón, aunque la desazón formaba parte de ella.

«¿Qué diablos está pasando aquí?»

—Bueno, señor Beaumont, todo esto está muy bien —dijo por fin el comisario—, pero no es nada sólido. Tenemos su palabra y la de su esposa sobre la hora aproximada en que despidieron a esa última pareja. Si iban tan bebidos como parecen ustedes pensar, su testimonio será de poca utilidad. Y si ese de Lesseps es de verdad un amigo, bien podría decir... En fin, ¿quién sabe?

A pesar de todo, Alan Pangborn se estaba desinflando. Thad lo advirtió y le pareció —constató, mejor— que lo mismo les sucedía a los dos agentes. Sin embargo, el comisario no estaba dispuesto a rendirse. El miedo que Thad había sentido al principio y la cólera posterior estaban convirtiéndose en fascinación y curiosidad. Pensó que no había visto nunca una lucha tan igualada entre la perplejidad y la certidumbre. La realidad de la fiesta, pues tenía que aceptar la veracidad de una cosa tan fácil de comprobar como aquella, le había afectado, pero no persuadido. Los agentes, por su parte, tampoco parecían totalmente convencidos. La única diferencia era que ellos no estaban tan molestos como el comisario. Los dos hombres no habían conocido personalmente a Homer Gamache y no tenían ningún interés personal en el asunto. Alan Pangborn sí lo había conocido, y lo tenía.

«Yo también lo conocí —pensó Thad—. Así que quizá también tengo intereses en el asunto. Es decir, además del de salvar el pellejo».

—Escuche —dijo con voz paciente, mirando fijamente a Pangborn y tratando de no responderle con su misma hostilidad—, seamos realistas. Usted quiere saber si podemos justificar debidamente nuestros movimientos...

—Solo los de usted, señor Beaumont —corrigió el comisario.

—Está bien, mis movimientos. Cinco horas bastante difíciles. Horas en que la mayoría de la gente se ha acostado. Gracias a un golpe de pura suerte, estamos (o estoy) en condiciones de justificar al menos tres de esas cinco horas. Puede que Rawlie y su fastidiosa novia se marcharan a las dos, a la una y media o a las dos y cuarto. En cualquier caso, era tarde. Eso sí que lo podrán asegurar, y esa Billie Burks no mentiría para facilitar una coartada, aunque Rawlie lo hiciera. Es más, creo que si me viera ahogándome en una playa, me echaría más agua encima.

Liz le dirigió una extraña sonrisa, casi una mueca, mientras le cogía de los brazos a William, que empezaba a inquietarse. Al principio, Thad no comprendió aquella sonrisa; luego, se le encendió la luz. Se trataba de aquella frase, por supuesto: «facilitar una coartada». Era una expresión que utilizaba en ocasiones

Alexis Máquina, el archimalvado de las novelas de George Stark. En cierto modo, resultaba extraño; Thad no recordaba haber utilizado nunca *starkismos* en una conversación. Sin embargo, tampoco lo habían acusado nunca de asesinato, la especialidad de George Stark.

—Aun suponiendo que nos equivoquemos en una hora y los últimos invitados no se marcharan más tarde de la una —continuó— y suponiendo también que cogiera el coche en el mismo momento en que sus luces desaparecieron tras la cresta de la colina y condujera como un loco hasta Castle Rock, me hubiese resultado imposible llegar allí antes de las cuatro y media o las cinco de la madrugada. No hay autopista para ir hacia el oeste, ¿sabe?

—Y la señora Arsenault afirmó que a la una menos cuarto vio... —empezó a decir uno de los agentes.

—No es preciso que hablemos de eso ahora —le interrumpió rápidamente el comisario.

Liz soltó un sonido rudo, exasperado, y Wendy se rió cómicamente al oírlo. En el hueco de su otro brazo, William dejó de revolverse, enfrascado de pronto en la maravilla de sus propios deditos juguetones.

—A la una todavía quedaba mucha gente en casa, Thad. Un montón de gente —aseguró a su marido.

A continuación, se volvió en redondo hacia Alan Pangborn; esta vez le lanzó una auténtica andanada:

—¿Qué le sucede a usted, comisario? ¿Por qué está empeñado en cargarle esto a mi marido? ¿Es usted idiota, holgazán o mala persona? No lo parece, pero su comportamiento me obliga a planteármelo. Hace que todo resulte muy sospechoso. Tal vez sea producto de una lotería. ¿Lo es? ¿Acaso ha sacado el nombre de Thad de algún jodido sombrero?

El comisario retrocedió un poco, claramente sorprendido —y turbado— por su ferocidad.

—Señora Beaumont...

—Me temo que tengo una ventaja sobre usted, comisario —intervino Thad—. Usted cree que yo he matado a Homer Gamache...

—Señor Beaumont, no ha sido acusado de...

—No, pero usted piensa que he sido yo, ¿verdad?

Un rubor intenso y compacto, que Thad no atribuyó al desconcierto sino a la frustración, había ido subiendo a las mejillas de Pangborn como el mercurio de un termómetro.

—Sí, señor —reconoció al fin—. Eso es lo que pienso, a pesar de todo lo que han dicho usted y su esposa.

La contestación llenó de asombro a Thad. ¿Qué podía haber sucedido, por

todos los cielos, para que aquel hombre (quien, como acababa de decir Liz, no parecía nada estúpido) mostrara esa seguridad? Esa condenada seguridad.

Thad sintió que un escalofrío le recorría la espalda; luego sucedió una cosa muy rara. Un sonido fantasmal llenó su mente —no su cabeza, sino su mente— durante un instante. Era un sonido que le produjo una dolorosa sensación de *déjà vu*, pues ya habían pasado casi treinta años desde la última vez que lo había oído. Era el sonido espectral de cientos, tal vez miles de pequeñas aves.

Se llevó una mano a la cabeza y se tocó la pequeña cicatriz y luego volvió el escalofrío, más intenso esta vez, retorciéndose a través de su carne como un alambre. «Facílítame una coartada, George —pensó—. Estoy un poco apurado, de modo que facilítame una coartada».

—¿Thad? —preguntó Liz—. ¿Te encuentras bien?

—¿Eh? —Thad se volvió para mirarla.

—Estás pálido.

—Estoy bien —respondió, y así era. El sonido había desaparecido. Si es que realmente había llegado a existir.

Se volvió hacia Pangborn.

—Como le decía, comisario, le llevo cierta ventaja en este asunto. Usted cree que he matado a Homer. Yo, en cambio, sé que no lo he hecho. Salvo en mis libros, nunca he matado a nadie.

—Señor Beaumont...

—Comprendo su indignación. Homer era un viejo agradable con una esposa dominante, un sentido del humor maloliente y un solo brazo. Yo también estoy indignado. Haré cuanto pueda por colaborar, pero es preciso que abandone ese secretismo policial y me diga por qué está usted aquí, qué le ha conducido hasta mi casa. Estoy desconcertado.

Alan Pangborn lo miró un largo instante y luego respondió:

—Todos mis instintos me indican que está usted diciendo la verdad.

—Gracias a Dios —suspiró Liz—, por fin se muestra razonable.

—Si compruebo que su coartada es cierta —continuó el comisario, mirando únicamente a Thad—, yo mismo iré a buscar al tipo del SIFA que se haya equivocado en la identificación y lo desollaré vivo.

—¿Qué es eso del SIFA? —quiso saber Liz.

—El Servicio de Identificación de las Fuerzas Armadas —le explicó uno de los agentes—. Washington.

—No tengo noticia de que se hayan equivocado nunca —continuó Pangborn con el mismo tono de voz grave—, aunque dicen que siempre hay una primera vez para todo. De cualquier modo, si ellos no se han equivocado y podemos comprobar lo de esa fiesta, yo seré el primero en no entender nada.

—¿No puede decirnos qué significa todo esto? —insistió Thad.

—¿Por qué no, si ya hemos llegado hasta aquí? A decir verdad, en el fondo no importa mucho a qué hora se marcharan sus últimos invitados. Si estaba usted aquí a medianoche, si hay testigos que puedan jurar que lo vieron...

—Veinticinco, por lo menos —intervino Liz.

—... entonces, se habrá librado de un buen lío. Si sumamos el testimonio ocular de la señora que ha mencionado el agente y el resultado de la autopsia, podemos estar casi seguros de que Homer fue asesinado entre la una y las tres de la madrugada del primero de junio. Lo mataron a golpes con su propio brazo ortopédico.

—¡Dios santo! —murmuró Liz—. Y usted pensaba que Thad...

—La camioneta de Homer fue localizada hace dos noches en el aparcamiento de un área de servicio de la I-95 en Connecticut, cerca de la frontera del estado de Nueva York. —Alan Pangborn hizo una pausa y añadió—: El vehículo estaba lleno de huellas dactilares, señor Beaumont. La mayoría pertenecía a Homer, pero un buen número correspondía al agresor. Varias de estas últimas eran excelentes. Una estaba perfectamente grabada en un chicle que el tipo se sacó de la boca y adhirió al salpicadero con el pulgar, donde se había endurecido. Sin embargo, la mejor de todas estaba en el retrovisor. Era comparable a las que se pueden tomar en una comisaría. Solo que la del espejo estaba impresa con sangre, en lugar de con tinta.

—Entonces, ¿por qué Thad? —preguntó Liz con indignación—. Con fiesta o sin ella, cómo ha podido pensar que Thad...

El comisario la miró y respondió:

—Cuando la gente del SIFA introdujo las huellas en el ordenador de gráficos, apareció el expediente militar de su esposo. Para ser más exactos, aparecieron sus huellas dactilares.

Por unos segundos, Thad y Liz no pudieron hacer otra cosa que mirarse, mudos de sorpresa. Por fin, la mujer murmuró:

—Entonces, ha sido un error. Sin duda, la gente que comprueba estas cosas se equivoca de vez en cuando.

—Sí, pero rara vez se producen confusiones de semejante magnitud. Por supuesto, hay zonas oscuras en el ámbito de la identificación de huellas; los profanos en la materia que han crecido viendo series como *Kojak* y *Barnaby Jones* creen que se trata de una ciencia exacta, pero no es así. Con todo, la informática ha reducido muchas de esas zonas sombrías en la comparación de huellas y, además, en este caso disponían de impresiones digitales extraordinariamente buenas. Cuando digo que las huellas corresponden a las de su esposo, señora Beaumont, sé lo que me digo. He visto los gráficos del ordenador

y los he comprobado superponiéndolos. Guardan algo más que un simple parecido.

Alan Pangborn se volvió entonces hacia Thad y, observándolo con sus ojos azules, duros como el pedernal, añadió:

—¡Las huellas son idénticas!

Liz lo miró boquiabierta mientras, en sus brazos, primero William y luego Wendy comenzaban a llorar.

OCHO

PANGBORN HACE UNA VISITA

1

Cuando el timbre de la puerta volvió a sonar a las siete y cuarto de aquella tarde, le tocó de nuevo a Liz acudir a ver quién era, pues ya había terminado de preparar a William para la cama y Thad aún estaba ocupado con Wendy. Todos los libros sostenían que cuidar a los niños era una habilidad adquirida que no tenía nada que ver con el sexo del progenitor, pero Liz albergaba sus dudas. Thad hacía su parte —de hecho, se mostraba escrupuloso en el reparto de las obligaciones—, pero era lento. Era capaz de ir a la tienda de la esquina un domingo por la tarde, comprar lo necesario y estar de vuelta en el tiempo que ella tardaría en llegar hasta el último estante, pero cuando se trataba de preparar a los gemelos para acostarlos, entonces...

William estaba bañado, recién cambiado, enfundado en su pijama verde y sentado de nuevo en su parque de juegos mientras Thad aún andaba atareado con los pañales de Wendy (y no había terminado de enjuagarle todo el champú del cabello, según advirtió Liz; sin embargo, teniendo en cuenta el día que habían tenido, creyó aconsejable no comentar nada y quitarle el jabón a la pequeña más tarde, con un paño húmedo).

La mujer cruzó el salón para llegar a la puerta principal y echó un vistazo por la ventana lateral. El comisario Pangborn estaba de nuevo al otro lado. Esta vez venía solo, pero esta circunstancia no alivió gran cosa la zozobra que embargó a Liz. Volvió la cabeza y lanzó una exclamación que llenó el salón y llegó hasta el cuarto de baño convertido en estación de servicio para bebés.

—¡Ha vuelto! —anunció con una voz que reflejaba un tono de alarma claramente apreciable.

Tras una larga pausa, Thad apareció en el umbral del baño, al otro extremo del

salón. Iba descalzo y llevaba unos tejanos y una camiseta de manga corta.

—¿Quién? —preguntó con una voz rara, hueca.

—Pangborn. Thad, ¿te encuentras bien?

Thad sostenía en brazos a Wendy, que solo llevaba puesto el pañal. La pequeña tenía sus manitas en la cara de su padre, pero lo poco que podía ver de su rostro bastó a Liz para advertir que Thad tenía mal aspecto.

—Sí, estoy bien. Déjalo entrar. Voy a ponerle el pijama a la niña.

Y, antes de que Liz pudiera añadir palabra, desapareció de nuevo.

Alan Pangborn, mientras tanto, seguía esperando pacientemente en el porche. Había visto asomarse a Liz y no volvió a llamar. Tenía el aire de quien desearía llevar sombrero para poder sostenerlo en sus manos y, acaso, poder incluso retorcerlo un poco.

Lentamente, y sin la menor sonrisa de bienvenida, Liz quitó la cadena y lo dejó entrar.

2

Wendy estaba retozona, lo que dificultaba su manejo. Thad consiguió meterle los pies en el pijama, luego los brazos y, finalmente, logró que sacara las manitas por los puños. La niña alargó inmediatamente una de ellas y le agarró la nariz. En lugar de reírse como siempre hacía, su padre se echó hacia atrás para desasirse y Wendy lo miró con un ligero desconcierto desde la mesa donde la estaba cambiando. Thad encontró la cremallera que cerraba el pijama desde la pierna izquierda hasta el cuello; entonces, se detuvo y extendió las manos delante de sí. Le temblaban. No mucho, pero el temblor era real.

«¿De qué diablos tienes miedo? ¿O te ha vuelto a entrar el sentimiento de culpabilidad?»

No, el sentimiento de culpabilidad, no. Casi deseó que se tratara de eso. Lo cierto era que acababa de tener otro sobresalto en un día demasiado lleno de sustos.

Primero, la llegada de la policía con su extraña acusación y su aún más extraña certidumbre. Después, aquel sonido extraño, inquietante, como de trinos. No había llegado a determinar qué era aquello, aunque le había sonado familiar.

Después de la cena le había sucedido otra vez.

Había subido a su estudio a corregir lo que había escrito durante el día para su nuevo libro, *El perro dorado*, cuando de pronto, mientras estaba encorvado sobre los folios del original para introducir una pequeña modificación, el sonido le había inundado la cabeza. Miles de pájaros, todos piando y trinando al unísono.

Esta vez, junto con el sonido había llegado una imagen.

Gorriones.

Miles y miles de ellos, alineados en los aleros de los tejados y haciéndose sitio por la fuerza en los cables de teléfonos, como hacían a principios de la primavera, cuando las últimas nieves de marzo cubrían aún el suelo en pequeños montones aterronados y sucios.

«Oh, otra vez el dolor de cabeza», pensó con consternación. Fue la voz con que expresó este pensamiento, la voz de un chiquillo asustado, lo que convirtió aquella sensación de familiaridad en un recuerdo concreto. El terror le atenazó la garganta y luego pareció agarrarse a los costados de su cabeza con unas manos heladas.

«¿Es el tumor? ¿Ha vuelto? ¿Será maligno esta vez?»

El sonido fantasmagórico —el vocerío de los pájaros— de pronto se intensificó hasta ser casi ensordecedor, y se unió a él un leve y tenebroso batir de alas. Thad vio cómo remontaban el vuelo, todos a la vez. Miles de pequeñas aves que oscurecían el pálido cielo primaveral.

—Vuelan de regreso al norte, amigo —se oyó decir a sí mismo con una voz grave, gutural, que no era la suya.

Luego, de pronto, la imagen y el sonido de los pájaros desaparecieron. Estaba en 1988, no en 1960, y se encontraba en su estudio. Era un hombre adulto con esposa, dos hijos y una máquina de escribir Remington.

Tras aquello, Thad exhaló un profundo suspiro, casi un jadeo. Ni en la primera ocasión ni en la segunda había experimentado el menor dolor de cabeza. Se encontraba bien. Solo que...

Solo que cuando miró de nuevo el folio que estaba corrigiendo, vio que había escrito una frase en él. Estaba garabateada con grandes mayúsculas sobre las líneas de nítida mecanografía.

LOS GORRIONES VUELVEN A VOLAR, había escrito.

Thad advirtió que el bolígrafo yacía abandonado y que había utilizado uno de los lápices Berol Black Beauty para anotar aquellas palabras, aunque no recordaba haber cambiado el uno por el otro. Si ni siquiera utilizaba ya los lápices. Aquellos Berol pertenecían a una época pasada, a una época oscura. Arrojó el lápiz al tarro donde los guardaba y luego metió este en uno de los cajones. Al realizar esta operación, su mano vaciló.

Poco después, Liz lo había llamado para que la ayudara a arreglar a los gemelos y meterlos en la cama. Thad habría querido contarle lo que acababa de sucederle, pero había descubierto que el terror —el pánico a que el tumor de la infancia se hubiera reproducido, a que esta vez fuera maligno— le sellaba los labios. Habría conseguido decírselo de todos modos, pero en ese instante había

sonado el timbre de la puerta, Liz había ido a contestar, y había gritado precisamente lo que no debía en el tono más inconveniente.

«¡Ha vuelto!», había gritado Liz con una irritación y una consternación perfectamente comprensibles, y el terror lo había envuelto como una ráfaga de viento frío y diáfano. El terror, y una palabra: «Stark». Por un instante, antes que la realidad se reafirmara, Thad tuvo la certeza de que era a este a quien se refería Liz. George Stark. Los gorriones volvían a volar y Stark había regresado. Estaba muerto, muerto y enterrado públicamente, y, para empezar, ni siquiera había existido en realidad, pero eso no importaba; real o no, de todos modos había vuelto.

«Basta —se dijo—. No eres un tipo asustadizo y no es preciso que esta extraña situación te haga comportarte como tal. Ese sonido que has oído, el sonido de los pájaros, no es más que un simple fenómeno psicológico llamado “persistencia de la memoria”. Está provocado por la tensión y el estrés, así que domínate».

Pero una parte del terror se resistió a desaparecer. El ruido de los pájaros le había suscitado no solo una sensación de *déjà vu*, de haber vivido ya aquella experiencia, sino también de *presque vu*.

Presque vu: la sensación de experimentar algo que aún no ha sucedido pero que se producirá. No se trata exactamente de precognición, sino de memoria desplazada en el tiempo.

«Tonterías desplazadas en el tiempo: eso es lo que son».

Extendió las manos delante y las observó con fijeza. El temblor se hizo infinitesimal, y luego se detuvo por completo. Cuando estuvo seguro de que no iba a pellizcar la piel sonrosada y recién bañada de Wendy con la cremallera del pijama, la cerró con cuidado, llevó a la niña al salón y la colocó en el parque con su hermanito; después, salió al vestíbulo, donde Liz aguardaba con Alan Pangborn. De no ser porque este venía solo, podría haberse repetido la escena de la mañana.

«Estamos en el momento y lugar apropiados para un poco de “vu”, tanto de un tipo como del otro», pensó, pero no había nada de divertido en ello. Otra sensación seguía siendo muy intensa dentro de él; además estaba el sonido de los gorriones.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó al comisario, sin sonreír.

¡Ah!, había otra diferencia con la escena de la mañana. Pangborn traía un paquete de seis cervezas en la mano, que ahora sostenía en alto.

—Me preguntaba si podríamos tomarnos una de estas bien fría y hablar otra vez del asunto.

Liz y Alan Pangborn tomaron una cerveza cada uno; Thad cogió una Pepsi de la nevera. Mientras hablaban, seguían con la mirada a los niños, que jugaban juntos con su habitual y extraña solemnidad.

—No he venido por ningún asunto oficial —explicó Alan—. Solo es una visita de cortesía a un hombre que ahora ya no es sospechoso de uno, sino de dos asesinatos.

—¡Dos! —exclamó Liz.

—Me explico. En realidad, lo explicaré todo. Supongo que terminaré revelándolo todo. En primer lugar, estoy seguro de que su esposo tendrá también una coartada para este segundo asesinato. Los agentes del estado también lo están. No dicen nada, pero están dando vueltas en círculo.

—¿A quién han matado? —quiso saber Thad.

—A un joven llamado Frederick Clawson. Ha sido en Washington, D.C. —El comisario vio que Liz daba un brinco en su asiento, derramando un poco de cerveza en el dorso de su mano—. Veo que le suena el nombre, señora Beaumont —añadió con notoria ironía.

—¿Qué... qué está pasando aquí? —musitó ella en un susurro exangüe.

—No tengo la más remota idea de qué está pasando. Me estoy volviendo loco tratando de comprenderlo. No he venido a detenerle ni a molestarle aunque, señor Beaumont, que me cuelguen si entiendo cómo puede haber cometido estos dos crímenes otra persona. Estoy aquí para solicitar su colaboración.

—¿Por qué no me llama Thad?

Alan se agitó en el asiento, incómodo.

—Creo que, de momento, prefiero «señor Beaumont».

—Como usted quiera —asintió Thad—. ¿De modo que Clawson ha muerto?

Por unos instantes bajó la mirada con aire meditabundo y luego volvió a levantarla hacia Alan.

—¿También han encontrado mis huellas dactilares por toda la escena del crimen?

—Sí, y otras pistas muy explícitas. La revista *People* publicó un artículo sobre usted recientemente, ¿verdad?

—Hace dos semanas —confirmó Thad.

—Ese artículo fue encontrado en el apartamento de Clawson. Una de las páginas se utilizó simbólicamente en lo que parece un asesinato ritual muy elaborado.

—¡Dios mío! —exclamó Liz con una voz a un tiempo horrorizada y cansada.

—¿Está usted dispuesto a contarme qué relación le unía con el muerto? —preguntó Alan.

—No hay ninguna razón para no hacerlo —respondió Thad—. ¿Por casualidad ha leído el artículo, comisario?

—Mi mujer compra la revista en el supermercado, pero será mejor que le diga la verdad: solo miré las fotos. Quería leer el texto en cuanto pudiera.

—No se ha perdido gran cosa, pero Frederick Clawson fue el causante de que el artículo se publicara. Verá...

Alan levantó una mano para interrumpirlo.

—Ya llegaremos a él, pero antes volvamos a Homer Gamache. Hemos realizado una nueva comprobación con el SIFA. Las huellas encontradas en el vehículo de Gamache (y también en el apartamento de Clawson, aunque ninguna de ellas es tan perfecta como la del chicle y la del retrovisor) parecen concordar exactamente con las de usted. Lo cual significa que, si no ha sido usted, tenemos a dos personas con las mismas impresiones digitales, y eso es digno de figurar en el *Libro Guinness de los récords*.

Volvió la vista hacia William y Wendy, que intentaban jugar a darse palmaditas en el centro del parque; con lo que, más bien, cada uno ponía en peligro los ojos del otro.

—¿Son idénticos? —preguntó.

—No —respondió Liz—. Se parecen mucho, pero son niño y niña, y los gemelos de distinto sexo nunca son idénticos.

—Ni siquiera los mellizos idénticos tienen las huellas digitales idénticas —añadió el policía. Guardó un momento de silencio y luego preguntó con un tono despreocupado que Thad consideró completamente fingido—: Usted no tendrá un hermano gemelo, ¿verdad, señor Beaumont?

Thad movió la cabeza lentamente.

—No —contestó—. No tengo hermanos ni hermanas y mis padres han muerto. William y Wendy son mis únicos parientes consanguíneos. —Dirigió una sonrisa a los bebés y volvió a mirar a Pangborn—. Liz sufrió un aborto en 1974. Aquellos... los primeros... también eran gemelos, tengo entendido, aunque supongo que no hay modo de saber si habrían sido idénticos, ya que el aborto se produjo en el tercer mes. Y, aunque se pudiera saber, ¿a quién le interesaría?

Alan se encogió de hombros, con aire ligeramente incómodo.

—Liz estaba de compras en unos grandes almacenes de Boston. La empujaron y cayó rodando por unas escaleras mecánicas. Sufrió una herida grave en un brazo (si no hubiera estado allí un guardia de seguridad que le puso enseguida un torniquete, habría podido morir) y perdió a los gemelos.

—¿Aparece eso en el artículo de *People*? —preguntó Alan.

Liz le dirigió una seca sonrisa y movió la cabeza en gesto de negativa.

—Cuando accedimos a hacer el reportaje, nos reservamos el derecho a contar nuestras vidas a nuestro modo. Por supuesto, no se lo dijimos a Mike Donaldson, el hombre que realizó la entrevista, pero eso fue lo que hicimos.

—Ese empujón, ¿fue deliberado?

—No hay modo de saberlo —respondió Liz. Sus ojos se volvieron hacia William y Wendy, más bien se cernieron sobre ellos—. Aunque, si fue un encontronazo accidental, fue condenadamente fuerte; salí volando y no toqué la escalera mecánica hasta casi la mitad del tramo. En cualquier caso, he tratado de convencerme de que eso fue lo que sucedió. Es lo más cómodo para seguir adelante. La idea de que alguien empujara a una mujer por una escalera mecánica con el único fin de ver qué sucedía... pensar en algo así garantiza varias noches de insomnio.

Alan Pangborn asintió.

—Los médicos que consultamos nos dijeron que, probablemente, Liz no volvería a tener hijos —añadió Thad—. Cuando se quedó embarazada de William y Wendy, nos advirtieron que existía una gran posibilidad de que el embarazo se interrumpiera. Pero todo fue de maravilla. Yo, después de diez años, me he puesto a trabajar por fin en un nuevo libro bajo mi nombre. Será el tercero que haga. Así que ya ve, comisario, las cosas nos han ido bien a los dos.

—El otro nombre que utilizaba como escritor era George Stark, ¿verdad? —preguntó Alan. Thad asintió.

—Pero eso ya ha terminado —afirmó—. Terminó cuando Liz llegó al octavo mes de embarazo en perfecto estado. Entonces tomé la decisión: puesto que iba a ser padre, también debía empezar a ser yo mismo.

4

Se produjo un silencio en la conversación, apenas una pausa. Luego, Thad añadió:

—Confiese, comisario Pangborn.

—¿Cómo dice? —Alan arqueó las cejas. Una sonrisa rozó las comisuras de los labios de Thad.

—No diré que tuviera preparado el guión punto por punto, pero apuesto a que al menos lo había esbozado a grandes rasgos. Si yo tuviese un hermano gemelo idéntico, sería posible que en la fiesta hubiese estado él. De este modo yo podría haber ido a Castle Rock, dar muerte a Homer Gamache y dejar mis huellas por todo el vehículo. Pero la cosa no podría haber quedado ahí, ¿verdad? Veamos: mi gemelo duerme con mi esposa y cumple con mis obligaciones mientras yo

conduzco la camioneta de Homer hasta esa área de servicio en Connecticut, robo allí otro coche, sigo hasta Nueva York, me deshago del vehículo robado y tomo un tren o un avión para Washington. Una vez allí, mato a Clawson y vuelvo corriendo a Ludlow, envío a mi gemelo de vuelta a dondequiera que estuviese y los dos reanudamos el hilo de nuestras respectivas existencias. O los tres, si tenemos en cuenta que Liz toma parte en el engaño.

Liz lo miró un momento y se echó a reír con ganas, aunque brevemente. Pese a que no había nada de forzado en ella, su risa sonaba un poco quejosa, una expresión de humor de una mujer pillada por sorpresa.

—¡Thad, eso es horrible! —comentó cuando logró dominarse.

—Tal vez —contestó él—. Si lo es, lo siento.

—Es... muy enrevesado —terció Alan. Thad se volvió hacia él con una sonrisa.

—Usted no es seguidor del difunto George Stark, supongo.

—Con franqueza, no. Pero tengo un ayudante, Norris Ridgewick, que conoce sus obras. Ha tenido que contarme de qué va toda esta historia.

—Pues bien, Stark se saltaba algunas de las convenciones del género de la novela de misterio. Nunca planteaba tramas tan típicas de Agatha Christie como la que acabo de sugerir, pero eso no significa que yo no pueda idearlas si me lo propongo. Vamos, comisario, ¿se le había ocurrido esta posibilidad? ¿Sí o no? En caso negativo, le deberé una buena disculpa a mi esposa.

Alan permaneció en silencio unos momentos, sonriendo un poco y, evidentemente, pensando mucho. Por fin, dijo:

—Puede que, en efecto, barruntara algo así. No lo pensaba en serio, ni de esta manera precisamente, pero no tiene que disculparse ante su esposa. Desde esta mañana me siento dispuesto a tomar en cuenta incluso las posibilidades más fantásticas.

—Dada la situación.

—Dada la situación, en efecto.

Con una sonrisa, Thad contestó:

—Nací en Bergenfield, New Jersey, comisario. No es preciso que acepte mi palabra cuando puede comprobar en los registros si existe algún hermano gemelo que, digamos, hubiera podido olvidar.

Alan sacudió la cabeza y tomó otro trago de cerveza.

—Era una idea loca y me siento como un estúpido, pero esto último no es del todo nuevo. Me he sentido así desde esta mañana, cuando nos ha salido con lo de la fiesta. Desde luego, fuimos a ver a la gente que ustedes nos dijeron. Todos confirmaron su coartada.

—Por supuesto —replicó Liz en un tono ligeramente áspero.

—Y como tampoco tiene un hermano gemelo, señor Beaumont, esto cierra el asunto.

—Supongamos por un momento —insistió Thad—, solo por seguir con la conversación, que realmente hubiese sucedido de la manera que he apuntado. Sería un montaje increíblemente astuto. Menos por cierto detalle.

—¿A qué detalle se refiere? —inquirió Alan Pangborn.

—Las huellas dactilares. ¿Por qué iba a tomarme la molestia de montarme una coartada aquí con un tipo que tuviera el mismo aspecto que yo, para luego echarlo todo a perder dejando las impresiones digitales en los escenarios de los crímenes?

—Apuesto a que hará comprobar ese certificado de nacimiento, ¿verdad, comisario? —preguntó Liz.

—La base del procedimiento policial —respondió Alan, impasible— es seguir los rastros hasta comprobarlos. Pero ya sé qué encontrarán. —Titubeó un instante y, a continuación, añadió—: No ha sido solo el asunto de la fiesta. Esta mañana, nos dio usted la impresión de que decía la verdad. Tengo bastante experiencia en reconocer fingimientos. Por lo que he podido advertir en mis años de servicio en la policía, en el mundo hay pocas personas que sepan mentir. Tal vez aparezcan de vez en cuando en esas novelas policíacas de las que habla, pero en la vida real son muy contadas.

—Entonces, ¿por qué las huellas? —insistió Thad—. Eso es lo que me preocupa. ¿Acaso anda usted detrás de un aficionado con mis mismas huellas dactilares? Lo dudo. ¿No se le ha ocurrido pensar que la calidad misma de esas impresiones resulta sospechosa? Habla usted de áreas oscuras. Yo tengo algunas nociones de dactiloscopia gracias a la investigación que hice para las novelas de Stark pero, en realidad, soy un poco perezoso en lo que respecta a este trabajo de documentación; es mucho más sencillo ponerse ante la máquina de escribir e inventar falsedades. De todos modos, ¿no tiene que haber un determinado número de coincidencias en puntos concretos para que una impresión digital sea aceptada como prueba?

—En Maine son seis —asintió Alan—. Una huella debe presentar seis rasgos característicos iguales para que se acepte como prueba.

—¿Y no es cierto que en la mayoría de los casos solo aparece media huella, un cuarto o un simple rastro borroso con apenas algunos verticilos y bucles?

—Sí. En la vida real, los delincuentes rara vez van a la cárcel gracias a una prueba dactiloscópica.

—En cambio, en esta ocasión hay una en el retrovisor que usted mismo ha calificado de tan buena como la que pueda tomarse en una comisaría, y otra perfectamente moldeada en una almohadilla de chicle endurecido. Por alguna razón, esta es la que realmente me intriga. Es como si las hubieran puesto ahí para

que las encontraran.

—Sí, se nos había ocurrido.

En realidad, había hecho mucho más que eso. Era uno de los aspectos más exasperantes del caso. El asesinato de Clawson parecía el típico ajuste de cuentas de una banda con un soplón: la lengua arrancada, el pene en la boca de la víctima; un montón de sangre y de dolor, pero nadie en el edificio había oído el menor ruido. Pero, si había sido obra de un profesional, ¿cómo era posible que aparecieran las huellas de Beaumont por todas partes? ¿Cómo podía no ser un montaje algo que tenía toda la pinta de serlo? De ningún modo, a menos que alguien hubiera dado con un truco absolutamente nuevo. Mientras, Alan Pangborn seguía ateniéndose al viejo dicho de su tierra: si anda como un pato, grazna como un pato y nada como un pato, probablemente sea un pato.

—¿Pueden colocar unas huellas dactilares falsas en la escena de un crimen?
—quiso saber Thad.

—¿Lee usted el pensamiento además de escribir libros, señor Beaumont?

—Leo pensamientos, escribo libros, pero, cielos, no limpio los cristales.

Alan tenía en ese instante la boca llena de cerveza y la risa le sobrevino tan de improviso que casi esparció el líquido por la alfombra. Consiguió tragarlo, pero una parte se le fue por el otro lado y empezó a toser. Liz se puso en pie y le dio varios golpes enérgicos en la espalda. Tal vez resultaba extraño que alguien hiciera aquello con otra persona, pero a ella no se lo pareció; estaba condicionada por la vida con los dos bebés. William y Wendy contemplaban la escena desde su parque, con la pelota amarilla quieta y olvidada entre ellos. William empezó a reír. Wendy lo acompañó. Por alguna razón, aquello provocó un nuevo acceso de risa a Alan.

Thad se unió a sus carcajadas y Liz, sin dejar de darle palmadas en la espalda, también se echó a reír.

—Ya estoy bien —dijo Alan, aún entre toses y risas—. De verdad.

Liz le dio un último golpe. La cerveza rebosó del cuello de la botella de Alan como un géiser que soltara vapor y fue a parar a la entrepierna de su pantalón.

—Tranquilo —comentó Thad—. Tenemos pañales.

Esto dio lugar a un nuevo estallido de risas y, en algún momento entre el instante en que Alan Pangborn empezó a reír y cuando por fin consiguió dejar de hacerlo, los tres se sintieron amigos, al menos temporalmente.

—Por lo que sé y he conseguido averiguar, no es posible colocar huellas

dactilares falsas —dijo Alan, reanudando el hilo de la conversación un rato más tarde. Iban ya por la segunda ronda y la embarazosa mancha de la entrepierna empezaba a secarse. Los gemelos se habían dormido en el parque de juegos y Liz había salido de la habitación para ir al baño—. Naturalmente, aún lo estamos comprobando, porque hasta esta mañana no teníamos ninguna razón para sospechar tal posibilidad. Sé que se ha intentado alguna vez; hace unos años, un secuestrador tomó impresiones de las huellas de su rehén antes de matarlo, las pasó a... a moldes, supongo, y las estampó en un plástico muy fino. Luego colocó ese plástico sobre las yemas de sus propios dedos y simuló dejar las marcas en el cobertizo de la víctima para que la policía creyera que el secuestro era falso y que el tipo estaba libre.

—¿Y no funcionó?

—La policía consiguió varias huellas perfectas —dijo Alan—, pero del secuestrador. La grasa natural de sus dedos alisó las marcas falsas y, como el plástico era muy fino y especialmente receptivo a las formas más sutiles, se amoldó a las propias sinuosidades del individuo.

—Tal vez un material diferente...

—Sí, tal vez. Esto sucedió a mediados de los cincuenta e imagino que desde entonces se habrán inventado un centenar de polímeros plásticos distintos. Podría ser. De momento, lo único que podemos decir es que nadie en criminología o en medicina forense ha oído hablar de que se haya llevado a cabo, y creo que así seguirá siendo.

Liz regresó a la sala y tomó asiento encogiendo los pies bajo el cuerpo, como una gata, y cubriéndose las pantorrillas con la falda. Thad admiró el gesto, que le pareció de algún modo intemporal y lleno de una eterna elegancia.

—Mientras, tenemos que estudiar otros puntos, Thad.

Thad y Liz, al advertir el uso del nombre propio por parte de Alan, cruzaron una breve mirada, tan rápida que pasó inadvertida para el comisario, quien había sacado del bolsillo lateral una manoseada libreta de notas y estaba repasando una de las páginas.

—¿Fuma usted? —preguntó a Thad.

—No.

—Lo dejó hace siete años —comentó Liz—. Le costó mucho, pero lo consiguió.

—Hay quien opina que el mundo sería un lugar mejor si yo hubiese pillado un enfisema y hubiera muerto, pero yo me burlo de ellos —añadió Thad—. ¿Por qué lo pregunta?

—Entonces, antes fumaba usted, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Cigarrillos Pall Mall?

Thad estaba levantando su bebida y detuvo el gesto con la lata de soda a un palmo de sus labios.

—¿Cómo lo ha averiguado?

—¿Y su grupo sanguíneo es A negativo?

—Ahora empiezo a comprender por qué venía dispuesto a detenerme esta mañana —comentó Thad—. De no haber tenido una buena coartada, seguro que ya estaría entre rejas, ¿me equivoco?

—Tiene razón.

—Seguramente ha averiguado el grupo sanguíneo consultando los registros del Centro de Entrenamiento de Oficiales de la Reserva —apuntó Liz—. Supongo que de ahí habrán salido también las huellas digitales.

—Pero en esos documentos no consta que haya fumado cigarrillos Pall Mall durante más de quince años —replicó Thad—. Por lo que sé, este tipo de datos no se recoge en los registros que guarda el ejército.

—Estos datos me han llegado después de mi visita de esta mañana —explicó Alan—. El cenicero de la furgoneta de Homer Gamache estaba lleno de colillas de esos cigarrillos, pero el viejo solo fumaba alguna pipa de vez en cuando. Asimismo, encontramos un par de colillas de Pall Mall en un cenicero del apartamento de Frederick Clawson y este no fumaba en absoluto, salvo algún porro de vez en cuando según la dueña del edificio. Hemos obtenido el grupo sanguíneo del asesino a partir de la saliva que dejó en las colillas. El informe del serólogo nos proporcionó otras muchas informaciones. Más que las huellas dactilares.

—No lo entiendo. No entiendo nada de esto. —Thad había dejado de sonreír.

—Hay un detalle que no concuerda —prosiguió el comisario—. Unos cabellos rubios. Encontramos media docena de ellos en el vehículo de Homer y otro en el respaldo del sillón que utilizó el asesino en el salón de Clawson. Usted tiene el cabello negro y, no sé por qué, no creo que use peluca.

—No, Thad no la lleva, pero quizá el asesino sí —apuntó Liz, cortante.

—Quizá —asintió Alan—. En tal caso, era una peluca de cabello natural. Pero, entonces, ¿por qué cambiarse el color del cabello, si iba a dejar huellas dactilares y colillas de cigarrillo por todas partes? O bien el tipo era muy estúpido, o trataba deliberadamente de implicarle a usted. Pero esos cabellos rubios no concuerdan en ninguno de los dos casos.

—Tal vez no quería que lo reconocieran —propuso Liz—. Recuerde que Thad apareció en *People* hace apenas un par de semanas. De costa a costa.

—Sí, es una posibilidad. Aunque si el tipo también se parece a su esposo, señora Beaumont...

—Llámeme Liz.

—Está bien, Liz. Si se parece a su esposo, su aspecto debe de ser el de un Thad Beaumont con el cabello rubio, ¿no?

Liz miró detenidamente a Thad durante unos instantes y lanzó una risita.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Thad.

—Intento imaginarte rubio —contestó Liz sin abandonar la risita—. Creo que tendrías el aire de un David Bowie muy depravado.

—¿Y eso parece divertido? —dijo Thad a Alan—. Pues yo no le veo la gracia.

—Bueno... —murmuró Alan con una sonrisa.

—Dejémoslo. Por lo que sabemos, el tipo podría haber llevado gafas de sol o cualquier otra prenda de disfraz además de la peluca.

—No los llevaba, si el asesino fue el mismo tipo a quien la señora Arsenault vio subir a la camioneta de Homer a la una menos cuarto de la madrugada del primero de junio —replicó el comisario.

—¿Y bien? ¿Se parecía realmente a mí? —preguntó Thad, inclinándose hacia delante.

—La mujer no pudo decirnos gran cosa, salvo que el individuo llevaba un traje. Por lo que pudiera ser, he hecho que uno de mis hombres, Norris Ridgewick, le enseñara una fotografía de usted. La mujer le ha dicho que no creía que correspondiera al hombre que vio, aunque no podía asegurarlo. Según ella, el hombre que subió al vehículo de Homer era más corpulento. —Después, con tono áspero, añadió—: He aquí una persona que prefiere equivocarse por exceso de prudencia.

—¿Y con una simple foto ha podido apreciar esa diferencia? —terció Liz con aire dubitativo.

—No, pero la mujer ha visto a Thad en el pueblo, durante los veranos —explicó Alan—. Además, ha declarado que no podía estar segura.

—Por supuesto que lo conoce —asintió Liz—. Nos conoce a los dos, en realidad. Siempre compramos las verduras en su puesto del mercado. Qué tonta soy. Lo siento.

—No tiene que disculparse de nada —respondió Alan. Apuró la cerveza y se miró la entrepierna. Ya estaba seca. Estupendo. Quedaba una ligera mancha en la que, probablemente, no se fijaría nadie, salvo su esposa—. De todos modos, eso nos conduce a un último punto... o aspecto... o como diablos quiera llamarlo. Dudo incluso que tenga algo que ver con esto, pero nunca está de más comprobarlo. ¿Qué número calza usted, señor Beaumont?

Thad miró a Liz, que se encogió de hombros.

—Creo que tengo unos pies muy pequeños para un hombre que mide uno ochenta y cinco de estatura. Calzo un cuarenta y dos, aunque medio número más o

menos también me...

—Las huellas de las pisadas que hemos encontrado son mayores, probablemente —le interrumpió el comisario—. De todos modos, no creo que las pisadas guarden relación con esto y, aunque la tuvieran, una huella de zapato se puede falsificar. Basta con poner papel de periódico dentro de un par de zapatos dos o tres números mayor del que uno usa.

—¿Qué huellas de pisadas son esas? —preguntó Thad.

—No importa —respondió Alan, moviendo la cabeza—. Ni siquiera tenemos fotos. Creo que hemos puesto sobre la mesa casi todos los elementos inculpativos, Thad. Las huellas digitales, el grupo sanguíneo, la marca de cigarrillos...

—Thad ya no... —empezó una protesta Liz. Alan levantó una mano en gesto conciliador.

—Está bien, su antigua marca de cigarrillos. Supongo que cometo una locura al comentarles todos estos detalles (una parte de mí no deja de repetírmelo, en todo caso), pero llegados a este punto, no tiene sentido ignorar el bosque mientras inspeccionamos algunos de los árboles. Además, usted se halla vinculado con el caso por otras cuestiones: Castle Rock consta como su residencia legal, pues paga las tasas municipales igual que lo hace en Ludlow, y Homer Gamache era algo más que un simple conocido de ustedes. El muerto les hacía... ¿trabajos esporádicos sería la expresión correcta?

—Sí —respondió Liz—. Se jubiló de su trabajo de celador el año que compramos la casa (ahora se turnan en ese empleo Dave Phillips y Charlie Fortin), pero le gustaba seguir activo.

—Si damos por sentado que el autoestopista que vio la señora Arsenault fue el asesino de Homer, y es la teoría que estamos siguiendo de momento, se plantea una cuestión: ¿Lo mató ese hombre porque Homer fue la primera persona lo bastante estúpida, o lo bastante bebida, que paró para recogerlo, o lo mató porque era Homer Gamache, conocido de Thad Beaumont?

—¿Cómo iba a saber que Homer aparecería en el lugar? —preguntó Liz.

—Porque era la noche de su partida de bolos y Homer es, era, un animal de costumbres. Era como un caballo viejo; siempre volvía al establo por la misma ruta.

—Lo primero que pensó usted —intervino Thad—, fue que Homer se detuvo no porque estuviera borracho, sino porque reconoció al autoestopista. Un desconocido que quisiera matar a Homer no habría recurrido al autoestop; lo habría considerado una posibilidad remota, si no una causa totalmente perdida.

—Tiene razón.

—Thad —dijo Liz con una voz que no conseguía ser del todo firme—, la

policía pensaba que Homer se detuvo porque te reconoció, ¿no es eso?

—Sí —respondió su marido, al tiempo que alargaba la mano y tomaba la de su esposa—. Pensaron que solo alguien como yo, alguien que lo conocía, podía intentar una estratagema así. Supongo que incluso el traje cuadra con la hipótesis. ¿Qué otra cosa llevaría un escritor elegante que se dispone a cometer un asesinato en el campo a la una de la madrugada? El traje de *tweed*, naturalmente, ese de las coderas de gamuza oscura en la chaqueta. Todas las novelas de misterio británicas insisten en que es de rigor. —Se volvió hacia Alan y añadió—: Todo este asunto resulta de lo más extraño, ¿no es cierto?

—Desde luego que sí. A la señora Arsenault le pareció que el hombre había empezado a cruzar la carretera, o al menos que estaba a punto de hacerlo, cuando Homer se presentó con su camioneta. Pero el hecho de que usted conociera también a ese tal Clawson de Washington aumenta las probabilidades de que a Homer lo mataran por ser quien era, y no solo porque estuviera lo bastante borracho como para detenerse. Por lo tanto, hablemos de ese Frederick Clawson, Thad. ¿Qué sabe de él?

Thad y Liz intercambiaron una mirada.

—Creo que mi esposa podrá hacerlo con más rapidez y concisión que yo. También cuidará más su lenguaje, creo.

—¿Estás seguro de que quieres que hable yo? —le preguntó Liz.

Thad asintió. Liz empezó a hablar, primero lentamente, para acelerar el discurso después. Thad la interrumpió un par de veces al principio y luego se recostó en el asiento, contentándose con escuchar. Durante la siguiente media hora, apenas abrió la boca. Alan Pangborn sacó la libreta de notas y se puso a escribir pero, tras algunas preguntas iniciales, tampoco la interrumpió.

NUEVE

LA INVASIÓN DEL REPTILOIDE

1

—Yo lo llamaba «reptiloide» —empezó a exponer Liz—. Lamento que haya muerto, pero, de todos modos, Clawson era eso. No sé si los verdaderos reptiloides nacen o se hacen, pero en cualquier caso acaban alcanzando su viscosa posición en la vida, de modo que supongo que no importa. La de Frederick Clawson en concreto se desarrollaba en Washington. Había acudido allí, al nido de víboras legales más poblado de la tierra, a estudiar derecho... Thad, los bebés ya empiezan a tener sueño; ¿querrás darles el biberón de la noche? Y podrías alcanzarme otra cerveza, por favor.

Thad le pasó la cerveza y luego fue a la cocina a calentar los biberones. Calzó la puerta con una cuña para mantenerla abierta y poder oír mejor; mientras la colocaba, se golpeó en la rodilla. Era algo que le había sucedido ya tantas veces que apenas lo advirtió.

«Los gorriones vuelven a volar —pensó, y se frotó la cicatriz de la frente mientras llenaba un cazo con agua caliente y la ponía a hervir en la cocina—. ¡Ah!, si pudiera saber qué diablos significa esta frase».

—Al final, fue el propio Clawson quien nos contó toda la historia —continuó Liz—, aunque su perspectiva era, naturalmente, un poco sesgada. A Thad le gusta decir que todos somos los héroes de nuestras propias vidas. Clawson se hacía pasar por un biógrafo fanático, pero Thad y yo nos hicimos una idea más exacta de lo que se proponía gracias a lo que nos comentó la gente de Darwin Press (la editorial que publicó las novelas firmadas por George Stark) y a las revelaciones de Rick Cowley.

—¿Quién es Rick Cowley? —preguntó Alan.

—El agente literario que ha llevado a Thad bajo ambos nombres.

—¿Y qué andaba buscando Clawson?

—Dinero —respondió Liz fríamente.

En la cocina, Thad sacó de la nevera los dos biberones de noche (solo medio llenos para evitar en lo posible aquellos inoportunos cambios de pañales en mitad de la noche) y los colocó en el cazo del agua. Lo que Liz decía era cierto solo en parte. Clawson había querido mucho más que dinero.

Liz debió de leerle el pensamiento.

—Sin embargo, el dinero no era lo único que le interesaba. Ni siquiera estoy segura de que fuera lo principal. También quería ser conocido como el hombre que había puesto al descubierto la verdadera identidad de George Stark.

—Algo así como ser quien finalmente logra desenmascarar al increíble Hombre Araña.

—Exacto.

Thad introdujo un dedo en el agua del cazo para comprobar la temperatura y luego se apoyó en la puerta con los brazos cruzados, escuchando la conversación. Se dio cuenta de que deseaba un cigarrillo. Por primera vez en años, tenía ganas de fumar.

Le recorrió un escalofrío.

2

—Clawson estaba siempre en el lugar adecuado en el momento oportuno; demasiado —continuó Liz—. No solo era estudiante de derecho, sino que además trabajaba a tiempo parcial en una librería. Y no solo era empleado de una librería, también era un ávido seguidor de George Stark. Tal vez era el único admirador de Stark en todo el país que también había leído las dos novelas de Thad Beaumont.

En la cocina, Thad sonrió no sin cierta amargura y volvió a comprobar la temperatura del agua.

—En mi opinión, quiso organizar una especie de gran drama a partir de sus sospechas —oyó decir a su esposa—. Según vimos después, tuvo que moverse bastante para tratar de salir del anonimato. En cuanto decidió que Stark era en realidad Beaumont, y viceversa, llamó a Darwin Press.

—La editorial de Stark.

—Exacto. Habló con Ellie Golden, la directora literaria de las novelas de Stark. Le planteó la pregunta sin rodeos: por favor, dígame si George Stark es, en realidad, Thaddeus Beaumont. Ellie contestó que la idea le parecía ridícula. Clawson preguntó entonces por la fotografía del autor que ocupaba la contraportada de las novelas de Stark. Dijo que quería la dirección del hombre

que aparecía en la foto. Ellie le contestó que no estaba autorizada para darle la dirección de ningún escritor de la editorial. Clawson insistió: «No quiero la dirección de Stark, sino la del hombre de la foto. El hombre que se hace pasar por Stark». Ellie Golden le respondió que todo aquello era ridículo y que el retrato correspondía al auténtico George Stark.

—¿Antes de esto, la editorial no había revelado a nadie que el nombre era solo un seudónimo? —preguntó Alan, con aire realmente interesado—. ¿Siempre había mantenido la postura de que George Stark era una persona real?

—Sí, sí... Thad insistió en ello.

«Es cierto —pensó él mientras sacaba los biberones del cazo y comprobaba la temperatura de la leche en la parte interna de la muñeca—. Yo insistí. Pensándolo un poco, no sé muy bien por qué lo hice; en realidad, no tengo la menor idea, pero es cierto que insistí».

Cogió los biberones y volvió con ellos al salón, evitando una colisión con la mesa de la cocina por el camino. Entregó uno a cada bebé. Los gemelos se agarraron a las tetinas con gesto solemne y soñoliento y empezaron a chupar. Thad volvió a sentarse, prestó atención a Liz y se dijo que nada más lejos de su mente que la idea de fumar un cigarrillo.

—De todos modos —prosiguió Liz—, Clawson quiso continuar con sus preguntas (supongo que tenía un buen montón de reserva), pero Ellie no le siguió el juego. Le dijo que llamara a Rick Cowley y colgó. Clawson llamó entonces al despacho de Rick y se puso Miriam, la ex esposa de Rick y su socia en la agencia. Un arreglo un poco extraño, pero parece que así les va bien.

»Clawson le hizo la misma pregunta: quería saber si George Stark era en realidad Thad Beaumont. Según Miriam, ella le contestó que sí. También le dijo que ella era Dolley Madison. “Yo me acabo de divorciar de James —le dijo—, Thad se está divorciando de Liz y él y yo vamos a casarnos en primavera.” Después, colgó el teléfono, entró en el despacho de Rick y le dijo que un tipo de Washington estaba tras la pista de la identidad secreta de Thad. Desde ese momento, las llamadas de Clawson a Cowley Asociados solo sirvieron para que le cortaran rápidamente la comunicación.

Liz tomó un largo trago de cerveza y añadió:

—De todos modos, no se dio por vencido. He llegado a la conclusión de que los verdaderos reptiloides no abandonan nunca. Simplemente, decidió que por las buenas no iba a conseguir nada.

—¿Y no llamó a Thad? —preguntó Alan.

—No, ni una vez.

—Supongo que su número no aparece en la guía.

Thad hizo aquí una de sus escasas contribuciones directas al relato.

—No aparecemos en el listín ordinario, pero nuestro teléfono de aquí consta en la guía de la facultad. Tiene que constar porque doy clases allí y soy tutor de varios alumnos.

—Sin embargo, el tipo nunca acudió directamente a quien podía resolverle la duda —se admiró Alan.

—Se puso en contacto más adelante, por carta —dijo Liz—. Pero ya llegaremos a eso. ¿Continúo?

—Por favor —asintió Alan—. Es una historia fascinante por sí misma.

—Pues bien, nuestro reptiloide no empleó más de tres semanas y, probablemente, apenas quinientos dólares en averiguar lo que ya presumía desde el principio: que Thad y George Stark eran la misma persona.

»Empezó por el *Literary Market Place*, una publicación que los del gremio editorial conocen por *LMP* y donde aparecen los nombres, direcciones y números de teléfono de prácticamente todos los profesionales del ramo: escritores, editores, agentes, etc. Con este anuario y la columna de “Gente” de la revista *Publishers Weekly*, consiguió encontrar media docena de empleados de Darwin Press que habían dejado la empresa entre el verano de 1986 y el de 1987.

»Uno de ellos conocía el dato y no tuvo inconveniente en revelarlo. Ellie Golden está casi segura de que fue la chica que trabajó como secretaria del contable durante ocho meses entre 1985 y 1986. Ellie la llamó putilla con malos hábitos nasales.

Alan se echó a reír.

—Thad también sospecha de ella —siguió Liz—, porque la pista definitiva resultó ser una serie de fotocopias de las liquidaciones de derechos de autor a George Stark, que habían salido del despacho de Roland Burrets...

—El jefe de contabilidad de Darwin Press —añadió Thad. A la vez que escuchaba, estaba observando a los mellizos. Los dos estaban ahora tumbados de espalda, con los piecitos enfundados en el pijama y apretados amistosamente unos contra otros, y los biberones apuntando al techo. Sus ojitos miraban sin brillo, inexpresivos. Muy pronto se quedarían dormidos y, cuando llegara el momento, lo harían a la vez. «Lo hacen todo a la vez —pensó Thad—. Los bebés tienen sueño y los gorriones están volando».

Se tocó la cicatriz otra vez.

—El nombre de Thad no se mencionaba en esas fotocopias —prosiguió Liz—. A veces, las liquidaciones de derechos significaban cheques, aunque no son en sí mismas un cheque, de modo que el nombre no tenía por qué aparecer allí. Me sigue, ¿verdad?

Alan asintió.

—La dirección, sin embargo le sirvió a Clawson para comprobar lo que más

necesitaba saber. Las señas eran: George Stark, apartado de Correos 1642, Brewer, Maine 04412. Eso queda muy lejos de Mississippi, donde se suponía que residía Stark. Un vistazo al mapa de Maine debió de indicarle que la ciudad inmediatamente al sur de Brewer es Ludlow, y Clawson sabía muy bien qué escritor, si no famoso al menos bien considerado, vivía allí: Thaddeus Beaumont. Vaya coincidencia...

»Ni Thad ni yo lo llegamos a ver en persona, pero él sí vio a Thad. Por las fotocopias que ya tenía en su poder, sabía cuándo enviaba la Darwin Press sus cheques trimestrales por derechos de autor. La mayoría de estos cheques pasan primero por el agente literario. A continuación, el agente remite otro que refleja la cantidad original menos su comisión. Pero, en el caso de Stark, el contable enviaba los cheques directamente al apartado de Correos de Brewer.

—¿Y la comisión del agente? —quiso saber Alan.

—Se descontaba del total en Darwin Press y se remitía a Rick Cowley mediante otro talón —explicó Liz—. Aquello habría dado a Clawson otro claro indicio de que George Stark no era quien afirmaba ser; pero, para entonces, el tipo ya no necesitaba más pistas. Lo que buscaba eran pruebas irrefutables, y se dedicó a conseguirlas.

»Cuando llegó el momento de mandar el cheque, Clawson llegó en avión al pueblo. Se alojó varias noches en el Holiday Inn y pasó los días “plantado” ante la oficina de correos de Brewer. Esa es la palabra exacta que utilizó en la carta que recibió Thad más adelante. Fue un acecho en toda regla, propio del cine policíaco, pero realizado con un presupuesto bastante bajo. Si “Stark” no hubiera aparecido a cobrar el cheque al cuarto día de su estancia en Brewer, Clawson habría tenido que cerrar la tienda y perderse de nuevo en la noche. De todos modos, no creo que las cosas hubieran terminado allí. Cuando un auténtico reptiloide hinca los dientes en su presa, no la suelta hasta que se ha llevado un buen mordisco.

—O hasta que uno le hace saltar los dientes —gruñó Thad. Al instante, vio que Alan se volvía hacia él con el ceño fruncido y una mueca en los labios. Había escogido unas palabras inadecuadas. Al parecer, alguien le había hecho precisamente aquello al reptiloide de Liz, o incluso algo peor.

—En cualquier caso, la cuestión está de más —reanudó la narración Liz, y Alan le prestó atención de nuevo—. Clawson no tuvo que esperar tanto. Al tercer día, mientras estaba sentado en un banco del parque frente a la oficina de correos, vio detenerse el coche de Thad en uno de los puestos de las zonas azules próximas al edificio.

Liz tomó otro trago de cerveza y se limpió la espuma del labio superior. Cuando retiró la mano, estaba sonriendo.

—Ahora viene lo que más me gusta —dijo—. Es algo de... de... delicioso,

como decía el protagonista de *Retorno a Brideshead*. Clawson tenía una cámara, una de esas pequeñas que caben en la palma de la mano y que, cuando uno está a punto para disparar, solo tiene que abrir un poco los dedos, para dejar que asome la lente y, ¡bingo!, ya está.

Lanzó una risita, meneando la cabeza al imaginarlo.

—En la carta afirmaba que la había sacado de uno de esos catálogos donde venden material de espionaje: micrófonos ocultos para teléfonos, líquidos especiales para volver transparentes los sobres durante diez o quince minutos, maletines que se autodestruyen y cosas así. Clawson, el agente secreto X-9, cumpliendo con su deber. Apuesto a que habría comprado un diente hueco lleno de cianuro si se vendieran legalmente. Cuadraría perfectamente con la imagen que ofrecía de sí mismo.

»En cualquier caso, consiguió media docena de fotos bastante aceptables. No eran obras de arte, pero se podía ver al sujeto y lo que estaba haciendo. Había una de Thad acercándose a las cajas del vestíbulo de la oficina de correos, otra en la que introducía la llave en el apartado 1642, y otra mientras retiraba un sobre.

—¿Les envió copias de esas fotos? —preguntó Alan. Liz había dicho que el hombre buscaba dinero y el comisario había dado por supuesto que sabía muy bien de qué hablaba. El asunto no olía a chantaje:apestaba.

—Sí, desde luego. Con una ampliación de esta última. En ella se ve parte de la dirección del remitente, las letras DARW, y se distingue con claridad el sello editorial de la Darwin Press en la parte superior.

—X-9 contraataca —comentó Alan.

—Sí, X-9 contraataca. Llevó las fotos a revelar y luego regresó a Washington. La carta, con las fotos incluidas, nos llegó unos días después; era realmente maravillosa. Todo el rato rayaba la amenaza, pero ni una sola vez traspasaba el límite.

—Clawson era estudiante de derecho —recordó Thad.

—Exacto —asintió Liz—. Al parecer, sabía hasta dónde podía llegar. Si quiere, Thad le traerá la carta, pero se la puedo resumir. Empezaba diciendo lo mucho que admiraba las dos mitades de lo que llamaba «la mente demediada» de Thad. Hacía recuento de lo que había descubierto y de cómo lo había averiguado. Luego pasaba al meollo del asunto. Ponía mucho cuidado en no enseñarnoslo, pero se advertía que allí había tendido un anzuelo. Contaba que él también aspiraba a ser escritor, pero que no disponía de mucho tiempo para dedicarse a ello; los estudios de derecho le exigían mucho, pero no se trataba solo de eso. El verdadero problema era que debía trabajar en una librería para costearse los estudios y todo lo demás. Por eso, decía, deseaba mostrarle a Thad parte de su trabajo y, si Thad consideraba que la obra era prometedora, tal vez podría

conseguir que le asignara una ayuda para empezar a abrirse camino.

—¿Una ayuda? —repitió Alan, entre divertido y sorprendido—. ¿Es así como lo llaman hoy en día?

Thad echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—En cualquier caso, así fue como lo llamó Clawson. Creo que puedo citar de memoria el último fragmento: «Sé que esto puede parecerle una propuesta muy atrevida cuando lo lea, pero estoy seguro de que si estudia mi obra comprenderá que un acuerdo así resultaría ventajoso para ambos». Thad y yo nos pusimos furiosos durante un rato, después nos echamos a reír, y creo que luego nos volvimos a enfurecer.

—Sí —intervino Thad—. No estoy muy seguro de haberme reído, pero desde luego mi primera reacción fue de rabia.

—Por último, nos tranquilizamos lo suficiente para hablar del tema. Lo discutimos hasta casi medianoche. Los dos dimos a la carta de Clawson y a las fotografías el valor que merecían y, cuando a Thad se le pasó el ataque de cólera...

—Todavía no se me ha pasado —le interrumpió Thad—, y el tipo está muerto.

—Bueno, cuando se acabaron los gritos, Thad casi se sintió aliviado. Llevaba tiempo queriendo deshacerse de Stark y ya se había puesto a trabajar en un libro bajo su propio nombre. Todavía está en ello. Se titula *El perro dorado*. He leído las doscientas primeras páginas y es magnífico. Mucho mejor que el último par de obras que produjo como George Stark. Así pues, Thad decidió...

—Decidimos los dos —puntualizó su marido.

—Está bien, decidimos que Clawson era una bendición disfrazada, una manera de adelantar lo inevitable. El único temor de Thad era que a Rick Cowley no le gustara mucho la idea, porque George Stark le estaba dando mucho más dinero a la agencia que Thad Beaumont, desde luego. Sin embargo, se mostró muy comprensivo y dijo que, de hecho, el asunto podía generar cierta publicidad muy conveniente en algunos aspectos: los libros de saldo de Stark, los del propio Thad...

—Las dos novelas —apuntó Thad con una sonrisa.

—... y el nuevo libro de este, cuando saliera finalmente.

—Perdone... ¿qué es una edición de saldo? —quiso saber Alan.

Thad, ahora con una sonrisa, se lo explicó:

—Son los libros viejos que ya no colocan en esos grandes bidones decorados a la entrada de las librerías.

—De modo que decidieron ustedes hacer público el asunto del seudónimo, ¿no es eso?

—Efectivamente —asintió Liz—. Primero a la AP aquí, en Maine, y a la

Publishers Weekly, pero el asunto saltó a nivel nacional, pues, al fin y al cabo, Stark era un escritor muy leído y el hecho de que no hubiera existido nunca en realidad lo convertía en un tema de interés para las páginas de cotilleo de periódicos y revistas. Más tarde se puso en contacto con nosotros la revista *People*.

»Recibimos otra carta de Frederick Clawson, quejoso y enfadado, en la que decía lo mezquinos, desagradables y desagradecidos que éramos. Por lo visto opinaba que no teníamos derecho a dejarle al margen del asunto tal como habíamos hecho, porque él había puesto todo el trabajo y lo único que había hecho Thad era escribir unos cuantos libros. Después de esto, se quitó de en medio.

—Y ahora se ha quitado de en medio definitivamente —añadió Thad.

—No —terció Alan—. Alguien lo quitó de en medio... y eso es muy diferente.

Un nuevo silencio se hizo en la sala. Fue breve, pero sumamente intenso.

3

Alan permaneció pensativo varios minutos. Thad y Liz no intervinieron. Por fin, levantó la vista y dijo:

—Muy bien. ¿Por qué? ¿Por qué recurriría alguien al asesinato por un asunto así, sobre todo después de que el secreto se hiciera público?

Thad movió la cabeza en un gesto de negativa.

—Si tiene que ver conmigo o con los libros que he escrito como George Stark, no sé quién ni por qué.

—¿Y por un seudónimo? —preguntó Alan con voz pensativa—. Me refiero a que... no es que quiera ofenderle, Thad, pero no era precisamente un documento reservado ni un gran secreto militar...

—No me ofende, Alan —respondió Thad—. De hecho, estoy completamente de acuerdo con usted.

—Stark tenía muchos seguidores —apuntó Liz—. Algunos de ellos se enfadaron al saber que Thad no iba a escribir más novelas bajo ese nombre. *People* recibió algunas cartas tras el artículo y a Thad le llegó un puñado de ellas. Una anciana sugería incluso que Alexis Máquina debería volver de su retiro y arruinarle los planes a Thad.

—¿Quién es Alexis Máquina? —Alan había vuelto a sacar la libreta de notas. Thad sonrió.

—Tranquilo, comisario. Máquina no es más que un personaje de dos de las

novelas de Stark. La primera y la última.

—La ficción de una ficción —comentó Alan, guardando de nuevo la libreta—. Estupendo.

Thad lo miró ligeramente sorprendido.

—La ficción de una ficción —repitió—. No está mal. No está nada mal.

—Quiero decir —insistió Liz— que tal vez Clawson tenía un amigo (dando siempre por supuesto que los reptiloides los tengan) que era un seguidor fanático de Stark. Quizá ese amigo supo que Clawson era el verdadero responsable de que todo el asunto saliera a la luz y se enfureció tanto al comprender que no habría más novelas de Stark que...

Liz suspiró, contempló su botella de cerveza unos momentos y volvió a levantar la cabeza.

—Resulta bastante increíble, ¿no es cierto?

—Me temo que sí —respondió Alan cortésmente; luego se volvió hacia Thad—. Debería usted arrodillarse y dar gracias a Dios por tener esa coartada, si no lo ha hecho antes. ¿Se da cuenta de que esto le hace aún más apetecible como sospechoso?

—Supongo que, en cierto modo, sí. Thaddeus Beaumont ha escrito dos libros que prácticamente nadie ha leído. El segundo, publicado hace once años, ni siquiera suscitó buenas críticas. Los mínimos anticipos que recibió no se recuperaron en las ventas; será una suerte si consigue que le publiquen de nuevo, tal como está el negocio. Stark, en cambio, gana dinero a puñados. A puñados discretos, pero los libros aún le producen cuatro veces más de lo que gana anualmente en la enseñanza. Se presenta ese Clawson con su amenaza de chantaje cuidadosamente redactada. Yo me niego a ceder, pero la única opción que me queda es adelantarme y hacer pública la historia yo mismo. No mucho después, Clawson es asesinado. Parece haber un gran motivo, pero en realidad no es así. Matar a un posible chantajista cuando uno mismo ha revelado el secreto sería estúpido.

—Sí, pero siempre queda la venganza.

—Supongo que sí... hasta que uno conoce el resto de la historia. Lo que acaba de decirle Liz es la pura verdad. De todos modos, Stark ya estaba a punto de acabar en la basura. Tal vez habría escrito otro libro, pero solo uno. Una de las razones por las que Rick Cowley se mostró muy comprensivo, según la expresión de Liz, fue también porque él lo sabía; y acertó con lo de la publicidad extra. El artículo de *People*, por estúpido que fuera, ha conseguido maravillas con las ventas. Rick me ha dicho que *Camino de Babilonia* ha vuelto a entrar en las listas y que todas las demás novelas de Stark han aumentado el volumen de ventas. Dutton incluso está pensando en hacer una reimpresión de *Las súbitas bailarinas*

y *Niebla púrpura*. Desde esta perspectiva, Clawson me hizo un favor.

—Entonces, ¿adónde nos lleva todo esto? —preguntó Alan.

—Que me cuelguen si lo sé —replicó Thad.

En el silencio que siguió, Liz dijo en voz baja:

—Es un cazador de cocodrilos. Esta misma mañana estaba pensando en ellos.

Es un cazador de cocodrilos y está como un cencerro.

—¿Un cazador de cocodrilos? —Alan se volvió hacia ella.

Liz le explicó lo que Thad denominaba el síndrome de ver a los cocodrilos vivos.

—Podría haber sido un lector que estaba loco —insistió—. No resulta increíble, si se piensa en el tipo que mató a John Lennon y en ese otro que intentó matar a Ronald Reagan para impresionar a Jodie Foster. Existe gente de este tipo. Si Clawson llegó a descubrir a Thad, otra persona podría haber descubierto a Clawson.

—Pero ¿por qué un tipo así querría comprometerme, si tanto le entusiasma mi obra? —se extrañó Thad.

—¡Porque no le gusta! —replicó Liz con vehemencia—. El escritor que le gusta al cazador de cocodrilos es Stark. Probablemente te odia casi tanto como odiaba a Clawson. Tú dijiste que no lamentabas que Stark hubiera muerto. Esa podría ser razón suficiente para él.

—Sigo sin entenderlo —dijo Alan—. Las huellas dactilares...

—Usted ha dicho que nunca se han copiado o dejado huellas falsas pero, dado que estaban en ambos escenarios de los crímenes, tiene que haber un sistema. Es la única explicación.

—No, Liz, te equivocas —se descubrió diciendo Thad—. Si existe un tipo así, no solo adora a Stark.

Se observó los brazos y vio que tenía la piel de gallina.

—¿Ah, no? —exclamó Alan.

Thad alzó la vista hacia los dos.

—¿No se le ha ocurrido a nadie que el hombre que mató a Homer Gamache y a Frederick Clawson podría pensar que él mismo es George Stark?

4

—Estaré en contacto con usted, Thad —repitió Alan desde las escaleras del porche. En una mano llevaba las fotocopias de las dos cartas de Frederick Clawson, que había sacado en la máquina del despacho de Thad. El escritor pensó que el hecho de que el comisario aceptara las fotocopias (al menos de momento),

en lugar de insistir en llevarse los originales como prueba documental, era el indicio más claro de que había dejado de lado la mayor parte de sus sospechas.

—¿Cuando vuelva para arrestarme si encuentra el punto débil de mi coartada? —le preguntó Thad con una sonrisa.

—No creo que eso suceda. Lo único que le pido es que usted se mantenga también en contacto conmigo.

—Si surge algo, se refiere...

—Sí, a eso me refiero.

—Lamento que no hayamos podido colaborar más —se disculpó Liz.

—Me han ayudado mucho —respondió Alan con una sonrisa—. No sabía si quedarme un día más, lo cual significaría otra noche en una habitación de Ramada Inn, o volver a Castle Rock. Gracias a lo que me han contado, me he decidido por la carretera. Me marchó ahora mismo. Será estupendo volver porque, últimamente, mi esposa Annie está algo indispuesta.

—Nada serio, espero —dijo Liz.

—Migraña —se limitó a informar Alan. Echó a andar por el camino de la casa, pero se detuvo y dio media vuelta—. Solo una cosa más.

Thad volvió la mirada hacia Liz.

—Aquí viene —murmuró—. Igual que ese desastrado Colombo y su gabardina arrugada.

—No es nada de eso —dijo Alan—, pero la policía de Washington se está reservando un detalle de las pruebas encontradas en el caso Clawson. Es una práctica común, que ayuda a desenmascarar a los chiflados que se dedican a confesar crímenes que no han cometido. En la pared del apartamento de Clawson había una frase escrita. —El comisario hizo una pausa y luego añadió, casi disculpándose—: Estaba escrita con sangre de la víctima. Si les cuento de qué se trata, ¿me dan su palabra de que guardarán el secreto?

Los Beaumont asintieron.

—La frase decía: «Los gorriones vuelven a volar». ¿Significa algo para ustedes?

—No —dijo Liz.

—No —respondió Thad con voz neutra, tras un instante de vacilación.

Alan fijó la mirada en el rostro de Thad por unos instantes.

—¿Están seguros?

—Totalmente seguros.

Alan suspiró.

—Dudaba que lo tuviera, pero me pareció que merecía la pena probar. Hay tantas conexiones extrañas en este caso, que pensé que tal vez hubiera una más. Buenas noches. Thad, Liz, acuérdense de ponerse en contacto si ocurre algo.

—Lo haremos —aseguró Liz.

—Cuenta con ello —asintió Thad.

Un momento después, los dos estaban dentro otra vez. Al otro lado de la puerta quedaban Alan Pangborn y la oscuridad a través de la cual haría su largo viaje de regreso.

DIEZ

MÁS TARDE, ESA NOCHE

1

Llevaron arriba a los gemelos dormidos y empezaron los preparativos para acostarse. Thad se quedó en camiseta y calzoncillos —su pijama habitual— y entró en el baño. Estaba cepillándose los dientes cuando lo dominó un escalofrío. Dejó caer el cepillo, escupió una bocanada de espuma blanca en el lavabo y se lanzó hacia la taza del inodoro con las piernas tan insensibles como un par de zancos de madera.

Hizo un esfuerzo por devolver —un penoso sonido seco—, pero fue en vano. El estómago empezó a recobrar la tranquilidad, al menos lo intentó.

Cuando se volvió, Liz estaba en la puerta, luciendo un camisón azul de nailon que terminaba varios dedos por encima de las rodillas. La mujer le miraba con frialdad.

—Te estás guardando secretos, Thad. Y eso no es bueno. Nunca lo ha sido.

Thad exhaló un áspero suspiro y extendió las manos ante él con los dedos abiertos. Todavía le temblaban.

—¿Cuándo te has dado cuenta?

—Te he notado extraño desde que el comisario Pangborn ha vuelto a visitarnos esta noche. Cuando nos ha hecho aquella última pregunta, sobre esas palabras escritas en la pared del apartamento de Clawson... ha sido como si se te encendiera un rótulo de neón en la frente.

—Pangborn no ha visto ningún neón.

—El comisario no te conoce tanto como yo, pero si no lo has visto reaccionar ante tu respuesta, es que no lo estabas mirando. Incluso él se ha dado cuenta de que había algo turbio. Lo he advertido por su modo de mirarte.

Liz apretó ligeramente los labios y la mueca hizo más marcadas las antiguas

arrugas de su rostro, las que Thad había observado por primera vez después del accidente de Boston y el aborto; las mismas que se habían acentuado mientras Liz lo veía luchar cada vez con más esfuerzo por sacar agua de un pozo que parecía haberse secado.

Fue más o menos por aquella época cuando su tendencia a la bebida había empezado a escapar de su control. Todas aquellas circunstancias —el accidente de Liz, la interrupción del embarazo, el fracaso de crítica y económico de *Niebla púrpura* después del espectacular éxito de *Vida de Máquina* bajo el seudónimo de Stark, la súbita caída en la bebida— se habían confabulado para sumirlo en un estado de profunda depresión. Thad había reconocido que era un estado mental egoísta e introvertido, pero darse cuenta de ello no le había servido de nada. Finalmente, se había tragado un puñado de somníferos acompañado de media botella de Jack Daniel's. Había sido un intento de suicidio carente de entusiasmo, pero intento de suicidio al fin y al cabo. Todo aquello había sucedido en un período de tres años. Por aquel entonces, había parecido que duraba mucho más; el tiempo se había eternizado.

Naturalmente, poco o nada de todo aquello había aparecido en las páginas de la revista *People*.

Ahora, de nuevo, Thad encontraba a Liz mirándole como lo había mirado entonces. Aborreció aquella expresión. La preocupación era mala, pero la desconfianza era peor. Pensó que le habría resultado más fácil soportar el odio abierto que aquella mirada extrañada y preocupada.

—Me siento fatal cuando me mientes —se limitó a decir ella.

—¡No te he mentado, Liz, por el amor de Dios!

—A veces, callarse algo es una forma de mentir.

—Iba a explicártelo de todos modos —se justificó Thad—. Solo estaba tratando de encontrar la manera de exponerlo.

Pero ¿era cierto eso? ¿Lo era de verdad? Thad lo ignoraba. El asunto era pura basura, una basura extraña y desquiciada, pero esta no era la razón que le había llevado a mentir con el silencio. Había sentido el impulso de guardar el secreto, igual que lo siente el hombre que observa sangre en sus deposiciones o nota un bulto en la ingle. El silencio en tales casos es irracional; pero también lo es el miedo.

Había algo más: Thad era escritor, trabajaba con la imaginación. Nunca había conocido a nadie —incluido él mismo— que tuviera algo más que una vaguísima idea de las razones por las que hacía cualquier cosa. A veces pensaba que el impulso de escribir ficciones no era más que un bastión contra la confusión mental, tal vez incluso contra la locura. Era una desesperada imposición de orden por parte de gente capaz de encontrar este preciado material solo en sus mentes...

nunca en sus corazones.

Dentro de él, una voz susurró por primera vez: «¿Quién eres tú cuando escribes, Thad? ¿Quién eres entonces?».

Pero no encontró respuesta para aquella voz.

—¿Y bien? —inquirió Liz. Su tono de voz era incisivo, al borde de la cólera. Thad pareció despertar de sus propios pensamientos, sobresaltado.

—¿Perdón?

—¿Has encontrado ya la manera de contarme eso, sea lo que sea?

—Mira, Liz, no entiendo por qué estás tan enfadada.

—¡Porque estoy asustada! —exclamó ella con rabia. Pero Thad vio lágrimas en sus ojos—. ¡Porque le has ocultado algo al comisario y sigo preguntándome si también piensas ocultármelo a mí! Si no me hubiese dado cuenta de tu expresión...

—¿Eh? —Ahora, también Thad empezaba a sentirse irritado—. ¿Y qué expresión era esa? ¿Qué te pareció?

—Era un aire de culpabilidad —replicó ella—. Era la misma expresión que ponías tiempo atrás cuando le decías a alguien que habías dejado de beber y no era cierto. Cuando... —Al llegar allí se interrumpió. Thad no supo qué veía Liz en su rostro (no estaba seguro de querer saberlo) pero, fuera lo que fuese, borró de repente su cólera. Una expresión afligida ocupó su lugar—. Lo siento, eso no ha sido justo por mi parte.

—¿Por qué no? —dijo Thad débilmente—. Fue verdad, durante un tiempo.

Volvió al lavabo y utilizó el enjuague bucal para eliminar los últimos restos de pasta de dientes. Era como un elixir dental sin alcohol, como el jarabe para la tos. Como el sucedáneo de vainilla de la alacena de la cocina. Thad no había probado una copa desde que terminara la última novela de Stark.

Liz le tocó ligeramente el hombro con la mano.

—Thad, enfadarnos nos perjudica a los dos y no sirve para solucionar el problema. Tú mismo has dicho que ahí fuera podría haber un hombre, un psicópata, que se cree George Stark. Ya ha matado a dos personas que conocemos, que conocíamos. Una de ellas fue en parte responsable de que el seudónimo Stark saliera a la luz. Se le habrá ocurrido que podrías ser el primero en la lista de enemigos de ese hombre pero, aun así, le has ocultado algo al comisario. ¿Cómo era esa frase?

—«Los gorriones vuelven a volar» —dijo Thad mientras se contemplaba en el espejo del baño bajo la áspera luz blanca de los fluorescentes. Era el mismo rostro de siempre. Con unas tenues ojeras bajo los párpados, tal vez, pero seguía siendo el mismo rostro de siempre. Se alegró. No era la cara de un actor de cine, pero era la suya.

—Sí. Esas palabras tenían sentido para ti. ¿Cuál es?

Thad apagó la luz del cuarto de baño y le pasó el brazo por los hombros. Dieron unos pasos hasta la cama y se sentaron en ella.

—Cuando tenía once años —explicó entonces a Liz—, sufrí una operación para extirparme un pequeño tumor en el lóbulo frontal (sí, creo que fue en el lóbulo frontal) del cerebro. Pero todo esto ya lo sabías.

—¿De veras? —Liz lo miró, desconcertada.

—Te conté que había sufrido terribles dolores de cabeza antes de que me diagnosticaran el tumor, ¿lo recuerdas?

—Sí.

Thad empezó a acariciarle el muslo con gesto ausente. Liz tenía unas piernas largas y preciosas, y el camisón era corto de verdad.

—¿Te hablé también de los ruidos?

—¿Los ruidos? —repitió Liz, de nuevo desconcertada.

—Ya me parecía que no... Verás, todo esto sucedió hace tanto tiempo que nunca pensé que tuviera la menor importancia. Las personas que tienen tumores cerebrales suelen padecer dolores de cabeza o sufrir ataques, o ambas cosas a la vez. Con mucha frecuencia, estos síntomas tienen sus propios síntomas. Se los conoce como «precursores sensoriales». Los más comunes son de tipo olfativo: el olor a raspaduras de lápiz, a cebollas recién cortadas, a fruta podrida. Mi precursor sensorial era de tipo auditivo: eran voces de pájaros.

Miró a su mujer fijamente. Las puntas de las narices casi se tocaban. Notó que un mechón del cabello de Liz le hacía cosquillas en la frente.

—De gorrones, para ser exacto. —Se echó hacia atrás y apartó los ojos, para evitar ver la repentina expresión de sobresalto de Liz. La tomó de la mano y añadió—: Vamos.

—Thad... ¿adónde?

—Al estudio —dijo él—. Quiero enseñarte una cosa.

2

Un enorme escritorio de roble dominaba el despacho de Thad. No era un mueble de estilo antiguo ni moderno. Solo era un pedazo de madera extremadamente grande y sólido, una especie de dinosaurio bajo tres globos de cristal colgados del techo, cuya luz combinada caía sobre la superficie de trabajo casi con furia. Manuscritos, pilas de correspondencia, libros y galeradas de prueba que le habían enviado ocupaban prácticamente toda la mesa, dejando muy poca madera a la vista. En la pared blanca, tras el escritorio, había un cartel que mostraba la obra

arquitectónica favorita de Thad en el mundo entero: el edificio Flatiron de Nueva York. Su inverosímil forma de cuña nunca dejaba de asombrarle.

Al lado de la máquina de escribir se hallaba el manuscrito de su nueva novela, *El perro dorado*. Encima de la máquina reposaba la producción de aquel día. Seis páginas. Era la cantidad habitual, cuando trabajaba con su nombre. Bajo la firma de Stark, solía hacer ocho, a veces diez.

—Esto es lo que estaba repasando antes de que se presentara Pangborn —dijo a Liz, levantando el delgado montón de hojas de encima de la máquina y entregándoselo—. Entonces me sobrevino el ruido... el sonido de los gorrones. Era la segunda vez que me sucedía hoy, solo que en esta ocasión lo percibí con mayor intensidad. ¿Ves lo que hay escrito en el folio de encima?

Liz lo contempló por un largo espacio de tiempo, durante el cual Thad solo pudo verle el cabello y la parte superior de la cabeza. Cuando volvió a alzar los ojos hacia él, Liz estaba lívida y tenía los labios apretados, formando una fina línea gris.

—Es lo mismo —susurró—. Es exactamente lo mismo. ¿Oh, Thad, qué es esto? ¿Qué...?

Se tambaleó y Thad dio un paso hacia ella, temiendo por un momento que fuera a desmayarse. La asió por los hombros, pero tropezó con la pata de la silla que presidía el escritorio y los dos estuvieron a punto de caer juntos sobre este.

—¿Estás bien?

—No —respondió ella con un hilo de voz—. ¿Y tú?

—No exactamente —dijo Thad—. Lo siento. Sigo tan torpe como siempre. Como un caballero con su reluciente armadura, cualquier escalón me parece una montaña.

—Dices que escribiste esto antes de que Pangborn se presentara... —murmuró Liz. Daba la impresión de que le resultara imposible entenderlo—. Antes...

—Exacto.

—¿Y qué significa? —Liz lo miraba con frenética atención. Pese a la intensidad de la luz, tenía las pupilas grandes y oscuras.

—No lo sé —respondió Thad—. Pensaba que tal vez tú tuvieras alguna pista.

Ella movió la cabeza en gesto de negativa y dejó los folios sobre el escritorio. Después se frotó la mano en la breve falda de nailon del camisón, como si hubiera tocado algo desagradable. Thad pensó que no debía de ser consciente de lo que estaba haciendo y no dijo nada.

—¿Entiendes ahora por qué se lo he ocultado a Pangborn?

—Sí... creo que sí.

—¿Qué habría pensado nuestro buen comisario, un tipo práctico del condado

más remoto de Maine, que confía en los resultados de los ordenadores del SIFA y en las declaraciones de los testigos presenciales? Nuestro buen comisario, dispuesto a sospechar que yo estaba ocultando a un hermano gemelo antes que aceptar la posibilidad de que alguien hubiera descubierto algún método para duplicar las huellas digitales... ¿Qué habría pensado de esto?

—Yo... no lo sé. —Liz estaba esforzándose por recobrar el dominio de sí misma, por salir de la onda de choque. Thad la había visto hacerlo en otras ocasiones, pero no por ello sintió menos admiración—. No sé qué habría pensado, Thad.

—Yo tampoco. Supongo que, en el peor de los casos, habría considerado que yo tenía un conocimiento previo del crimen. Pero lo más probable es que creyera que he subido y he escrito eso después de que se marchara.

—¿Por qué harías tú una cosa así? ¿Por qué?

—Supongo que, de entrada, lo atribuiría a un acto de locura —respondió Thad con sequedad—. Creo que un policía como Pangborn se inclinaría mucho más por la teoría de la locura que por aceptar un suceso que no parece tener explicación fuera del terreno de lo paranormal. Pero si piensas que hago mal (y tal vez así sea) en ocultar este asunto hasta que tenga ocasión de sacar algo en claro de él, dímelo. Podemos llamar a la comisaría de Castle Rock y dejarle un mensaje.

—No sé... —dijo Liz moviendo la cabeza—. A veces he oído hablar... en algún programa de entrevistas, supongo, de vínculos psíquicos...

—¿Crees en ellos?

—Nunca he tenido motivos para tomar el tema en consideración —explicó Liz—. Ahora, supongo que sí. —Alargó la mano y levantó el folio donde aparecía garabateada la frase—. La has escrito con uno de los lápices de George —comentó.

—Era lo que tenía más a mano, eso es todo —replicó Thad irritado. Pensó por un instante en el bolígrafo Scripto y lo apartó rápidamente de su cabeza—. Además, no son los lápices de George, ni nunca lo han sido. Son míos. Ya me estoy cansando de referirme a él como si fuera otra persona. El asunto ya ha perdido la poca gracia que podía tener.

—Sin embargo, hoy has empleado también una de sus frases: «facilitar una coartada». Nunca te había oído utilizarla, fuera de los libros. ¿Es una mera coincidencia?

Thad se dispuso a responderle que lo era, por supuesto, pero se contuvo. Era probable que lo fuera pero, a la vista de lo que había escrito en aquella hoja de papel, ¿cómo podía estar seguro?

—No lo sé —contestó, pues.

—¿Estabas en trance, Thad? ¿Estabas en trance cuando escribiste esto?

Lentamente, a regañadientes, Thad respondió:

—Sí. Creo que sí.

—¿Fue eso todo lo que sucedió, o hubo algo más?

—No lo recuerdo —dijo Thad, y añadió contrariado—: Me parece que dije algo, pero no logro recordarlo con claridad.

Liz le miró largamente y murmuró:

—Vamos a acostarnos.

—¿Crees que podremos dormir, Liz?

Ella soltó una risa de desesperanza.

3

Sin embargo, veinte minutos más tarde, Thad ya estaba sumiéndose en el sueño cuando la voz de Liz lo desveló de nuevo.

—Tienes que ir al médico —oyó que le decía—. El lunes.

—Esta vez no hay dolores de cabeza —protestó él—. Solo el ruido de los pájaros y esa extraña frase que he escrito. —Hizo una pausa y añadió con voz esperanzada—: ¿No crees que ha podido ser una coincidencia?

—No sé qué será, Thad, pero debo advertirte que en mi lista de explicaciones, la posibilidad de una coincidencia cuenta con muy pocos puntos.

Por alguna razón, este comentario les pareció gracioso a los dos y se tumbaron en la cama, riéndose lo más bajo que pudieron para no despertar a los niños, y se abrazaron. En cualquier caso, las cosas entre ellos volvían a estar en su sitio; en aquel preciso instante, no había muchas cosas de las que Thad pudiera sentirse seguro, pero esta era una de ellas. Todo iba bien. La tormenta había pasado. Los viejos huesos doloridos habían quedado enterrados de nuevo, al menos por el momento.

—Me encargaré de llamar y pedir hora —dijo Liz cuando las risitas se lo permitieron.

—No —replicó Thad—. Lo haré yo.

—¿Y no caerás en alguno de tus olvidos creativos?

—No. Será lo primero que haré el lunes por la mañana. Te lo prometo.

—Está bien —suspiró Liz—. Será un milagro si pego ojo esta noche.

Sin embargo, cinco minutos más tarde, su respiración ya era reposada y regular; y cinco minutos después, también Thad se dormía.

Volvió a soñar lo mismo.

Era lo mismo (o eso parecía, en cualquier caso) hasta el final: Stark lo conducía por la casa desierta, permaneciendo siempre detrás de él y diciéndole que se equivocaba cuando Thad insistía con voz temblorosa y perturbada en que aquel lugar era su casa. «Estás totalmente equivocado», le decía Stark desde detrás de su hombro derecho (¿o era el izquierdo? ¿Y tenía aquel detalle alguna importancia?). El propietario de la casa, le repitió a Thad, estaba muerto. El propietario de la casa estaba ya en ese mítico lugar donde iban a parar todos los tendidos de ferrocarril, ese lugar que todo el mundo por allí abajo (dondequiera que fuese aquel «allí») llamaba Terminal.

Todo en el sueño sucedía igual hasta que llegaban al salón de atrás, donde Liz ya no estaba sola. Frederick Clawson la acompañaba. Estaba desnudo, salvo por un absurdo abrigo de cuero, y estaba tan muerto como Liz.

Por encima de su hombro, Stark le decía con aire pensativo: «Esto es lo que les pasa a los soplones aquí abajo. Ahora, ya le he ajustado las cuentas a este. Voy a ajustárselas a todos, uno por uno. Asegúrate bien de que no tenga que ajustártelas a ti. Los gorriones vuelan de nuevo, Thad, recuérdalo. Los gorriones están volando».

En ese momento, fuera de la casa, Thad los oyó: no unos cuantos miles, sino millones, quizá billones, y el día se convirtió en oscuridad mientras la gigantesca bandada de pájaros empezaba a cruzar el sol y, luego, a ocultarlo por completo.

«¡No veo!», gritó. Y, detrás de él, George Stark susurró: «Están volando de nuevo, muchacho. No lo olvides. Y no te cruces en mi camino».

Thad despertó temblando y aterido de frío. Esta vez tardó mucho en volver a dormirse. Permaneció acostado en la habitación en penumbra, pensando en lo absurdo de la idea que el sueño le había sugerido. Tal vez también lo había hecho la primera vez, pero en esta ocasión la reminiscencia había sido mucho más clara, y totalmente absurda. El hecho de que él siempre hubiera imaginado muy parecidos a Stark y a Alexis Máquina (por qué no, si en realidad los dos habían nacido a la vez con *Vida de Máquina*), los dos altos y corpulentos, hombres con aspecto de no haber crecido, sino de haber sido tallados de algún modo en un bloque sólido de materia, y los dos rubios... ese hecho no desmentía lo absurdo de la idea. Los seudónimos no cobran vida y asesinan a la gente. Se lo diría así a Liz por la mañana, en el desayuno, y los dos se reirían de ello. Bueno, tal vez no llegarían a reírse de verdad, dadas las circunstancias, pero al menos compartirían

una sonrisa apesadumbrada.

«Lo llamaré mi complejo de William Wilson», se dijo, abandonándose de nuevo al sueño. Sin embargo, cuando llegó la mañana, le pareció que no merecía la pena mencionar el sueño; no era preciso añadirlo a lo que ya estaba pasando. Así pues, no habló del asunto pero, en el transcurso del día, descubrió que su mente volvía a ello una y otra vez, dándole vueltas como a una joya oscura.

ONCE

TERMINAL

1

El lunes por la mañana a primera hora, antes de que Liz tuviera ocasión de recordárselo, Thad concertó una cita con el doctor Hume. La extirpación del tumor en 1960 formaba parte de su historial clínico. Thad contó a Hume que recientemente había sufrido dos episodios de los mismos ruidos de pájaros que habían precedido a los dolores de cabeza durante los meses anteriores al diagnóstico del tumor y la intervención. El doctor Hume quiso saber si se le habían repetido los dolores de cabeza. Thad le respondió que no.

No le dijo nada, en cambio, del estado de trance, de lo que había escrito mientras se hallaba ausente, ni de lo que habían encontrado en la pared del apartamento de la víctima de un asesinato en Washington. Todo esto parecía ya tan lejano como el sueño de la noche anterior. De hecho, se descubrió a sí mismo tratando de quitar importancia a todo el asunto.

El doctor Hume, en cambio, se lo tomó en serio. Muy en serio. Ordenó a Thad que acudiera al centro médico Eastern Maine esa misma tarde, para realizarle una serie de radiografías craneales y una tomografía axial computerizada, una sesión de escáner.

Thad acudió al centro médico, posó para las placas e introdujo luego la cabeza en una máquina parecida a una secadora de ropa industrial. La máquina crujió y dio vueltas durante quince minutos; luego, Thad fue liberado de su cautiverio, al menos por el momento. Llamó por teléfono a Liz, le dijo que tendrían los resultados para el fin de semana y añadió que pensaba ir un rato a su despacho de la universidad.

—¿Has reflexionado sobre si debemos llamar al comisario Pangborn? —quiso saber Liz.

—Esperemos a los resultados de las pruebas —respondió él—. Cuando sepamos lo que hay, quizá podamos tomar una decisión.

2

Estaba en el despacho, eliminando las cosas inútiles acumuladas en el escritorio y las estanterías a lo largo de un semestre, cuando los pájaros empezaron a piar de nuevo en su cabeza. Primero fueron unos trinos aislados, a los que se unieron otros más hasta convertirse rápidamente en un coro ensordecedor.

Un cielo vacío, vio un cielo blanco interrumpido por las siluetas de unas casas y unos postes de teléfono. Por todas partes había gorriones. Cubrían todos los tejados, todos los postes, esperando únicamente la orden de la mente colectiva. Luego estallaban hacia el cielo con un sonido como el de miles de hojas agitándose bajo una brisa intensa.

Thad avanzó tambaleándose a ciegas hacia el escritorio, buscó la silla a tientas, la encontró y se derrumbó en ella.

Gorriones.

Gorriones y el cielo vacío de finales de primavera.

El sonido llenó su cabeza con una enmarañada cacofonía y, cuando su mano cogió una hoja de papel y se puso a garabatear en ella, no fue consciente de lo que estaba haciendo. Tenía la cabeza echada hacia atrás y contemplaba el techo sin verlo. El bolígrafo iba y venía, arriba y abajo, como si escribiera por su propia voluntad.

En la cabeza de Thad, todos los pájaros remontaron el vuelo en una nube oscura que cubrió el cielo vacío de marzo en el barrio de Ridgeway, en Bergenfield, New Jersey.

3

Volvió en sí apenas cinco minutos después de que empezaran a sonar en su mente los primeros trinos aislados. Sudaba profusamente y le dolía la muñeca izquierda, pero no notó el menor dolor de cabeza. Bajó los ojos, vio el papel del escritorio —era el reverso de una hoja de pedido de libros de texto gratuitos de literatura americana— y contempló con expresión estupefacta lo que había escrito allí.

NENA GATOS AHORA VUELAN DE NUEVO
 NENA LOCOS NENITA
 TELÉFONO MIR PARA SIEMPRE
 NENA TERMINAL NENA
 LOS GATOS TELÉFONO NENITA
 LOS CORTES GATOS NENA AQUÍ
 GORRIONES NAVAJA NENA ABAJO
 Y PARA SIEMPRE MIR NAVAJA NENA
 Y PARA SIEMPRE NENITA
 AHORA Y SIEMPRE MIRIAM GATOS

—No tiene pies ni cabeza —musitó mientras se frotaba las sienes con las yemas de los dedos, esperando que se iniciara el dolor de cabeza o que las palabras garabateadas en el papel se ordenasen y cobrasen algún sentido.

No quería que sucediera ninguna de las dos cosas y ninguna de ellas se produjo. Las palabras solo son palabras, se repitió una y otra vez. Algunas habían salido, evidentemente, de aquel sueño acerca de Stark; las demás no eran más que un trabalenguas inconexo.

La cabeza seguía perfectamente.

«Esta vez no le voy a decir nada a Liz —pensó—. Que me cuelguen si lo hago. Y no solo porque esté asustado, aunque es cierto que lo estoy. La cuestión es muy simple: no todos los secretos son malos. Algunos son convenientes. Algunos son necesarios. Y este es ambas cosas».

Ignoraba si esto era realmente cierto, pero se percató de algo que le resultó tremendamente liberador: no le importaba. Estaba harto de dar vueltas a lo mismo sin sacar nada en claro. También estaba cansado de sentirse asustado como quien, jugando, ha entrado en una cueva y de pronto empieza a sospechar que se ha perdido.

«Deja de pensar en ello, pues. Esa es la solución».

Sospechó que, en efecto, lo era. No sabía si lograría hacerlo o no, pero se propuso intentarlo con todas sus fuerzas. Muy lentamente, alargó los brazos, cogió el papel con las dos manos y empezó a rasgarlo en tiras. La sopa de palabras garabateadas en él empezó a desaparecer. Apiló las tiras, las tomó a lo ancho y volvió a romperlas. Luego, arrojó los pedazos a la papelera, donde se posaron como confeti sobre el resto de papeles inútiles que había depositado en

ella. Permaneció sentado mirando los trozos durante un par de minutos, casi esperando que salieran de allí, volvieran a pegarse y regresaran al escritorio, como las imágenes de una película pasada marcha atrás.

Por último, cogió la papelera y la llevó por el pasillo hasta un panel de acero inoxidable situado en la pared junto a los ascensores. Debajo del panel, un rótulo indicaba: «INCINERADOR».

Abrió la tapa de metal y arrojó la basura por el negro conducto.

—Ya está —dijo en el extraño silencio del edificio de literatura y matemáticas—. Se acabó todo.

«Aquí abajo llamamos a eso cosa de locos».

—Aquí arriba lo llamamos disparates —murmuró, y desanduvo el camino hasta el despacho con la papelera en la mano.

Ya estaba. Todo había caído por el conducto hasta el olvido. No tenía intención de explicar nada más, nada en absoluto, hasta que recibiera los resultados de las pruebas del hospital... o hasta que sufriera otro desmayo, trance, amnesia temporal o lo que diablos fuera. Era más que probable que las palabras escritas en aquel papel fueran producto de su propia mente, al igual que el sueño de Stark y la casa vacía, y que no tuvieran nada que ver con el asesinato de Homer Gamache ni con el de Frederick Clawson.

«Aquí abajo, en Terminal, donde acaban todas las vías».

—No significa nada en absoluto —proclamó Thad con una voz sorda y enérgica. Pero, aquel día, dejar la universidad fue casi una huida.

DOCE

NENA

Miriam Cowley se dio cuenta de que algo andaba mal cuando fue a introducir la llave en la cerradura de la puerta del apartamento y, en lugar de insertarse en la ranura con su familiar y reconfortante serie de clics, la puerta cedió al tocarla. Ni por un instante pensó «qué estúpida has sido, irte al trabajo dejando abierta la puerta del apartamento, desde luego, Miriam, ¿por qué no has colgado además una nota en la puerta diciendo HOLA, CACOS, GUARDO MÁS DINERO EN LA ENSALADERA DEL ESTANTE DE ARRIBA DE LA COCINA?».

No pensó tal cosa ni por un instante porque, cuando una llevaba en Nueva York seis meses, cuatro incluso, jamás se olvidaba de cerrar. Es posible que la gente solo cierre con llave la casa cuando se marcha de vacaciones, si vive en el campo, y tal vez se puede una olvidar alguna vez de echar la llave al marcharse al trabajo, si vive en una ciudad pequeña como Fargo, Dakota del Norte o Ames, Iowa, pero cuando se lleva un tiempo en la podrida Gran Manzana, la gente se asegura de cerrar bien, aunque solo salga a pedir un poco de azúcar a un vecino del rellano. Olvidarse de echar la llave sería como exhalar el aliento y no acordarse de inspirar otra vez. La ciudad estaba llena de museos y galerías de arte, pero también estaba plagada de adictos y psicópatas, y nadie corría riesgos. No, a menos que fuera idiota de nacimiento, y Miriam no tenía nada de idiota. Era un poco tonta, tal vez, pero no idiota.

De modo que se dio cuenta de que algo andaba mal y, aunque los ladrones que Miriam daba por supuesto que habían irrumpido en el apartamento se habrían largado probablemente hacía tres o cuatro horas, llevándose todo lo que tenía la más remota posibilidad de empeñarse (por no hablar de los ochenta o noventa dólares de la ensaladera, y tal vez la ensaladera misma, ahora que lo pensaba; al fin y al cabo, ¿no era acaso una ensaladera empeñable?), cabía la posibilidad de que aún estuvieran allí. En cualquier caso, era lo que debía una suponer, igual que

al muchacho que va a recibir su primera arma de verdad se le enseña, antes que nada, a suponer que el arma está siempre cargada, que incluso cuando uno la saca de la caja en la que viene de fábrica, el arma está cargada.

Miriam empezó a retirarse de la puerta. Lo hizo casi al instante, antes incluso de que la puerta hubiera terminado su breve movimiento hacia el interior, pero fue demasiado tarde. Una mano surgió de la oscuridad, disparada como una bala por el resquicio de apenas tres dedos entre el dintel y la puerta. La mano se cerró sobre la de Miriam y las llaves cayeron sobre la moqueta del pasillo.

Miriam Cowley abrió la boca para gritar. El hombre, rubio y fuerte, había estado esperando justo detrás de la puerta, aguardando pacientemente desde hacía cuatro horas, sin beber un café, sin fumar un cigarrillo. Le apetecía el cigarrillo y se fumaría uno en cuanto terminara con aquello pero, de haberlo hecho antes, el olor podría haberla alertado: los neoyorquinos eran como pequeños animalillos que pululaban entre matorrales urbanos, con los sentidos pendientes del peligro, incluso cuando pensaban que se lo estaban pasando en grande.

El hombre agarró la muñeca derecha de Miriam con su mano derecha sin darle tiempo a reaccionar. Puso luego la palma de la mano zurda en la puerta, sujetándola, y tiró de la mujer con todas sus fuerzas. La puerta parecía de madera pero era de metal, naturalmente, como la de cualquier apartamento un poco decente de la podrida Gran Manzana. La cara de la mujer fue a chocar contra el canto de la puerta con un ruido sordo. Dos o tres dientes se le rompieron a la altura de la encía y le hicieron un corte en la boca. Los labios, que se habían puesto tensos, se relajaron con el dolor y la sangre rebosó del interior. Unas gotas salpicaron la puerta. El pómulos se quebró como una rama.

Semiinconsciente, las piernas le fallaron. El hombre rubio la soltó y Miriam cayó sobre la moqueta. Aquello tenía que ser muy rápido. Según la leyenda neoyorquina, a nadie en la podrida Gran Manzana le importaba un pimiento lo que sucediera, mientras no le sucediera a él mismo. Según la leyenda, un psicópata podía asestar veinte o treinta cuchilladas a una mujer delante de una barbería de veinte sillas de la Séptima Avenida en pleno mediodía, y nadie haría el menor comentario, salvo quizá: «¿podría cortarme un poco más encima de las orejas?», o: «me parece que esta vez dejaremos la colonia, Joe». El hombre rubio sabía que la leyenda era falsa. Entre los animales pequeños, presas de los cazadores, la curiosidad forma parte del instinto de supervivencia. Sí, lo fundamental del juego era proteger la propia piel, pero un animal descuidado tenía muchas probabilidades de convertirse pronto en un animal muerto. Por lo tanto, la rapidez era esencial.

Abrió la puerta, agarró a Miriam por el cabello y la arrastró al interior.

Apenas un instante después, escuchó el chasquido de un pestillo en el rellano,

seguido del ruido de una puerta al abrirse. No tuvo que asomarse para ver la cara que estaría asomando en otro de los apartamentos, una cara de conejillo lampiño, casi crispando espasmódicamente la nariz.

—No lo habrás roto, ¿verdad, Miriam? —preguntó en voz alta. Luego pasó a otro registro más agudo, no del todo un falsete, ahuecó las manos a unos centímetros de la boca para crear un efecto amortiguador del sonido y pasó a ser la mujer—: Creo que no. ¿Me ayudas a recogerlo? —Apartó las manos y recuperó el tono de voz normal—. Claro. Un momento.

Cerró la puerta y echó una ojeada por la mirilla. Era una lente de ojo de pez que proporcionaba una visión distorsionada de una gran parte del pasillo, y por ella vio exactamente lo que esperaba ver: una cara blanca asomando en el umbral de una puerta al otro lado del corredor, como un conejo que sacara la cabeza de su madriguera.

La cara se retiró.

La puerta se cerró.

No se cerró de golpe; simplemente se cerró. A la tonta de Miriam se le había caído algo y el hombre que la acompañaba —tal vez un novio, tal vez su ex— le ayudaba a recogerlo. Nada de que preocuparse. Cosas de conejitos y conejitas, por así decirlo.

Miriam empezaba a volver en sí y lanzó un gemido.

El hombre rubio se llevó la mano al bolsillo, sacó una cuchilla de afeitar y la abrió con un golpe de muñeca. La hoja brilló bajo el débil resplandor de la única luz que había dejado encendida, una lámpara de mesa del salón.

La mujer abrió los ojos. Los dirigió hacia el hombre y vio su rostro del revés mientras él se inclinaba sobre ella. Miriam tenía la boca manchada de rojo, como si hubiera comido fresas.

El hombre le mostró la navaja barbera. Los ojos de la mujer, hasta aquel momento apagados y aturridos, se despejaron de pronto y se abrieron como platos. Su boca, manchada de rojo, se abrió para lanzar un grito.

—Haz el menor ruido y te rajo, nena —susurró el hombre, y ella cerró la boca.

El intruso volvió a agarrarla por el pelo y la arrastró hasta el salón. La falda de Miriam se deslizó con un susurro sobre el suelo de madera encerada. Su rabadilla tropezó con una alfombra pequeña, que se arrugó debajo de ella, y Miriam soltó un gemido de dolor.

—No vuelvas a hacer eso —masculló el hombre—. Ya te lo he advertido.

Entraron en el salón, pequeño pero agradable. Coqueto. Grabados de impresionistas franceses en las paredes. Un cartel enmarcado que anunciaba: «Gatos: AHORA Y SIEMPRE». Flores secas. Un pequeño sofá de módulos, tapizado con una tela rugosa de color trigueño. Una librería, donde el intruso identificó los

dos libros de Beaumont en un estante y los cuatro de Stark en otro. Los de Beaumont estaban en el estante superior, lo cual era un error, pero el hombre tenía que suponer que aquella zorra no daba más de sí. Le soltó el cabello.

—Siéntate en el sofá, nena. En ese extremo. —Señaló el rincón del sofá más próximo a la mesilla auxiliar donde estaban el teléfono y el contestador automático.

—Por favor —susurró ella, sin hacer ningún ademán de incorporarse. La boca y la mejilla estaban empezando a hinchársele y las palabras surgieron deformadas de sus labios: *Poo jahor*—. Llévase lo que sea. El dinero está en la cocina. —*Eh inero ejtá en a ocina*.

—Siéntate en el sofá. En ese extremo.

Esta vez, el hombre levantó la navaja hacia el rostro de Miriam con una mano mientras le señalaba el sofá con la otra.

Miriam ganó el sofá a duras penas y se apretó contra los cojines todo lo posible, con sus ojos oscuros muy abiertos. Se llevó una mano a la boca y, por un instante, contempló con incredulidad la sangre que le manchaba los dedos; luego, su mirada volvió al intruso.

—¿Qué quiere de mí? —*¿Eh iere e mí?* Era como si hablara con la boca llena.

—Quiero que hagas una llamada por teléfono, nenita. Eso es todo.

Levantó el teléfono y utilizó la mano en la que sostenía la navaja para pulsar el botón de llamada del contestador automático. Después le acercó el auricular a Miriam. Era uno de esos aparatos antiguos que se cuelgan en una horquilla y que parecen unas pesas de halterofilia ligeramente derretidas, mucho más sólidos y pesados que el auricular de un modelo góndola. El hombre lo advirtió y notó, por la ligera tensión del cuerpo de Miriam al entregarle el auricular, que ella también se había dado cuenta. Un asomo de sonrisa apareció en los labios del hombre rubio. No apareció en ningún sitio más; solo en sus labios. Y no había la menor sombra de alegría en esa sonrisa.

—Estás pensando que podrías abrirme la cabeza con eso, ¿verdad, nena? Deja que te diga una cosa: no es una idea muy brillante. Y sabes lo que le sucede a la gente que se queda sin ideas brillantes, ¿verdad? —Al ver que ella no respondía, añadió—: Se caen del cielo. Es cierto. Lo vi una vez en unos dibujos animados. Por lo tanto, deja el auricular sobre las piernas y concéntrate en recuperar tus ideas brillantes.

Miriam lo miró, toda ojos. La sangre se le deslizaba lentamente por la barbilla. Una gota cayó y fue a parar al corpiño de su vestido. «Esa mancha no desaparecerá nunca, nena —pensó el hombre—. Dicen que se puede eliminar si se pone enseguida en agua fría, pero no es cierto. Ellos tienen máquinas. Espectroscopios. Cromatógrafos de gases. Ultravioletas. Lady Macbeth tenía

razón».

—Si te vuelven esos malos pensamientos, lo veré en tus ojos, nena. Son unos ojos muy grandes y oscuros. No querrás verte con uno de esos ojos grandes y oscuros colgándote de la mejilla, ¿verdad?

Miriam sacudió la cabeza con tal fuerza y rapidez que el cabello se le arremolinó en torno al rostro. Mientras la cabeza iba de un lado a otro, aquellos hermosos ojos oscuros no dejaron de observar ni por un instante a aquel hombre rubio. Él notó un cosquilleo en la entrepierna. ¿Lleva usted una regla plegable en el bolsillo, señor, o es solo que se alegra de verme?

Esta vez, la sonrisa apareció en sus ojos, además de en los labios, y pensó que la mujer se había relajado un ápice.

—Quiero que te incorpores y marques el número de Thad Beaumont.

Miriam se limitó a dirigirle una mirada luminosa y radiante de sorpresa.

—Thad Beaumont —insistió—. El escritor. Hazlo, nena. El tiempo pasa volando como los pies alados de Mercurio.

—La agenda —dijo ella. La boca se le había hinchado tanto que apenas podía cerrarla y cada vez resultaba más difícil entenderla. Sus palabras sonaron algo así como *ahen-a*.

—¿A *ahen-ha*? —repitió él—. ¿Qué es eso? No tengo ni idea de a qué te refieres. Explícate mejor, nenita.

Sentía dolor pero se esforzó en articular con cuidado:

—La agenda. Agenda. La libreta de direcciones. No recuerdo el número.

La navaja barbera cortó el aire hacia ella y pareció emitir un sonido parecido a un susurro humano. Probablemente solo fue el producto de la imaginación, pero los dos lo oyeron, de todos modos. Miriam se agazapó todavía más en los cojines de color trigueño e hizo una mueca con los hinchados labios. El intruso movió la navaja hasta que la hoja reflejó la luz mortecina de la lámpara de mesa. La inclinó, haciendo que la luz corriera por la hoja como si fuera agua, y luego miró a su víctima como diciendo que los dos estaban locos si aquel hermoso objeto no despertaba su admiración.

—No me jodas, nena. —Ahora, en sus palabras se advertía un leve acento sureño—. Eso es algo que no se debe hacer nunca, y menos cuando estás tratando con un tipo como yo. Vamos, marca ya ese maldito número.

Tal vez la mujer no recordara de memoria el número de Beaumont, pues no tenía muchos asuntos que tratar con él, pero sin duda sabría el de Stark. En el mundo del libro, Stark era el cliente más importante de la agencia y daba la casualidad de que el número de teléfono era el mismo para los dos.

—No lo recuerdo —gimió Miriam, con las lágrimas corriéndole por el rostro. *No ho ecueddo*.

El hombre rubio se dispuso a rajarla —no porque estuviera enfadado con ella sino porque, cuando se permitía que una mujer como aquella colara una primera mentira, esta siempre llevaba a otra—, pero se lo pensó mejor. Al fin y al cabo, se dijo, era perfectamente posible que la mujer hubiera perdido temporalmente el control sobre cosas tan triviales como un número de teléfono, aunque fuera el de unos clientes importantes como Beaumont/Stark. Estaba en un estado de conmoción y posiblemente, si le hubiera pedido que marcara el número de su propia agencia, tampoco habría sabido hacerlo.

Pero como a quien había que llamar era a Thad Beaumont, y no a Rick Cowley, el hombre decidió ayudarla.

—Está bien —dijo—. Está bien, nena. Estás trastornada y lo entiendo. No sé si me creerás, pero incluso me caes bien. Estás de suerte, porque da la casualidad de que yo sí conozco el número. Lo conozco mejor que el mío, podría decirse. ¿Y sabes otra cosa? Ni siquiera voy a hacer que lo marques, en parte porque no quiero quedarme aquí hasta que el infierno se apague esperando a que seas capaz de hacerlo, pero también porque realmente me caes bien. Voy a agacharme a marcarlo yo mismo. ¿Sabes qué significa eso?

Miriam Cowley movió la cabeza en un gesto de negativa. Sus ojos oscuros parecían haberse comido la mayor parte del rostro.

—Significa que voy a confiar en ti. Pero solo un poco; solo un poco y nada más, muñeca. ¿Me oyes bien? ¿Lo has entendido?

Miriam asintió frenéticamente, agitando el cabello. Ah, cuánto le gustaban las mujeres con una buena cabellera.

—Bien, muy bien. Mientras marco el número, nena, será mejor que mantengas los ojos en esta cuchilla. Te ayudará a mantener las ideas claras.

El hombre se inclinó hacia delante y empezó a marcar los números en el anticuado dial giratorio. Mientras lo hacía, surgieron unos chasquidos amplificados del contestador automático. Sonaban como la rueda de la fortuna de una feria a punto de detenerse. Miriam Cowley continuó sentada con el auricular en el regazo, mirando alternativamente la navaja y las facciones toscas y angulosas de aquel horrible intruso.

—Habla con él —indicó el hombre rubio—. Si contesta la mujer, dile que eres Miriam, desde Nueva York, y que quieres hablar con su marido. Sé que tienes la boca hinchada, pero date a conocer a quien responda. Hazlo por mí, nena. Si no quieres terminar con la cara como un retrato de Picasso, hazlo todo por mí tal como te digo.

—¿Qué... qué digo?

El hombre sonrió. La muchacha no estaba nada mal. Resultaba muy apetecible. Con toda aquella cabellera... Notó un nuevo cosquilleo en la zona por

debajo del cinturón. Allá abajo se estaba animando la cosa.

El teléfono estaba llamando. Los dos podían oírlo a través del contestador automático.

—Ya se te ocurrirá algo, nena.

Se escuchó un chasquido cuando descolgaron el teléfono al otro extremo de la línea. El hombre rubio esperó hasta que oyó la voz de Beaumont diciendo «hola»; entonces, con la rapidez del ataque de una víbora, se inclinó hacia delante y descargó la navaja barbera sobre la mejilla izquierda de Miriam Cowley. Una rebanada de piel y carne quedó colgando de su rostro y la sangre manó a borbotones de la herida. Miriam lanzó un chillido.

—¿Diga? —rugió Thad—. ¿Quién es? Maldita sea, ¿eres tú?

«Sí, soy yo, hijo de puta —pensó el hombre rubio—. Soy yo y tú lo sabes, ¿verdad?»

—¡Dile quién eres y qué está sucediendo aquí! —rugió, mirando a Miriam—. ¡Hazlo! ¡No me lo hagas decir dos veces!

—¿Quién está ahí? —gritó Beaumont—. ¿Qué sucede? ¿Quién es?

La mujer se encogió de nuevo. La sangre salpicó los cojines del sofá de color trigueño. Ahora no había una única gota de sangre en el cuerpo del vestido; todo él estaba empapado.

—¡Haz lo que he dicho o te cortaré tu maldita cabeza con esto!

—¡Thad, hay un hombre aquí! —gritó Miriam por el teléfono. El dolor y el miedo hacían que pronunciara con claridad otra vez—. ¡Hay un hombre malo aquí! Thad, hay un hombre malo aq...

—¡Di tu nombre! —rugió el intruso, cortando el aire con la navaja a un centímetro de sus ojos. Ella se encogió, sollozando.

—¿Quién está ahí? ¿Quién...?

—¡Miriam! —articuló con un chillido—. ¡Thad, no dejes que lo haga de nuevo, no dejes que el hombre malo me vuelva a cortar, no...!

George Stark descargó la cuchilla sobre el enroscado cable telefónico. El contestador automático exhaló un áspero carraspeo de electricidad estática y se quedó en silencio.

La cosa había salido bien. Podría haber ido mejor. Había deseado tirarse a la mujer; realmente, lo había deseado. Hacía mucho tiempo que quería cepillarse a una mujer, pero le hubiese gustado que fuera aquella, y ahora no iba a poder hacerlo. Había habido demasiados gritos. Los conejos estarían asomando el hocico en sus madrigueras, olisqueando la presencia del gran depredador que acechaba en algún lugar de la jungla, más allá del pequeño y triste círculo de luz de sus hogueras eléctricas.

La mujer seguía chillando.

Era evidente que había perdido todas sus ideas brillantes.

Así pues, Stark volvió a agarrarla por el cabello, le echó la cabeza hacia atrás hasta que Miriam quedó mirando al techo, chillándole al techo, y le rebanó la garganta.

La habitación quedó en silencio.

—Ya está, nena —murmuró con ternura. Cerró la navaja barbera y se la guardó en el bolsillo. Después adelantó la mano izquierda, ensangrentada, y le cerró los ojos. El puño de la camisa quedó empapado de inmediato en sangre caliente, pues la yugular aún bombeaba su vino tinto, pero lo que debía hacerse, se hacía. Cuando se trataba de una mujer, había que cerrarle los ojos. No importaba lo mala que hubiera sido, no importaba si era una prostituta drogadicta capaz de vender a sus hijos para comprar costo, había que cerrarle los ojos.

La mujer no era más que una pequeña parte del asunto. Rick Cowley era otra historia.

Y el hombre que había escrito el artículo en la revista.

Y la zorra que había tomado las fotos, sobre todo esa de la lápida. Una zorra, sí, una auténtica zorra, pero a ella también le cerraría los ojos...

Cuando les hubiera ajustado las cuentas a todos, sería el momento de hablar con Thad. Sin intermediarios, frente a frente. Sería el momento de hacer entrar en razón a Thad. Confiaba plenamente en que, cuando se hubiera ocupado de todos los demás, Thad estaría dispuesto a entrar en razón. En caso contrario, siempre había otras maneras de hacerle ver las cosas.

Al fin y al cabo, era un hombre casado, y con una mujer muy atractiva, por cierto, una verdadera reina del aire y la oscuridad.

También tenía hijos.

Mojó el dedo índice en el chorro caliente de la sangre de Miriam y se puso a escribir sobre la pared con gestos rápidos. Tuvo que volver a mojar dos veces para apuntarlo todo, pero el mensaje quedó listo enseguida, garabateado encima de la cabeza ladeada de la mujer. Esta habría podido leerlo del revés si hubiera tenido los ojos abiertos. Naturalmente, si todavía hubiera estado con vida.

Se inclinó hacia delante y besó a Miriam en la mejilla.

—Buenas noches, nenita —murmuró, y abandonó el apartamento.

El hombre del rellano había vuelto a sacar la cabeza. Cuando vio al hombre rubio y alto, manchado de sangre, que salía del apartamento de Miriam, cerró la puerta de golpe y echó la llave.

«Muy sensato —pensó George Stark mientras recorría el pasillo hacia el ascensor—. Muy sensato y muy prudente».

Debía darse prisa. No había tiempo que perder.

Tenía otros asuntos de que ocuparse esa noche.

TRECE

PURO PÁNICO

1

Durante unos momentos —nunca tuvo una idea clara de cuánto tiempo había transcurrido—, Thad fue presa de un pánico tan absoluto y total que quedó literalmente incapacitado para la menor reacción. Ya era un milagro que pudiera seguir respirando. Más tarde, Thad pensaría que la única vez en su vida que había sentido algo remotamente parecido había sido cuando tenía diez años y había decidido, con un par de amigos, ir a darse un baño a mediados de mayo, es decir, tres semanas antes de la fecha en que cualquiera de ellos había tomado el primer baño en años anteriores. A pesar de ello, les había parecido una buena idea, pues el día estaba despejado y hacía mucho calor para ser el mes de mayo en New Jersey; a mediodía, los termómetros marcaban casi treinta grados. Los tres habían bajado caminando al lago Davis, como llamaban irónicamente a la pequeña charca que había a un par de kilómetros de la casa de Thad, en Bergenfield. Thad fue el primero en quitarse la ropa y ponerse el traje de baño, de modo que también fue el primero en saltar al agua. Sencillamente, había cogido carrerilla y había saltado. Aún hoy pensaba que en ese momento debió de estar al borde de la muerte, aunque en realidad no quería saber cuán cerca había llegado. Tal vez el aire de aquel día había parecido el de una mañana de verano, pero el agua estaba como ese último día a principios de invierno, cuando el hielo acaba de formarse en la superficie. Al contacto con ella, su sistema nervioso había sufrido un cortocircuito momentáneo. La respiración se le había interrumpido, el corazón se le había detenido en pleno latido y, cuando volvió a la superficie, se había sentido como un coche con la batería descargada que necesitara un arranque rápido, que lo necesitara con urgencia, y no sabía cómo conseguirlo. Recordó el sol en lo alto, muy brillante, que producía diez mil destellos dorados en la superficie azul

negruzca de la charca, recordó a Harry Black y Randy Wister de pie en la orilla, subiéndose los pantalones de gimnasia descoloridos hasta tapar su generoso trasero, Randy allí desnudo, con el bañador en la mano y gritando «¿Cómo está el agua, Thad?» en el momento en que asomaba a la superficie, y lo único que Thad había sido capaz de pensar había sido: «Me estoy muriendo, estoy aquí al sol con mis dos mejores amigos y ha terminado la escuela y no tengo deberes que hacer y esta noche dan una buena serie por televisión y mamá me ha dicho que podría cenar viéndola pero nunca la veré porque estaré muerto». Lo que solo segundos antes había sido una respiración fácil, sin complicaciones, se había transformado en un calcetín de atletismo atascado en la garganta, algo que no podía expulsar ni engullir. El corazón yacía en su pecho como una pequeña roca fría. En ese instante, el nudo se había deshecho, Thad había aspirado una gran y sonora bocanada, se le habían erizado todos los pelos del cuerpo y había logrado responder a Randy, con la inconsciente alegría malévola que solo poseen los niños: «¡El agua está bien! ¡No está demasiado fría! ¡Métete de golpe!». Solo años después se le ocurriría pensar que podría haber matado a uno o a ambos niños, al igual que había estado a punto de matarse él.

Lo mismo le estaba sucediendo ahora; se encontraba de nuevo en aquel mismo estado de bloqueo paralizante. Así era como llamaban en el ejército a lo que le estaba pasando: bloqueo paralizante. Sí, un buen nombre. En cuanto a terminología, el ejército se llevaba la palma. Allí estaba Thad, en medio de un gran bloqueo paralizante. Estaba sentado sobre la silla, no en la silla sino sobre ella, inclinado hacia delante, con el auricular aún en la mano y mirando el adorno marinero sobre el televisor. Tuvo conciencia de que Liz se había asomado a la puerta, de que le preguntaba primero quién había llamado y, a continuación, qué andaba mal. Sucedió como aquel día en el lago Davis, exactamente igual, su respiración era un sucio calcetín de algodón en la garganta, que no se movía ni en una dirección ni en otra, todas las líneas de comunicación entre el cerebro y el corazón se desconectaron de pronto, lamentamos esta momentánea interrupción, reanudaremos el servicio lo antes posible, o tal vez el servicio no se reanudará jamás pero, en cualquier caso, que disfruten de su estancia en la bella ciudad de Terminal, el lugar donde acaban todas las líneas de ferrocarril.

Entonces el nudo se deshizo, exactamente igual como ocurrió la otra vez, y Thad volvió a respirar entrecortadamente. El corazón dio de pronto dos rápidos latidos galopantes en el pecho y reanudó luego su ritmo habitual, aunque acelerado, muy acelerado.

¡Aquel grito! ¡Dios santísimo, aquel grito!

Liz cruzaba ahora la estancia a toda prisa y Thad solo se dio cuenta de que le había quitado el teléfono de las manos cuando la vio gritar «¿Diga?, ¿quién es?»

por el aparato, una y otra vez. Después, Liz escuchó el zumbido de la comunicación interrumpida y colgó.

«Excepto en los libros, nunca he matado a nadie.

»Los gorriones están volando.

»Aquí abajo llamamos a eso cosas de locos.

»Aquí abajo lo llamamos Terminal.

»Voy a volver al norte, colega. Facilítame una coartada, porque voy a volver al norte. Voy a cortarme un buen filete».

—¿Miriam? ¿Gritando? ¿Miriam Cowley? Thad, ¿qué está pasando?

—Es él —dijo Thad—. Sabía que era él. Creo que lo he sabido casi desde el primero, y luego hoy, esta tarde... he sufrido otro.

—¿El primero? ¿Otro? ¿Otro qué? —Liz apretó los dedos contra el cuello, frotándoselo con fuerza—. ¿Otro desmayo? ¿Otro trance?

—Ambas cosas —respondió él—. Primero, los gorriones otra vez. Luego escribí un montón de palabras inconexas en un pedazo de papel sin saber lo que hacía. He tirado el papel, pero su nombre aparecía en él, Liz. El nombre de Miriam formaba parte de lo que he escrito en ese papel durante el trance... y...

Se interrumpió mientras los ojos se le abrían, se le abrían...

—¿Y qué? Thad, ¿qué más? —Liz lo agarró por el brazo y lo sacudió—. ¿Qué más?

—Miriam tiene un póster en la sala de estar —murmuró Thad. Escuchó su voz como si perteneciera a otra persona, como si llegara de muy lejos. Por un interfono, tal vez—. Un cartel de un musical de Broadway. Gatos. Me fijé la última vez que estuvimos en su apartamento. Gatos, AHORA Y SIEMPRE. También escribí eso. Lo escribí porque él estaba allí, y yo formaba parte de él, una parte de mí lo era, una parte de mí estaba viendo a través de sus ojos...

Miró a Liz. La miró con los ojos como platos.

—No es ningún tumor, Liz. Al menos, ninguno que esté dentro de mi cuerpo.

—¡No sé de qué me estás hablando! —exclamó Liz, casi con un grito.

—Tengo que llamar a Rick —murmuró él. Parte de su mente parecía despegar, moviéndose brillantemente y hablándose a sí misma con imágenes y toscos símbolos brillantes. Así era como sucedía cuando estaba escribiendo, en ocasiones, pero era la primera vez que recordaba haberse sentido así en la vida real. «¿Acaso escribir no formaba parte de la vida real?», se preguntó de repente. Le pareció que no. Era más bien un intermedio.

—¡Thad, por favor!

—Tengo que avisar a Rick. Quizá esté en peligro.

—¡Thad, esto no tiene sentido!

No, claro que no lo tenía. Si se detenía a explicarlo, aún parecería más

incoherente y mientras perdía el tiempo confiando sus temores a su esposa, probablemente consiguiendo solo que se preguntara cuánto tiempo llevaría rellenar los formularios necesarios para internarle, George Stark podía estar cruzando los nueve bloques de Manhattan que separaban el apartamento de Miriam y el de su ex marido. Sentado en la parte de atrás de un taxi o tras el volante de un coche robado, sí, sentado tras el volante del Toronado negro del sueño, por lo que Thad sabía; si es que uno estaba dispuesto a adentrarse tanto en el camino de la locura, ¿por qué no mandarlo todo a la mierda y lanzarse a fondo? Allí sentado, fumando, disponiéndose a matar a Rick como había hecho con Miriam...

¿La había matado de verdad?

Tal vez solo la había asustado, para dejarla luego sollozando, en estado de conmoción. O tal vez la había maltratado. Sí, pensándolo bien, esto último era lo más probable. ¿Qué había dicho Miriam? «No dejes que me corte otra vez, no dejes que el hombre malo me corte otra vez». Y en el papel había escrito «cortes». Y... ¿no había escrito también «acabar»?

Sí. Sí que lo había escrito. Pero aquello estaba relacionado con el sueño, ¿no? Aquello tenía que ver con Terminal, el lugar donde «acaban» todas las vías del tren... ¿o no?

Rogó que así fuera.

Tenía que conseguir ayuda, al menos tenía que intentarlo, y tenía que avisar a Rick. Pero si lo llamaba, si se ponía en contacto con él de improviso para decirle que fuera con cuidado, Rick querría saber la razón.

«¿Qué sucede, Thad? ¿Qué ha sucedido?»

A la menor mención de Miriam, Rick saltaría de su asiento y correría como una bala a casa de ella, porque a Rick todavía le importaba Miriam. Le importaba muchísimo. Entonces sería él quien la encontraría, quizá despedazada (una parte de Thad quiso apartar de sí aquel pensamiento, aquella imagen, pero el resto de su mente seguía implacable, obligándole a ver el aspecto que ofrecería la bonita Miriam, descuartizada como una res en el mostrador de una carnicería).

Tal vez era esto lo que Stark estaba esperando. El idiota de Thad, enviando a Rick a una trampa. El idiota de Thad, haciendo el trabajo por él.

«¿Pero no he estado haciendo su trabajo todo el tiempo? ¿No es esto lo que significa todo el asunto del seudónimo, por el amor de Dios?»

Notó que su mente empezaba a replegarse, a cerrarse suavemente en un nudo como un calambre, en un bloqueo paralizante, y se dijo que no podía permitírselo. Justo en ese momento, no podía permitírselo en absoluto.

—¡Thad... por favor, dime qué está pasando!

Thad exhaló un profundo suspiro y tomó entre sus manos frías los gélidos

brazos de Liz.

—Era el mismo hombre que ha matado a Homer Gamache y a Clawson. Estaba con Miriam. Estaba... amenazándola. Espero que no haya ido más allá. No lo sé. Miriam gritaba. Luego, la línea se cortó.

—¡Oh, Thad! ¡Por Dios!

—No hay tiempo para que ninguno de los dos se ponga histérico —le advirtió él mientras pensaba, «aunque Dios sabe que parte de mí lo desea»—. Ve arriba y trae la agenda de direcciones. No tengo anotado el número de teléfono de Miriam en la mía y creo que tú sí.

—¿Qué has querido decir con eso de que lo sabías casi desde el primero?

—No hay tiempo para eso ahora, Liz. Trae la agenda. Hazlo enseguida, ¿quieres?

Liz titubeó unos instantes más.

—¡Tal vez esté herida! ¡Vamos!

Liz dio media vuelta y salió deprisa. Thad oyó sus pasos rápidos y ligeros subiendo los peldaños y trató de ordenar de nuevo sus pensamientos.

No debía llamar a Rick. Si se trataba de una trampa, llamar a Rick sería muy mala idea.

«Está bien —se dijo—, ya tenemos algo. No es gran cosa, pero es un principio. ¿A quién llamar, entonces?»

¿Al departamento de policía de la ciudad de Nueva York? No. Seguro que empezarían con preguntas que le harían perder mucho tiempo, la primera de las cuales sería, probablemente, cómo era que un tipo de Maine informaba de un crimen en Nueva York. No, a la policía de Nueva York, no. Era otra idea muy mala.

Pangborn.

Su mente se apresuró a aceptar la idea. Llamaría primero a Pangborn. Debería tener cuidado con lo que decía al comisario, al menos de momento. Ya se preocuparía más adelante de decidir qué decía y qué se guardaba acerca de los trances, el ruido de los gorriones o Stark. De momento, lo importante era Miriam. Si estaba herida, pero aún con vida, no convenía introducir en la conversación ningún elemento que retrasara la reacción de Pangborn, y tenía que ser el comisario quien llamara a la policía de Nueva York. Seguro que actuarían más deprisa y harían menos preguntas si la información les llegaba de uno de su propio gremio, aunque aquel colega les llamara desde una zona rural de Maine.

Pero primero estaba Miriam. Thad rogó a Dios que Miriam respondiera al teléfono.

Liz regresó volando al salón con la agenda. Estaba casi tan pálida como cuando, por fin, había terminado felizmente de traer al mundo a William y

Wendy.

—Aquí está —murmuró con la respiración acelerada, casi jadeante.

Thad pensó en decirle a su esposa que no iba a suceder nada, pero se contuvo. No deseaba hacer ningún comentario por el estilo, que fácilmente podía resultar falso, y el tono del grito de Miriam sugería que las cosas habían ido mucho más allá del «no suceder nada».

«Hay un hombre aquí, hay un hombre malo aquí».

Thad pensó en George Stark y sintió un leve escalofrío en la espalda. Stark era un hombre muy malo, sin duda. Thad sabía mejor que nadie hasta qué punto eso era cierto. Al fin y al cabo, él era quien había inventado a George Stark desde el principio... ¿o no?

—Nosotros estamos a salvo —le dijo pues a Liz. Al menos, aquello era verdad. «De momento», insistió en añadir su mente con un susurro—. Domínate, si puedes. Si te mareas y te desmayas, no ayudaremos a Miriam.

Liz se sentó, tiesa como un palo, mirándole y mordiéndose con fuerza el labio inferior. Thad empezó a pulsar el número de Miriam. Sus dedos, algo temblorosos, dudaron en la segunda cifra, que marcó dos veces. «Qué bien sabes decir a los demás que se dominan». Hizo de nuevo una profunda inspiración, contuvo el aliento, pulsó el botón para cortar la comunicación y empezó a marcar otra vez, obligándose a ir con calma. Tecleó la última cifra y escuchó los pausados chasquidos conforme se establecía la conexión.

«Dios, haz que esté bien. Y si no está del todo bien, si Tú no puedes concederme tanto, haz al menos que lo esté lo suficiente como para responder al teléfono. Por favor».

Pero el teléfono no emitió la señal de llamada. Solo el insistente bip-bip-bip de la señal de ocupado. Tal vez estaba comunicando realmente; tal vez Miriam estaba llamando a Rick o al hospital. O tal vez el teléfono estuviera descolgado.

Pero también cabía otra posibilidad, se dijo mientras pulsaba de nuevo la clavija para interrumpir la línea. Quizá Stark había arrancado el cable telefónico de la pared. O quizá «no dejes que el hombre malo me corte otra vez» el hombre lo había cortado, como había hecho con Miriam.

«Navaja», pensó Thad, y un escalofrío le recorrió la espalda. Aquella palabra también formaba parte del galimatías que había escrito por la tarde en la universidad. «Navaja».

La media hora siguiente, más o menos, fue un retorno a la siniestra situación

surrealista que había experimentado cuando Pangborn y los dos policías del estado se habían presentado en su casa para detenerle por un asesinato que él ni sabía que se hubiese producido. No advertía ninguna sensación de amenaza personal —inmediata, al menos—, sino la misma impresión de caminar por una sala oscura llena de finas hebras de telarañas que le rozaban el rostro, primero cosquilleantes y finalmente enloquecedoras, unas hebras que no se quedaban pegadas, sino que se apartaban con un susurro justo cuando intentaba cogerlas.

Probó otra vez el número de Miriam y, al ver que seguía comunicando, pulsó la clavija de nuevo y titubeó un instante, indeciso entre llamar a Pangborn o hablar con alguna telefonista de Nueva York para que comprobara el teléfono de Miriam. ¿No tendría la compañía algún medio de distinguir entre una línea que está ocupada, otra que solo está descolgada y otra que ha quedado fuera de funcionamiento por alguna causa? Pensó que debía de tenerla, pero lo realmente importante era que la comunicación entre Miriam y él se había interrumpido y que ya no podía ponerse en contacto con ella. Sin embargo, podía resultar —Liz podía encargarse de averiguarlo— que Miriam tuviera dos líneas, en lugar de solo una. ¿Por qué no tenía dos líneas en la casa? Era una estupidez no tener dos líneas, ¿verdad?

Aunque todos aquellos pensamientos le cruzaron por la cabeza en apenas dos segundos, parecieron ocupar mucho más tiempo, y Thad se reprendió por imitar a Hamlet mientras Miriam Cowley podía estar muriendo desangrada en su apartamento. Los personajes de los libros —al menos, en los libros de Stark— nunca se tomaban pausas como aquella, nunca se detenían a hacerse preguntas disparatadas como por qué no se instalaba una segunda línea telefónica para casos en que una mujer pudiera estar muriendo desangrada en otro estado. En los libros, los personajes no precisaban tomarse un descanso para aliviar las tripas; y nunca se quedaban agarrotados de aquella manera.

El mundo sería un lugar más eficiente si todos sus habitantes procedieran de las novelas baratas, pensó Thad. En las novelas baratas, los personajes siempre consiguen mantener en orden sus pensamientos mientras pasan tranquilamente de un capítulo al siguiente.

Marcó el número de información de los abonados de Maine y cuando la telefonista le preguntó: «¿Qué ciudad, por favor?», por un instante se sintió desconcertado porque Castle Rock era un pueblo, no una ciudad sino un pueblo, por muy capital del condado que fuera, y luego pensó: «Esto es pánico, Thad. Puro pánico. Tienes que controlarte. No puedes dejar que Miriam muera porque sufras un ataque de pánico». E incluso tuvo tiempo, al parecer, de plantearse por qué no podía dejar que tal cosa sucediera, y de responder a la pregunta: porque él era el único personaje real sobre el cual tenía algún control; el pánico,

simplemente, no formaba parte de la imagen de aquel personaje. Al menos, según él lo concebía.

«Aquí abajo llamamos a eso tonterías. Aquí abajo llamamos a eso cosa de...»

—¿Señor? —insistió la telefonista—. ¿Qué ciudad, por favor?

«Está bien. Control».

Hizo una profunda inspiración, tomó fuerzas y dijo a duras penas:

—Castle City. —«¡Dios santo!» Cerró los ojos. Con los párpados aún cerrados, añadió con voz lenta y clara—: Lo siento, señorita. Castle Rock. Deseo el número de la comisaría.

Hubo una pausa y, a continuación, una voz de robot empezó a recitar el número. Thad se dio cuenta de que no tenía nada para anotarlo. El robot repitió el número por segunda vez. Thad realizó un poderoso esfuerzo por retenerlo y las cifras cruzaron a toda velocidad por su mente hasta perderse de nuevo en la oscuridad, sin dejar el más leve rastro de su paso.

—Si necesita más información —continuó la voz del robot—, manténgase al aparato y una telefonista...

—Liz... —suplicó Thad—. ¿Un lápiz? ¿Algo para escribir?

La agenda de direcciones llevaba incorporado un Bic y Liz se lo alcanzó. La telefonista —la telefonista humana— se puso de nuevo al aparato. Thad le dijo que no había anotado el número y la mujer volvió a conectar el robot, que recitó las cifras de nuevo con su voz mecánica, vagamente femenina. Thad anotó el número en la cubierta de un libro y estuvo a punto de colgar, pero decidió escuchar por segunda vez la cinta para comprobar que no se había equivocado. La repetición le mostró que había confundido dos cifras. ¡Ah!, estaba llegando al máximo del pánico, esto era evidente.

Colgó. Todo su cuerpo estaba bañado en un ligero sudor.

—Con calma, Thad.

—Tú no la has oído —respondió él en tono lúgubre, mientras marcaba el número de la comisaría.

El teléfono sonó cuatro veces antes de que una aburrida voz yanqui respondiera:

—Comisaría de Castle Rock, agente Ridgewick al habla. ¿En qué puedo servirle?

—Soy Thad Beaumont. Llamo desde Ludlow.

—¿Oh?

Ni el menor signo de que reconociera el nombre. Lo cual significaría más explicaciones. Más telarañas. El apellido Ridgewick despertó en Thad un leve recuerdo... Sí, claro: el agente que había interrogado a la señora Arsenault y había encontrado el cuerpo de Gamache. Por Dios santísimo, ¿cómo podía aquel

hombre haber encontrado al viejo que Thad supuestamente había asesinado y no saber ahora con quién estaba hablando?

—Agente Ridgewick, el comisario Pangborn vino a verme para... para hablar del asesinato de Homer Gamache. Tengo cierta información sobre el asunto y es importante que hable con él enseguida.

—El comisario no está aquí —respondió Ridgewick. Su voz dio a entender que no se sentía en absoluto impresionado por la urgencia que transmitía Thad.

—Entonces, ¿dónde está?

—En su casa.

—Deme el número, por favor.

—Bueno, señor Bowman, no sé si debería. —Aquello era increíble, se dijo Thad—. El comisario... Alan, quiero decir, no ha tenido mucho tiempo libre últimamente y su esposa no se encuentra demasiado bien. Sufre dolores de cabeza.

—¡Tengo que hablar con él!

—Bueno, bueno —replicó Ridgewick tranquilamente—, es evidente que eso es lo que usted cree. Incluso es posible que sea cierto. Que realmente tenga que hablar con él, me refiero. Vamos a hacer una cosa, señor Bowman. ¿Por qué no me cuenta a mí lo que sea y deja que yo mismo juzgue si...?

—¡El comisario vino a detenerme por el asesinato de Homer Gamache, agente y ha sucedido algo más, y si no me da ese número ahora mismo...!

—¡Oh, cielo santo! —exclamó Ridgewick. Thad oyó un golpe sordo e imaginó a Ridgewick sacando los pies de encima de la mesa, probablemente de la mesa de Pangborn, y dejándolos caer al suelo al tiempo que se ponía muy tieso en la silla—. ¡Beaumont, no Bowman!

—Exacto, y...

—¡Por todos los...! El comisario... Alan... dijo que si llamaba usted le pasara de inmediato la comunicación.

—Muy bien. Entonces...

—¡Por todos los...! ¡Qué estúpido soy!

Thad, que no podría haber estado más de acuerdo, insistió:

—Deme el número, por favor. —De alguna manera, haciendo uso de unas reservas que no tenía ni idea de que aún guardara, Thad consiguió no decirlo a gritos.

—Sí, claro. Un segundo. Hum...

A esto siguió una pausa angustiosa. Apenas unos segundos, por supuesto, pero a Thad le pareció que en aquel intervalo de tiempo podrían haberse construido las pirámides. Construido, y luego vuelto a destruir. Mientras tanto, Miriam podía estar perdiendo la vida sobre la alfombra de su salón a ochocientos kilómetros de

distancia. «Tal vez la he matado —pensó—, por haber decidido llamar a Pangborn y haber encontrado a aquel idiota congénito, en lugar de avisar antes de nada al departamento de policía de Nueva York. O al número de la policía. Probablemente, era esto lo que hubiera debido hacer: marcar el 911 y poner el asunto en sus manos».

Pero ni siquiera en aquel instante le pareció una opción demasiado real. Era a causa del trance, se dijo, y de las palabras que había escrito durante aquel lapso. Thad no creía haber tenido una visión del ataque a Miriam; pero sí de haber presenciado, de una manera confusa, los preparativos de Stark para la agresión. Los gritos fantasmagóricos de aquellos miles de pájaros parecían cargarle con la responsabilidad de toda aquella locura.

Pero si Miriam moría, simplemente porque él se había dejado llevar por el pánico hasta el punto de ser incapaz de ponerle en contacto con la policía, ¿cómo podría volver a mirar a Rick a la cara?

Al diablo con eso; ¿cómo podría volver a mirarse él mismo en el espejo?

Ridgewick, el paleta yanqui idiota, volvió al aparato y le dio el número del comisario pronunciando cada cifra lo bastante despacio como para que pudiera anotarla, incluso un retrasado mental. Pero de todos modos Thad se lo hizo repetir, pese a la imperiosa necesidad de apresurarse que lo abrasaba. Aún estaba desconcertado por la facilidad con que había confundido el número de la comisaría, y lo que ya había sucedido una vez muy bien podía repetirse.

—De acuerdo, gracias —dijo a continuación.

—Esto... señor Beaumont... Le agradecería mucho que no explicara al comisario que yo...

Thad colgó sin el menor atisbo de remordimiento y marcó el número que le había dado Ridgewick. Pangborn no contestaría al teléfono, por supuesto; eso sería esperar demasiado en aquella Noche de las Telarañas. Quien contestara le diría (después de los obligados minutos de jugar a adivinanzas, por supuesto) que el comisario había salido a por una barra de pan y una botella de leche. A Laconi, New Hampshire, probablemente, aunque no podía descartarse del todo la posibilidad de que fuera Phoenix.

Dejó escapar una ronca carcajada y Liz lo miró, perpleja.

—¿Thad? ¿Te encuentras bien?

Iba a responder pero, antes de hacerlo, agitó la mano para indicar a su mujer que alguien había descolgado el teléfono. No era Pangborn, pero eso ya lo había dado por descontado. Escuchó la voz de un niño que, por su modo de hablar, debía de rondar los diez años.

—Hola, ¿quién es? —preguntó—. Habla Todd Pangborn.

—Hola —dijo Thad. Era vagamente consciente de que asía el teléfono con

demasiada fuerza y trató de relajar los dedos. Notó que crujían, pero no llegaron a moverse—. Me llamo Thad... —«Pangborn», estuvo a punto de decir, ¡oh, Dios!, esta sí que es buena, esto ya es el colmo, desde luego, Thad, te has equivocado de vocación, hubieras tenido que ser controlador de tráfico aéreo... Beaumont — terminó de decir después de la breve corrección sobre la marcha—. ¿Está el comisario?

«No, ha tenido que ir a Lodi, California, a por cerveza y cigarrillos».

En lugar de eso, la voz del niño se apartó del micrófono del aparato y gritó: «¡PAPAAA! ¡TELÉFONO!». Siguió a esto un fuerte golpe al otro lado de la línea, que casi le rompió el tímpano a Thad.

Un momento después («¡Oh, gracias a Dios y a todos los santos!»), la voz de Alan Pangborn preguntó:

—¿Diga?

Al sonido de su voz, el nerviosismo y la ansiedad de Thad desaparecieron por completo.

—Soy Thad Beaumont, comisario. Hay una mujer en Nueva York que tal vez necesite ayuda ahora mismo. Es urgente. Guarda relación con el asunto que discutíamos el sábado por la noche.

—Diga —se limitó a responder Alan Pangborn. Nada más. Pero Thad experimentó un gran alivio, como si la película volviera a enfocarse.

—La mujer es Miriam Cowley, la ex esposa de mi agente.

Thad pensó para sí que apenas un minuto antes, sin duda, habría identificado a Miriam como «la agente de mi ex esposa».

—Me ha llamado aquí. Estaba gritando, muy alterada. Al principio, ni siquiera se ha identificado. Luego he oído al fondo una voz de hombre ordenándole que me dijera quién era y qué estaba sucediendo. Ella ha gritado que había un hombre en su apartamento y que la amenazaba con hacerle daño. Con... —Thad tragó saliva... con acuchillarla. Para entonces, ya había reconocido la voz que me hablaba, pero el hombre le decía a gritos que si no se identificaba le iba a cortar su maldita cabeza. Estas han sido sus palabras: «Haz lo que te digo o te voy a cortar tu maldita cabeza». Entonces ella me ha dicho que era Miriam y me ha suplicado... —Volvió a tragar saliva. De su garganta surgió un «clic», nítido como la letra E en el abecedario Morse—. Me suplicaba que no permitiera que el hombre malo la volviera a cortar.

Sentada frente a él, Liz estaba cada vez más pálida. «Que no se desmaye —deseó o suplicó Thad—. Por favor, que no se desmaye ahora».

—Miriam estaba gritando. De pronto, la comunicación se ha interrumpido. Tengo la impresión de que el hombre ha cortado el cable o lo ha arrancado de la pared. —Pero todo aquello eran tonterías. Thad no tenía la impresión de nada.

Tenía la certeza de que el cable había sido cortado. Con una navaja de barbero—. He intentado ponerme en contacto con ella de nuevo, pero...

—¿Cuál es su dirección?

La voz de Pangborn seguía clara, agradable y calmada. De no ser por el vivo tonillo de urgencia y dominio que se apreciaba, podría haber estado hablando del tiempo con un amigo. Thad se dijo que había hecho bien en llamarlo. Menos mal que había gente que sabía lo que hacía, o que al menos creía saberlo. Menos mal que había gente que se comportaba como los personajes de una novela barata. Si hubiera tenido que enfrentarse a una persona como Saul Bellow en aquellas circunstancias, siguió diciéndose Thad, seguramente habría perdido el juicio.

Thad miró en la agenda el número anotado al lado del nombre de Miriam.

—Cariño, ¿esto es un tres o un ocho?

—Un ocho —respondió ella con voz distante.

—Bien. Vuélvete a sentar ahí. Pon la cabeza entre las rodillas.

—¿Señor Beaumont? ¿Thad?

—Lo siento, comisario. Mi mujer está muy trastornada. Parece a punto de desmayarse.

—No me sorprende. Los dos están trastornados. Es una situación perturbadora. Pero lo está haciendo muy bien, Thad. Manténgase así.

—Sí.

Thad se dio cuenta con desconsuelo de que, si Liz se desmayaba, tendría que dejarla tendida en el suelo y continuar la conversación hasta que Pangborn tuviera suficiente información para empezar a moverse. «Por favor, no te desmayes».

—La dirección —prosiguió— es 109 Oeste, calle 84.

—¿Número de teléfono?

—Ya he intentado llamarla... el teléfono no...

—Necesito el número de todos modos, Thad.

—Sí, claro —murmuró, aunque no tenía la menor idea de por qué—. Lo siento.

Recitó el número.

—¿Cuánto hace de la llamada?

Horas, se dijo, y consultó el reloj que presidía la repisa de la chimenea. Su primer pensamiento fue que se había parado. Tenía que haberse parado.

—¿Thad?

—Estoy aquí —dijo con una voz serena que parecía la de otra persona—. Hace más o menos seis minutos. Ha sido entonces cuando se ha interrumpido la comunicación. O, mejor, cuando la han cortado.

—Está bien, no se ha perdido mucho tiempo. Si hubiera llamado usted a la policía de Nueva York, le habrían tenido colgado del teléfono mucho más rato.

Volveré a llamarle tan pronto como me sea posible, Thad.

—Rick —añadió entonces Thad—. Cuando hable con la policía, dígales que el ex marido de Miriam no debe saber nada de esto y que si ese tipo... ya sabe, le ha hecho algo a Miriam, Rick será el siguiente en la lista.

—Usted está seguro de que es el mismo individuo que mató a Homer y a Clawson, ¿verdad?

—Totalmente. —Las palabras surgieron de su boca y corrieron por el cable antes de que Thad estuviera seguro de querer decirlas—: Creo que sé quién es.

Tras un brevísimo instante de vacilación, Pangborn respondió:

—Muy bien. Quédese junto al teléfono. Quiero que hablemos de esto cuando tengamos tiempo.

A continuación, colgó.

Thad miró a Liz y la vio encogida en la silla. Tenía los ojos muy abiertos y vidriosos. Se levantó y fue hacia ella rápidamente, la enderezó y le dio unos suaves cachetes en las mejillas.

—¿Cuál de ellos es? —le preguntó su esposa con voz pastosa desde el mundo gris de la semiinconsciencia—. ¿Stark o Alexis Máquina? ¿Cuál de los dos, Thad?

Y, tras una pausa muy larga, él le respondió:

—No creo que haya ninguna diferencia. Voy a preparar un té, Liz.

3

Thad estaba seguro de que Liz y él iban a hablar del asunto. ¿Cómo evitarlo? Y, sin embargo, no lo hicieron. Durante un largo rato permanecieron sentados sin más, mirándose por encima del borde de sus respectivas tazas, mientras esperaban a que Alan llamara. Conforme iban transcurriendo aquellos interminables minutos, Thad empezó a considerar mejor que guardaran silencio, al menos hasta que Alan volviera a ponerse en contacto con ellos y les dijera si Miriam estaba viva o muerta.

«Supongamos —pensó, mientras se llevaba a los labios la taza de té y observaba a Liz hacer lo mismo—, supongamos que estuviéramos aquí sentados una noche con un libro entre manos (a alguien ajeno a la casa podría parecerle que estábamos leyendo y tal vez así fuera, en parte; pero en realidad estaríamos saboreando el silencio como si fuera un vino de excepcional calidad, de la manera que solo los padres de niños pequeños saben apreciarlo por las pocas ocasiones que tienen de disfrutarlo) y supongamos además que, mientras estuviéramos así, un meteorito atravesara el techo y cayera, humeante e incandescente, en mitad del salón. ¿Acaso nuestra única reacción sería acudir a la cocina, llenar un cubo de

agua y arrojarlo sobre la piedra antes de que prendiera fuego a la alfombra, para seguir leyendo luego como si tal cosa? No. Seguro que hablaríamos de ello. Sentiríamos la necesidad de hacerlo. Igual que ahora tenemos que hablar de lo que está sucediendo —se dijo.

Tal vez empezarían a hacerlo cuando Alan volviera a llamar. Incluso era posible que Liz y él hablaran a través del comisario, ella escuchando con atención mientras Alan hacía preguntas y Thad las contestaba. Sí, así podía empezar la conversación entre ellos. Porque a Thad le parecía que Alan era el catalizador. Por alguna extraña razón, a Thad le daba la impresión de que había sido Alan quien había iniciado aquel asunto, aunque el comisario solo había reaccionado ante las acciones de Stark.

Mientras tanto, los dos permanecieron sentados, esperando.

Sintió el impulso de volver a marcar el número de Miriam, pero no se atrevió. Alan podía llamar en aquel mismo momento y encontraría ocupada la línea de los Beaumont. «Ojalá ellos también tuvieran dos líneas en casa», se dijo vagamente. Era una mezcla de deseo y frustración.

La lógica y la razón le indicaban que Stark no podía estar por ahí, errando como una especie de cáncer sobrenatural con forma humana y matando a la gente. Aquello era absolutamente imposible.

Sin embargo, era él. Thad y Liz lo sabían. Se preguntó si Alan lo aceptaría cuando se lo dijera. Probablemente, no; lo más probable era que el comisario se limitara a mandar a un par de camilleros en bata blanca impoluta, con una camisa de fuerza. Porque George Stark no era un ser real, y tampoco lo era Alexis Máquina, esa ficción dentro de una ficción. Ninguno de los dos había existido nunca. Como tampoco George Eliot, Mark Twain o Lewis Carroll. Un seudónimo solo era una forma superior de personaje de ficción.

Con todo, a Thad le costaba aceptar que Alan Pangborn no terminara convenciéndose también, aunque al principio se mostrara reacio. También Thad hubiese querido aparentar escepticismo, pero se sentía impotente. Era algo, si se me permite la expresión, inexorablemente posible.

—¿Por qué no llama? —preguntó Liz, inquieta.

—Solo han pasado cinco minutos, cariño.

—Casi diez.

Thad reprimió el impulso de replicar que aquello no era ningún concurso de televisión, que Alan no conseguiría puntos extra y valiosos regalos si llamaba antes de las nueve en punto.

No había ningún Stark, continuaba insistiendo una parte de su mente. Pero esta voz interior de la razón resultaba extrañamente desvalida y parecía repetir aquel pensamiento no porque estuviera convencida de ello, sino solo por hábito,

como el pájaro amaestrado que repite «¡Lorito real!» o «¡Lorito quiere galleta!». Con todo, era cierto... ¿o no? ¿Acaso tenía que creer que Stark había regresado de la tumba como un monstruo de una película de terror? Aquel sí que sería un buen truco, ya que el hombre —el no-hombre— no había sido enterrado en ninguna parte y su tumba era solo una lápida de cartón-piedra plantada sobre una parcela vacía del cementerio, una tumba tan ficticia como el resto de él...

«De todos modos, eso nos conduce al último punto... o aspecto... o como diablos quiera llamarlo... ¿Qué número calza usted, señor Beaumont?»

Thad había estado hasta aquel momento repantigado en el asiento, casi adormilado a pesar de todo. De pronto, se incorporó con tal brusquedad que estuvo a punto de derramar el té. Huellas de pisadas. Pangborn había dicho algo sobre...

«¿Qué pisadas eran esas?»

«No importa. Ni siquiera tenemos fotos. Ya hemos reunido casi todos los datos...»

—¡Thad! ¿Qué sucede? —quiso saber Liz.

¿Qué pisadas? ¿Dónde? En Castle Rock, por supuesto; de lo contrario, Alan Pangborn no se habría enterado. ¿Acaso en el cementerio Tierra Natal, donde la fotógrafa neurasténica había tomado la instantánea que les había resultado divertida a Liz y a él?

—No era un tipo muy agradable —murmuró.

—¿Thad?

Sonó el teléfono y los dos derramaron el té de sus tazas.

4

La mano de Thad descendió hasta el teléfono, para detenerse a continuación flotando sobre el aparato.

«¿Y si es él?»

«No he acabado contigo, Thad. No intentes joderme, porque si me jodes, jodes al mejor».

Obligó a su mano a descender hasta el auricular, a asirlo y a llevárselo al oído.

—¿Diga?

—¿Thad?

Era la voz de Alan Pangborn. De pronto, Thad se sintió sin fuerzas como si su cuerpo se hubiera mantenido erguido gracias a unas varillas metálicas y ahora se las hubieran quitado.

—Sí —respondió. La palabra salió de sus labios como una especie de suspiro.

Tomó aliento otra vez—. Y Miriam, ¿se encuentra bien?

—No lo sé —respondió el comisario—. He comunicado la dirección a la policía de Nueva York. Tendremos noticias muy pronto, aunque debo advertirle que esta noche quince minutos o media hora puede parecerles mucho tiempo a usted y a su esposa.

—Sí, tiene usted razón.

—¿Miriam está bien? —preguntó Liz, y Thad tapó con la mano el micrófono del auricular el tiempo suficiente para decirle que Pangborn aún no lo sabía. Liz asintió y se arrellanó en el asiento, muy pálida todavía pero con un aspecto más sosegado y controlado que un poco antes. Al menos, ahora había gente actuando y la responsabilidad ya no recaía solo sobre ellos dos.

—También han encontrado la dirección del señor Cowley en el listín de teléfonos.

—¡Eh! ¿No le habrán...?

—Escuche, Thad, no van a hacer nada hasta que sepan en qué estado se encuentra la señora Cowley. Les he contado que estábamos ante un caso en el cual un desequilibrado mental podía andar tras una o varias personas citadas en un artículo de la revista *People* sobre el seudónimo literario Stark, y les he explicado la relación entre Cowley y usted. Espero haberlo contado bien, porque no sé mucho sobre escritores y menos aún sobre sus agentes. Lo que sí he dado a entender a esa gente de Nueva York es que no conviene que el ex marido de la dama llegue antes que la patrulla.

—Gracias. Gracias por todo, Alan.

—Thad, la policía de Nueva York está demasiado ocupada con el asunto para querer o necesitar más explicaciones de momento, pero pronto las exigirá. Yo también. ¿Quién cree usted que es ese tipo?

—Lo siento, comisario, no quiero hablar de esto por teléfono. Iría a verlo, pero no quiero dejar a mi esposa y a los niños en este momento. Supongo que lo comprende; tendrá que venir usted.

—No puedo —respondió Alan con voz paciente—. Tengo que estar en mi puesto y...

—¿Está enferma su esposa?

—Esta noche parece encontrarse muy bien, pero uno de mis agentes está de baja y tengo que encargarme de su turno. Es lo habitual en los pueblos. Me disponía a salir. Con esto quiero decirle que es muy mal momento para mostrarse reservado, Thad. Cuénteme.

Thad se lo pensó. Estaba extrañamente seguro de que Pangborn aceptaría lo que tenía que decirle en cuanto lo oyera. Pero, tal vez, no por teléfono.

—¿Podría venir mañana?

—Mañana tenemos que vernos, desde luego —respondió Pangborn con una voz uniforme pero dotada de una extraña insistencia—, pero necesito que esta noche me cuente todo lo que sabe. Que la policía de Nueva York pida una explicación carece de importancia, por lo que a mí concierne. Tengo suficiente con lo mío. Aquí en el pueblo hay mucha gente que quiere ver detenido al asesino de Homer Gamache, y pronto. Yo soy uno de ellos, de modo que no me haga pedírselo otra vez. Aún estoy a tiempo de llamar al fiscal del distrito del condado de Penobscot y pedirle que le detengan como testigo de un caso de asesinato en el condado de Castle Rock. El fiscal ya sabe, por la policía del estado, que es usted sospechoso, con coartada o sin ella.

—¿Haría una cosa así, comisario? —replicó Thad entre perplejo y fascinado.

—Lo haré si me obliga, pero no creo que usted quiera.

Thad empezaba a notar la cabeza un poco más despejada; sus pensamientos parecían por fin conducir a alguna parte. En realidad, ni a Pangborn ni a la policía de Nueva York les podía importar demasiado si el hombre a quien buscaban era un psicópata que se creía Stark o si era el propio Stark, ¿verdad? Se dijo que no, pero tampoco creía que llegaran a atraparlo.

—Estoy convencido de que es un psicópata, como dijo mi esposa —respondió por fin. Buscó la mirada de Liz y trató de mandarle un mensaje. Algo debió de transmitirle, pues ella asintió con un leve movimiento de cabeza—. Aunque parezca extraño, tiene sentido. ¿Recuerda que me habló de unas huellas de pisadas?

—Sí.

—Estaban en el cementerio Tierra Natal, ¿verdad? —Delante de él, Liz abrió unos ojos como platos.

—¿Cómo lo ha sabido? —Por primera vez, la voz de Alan parecía alterada—. Eso no se lo conté.

—¿Ha leído ya el artículo de *People*?

—Sí.

—Fue en ese cementerio donde la fotógrafa colocó la lápida falsa. Donde enterramos a George Stark.

Hubo un silencio al otro lado de la línea, seguido de un:

—¡Oh, mierda!

—¿Se da cuenta, comisario?

—Creo que sí. Si el tipo cree que es Stark y está loco, la idea de que empiece a actuar en la tumba de Stark cobra cierto sentido, ¿verdad? Esa mujer, ¿está en Nueva York?

—Sí... —empezó a responder Thad.

—Entonces, puede que también esté en peligro.

—Sí, yo... Bueno, no había pensado en ello, pero supongo que sí.

—¿Cómo se llama? ¿Dónde vive?

—No tengo la dirección. —Recordó que ella le había dado su tarjeta, pensando probablemente en el libro para el cual le había pedido su colaboración, pero Thad la había tirado. Mierda. Lo único que pudo facilitarle a Alan fue el nombre—. Phyllis Myers.

—¿Y el tipo que redactó el artículo?

—Mike Donaldson.

—¿También de Nueva York?

De pronto, Thad se dio cuenta de que no lo sabía, de que no estaba seguro, y titubeó un poco.

—Bueno, supongo que, en realidad, di por sentado que los dos lo eran...

—Es bastante lógico que lo pensara. Si la sede de la revista está en Nueva York, no vivirán muy lejos, ¿verdad?

—Tal vez, pero si uno o ambos son colaboradores independientes...

—Volvamos a la foto de la falsa tumba. Ni en el texto ni en el pie de foto se citaba específicamente el cementerio Tierra Natal. De eso estoy seguro. Seguramente lo reconocí por el paisaje, pero estaba concentrado en los detalles.

—Sí, creo que no se mencionaba el nombre —admitió Thad.

—El primer administrador municipal, Dan Keeton, habría insistido en que no se identificara el cementerio; sin duda, habría sido una condición ineludible para dar el permiso. Es un hombre muy prudente, casi un pelmazo, en realidad. Puedo imaginarlo autorizando las fotos, pero creo que habría prohibido que se citara el nombre del cementerio por si daba lugar a actos de vandalismo, gente buscando la falsa tumba y cosas así.

Thad lo escuchaba asintiendo. Tenía sentido.

—De modo que ese psicópata le conoce a usted, o es de aquí —continuó el comisario por el teléfono.

Thad había dado por sentado algo de lo cual ahora se avergonzaba de corazón: que el comisario de un pequeño condado de Maine donde había más árboles que personas debía de ser un palurdo. Alan Pangborn no era ningún palurdo; desde luego, le daba cien vueltas a Thaddeus Beaumont, el novelista tarado.

—Tenemos que partir de ese supuesto, al menos de momento, ya que el tipo parece disponer de información confidencial.

—Entonces, las huellas estaban en Tierra Natal... —dedujo Thad.

—Claro que sí —respondió Pangborn casi sin prestar atención—. Usted se reserva algo, Thad. ¿De qué se trata?

—¿A qué se refiere?

—Dejémonos de juegos, ¿le parece? Tengo que llamar a Nueva York para

darles esos dos nombres, y usted tiene que concentrarse y repasar si hay alguno más que deba mencionarme. Editores, empleados de la editorial... yo qué sé. Pero antes cuénteme por qué está seguro de que el tipo que buscamos cree que es Stark. El sábado por la noche hablamos de esa posibilidad, especulamos sobre ella, y ahora me llama como si fuera un hecho comprobado. O bien ha realizado usted alguna deducción imprevista de los hechos que los dos conocemos, o bien sabe algo que yo ignoro. Como es lógico, me quedo con la segunda alternativa. Desembuche, pues.

Pero ¿qué tenía Thad, en realidad? ¿Unos trances anunciados por el trino de miles de gorriones? ¿Unas palabras que podía haber escrito en el folio del despacho después de que Alan Pangborn le dijera que aquellas mismas palabras estaban escritas en la pared del apartamento de Frederick Clawson? ¿Otras palabras anotadas en un papel que había roto en pedazos y arrojado luego al incinerador del edificio de literatura y matemáticas? ¿Unos sueños en los que un hombre terrible al que no llegaba a ver le guiaba por su casa de Castle Rock, donde todo lo que su mano tocaba, incluida su esposa, se destruía? Se dijo que podía denominarlo una corazonada, una certeza emocional, en lugar de una intuición de la mente; pero aquello no era ninguna prueba, ¿verdad? Las huellas digitales y los rastros de saliva apuntaban que había algo muy extraño, desde luego, pero ¿tanto?

Thad se dijo que no.

—Se reiría usted, Alan —respondió, pues, con voz tranquila—. No, retiro eso. Ahora lo conozco un poco mejor y sé que no se reiría, pero dudo mucho de que me crea. Le he dado vueltas al asunto, pero esa es mi conclusión. Definitivamente, me parece que no me creerá.

Alan replicó al instante con voz imperiosa, cargada de urgencia, difícil de resistir.

—Inténtelo.

Thad vaciló, miró a Liz y movió la cabeza negativamente.

—Mañana. Cuando podamos vernos cara a cara. Entonces se lo diré. Por esta noche, tendrá que aceptar mi palabra de que la identidad no importa. No puedo decirle más. Ya le he contado todo lo que puede ser de utilidad para las investigaciones.

—Thad, lo que he dicho sobre su detención como testigo presencial...

—Si tiene que hacerlo, hágalo. Por mi parte, no le guardaré rencor. Pero, en cualquier caso, no diré nada más sobre el asunto hasta que le tenga a usted delante.

Hubo un nuevo silencio por parte de Pangborn, seguido de un suspiro.

—Está bien.

—Quiero darle una descripción del hombre que busca la policía. No estoy totalmente seguro de que sea correcta, pero creo que se parecerá. Al menos, lo suficiente como para que resulte útil a la policía de Nueva York. ¿Tiene un lápiz?

—Sí, hable.

Thad cerró los ojos que Dios le había puesto en el rostro y abrió el que Dios había puesto en su mente, aquel ojo que insistía en ver incluso las cosas que Thad no quería saber. Invariablemente, cuando los lectores de sus libros lo veían en persona, quedaban decepcionados. Aunque trataran de ocultarlo ante él, no podían. Él no les guardaba rencor, porque comprendía cómo se sentían... al menos en parte. Si les gustaba su obra (y algunos incluso aseguraban adorarla), antes de conocerlo lo tenían por una especie de primo hermano de Dios. Pero, en lugar de un dios, encontraban a un tipo de metro ochenta y poco, con gafas, una incipiente calvicie y la costumbre de tropezar con todo. Veían a un hombre con el cuero cabelludo algo escamoso y una nariz con dos agujeros, como la de todo el mundo.

Lo que no alcanzaban a ver era aquel tercer ojo de su mente. Un ojo que brillaba en su mitad oscura, en aquella parte de él que permanecía en las sombras. Aquella mitad oscura que sí era como un dios y que Thad se alegraba de que los demás no vieran. De lo contrario, estaba seguro de que muchos habrían intentado robárselo. Sí, aunque ello significara arrancárselo de su propia carne con una navaja mellada.

Asomado a las sombras, evocó sus imágenes privadas de George Stark, del auténtico George Stark, que no se parecía en nada al modelo que había posado para las fotos de solapa. Buscó al hombre-sombra que había ido creciendo con sigilo durante años, lo encontró y empezó a describírselo a Alan Pangborn.

—Es bastante alto —empezó—. Más que yo, en cualquier caso. Rondando el metro noventa, un poco más si calza botas. Es rubio y lleva el cabello corto y cuidado. Ojos azules. Tiene una visión de lejos excelente. Hace unos cinco años empezó a llevar gafas para ver de cerca. Para leer y escribir, sobre todo.

»Llama la atención no tanto por su altura como por su corpulencia. No es grueso, sino excepcionalmente ancho. Debe de gastar una talla cincuenta o cincuenta y dos de camisa. Tiene mi edad, pero no se le ve nada ajado, como empieza a sucederme a mí, ni muestra tendencia a engordar. Es un hombre muy fuerte. Con el mismo aspecto que tiene Schwarzenegger ahora que ha empezado a perder un poco de musculatura. El tipo hace pesas y es capaz de sacar bíceps con suficiente fuerza como para desgarrar la tela de la manga, pero no se ve musculoso.

»Nació en New Hampshire pero, tras el divorcio de sus padres, se trasladó con su madre a Oxford, Mississippi, donde creció. Ha pasado la mayor parte de su

vida allí. Cuando era joven tenía un acento tan marcado que parecía bajado de las montañas. Muchos compañeros se burlaban de ese acento en la escuela (pero no en su cara; uno no se reía de un tipo con aquella cara), de modo que se esforzó por librarse de él. Ahora creo que la única ocasión en que debe de escapársele esa manera de hablar es cuando se pone furioso, y me parece que la gente que lo enfurece no suele quedar en condiciones de atestiguarlo. Es un hombre irascible que no aguanta nada. Es violento y peligroso. Es, de hecho, un auténtico psicópata.

—¿Qué...? —empezó a decir Pangborn, pero Thad continuó hablando:

—Está muy bronceado y, como los hombres rubios no suelen ponerse tan morenos como él, puede ser un buen rasgo distintivo. Pies grandes, manos grandes, cuello grueso, hombros anchos. Sus facciones parecen talladas en roca por un escultor de talento, pero demasiado apresurado.

»Una última cosa: tal vez conduzca un Toronado negro. Ignoro de qué año. En cualquier caso, uno de esos viejos modelos que tenían un montón de potencia bajo el capó. Negro. Podría llevar matrícula de Mississippi, pero es probable que haya cambiado las placas. —Tras una pausa, añadió—: ¡Ah!, también lleva un adhesivo en el parachoques trasero que dice HIJO DE PUTA DE CATEGORÍA.

Abrió los ojos.

Liz estaba mirándole, más pálida que nunca.

Hubo una larga pausa al otro lado de la línea.

—¿Alan? ¿Está usted...?

—Un momento. Estoy tomando nota. —Una nueva pausa, más corta, y por fin —: Muy bien, ya lo tengo. De modo que puede decirme todo esto del individuo, pero no su nombre, la relación que guarda con usted o de dónde lo conoce, ¿no es eso?

—No lo sé, pero intentaré averiguarlo. Mañana. De todos modos, saber el nombre no nos será de mucha ayuda esta noche, porque está usando otro.

—George Stark —dijo el comisario.

—Bueno, podría estar lo bastante loco como para hacerse llamar Alexis Máquina, pero lo dudo. Me inclino más por Stark, sí.

Thad intentó lanzarle un guiño a Liz. No creía que a su pobre esposa la animara un guiño ni ninguna otra cosa, pero lo intentó de todos modos. Lo único que consiguió fue guiñar los dos a la vez, como un búho soñoliento.

—No hay manera de convencerle de que me lo diga esta noche, ¿verdad?

—No, ninguna. Lo siento.

—Está bien. Volveré a llamarle en cuanto pueda.

Tras esto, el comisario colgó sin despedirse. Sin dar las gracias. Aunque, pensándolo bien, Thad se dijo que no las merecía.

Colgó el teléfono y se acercó a Liz, que lo miraba fijamente, como si se hubiera convertido en una estatua. Le tomó las manos, que notó heladas, y le dijo:

—No pasará nada, Liz. Te lo aseguro.

—¿Piensas contarle lo de los trances cuando hables con él mañana? ¿Y lo de los pájaros? ¿Le explicarás que los oías cuando eras pequeño y lo que significó entonces? ¿Y lo de esas cosas que has escrito?

—Voy a contárselo todo —respondió Thad—. Lo que él decida explicar a las otras autoridades... —Se encogió de hombros—. Eso será asunto suyo.

Liz aún tenía los ojos fijos en él, como si fuera incapaz de apartarlos. Con una vocecilla débil, murmuró:

—Cuánto sabes de él, Thad. ¿Cómo...?

Lo único que pudo hacer Thad fue arrodillarse delante de su esposa, apretando sus manos heladas. ¿Cómo podía saber tanto?, se repitió Liz. La gente siempre le preguntaba lo mismo. Utilizaban palabras diferentes para expresarlo —¿cómo logró imaginar eso?, ¿cómo lo puso por escrito?, ¿cómo recordó este detalle?, ¿cómo pudo ver tal cosa?—, pero siempre se referían a lo mismo: ¿Cómo podía saber tanto?

Thad ignoraba cómo lo sabía.

Pero así era.

—Cuánto... —repitió Liz con el tono de voz de una persona que habla en mitad de un sueño agitado. Después, los dos permanecieron en silencio. Thad siguió esperando que los gemelos percibieran la inquietud de sus padres, que despertaran y se echaran a llorar, pero el único sonido fue el tic tac uniforme del reloj. Se colocó en una posición más cómoda en el suelo, junto a la silla de Liz, y continuó apretándole las manos con la esperanza de hacerlas entrar en calor. Un cuarto de hora más tarde, cuando sonó el teléfono, aún seguían frías.

5

Alan Pangborn se mostró inexpresivo y expeditivo. Rick Cowley estaba a salvo en su apartamento, bajo protección policial. Pronto iría a ver a su ex esposa, que ahora lo sería para siempre. La reconciliación de la que ambos habían hablado de vez en cuando con considerable nostalgia no llegaría a producirse nunca. Miriam estaba muerta. Rick realizaría la identificación oficial en el depósito de cadáveres de Manhattan, en la Primera Avenida. Thad no debía esperar ninguna llamada de Rick esta noche, ni intentar ponerse en contacto con él. A Rick se le había ocultado la relación de Thad con el asesinato de Miriam Cowley, «en espera de acontecimientos». Phyllis Myers había sido localizada y estaba también bajo

protección policial. Michael Donaldson estaba resultando más difícil de encontrar, pero esperaban tenerlo localizado y protegido antes de medianoche.

—¿Cómo ha muerto Miriam? —preguntó Thad. Sabía perfectamente cuál sería la respuesta, pero a veces había que preguntar. Dios sabría por qué.

—La degolló —respondió Alan con una brutalidad que Thad sospechó intencionada. Unos instantes después, el comisario insistió—: ¿Sigue obstinado en no decirme nada?

—Por la mañana. Cuando estemos cara a cara.

—Muy bien. He pensado que no pasaba nada por preguntarlo.

—No, nada.

—La policía de Nueva York tiene una orden de busca y captura contra un hombre llamado George Stark que se ajusta a su descripción.

—Estupendo —respondió Thad, y supuso que lo era, aunque también sabía que resultaría inútil, probablemente. Lo más seguro era que no lo encontraran si él no quería ser localizado, y Thad se dijo que, si alguien lo descubría, sin duda lo lamentaría.

—A las nueve en punto —dijo Pangborn—. Asegúrese de estar en casa, Thad.

—Cuenta con ello.

6

Liz tomó un tranquilizante y al fin se durmió. Thad pasó varias horas en un duermevela tenue e irritante y, a las tres y cuarto, se levantó para ir al baño. Mientras estaba allí, orinando, le pareció oír los gorrones. Se puso en tensión, aguzó el oído y al instante se le cortó la meada. El sonido no creció ni disminuyó y, al cabo de unos momentos, se dio cuenta de que solo eran unos grillos.

Miró por la ventana y vio un coche patrulla de la policía del estado aparcado al otro lado de la calzada, oscuro y silencioso. Habría pensado que estaba vacío, de no haber visto el brillo intermitente de un cigarrillo encendido. Al parecer, también él, Liz y los gemelos estaban bajo protección policial.

O «bajo vigilancia policial», se dijo, y volvió a la cama.

Fuera lo que fuese, le proporcionaba cierta tranquilidad. Se durmió y despertó a las ocho sin recordar ningún mal sueño. Pero, por supuesto, la auténtica pesadilla seguía allí fuera. En alguna parte.

CATORCE

COSA DE LOCOS

1

El tipo del estúpido bigotillo, que debía de utilizar para hacer cosquillas en el pubis a las mujeres, fue mucho más rápido de lo que Stark había previsto.

Stark había estado esperando a Michael Donaldson en el pasillo de la novena planta del edificio donde vivía el reportero, oculto tras el ángulo del corredor más próximo a la puerta del apartamento. Todo habría sido más sencillo si Stark hubiera podido entrar antes en el piso, como había hecho en el de aquella zorra, pero un simple vistazo le había bastado para convencerse de que aquellas cerraduras, a diferencia de las del piso de ella, no habían sido colocadas por un aficionado. En el fondo, tendría que haber dado lo mismo. Era muy tarde y todos los conejos de la madriguera debían de estar profundamente dormidos y soñando con campos de tréboles. El propio Donaldson tendría que haberse mostrado lento de reflejos y embotado por el alcohol pues, cuando uno llega a casa a la una y cuarto de la madrugada, no viene precisamente de la biblioteca pública.

En efecto, Donaldson parecía algo bebido, pero no había perdido en absoluto la rapidez de reflejos.

El plan de Stark era aparecer por la esquina del pasillo y descargar la navaja barbera sobre Donaldson mientras este buscaba la llave. Stark esperaba dejar ciego al individuo de manera rápida y efectiva. Después, antes de que pudiera gritar, le rebanaría el cuello abriéndole la tráquea y seccionándole a la vez las cuerdas vocales.

Stark no intentó actuar con sigilo. Quería que Donaldson le oyera, que volviera el rostro hacia él. Eso le facilitaría las cosas.

En un primer momento, Donaldson reaccionó según lo esperado. Stark dirigió la navaja contra su rostro en un arco corto y tajante. Sin embargo, Donaldson

consiguió encoger un poco la cabeza; no mucho, pero sí demasiado para lo que se proponía Stark. En lugar de alcanzarle los ojos, la navaja barbera le rajó la frente hasta el hueso. Un colgajo de piel se enroscó sobre las cejas de Donaldson como una tira de papel pintado despegada de la pared.

—¡Socorro! —baló Donaldson con una voz sofocada, ovejuna, y toda la jugada de Stark se fue al garete. Mierda.

Stark avanzó un paso, sosteniendo la navaja delante de sus ojos con la hoja un poco vuelta hacia arriba, como un torero que citara al toro para el primer pase. Muy bien, se dijo, las cosas no siempre salían como uno las había previsto. No había dejado ciego a aquel soplón pero del corte en la frente manaba sangre a mares y, sin duda, lo que Donaldson pudiera ver le llegaría a través de una bruma roja y pegajosa.

Lanzó una cuchillada a la garganta de Donaldson, pero este apartó la cabeza hacia atrás casi con la rapidez de una serpiente de cascabel que retrocediera tras un ataque. Una rapidez asombrosa. Stark se descubrió admirando un poco a aquel hombre, a pesar del ridículo bigotillo.

La hoja cortó el aire a medio centímetro de la garganta del reportero, que volvió a pedir socorro a gritos. Los conejos, que nunca tenían el sueño muy profundo en aquella ciudad, en aquella podrida Gran Manzana, estarían despertándose. Stark invirtió el movimiento del brazo y llevó la navaja hacia atrás, al tiempo que se ponía de puntillas y lanzaba hacia delante todo el cuerpo. Fue un movimiento lleno de gracia, propio de un *ballet*, y debería haber sido definitivo. Pero Donaldson consiguió en el último instante levantar una mano delante de la garganta y, en lugar de acabar con él, Stark solo consiguió producirle una serie de heridas largas y poco profundas que los forenses de la policía denominarían luego cortes defensivos. Donaldson levantó la mano con la palma hacia fuera y la cuchilla pasó por la base de los cuatro dedos, sin tocar el pulgar. El reportero llevaba un abultado anillo en el anular, de modo que este no sufrió daños. Hubo un ligero y agudo tintineo metálico, ¡clinn!, cuando el filo de la navaja resbaló sobre el anillo dejando una pequeña muesca en la aleación de oro. La navaja, en cambio, dejó un corte profundo en los otros tres dedos, hundiéndose sin esfuerzo en la carne al igual que un cuchillo caliente en un trozo de mantequilla. Con los tendones cortados, los dedos se derrumbaron hacia delante como títeres dormidos; solo el anular quedó erguido como si, presa del terror y la confusión, Donaldson hubiera olvidado qué dedo usaba uno cuando quería hacer el gesto de mandar a alguien a la mierda.

Esta vez, cuando Donaldson abrió la boca, surgió de ella un verdadero aullido y Stark comprendió que ya podía olvidarse de acabar con aquel tipo sin despertar la alarma. Había previsto poder hacerlo sin ruido, ya que no necesitaba mantener

a Donaldson con vida para que hiciera ninguna llamada por teléfono, pero las cosas no estaban saliendo bien. En cualquier caso, tampoco tenía intención de dejar vivo a Donaldson. Cuando uno empezaba un trabajo como aquel, no lo abandonaba hasta que lo terminaba o hasta que acababan con uno.

Stark descargó de nuevo. Su víctima había retrocedido por el pasillo casi hasta la puerta del piso de al lado. Stark sacudió la navaja hacia un lado con un gesto despreocupado para limpiar la hoja. Una rociada de gotitas encarnadas salpicó la pared de color crema.

Al fondo del corredor, se abrió una puerta y un hombre con un pijama azul y el cabello despeinado asomó la cabeza y los hombros.

—¿Qué pasa aquí? —exclamó con una voz áspera que daba a entender que la juerga había terminado, aunque fuera el mismísimo Papa de Roma quien armaba el alboroto.

—Un asesinato —respondió Stark como si tal cosa y, por un instante, apartó la vista del hombre ensangrentado y ululante que tenía ante él para volverse hacia el tipo que acababa de asomarse. Más tarde, este diría a la policía que el intruso tenía los ojos de un azul brillante. Los ojos de un loco de atar—. ¿Quieres que también haya para ti?

El hombre cerró tan deprisa que se diría que la puerta no había llegado a abrirse.

Pese al pánico que debía sentir, pese a las heridas que había recibido, Donaldson vio una oportunidad cuando la mirada de Stark se desvió de él, aunque la distracción solo durara unos segundos. Vio la oportunidad y se lanzó a por ella. Aquel pequeño hijo de puta era realmente rápido. Stark sintió aún más admiración por él. La rapidez de movimientos y el sentido de autoconservación del tipejo casi le hicieron olvidar lo molesto que estaba resultando.

Si hubiera saltado hacia Stark, si hubiera intentado trabar un cuerpo a cuerpo, probablemente habría pasado del estadio de molestia a otro más próximo al de auténtico problema. Pero Donaldson no lo hizo, sino que dio media vuelta para escapar.

Un impulso perfectamente comprensible, pero un error por su parte.

Stark corrió tras él y sus zapatones levantaron un susurro de la moqueta. Por fin, descargó la navaja barbera sobre la nuca del fugitivo, confiando en que aquel golpe sería el definitivo.

Pero en la décima de segundo antes de que la cuchilla alcanzara su destino, Donaldson estiró la cabeza hacia delante y, simultáneamente, la agachó como una tortuga que se refugiara en su caparazón. Stark empezaba a pensar que Donaldson tenía poderes telepáticos. Esta vez, lo que pretendía ser un golpe mortal no hizo más que rasgar el cuero cabelludo por encima de la protuberancia ósea que

protege la nuca. Era una herida escandalosa por la sangre, pero en absoluto mortal. Aquello estaba resultando irritante, enloquecedor... y empezaba a entrar en el terreno de lo ridículo.

Donaldson corrió por el pasillo, zigzagueando de un lado a otro y, en ocasiones, rebotando incluso en las paredes como una bola de millón que golpeará uno de esos postes iluminados que le dan al jugador cien mil puntos o una partida gratis o alguna cosa así. Mientras corría, no dejaba de gritar. Mientras corría, no dejaba de verter sangre en la moqueta. Mientras corría, iba dejando aquí y allá la huella de su mano ensangrentada para señalar su avance. Pero mientras corría por aquel pasillo, seguía con vida.

No se abrió ninguna puerta más, pero Stark tenía la certeza de que en aquel mismo instante, en media docena de aquellos apartamentos, otros tantos dedos estarían marcando (o habrían marcado ya) el número de la policía en sus respectivos teléfonos.

Donaldson continuó su avance a trompicones hacia los ascensores. Stark fue tras él. No se sentía furioso ni asustado, solo terriblemente exasperado. De pronto, soltó un rugido:

—¡Por qué no te callas de una vez y te portas como es debido!

El grito de socorro que estaba lanzando Donaldson se convirtió en un aullido. Intentó volverse, tropezó y cayó de bruces a tres metros del umbral del pequeño vestíbulo de los ascensores. Stark había constatado que hasta el tipo más ingenioso se quedaba sin ideas brillantes si uno se las cortaba.

Donaldson se puso de rodillas. Daba la impresión de querer arrastrarse a gatas hasta el vestíbulo, ahora que los pies lo habían traicionado. Volvió su ensangrentado no-rostro de un lado a otro para ver dónde estaba su atacante y Stark le lanzó un puntapié contra el puente de la nariz, bañado en sangre. Stark llevaba unos mocasines marrones y golpeó a aquel maldito pelmazo con todas sus fuerzas. Los brazos a los costados y ligeramente retrasados del cuerpo para mantener el equilibrio, el pie izquierdo impactando en su objetivo y alzándose luego en un arco hasta la altura de la frente... Cualquiera que hubiera visto un partido de fútbol americano habría evocado de inmediato un tiro de falta muy potente, muy profundo.

La cabeza de Donaldson voló hacia atrás, golpeó la pared con la fuerza suficiente para dejar una ligera marca cóncava en el yeso, y rebotó.

—Por fin se te han agotado las pilas, ¿verdad? —murmuró Stark, y oyó abrirse una puerta detrás de él. Se volvió y vio a una mujer de cabellos negros revueltos y enormes ojos oscuros asomada a la puerta de uno de los apartamentos, al otro extremo del pasillo—. ¡Vuelve a meterte ahí, zorra! —le gritó. La puerta se cerró como si tuviera un resorte.

Se inclinó hacia delante, agarró a Donaldson por el pelo, pegajoso y repulsivo, le echó la cabeza hacia atrás y lo degolló. Se dijo que el tipejo debía de haber muerto antes incluso de que la cabeza impactara contra la pared y, casi con absoluta seguridad, después del golpe, pero de todos modos era mejor asegurarse. Además, cuando uno empezaba a cuchilladas, tenía que terminar de la misma manera.

Se apartó enseguida del cuerpo, pero Donaldson no soltó un chorro de sangre como había sucedido con la mujer. El corazón del tipejo ya había dejado de latir o estaba haciéndolo en aquellos momentos. Stark dio unos rápidos pasos hacia el ascensor mientras cerraba la navaja barbera y la guardaba en el bolsillo.

Uno de los ascensores estaba deteniéndose en aquel piso.

Podía tratarse de un inquilino; al fin y al cabo, la una y pico de la madrugada no era una hora demasiado avanzada en la gran ciudad, aunque fuera un lunes por la noche. De todos modos, Stark se dirigió de inmediato hacia la gran planta de interior que ocupaba el rincón del vestíbulo de ascensores, junto a un cuadro abstracto absolutamente inútil. Se ocultó detrás de la planta. En todos sus radares sonaba una aguda alarma. Desde luego, podía ser alguien que volviera de un acceso de fiebre discotequera post fin de semana o de la prolongación alcohólica de una cena de negocios, pero a Stark le olía que no se trataba de nada de aquello. Stark pensaba que podía ser la policía. De hecho, estaba seguro.

¿Un coche patrulla que pasaba casualmente cerca del edificio cuando uno de los inquilinos de aquel piso había telefoneado para denunciar que se estaba cometiendo un asesinato en el pasillo? Era posible, pero Stark lo dudaba. Le pareció más probable que Beaumont hubiera levantado la liebre, que hubieran encontrado a la mujer y que en el ascensor subiera la escolta policial para Donaldson. Más vale tarde que nunca.

Se agachó lentamente con la espalda pegada a la pared. La chaqueta manchada de sangre que llevaba puesta emitió un ronco susurro con el roce. Más que ocultarse, Stark se sumergió como haría un submarino para quedar a profundidad de periscopio; además, la protección que le ofrecían la planta y la maceta era mínima. Si miraban a su alrededor, lo descubrirían. No obstante, Stark apostó a que toda su atención se centraría en la prueba A, tendida allí en mitad del pasillo. Al menos, esperaba que así sucediera, aunque solo fuera por unos segundos; con eso le bastaría.

Las hojas anchas de la planta, entrecruzándose, formaban sombras dentadas sobre su rostro. Stark miró entre ellas como un tigre de ojos azules al acecho.

Se abrieron las puertas del ascensor. Stark oyó una exclamación contenida y vio salir apresuradamente a dos agentes uniformados, a los que seguía un tipo negro con unos tejanos de pinzas y unas grandes zapatillas gastadas de bailarín

callejero con cierres de velcro. El negro también llevaba una camiseta con las mangas recortadas en cuya parte frontal se leía PROPIEDAD DE LOS N.Y. YANQUEES. Además, llevaba unas gafas de sol plegables. Si aquel tipo no era detective, Stark era Tarzán de la jodida selva. Cuando los policías se disfrazaban para pasar inadvertidos, siempre se excedían, y luego actuaban como si se avergonzaran de ello. Era como si supieran que la estaban cagando pero no pudieran evitarlo. Así pues, aquellos hombres eran —o, en cualquier caso, habían sido enviados para ello— la escolta de Donaldson. No era probable que un detective viajara en un coche patrulla que casualmente se hallara por la zona. Sería demasiada coincidencia. Aquel tipo había acudido con los agentes para interrogar a Donaldson, primero, y para protegerlo después.

«Lo siento amigos —pensó Stark—. Me parece que los buenos tiempos de ese muchacho han terminado».

Se incorporó y salió de detrás de la planta. Ni una sola hoja susurró. Sus pisadas no produjeron el menor ruido sobre la moqueta. Pasó a menos de un metro de la espalda del detective, que estaba inclinado sobre el cuerpo y procedía a sacar una pistola de la funda atada a la pantorrilla. Si hubiera querido, Stark podría haberle propinado una soberana patada en el trasero.

Se deslizó en el interior del ascensor en el último momento antes de que las puertas empezaran a cerrarse. Uno de los policías uniformados captó un asomo de movimiento por el rabillo del ojo —tal vez la puerta, tal vez el propio Stark; en realidad no importaba— y alzó la vista del cuerpo de Donaldson.

—¡Eh...!

Stark levantó una mano y, con gesto solemne, agitó los dedos despidiéndose del policía. Adiós. A continuación, la puerta del ascensor ocultó la escena del pasillo.

El vestíbulo de la planta baja estaba desierto excepto por el conserje, que yacía sin sentido bajo el mostrador de recepción. Stark salió a la calle, dobló la esquina, montó en un coche robado y se alejó.

2

Phyllis Myers vivía en uno de los nuevos edificios de apartamentos del West Side de Manhattan. La escolta policial (acompañada de un detective que vestía pantalones deportivos Nike, una camiseta de entrenamiento de los New York Islanders con las mangas recortadas y unas gafas de sol plegables) se había presentado a las diez y media de la noche del 6 de junio y había encontrado a la mujer echando pestes por una cita anulada en el último momento. Al principio se

mostró desconfiada, pero se animó bastante cuando oyó que alguien que se creía George Stark podía estar interesado en asesinarla. Phyllis respondió a las preguntas del detective sobre la entrevista a Thad Beaumont —a la que ella se refería como la sesión fotográfica de Thad Beaumont— mientras cargaba de película tres cámaras y jugaba con un par de decenas de lentes y objetivos. Cuando el detective le preguntó qué estaba haciendo, ella le guiñó un ojo y respondió:

—Sigo el lema de los *boy scouts*. ¿Quién sabe...? Podría suceder algo de verdad.

Después del interrogatorio, fuera del apartamento, uno de los agentes uniformados preguntó al detective:

—¿Es ella de veras?

—Sí —respondió el aludido—. El problema es que no se toma en serio nada de lo que sucede. Para ella, el mundo solo es otra fotografía que espera. Ahí dentro tenéis a una zorra estúpida que está convencida de que siempre va a encontrarse en el lado adecuado del objetivo.

A aquella hora, las tres y media de la madrugada del 7 de junio, el detective hacía rato que se había marchado. Un par de horas antes, los dos hombres asignados para custodiar a Phyllis Myers habían recibido la noticia del asesinato de Donaldson por la radio que llevaban en la cintura. También habían recibido la advertencia de ser muy prudentes y permanecer alerta, pues el psicópata con el que se enfrentaban había demostrado tener una tremenda sed de sangre y una gran inteligencia.

—«Prudente» es mi apodo —dijo el primer agente.

—Qué coincidencia —añadió el segundo—. El mío es «Alerta».

Los dos policías formaban pareja desde hacía más de un año y se llevaban bien. Desde su puesto de vigilancia, sonrieron ante el comentario. ¿Y por qué no? Eran dos miembros armados y uniformados de lo más selecto de la podrida Gran Manzana y estaban en un pasillo con buena iluminación y aire acondicionado, en el piso veintiséis de un edificio de apartamentos recién construido, y nadie iba a trepar hasta ellos, ni a saltarles encima desde el techo, ni a freírlos con un subfusil mágico que nunca se encasquillaba o se quedaba sin munición. Estaban en la vida real, no en una novela de gánsters o en una película de Rambo, y lo que les ofrecía la vida real aquella noche era un servicio especial muchísimo más agradable que patrullar con el coche, poniendo paz en peleas de bar hasta que los locales cerraban, y atajándolas luego, hasta las primeras luces del alba, en ruinosos apartamentos de edificios sin ascensor, donde maridos borrachos y sus mujeres decidían discutir. La vida real debería consistir siempre en ser prudente y estar alerta en algún pasillo con aire acondicionado durante las calurosas noches

de la ciudad. Al menos, esa era la firme opinión de los dos hombres.

Habían llegado hasta aquel punto en sus razonamientos cuando se abrió la puerta del ascensor y un hombre ciego y herido salió de él y avanzó por el pasillo tambaleándose.

Era un hombre alto, de hombros muy anchos. En apariencia rondaba los cuarenta. Llevaba una chaqueta deportiva rota y unos pantalones que no hacían juego con la chaqueta pero, al menos, la complementaban. Más o menos, en cualquier caso. El primer policía, «Prudente», tuvo tiempo de pensar que la persona vidente que le había escogido la ropa al ciego debía de tener bastante buen gusto. El ciego llevaba también unas grandes gafas oscuras, algo torcidas porque les faltaba una de las patillas. No eran, ni mucho menos, unas gafas de sol plegables de última moda como las del detective. Más bien parecían las que lucía Claude Rains en *El hombre invisible*.

El ciego avanzaba con ambas manos extendidas ante él. La zurda, vacía, tanteaba el aire al azar. En la diestra llevaba un bastón blanco bastante sucio con una empuñadura de goma como la del manillar de una bicicleta. Tenía ambas manos cubiertas de sangre seca. Numerosas manchas de sangre coagulada, de color rojo oscuro, le salpicaban la camisa y la chaqueta deportiva. Si los dos policías destinados a la protección de Phyllis Myers hubieran sido realmente prudentes y hubieran estado de veras alerta, todo aquello debería haberles extrañado. El ciego venía vociferando, refiriéndose a algo que aparentemente acababa de sucederle. A juzgar por su aspecto, era obvio que algo le había sucedido, y algo bastante desagradable. Sin embargo, la sangre de su ropa y de su piel ya había tomado un matiz marronáceo, lo cual indicaba que había sido vertida hacía un buen rato. Un hecho que debería haber llamado la atención de unos agentes a los que se había recomendado extrema cautela. Casi debería haber levantado una bandera roja de alarma en sus mentes.

Aunque también era probable que no. Las cosas se sucedieron con demasiada rapidez y, cuando ocurren a esa velocidad, carece de importancia si uno es extremadamente cauteloso o excesivamente despreocupado: hay que seguir la corriente.

En un momento dado, los dos hombres estaban ante la puerta del apartamento de Phyllis Myers, felices como niños a los que se hubiera dado fiesta en la escuela porque se había estropeado la calefacción; un instante después, tenían al ciego ante sus narices, blandiendo su sucio bastón blanco. No tuvieron tiempo ni para pensar, ni mucho menos para hacer deducciones.

—¡Policía! —aullaba el ciego antes incluso de que la puerta del ascensor terminara de abrirse—. ¡El conserje dice que hay unos policías en la planta veintiséis! ¡Policía! ¿Están ahí?

El hombre avanzaba ahora tambaleándose por el pasillo, moviendo el bastón de un lado a otro y ¡tac!, la punta golpeó la pared a su izquierda y ¡suiss!, el bastón cortó el aire hacia el otro lado, y ¡tac!, golpeó la pared de la derecha, y si había alguien en aquella maldita planta veintiséis que aún durmiera, no tardaría en despertarse con el alboroto.

Prudente y Alerta contemplaron la aparición sin cruzar siquiera una mirada.

—¡Policía! ¡Poli...!

—¡Señor! —le interrumpió Alerta—. ¡Cuidado! ¡Se va a caer!

El ciego volvió la cabeza en dirección a la voz del policía pero no se detuvo y continuó avanzando, agitando la mano libre y el sucio bastón blanco. Recordaba ligeramente a un director de orquesta, como si Leonard Bernstein tratara de dirigir la Filarmónica de Nueva York después de fumarse un par de dosis de *crack*.

—¡Policía! ¡Me han matado la perra! ¡Me han matado a Daisy! ¡Policía!

—Señor...

Prudente alargó el brazo para sostener al ciego que avanzaba tambaleante. El ciego que avanzaba tambaleante se llevó la mano libre al bolsillo izquierdo de la chaqueta deportiva y, en vez de sacar un par de entradas para el baile de la Gala de los Invidentes, extrajo un revólver del calibre 22. Apuntó con él a Prudente y apretó dos veces el gatillo. Los disparos sonaron ensordecedores y secos en el pasillo. Se levantó una humareda azulada. Prudente recibió los balazos casi a quemarropa y cayó con el pecho hundido como una cesta de fruta con el fondo reventado. La chaqueta del uniforme quedó chamuscada y humeante.

Alerta no hizo más que mirar cómo el ciego le apuntaba con el revólver.

—¡No, por favor, Dios mío! —exclamó con una débil vocecilla, como si alguien lo hubiera dejado sin aliento de un golpe.

El ciego realizó dos nuevos disparos. Se formó otra nube de humo azulado. Para ser un ciego, tenía una puntería magnífica. El agente Alerta voló hacia atrás a causa de los impactos, saliendo de la nubecilla de humo azulado, y fue a dar con los omoplatos en la moqueta del pasillo; allí experimentó un súbito espasmo y, por fin, quedó inmóvil.

3

En Ludlow, a más de setecientos kilómetros de distancia, Thad Beaumont se agitó inquieto en su lado de la cama.

—Humo azul —murmuró—. Humo azul.

Frente a la ventana del dormitorio había nueve gorriones posados en el cable del teléfono. A ellos se unió media docena más. Los pájaros permanecieron

tranquilos, silenciosos e inadvertidos, unos metros por encima del coche patrulla que vigilaba la casa.

—No voy a necesitarlos más —murmuró Thad en sueños, al tiempo que se pasaba una mano por la cara con gesto torpe y hacía un movimiento como si arrojara algo lejos de sí con la otra.

—¿Thad? —preguntó Liz, incorporándose—. Thad, ¿estás bien?

Thad respondió en sueños algo incomprensible.

Liz se miró los brazos. Tenía toda la piel de gallina.

—¿Thad? ¿Son los pájaros otra vez? ¿Estás oyendo los pájaros?

Thad no respondió. Al otro lado de los cristales, los gorriones remontaron el vuelo al unísono y desaparecieron en la oscuridad, aunque no era su hora de volar.

Ni Liz ni los dos policías del coche patrulla lo advirtieron.

4

Stark dejó a un lado las gafas oscuras y el bastón. El pasillo estaba impregnado del olor acre del humo de cordita. Acababa de disparar cuatro balas Colt de alta potencia que él mismo había transformado en explosivas. Dos de ellas habían atravesado a los policías y habían dejado sendos agujeros del tamaño de platos en la pared del pasillo. Avanzó hasta la puerta de Phyllis Myers. Estaba dispuesto a convencerla para que saliera si era preciso, pero la mujer estaba justo al otro lado de la puerta y, al oír su voz, Stark comprendió que no iba a tener problemas.

—¿Qué sucede? —gritó—. ¿Qué ha sido eso?

—Lo hemos cazado, señora Myers —respondió con excitada alegría—. Si quiere sacar esa foto, dese prisa. Pero recuerde luego que yo nunca le dije que podía hacerlo.

Phyllis Myers mantuvo la cadena puesta cuando abrió la puerta, pero a Stark no le importó. Cuando la mujer asomó uno de sus grandes ojos castaños por la rendija, él le metió un balazo.

Esta vez no tuvo tiempo de cerrarle los ojos a la fotografía —más bien para cerrarle el único que le quedaba—, de modo que dio media vuelta y echó a andar hacia los ascensores. No se demoró, pero tampoco echó a correr. Se abrió la puerta de uno de los apartamentos —aquella noche parecía que todo el mundo le abría su puerta— y Stark levantó el revólver hacia el rostro del conejo de mirada asombrada que acababa de asomarse. La puerta se cerró al instante.

Pulsó el botón de llamada. La puerta del ascensor que había tomado después de dejar inconsciente al segundo conserje de la noche (con el bastón que le había robado al ciego de la calle 60) se abrió de inmediato, como Stark había previsto.

A aquellas horas de la noche, los tres ascensores del edificio estaban especialmente solicitados. Arrojó el revólver por encima del hombro y lo oyó caer sobre la moqueta con un ruido sordo.

—Esta vez, todo ha salido a pedir de boca —murmuró. Penetró en el ascensor y pulsó el botón de la planta baja.

5

El sol asomaba ya por la ventana de la sala de estar del piso de Rick Cowley cuando sonó el teléfono. Rick, un cincuentón, tenía los ojos enrojecidos y el aspecto macilento de un hombre medio borracho. Levantó el auricular con una mano presa de un violento temblor. Apenas sabía dónde estaba y su mente cansada y dolorida insistía en decirle que todo aquello era un sueño. ¿De veras había estado hacía menos de tres horas en el depósito de cadáveres de la Primera Avenida (a menos de una calle del pequeño y selecto restaurante francés adonde solo llevaban a los clientes que, además, eran amigos), para identificar el cuerpo mutilado de su ex esposa? ¿De veras tenía protección policial ante su puerta porque el hombre que había matado a Miriam también quería acabar con él? ¿Era cierto todo aquello? Seguro que no. Tenía que ser un sueño... y tal vez lo que sonaba no era en realidad el teléfono, sino el despertador de la mesilla de noche. Por lo general, Rick odiaba aquel aparato, incluso lo había tirado contra la pared en más de una ocasión; pero aquella mañana le habría dado un beso. ¡Qué diablos, le habría dado un beso de tornillo!

Pero no despertó de ningún sueño y respondió al teléfono.

—¿Diga?

—Soy el hombre que le ha abierto el gaznate a tu mujer —dijo la voz por el auricular y, de pronto, Rick se sintió absolutamente despierto. Las pocas esperanzas que aún tenía de que aquello fuera un sueño se desvanecieron. Era una voz de esas que solo deben de oírse en sueños, pero que nunca se escuchan en el mundo real.

—¿Quién es? ¿Quién habla? —oyó que preguntaba su propia voz, una vocecilla débil.

—Pregúntaselo a Thad Beaumont —respondió la voz—. Él lo sabe todo al respecto. Dile que te he dicho que puedes darte por muerto. Y dile que aún no he terminado de hacer locuras.

El teléfono hizo clic en su oído y, tras un momento de silencio, empezó a sonar el insulso zumbido de la línea libre.

Rick colgó, se apoyó el teléfono sobre los muslos, lo contempló y, de pronto,

rompió en sollozos.

6

A las nueve de la mañana, Rick llamó a la oficina para decirle a Frieda que ella y John se marcharan a casa. La agencia permanecería cerrada todo el día y el resto de la semana. Frieda quiso saber la razón y Rick advirtió consternado que estaba a punto de mentirle, como si le hubieran acusado de algún delito grave y repulsivo —abusos sexuales infantiles, por ejemplo— y no quisiera resignarse a admitirlo hasta que la conmoción se atenuara un poco.

—Miriam ha muerto —dijo por fin a Frieda—. La mataron anoche en su apartamento.

Frieda expulsó el aire de los pulmones en un rápido siseo de sorpresa.

—¡Por Dios, Rick! ¡No hagas bromas con cosas así! ¡Si te burlas de estas cosas, terminan pasando!

—No es broma, Frieda —insistió Rick, sintiéndose de nuevo al borde de las lágrimas.

Aquellas lágrimas —las que había derramado en el depósito de cadáveres, las que había vertido en el coche durante el trayecto de vuelta, las que le habían saltado tras la llamada de aquel loco, las que ahora trataba de reprimir—, todas aquellas lágrimas eran solo las primeras. El pensamiento de todas las que iba a derramar en el futuro lo dejó profundamente agotado. Miriam había sido una zorra, pero también había sido, a su manera, una zorra dulce. Él la había querido mucho. Rick cerró los ojos. Cuando los abrió, encontró a un hombre mirándolo desde el otro lado de la ventana, aunque la ventana estaba en un piso catorce. Rick se sobresaltó y luego vio el uniforme. Un limpiacristales. El hombre lo saludó desde el andamio. Rick levantó la mano en respuesta a su gesto, parecía pesar una tonelada; la dejó caer sobre el muslo tan pronto como la hubo alzado. Frieda le repitió que no se andara con bromas y Rick se sintió más abrumado que nunca. Las lágrimas, se dijo, eran solo el principio.

—Un momento, Frieda —dijo. Dejó el auricular sobre la mesa y se acercó a la ventana para echar la cortina. Ponerse a llorar por teléfono con Frieda al otro lado de la línea ya era bastante horrible como para que, encima, le viera hacerlo un limpiacristales.

Mientras alargaba la mano hasta la cortina, el hombre del andamio se llevó la suya al bolsillo pectoral del mono de trabajo, como si buscara algo. Rick sintió un súbito aguijonazo de inquietud. «Dile que te he dicho que puedes darte por muerto».

(Dios...)

El limpiacristales sacó un pequeño rótulo amarillo con letras negras. El mensaje estaba flanqueado por dos caras imbéciles y sonrientes de «Smiley». ¡QUE TENGAS UN BUEN DÍA!, decía.

Rick asintió cansinamente. Un buen día. Desde luego. Echó la cortina y volvió al teléfono.

7

Cuando por fin convenció a Frieda de que estaba hablando en serio, la empleada estalló en sonoros sollozos, absolutamente sinceros (tanto los empleados de la agencia como los clientes, incluso aquel maldito Ollinger, que escribía unas horribles novelas de ciencia ficción y que al parecer se empeñaba en la tarea de hacer saltar el cierre de todos los sostenes del mundo occidental, apreciaban mucho a Miriam). Por supuesto, Rick lloró con ella hasta que al fin logró dominarse. «Por lo menos —pensó—, había echado la cortina».

Quince minutos más tarde, mientras se preparaba un café, lo asaltó de nuevo el recuerdo de la llamada del loco. Tenía a dos policías ante su puerta y no les había dicho nada. ¿Qué coño le estaba pasando?

«Bueno —se dijo—, mi esposa ha muerto y, cuando la he visto en el depósito, parecía que se le hubiera abierto una segunda boca tres dedos por debajo de la barbilla. Tal vez eso tenga algo que ver».

«Pregúntaselo a Thad Beaumont. Él lo sabe todo al respecto».

El hombre, estaba claro, le había dicho que llamara a Thad. Pero su mente aún estaba en las nubes. Las cosas habían adquirido unas nuevas proporciones que Rick no se veía capaz de comprender, al menos de momento. De acuerdo: llamaría a Thad. Lo haría cuando hubiera informado a la policía de la llamada del loco asesino.

Contó lo sucedido a los agentes de vigilancia y estos se mostraron muy interesados. Uno de ellos transmitió la información a la central por su radiotransmisor. Cuando hubo terminado, dijo a Rick que el detective jefe quería que acudiera a la central para hablar de la llamada que había recibido. Mientras tanto, un equipo acudiría al apartamento para conectar al teléfono una grabadora y un equipo rastreador. Por si había alguna otra llamada.

—Es probable que las reciba —comentó a Rick el segundo agente—. Estos psicópatas están realmente enamorados del sonido de su propia voz.

—Antes de irnos tengo que hablar con Thad —replicó Cowley—. Tal vez él esté también en un apuro, a juzgar por el tono de voz de ese tipo.

—El señor Beaumont ya se encuentra bajo protección policial en su casa de Maine, señor Cowley. Vámonos ya, ¿quiere?

—Sigo pensando que...

—Podrá usted llamarle desde la central. Y ahora, ¿quiere coger una chaqueta?

Rick, perplejo y no muy seguro de que todo aquello fuera real, dejó que los agentes lo llevaran.

8

Un par de horas después, cuando volvieron, uno de los policías que daban escolta a Rick frunció el ceño al ver la puerta del apartamento y murmuró:

—No veo a nadie ahí.

—¿Y pues? —replicó Rick lánguidamente. Se sentía lánguido, como un panel de cristal lechoso a través del cual casi se pudiera ver. Le acababan de formular un montón de preguntas y las había contestado lo mejor que había podido. Tarea difícil, ya que la mayoría carecía de sentido para él.

—Los tipos de Comunicaciones tenían orden de esperar si terminaban antes de que volviéramos.

—Estarán dentro —apuntó Rick.

—Uno de ellos, tal vez, pero el otro debería estar aquí fuera. Es el procedimiento habitual.

Rick sacó las llaves, las revolvió hasta encontrar la del piso y la introdujo en la cerradura. Los problemas que pudieran tener aquellos tipos con los procedimientos de sus colegas no eran de su incumbencia. Afortunadamente, pues aquella mañana ya tenía suficiente con sus propias preocupaciones.

—Primero llamaré a Thad —murmuró. Exhaló un suspiro y ensayó una sonrisa—. Aún no es mediodía y ya me siento como si el día nunca fuera a ter...

—¡No haga eso! —gritó de pronto uno de los policías, al tiempo que saltaba hacia él.

—¿Hacer q...? —empezó a replicar Rick mientras giraba la llave. La puerta estalló en una bola de luz, humo y ruido. El policía cuyo instinto había dado la alarma un segundo demasiado tarde quedó irreconocible para sus familiares. Rick Cowley resultó casi volatilizado. El otro agente, que estaba ligeramente separado de ellos y que se había protegido instintivamente el rostro al oír gritar a su compañero, fue atendido por quemaduras, contusiones y lesiones internas. Por fortuna —casi milagrosamente— la metralla de la puerta y la pared que salió despedida como una nube a su alrededor, no llegó a alcanzarlo. Con todo, el hombre no volvería a trabajar para el departamento de policía de la ciudad de

Nueva York; la explosión lo había dejado sordo para siempre. Dentro del apartamento de Rick, los dos técnicos de Comunicaciones que habían acudido para intervenir el teléfono yacían muertos sobre la alfombra del salón. Clavada con una chincheta en la frente de uno de ellos había una nota:

LOS GORRIONES VUELVEN A VOLAR.

Clavada con una chincheta en la frente del otro había un segundo mensaje:

MÁS COSAS DE LOCOS. DÍSELO A THAD.

SEGUNDA PARTE

STARK ASUME EL MANDO

—Cualquier estúpido con las manos rápidas puede coger a un tigre por las pelotas —dijo Máquina a Jack Halstead—. ¿Lo sabías?

Jack se echó a reír. La mirada que le lanzó Máquina hizo que se lo pensara mejor.

—Borra esa sonrisa idiota de tu rostro y préstame atención —amenazó Máquina—. Te estoy instruyendo. ¿Me prestas atención?

—Sí, señor Máquina.

—Entonces, escucha esto y no lo olvides nunca: cualquier estúpido con las manos rápidas puede coger a un tigre por las pelotas, pero solo un héroe es capaz de seguir apretándolas. Y te diré algo más, ahora que estamos en ello: solo los héroes y los cobardes salen con vida, Jack. Nadie más. Y yo no soy un cobarde.

GEORGE STARK,
Vida de Máquina

QUINCE

ABSOLUTA INCRECULICIA

1

Paralizados por una sensación de profundo horror que los atería como si fuera hielo, Thad y Liz escucharon de boca de Alan Pangborn cómo habían transcurrido las horas de la madrugada en Nueva York. Mike Donaldson, muerto a golpes y a navajazos en el pasillo de su edificio de apartamentos. Phyllis Myers y dos policías, asesinados a tiros en la casa de la fotógrafa en el West Side. El conserje de noche del edificio de la mujer había sido golpeado con un objeto contundente y sufría fractura de cráneo. Los médicos no daban mucho más de un cincuenta por ciento de posibilidades de que despertara en el lado mortal del paraíso. El conserje de la casa de Donaldson también estaba muerto. En todos los casos, el trabajo se había llevado a cabo al estilo de las bandas de gángsters: el autor, sencillamente, se había acercado a las víctimas y había entrado en acción.

En sus explicaciones, Alan se refirió repetidamente al asesino como «Stark».

«Le está llamando por su nombre sin darse cuenta siquiera de que lo hace — reflexionó Thad; luego sacudió la cabeza, un poco irritado consigo mismo—. De alguna manera había que llamar a aquel tipo —se dijo—, y tal vez referirse a “Stark” resultaba un poco mejor que denominarlo “el autor” o “el señor X”». Sería un error pensar que, a aquellas alturas, Pangborn estuviera utilizando el nombre solo como un recurso en la conversación.

—¿Qué sabe de Rick? —preguntó Thad cuando consiguió librarse por fin de su parálisis y al terminar Alan sus explicaciones.

—El señor Cowley está sano y salvo bajo la protección de la policía — respondió el comisario. Eran las diez y cuarto de la mañana y aún faltaban casi dos horas para la explosión que habría de matar a Rick y a uno de los agentes.

—Phyllis Myers también estaba bajo la custodia de la policía... —intervino

Liz. En el espacioso parque de juegos, Wendy dormía profundamente y William estaba dando cabezadas. La cabeza le caía sobre el pecho, los ojos se le cerraban, y enseguida volvía a abrirlos y a levantar aquella dando un respingo. El niño recordó a Alan a un centinela tratando cómicamente de no caer dormido en plena guardia. Sin embargo, cada respingo era un poco más débil que el anterior. Mientras contemplaba a los gemelos, con la libreta de notas cerrada ahora sobre los muslos, Alan advirtió un detalle curioso: cada vez que William alzaba la cabeza en su intento por permanecer despierto, Wendy se agitaba en sueños.

«¿Se habrán fijado en eso los padres? —se preguntó. Y de inmediato pensó—: Claro que lo habrán notado».

—Tiene razón, Liz. El tipo los sorprendió. Los policías pueden verse pillados por sorpresa al igual que cualquier otra persona, pero se supone que saben reaccionar mejor ante lo inesperado. En la planta donde vivía Phyllis Myers, varios ocupantes de los apartamentos abrieron la puerta y se asomaron a mirar después de que sonaran los disparos, de modo que, gracias a sus declaraciones y a lo que ha encontrado la policía en el lugar del crimen, tenemos una idea bastante exacta de cómo sucedieron las cosas. Stark se hizo pasar por un invidente. No se había cambiado de ropa después de los asesinatos de Miriam Cowley y Michael Donaldson, dos muertes que fueron, perdonen que me muestre así de crudo, pero fueron dos baños de sangre. Pues bien, el tipo salió del ascensor con unas gafas oscuras que debió de comprar en Times Square o a algún vendedor ambulante y blandiendo un bastón blanco cubierto de sangre. Dios sabe dónde conseguiría el bastón pero la policía de Nueva York piensa que este fue el objeto contundente con el que atacó al conserje.

—Se lo robó a algún ciego de verdad, por supuesto —comentó Thad con toda calma—. Ese tipo no se anda con chiquitas, Alan.

—Es evidente que no. Parece que gritaba que le habían atracado, o que le habían agredido unos ladrones, a los que había sorprendido en su apartamento. En cualquier caso, el falso ciego se echó encima de los agentes antes de que estos tuvieran tiempo de reaccionar. Al fin y al cabo, no eran más que un par de patrulleros a los que se había apartado de sus tareas habituales, casi sin previo aviso, para asignarles la misión de vigilar la puerta de esa mujer.

—Pero sin duda estarían al corriente de que Donaldson también había sido asesinado, ¿no? —protestó Liz—. Si un hecho así no los convenció de que el individuo era sumamente peligroso...

—Aun así, también sabían que la escolta policial de Donaldson había llegado después de que este hubiera sido asesinado —intervino Thad—. Por eso actuaron con un exceso de confianza.

—Es posible que así fuera —reconoció Alan—. No hay modo de saberlo. En

cualquier caso, los hombres que protegen a Rick Cowley saben que el tipo es atrevido y muy listo, además de un psicópata homicida. Tendrán los ojos bien abiertos. No, Thad... su agente literario está a salvo, puede contar con ello.

—Ha dicho que había testigos —apuntó Thad.

—¡Oh, sí! Montones de testigos. En la casa de Miriam Cowley, en la de Donaldson y en la de Myers. Al tipo no parecía importarle una mierda. —Volvió la vista hacia Liz y le pidió excusas por la expresión.

—Me parece que ya he oído esa palabra más de una vez, comisario —respondió ella con una leve sonrisa. Alan asintió, sonrió a su vez y miró de nuevo a Thad.

—Entonces —dijo este—, ¿la descripción que le di...?

—Se corresponde punto por punto —explicó Alan—. Es un tipo corpulento, rubio y con un buen bronceado. Dígame quién es, Thad. Deme un nombre. Ahora tengo que preocuparme de muchas más cosas, además de la muerte de Homer Gamache. Tengo encima de mí al condenado jefe superior de policía de Nueva York; Sheila Brigham, la encargada de comunicaciones de mi comisaría, piensa que voy a convertirme en una estrella de los medios de comunicación. Pero lo que sigue importándome más es la muerte de Homer. Más incluso que la de los dos policías que intentaban proteger a Phyllis Myers, me interesa resolver la muerte del viejo Gamache. Deme, pues, ese nombre.

—Ya lo he hecho —respondió Thad.

Hubo un largo silencio; diez segundos, tal vez. Luego, en voz muy baja, Alan murmuró:

—¿Qué...?

—El nombre es George Stark. —A Thad le sorprendió la firmeza de su propia voz. Le sorprendió todavía más comprobar lo tranquilo que se sentía interiormente. A no ser que estuviera tomando por tranquilidad lo que era una profunda conmoción. En cualquier caso, el alivio que sentía al expresar en voz alta aquel pensamiento («Ya tiene usted el nombre; se llama George Stark») era indescriptible.

—Me parece que no le entiendo —apuntó Alan Pangborn tras otra larga pausa.

—Claro que le ha entendido, Alan —intervino Liz. Thad la miró, sorprendido por el tono firme y tajante de su voz—. Lo que está diciendo mi marido es que, de alguna manera, su seudónimo ha cobrado vida. La lápida de la foto, la frase que aparece donde debería haber escrito algún versículo o referencia religiosa es un comentario que hizo mi marido al periodista del servicio por cable que fue el primero en hacer público el asunto. NO ERA UN TIPO MUY AGRADABLE. ¿Se acuerda de eso?

—Sí, Liz, pero... —El comisario los miraba a ambos con una mezcla de sorpresa e impotencia, como si por primera vez se diera cuenta de que había estado conversando con una gente que había perdido la razón.

—Guárdese sus peros, comisario —continuó Liz en el mismo tono tajante—. Ya habrá tiempo para todos los peros y réplicas. Los suyos y los de cualquier otro. De momento, atienda a lo que le digo. Thad no bromeaba al decir que George Stark no era un tipo muy agradable. Es posible incluso que Thad creyera estar bromeando, pero no era así. George Stark no solo no era un tipo muy agradable, sino que era de hecho un tipo horrible. Aunque Thad no se diera cuenta de ello, yo sí. Con cada uno de los cuatro libros que escribió, me fui poniendo más y más nerviosa y, cuando Thad se decidió por fin a acabar con él, subí corriendo al dormitorio y me eché a llorar de alivio. —Liz volvió los ojos hacia Thad, que le estaba observando, y lo midió con la mirada antes de asentir—. Es verdad. Me puse a llorar de verdad. Ese tipo de Washington, Clawson, era un maldito reptiloide, pero nos hizo un favor, tal vez el mayor favor de toda nuestra vida de casados, y aunque solo sea por esa razón lamento que haya muerto.

—Escuche, Liz, no creo que piense usted en serio...

—¡No me diga lo que pienso o dejo de pensar! —replicó ella.

Alan parpadeó. La voz de Liz se mantuvo serena, lo bastante baja como para no despertar a Wendy; William alzó la cabeza por última vez antes de tumbarse de costado y caer dormido junto a su hermana. Alan tuvo la sensación de que, de no haber sido por los niños, Liz habría utilizado otro tono de voz más fuerte. Tal vez, incluso, un grito a pleno pulmón.

—Thad tiene que contarle varias cosas. Es preciso que lo escuche con suma atención, Alan, y que dé crédito a lo que le diga. Porque, si no lo hace, me temo que ese hombre (o lo que quiera que sea) continuará matando hasta que haya tachado el último nombre de su lista. Tengo muchas razones personales para no querer que suceda tal cosa. Creo que Thad, yo y los niños podemos figurar también en esa lista, ¿me entiende?

—De acuerdo —asintió el comisario en tono apaciguador. Sin embargo, sus pensamientos se sucedían con gran rapidez. Hizo un esfuerzo consciente por apartar a un lado la frustración, la cólera e incluso el asombro ante lo que acababa de oír, y por examinar aquella idea desquiciada de la forma más esquemática posible. No se trataba de decidir si todo aquello era verdad o no (por supuesto, era imposible imaginar siquiera que pudiese serlo), sino de averiguar por qué la pareja se había molestado en contarle una fábula semejante. ¿Sería un plan para ocultar una imaginaria complicidad en los crímenes? ¿O una complicidad real? ¿Era posible, acaso, que los Beaumont estuvieran realmente convencidos de lo que decían? Al comisario le parecía inconcebible que unas personas instruidas y

racionales como aquellas (al menos, así se habían mostrado hasta aquel momento) pudieran dar crédito a una idea así, pero tenía la misma sensación que cuando acudió a la casa para detener a Thad por el asesinato de Homer: ninguno de los dos desprendía el leve pero inconfundible tufo de la gente que está mintiendo. Mintiendo conscientemente, se corrigió al instante—. Explíquese, Thad.

—Está bien —dijo este.

Carraspeó y se puso en pie con aire nervioso. Se llevó la mano al bolsillo de la camisa hasta que, entre sorprendido e irritado, se dio cuenta de lo que estaba haciendo: buscar el paquete de cigarrillos que hacía años había dejado de llevar allí. Hundió ambas manos en los bolsillos del pantalón y miró a Alan Pangborn como si este fuera uno de sus alumnos que, preocupado, hubiera acudido a refugiarse en los límites, generalmente acogedores, del despacho de Thad.

—Escuche, Alan, aquí está sucediendo algo muy extraño. No, es más que extraño. Es algo terrible e inexplicable, pero está sucediendo. Y empezó, me parece, cuando yo tenía once años.

2

Thad se lo contó todo: los dolores de cabeza de su infancia, los chillidos agudos y las visiones borrosas de los gorriones que anunciaban la llegada de aquellas jaquecas, el regreso de los gorriones. Le enseñó a Alan el folio de su nueva obra con la frase LOS GORRIONES VUELVEN A VOLAR garabateada en el papel con fuertes trazos a lápiz. Le habló del estado de trance que había experimentado el día anterior, en el despacho de la universidad, y de lo que había escrito (citando todas las palabras que pudo recordar) en el reverso del formulario. Le contó lo que había hecho con el papel e intentó transmitir el temor y el aturdimiento que le habían impulsado a destruirlo.

Alan escuchó su relato con rostro impasible.

—Además —concluyó Thad—, estoy convencido de que es Stark. Me lo dice el corazón. —Cerró el puño y se dio unos golpecitos en el pecho.

El comisario permaneció mudo durante unos instantes. Había empezado a dar vueltas al anillo de bodas que llevaba en el dedo anular de la mano izquierda y este gesto parecía captar toda su atención.

—Ha perdido peso desde que se casó, comisario —comentó Liz—. Si no lleva a ajustar ese anillo, cualquier día lo perderá.

—Supongo que sí. —Alan levantó la cabeza y miró a la mujer. Cuando habló, fue como si Thad hubiera salido de la habitación para hacer algún recado y estuvieran los dos solos—. Su marido la llevó al estudio para enseñarle el primer

mensaje del mundo sobrenatural después de que yo me fuera, ¿no es eso?

—No creo que el mensaje viniera de ningún mundo sobrenatural —respondió Liz sin alzar la voz—, pero es cierto que Thad me lo enseñó en cuanto usted se fue.

—¿Justo después de despedirnos?

—No, primero acostamos a los bebés y, cuando también nosotros nos disponíamos a meternos en la cama, le pregunté a Thad qué me estaba ocultando.

—Entre el momento de mi marcha y el momento en que él le habló de los trances y los sonidos de esos pájaros, ¿hubo algún instante en que lo perdiera de vista? ¿Tuvo ocasión de subir al piso de arriba y escribir la frase que yo había mencionado?

—No lo recuerdo con seguridad —admitió ella—. Creo que estuvimos juntos todo el rato, pero no puedo afirmarlo rotundamente. De todos modos, tampoco importaría mucho que yo afirmara que no lo perdí de vista ni un segundo, ¿verdad, comisario?

—¿A qué se refiere, Liz?

—Me refiero a que, en ese caso, pensaría usted que estaba mintiendo. ¿Me equivoco?

Alan exhaló un profundo suspiro. Aquella simple respuesta bastaba.

—Thad no miente en lo que ha explicado.

—Acepto que usted es sincera —asintió Alan— y, dado que no puede asegurar que Thad no se apartara de usted durante un par de minutos, no me veo obligado a acusarla de faltar a la verdad, de lo cual me alegro. Usted reconoce que su esposo pudo tener la oportunidad y creo que reconocerá también que la alternativa parece bastante extravagante.

Thad se apoyó sobre la repisa de la chimenea, pasando los ojos de un interlocutor a otro como si fuera un espectador en un partido de tenis. El comisario Pangborn no estaba diciendo una sola palabra que Thad no hubiera previsto y señalaba los puntos oscuros de su relato con mucha más delicadeza de la que cabía esperar del policía; pese a todo, Thad se sintió amargamente decepcionado, casi desconsolado. El presentimiento de que Alan lo creería —de que, de algún modo, lo creería instintivamente— había resultado tan falso como un frasco de panacea de un buhonero de feria.

—Sí, reconozco todo eso —murmuró Liz con voz tranquila.

—En cuanto a lo que su esposo afirma que sucedió en su despacho de la universidad... no hay testigos de ese desmayo o trance, ni pruebas de lo que asegura haber escrito. De hecho, no le comentó a usted el incidente hasta después de que llamara la señora Cowley, ¿no es cierto?

—Tiene razón, no lo hizo.

—¿Entonces...? —El comisario se encogió de hombros.

—Quiero hacerle una pregunta, Alan.

—Adelante.

—¿Por qué iba a mentir Thad? ¿Con qué propósito haría algo así?

—No lo sé —respondió Alan, mirándola con expresión de absoluta sinceridad—. Tal vez ni él mismo lo sepa. —Dirigió una breve mirada a Thad y la volvió enseguida a Liz—. Puede que ni siquiera sepa que está mintiendo. Mi postura es muy sencilla: ningún policía podría aceptar una cosa así sin un buen número de pruebas concluyentes. Y en este caso no hay ninguna.

—Thad le está diciendo la verdad —insistió Liz—. Entiendo lo que usted me explica, pero deseo fervientemente que usted acepte también que mi esposo le está diciendo la verdad. Lo deseo con desesperación. Mire, yo he vivido con George Stark. Sé lo que Thad fue sintiendo por él conforme transcurría el tiempo. Le contaré una cosa que no apareció en la revista *People*. Thad empezó a hablar de librarse de Stark cuando trabajaba en su penúltimo libro...

—El antepenúltimo —le corrigió Thad sin alzar la voz desde su rincón junto a la chimenea. El deseo de fumar un cigarrillo se había convertido en una fiebre—. Empecé a hablar de ello después del primer título.

—Está bien, el antepenúltimo. El artículo de la revista producía la impresión de que era una decisión muy reciente, pero no es así. A eso me refiero. Si no hubiera aparecido Frederick Clawson para forzar a mi esposo a actuar, creo que Thad aún estaría hablando de librarse de él, al igual que el alcohólico o el drogadicto asegura siempre a su familia y a sus amigos que al día siguiente lo deja... o al otro día... o al otro.

—No —replicó Thad—. No es exactamente lo mismo. Los tiros van por ahí, pero habría que matizar.

Hizo una pausa y frunció el ceño, pero no se limitó a pensar. Se concentró. Alan abandonó a regañadientes la idea de que la pareja le estaba mintiendo u ocultando algo por alguna extraña razón. Thad y Liz no trataban de convencerlo o de convencerse a sí mismos, sino que centraban sus esfuerzos en tratar de expresar verbalmente lo sucedido. Como haría alguien que intentara describir un incendio y la actuación de los bomberos mucho después de que hubiera terminado.

—Escuche —dijo Thad finalmente—. Olvidemos por un momento el asunto de los trances, los gorrones y las visiones precognitivas, si es eso lo que eran. Si lo considera necesario, puede hablar con el doctor George Hume acerca de mis síntomas físicos. Quizá las pruebas que me realizaron ayer muestren algo al analizarlas y, aunque no sea así, el doctor que me operó cuando era niño tal vez viva aún y pueda comentarle el caso. Quizá sepa algo que pueda arrojar cierta luz

sobre este embrollo. No recuerdo cómo se llamaba, pero estoy seguro de que constará en mi historial clínico. En cualquier caso, ahora mismo, toda esa mierda paranormal solo es una pista que no conduce a ninguna parte, una vía muerta.

A Alan le pareció muy extraño que Thad dijera aquello, si realmente había falseado la primera nota precognitiva y había mentido respecto a la segunda. Alguien lo bastante chiflado como para hacer algo parecido —y lo bastante desquiciado como para olvidar que lo había hecho, como para convencerse a sí mismo de que las notas eran auténticas manifestaciones de fenómenos psíquicos — no querría hablar de nada más. ¿O sí? Empezaba a dolerle la cabeza.

—Muy bien —respondió con voz pausada—, si lo que usted llama «esa mierda paranormal» es una vía muerta, ¿cuál es entonces la vía principal?

—George Stark es la vía principal —respondió Thad, y pensó: «La vía que conduce a Terminal, donde concluyen su viaje todos los trenes»—. Imagine que un extraño se ha instalado en su casa. Alguien a quien siempre ha temido un poco, al igual que Jim Hawkins siempre estaba un poco asustado del viejo lobo de mar en la *Almirante Benbow*... ¿Ha leído *La isla del tesoro*, Alan?

Pangborn asintió.

—Entonces, comprenderá el tipo de sentimiento que trato de expresar. Tienes miedo de ese tipo y no te gusta en absoluto, pero permites que se quede. No tienes una posada, como en *La isla del tesoro*, pero tal vez piensas que es un pariente lejano de tu esposa, o algo así. ¿Me sigue?

Alan asintió de nuevo.

—Y, por fin, un día, después de que ese invitado haya hecho algo parecido a estrellar el salero contra la pared porque estaba atascado, le dices a tu mujer: «¿Cuánto tiempo más va a quedarse por aquí ese idiota de tu primo segundo?», y ella te mira y responde: «¿Mi primo segundo? ¡Yo pensaba que era pariente tuyo!».

Alan, a pesar suyo, dejó escapar una risa sofocada.

—Pero, entonces, ¿pones al tipo de patitas en la calle? —continuó Thad—. No, desde luego. Por un lado, el tipo ya lleva un tiempo en la casa y, por grotesco que pueda parecerle a alguien que no se encuentre en tu misma situación, parece como si hubiese adquirido una especie de... de derechos de inquilinato. De todos modos, no es esto lo más importante.

Liz estaba asintiendo con la cabeza. Sus ojos reflejaban la mirada excitada y agradecida de quien acaba de oír la palabra que había tenido en la punta de la lengua durante todo el día.

—Lo importante es el miedo que le tienes —apuntó—. El miedo a cómo reaccionará si le dices, lisa y llanamente, que recoja sus bártulos y coja la puerta.

—Exacto —corroboró Thad—. Quieres ser valiente y decirle que se largue, y

no solo porque temes que pueda ser peligroso. Se convierte en una cuestión de respeto hacia ti mismo. Sin embargo... te limitas a posponer el momento. Encuentras razones para aplazarlo: que está lloviendo y es menos probable que el tipo ponga el grito en el cielo si le pides que se vaya un buen día de sol; o que será mejor decírselo después de haber pasado toda una buena noche de descanso. Llegas a inventar mil razones para retrasar el asunto. Descubres que, si las excusas suenan lo bastante convincentes a tus propios oídos, puedes conservar al menos parte de tu dignidad. Una parte es mejor que ninguna en absoluto, y es mejor que toda, si para recuperarla debes arriesgar incluso la vida.

—Puede que no solo la tuya —intervino de nuevo Liz con la voz serena y agradable, como si estuviera hablando en una reunión de aficionados a la horticultura, tal vez acerca del tema de cuándo plantar maíz o cómo saber en qué momento estarán los tomates a punto para la cosecha—. Stark era un hombre desagradable y peligroso cuando... cuando vivía con nosotros... y sigue siéndolo ahora. Las pruebas demuestran que, en todo caso, se ha vuelto mucho peor. Está loco, desde luego, pero desde su punto de vista sus actos son perfectamente razonables: persigue a cuantos han conspirado para matarlo y los elimina a todos, uno por uno.

—¿Ha terminado ya?

Liz miró a Alan desconcertada, como si la voz del comisario la hubiera despertado de un profundo ensueño.

—¿Qué?

—Le pregunto si ha terminado ya. Si está segura de haber dicho todo lo que quería decir.

Liz perdió la calma. Exhaló un profundo suspiro y se pasó las manos por el cabello sin darse cuenta.

—No se ha creído una sola palabra, ¿verdad, Alan?

—Escuche, Liz —respondió él—, todo esto son... tonterías. Lamento utilizar esta palabra pero, dadas las circunstancias, me parece la más suave que puedo utilizar. Pronto tendrán aquí a más policías. El FBI, supongo, pues a ese hombre ya se le puede considerar fugitivo en más de un estado y el asunto pasa a jurisdicción federal. Si les cuentan ustedes toda esta historia, con los desmayos y trances y escrituras inconscientes, seguro que oirán palabras mucho más fuertes. Si me dijeran que a esas personas las ha matado un fantasma, tampoco les creería... —Thad se empezó a crispar, pero Alan alzó una mano y él volvió a calmarse, al menos de momento—... pero al menos estaría más dispuesto a aceptar una historia de fantasmas que lo que ustedes me están contando. ¡Estamos hablando de un hombre que no existe!

—¿Cómo explica entonces la descripción que hice? —preguntó Thad de

improvisó—. Esa descripción era mi imagen interior del aspecto que tenía, que tiene, George Stark. Aparece parcialmente en la ficha sobre el autor que guarda la Darwin Press en sus archivos, pero los detalles restantes solo existen en mi mente. Nunca me detuve a hacer una imagen mental concreta y consciente de Stark, ¿comprende usted?; simplemente, esa imagen mental fue formándose a lo largo de los años, al igual que nos hacemos una idea del aspecto del locutor que escuchamos cada mañana camino del trabajo. Si algún día vemos al locutor, la mayoría de las veces no coincide en absoluto con lo que habíamos imaginado. En cambio, esta vez parece que he acertado de pleno. ¿Cómo se lo explica?

—No lo sé —respondió Alan—. A menos, claro está, que esté mintiendo respecto a la fuente de la descripción.

—Usted sabe que no miento.

—¡No esté tan seguro! —replicó el comisario. Se incorporó, dio unos pasos hacia la chimenea y hurgó con el atizador en los troncos allí amontonados, con gesto inquieto—. No todas las mentiras son producto de decisiones conscientes. Si un hombre se ha autoconvencido de estar diciendo la verdad, puede pasar incluso por un detector de mentiras sin que se registre ninguna anomalía. Ted Bundy lo hizo.

—Vamos —le cortó Thad—. Deje de hilar tan fino. Volvemos a estar como en el asunto de las huellas dactilares. La única diferencia es que esta vez no puedo presentar una prueba concluyente. Por cierto, ¿qué me dice de esas huellas? Si lo junta todo, ¿no apuntan los indicios a que estamos diciéndole la verdad?

Alan se volvió en redondo. De pronto, se sentía furioso con Thad... y también con Liz. Se sentía como si lo estuvieran arrinconando inexorablemente contra las cuerdas y no tenían maldito derecho a hacerle sentir así. Era como si él fuese la única persona que creía en la redondez de la tierra en una reunión de la Sociedad de la Tierra Plana.

—No puedo explicar esas cosas... Todavía —declaró—. Pero, mientras tanto, quizá querrá usted explicarme de dónde surgió exactamente ese tipo, el real. ¿Qué me dice, Thad? ¿Acaso lo parió, digamos, una noche? ¿O salió de un maldito huevo de gorrión? ¿Tomaba usted su aspecto mientras escribía los libros que luego debían aparecer bajo el nombre del otro? ¿Cómo fue, exactamente?

—No sé cómo empezó a existir —respondió Thad con gesto fatigado—. ¿No cree que se lo diría si pudiera? Por lo que sé y recuerdo, me sentía yo mismo mientras escribía *Vida de Máquina*, *Oxford Blues*, *Pastel de carne de tiburón* y *Camino de Babilonia*. No tengo ni la más remota idea de cuándo se convirtió en... en otra persona distinta. Mientras escribía las obras que firmaba con su nombre, Stark me parecía un ser real, pero solo como me han parecido reales todos mis argumentos mientras los escribo. Quiero decir que me los tomo en

serio, pero no me los creo... aunque sí... cuando...

Hizo una pausa y soltó una ligera carcajada.

—Cuántas veces habré hablado sobre la labor del escritor —continuó—. Cientos de conferencias, miles de clases, y no creo haber dicho nunca una palabra sobre la percepción del escritor de ficción sobre las realidades gemelas que existen para él: el mundo real y el mundo de la novela. Creo que ni siquiera había pensado nunca en ello. Y ahora me doy cuenta de que... bueno... ni siquiera sé qué pensar del tema.

—No importa —intervino Liz—. Stark no tuvo necesidad de ser una persona distinta hasta que Thad se propuso matarlo.

Alan se volvió hacia ella y dijo:

—Bueno, Liz, usted conoce a su marido mejor que nadie. ¿Se transformaba el doctor Beaumont en mister Stark mientras trabajaba en sus novelas de crímenes? ¿Se mostraba violento con usted? ¿Amenazaba a la gente con una navaja barbera en las fiestas?

—Con sarcasmos no conseguiremos allanar esta conversación —replicó Liz, mirándolo con gesto ceñudo.

Alan levantó las manos, exasperado, aunque no sabía con quién estaba más irritado, si con la pareja, consigo mismo o con los tres a la vez.

—No es sarcasmo; solo trato de utilizar un poco de tratamiento de *shock* verbal para hacerles ver lo desquiciados que suenan los comentarios de ambos. ¡Están hablando de un maldito seudónimo que se convierte en un ser de carne y hueso! Si les cuentan a los del FBI solo la mitad de lo que me han dicho a mí, estoy seguro de que empezarán a leerse las leyes del estado de Maine para el internamiento psiquiátrico forzoso.

—La respuesta a su pregunta es no —declaró Liz—. No me pegaba ni mostró nunca una de esas navajas en una fiesta. Pero mientras trabajaba como George Stark y, en particular, cuando escribía acerca de Alexis Máquina, Thad no era el mismo. Cuando... abría la puerta y dejaba entrar a George Stark (creo que esa es la mejor forma de expresarlo), se volvía distante. No frío ni indiferente, sino solo distante. Se mostraba menos interesado en salir, en ver a gente. A veces se saltaba reuniones de la facultad, incluso citas con los alumnos; aunque esto último muy rara vez. Se acostaba muy tarde y a menudo se pasaba una hora dando vueltas en la cama antes de dormirse. Cuando por fin conseguía conciliar el sueño, seguía agitado y murmurando incoherencias como si tuviera una pesadilla. En alguna ocasión le pregunté si las sufría y me dijo que se sentía inquieto y que tenía dolor de cabeza pero, si había tenido alguna pesadilla, no recordaba nada de ella.

»No experimentaba grandes cambios de personalidad, pero no era el mismo. Mi marido dejó de beber hace algún tiempo, Alan. No asiste a las reuniones de

Alcohólicos Anónimos ni nada parecido, pero no ha vuelto a beber. Con una excepción. Cada vez que ha terminado una de las novelas de Stark, ha pillado una borrachera. Es como si así se librara de todo ello, como si se dijera: “Ese hijo de puta se ha ido otra vez. Al menos por ahora, se ha largado. George ha vuelto a su casa de campo en Mississippi. ¡Hurra!”.

—Exacto —asintió Thad—. ¡Hurra!, eso es exactamente lo que sentía. Veamos qué tenemos si dejamos aparte todo ese asunto de los trances y de la escritura automática. El hombre que anda buscando, Alan, está asesinando a gente que conozco, a personas que, con la excepción de Homer Gamache, son responsables de haber «ejecutado» a George Stark... con mi aquiescencia, desde luego. Ese hombre tiene mi mismo grupo sanguíneo, que no es de los más raros pero que, de todos modos, solo posee el seis por ciento de la gente. También concuerda con la descripción que le he dado y que procede de la imagen mental que yo mismo he construido de cómo sería George Stark si existiera de verdad. Fuma la misma marca de cigarrillos que yo hace años. Por último, lo más interesante: por lo visto ese hombre tiene las huellas dactilares idénticas a las mías. Es posible que seis de cada cien personas compartan mi grupo sanguíneo A negativo pero, por lo que sé, no puede haber nadie en este maldito planeta azul que tenga mis mismas huellas. A pesar de todo esto, usted sigue negándose a tomar en cuenta siquiera mi afirmación de que Stark, de algún modo, está vivo. Ahora, comisario Alan Pangborn, dígame una cosa: ¿quién está más desorientado en este asunto, por decirlo así?

Alan sintió que el suelo que pisaba, que hasta entonces había creído sólido y seguro, se movía un poco. Todo aquello era totalmente imposible, ¿no? Pero... Aunque no hiciera nada más el resto del día, tenía que hablar con el médico de Beaumont y empezar a rastrear su historial clínico. Se le pasó por la cabeza que sería realmente magnífico descubrir que el presunto tumor cerebral no había existido, que Thad había mentado... o que lo había imaginado. Si lograba demostrar que aquel tipo era un psicópata, todo resultaría mucho más tranquilizador. Tal vez...

Tal vez, mierda. No existía ningún George Stark, nunca había existido ningún George Stark. Puede que él no fuera uno de esos jóvenes genios del FBI, pero no por eso debía mostrarse tan crédulo como para tragarse un cuento así. Seguramente cazarían a aquel chiflado hijo de puta en Nueva York, cuando fuera a por Cowley; sí, lo más probable era que así fuera. Pero, en caso contrario, tal vez el psicópata decidiera pasar las vacaciones en Maine, aquel verano. Si volvía, Alan quería encontrarlo. No creía que hacer caso de toda aquella basura de *La dimensión desconocida* le fuera de gran utilidad, si llegaba tal ocasión. No quería perder más tiempo hablando de ello.

—El tiempo lo dirá, supongo —respondió con vaguedad—. De momento, les aconsejo que sigan con la explicación que me dieron a mí anoche: que ese individuo se cree George Stark y está lo bastante chiflado como para haber empezado a actuar en el lugar más lógico (lógico para un lunático, al menos): el cementerio donde fue enterrado oficialmente su ídolo.

—Si no deja al menos un poco de espacio en su mente a esa idea, se va a ver metido en un cenagal sin fondo —advirtió Thad—. Ese individuo... No se puede razonar con él, Alan. No se le puede ablandar con súplicas. Uno puede rogarle clemencia, si le da tiempo, pero será en vano. Si alguna vez se acerca a él con la guardia baja, Alan, Stark hará pastel de carne de tiburón con usted.

—Voy a hablar con su médico y con el cirujano que le operó de niño —respondió el comisario—. No sé qué sacaré en claro o si eso arrojará alguna luz sobre el asunto, pero eso es lo que voy a hacer. Por lo demás, supongo que tendré que afrontar los riesgos.

Thad lanzó una sonrisa sin el menor atisbo de humor.

—Desde mi punto de vista, ello conlleva un problema. Mi esposa, mis hijos y yo estaremos afrontando esos riesgos con usted.

3

Un cuarto de hora más tarde, una camioneta cerrada de carrocería blanca y azul aparcó en el camino particular de la casa de Thad, detrás de su coche. Parecía una camioneta de teléfonos y eso resultó ser, aunque en letras minúsculas muy discretas podía leerse en uno de los laterales: «Policía del estado de Maine».

Dos técnicos llamaron a la puerta, se presentaron, pidieron disculpas por el retraso (disculpa que era perfectamente inútil para Thad y Liz, ya que ninguno de los dos sabía que aquellos tipos iban a presentarse) y preguntaron a Thad si tenía inconveniente en firmar el formulario que uno de ellos llevaba en una carpeta. Thad estudió el documento por encima y vio que era una autorización para instalar un equipo de grabación y seguimiento en su teléfono. El documento no les concedía permiso para utilizar las transcripciones obtenidas ante los tribunales de justicia.

Thad estampó la firma en el lugar indicado. Alan Pangborn y uno de los técnicos (Thad advirtió con sorpresa que llevaba un comprobador telefónico colgado de un costado del cinturón y un revólver del 45 en el otro) firmaron como testigos.

—¿Eso de rastrear un teléfono funciona de verdad? —preguntó Thad unos minutos después de que Alan se fuera en el coche al cuartel de la policía del

estado. Desde que les había devuelto el documento, los técnicos habían guardado absoluto silencio y a Thad le pareció importante decir algo.

—Sí —respondió uno de los hombres al tiempo que descolgaba el auricular del teléfono del salón y desmontaba con rapidez la tapa interior de plástico—. Podemos rastrear el punto de origen de una llamada en cualquier lugar del mundo. No se trata de esas viejas escuchas de las películas, donde hay que mantener al comunicante en línea hasta que se ha efectuado el rastreo. Hoy, mientras no cuelgue a este lado de la línea —movió el teléfono, que ahora guardaba cierto parecido a un androide reventado por un disparo de pistola de rayos en una película de ciencia ficción—, podemos rastrear el punto donde se realizó la llamada. Que la mayoría de las veces resulta ser una cabina de un centro comercial.

—En efecto —asintió su compañero. Este manipulaba la conexión del teléfono, que había extraído de la clavija—. ¿Hay algún teléfono en el piso de arriba?

—Dos —le informó Thad. Empezaba a sentirse como si alguien lo hubiera empujado con malos modos al agujero por donde desapareció Alicia—. Uno en mi despacho y otro en el dormitorio.

—¿Con líneas separadas?

—No; todos son supletorios de la misma línea. ¿Dónde pondrán la grabadora?

—Probablemente abajo, en el sótano —respondió el primero con aire ausente mientras introducía los cables del teléfono en un bloque de plástico transparente erizado de conexiones de resorte. En la voz del hombre había un tonillo de «¿le importaría dejarnos hacer nuestro trabajo en paz?».

Thad pasó el brazo en torno a la cintura de Liz y se la llevó de allí, preguntándose si no habría nadie que pudiera o quisiera entender que todas las grabadoras y demás inventos del mundo, por muy último grito de la alta tecnología que fueran, no detendrían a Stark. George Stark estaba allí fuera, tal vez descansando, tal vez ya en camino.

Y si nadie le creía, ¿qué demonios podía hacer, cómo podía prepararse? ¿Cómo iba a defender a su familia? ¿Había algún modo de hacerlo? Se esforzó en pensar y, cuando vio que era inútil, se limitó a escucharse a sí mismo. A veces —no siempre, pero a veces sí— la respuesta le llegaba por este sistema cuando no la obtenía de ninguna otra manera.

Pero en esta ocasión no fue así. Thad se sorprendió al notarse, de pronto, con unas ganas tremendas de camelar a su mujer, llevarla al dormitorio y... Luego recordó que los técnicos de la policía subirían enseguida para continuar sus misteriosas manipulaciones en los supletorios de su anticuada línea única.

«Ni siquiera podemos acostarnos —pensó—. Entonces, ¿qué hacemos?»

Pero la respuesta era bastante sencilla. Se limitaron a aguardar.

De todos modos, no tuvieron que esperar mucho hasta la siguiente y horrible noticia: Stark había acabado con Rick Cowley a pesar de todo. Le había puesto una especie de bomba trampa en la puerta después de emboscar a los técnicos que estaban haciendo en el teléfono de Rick lo mismo que los hombres del salón hacían ahora en el de los Beaumont. Cuando Rick había girado la llave en la cerradura, la puerta había reventado.

Alan les trajo la noticia. No había hecho cinco kilómetros en dirección al cuartel cuando se la habían comunicado por la radio del coche patrulla. Inmediatamente, había dado media vuelta.

—Usted nos había asegurado que Rick estaba a salvo —le dijo Liz. Tanto su voz como su mirada eran apagadas. Incluso su cabello parecía haber perdido el brillo—. Prácticamente, nos lo había garantizado.

—Me equivoqué. Lo siento.

Alan se sentía tan afectado como Liz, pero estaba haciendo un gran esfuerzo para que no se le notara como a ella. Observó a Thad, que le devolvió la mirada con una especie de callado fulgor en los ojos. En las comisuras de los labios de Thad asomaba una leve sonrisa desprovista de todo humor.

«Sabe lo que estoy pensando —se dijo Alan. Probablemente no era cierto, pero así se lo pareció—. Bueno... tal vez no todo, pero al menos una parte. Una buena parte, quizá. Tal vez no consigo disimular, pero no creo que se trate de eso. Creo que está viendo demasiado».

—De acuerdo, hizo usted una suposición que ha resultado errónea, eso es todo —murmuró Thad—. Le sucede al más pintado. Tal vez debería dar marcha atrás y volver a pensar en lo de George Stark. ¿Qué me dice, Alan?

—Que tal vez tenga usted razón —respondió Alan, y se convenció que solo lo decía para tranquilizar a la pareja, sin embargo, el rostro de George Stark, que hasta aquel momento no había vislumbrado más que a través de la descripción de Thad Beaumont, empezó a asomar por encima del hombro. Aún no podía verlo, pero ya lo notaba allí, observando.

—Quiero hablar con ese doctor Hurd...

—Hume —le corrigió Thad—. George Hume.

—Gracias. Quiero hablar con él, de modo que me marchó. Si aparece el FBI, ¿quieren que me pase a verles más tarde?

—No sé Thad, pero yo estaría encantada —dijo Liz.

Thad asintió.

—Lamento mucho todo este asunto, pero lo que más siento es haberle prometido que algo estaba bajo control cuando ha resultado no ser así.

—En un caso como este, supongo que resulta fácil subestimar la situación —

contestó Thad—. Le he contado la verdad (al menos, tal como yo la entiendo) por una sencilla razón: si realmente se trata de Stark, creo que mucha gente más va a subestimarlo antes de que concluya todo esto.

Alan pasó la mirada de Thad a Liz y viceversa. Tras una larga pausa durante la cual no se oyó más sonido que el de la pareja de escolta policial charlando al otro lado de la puerta principal (había otra patrulla de vigilancia en la parte de atrás de la casa) el comisario habló por fin:

—Lo peor del asunto es que ustedes dos están realmente convencidos de lo que dicen, ¿verdad?

—Yo, sí, en cualquier caso —asintió Thad.

—Yo, no —respondió Liz. Los dos hombres la miraron, perplejos—. Yo no estoy convencida. Sencillamente, lo sé.

Alan suspiró y hundió las manos en los bolsillos.

—Hay una cosa que me gustaría saber —prosiguió—. Si esto resultara ser lo que ustedes dicen... Yo no lo creo, no puedo creerlo... Pero si lo fuera, ¿qué diablos busca ese individuo? ¿Solo venganza?

—Ni mucho menos —contestó Thad—. Quiere lo mismo que queríamos usted o yo si estuviéramos en su situación. Quiere dejar de estar muerto. Eso es lo único que quiere: dejar de estar muerto. Yo soy el único capaz de hacer que tal cosa suceda. Si no puedo o no quiero... bueno... entonces él se asegurará al menos de que no le falte compañía.

DIECISÉIS

GEORGE STARK AL HABLA

1

Alan Pangborn se había marchado para hablar con el doctor Hume y los agentes del FBI acababan de dar por finalizado el interrogatorio —si así se podía denominar aquella retahíla de preguntas inconexas planteadas con esa singular desgana— cuando George Stark llamó. El teléfono sonó apenas cinco minutos después de que los técnicos de la policía del estado (que se autodenominaban «los electricistas») se declarasen satisfechos con los accesorios añadidos a los teléfonos de los Beaumont.

Los dos hombres habían descubierto con disgusto, aunque por lo visto sin sorpresa, que a pesar del aspecto exterior moderno de los aparatos de los Beaumont, tenían que enfrentarse al anticuado sistema telefónico de dial giratorio que aún perduraba en Ludlow.

—Muchacho, parece mentira —comentó el electricista que se hacía llamar Wes (en su tono de voz daba a entender que, en realidad, no podía esperarse otra cosa en un lugar tan apartado como aquel).

El otro electricista, Dave, salió un momento a la camioneta a buscar los adaptadores y demás herramientas necesarias para conectar los teléfonos de los Beaumont con las fuerzas del orden, con un equipo de estos de finales del siglo XX. Wes puso los ojos en blanco y luego miró a Thad como si hubiera debido informarle, antes de nada, de que aún vivía en los tiempos pioneros del teléfono.

Ninguno de los dos técnicos dedicó siquiera una mirada a los hombres del FBI que habían volado desde la sede en Boston hasta Bangor, para coger luego la carretera, conduciendo heroicamente a través de las peligrosas tierras salvajes infestadas de lobos y osos, que unía Bangor con Ludlow. Era como si los dos

agentes del FBI existieran en un espectro de luz completamente distinto, al cual los electricistas de la policía del estado fueran tan ciegos como al infrarrojo o a los rayos X.

—Todos los teléfonos del pueblo son así —murmuró Thad humildemente.

Empezaba a notar una desagradable acidez de estómago que, en circunstancias normales, le habría vuelto gruñón y difícil de soportar. Esta vez, en cambio, solo se sentía cansado, vulnerable y terriblemente triste.

Sus pensamientos evocaron una y otra vez al padre de Rick, que vivía en Tucson, y a los padres de Miriam, instalados en San Luis Obispo. ¿Qué estaría pensando ahora mismo el viejo señor Cowley? ¿Y los Pennington? ¿Cómo se tomarían las cosas aquella gente, a menudo mencionada en las conversaciones pero a quien nunca había llegado a conocer en persona? ¿Cómo se encajaría la muerte de un hijo, y sobre todo la muerte inesperada de un hijo ya adulto? ¿Cómo se encajaría el acto simple e irracional del asesinato?

Thad comprendió que estaba pensando en los supervivientes en lugar de en las víctimas por una sencilla razón: se sentía responsable de todo lo sucedido. ¿Por qué no? ¿Quién, si no él, era responsable de la existencia de George Stark? El hecho de que el anticuado sistema de teléfonos de dial giratorio que aún se utilizaba en Ludlow complicara inesperadamente la intervención de su aparato era un detalle más para sentirse culpable.

—Creo que ya está todo, señor Beaumont —dijo uno de los hombres del FBI después de repasar sus notas, prestando tan poca atención a los electricistas como estos a él. El agente, llamado Malone, cerró la libreta de notas, encuadernada en piel y con sus iniciales discretamente grabadas en plata en el ángulo inferior izquierdo de la cubierta. El hombre lucía un traje gris de corte clásico y llevaba el cabello peinado con una raya a la izquierda, que parecía trazada con una regla—. ¿Tienes alguna cosa más, Bill?

El agente Bill Prebble pasó las hojas de su agenda (también encuadernada en piel, pero sin iniciales), la cerró y movió la cabeza.

—No. Creo que con esto hemos terminado —declaró. El agente Prebble llevaba un traje marrón de corte clásico y también se peinaba con una raya a la izquierda trazada a regla—. Tal vez tengamos que hacerle algunas preguntas más en el transcurso de la investigación pero, de momento, tenemos cuanto podemos necesitar. Les agradecemos a ambos su colaboración.

El agente les dirigió una gran sonrisa, tras la cual apareció una dentadura que o bien era postiza, o bien era tan perfecta que resultaba espantosa. Thad se dijo al verla: «Si tuviéramos cinco años, creo que ese hombre nos daría a cada uno un certificado de ¡HOY HA SIDO UN DÍA DE CARAS FELICES! para llevárnoslo a casa y enseñárselo a mamá».

—De nada —dijo Liz en voz baja, sin prestar atención, mientras se frotaba con suavidad la sien izquierda con la yema de los dedos, como si estuviera sufriendo el principio de una intensa jaqueca.

«Probablemente de eso se trata», pensó Thad.

Consultó el reloj que estaba sobre la repisa de la chimenea y vio que acababan de dar las dos y media. Aquella debía de ser la tarde más larga de toda su vida, se dijo. No quería precipitarse en un juicio así, pero le daba la impresión de que así era.

—Si te parece bien —comentó Liz, mientras se ponía en pie—, creo que voy a tenderme un rato para poner las piernas en alto. No me siento muy animada.

—Es una buena...

Como es lógico, la palabra que pretendía añadir para terminar la frase era «idea». Pero, antes de que pudiera pronunciarla, sonó el teléfono.

Todos los presentes miraron el aparato y Thad notó que empezaba a latirle con fuerza una vena del cuello. Una nueva burbuja de acidez, intensa y abrasadora, se alzó poco a poco en su pecho y luego pareció extenderse por la garganta.

—Estupendo —dijo Wes, muy satisfecho—. Así no tendremos que mandar a nadie para que haga una llamada de comprobación.

Thad se sintió de pronto como si estuviera encerrado en un globo de aire helado que se movía con él mientras daba unos pasos hacia el teléfono, que ahora compartía la mesilla con uno de los aparatos de control provisto de pilotos luminosos en un lateral. Uno de los indicadores se encendía y se apagaba al mismo tiempo que el timbre del teléfono.

«¿Dónde están los pájaros? Debería estar oyéndolos ahora mismo». Pero no había ninguno. El único sonido era el insistente timbre del supletorio de la sala.

Wes estaba arrodillado junto a la chimenea, guardando las herramientas en una caja negra que, con sus grandes cerrojos cromados, parecía la fiambarrera del almuerzo de un obrero. Dave estaba apoyado en el umbral entre el salón y el comedor. El electricista le había preguntado a Liz si podía coger un plátano de la cesta de frutas que presidía la mesa y lo estaba pelando con esmero, deteniéndose de vez en cuando a examinar su trabajo con el ojo crítico de un artista en plena labor de creación.

—¿Por qué no conectas el comprobador de circuitos? —indicó a Wes—. Si necesitamos corregir algo en la línea, podemos hacerlo mientras estamos aquí. Puede que así nos ahorremos tener que volver.

—Buena idea —asintió su compañero, y sacó de la especie de fiambarrera un instrumento con un mango de pistola.

Cuando el teléfono sonó, los dos técnicos reaccionaron con una leve expectación, pero nada más. Los agentes Malone y Prebble estaban de pie,

guardando las libretas y alisando las arrugas como filos de cuchillo de las perneras de sus pantalones, en una actitud que confirmaba de algún modo la primera impresión que habían producido a Thad: aquellos dos tipos parecían más unos asesores fiscales que unos hombres de acción acostumbrados a las armas. Malone y Prebble no parecían haber advertido en absoluto que el teléfono estaba sonando.

Pero Liz sí se había dado cuenta. Había dejado de frotarse la sien y miraba a Thad con los ojos abiertos y perplejos de un animal acorralado. En aquel preciso instante, Prebble le estaba dando las gracias por el café y las pastas que le había preparado, pero no pareció sorprendido ante la falta de respuesta de Liz, al igual que no parecía haber advertido el sonido del teléfono.

«¿Qué os sucede a todos? —estuvo a punto de gritar Thad de improviso—. ¿Para qué diablos habéis instalado todo este equipo, sino para atender las llamadas?»

Estaba siendo injusto con ellos, naturalmente, pues la casualidad de que el hombre, tras cuya pista andaban, fuera el primero en llamar a casa de los Beaumont una vez instalado el equipo de seguimiento y escucha (apenas cinco minutos después de acabar la instalación, en realidad) era demasiado improbable... o al menos así lo habrían asegurado a cualquiera que les preguntara. Las cosas no ocurrían de este modo en el maravilloso mundo del servicio policial en vigor a finales de siglo XX, dirían los técnicos. Tenía que ser otro escritor que llamaba a Thad con el fin de comunicarle una nueva idea para una obra, o tal vez una vecina que quería pedirle a su esposa un poco de azúcar. ¿Cómo iba a tratarse del tipo que se creía su *alter ego*? Imposible. Era demasiado pronto, sería demasiada suerte.

Pero quien llamaba era Stark. Thad se lo estaba oliendo y, al ver a su esposa, supo que Liz también lo sabía.

Wes se volvió hacia él, preguntándose sin duda por qué Thad no atendía de una vez el teléfono recién intervenido.

«No te preocupes —pensó Thad—. No te preocupes, hombre; no va a colgar. Sabe que estamos en casa».

—Bueno, será mejor que dejemos de molestarla, señora Beau... —empezó a decir Prebble, pero Liz lo interrumpió para replicar con una voz tranquila, aunque terriblemente afligida:

—Preferiría que esperaran un momento, por favor.

Thad levantó el auricular y gritó por el micrófono:

—¿Qué quieres, hijo de puta? ¿Qué coño quieres?

Wes dio un respingo. Dave se quedó paralizado en el momento en que se disponía a dar el primer mordisco al plátano. Los agentes federales volvieron la

cabeza con gesto brusco. Thad se descubrió deseando con dolorosa intensidad que Alan Pangborn estuviera allí en lugar de haber ido a visitar al doctor Hume. Alan tampoco creía en la existencia de Stark, al menos de momento, pero como mínimo era un ser humano. Thad suponía que los hombres que estaban en la casa también debían de serlo, pero albergaba serias dudas de que ellos les consideraran como tales a él y a Liz.

—¡Es él! ¡Es él! —le decía Liz a Prebble.

—¡Oh, cielos! —respondió el agente. Prebble y su intrépido compañero en el mantenimiento del orden intercambiaron una mirada de absoluta perplejidad: «¿Y qué narices hacemos ahora?».

Thad vio y escuchó todo esto, pero se sentía ajeno a ello. Ajeno incluso a Liz. Ahora, solo contaban él y Stark. Juntos de nuevo por primera vez, como solían decir los presentadores de los antiguos espectáculos de variedades.

—Tranquilo, Thad —respondió George Stark, con un tono entre sorprendido y divertido—. No es necesario que te pongas así.

Era la voz que Thad había esperado oír. Exactamente. Hasta el más leve matiz, incluso aquel acento sureño que le hacía arrastrar un poco las palabras.

Los dos electricistas intercambiaron unas palabras y, a continuación, Dave se dirigió a la camioneta donde tenía un teléfono supletorio. Aún tenía el plátano en la mano. Wes corrió a las escaleras del sótano para comprobar el funcionamiento de la grabadora activada por la voz.

Los intrépidos agentes del FBI permanecieron inmóviles en mitad de la sala, contemplando la escena. Daban la impresión de querer abrazarse el uno al otro en busca de consuelo, como dos niños pequeños perdidos en el bosque.

—¿Qué quieres? —repitió Thad en un tono de voz más sosegado.

—Bueno, solo llamo para decirte que ya he acabado el trabajo —le informó Stark—. Este mediodía he ajustado las cuentas con la última de la lista, esa muchacha que trabajaba en la Darwin Press para el jefe del departamento de contabilidad.

Thad volvió a reconocer el acento sureño de la voz.

—Es la chica que proporcionó a Clawson la pista para sus investigaciones —continuó Stark—. La policía la encontrará en el piso que tenía en la Segunda Avenida, en el centro de la ciudad. Una parte de la chica está en el suelo; el resto lo he dejado en la mesa de la cocina. —Soltó una carcajada y añadió—: He tenido una semana muy ajetreada, Thad. He estado dando saltos más deprisa que un manco en un concurso de dar patadas en el culo. Solo he llamado para tranquilizarte.

—Tus palabras no me sirven precisamente de consuelo... —replicó Thad.

—Bueno, muchacho, dale tiempo... Dale tiempo. Creo que me marcharé al

sur y probaré a ir de pesca. La vida en la ciudad es agotadora.

Stark soltó otra risotada, una especie de estallido de alegría tan monstruoso que Thad notó que se le erizaba el pelo.

Estaba mintiendo.

Thad estuvo tan seguro de ello como de que Stark había esperado a que el equipo de escucha telefónica estuviese instalado antes de efectuar la llamada. ¿Era posible que lo supiera? La respuesta era afirmativa. Tal vez Stark llamara desde algún lugar de la ciudad de Nueva York, pero los dos, Thad y Stark, estaban unidos por el mismo vínculo invisible, pero innegable, que había entre los hermanos gemelos. También ellos eran gemelos, mitades de un mismo todo, y Thad se imaginó, aterrado, saliendo de su propio cuerpo y avanzando por la línea telefónica... No hasta Nueva York, sino hasta mitad de camino, hasta encontrarse con aquel monstruo en el centro del hilo umbilical, al oeste de Massachusetts tal vez, hasta encontrarse y fundirse en solo ser otra vez, como se habían encontrado y fundido, de algún modo, cada vez que había enfundado la máquina de escribir y había cogido uno de aquellos lápices Berol Black Beauty.

—¡Mentiroso de mierda!

Los agentes del FBI dieron un respingo como si alguien los hubiera pellizcado.

—¡Eh, Thad, eso no es muy amable por tu parte! —replicó Stark en tono dolido—. ¿Pensabas que iba a hacerte daño a ti? ¡Todo lo contrario! ¡Solo quería vengarte! Sabía que tenía que ser yo quien lo hiciera. Sé que tú carecías del valor para ello, pero no voy a tenértelo en cuenta; al fin y al cabo, en un mundo tan movido como este, tiene que haber gente de todas clases. ¿Por qué coño iba a molestarme en vengarte y luego dejar las cosas de tal manera que no pudieras disfrutar de esa venganza?

Thad se había llevado los dedos a la pequeña cicatriz blanca de la frente y la frotaba sin darse cuenta, con tal fuerza que empezaba a tener la piel enrojecida. Se descubrió tratando de mantener desesperadamente el dominio de sí mismo. De continuar aferrado a su propia realidad básica.

«Está mintiendo y sé por qué lo hace, y él sabe que lo sé, pero es consciente de que no importa porque nadie me creerá. Sabe lo extraño que les parece todo esto, sabe que están escuchando y lo que piensan... pero también conoce su modo de pensar y eso le hace sentirse seguro. Los policías creen que es solo un psicópata que imagina ser Stark, porque esto es lo que están obligados a creer. Cualquier otra cosa iría contra todo lo que han aprendido, contra todo lo que son. Ni todas las huellas digitales del mundo podrán cambiar eso. Y él sabe que si da a entender que no es George Stark, si insinúa que finalmente se ha dado cuenta de que no es él, la policía bajará la guardia. Quizá no retiren la protección inmediatamente... pero él ya encontrará el modo de acelerar el proceso».

—Ya sabes de quién fue la idea de enterrarte. Fue mía.

—¡No, no! —replicó al instante Stark—. Te empujaron a ello, eso es todo. Cuando apareció en escena ese asqueroso de Clawson, te dejaste impresionar demasiado deprisa, nada más. Luego, cuando llamaste a ese mono sabio que se hacía llamar agente literario, te dio muy malos consejos. Escucha, Thad, fue como si alguien hubiera dejado una gran cagada sobre la mesa del comedor y llamaras a alguien de confianza para preguntarle qué hacer con ella y ese alguien te dijera: «No hay ningún problema, ponle un poco de manteca de cerdo. La mierda con manteca de cerdo tiene un sabor aceptable en una noche fría». Por ti mismo, jamás habrías hecho una cosa así. Lo sé perfectamente, Thad.

—¡Eso es una condenada mentira y tú lo sabes!

De pronto, se dio cuenta de lo perfecto del plan, de lo bien que conocía Stark a la gente con quien estaba tratando. «Lo va a anunciar. Dentro de un momento, abrirá la boca y proclamará que no es George Stark. Y, cuando lo haga, todos le creerán. Escucharán la cinta que ahora mismo están grabando en el sótano y todos, Alan incluido, aceptarán sus palabras. Porque no se trata solo de que lo quieran creer, sino de que ya lo dan por hecho».

—No sé nada de eso —replicó Stark con voz calmada, casi amistosa—. No voy a molestarte más, Thad, pero deja que te dé un pequeño consejo antes de marcharme. Tal vez te irá bien. No sigas pensando que soy George Stark. Ese es el error que yo he cometido, y he tenido que matar a un montón de gente para comprenderlo de una vez.

Thad escuchó el comentario, atónito. Tenía que replicar algo, pero parecía incapaz de vencer aquella extraña sensación de estar desconectado de su cuerpo, de dominar su asombro ante el absoluto y perfecto descaro del tipo.

Pensó en su infructuosa conversación con Alan Pangborn y se preguntó de nuevo quién era él cuando asumía el papel de Stark, que al principio solo fue una más de sus historias. ¿Dónde estaba, exactamente, la línea divisoria entre la realidad y lo imaginario? ¿Acaso había creado a aquel monstruo al perder de vista, de algún modo, esa línea? ¿O había otro factor más, un factor X, que no podía ver, sino solo oír en los chillidos de aquellos pájaros fantasmales?

—No sé —añadió Stark con una risa fácil—, tal vez esté loco de verdad, como me decían en aquel sitio.

«¡Sí, señor! ¡Este era un buen golpe! ¡Hacer que buscaran en los sanatorios mentales de todo el sur a un hombre alto, de constitución robusta y cabello rubio! Aquello no distraería la atención de todos, pero serviría para empezar, ¿verdad?»

Thad agarró con fuerza el teléfono. La cabeza le latía de furia.

—Pero no lamento nada de lo que he hecho, porque esos libros me fascinaron, Thad. Cuando estaba allí, en el manicomio, creo que fueron lo único que me

mantuvo cuerdo. ¿Y sabes una cosa? Ahora me siento mucho mejor. Ahora sé quién soy de verdad, y eso ya es algo. Lo que he hecho podría entenderse, supongo, como una especie de terapia, pero no creo que esa teoría tenga mucho futuro, ¿verdad?

—¡Deja de mentir, maldita sea! —exclamó Thad.

—Podríamos discutir este punto —replicó Stark—. Podríamos discutirlo hasta la saciedad, pero nos llevaría mucho tiempo. Supongo que te habrán dicho que me mantengas al aparato todo el rato posible, ¿no?

«No. No necesitan que sigas hablando. Y eso también lo sabes».

—Transmite mis más atentos saludos a tu encantadora esposa —continuó Stark con un tono en la voz que casi sonaba respetuoso—. Cuida de los pequeños. Y tómatelo con calma tú también, Thad. No voy a molestarte más. Es...

—¿Qué me dices de los pájaros? —preguntó Thad de improviso—. ¿Tú oyes los pájaros, George?

Al otro extremo de la línea se produjo un súbito silencio. A Thad le pareció que había un asomo de sorpresa en aquella quietud, como si, por primera vez en la conversación, algún detalle no hubiera salido según los planes meticulosamente trazados por George Stark. No sabía con exactitud por qué, pero era como si sus terminaciones nerviosas poseyeran un conocimiento oculto del que carecía el resto de su ser. Lo embargó por un instante una sensación de inmenso triunfo, la que podría sentir un boxeador aficionado que logra penetrar en la guardia de Mike Tyson y le hace tambalearse de un golpe.

—George... ¿tú oyes los pájaros?

El único sonido de la habitación era el tictac del reloj de la repisa. Liz y los agentes del FBI estaban pendientes de él.

—No sé de qué me hablas, amigo —respondió Stark con voz pausada—. ¿No es posible que tú...?

—No —le cortó Thad, soltando una carcajada. Sus dedos continuaron frotando la pequeña cicatriz blanca de la frente, con su vaga forma de signo de interrogación—. No, claro. No sabes de qué estoy hablando, ¿verdad? Pues bien, préstame atención un momento, George. Yo sí que oigo esos pájaros. Todavía no sé qué significan, pero lo averiguaré. Y cuando lo logre...

Pero allí se le terminaron las palabras. Cuando lo hiciera, ¿qué sucedería? No tenía ni idea.

La voz del otro lado de la línea declaró lentamente, con gran solemnidad y énfasis:

—No sé de qué estás hablando, Thad, pero no importa. Porque esto ha terminado.

Se escuchó un clic. Stark había colgado. Thad casi se sintió transportado de

nuevo por la línea telefónica desde aquel imaginario punto de encuentro al oeste de Massachusetts, transportado no a la velocidad del sonido o de la luz, sino a la del pensamiento, y devuelto a su propio cuerpo, libre de Stark otra vez.

«¡Dios mío!»

Dejó caer el auricular y este quedó en la horquilla de cualquier manera. Se volvió, sostenido por unas piernas que parecían zancos, sin preocuparse de colgar el aparato como era debido.

Dave entró corriendo en la habitación por una de las puertas, mientras Wes lo hacía por la otra.

—¡Ha funcionado de maravilla! —exclamó Wes. Los agentes del FBI dieron un nuevo respingo y Malone soltó un chillido, ¡hiii!, que recordaba al de una mujer histérica ante la presencia de unos ratones en una historieta. Thad intentó imaginarse a aquel par de agentes en un enfrentamiento con un grupo de terroristas o con una banda armada y le resultó imposible. Tal vez estaba demasiado cansado, se dijo.

Los dos electricistas improvisaron una especie de torpe danza, dándose palmadas en la espalda mutuamente, y luego se dirigieron juntos a la camioneta del equipo.

—Era él —le dijo Thad a Liz—. Aunque haya dicho que no, era él. Él.

—Lo sé —le susurró ella al oído. Thad hundió el rostro en los cabellos de su esposa y cerró los ojos.

2

Los gritos habían despertado a los bebés y ambos lloraban a pleno pulmón en el piso de arriba. Liz subió a calmarlos. Thad estuvo a punto de ir tras ella, pero antes volvió al teléfono y colgó el auricular de forma correcta. El aparato sonó al instante. Era Alan Pangborn, que se había detenido en el cuartel Orono de la policía del estado para beber una taza de café antes de su cita con el doctor Hume. Estaba allí cuando Dave, el electricista, había informado por radio de la llamada recibida y de los resultados preliminares del rastreo del teléfono. Alan parecía muy excitado.

—Todavía no hemos terminado el seguimiento, pero sabemos que la llamada se realizó en la ciudad de Nueva York, código de zona 212. Dentro de cinco minutos localizaremos el punto concreto.

—Era él —repitió Thad—. Era Stark. Él ha dicho que no, pero seguro que era él. Habría que comprobar lo que ha dicho de esa chica. Si mal no recuerdo, se llamaba Darla Gates.

—¿La putilla con malos hábitos nasales?

—Exacto —dijo Thad. Aunque dudaba de que a Darla Gates le preocupara ya gran cosa su nariz. Thad se sentía tremendamente cansado.

—Pasaré el nombre a la policía de Nueva York. ¿Qué tal se encuentra, Thad?

—Bien.

—¿Y Liz?

—Déjese de cumplidos ahora, ¿quiere? ¿Ha oído lo que le he dicho? Era él. No importa lo que afirmara, le aseguro que era él.

—Bueno... ¿Por qué no esperamos a ver qué obtenemos en el rastreo del teléfono?

Thad captó en la voz del comisario un nuevo matiz. No era la especie de cauta incredulidad que había manifestado la primera vez que se había dado cuenta de que los Beaumont hablaban de George Stark como si fuera una persona de carne y hueso. Su tono era, esta vez, de auténtica incomodidad. Thad hubiera preferido no haberlo percibido, pero era demasiado evidente en la voz del comisario. De incomodidad y de esa vergüenza ajena que se siente ante alguien demasiado perturbado, demasiado estúpido o, simplemente, demasiado insensible para experimentarla él mismo. Thad notó una chispa de amarga ironía al pensar en ello.

—Está bien, esperemos a ver —asintió Thad—. Mientras tanto, supongo que seguirá usted adelante y acudirá a la cita con mi doctor.

Pangborn empezó a responder algo acerca de otra llamada pero, de pronto, a Thad no le importó lo más mínimo. La acidez volvía a rezumar en su estómago y esta vez era un volcán. «Qué astuto es —se dijo Thad—. Los policías creen que conocen su juego, pero es George quien quiere que lo crean así. Es él quien conoce las reacciones de los policías y cuando estos se hayan ido, cuando se hayan alejado lo suficiente, el astuto de George se presentará en su Toronado negro. ¿Y qué voy a hacer entonces para detenerlo?»

No lo sabía. Colgó el teléfono dejando a Alan Pangborn con la palabra en la boca y subió al piso de arriba para ayudar a Liz a cambiar a los mellizos y vestirlos para la tarde.

Continuó pensando en la sensación que había experimentado cuando le pareció sentirse atrapado en una línea telefónica que corría a lo largo de la campiña del oeste de Massachusetts, atrapado allí abajo, en la oscuridad, con el astuto George Stark.

Se había sentido como si estuviera en Terminal.

Diez minutos más tarde, el teléfono sonó de nuevo. Se interrumpió a mitad del segundo timbrado y el electricista Wes llamó a Thad al aparato. Este bajó al piso inferior para responder a la llamada.

—¿Dónde están los agentes del FBI? —preguntó a Wes y, por un instante, estuvo seguro de que este le iba a contestar: «¿Agentes del FBI? No he visto a ninguno por aquí».

—¿Ellos? Se han marchado. —Wes se encogió de hombros como si fuera a preguntarle a Thad qué otra cosa esperaba—. Tienen todos esos ordenadores y, si alguien no juega con esas máquinas, supongo que otro se pregunta por qué están tanto rato ociosas y sufren un recorte en el presupuesto o algo parecido.

—Pero, entonces, ¿hacen algo?

—No —se limitó a responder Wes—. En casos como este, no. O, al menos, nunca he estado presente cuando lo hacían. Toman notas, eso es todo. Luego, meten esos datos en algún ordenador. Lo que le he dicho.

—Entiendo.

Wes consultó su reloj y añadió:

—Dave y yo también nos vamos. El equipo instalado funciona solo. Ni siquiera le pasaremos factura.

—Muy bien —dijo Thad, acercándose al teléfono—. Y gracias.

—De nada, señor Beaumont.

Thad se volvió.

—Si quisiera leer uno de sus libros, ¿cuál me recomendaría? ¿Uno de los que ha escrito con su nombre, o uno de los firmados bajo ese seudónimo?

—Pruebe con los del segundo —le indicó Thad mientras descolgaba el teléfono—. Hay más acción.

Wes asintió, esbozó un saludo y se fue.

—¿Diga? —preguntó Thad. Le parecía que pronto tendría un auricular injertado en el oído. Eso le ahorraría tiempo y problemas. Con equipo de grabación y rastreo de llamadas, por supuesto. Podría llevarlo todo en una mochila.

—Hola, Thad. Soy Alan. Aún estoy en el cuartel de la policía. Escuche, las noticias sobre el seguimiento telefónico no son muy buenas. Su amigo llamaba desde una cabina de la estación de Pensilvania.

Thad recordó lo que le había dicho Dave, el otro electricista, acerca de instalar aquel equipo caro de alta tecnología para terminar localizando la llamada en una cabina pública de cualquier centro comercial.

—¿Le sorprende eso? —preguntó al comisario.

—No. Estoy decepcionado, pero no sorprendido. Esperábamos que cometiera

un fallo porque, lo crea o no, casi siempre descubrimos uno, tarde o temprano. Me gustaría pasar a verle esta noche, ¿le parece bien?

—De acuerdo —asintió Thad—, ¿por qué no? Si la cosa se pone aburrida, podemos jugar una partida de *bridge*.

—Esperamos tener los registros vocales de ese tipo esta misma tarde.

—Muy bien, tienen la grabación de su voz. ¿Y qué?

—La grabación, no. Los registros.

—No sé qué...

—El registro vocal es una gráfica por ordenador que representa fielmente las cualidades vocales de una persona —le informó Pangborn—. No tiene nada que ver con el habla, exactamente. No nos interesa el acento, los defectos en la pronunciación y este tipo de cosas. Lo que sintetiza el ordenador es el tono y la intensidad, lo que los expertos llaman voz de cabeza, y el timbre y la resonancia, lo que se conoce como voz de pecho. Se trata de unas huellas verbales y, como las digitales, no se ha encontrado nunca dos iguales. Según me han dicho, la diferencia en los registros vocales de gemelos idénticos es mucho más amplia que las diferencias en las huellas dactilares.

Hizo una pausa y añadió:

—Hemos enviado una copia en alta resolución de la grabación a la Oficina Federal de Servicios Policiales de Washington. De ahí obtendremos una comparación de las dos impresiones vocales, la de usted y la de ese tipo. Los agentes del cuartel deseaban decirme que estaba chiflado. Lo he visto en sus caras pero, después del asunto de las huellas y de la coartada, nadie ha tenido valor para levantarse y expresarse abiertamente.

Thad abrió la boca e intentó decir algo, pero no pudo; se humedeció los labios y volvió a intentarlo, pero fue en vano.

—¿Thad? ¿Va a colgarme otra vez?

—No —respondió y, de pronto, notó un nudo en la garganta—. Gracias, Alan.

—No, no diga eso. Entiendo lo que pretende agradecerme y no quiero llevarle a engaño. Lo único que intento es seguir el procedimiento habitual de investigación. El sistema es un poco extraño en este caso, lo reconozco, porque también las circunstancias lo son. Pero eso no significa que deba sacar usted conclusiones erróneas. ¿Me sigue?

—Sí. ¿Qué oficina es esa?

—¿La Oficina Federal de Servicios Policiales? Tal vez lo único bueno que hizo Nixon en todo el tiempo que permaneció en la Casa Blanca. Consta, sobre todo, de bancos de datos que sirven de centro de distribución de informaciones para los cuerpos de policía locales... y, por supuesto, también están los programadores que dirigen los ordenadores. Podemos acceder a las huellas

dactilares de prácticamente todas las personas condenadas en Estados Unidos por delitos mayores desde 1969, más o menos. La oficina suministra también informes balísticos para compararlos, el grupo sanguíneo del delincuente cuando se cuenta con el dato, los registros vocales y los retratos robot por ordenador de los sospechosos de un delito.

—¿Así comprobaremos si mi voz y la suya...?

—Sí. Deberíamos tenerla aquí a eso de las siete. A las ocho, si los ordenadores van muy cargados de trabajo en Washington.

—Nuestras voces no se parecían en nada —comentó Thad, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—He escuchado la cinta y me he dado cuenta —dijo Pangborn—. Se lo explicaré otra vez: el registro vocal no tiene nada que ver con la manera de hablar. Voz de cabeza y voz de pecho, Thad. Existe una gran diferencia.

—Pero...

—Dígame una cosa, ¿le parece que el pato Lucas y Elmer el cazador tienen la misma voz?

Thad parpadeó, sorprendido.

—Bueno... no.

—A mí tampoco —continuó Pangborn—, pero a los dos personajes les da voz un tipo llamado Mel Blanc, que además hace también las de Bugs Bunny, el gato Silvestre y quién sabe cuántas más. Tengo que irme. Nos veremos esta noche, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Entre siete y media y nueve, ¿le parece?

—Le esperaremos, Alan.

—De acuerdo. Suceda lo que suceda con este asunto, mañana voy a regresar a Castle Rock y, salvo que ocurra algo imprevisto, allí me voy a quedar.

—El dedo, después de hurgar, pasa a otra cosa, ¿verdad? —dijo Thad, y pensó: «Al fin y al cabo, Stark cuenta con ello».

—Sí... Tengo muchos otros pescados que freír. No son tan grandes como este, pero la gente de Castle Rock me paga un sueldo para que me encargue de ellos, ¿entiende a qué me refiero?

A Thad, el comentario le pareció una cuestión importante y no una simple expresión.

—Sí, lo entiendo.

«Los dos lo entendemos. Yo... y el astuto de George».

—Yo me marcharé, pero usted tendrá un coche patrulla de la policía del estado frente a la puerta de su casa veinticuatro horas al día, hasta que todo esto haya terminado. Son tipos duros, Thad. Y si los agentes de Nueva York bajaron

un poco la guardia, los hombres que le vigilan no van a caer en el mismo error. Nadie volverá a subestimar a ese fantasma. Nadie se olvidará de usted ni dejará que usted y su familia se enfrenten solos a esto. Habrá gente trabajando en este caso y, mientras tanto, habrá otras personas vigilándole a usted y a los suyos. Lo entiende bien, ¿verdad?

—Sí, lo entiendo —dijo Thad. Y pensó: «Hoy, sí. Y mañana, la semana que viene, el mes próximo tal vez. Pero ¿y dentro de un año? De ningún modo. Lo sé con certeza. Él lo sabe también. De momento, la policía no creerá del todo que ha recuperado la razón y ha dejado de matar. Pero más adelante, cuando transcurran las semanas y no suceda nada, convencerse de ello será conveniente más que por razones políticas, por cuestiones económicas. Porque George y yo sabemos que el mundo sigue dando vueltas bajo el sol, al igual que sabemos que en cuanto todo el mundo esté ocupado friendo esos otros pescados, George se presentará y me freirá a mí. A NOSOTROS».

4

Quince minutos después, Alan seguía aún en el cuartel de la policía del estado, aún al teléfono y aún a la espera. Se oyó un chasquido al otro lado de la línea y la voz de una mujer joven le habló en tono de disculpa.

—¿Puede mantenerse a la espera un poco más, jefe Pangborn? El ordenador tiene uno de sus días lentos.

Alan estuvo a punto de decirle que era comisario, no jefe, pero luego decidió que carecía de importancia. Era un error que todo el mundo cometía.

—De acuerdo —asintió.

Clic.

Volvió a quedarse «a la espera», la versión contemporánea del limbo.

Alan Pangborn estaba sentado en un pequeño despacho abigarrado en el último rincón del cuartel; un poco más atrás, y habría tenido que ocuparse de sus cosas entre los arbustos. El despacho estaba lleno de archivadores polvorientos. La única mesa útil era un pupitre recuperado de una escuela primaria, de esos que tenían la superficie inclinada, la tapa con bisagra y un agujero para el tintero. Alan, sentado en él, levantó la parte delantera del pupitre con las rodillas y se balanceó hacia delante y hacia atrás ociosamente, al tiempo que giraba sin cesar la hoja de papel que tenía entre manos. En ella, escritas con la letra pequeña y cuidadosa del comisario, había dos anotaciones separadas: una decía: «Hugh Pritchard», y la otra: «Hospital del Condado de Bergenfield, Bergenfield, New Jersey».

Alan recordó la conversación que había mantenido con Thad hacía media hora, en la que había asegurado al escritor que los valientes policías del estado le protegerían a él y a su esposa del loco que se creía George Stark, si ese demente intentaba acercarse a ellos. Alan se preguntó si Thad habría tomado en serio sus palabras tranquilizadoras. Lo dudaba, pues estaba seguro de que un tipo que se ganaba la vida escribiendo novelas tendría buen olfato para los cuentos de hadas.

Desde luego, era cierto que la policía trataría de proteger a los Beaumont; de eso no cabía duda. Sin embargo, Alan no podía dejar de pensar en algo que había sucedido en Bander en 1985.

En esa ocasión, una mujer había solicitado y recibido protección policial después de que su marido, del cual estaba separada, le hubiera propinado una paliza y la hubiera amenazado con volver a matarla si continuaba adelante con sus planes de divorcio. Durante dos semanas, el hombre había permanecido en las sombras. El departamento de policía de Bangor ya estaba a punto de retirar la escolta de protección, cuando se había presentado el marido al volante de una furgoneta de una lavandería y vestido con un mono verde, con el nombre del establecimiento en la espalda. El hombre había llegado hasta la puerta de la casa con un montón de ropa limpia en las manos. Los policías tal vez lo habrían reconocido, incluso a pesar del uniforme, si hubiera hecho su aparición días antes, cuando la orden de vigilancia era reciente. Sin embargo, todo esto no eran más que suposiciones, pues lo cierto es que no despertó la menor sospecha cuando al fin se presentó. El hombre llamó a la puerta y, tan pronto como la mujer le abrió, el ex marido sacó un arma del bolsillo del pantalón y la mató de un disparo. Antes de que los agentes destinados a la protección de la mujer se dieran cuenta de lo que había ocurrido, y mucho antes de que reaccionaran saltando del coche patrulla, el hombre ya estaba al pie del porche con las manos en alto, después de arrojar entre los rosales la pistola aún caliente. «No disparen —había dicho a los agentes con toda calma—. Ya he terminado». Según resultó, el hombre había pedido prestados el vehículo y el uniforme a un viejo compañero de juergas que ni siquiera estaba al corriente de que el autor de los disparos estuviera separado de su mujer.

Las cosas estaban muy claras: si a alguien se le metía en la cabeza acabar con una persona y tenía un mínimo de suerte, seguro que lo conseguía. Solo había que recordar a Oswald o a Chapman, o ver lo que había hecho el tal Stark con toda aquella gente de Nueva York.

Clic.

—¿Sigue usted ahí, jefe? —preguntó en tono vivaracho la voz femenina del Hospital del Condado de Bergenfield.

—Sí —respondió Alan—. Sigo a la espera.

—Ya tengo la información que me ha solicitado. El doctor Hugh Pritchard se jubiló en 1978. Tengo una dirección y un número de teléfono del doctor en Fort Laramie, Wyoming.

—¿Podría facilitármelos, por favor?

La mujer le dictó la dirección y el teléfono. Alan le dio las gracias, colgó y marcó el número. Solo tuvo tiempo a escuchar medio zumbido y, a continuación, un contestador automático empezó a recitar su mensaje grabado en el oído del comisario.

—Hola, aquí Hugh Pritchard —dijo una voz grave. «Bueno», pensó Alan, «al menos el tipo no ha muerto; eso ya es algo»—. Helga y yo no estamos en casa ahora mismo. Probablemente estoy jugando al golf, y Dios sabe qué planes tiene Helga. —El hombre había grabado también una ronca carcajada—. Si desea dejar algún mensaje, haga el favor de esperar a que suene la señal. Dispone de unos treinta segundos.

¡Piip!

—Doctor Pritchard, soy el comisario Alan Pangborn, jefe de policía de Castle Rock, en Maine. Necesito hablar con usted acerca de un hombre llamado Thad Beaumont. Usted le operó de un tumor cerebral en 1960, cuando el señor Beaumont tenía once años. Por favor, llámeme a cobro revertido al cuartel Orono de la policía del estado, número 207-866-2121. Muchas gracias.

Cuando finalizó el mensaje, tenía la frente bañada de un ligero sudor. Hablar con un contestador automático siempre le hacía sentirse como el concursante de algún programa de televisión.

«¿Por qué te tomas tantas molestias con este asunto?», se dijo.

La respuesta que le había dado a Thad era muy sencilla: cuestión de método. Pero Alan no se sentía satisfecho con una respuesta tranquilizadora como aquella, pues sabía que su reacción no tenía nada de rutinaria. Tal vez habría guardado alguna relación con el método si aquel doctor Pritchard hubiera operado a un hombre que se hacía llamar *Stark*

(«Aunque ya no, ahora que dice saber quién es de verdad»), pero no era así. El cirujano había intervenido a Thad Beaumont y, en cualquier caso, la operación se había realizado hacía veintiocho años.

Entonces, ¿por qué?

Porque nada de aquello encajaba. Por eso. No encajaban las huellas dactilares, ni el grupo sanguíneo obtenido de los rastros de saliva en las colillas de cigarrillos, ni la combinación de astucia y de furia homicida que había mostrado el tipo, ni la insistencia de Thad y Liz en que el seudónimo era de carne y hueso. Sobre todo, esto último. Una afirmación como aquella era propia de una pareja de lunáticos. Y ahora tenía un dato más que no encajaba. La policía del estado daba

por buena, sin cuestionarla, la declaración del tipo respecto a que por fin había tomado conciencia de quién era en realidad. Para Alan Pangborn tal afirmación era menos auténtica que un billete de tres dólares. Las palabras del loco asesino sonaban a truco, a artimaña, a falsedad.

El comisario se dijo que tal vez el tipo aún seguía rondando.

«Pero nada de esto contesta a la pregunta —le susurró su mente—. ¿Por qué te preocupas por todo esto? ¿Por qué llamas a Fort Laramie, Wyoming, siguiendo la pista de un viejo doctor que, probablemente, no recuerda en absoluto a su paciente Thad Beaumont?»

«Porque no tengo nada mejor que hacer —se respondió a sí mismo, irritado—. Porque desde aquí puedo hacer las llamadas que quiera sin que el consejo municipal me pida explicaciones sobre los gastos en conferencias a larga distancia. Y porque ellos, Thad y Liz, están convencidos de lo que afirman. Es una locura, desde luego, pero los dos parecen bastante cuerdos, salvo en este punto... y, maldita sea, ellos creen que es la verdad. Aunque eso no significa que yo también lo crea».

Y no lo creía. ¿O sí?

El día transcurrió lentamente y el doctor Pritchard no respondió a su mensaje. En cambio, los registros vocales llegaron a sus manos poco después de las ocho y el resultado de los análisis por ordenador lo dejó asombrado.

5

Las huellas no se parecían en nada a lo que Thad había esperado. Había imaginado encontrarse con una gráfica en papel milimetrado con una serie de ondas, picos y valles que Alan Pangborn trataría de explicarles. Liz y él asentirían con aire grave a sus comentarios, como suele suceder cuando alguien se pone a explicar una cosa demasiado complicada para los profanos y estos escuchan sin plantear preguntas, conscientes de que las explicaciones que seguirían a estas resultarían aún menos comprensibles.

En cambio, Alan les mostró dos sencillas hojas de papel en blanco con una única línea trazada en cada una de ellas. Cada línea tenía unos tramos en dientes de sierra, siempre por pares o tríos, pero la mayor parte de ellas consistía en un trazo de suaves (aunque irregulares) ondulaciones. Uno solo tenía que comparar las dos hojas a simple vista para advertir que era idénticas o casi.

—¿Lo son? —preguntó Liz.

—No del todo —respondió Alan—. Observen.

Deslizó una hoja encima de la otra, moviéndolas como si fuera un

prestidigitador que efectuara un truco de excepcional dificultad, y las levantó luego al trasluz. Thad y Liz observaron con atención el dibujo de ambas hojas.

—Son iguales —declaró Liz en voz baja, llena de asombro—. Las dos líneas son idénticas.

—Bueno... no exactamente —respondió Alan al tiempo que señalaba tres puntos donde la línea de los registros vocales de la hoja colocada detrás se diferenciaba ligeramente de la que había puesto delante.

Uno de los puntos distintos sobresalía por encima de la línea de la primera hoja, mientras que los otros dos lo hacían por debajo. En los tres casos, las diferencias se producían allí donde las líneas formaban los dientes de sierra. En el resto del gráfico, las ondulaciones suaves coincidían a la perfección.

—Las diferencias están en las impresiones vocales de Thad, y solo indican un mayor énfasis en la emisión de voz. —Alan fue señalando con el dedo cada uno de los puntos—: Aquí es donde decía: «¿Qué quieres, hijo de puta? ¿Qué coño quieres de nosotros?». Y aquí: «Esto es una maldita mentira y tú lo sabes». Y, finalmente, aquí: «¡Déjate de mentiras, maldita sea!». De momento, todo el mundo se ha concentrado en estas tres minúsculas diferencias porque prefieren aferrarse a la convicción de que no pueden existir dos registros vocales idénticos. Pero lo cierto es que en la parte de la conversación que corresponde a Stark no aparece ningún punto de énfasis. Ese cerdo se mantuvo frío, tranquilo y sereno en todo momento.

—Sí —aseguró Thad—. Parecía estar saboreando un refresco.

Alan dejó los papeles con los registros vocales sobre la mesilla junto al sofá.

—En la central de la policía del estado nadie se cree de verdad que sean dos voces diferentes, incluso teniendo en cuenta esas minúsculas diferencias —declaró—. Los registros vocales nos llegaron enseguida de Washington. Si me he retrasado es porque, cuando el experto de Augusta las ha visto, ha querido una copia de la cinta grabada. Se la hemos enviado en un vuelo de Eastern Airlines desde Bangor y allí la han analizado con un aparato que llaman potenciador de audio y que utilizan para determinar si una persona ha pronunciado realmente las palabras que investigan o si la voz de alguno de los interlocutores procede de una cinta.

—Si la voz habla en directo o si estaba grabada con antelación, ¿no es eso? —preguntó Thad, sentado junto a la chimenea con un vaso de soda en la mano.

Liz había vuelto al parque de juegos después de observar los registros vocales. Estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas tratando de evitar que William y Wendy chocaran cabeza con cabeza mientras se examinaban los dedos de los pies el uno al otro.

—¿Por qué quieren investigar eso? —preguntó.

El comisario hizo un gesto con el pulgar señalando a Thad, en cuyos labios había aparecido una amarga sonrisa.

—Su esposo se lo dirá.

Thad se volvió hacia Alan y dijo:

—Gracias a esas pequeñas diferencias en los gráficos, los expertos pueden al menos engañarse a sí mismos pensando que son las voces de dos interlocutores distintos, aunque sepan muy bien que no es así. Era esto lo que usted quería explicar, ¿verdad, comisario?

—Ajá. Aunque yo nunca he oído hablar de unos registros vocales que se parezcan tanto, ni por asomo. —Se encogió de hombros y continuó—: Desde luego, no tengo tanta experiencia como esos tipos de la Oficina Federal que se ganan la vida estudiando estas cosas, ni como los expertos de Augusta, que son una especie de especialistas en medicina general: registros vocales, huellas dactilares, huellas de pisadas, de llantas de neumático. Sin embargo, a pesar de todo, siempre trato de estar al día en mi profesión y, además, me encontraba presente cuando llegaron los resultados, Thad. Es cierto que intentan engañarse a sí mismos, pero sin mucho entusiasmo.

—De modo que tienen tres pequeñas diferencias, pero no son suficientes —murmuró Thad—. El problema es que mi voz estaba muy alterada y la de Stark, no. Así pues, han recurrido a ese potenciador con la esperanza de encontrar algún fraude. Con la esperanza, en fin, de que la parte de la conversación correspondiente a Stark resultara ser una grabación. Hecha por mí mismo. —Frunció el ceño en dirección a Alan y añadió—: ¿Me he llevado el jamón de premio?

—No solo eso; ha ganado también la cristalería de seis servicios y un viaje pagado a Kittery.

—Es lo más idiota que he oído nunca —declaró Liz rotundamente.

Thad soltó una carcajada sin humor.

—Todo este asunto es una idiotez. Han imaginado que podía haber fingido diferentes voces, como Mel Blanc. La idea es que pude grabar una cinta con la voz de George Stark, intercalando pausas para introducir después, ante testigos, mi propia voz. Y, por supuesto, tendría que haber comprado un aparato para conectar la grabadora a un teléfono público. Porque esos aparatos existen, ¿verdad, Alan?

—Desde luego. Se pueden adquirir en cualquier tienda importante de accesorios electrónicos o marcando el número de teléfono de una de esas cadenas de venta por correo.

—Exacto. Lo único que me faltaría entonces sería un cómplice, alguien de confianza que estuviera dispuesto a ir a la estación de Pensilvania, conectar la

cinta al teléfono de una de las cabinas como si tal cosa, y marcar el número de mi casa a la hora convenida. Luego... —Thad hizo una pausa, como si titubeara—, ¿cómo habría pagado la conferencia, Alan? Se me ha olvidado ese detalle. Desde luego, no fue a cobro revertido.

—El comunicante utilizó su número de tarjeta de crédito telefónica —le informó Alan—. Evidentemente, se la dio usted a su cómplice.

—Sí, evidentemente. Una vez puesto en marcha todo este montaje, solo me quedaba un par de cosas por hacer. Una era asegurarme de que respondía al teléfono yo mismo. La otra era recordar lo que tenía que decir para colocarlo en cada pausa de forma correcta. Eso me salió muy bien, ¿no le parece, Alan?

—Sí, fantástico.

—Mi cómplice corta la llamada en el momento que indica el guión. Desconecta la grabadora del teléfono, se la pone bajo el brazo...

—No, hombre, se la mete en el bolsillo —le corrigió Alan—. El material que se vende hoy en día es tan bueno que hasta la CIA acude a comprarlo al supermercado de electrodomésticos.

—Está bien, la guarda en el bolsillo y desaparece del lugar. El resultado es una conversación en la que varias personas me ven y me oyen hablar con un interlocutor que se encuentra a setecientos kilómetros, un hombre con una voz que parece distinta (en la que se advierte, de hecho, un ligero acento sureño), pero que tiene el mismo registro vocal que yo. Esto es una repetición del asunto de las huellas dactilares, solo que aún mejor.

Thad miró a Alan buscando una confirmación a sus palabras.

—Pensándolo mejor —dijo Alan—, se ha ganado usted el viaje a Portsmouth con todos los gastos pagados.

—Gracias.

—De nada.

—Todo esto no solo me parece idiota —intervino Liz—, sino también absolutamente increíble. Creo que toda esa gente tendría que hacerse mirar la cabeza...

Aprovechando que había desviado por un instante su atención, los gemelos consiguieron por fin darse un buen golpe cabeza contra cabeza y empezaron a llorar a grito pelado. Liz cogió en brazos a William. Thad rescató a Wendy.

Cuando la crisis hubo pasado, Alan comentó:

—Es increíble, desde luego. Lo sabe usted, lo sé yo y lo saben ellos. Pero Conan Doyle puso en boca de Sherlock Holmes una frase, al menos, que sigue siendo un axioma en la investigación de un crimen: una vez eliminadas todas las explicaciones imposibles, lo que queda es la respuesta, por improbable que pueda parecer.

—Me parece que la frase original era más elegante —apuntó Thad.

—¡A la mierda! —replicó Alan con una sonrisa.

—Puede que a usted y a Thad les parezca muy divertido, pero yo no le veo la gracia —declaró Liz—. Mi marido tendría que estar loco para hacer algo similar... ¡Claro!, la policía debe de pensar que los dos estamos locos.

—No, Liz, nadie piensa eso —explicó Alan con voz seria—, al menos de momento, y nadie lo pensará mientras sigan guardándose los comentarios más extravagantes para ustedes.

—¿Y usted, qué, Alan? —intervino Thad—. Le hemos explicado toda esa historia que ahora llama comentarios extravagantes. ¿Qué opina usted?

—No creo que estén locos. Todo esto resultaría mucho más sencillo si pensara lo contrario, pero no entiendo lo que está pasando.

—¿Qué le dijo el doctor Hume? —quiso saber Liz.

—Me dio el nombre del cirujano que operó a Thad cuando era pequeño —respondió Alan—. Se llama Hugh Pritchard... ¿le despierta algún recuerdo ese nombre, Thad?

Thad frunció el ceño y se concentró. Por último, dijo:

—Creo que sí, pero podría estar engañándome a mí mismo. Ha pasado mucho tiempo desde entonces.

Liz estaba inclinada hacia delante con un nuevo brillo en los ojos; William miró al comisario desde la seguridad del regazo de su madre.

—Entonces, ¿qué le ha dicho Pritchard?

—Nada. Ha atendido la llamada un contestador automático, lo cual me permite deducir que el doctor aún está vivo, y eso es todo. Le he dejado un mensaje.

Liz volvió a echarse hacia atrás en el asiento, visiblemente decepcionada.

—¿Qué hay de mis pruebas? —inquirió Thad—. ¿Tiene ya los resultados el doctor Hume? ¿O no ha querido revelarle nada?

—Dice que cuando reciba los resultados, usted será el primero en saberlo —respondió Alan y, con una sonrisa, añadió—: El doctor Hume parecía muy ofendido ante la idea de comunicar cualquier dato a un comisario de pueblo.

—Así es George Hume —comentó Thad, sonriendo también—. Tiene fama de brusco.

Alan se movió en su asiento.

—¿Le apetece algo de beber, comisario? —le preguntó Liz.

—No, gracias. Volvamos a lo que la policía del estado cree o no cree. Los investigadores no consideran probable que ninguno de los dos esté involucrado en el asunto, pero se reservan el derecho a cambiar de opinión. Saben que no pueden colgarle los muertos de anoche ni de esta mañana, Thad. Tal vez fuera un

cómplice (el mismo, hipotéticamente, que se habría encargado del truco de la grabación telefónica), pero usted, no. Usted estaba aquí.

—¿Qué hay de Darla Gates, la chica que trabajaba en la sección de contabilidad? —preguntó Thad sin alzar la voz.

—Muerta. Mutilada de forma bastante horrible, como apuntó la voz del teléfono, pero muerta de un balazo en la cabeza antes de que la mutilaran. No sufrió nada.

—Eso es mentira.

Alan le miró con un parpadeo de perplejidad.

—Seguro que no la despachó tranquilamente —continuó Thad—. Después de lo que le hizo a Clawson, seguro que no. Al fin y al cabo, esa chica fue la primera soplona, ¿no? Clawson le puso delante algún dinero (no pudo ser mucho, a juzgar por el estado financiero del tipo) y ella se lo agradeció revelándole el secreto. Así que no me venga ahora con que le disparó antes de mutilarla y que no sufrió nada.

—Está bien —reconoció Alan—. No ocurrió como le he dicho. ¿Quieren saber qué sucedió de verdad?

—No —respondió Liz al instante.

Hubo un momento de denso silencio en la sala. Incluso los gemelos parecieron advertirlo y se miraron mutuamente con aire de gran solemnidad. Por fin, Thad insistió:

—Permítame preguntárselo otra vez: ¿qué piensa usted del asunto? ¿Cuál es su opinión ahora?

—No tengo ninguna teoría. Sé que no grabó usted la parte de la conversación correspondiente a Stark porque los aparatos especiales no detectaron ningún montaje a base de cintas y porque, una vez analizada la grabación de la llamada, se oyen los altavoces de la estación anunciando la inminente salida del tren *Peregrino* a Boston por el andén número tres. Hemos comprobado que, en efecto, el *Peregrino* salió esa tarde de la vía número tres y que a las dos y treinta y seis estaba subiendo a bordo el pasaje, todo lo cual demuestra la autenticidad de la llamada. Pero a mí me sobran esas comprobaciones. Si la conversación hubiera estado grabada o preparada de algún modo, usted o Liz me habrían preguntado por el resultado del análisis de la cinta en cuanto he sacado el asunto a colación. Y ninguno de los dos lo ha hecho.

—Es decir —murmuró Thad—, que a pesar de todo sigue sin creernos, ¿verdad? Me refiero a que no deja de darle vueltas y más vueltas al tema, hasta el extremo de seguir el rastro del doctor Pritchard, pero no termina de decidirse a tomar al toro por los cuernos, ¿no es eso? —Thad se sorprendió por el tono de frustración y desaliento de su voz.

—El propio tipo admitió que no era Stark.

—Sí, claro. Precisamente en eso fue sincero, ¿no? —Thad se echó a reír.

—Reacciona usted como si no le sorprendiera.

—Desde luego que no. ¿Acaso le sorprende a usted?

—Con franqueza, sí. Después de tomarse tanto trabajo para dejar constancia de que usted y él tienen las mismas huellas dactilares, los mismos registros vocales...

—Un momento, Alan, por favor... —intervino Thad. Pangborn se interrumpió y lanzó una mirada inquisitiva al escritor—. Esta mañana le he dicho que estaba seguro de que todo esto es obra de George Stark. No de un cómplice mío o de un psicópata que, de alguna manera, hubiera inventado un sistema para dejar las huellas dactilares de otras personas (en el tiempo libre que le dejan sus ataques asesinos y sus crisis de identidad, claro está). Usted no me ha creído entonces. ¿Me cree ahora?

—No, Thad. Ojalá pudiera darle otra respuesta, pero lo máximo que puedo decirle es esto: creo que usted está convencido de ello. —Volvió los ojos para mirar también a Liz—. Que ambos lo creen.

—Yo tendré que aceptarlo como cierto porque, de lo contrario, puedo darme por muerto —declaró Thad—. Y conmigo el resto de mi familia, más que probablemente. De momento, me alegra oírle decir que no tiene usted ninguna teoría. No es mucho, pero es un paso adelante. Yo pretendía hacerle ver que la cuestión de las huellas dactilares y de los registros vocales carece de importancia, y Stark lo sabe. Puede usted hablar todo lo que quiera respecto a descartar lo imposible y aceptar lo que quede, por improbable que sea, pero el asunto no va por ahí. Usted no acepta a Stark, pese a que es lo que queda cuando se elimina el resto. Mirémoslo de este modo, Alan: si usted tuviera todas estas pruebas de que sufre un tumor cerebral, seguro que acudiría al hospital para someterse a una intervención, aunque tuviera bastantes posibilidades de no salir de ella con vida.

Alan abrió la boca, sacudió la cabeza y volvió a cerrar las mandíbulas. Salvo el tictac del reloj y el suave balbuceo de los gemelos, no se oía nada más en la sala, donde Thad empezaba a sentirse cada vez más como si hubiera pasado allí toda su vida adulta.

—Por un lado —prosiguió Thad con voz grave—, tiene usted pruebas circunstanciales lo bastante contundentes como para presentar el caso ante un tribunal. Por el otro, tiene la afirmación, imposible de comprobar, de una voz que dice por teléfono «haber recuperado el juicio» y «saber por fin quién es en realidad». Pero usted va a hacer caso omiso de las pruebas en favor de esa mera declaración.

—No, Thad. Eso no es verdad. De momento, no voy a aceptar ninguna afirmación: ni de usted ni de su esposa ni menos aún las del tipo que efectuó la

llamada. Sigo abierto a todas las opciones.

Thad hizo un gesto con el pulgar por encima del hombro, señalando la ventana que quedaba a su espalda. Tras la cortina que se mecía suavemente, se vislumbraba el coche patrulla de la policía del estado que se ocupaba de vigilar la casa de los Beaumont.

—¿Qué me dice de ellos? ¿También están abiertos a todas las opciones? Ojalá se quedara usted aquí, Alan... Le preferiría a todo un ejército de agentes como esos porque, al menos, usted tiene un ojo medio abierto. Todos los demás los tienen completamente cerrados.

—Thad...

—No importa —continuó este—. Es verdad. Usted lo sabe... y él también. Esperará. Cuando todo el mundo decida que el asunto ha terminado y que los Beaumont están a salvo, cuando la policía desmonte la tienda y continúe su camino, entonces habrá llegado el momento de George Stark.

Hizo una pausa. Sus facciones formaban una composición sombría y compleja. Alan percibió pesar y remordimiento, determinación y temor, pugnando en ellas.

—Voy a decirle una cosa, voy a decirlos una cosa a los dos. Sé exactamente qué se propone. Quiere que escriba otro libro bajo el nombre de Stark, probablemente otra novela de Alexis Máquina. No sé si sería capaz de hacerlo pero, si pensara que serviría de algo, lo intentaría. Haría trizas *El perro dorado* y empezaría esta misma noche.

—¡Thad, no! —gritó Liz.

—No te preocupes —la tranquilizó él—. Eso me mataría. No me preguntes cómo lo sé, pero estoy convencido. Y aun así, si mi muerte fuera a poner término a todo esto, me pondría a escribir. Pero no creo que eso arreglara nada. Porque en realidad no creo que Stark sea un hombre de carne y hueso.

Alan guardó silencio.

—¡Bien! —añadió entonces Thad con el aire de quien llega a las conclusiones de una importante conferencia—. Así están las cosas. No puedo, ni quiero, ni debo. Eso significa que vendrá a por mí. Y cuando llegue, solo Dios sabe qué sucederá.

—Thad —murmuró Alan, incómodo—, necesita usted un poco de distancia en este asunto, eso es todo. Cuando la tenga, la mayor parte de lo que le preocupa reventará. Como una pompa de jabón. Como una pesadilla de madrugada.

—No es distancia lo que necesitamos —replicó Liz. Los dos hombres la miraron y vieron que estaba llorando en silencio. No mucho, solo le caían unas lágrimas—. Lo que nos hace falta es alguien que lo elimine.

Alan regresó a Castle Rock a primera hora de la mañana siguiente y llegó a su casa poco después de las dos de la madrugada. Entró haciendo el menor ruido posible y advirtió que Annie se había olvidado una vez más de conectar la alarma contra los ladrones. No deseaba molestarla con aquellos detalles, pues las migrañas se habían acentuado durante los últimos tiempos, pero se dijo que tendría que hacerlo, tarde o temprano.

Empezó a subir las escaleras con los zapatos en la mano, desplazándose con una suavidad tal que casi le dio la impresión de estar flotando. Su cuerpo poseía una agilidad —exactamente opuesta a la torpeza de Thad Beaumont— que Alan rara vez revelaba; sus músculos parecían en posesión de algún misterioso secreto del movimiento que a su mente le resultaba un tanto perturbador. Pero en aquel instante, envuelto en el silencio, no había necesidad de ocultarlo y avanzó con una sombría facilidad que casi parecía macabra.

A mitad de la escalera, se detuvo y volvió sobre sus pasos. Junto al salón tenía un pequeño cuarto de trabajo, no mucho más que un trastero amueblado con un escritorio y unas estanterías, pero adecuado para sus necesidades. Alan procuraba no llevarse trabajo a casa. No siempre lo conseguía, pero lo intentaba.

Cerró la puerta, encendió la luz y miró el teléfono.

«No irás a hacerlo en serio, ¿verdad? —se preguntó—. Escucha, en Wisconsin es casi medianoche y ese tipo no es un simple médico retirado; es un neurocirujano retirado. Despiértalo y prepárate para una bronca de órdago».

A continuación, Alan recordó los ojos de Liz Beaumont, sus ojos oscuros y asustados. Decidió hacerlo de todos modos. Tal vez sería incluso lo más conveniente; una llamada en plena noche pondría de manifiesto que se trataba de un asunto importante y daría qué pensar al doctor Pritchard. Luego, Alan podría volver a llamarlo a una hora menos intempestiva.

«¿Quién sabe? —pensó sin muchas esperanzas, pero con un toque de humor—, tal vez eche de menos las llamadas en plena noche».

Alan sacó el pedazo de papel que llevaba en el bolsillo de la camisa de uniforme y marcó el número de Hugh Pritchard en Fort Laramie. Lo hizo sin sentarse, preparándose para el acceso de cólera de aquella voz ronca.

No debería haberse preocupado tanto; el contestador automático se puso en funcionamiento tras la misma fracción de timbrado y transmitió el mismo saludo.

Alan colgó con aire pensativo y se sentó tras el escritorio. La lámpara de sobremesa formaba un marcado círculo iluminado en la superficie del escritorio y el comisario se puso a hacer una serie de sombras chinescas bajo su resplandor:

un conejo, un perro, un águila, incluso un aceptable canguro. Sus manos poseían la misma agilidad que el resto de su cuerpo cuando estaba a solas y relajado; bajo aquellos dedos dotados de una misteriosa flexibilidad, los animales parecían marchar en un desfile bajo el pequeño foco de la lamparilla, cada uno transformándose en el siguiente. Aquel entretenimiento trivial nunca dejaba de fascinar y divertir a sus hijos y, con frecuencia, conseguía devolverle la calma cuando le preocupaba algún problema.

Pero esta vez no funcionó.

«El doctor Pritchard ha muerto. Stark lo ha eliminado también».

Esto era imposible, por supuesto; se dijo que era capaz de tragarse una historia de fantasmas si alguien le ponía una pistola en la sien, pero no una especie de maligno Superman capaz de cruzar continentes de un salto. Se le ocurrían varias buenas razones para que alguien dejara el contestador automático por la noche. Una de ellas podía ser la de evitar que desconocidos como el comisario Alan J. Pangborn, de Castle Rock, Maine, lo molestaran con llamadas a horas intempestivas.

«Sí, pero está muerto. Y su esposa también, ¿cómo se llamaba? Sí, Helga. “Probablemente estoy jugando al golf y Dios sabe qué planes tiene Helga.” Pero yo sé qué le esperaba a Helga. Sé lo que os esperaba a los dos: terminar degollados y bañados en sangre, eso es lo que os esperaba, y con un mensaje escrito en la pared de vuestra sala de estar. Un mensaje que dice: LOS GORRIONES VUELVEN A VOLAR».

Alan Pangborn se estremeció. Aquello era una locura, pero se estremeció de todos modos. El escalofrío le recorrió la espalda como un alambre.

Marcó el número de información de Wyoming, pidió el número de la comisaría de Fort Laramie y efectuó otra llamada. La atendió un agente de guardia, medio dormido a juzgar por la voz. Alan se identificó, explicó al agente con quién trataba de ponerse en contacto y dónde vivía, y luego le preguntó si el doctor Pritchard y su esposa figuraban entre los vecinos ausentes por vacaciones. Si el matrimonio se había marchado de vacaciones —y ya empezaba a ser la temporada—, lo más probable era que hubieran informado a la policía local para que echaran un vistazo a la casa mientras estaba vacía.

—Bueno —respondió el agente—, ¿por qué no me da su número? Le volveré a llamar con la información.

Alan soltó un suspiro. Aquello era el procedimiento habitual de una comisaría. Las estupideces de costumbre, para decirlo de forma suave. El tipo no iba a soltar la información hasta estar seguro de que Alan era quien afirmaba ser.

—No —dijo al agente—. Le llamo desde mi casa, es de madrugada y...

—Aquí tampoco es mediodía precisamente, comisario Pangborn —replicó el

agente, lacónico. Alan exhaló otro suspiro.

—Estoy seguro de ello —asintió—, y también estoy seguro de que no tiene a su esposa y a sus hijos durmiendo en el piso de arriba. Le diré lo que puede hacer, amigo mío: llame a la sede central de la policía del estado de Maine, en Oxford (ahora le daré el número), y compruebe mi identidad. Allí le darán mi número de identificación policial. Le volveré a llamar dentro de diez minutos y entonces confirmaremos quién soy.

—Deme ese número —accedió el agente, pero no pareció muy contento al decirlo.

Alan imaginó que había interrumpido al tipo mientras veía la película de madrugada o repasaba el *Penthouse* del mes.

—¿De qué va el asunto? —quiso saber a continuación, cuando hubo releído el número de teléfono de la sede central de la policía de Maine.

—Una investigación por asesinato —explicó Alan—, y es un asunto urgente. No le llamo por gusto, amigo.

Colgó. Se quedó sentado ante la mesa y continuó haciendo sombras chinescas y aguardando a que la manecilla de los segundos diera diez vueltas completas a la esfera del reloj. El avance parecía muy lento. Apenas había completado cinco vueltas cuando se abrió la puerta del despacho y entró Annie. Llevaba una bata rosa y a Alan le pareció una figura casi fantasmal; notó que el escalofrío quería abrirse paso de nuevo en su interior, como si se hubiera asomado al futuro y hubiera visto allí algo desagradable. Repulsivo, incluso.

«¿Cómo me sentiría si fuera a mí a quien persiguiera? —se preguntó de pronto—. ¿Si su objetivo fuéramos, yo, Annie, Toby y Todd? ¿Cómo me sentiría si yo supiera quién es él y nadie me hiciera caso?»

—Alan, ¿qué haces ahí sentado a estas horas?

El comisario sonrió, se puso en pie y la besó.

—Solo esperaba a que se disiparan los efectos de las drogas.

—Vamos, Alan, en serio, ¿se trata del asunto Beaumont?

—Sí. He intentado localizar a un doctor que tal vez sepa algo del asunto. Siempre me responde el contestador automático y he llamado a la comisaría para averiguar si se ha marchado de vacaciones. Se supone que el agente de guardia está comprobando mis credenciales. —Miró a su esposa con cariñosa preocupación y le preguntó—: ¿Cómo te encuentras, cariño? ¿Tienes dolor de cabeza esta noche?

—No —respondió Annie—, pero te he oído llegar. —Con una sonrisa, añadió—: Cuando quieres, Alan, eres el hombre más silencioso del mundo, pero no puedes evitar el ruido del coche.

Él la abrazó.

—¿Quieres una taza de té?

—No, qué va. Un vaso de leche, si no te molesta.

Annie lo dejó solo y volvió enseguida con la leche.

—¿Qué tal es el señor Beaumont? —preguntó entonces—. Lo he visto en el pueblo, y su esposa viene a la tienda de vez en cuando, pero nunca he hablado con él.

La tienda a la que se refería era una mercería, de la que era propietaria y encargada una mujer llamada Polly Chalmers, y en la que Annie Pangborn había trabajado por horas durante cuatro años.

—Me cae bien —dijo Alan después de pensar la respuesta—. Al principio no; me pareció un tipo desagradable, pero lo conocí en unas circunstancias difíciles para él. Solo es... distante. Tal vez se deba a su trabajo.

—Sus dos libros me gustaron mucho —aseguró Annie.

Alan levantó las cejas.

—No sabía que los hubieras leído.

—No me lo habías preguntado. Luego, cuando surgió el asunto del seudónimo, traté de leer uno de esos otros. —Annie arrugó la nariz en un gesto de desagrado.

—¿No era bueno?

—Era terrible. Daba miedo. No lo terminé. Jamás habría imaginado que los dos libros los había escrito la misma persona.

«¿Sabes una cosa, cariño? —pensó Alan—. Él tampoco lo cree».

—Tienes que volver a la cama o te levantarás con otra jaqueca.

Ella movió la cabeza en un gesto de negativa.

—Creo que don Dolor de Cabeza se ha vuelto a ir, al menos de momento. —Lanzó una mirada a su esposo entornando los ojos y añadió—: Estaré despierta cuando subas... si no tardas mucho.

Alan le acarició los pechos por encima de la bata rosa y le besó los labios entreabiertos.

—Subiré en cuanto pueda.

Annie se marchó y Alan vio que habían transcurrido más de diez minutos. Llamó de nuevo a Wyoming y respondió el mismo agente de guardia de voz soñolienta.

—Pensaba que se había olvidado de mí, amigo.

—En absoluto —dijo Alan.

—¿Le importaría darme su número de identificación policial, comisario?

—109-44-205-ME.

—Bueno, supongo que es usted de verdad. Lamento haberle sometido a tantas monsergas a estas horas, comisario Pangborn, pero supongo que lo comprende.

—Desde luego. ¿Qué puede decirme acerca del doctor Pritchard?

—Ah, sí, él y su esposa se han marchado de vacaciones, en efecto —respondió el agente—. Están de acampada en el parque Yellowstone hasta final de mes.

«Ahí tienes —pensó Alan—. ¿Lo ves? Y tú aquí pegando brincos por una sombra en mitad de la noche. Nada de gargantas cortadas. Nada de mensajes en las paredes. Simplemente, dos viejos de excursión por el campo».

Pero descubrió que aquel pensamiento no le servía de gran alivio. Iba a ser difícil ponerse en contacto con el doctor Pritchard, al menos durante el siguiente par de semanas.

—Si necesitara dejarle un mensaje, ¿cree que podría hacerlo? —preguntó al agente.

—Supongo que sí —contestó este—. Puede llamar al Servicio Forestal de Yellowstone. Allí sabrán dónde están, o deberían saberlo. Tal vez tarden un poco, pero probablemente le pondrán en contacto. Yo he hablado con el doctor un par de veces y parece un vejete bastante agradable.

—Bien, bueno es saberlo —comentó Alan—. Perdón por las molestias.

—De nada... ¡Para eso estamos!

Alan escuchó un ligero crujido de papeles e imaginó a aquel tipo sin rostro cogiendo otra vez el *Penthouse*, a medio continente de distancia.

—Buenas noches.

—Buenas noches, comisario.

Alan colgó y permaneció sentado un momento más, escrutando la oscuridad al otro lado de la ventana del despacho.

«Está ahí fuera. En alguna parte. Y sigue acercándose».

Alan volvió a preguntarse qué sentiría si fuera su propia vida y las de Annie y los niños las que estuvieran en juego. Se preguntó cómo se sentiría si él lo supiera y nadie diera crédito a sus palabras.

«Te has traído otra vez el trabajo a casa, querido», oyó decir mentalmente a Annie.

Era verdad. Hacía un cuarto de hora había tenido el convencimiento —en sus terminaciones nerviosas, si no en su cabeza— de que Hugh y Helga Pritchard yacían muertos en un charco de sangre. No era cierto; a aquellas horas estaban durmiendo pacíficamente bajo las estrellas en el parque nacional Yellowstone. Así sucedía con la intuición: tenía la virtud de desvanecerse en cuestión de instantes.

«Así es como va a sentirse Thad cuando descubramos qué está sucediendo en realidad —se dijo—. Cuando descubramos que la explicación, por extraña que pueda resultar, se ajusta a todas las leyes naturales».

¿Estaba realmente convencido de aquello?

Sí, decidió. Estaba convencido. Racionalmente, por lo menos. Sus terminaciones nerviosas, sin embargo, no estaban muy seguras.

Terminó la leche, apagó la lámpara del escritorio y subió las escaleras. Annie estaba aún despierta. Gloriosamente desnuda. Ella lo envolvió en sus brazos y Alan se olvidó con placer de todo lo demás.

7

Stark volvió a llamar dos días después. Thad estaba en la tienda de Dave en aquel momento.

La tienda de Dave era un pequeño almacén situado a un par de kilómetros de la casa de los Beaumont, en la misma carretera, y era el último recurso de la familia cuando ir de compras al supermercado de Brewer representaba una molestia excesiva.

Thad había bajado allí el viernes por la tarde a por unas Pepsis, patatas fritas y un poco de salsa. Uno de los policías que custodiaban a la familia lo acompañó. Eran las seis y media de la tarde del 10 de junio y aún había mucha luz en el cielo. El verano, la espléndida estación del verdor, había llegado otra vez a Maine.

El policía esperó en el coche mientras Thad entraba a hacer las compras. Ya tenía la bebida y estaba inspeccionando un amplio surtido de salsas (estaba la de ostras o, si uno prefería, la de cebolla) cuando sonó el teléfono.

Thad alzó la cabeza al momento, pensando: «¡Oh, muy bien!».

Detrás del mostrador, Rosalie descolgó, dijo hola, escuchó a su interlocutor y le tendió el auricular a Thad, como este supo que haría. De nuevo, Thad se sintió engullido por aquella sensación nebulosa de *presque vu*.

—Teléfono para usted, señor Beaumont.

Thad se sintió muy tranquilo. El corazón le había dado un vuelco durante un instante, pero nada más; ahora volvía a latir a su ritmo normal. Tampoco se puso a sudar.

No hubo ningún ruido de pájaros.

Thad no sentía en absoluto el miedo y la furia que le habían asaltado tres días atrás. No se molestó en preguntar a Rosalie si era su esposa quien llamaba (para pedirle que, de paso, se acordara de llevarle una docena de huevos o un paquete de detergente). Sabía muy bien quién estaba al otro lado del aparato.

Dio unos pasos hasta detenerse junto a la máquina de boletos de la lotería, cuya brillante pantalla verde anunciaba que no había habido ganadores la semana anterior y que el bote acumulado era de cuatro millones de dólares. Cogió el

auricular de manos de Rosalie y respondió:

—Hola, George.

—Hola, Thad.

Su voz conservaba aún el ligero acento sureño, pero ya no producía en absoluto la impresión de ser un patán pueblerino quien hablaba. Únicamente entonces, al advertir la total ausencia de aquel tonillo bobalicón en su voz, Thad se dio cuenta de la fuerza y, al mismo tiempo, de la sutileza con que Stark había logrado transmitir aquella sensación de «¡Eh, muchachos!, no seré muy brillante pero tengo luces suficientes para esto, ¿no os parece?».

«Pero, claro, ahora estamos solo los interesados —pensó Thad—. Solo un par de novelistas consagrados charlando un rato».

—¿Qué quieres?

—Lo sabes muy bien. No es necesario que nos andemos por las ramas, ¿de acuerdo? Es un poco tarde para eso.

—Tal vez solo quiero oírtelo decir en voz alta.

De nuevo lo dominó aquella extraña sensación de separarse de su propio cuerpo y ser aspirado por la línea telefónica hasta algún lugar justo a medio camino entre los dos.

Rosalie se había apartado hasta el otro extremo del mostrador, donde estaba sacando paquetes de cigarrillos de un montón de cartones para llenar con ellos la máquina de tabaco. La ostentación con la que la mujer trataba de mostrar que no estaba escuchando la conversación de Thad casi resultaba graciosa. No había nadie en Ludlow —en aquella parte del pueblo, por lo menos— que no estuviera al corriente de que Thad se encontraba bajo custodia policial, o bajo protección policial, o bajo alguna cosa policial; el escritor no necesitaba oír personalmente los rumores para saber que estos ya habían empezado a circular. Quienes no pensaban que estaba a punto de ser detenido por tráfico de drogas, supondrían sin duda que se trataba de un asunto de abusos sexuales infantiles o de malos tratos a su esposa. La pobre Rosalie estaba allí, al otro extremo del mostrador, tratando de portarse bien, y Thad se sintió absurdamente agradecido por ello. También se sintió como si estuviera viéndola por el extremo equivocado de un potente telescopio, por el agujero de Alicia, donde no había ningún conejo blanco, sino que estaba solamente George Stark, el astuto de George, el hombre que resultaba imposible que estuviera allí pero que, a pesar de todo, allí se encontraba.

El astuto de George y allí abajo, en Terminal, todos los gorrones habían emprendido el vuelo otra vez.

Luchó contra aquella sensación; se resistió a ella con fuerza.

—Vamos, George —murmuró, un poco sorprendido ante el áspero tono de rabia que surgía en su voz. Se sentía mareado, atrapado en un poderoso reflujo de

distancia e irrealidad. Pero, pese a todo, se sabía perfectamente despierto y consciente—. ¿Por qué no quieres decirlo en voz alta?

—Si insistes...

—Insisto.

—Es hora de empezar otro libro. Otra novela de Stark.

—Me parece que no.

—¡No repitas eso! —Su voz sonaba como un latigazo cargado de pequeños perdigones de metal en la punta—. Te he estado dibujando una imagen, Thad. La he dibujado para que la vieras. ¡No me obligues a hacer que la sufras!

—Estás muerto, George. ¿Por qué no eres razonable y te quedas bajo tierra?

Rosalie volvió ligeramente la cabeza; Thad observó unos ojos muy abiertos antes de que la mujer volviera a concentrarse apresuradamente en la máquina de tabaco.

—¡Ten cuidado con lo que dices!

En la voz de George había verdadera rabia, pero a Thad le pareció captar algo más. ¿Era miedo? ¿Dolor? ¿Ambas cosas? ¿O solo estaba engañándose a sí mismo?

—¿Qué sucede, George? —soltó con aire súbitamente burlón—. ¿Te estás quedando sin ideas brillantes?

Tras esto, reinó el silencio. Thad se dijo que aquello había sorprendido a su interlocutor, le había hecho perder el hilo, al menos por un momento. Sí, Thad estaba seguro de ello. Pero ¿por qué? ¿Qué era, exactamente, lo que había sacado a Stark de sus casillas?

—Escúchame, idiota —respondió George por fin—. Te doy una semana para que empieces. Te equivocas si piensas que esas tonterías te van a servir de algo.

Pero la voz lo traicionaba. Sí, George estaba muy molesto. Tal vez a Thad le esperasen muchos sufrimientos antes de que todo aquello terminara, pero, por el momento, lo único que sentía era una alegría incontenible. Lo había conseguido. Al parecer, no era el único que se sentía desamparado y vagamente vulnerable durante aquellas dantescas conversaciones íntimas; había conseguido herir a Stark y eso le parecía absolutamente perfecto.

—En eso tienes razón. Nada de tonterías entre nosotros. Puede haber cualquier otra cosa, pero no tonterías.

Stark insistió:

—Tenías una idea. La tenías ya antes de que a aquel condenado tipejo se le ocurriera hacerte chantaje. Esa idea sobre la boda y la escena del coche blindado.

—He tirado las notas. He terminado contigo.

—No, esas notas que tiraste eran mías, pero no importa. No las necesitas. Será un buen libro.

—No lo entiendes. George Stark está muerto.

—Eres tú quien no lo entiende —replicó Stark. Su voz sonaba suave, mortífera, categórica—. Tienes una semana. Si para entonces no has terminado treinta páginas de original, acabaré contigo. Solo que no empezaré por ti, eso sería demasiado fácil. Sí, definitivamente sería demasiado fácil. Primero me ocuparé de los niños, tendrán una muerte lenta. Me ocuparé de ello. Sé cómo hacerlo. Ellos no sabrán qué está sucediendo, salvo que están muriendo dolorosamente. En cambio, tú sí lo sabrás, y yo también. Y tu mujer. Luego me ocuparé de ella, solo que... antes de ocuparme de ella, me emplearé a fondo con ella. ¿Entiendes a qué me refiero, muchacho? Cuando me haya encargado de todos, acabaré contigo, Thad, y tendrás una muerte como no la ha tenido ningún hombre sobre la tierra.

Dejó de hablar. Thad lo oía jadear ásperamente junto a su oído, como un perro en un día de calor.

—Una cosa es segura —replicó después en voz baja—. No sabías nada de los pájaros, ¿verdad?

—Sé razonable, Thad. Si no empiezas enseguida, lo pagará un montón de gente. El tiempo corre.

—Te he oído perfectamente —dijo Thad—. Pero me pregunto cómo has podido escribir esas cosas en las paredes de las casas de Clawson y de Miriam si no lo sabes.

—Será mejor que te dejes de tonterías y empieces a mostrarte razonable, amigo —repitió Stark, pero Thad percibió un tono de perplejidad, de agitación y temor, bajo la superficie de su voz—. No había nada escrito en las paredes.

—Claro que sí. Claro que había algo. ¿Y sabes una cosa, George? Creo que no lo sabes porque esas palabras las escribí yo. Creo que una parte de mí estaba allí. De algún modo, parte de mí estaba allí, observándote. Me parece que yo soy el único de los dos que sabe lo de los gorriones, George. Creo que tal vez las escribí yo. Seguro que querrás pensar en eso, pensar en ello a fondo, antes de empezar a acosarme.

—Escúchame —dijo Stark con ira contenida—. Préstame mucha atención: primero tus hijos, luego tu esposa y luego tú. Empieza otro libro, Thad. Es el mejor consejo que puedo ofrecerte. El mejor consejo que te ha dado nadie en tu condenada vida. Empieza otro libro. No estoy muerto.

Hubo una larga pausa. Luego, en un susurro cargado de intención, añadió:

—Y no quiero estarlo. Así que vete a casa, saca punta a los lápices y, si necesitas inspiración, piensa en el aspecto que tendrían esos bebés tuyos con la cara llena de cristales. No existe ningún maldito pájaro. Olvídate de eso y ponte a escribir.

Se oyó un clic.

—¡A la mierda! —masculló Thad a la línea cortada y, con gesto lento, colgó el auricular.

DIECISIETE

WENDY SUFRE UNA CAÍDA

1

La situación se habría resuelto de una manera o de otra, no importaba lo que sucediera, de eso estaba seguro Thad. George Stark no iba a desaparecer sin más. Sin embargo, Thad se convenció, y no sin motivo, de que la caída de Wendy por las escaleras (dos días después de que Stark le llamara a la tienda de Dave) era una prueba del rumbo que iban a tomar las cosas en adelante.

La conclusión más importante del suceso fue que, por fin, este le mostró un curso de acción. Había pasado aquellos dos días en una especie de modorra estupefacta. Le costaba seguir hasta el programa de televisión más idiota, le resultaba imposible leer y la idea de escribir le resultaba casi tan extravagante como la de viajar más rápido que la luz. La mayor parte del tiempo deambulaba de una habitación a otra, para sentarse unos instantes y volver a vagar momentos después. No hacía más que estorbar a Liz y ponerla nerviosa. Ella procuraba no echárselo en cara, aunque él se daba cuenta de que Liz tenía que morderse la lengua en más de una ocasión para no replicarle con el equivalente verbal a un navajazo.

Por dos veces, Thad estuvo a punto de hablarle de la segunda llamada de Stark, en la que el astuto de George le había dicho lo que pensaba en realidad, consciente de que el teléfono no estaba intervenido y de que nadie más se enteraba de lo que hablaban. En ambas ocasiones, se detuvo antes de hacerlo, sabiendo que solo conseguiría preocuparla aún más.

Por dos veces se había encontrado en su despacho, con uno de aquellos malditos lápices Berol que había prometido no utilizar nunca más, entre los dedos y la vista fija en un montón de blocs de notas sin estrenar, envueltos en celofán, de los que Stark había utilizado para escribir sus novelas.

«Tenías una idea... Esa idea sobre la boda y la escena del coche blindado».

Era verdad. Thad tenía un título incluso, un buen título: *Máquina de acero*. Otra cosa también era cierta: una parte de él había querido escribirla. La comezón de hacerlo había existido, como la de ese punto de la espalda que uno no consigue alcanzar cuando necesita rascarse.

«George te lo rascaré».

Sí, claro. George estaría encantado de rascarlo. Pero a él, a Thad, le sucedería algo en ese caso; porque las cosas habían cambiado, ¿verdad? ¿Qué sería, exactamente, ese algo? Thad lo ignoraba, quizá no podía saberlo, pero una imagen amenazadora empezó a asaltarle una y otra vez. Era la imagen de un antiguo cuento infantil delicioso y racista, *El negrito Sambo*. En la escena, el negrito Sambo se subía a un árbol y los tigres, que no podían atraparlo, se ponían tan furiosos que se mordían la cola unos a otros y daban vueltas y más vueltas al árbol, cada vez más deprisa, hasta que se convertían en mantequilla. Entonces, el negrito Sambo recogía la mantequilla en una olla y se la llevaba a su madre.

George el alquimista, había pensado Thad sentado en su despacho, mientras daba golpecitos con uno de los Berol Black Beauty sin punta en el borde del escritorio. «Paja en oro. Tigres en mantequilla. Libros en éxitos de ventas. Y Thad en... ¿en qué?»

No lo sabía. Tenía miedo de averiguarlo. Pero él desaparecería, Thad dejaría de existir, de eso estaba seguro. Tal vez quedara allí alguien que se le pareciera, pero tras las facciones de Beaumont se escondería otra mente. Una mente enferma, brillante.

Pensó que el nuevo Thad Beaumont sería mucho menos torpe y mucho más peligroso.

¿Y Liz y los niños?

¿Los dejaría en paz Stark si se encontraba a la cabecera de la mesa?

No. Él, no.

Thad también había meditado la posibilidad de escapar. De meter a Liz y a los niños en el tren y marcharse pero ¿de qué serviría eso? ¿De qué serviría, si el astuto de George podía ver a través de los ojos del estúpido de Thad? Daba igual que huyeran al fin del mundo; llegarían allí, mirarían atrás y encontrarían a George Stark siguiendo su rastro tras un trineo tirado por perros, con la navaja barbera en la mano.

Pensó en llamar a Alan Pangborn, pero descartó la idea aún más rápida y decididamente que la de huir. Alan les había comunicado dónde estaba el doctor Pritchard. La decisión de no intentar hacerle llegar un mensaje —de esperar a que Pritchard y su esposa volvieran del viaje de vacaciones— le dijo a Thad todo lo que necesitaba saber acerca de lo que Alan creía y, cosa más importante aún, de lo

que no creía. Si le hablaba a Alan de la llamada que había recibido en la tienda de Dave, el policía pensaría que se lo inventaba. Aunque Rosalie confirmara el hecho, Alan seguiría sin creerlo. Tanto el comisario como los demás policías que se habían invitado a aquella fiesta privada tenían un gran interés en no dar crédito a nada.

Así transcurrieron lentamente los dos días, que fueron una especie de lapso en blanco. Poco después del mediodía del segundo, Thad anotó en el diario: «Me siento como en una versión mental de la calma chicha marinera». Era la única frase que había escrito en una semana y empezaba a preguntarse si algún día sería capaz de escribir otra. Su nueva obra, *El perro dorado*, estaba como la había dejado. Aunque eso, pensó, casi no era preciso decirlo. Resultaba muy difícil inventar historias cuando se vivía con el temor de que un hombre malo —un hombre muy malo— se presentara para acabar con toda la familia antes de emprenderla con uno.

La única ocasión en su vida, en la que recordaba haberse sentido tan desorientado como en ese momento había sido en las semanas que siguieron a su decisión de abandonar la bebida, cuando había cortado la espita del baño de alcohol en el que había nadado tras el aborto de Liz y antes de la aparición de Stark. Entonces, al igual que ahora, había experimentado la sensación de que existía un problema, pero era tan inabordable como uno de esos espejismos que se ven al fondo de una recta de autopista en una tarde de calor. Cuanto más corría hacia el problema, queriendo atacarlo con ambas manos, desarmarlo y destruirlo, más rápido retrocedía este; hasta que él terminaba jadeante y sin aliento, con aquel ilusorio charco de agua agitándose burlón cerca del horizonte.

Por las noches durmió mal y soñó con George Stark, quien le enseñaba su propia casa desierta, una casa donde las cosas estallaban cuando las tocaba y donde, en la última habitación, le aguardaban los cadáveres de su esposa y de Frederick Clawson. En el momento que llegaba allí, todos los pájaros levantaban el vuelo, alzándose en un estallido desde árboles, cables de teléfono y postes de electricidad, por miles, por millones, tantos que oscurecían el sol.

Hasta que Wendy se cayó por las escaleras, Thad se había sentido impotente, como un plato en la mesa a la espera de que se presentara el comensal asesino, se colocara la servilleta al cuello, levantara el tenedor y empezara a engullir.

2

Ya hacía algún tiempo que los gemelos gateaban y, durante el último mes, habían intentado repetidas veces ponerse en pie con la ayuda del objeto estable (o, en

ocasiones, inestable) más cercano: les servía la pata de una silla o la mesita de café, pero no descartaban ni siquiera una caja de cartón vacía, al menos hasta que el gemelo en cuestión apoyaba demasiado peso en ella y la caja se hundía o quedaba del revés. Los niños son capaces de hacerse unos líos tremendos a cualquier edad pero, a los ocho meses, cuando el gateo ya ha cumplido su función pero aún no se ha aprendido del todo a andar, se encuentran sin duda en la Edad de Oro de los Líos.

Hacia las cinco y cuarto de la tarde, Liz había dejado en el suelo a sus dos hijos para que jugaran en un rincón iluminado por el sol. Al cabo de unos diez minutos de gateo confiado y de inestables intentos de ponerse en pie (estos últimos acompañados de festivos gritos de satisfacción por el éxito dirigidos a sus padres y a su hermana) William se incorporó agarrado al borde de la mesilla de café. Dirigió una mirada a su alrededor e hizo varios gestos imperiosos con el bracito derecho. Aquellos gestos recordaron a Thad un viejo documental que mostraba al *Duce* dirigiéndose a sus partidarios desde un balcón. A continuación, William asió la taza de té de su madre y consiguió echarse por encima los posos antes de caer sentado en el suelo. Por suerte, el té estaba frío, pero William no soltó la taza y se la llevó a la boca con tal fuerza que se hizo un pequeño corte en el labio inferior. Rompió a llorar y Wendy lo imitó al instante.

Liz cogió en brazos al pequeño, lo examinó, volvió la mirada hacia Thad y se llevó a William al piso de arriba para tranquilizarlo y limpiarlo.

—Vigila a la princesa —dijo a Thad cuando salía.

—Descuida —respondió Thad, pero este ya sabía (y muy pronto volvería a constatar) que en la Edad de Oro de los Líos tales promesas no suelen significar gran cosa. William había conseguido agarrar la taza de té de Liz en sus mismísimas narices y Thad vio que Wendy iba a caerse desde el tercer peldaño de la escalera un instante demasiado tarde para impedirlo.

Había estado hojeando una revista (no leyéndola, sino pasando las páginas con gesto ocioso, echando una mirada aquí y allá a alguna foto). Cuando terminó, se levantó y dio unos pasos hacia la chimenea junto a la cual estaba la gran bolsa de labores que hacía las veces de una especie de flácido revistero, con la intención de dejarla y coger otra. Wendy estaba gateando por el suelo, olvidadas las lágrimas antes incluso de que terminaran de secarse en sus rechonchas mejillas. Thad oyó el enérgico «run run run» que hacían los dos bebés cuando gateaban, un sonido que a veces hacía que Thad se preguntase si asociarían cualquier movimiento a los coches y camiones que veían por televisión. Se agachó, dejó la revista sobre el montón de la cesta y rebuscó entre las demás hasta escoger finalmente, sin ninguna razón en especial, el *Harper's* del mes anterior. Se le ocurrió que, en cierto modo, se estaba comportando como si estuviera en la

consulta de un dentista, esperando el turno para una extracción dental.

Se dio la vuelta y vio a Wendy en la escalera. Había subido a gatas hasta el tercer peldaño y ahora trataba de ponerse en pie con gesto vacilante, asida a uno de los barrotes que iban desde el pasamanos de la barandilla hasta el suelo. Cuando Thad la miró, ella se volvió hacia él y efectuó un gesto especialmente grandilocuente con el brazo, acompañado de una sonrisa. El impulso del brazo hizo que su cuerpecito carnoso se tambaleara sobre el pequeño abismo que tenía delante.

—¡Dios mío! —exclamó en un susurro. Al ponerse en pie, con un seco crujido de sus rodillas, vio que la pequeña adelantaba un pie al tiempo que se soltaba del barrote—. ¡Wendy, no hagas eso!

Casi consiguió cruzar de un salto la habitación, pero siempre había sido un hombre torpe y tropezó con la pata del sillón. El mueble quedó volcado y Thad cayó cuan largo era. Wendy se precipitó al vacío con un pequeño chillido de sorpresa. Su cuerpo giró ligeramente en el aire. Thad se lanzó a asirla impulsándose con las rodillas, tratando de cogerla antes de que tocara el suelo, pero falló por un par de palmos. La pierna derecha de Wendy golpeó el primer escalón y su cabeza chocó contra el suelo enmoquetado del salón con un golpe sordo.

Wendy lanzó un grito y Thad tuvo tiempo de pensar lo terrible que suena un grito de dolor de un niño antes de tener a su hija en brazos.

Arriba, Liz preguntó «¿Thad?» con voz de sorpresa. Thad oyó las rápidas pisadas de las zapatillas corriendo por el pasillo encima de su cabeza.

Wendy se disponía a soltar otro sollozo. Su primer alarido de dolor le había dejado los pulmones prácticamente vacíos y ahora estaba en ese momento eterno, paralizante, en que luchaba por liberar su pecho y aspirar el aire para el siguiente grito. Cuando lo soltara, el aullido le taladraría los tímpanos.

Si lo soltaba.

Separó a la pequeña de su pecho y miró con nerviosismo la carita descompuesta y congestionada. Había adquirido un color casi morado, salvo una marca roja con la forma de una gran coma en la frente. «Dios mío, ¿y si se muere? ¿Y si muere asfixiada, incapaz de aspirar el aire y soltar el grito paralizado en sus pequeños pulmones vacíos?»

—¡Llora, maldita sea! —le gritó. ¡Señor, su carita morada! ¡Sus ojitos agobiados y saltones!—. ¡Llora!

—¡Thad!

Esta vez, la voz de Liz sonó muy alarmada, pero también le pareció muy distante. En aquellos contados instantes eternos entre el primer grito de Wendy y su lucha por liberar el segundo y así seguir respirando, George Stark quedó

totalmente expulsado de la mente de Thad por primera vez en los últimos ocho días. Wendy hizo un gran esfuerzo convulsivo, tomó aire y rompió a llorar. Thad, temblando de alivio, la estrechó contra el hombro y empezó a acariciarle la espalda con dulzura, emitiendo ruidos tranquilizadores.

Liz apareció por las escaleras con William bajo el brazo; el pequeño, colgado como un saquito, se debatía tratando de desasirse.

—¿Qué ha sucedido? Thad, ¿está bien la niña?

—Sí. Se ha caído desde el tercer escalón. Ahora ya está bien, ya vuelve a llorar. Al principio ha sido como, como si se hubiera quedado bloqueada.

Thad soltó una carcajada temblorosa y dejó a la niña en manos de Liz mientras cogía a William, que se había puesto a llorar a gritos en armonía con su hermana.

—¿No la estabas vigilando? —preguntó Liz en son de reproche mientras balanceaba el cuerpo adelante y atrás por las caderas, acunando a Wendy y tratando de calmarla con gestos automáticos.

—Sí... no. He ido a coger una revista y, cuando me he vuelto, ya estaba en las escaleras. Ha sido como lo de Will y la taza de té. Son tan... tan escurridizos... No le habrá pasado nada en la cabeza, ¿verdad? Estaba la moqueta, pero se ha dado fuerte.

Liz sostuvo a Wendy a la altura de su cara, estudió la marca roja un instante y luego depositó allí un ligero beso. Los sollozos de Wendy ya empezaban a disminuir de volumen.

—Me parece que está bien. Tendrá un buen chichón un par de días, eso es todo. Suerte de la moqueta. No quería reprocharte nada, Thad. Ya sé lo rápidos que son. Es solo que me encuentro como si me fuera a venir la regla, pero ahora me siento así continuamente.

Los sollozos de Wendy estaban reduciéndose a un leve lloriqueo. Siguiendo su pauta, también William empezaba a callar. Extendió un bracito y asió la camiseta blanca de algodón de su hermana. Ella se volvió. Él la arrulló y le balbuceó algo. A Thad, aquellos gorjeos siempre le sonaban un poco extraños: como si fuera un idioma extranjero, acelerado hasta el punto de resultar inidentificable, y mucho menos comprensible. Wendy sonrió a su hermano, pese a que aún caían lágrimas de sus ojos y le bañaban las mejillas. Luego, le respondió con otro arrullo y nuevos balbuceos. Por un momento, fue como si estuvieran manteniendo una conversación en su propio mundo privado, el mundo de los mellizos.

Wendy extendió la mano y acarició el hombro de William. Se miraron y continuaron los arrullos.

«¿Estás bien, cariño?»

«Sí; me he hecho daño, querido William, pero no mucho».

«¿Quieres que nos olvidemos de la cena de gala de los Stadley y nos quedemos en casa, corazón?»

«No es preciso, aunque eres muy considerado al proponerlo».

«¿Estás segura, mi querida Wendy?»

«Sí, encantador William, no he sufrido ningún daño, aunque me temo mucho que he ensuciado los pañales».

«¡Oh, cariño, qué lata!»

Thad esbozó una sonrisa y observó la pierna de Wendy.

—Ahí le va a salir un cardenal —comentó—. De hecho, parece que ya le ha empezado a salir.

Liz le dirigió otra pequeña sonrisa.

—Se le pasará. No será el último.

Thad se inclinó hacia delante y besó a Wendy en la punta de la nariz, recordando que hacía apenas tres minutos había temido verla asfixiada. Qué deprisa y con qué furia se desencadenaban aquellas tormentas, se dijo, y con qué facilidad pasaban.

—No —asintió al comentario de Liz—. Si Dios quiere, no será el último.

3

A las siete de la tarde, cuando los gemelos despertaron de la siesta, la contusión del muslo de Wendy había adquirido un tono púrpura oscuro. Tenía una extraña y nítida forma de seta.

—¿Thad? —llamó Liz desde la otra mesa de cambiar a los bebés—. Mira esto.

Thad terminó de quitarle a Wendy el pañal de la siesta, apenas húmedo, y lo tiró a la cubeta donde ponía ELLA. Llevó a su hija desnuda hasta la mesa donde estaba el niño para ver lo que Liz quería enseñarle. Contempló a William y abrió los ojos, asombrado.

—¿Qué te parece? —preguntó ella sin alzar la voz—. Es muy extraño, ¿verdad?

Thad observó a William un largo rato.

—Sí —dijo por fin—. Muy extraño.

Con una mano puesta sobre el pecho de William, que se agitaba sobre la mesa, Liz se volvió hacia Thad y lo miró atentamente.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —respondió Thad. Le sorprendió lo tranquila que sonaba su voz.

Un gran foco blanco parecía haber estallado no ante sus ojos, como un fogonazo, sino detrás. De pronto, creyó entender (un poco) lo de los pájaros y cuál debía ser el siguiente paso. Una simple mirada a su hijo y la presencia del cardenal en el muslo, idéntico en forma, color y posición al de Wendy, le había abierto los ojos. Cuando Will había cogido la taza de té de Liz y se la había echado por encima, había caído sentado de culo. Que Thad recordara, William no se había hecho absolutamente nada en la pierna. Sin embargo, allí estaba: un morado por simpatía en el muslo de la pierna derecha, un cardenal que tenía la forma de una seta.

—¿Seguro que estás bien? —insistió Liz.

—También comparten los golpes —dijo él, observando el moratón de William.

—¿Thad?

—Sí, estoy bien —le aseguró, y le rozó los labios con un beso—. ¿Qué te parece, terminamos de vestir a Psico y Somática?

Liz estalló en una carcajada.

—Thad, estás loco.

Él le dirigió una sonrisa. Era una mueca algo especial, algo distante.

—Sí. Como una cabra.

Llevó de nuevo a Wendy a su mesa y empezó a ponerle el pañal.

DIECIOCHO

ESCRITURA AUTOMÁTICA

1

Esperó a que Liz se durmiera antes de subir al despacho. Hizo una pausa durante un minuto, más o menos, ante la puerta del dormitorio y escuchó la respiración regular de su mujer hasta convencerse de que estaba dormida. No estaba muy seguro de que lo que se proponía fuera a funcionar pero, si lo hacía, podía resultar peligroso. Sumamente peligroso.

El despacho era una gran habitación —un desván reformado— que se había dividido en dos áreas: la sala de lectura, que era una zona con un sofá, una silla reclinable y una lámpara de pie, todo ello rodeado de estanterías con libros; y la zona de trabajo. Este segundo sector del estudio, al otro extremo de la larga sala, estaba dominado por un anticuado escritorio de oficina sin un solo rasgo que redimiera su manifiesta fealdad. Era una pieza de mobiliario llena de golpes y señales, absolutamente funcional. Thad la utilizaba desde que tenía veintiséis años y Liz comentaba a veces que su marido no quería librarse de aquel armatoste porque estaba convencido, aunque no lo dijera, que era su Fuente de las Palabras particular. Cada vez que ella lo decía, los dos se echaban a reír como si de verdad pensaran que era una broma.

Encima de aquel dinosaurio colgaban tres lámparas de pantalla de cristal y, cuando Thad encendía solo esas luces, como en aquel momento, los círculos superpuestos de luz cruda que las lámparas dibujaban sobre el revoltijo de objetos que llenaba su superficie hacían que el escritorio pareciera una especie de extraña mesa de billar; tal vez fuera imposible saber cuáles eran las reglas del juego en una superficie tan compleja como aquella pero, la noche después del accidente de Wendy, la expresión tensa del rostro de Thad habría convencido a un posible observador de que las apuestas eran muy altas, fueran cuales fuesen las normas de

la partida.

Thad se habría mostrado de acuerdo con esto, al ciento por ciento. Al fin y al cabo, le había costado veinticuatro horas reunir el valor necesario para empezar.

Contempló la Remington Standard un momento. La máquina era un bulto informe bajo la funda, con la palanca de acero inoxidable sobresaliendo en el lado izquierdo del carro, como el pulgar de un autoestopista. Tomó asiento ante ella, tamborileó los dedos con gesto impaciente en el borde del escritorio y, al cabo de unos segundos, abrió el cajón situado a la izquierda de la máquina de escribir.

Era un cajón ancho y hondo. Extrajo su diario y luego abrió el cajón hasta el tope. El recipiente de cristal donde guardaba los Berol Black Beauty había rodado hasta el fondo, perdiendo los lápices por el camino. Sacó el tarro, lo colocó en su lugar de costumbre, recogió los lápices y los guardó en su interior.

Cerró el cajón y miró el recipiente de vidrio. Lo había guardado allí, fuera de la vista, después de aquel primer trance durante el cual había utilizado uno de los lápices para escribir LOS GORRIONES VUELVEN A VOLAR en los folios de *El perro dorado*. Había decidido no volver a utilizarlos nunca. Sin embargo, hacía apenas un par de noches, se había encontrado con uno de ellos entre los dedos, y allí volvía a tenerlos ahora, en el mismo lugar que habían ocupado durante la decena larga de años en que Stark había vivido con él, en que había vivido en él. Durante largos períodos, Stark permanecía en silencio, casi como si no existiera. Luego, de pronto, se le ocurría una idea y el astuto de George surgía de su mente como el muñeco con resorte de una caja de sorpresas. ¡Tachán! ¡Aquí me tienes, Thad! ¡Vamos allá, muchacho! ¡Manos a la obra!

Desde aquel momento y durante los tres meses siguientes más o menos, Stark se ponía manos a la obra cada mañana a las diez en punto, fines de semana incluidos. Stark aparecía, cogía uno de los lápices Berol y empezaba a escribir sus desquiciados disparates, aquellos desatinos que permitían a Thad pagar las facturas que él no podía afrontar con los ingresos de sus obras. Por fin, el libro quedaba terminado y George Stark desaparecía otra vez, como el viejo loco que tejía la paja convirtiéndola en oro en el cuento de Rapunzel.

Thad cogió uno de los lápices, observó las señales de dientes ligeramente marcadas en la madera y lo volvió a dejar en el recipiente. El lápiz hizo un leve clic al soltarlo.

—Mi mitad oscura —murmuró.

Pero ¿era suyo George Stark? ¿Lo había sido alguna vez? Salvo en aquel estado de trance, raptó o lo que hubiera sido, no había vuelto a utilizar uno de aquellos lápices para nada, ni siquiera para tomar notas, desde que puso la palabra «Fin» en la última página de la última novela de Stark, *Camino de Babilonia*.

Después de todo, para él carecían de utilidad alguna; pertenecían a George

Stark, y este había muerto. O eso había creído. Thad se dijo que debería haberse decidido a tirarlos en su momento. Pero, finalmente, parecía que sí podía utilizarlos para algo.

Alargó la mano hacia el bote de boca ancha, pero volvió a retirarla como si hubiera estado a punto de tocar las paredes de un horno que resplandecía con su propio calor intenso y celoso.

Todavía no.

Sacó la estilográfica del bolsillo de la camisa, abrió el diario, quitó el capuchón de la pluma, titubeó unos instantes y empezó a escribir.

«Si William llora, Wendy también. Pero he descubierto que el vínculo entre ellos es mucho más profundo y fuerte que eso. Ayer, Wendy se cayó por la escalera y se hizo un cardenal, una contusión que tiene el aspecto de una gran seta de color púrpura. Cuando los gemelos despertaron de la siesta, William también tenía un moretón, en el mismo lugar y con la misma forma».

Thad adoptó el estilo que caracterizaba buena parte del diario, una especie de entrevista periodística consigo mismo. Al hacerlo, se dio cuenta de que aquella costumbre, aquel modo de buscar la vía para expresar sus pensamientos, insinuaba una forma más de dualidad; o tal vez era solo otro aspecto de una misma dislocación en su mente y su personalidad, algo que resultaba a la vez fundamental y misterioso.

«Pregunta: Si cogiera unas diapositivas de las contusiones en los muslos de los bebés y las superpusiera, ¿me encontraría con lo que parecería una misma imagen?

»Respuesta: Sí, creo que sucedería eso. Creo que sería lo mismo que con las huellas dactilares o con los registros vocales».

Thad se detuvo un momento a pensar en lo que acababa de escribir, mientras daba unos golpecitos con la punta de la pluma sobre el papel. Después, volvió a inclinarse sobre el diario y continuó escribiendo, más deprisa esta vez.

«Pregunta: ¿Sabe William que tiene un cardenal?

»Respuesta: No. No creo que lo sepa.

»Pregunta: ¿Tengo idea de qué son esos gorriones, o qué significan?

»Respuesta: No.

»Pregunta: Pero sé que son gorriones. De eso estoy seguro, ¿verdad? Alan Pangborn y los demás pueden pensar lo que quieran, pero yo sé que son gorriones y que están volando otra vez, ¿verdad?

»Respuesta: Sí».

La pluma corría ahora sobre el papel. Hacía meses que Thad no escribía con semejante rapidez y naturalidad.

«Pregunta: ¿Sabe Stark que existen los gorriones?

»Respuesta: No. Él mismo lo ha dicho y le creo.

»Pregunta: ¿Estoy seguro de que le creo?»

Se detuvo de nuevo, brevemente, y siguió anotando:

«Stark sabe que hay algo. Pero William también debe de saber que hay algo; si tiene un cardenal en el muslo, debe de dolerle. Pero ha sido Wendy quien le ha causado la magulladura al caerse por la escalera. William solo sabe que tiene una zona del cuerpo dolorida.

»Pregunta: ¿Sabe Stark que tiene una zona dolorida, un punto vulnerable?

»Respuesta: Sí. Me parece que lo sabe.

»Pregunta: ¿Esos pájaros son cosa mía?

»Respuesta: Sí.

»Pregunta: ¿Significa esto que, cuando Stark escribió LOS GORRIONES VUELVEN A VOLAR en las paredes de los apartamentos de Clawson y de Miriam, no sabía lo que estaba haciendo ni recuerda haberlo hecho?

»Respuesta: En efecto.

»Pregunta: ¿Quién escribió esas palabras sobre los gorriones? ¿Quién dejó esos mensajes rotulados con sangre?

»Respuesta: El que lo sabe. El dueño de los gorriones.

»Pregunta: ¿Quién es el que lo sabe? ¿A quién pertenecen los gorriones?

»Respuesta: Yo soy el que sabe. Yo soy el dueño.

»Pregunta: ¿Estaba yo presente? ¿Estaba en esos lugares cuando él los mató?»

Hizo otra breve pausa.

«Sí —escribió, y añadió—: No. Las dos cosas. No experimenté ningún trance cuando Stark mató a Homer Gamache, ni cuando acabó con Clawson. Al menos, no recuerdo haber sufrido ninguno. Creo que lo que sé, lo que percibo, podría estar aumentando.

»Pregunta: ¿Él te ve?

»Respuesta: No lo sé, pero...»

—Así debe ser —murmuró Thad.

Y escribió: «Tiene que conocerme. Tiene que verme. Si realmente ha escrito él las novelas, me conoce desde hace mucho tiempo. Y este conocimiento, esa visión suya, también está aumentando. Todo ese equipo de grabación y rastreo telefónico no preocupó en absoluto al astuto de George, ¿verdad? No, claro que no. Porque el astuto de George ya sabía que lo instalarían. Uno no se pasa casi diez años escribiendo novelas policíacas sin ponerse al corriente de estos asuntos. Esta es una de las razones de que no le preocupara el montaje. Pero la otra razón es aún mejor, ¿verdad? Cuando ha querido hablar conmigo, hablar en privado, ha sabido perfectamente dónde encontrarme y cómo ponerse en contacto, ¿no es así?».

Sí. Stark llamó a la casa cuando quiso que otros oídos escucharan lo que decía, y llamó a la tienda de Dave cuando le interesó lo contrario. ¿Por qué quería que le oyeran, la primera vez? Porque tenía un mensaje para la policía, que como él bien sabía, estaría grabando sus palabras; el mensaje de que no era George Stark, de que era consciente de no serlo y de que había terminado de matar, de que no iba a por Thad y la familia de este. También lo había hecho por otra razón. Stark quería que Thad viera los registros vocales que, sin duda, los técnicos obtendrían. Sabía que la policía no daría crédito a sus propias pruebas, por muy incontrovertibles que fueran. Pero Thad sí que las creería.

«Pregunta: ¿Cómo ha sabido dónde encontrarme?»

Allí tenía otra buena pregunta, ¿verdad? Otro interrogante que entraba en la misma categoría de cosas inexplicables: cómo podían compartir dos personas las mismas huellas dactilares y los mismos registros vocales, o cómo podían tener dos bebés gemelos sendas contusiones idénticas. Sobre todo cuando solo uno de los niños en cuestión se había dado el golpe.

No obstante, Thad sabía que había casos misteriosos semejantes, bien documentados y aceptados, al menos referidos a mellizos. El vínculo entre gemelos idénticos era aún más misterioso. Hacía un año, más o menos, había leído un artículo al respecto en una revista de información general. Thad lo había leído con detenimiento dada la presencia de unos mellizos en su vida.

En la revista se mencionaba el caso de unos gemelos idénticos separados por todo un continente pero que, cuando uno de ellos se había roto la pierna, el otro había padecido terribles dolores en la suya, sin tener noticia de lo que acababa de sucederle a su hermano. También hablaba de las mellizas idénticas que habían desarrollado su propio idioma particular, un lenguaje que no comprendía ni hablaba nadie más en el mundo. Las dos pequeñas no habían aprendido una palabra de inglés a pesar de tener un cociente intelectual alto, e idéntico. ¿Para qué necesitaban el inglés? Se tenían la una a la otra, y eso era lo único que precisaban. El artículo hablaba también de unos gemelos que, separados al nacer, se reunieron de nuevo ya adultos y descubrieron que los dos se habían casado el mismo día del mismo año, con mujeres que se llamaban igual y guardaban un parecido sorprendente. Además, ambas parejas habían bautizado a sus primogénitos con el nombre de Robert. Y los dos Robert habían nacido el mismo mes del mismo año.

Mitad y mitad. Santo y seña. Filo y cuchilla.

—«Tanto monta...» —murmuró. Extendió la mano y rodeó con un círculo la última frase que había escrito:

«Pregunta: ¿Cómo ha sabido dónde encontrarme?».

Debajo, anotó:

«Respuesta: Porque los gorriones vuelven a volar. Porque somos gemelos».

Pasó la hoja del diario y dejó a un lado la pluma. Con el corazón al galope y la piel helada de miedo, alargó de nuevo una mano temblorosa y extrajo uno de los Berol del tarro. El lápiz parecía arder con un fuego lento y desagradable entre sus dedos.

Era hora de ponerse a trabajar.

Thad Beaumont se inclinó sobre la página en blanco, hizo una pausa y escribió LOS GORRIONES VUELVEN A VOLAR con grandes mayúsculas en la cabecera.

2

¿Qué se proponía, exactamente, con el lápiz?

Thad lo sabía muy bien. Iba a tratar de responder a la última pregunta, a esa pregunta tan obvia que ni siquiera se había molestado en escribir: ¿Era posible provocar el estado de trance? ¿Podía él hacer volar a los gorriones?

La pregunta remitía a una forma de contacto psíquico sobre la cual había leído algo, pero que no había visto nunca demostrada: la escritura automática. La persona que intentaba entrar en contacto con el espíritu de un muerto (o de un vivo) por este método debía sostener un lápiz o un bolígrafo con la punta sobre una hoja de papel en blanco y, simplemente, esperar a que el espíritu lo moviera. Thad había leído que la escritura automática, la cual podía practicarse con ayuda de un tablero de espiritismo, solía tomarse a broma, como un juego de salón incluso, y que esta actitud podía resultar muy peligrosa ya que, de hecho, podía dejar expuesto a algún tipo de posesión psíquica a quien la realizara.

Cuando leyó el artículo, Thad no prestó más atención a aquel asunto, que le había parecido tan ajeno a su vida como la adoración a unos ídolos paganos o la práctica de la trepanación para aliviar dolores de cabeza. Ahora, la cuestión parecía adquirir su propia lógica devastadora. Pero Thad tenía que invocar a los gorriones.

Pensó en ellos. Trató de evocar la imagen de todos aquellos pájaros, de todos aquellos miles de pájaros, posados en los aleros y los cables de teléfono bajo un suave aire primaveral, a la espera de la señal telepática para levantar el vuelo.

Y la imagen surgió. Pero era plana e irreal, como una especie de cuadro mental desprovisto de vida. Cuando Thad empezaba a escribir, el resultado solía ser el mismo: un ejercicio vacío y estéril. No, era algo bastante peor. Empezar el trabajo le parecía un poco obsceno, como besar la boca de un cadáver.

Sin embargo, había aprendido que, si perseveraba en el trabajo, si se

empeñaba en seguir obligando a las palabras a pasar al papel, entraba en acción otra cosa, algo que resultaba a la vez maravilloso y terrible. Las palabras como entes individuales empezaban a desaparecer. Los signos de escritura, que estaban anquilosados e inertes, comenzaban a calentarse como si los hubiera guardado durante la noche en algún armario y tuvieran que estirar los músculos antes de empezar sus complejas danzas. Algo empezaba a suceder entonces en el cerebro de Thad y casi notaba cómo cambiaba la forma de las ondas eléctricas de este, cómo abandonaban su pomposo y disciplinado paso de la oca para convertirse en las suaves y relajadas ondas delta propias del sueño.

Thad se encorvó, pues, sobre su diario, lápiz en mano, y trató de reproducir ese estado. Conforme pasaban los minutos y no sucedía nada, empezó a sentirse más y más estúpido.

Un sonsonete de una vieja serie de dibujos animados se le metió en la cabeza y se negó a desaparecer: «¡Abracadabra, que hable el fantasma!». ¿Qué diablos iba a decirle a Liz si aparecía en aquel momento y le preguntaba qué estaba haciendo allí, con un lápiz en la mano y una hoja de papel en blanco delante, casi a medianoche? ¿Que intentaba dibujar un conejito en el reverso de una etiqueta para participar en el sorteo de un curso gratuito en la Escuela de Pintores Famosos de New Haven? ¡Si ni siquiera tenía una etiqueta que enviar!

Hizo un gesto para devolver el lápiz al tarro de vidrio, pero se detuvo. Al moverse, había vuelto un poco el asiento hasta tener a la vista la ventana situada a la izquierda del escritorio.

Allí fuera había un pájaro, posado en el alféizar, que lo miraba con unos brillantes ojos negros.

Era un gorrión.

Mientras miraba, al primer gorrión se le unió otro.

Y otro.

—¡Oh, Dios mío! —dijo con voz líquida, temblorosa. No se había sentido tan aterrado en su vida como en ese momento. De pronto, le invadió de nuevo la sensación de que se alejaba. Era idéntica a la que había experimentado mientras hablaba con Stark por teléfono, pero esta vez era más fuerte. Mucho más fuerte.

Otro gorrión se posó en el alféizar y empujó a un lado a los otros dos para hacerse sitio. Detrás de estos, Thad vio toda una hilera de pájaros en lo alto del cobertizo donde guardaban el coche de Liz y las herramientas de jardinería.

La antigua veleta que presidía el único frontón del cobertizo, una antigua cochera para carros, estaba cubierta de aves y se mecía bajo su peso.

—¡Oh, Dios mío! —repitió, y escuchó su voz como si le llegara desde un millón de kilómetros. Una voz llena de horror y de terrible asombro—. ¡Oh, Dios mío, son reales! ¡Los gorrones son reales!

Pese a todo lo que había llegado a imaginar, jamás había sospechado aquello; pero no tenía tiempo para pensar, no tenía mente con la que reflexionar sobre el fenómeno. De pronto, el despacho desapareció y en su lugar vio el barrio de Ridgeway, en Bergenfield, donde había crecido. Estaba tan silencioso y desierto como la casa de la pesadilla de Stark: Thad se encontró contemplando un barrio silencioso en un mundo muerto.

Pero no estaba del todo muerto, pues todos los techos de las casas estaban cubiertos de gorriones que emitían gorjeos. Todas las antenas de televisión estaban sobrecargadas de pequeñas aves. Todos los árboles estaban a rebosar de ellas. Había gorriones alineados en los cables telefónicos, posados en los capós de los automóviles, sobre el gran buzón de correos azul de la esquina de Duke Street y Marlborough Lane, y en el aparcamiento de bicicletas frente a la tienda de comestibles de Duke Street, donde su madre lo había enviado más de una vez a por el pan y la leche cuando era pequeño.

El mundo estaba lleno de gorriones a la espera de la orden de emprender el vuelo.

Thad Beaumont echó la cabeza hacia atrás en la silla de trabajo. Un hilillo de espuma le resbalaba por la comisura de los labios y los pies se le retorcían, fuera de control. Ahora, todas las ventanas del despacho estaban abarrotadas de gorriones que lo miraban como extrañas aves espectadoras. Un largo sonido gutural escapó de su boca y las pupilas le desaparecieron bajo la órbita superior, dejando a la vista dos globos blancos, saltones y brillantes.

El lápiz tocó la hoja y empezó a escribir:

NENA

garabateó en la línea superior. Dejó un par en blanco, dibujó la señal en forma de L, característica de Stark para señalar cada nuevo párrafo y escribió:

La mujer empezó a retirarse de la puerta. Lo hizo casi de forma instantánea, antes incluso de que la puerta hubiera terminado su breve recorrido hacia el interior, pero fue demasiado tarde. Mi mano surgió de la oscuridad, disparada como una bala por el resquicio de apenas tres dedos entre el dintel y la puerta, y agarró la suya.

Los gorriones echaron a volar.

De repente, todos ellos levantaron el vuelo, tanto los que tenía en la cabeza, en aquel Bergenfield de antaño, como los del exterior de su casa de Ludlow, los reales. Los gorriones echaron a volar en ambos cielos: un cielo blanco y primaveral del año 1960 y un cielo oscuro de verano del año 1988.

Alzaron el vuelo y desaparecieron en una explosión susurrante de batir de alas.

Thad se irguió en su asiento... pero su mano seguía atada al lápiz, dominada por este.

El lápiz estaba escribiendo solo.

«Lo he hecho —pensó, aturdido, mientras se limpiaba de saliva y espuma los labios y la barbilla con la mano izquierda—. Lo he hecho... y ojalá no lo hubiera intentado. ¿Qué significa esto?»

Observó las palabras que surgían de su puño. El corazón le latía con tal fuerza que notó el pulso, acelerado y potente, en la garganta. Las frases que surgían en los trazos azules tenían su propia letra pero, se dijo Thad, todas las novelas de Stark se habían escrito con esa letra. «Las mismas huellas dactilares, la misma marca de cigarrillos y los mismos registros vocales. Sería aún más extraño que las caligrafías fueran diferentes», añadió para sí.

Era su letra, de acuerdo, como lo había sido en las demás ocasiones, pero ¿de dónde procedían las palabras? De su propia mente no, eso seguro; en aquel momento, no había en ella más que terror envuelto en una estruendosa y rugiente confusión. Además, había perdido la sensibilidad de la mano. Su brazo derecho parecía terminar en seco cuatro dedos por encima de la muñeca. No experimentaba la más mínima sensación de presión en los dedos, aunque observó que sostenía el lápiz entre el pulgar, el índice y el corazón con tal fuerza que las yemas de los dedos habían palidecido. Era como si le hubieran inyectado una buena dosis de novocaína.

Llegó al final de la primera hoja. Su mano insensible pasó la página, su palma sin tacto recorrió la costura central del cuaderno para alisar la nueva página y el lápiz continuó escribiendo:

Miriam Cowley abrió la boca para gritar. Yo había estado esperando justo detrás de la puerta, aguardando pacientemente desde hacía cuatro horas, sin beber un café, sin fumar un cigarrillo. (Me apetecía el cigarrillo y me fumaría uno en cuanto terminara con aquella, pero, de haberlo hecho antes, el dolor podría haberla alertado.) Me recordé a mí mismo que debía cerrarle los ojos después de rebanarle el gargante.

Thad se dio cuenta con creciente horror de que estaba leyendo un relato del asesinato de Miriam Cowley.

Pero esta vez no se trataba de un confuso revoltijo de palabras, sino de la narración coherente y brutal de un hombre que, a su espeluznante manera, era un escritor extremadamente efectivo. Tanto que millones de personas habían comprado sus relatos de ficción.

«Y este es el estreno de George Stark en el campo de la no ficción», pensó Thad con una náusea.

Acababa de conseguir lo que se había propuesto; había establecido contacto, había penetrado de algún modo en la mente de Stark, al igual que Stark debía de haber penetrado de alguna manera en la mente de Thad. Pero ¿quién iba a imaginar qué fuerzas monstruosas y desconocidas desencadenaría al hacerlo? ¿Quién podía haberlo imaginado?

La presencia de los gorriones —y la evidencia de que eran reales— había sido nefasta, pero aquello era aún peor. ¿No le había parecido que tanto el lápiz como el cuaderno estaban tibios al tacto? No era de extrañar. La mente de aquel tipo era un verdadero horno.

Y ahora... ¡Dios santo! ¡Allí estaba, escribiendo de su propio puño! ¡Dios santísimo!

"Estás pensando que podría abrirme la cabeza con eso, ¿verdad, nena? Deja que te diga una cosa: no es una idea brillante. Y sabes lo que le sucede a la gente que se queda sin ideas brillantes, ¿verdad? Ahora, las lágrimas le corrían por las mejillas.

«¿Qué sucede, George? ¿Te estás quedando sin ideas brillantes?»

No era de extrañar que aquel perverso hijo de puta hubiera vacilado un

momento al oírle decir aquello. Si realmente las cosas habían sucedido así en el apartamento de Miriam, ¿Stark había utilizado esas mismas palabras antes de asesinar a la mujer!

«Yo estaba en contacto con su mente durante el asesinato. Sí, lo estaba. Por eso utilicé esa frase durante nuestra conversación en la tienda de Dave».

Allí estaba Stark, obligando a Miriam a llamar a Thad, marcando el número él mismo porque Miriam se sentía demasiado aterrorizada como para recordarlo, aunque había semanas en que lo llamaba al menos media docena de veces. A Thad, tanto el olvido de ella como la actitud comprensiva de Stark le parecieron horribles y convincentes. Ahora Stark empuñaba la navaja barbera para...

Pero Thad no quería leer aquello. No quería seguir leyendo. Levantó el brazo, alzando al mismo tiempo la cabeza aturdida; parecía que fuera de plomo. En el instante en que se interrumpió el contacto del lápiz con el papel, recuperó la sensibilidad en la mano. Lo último que deseaba en el mundo era volver a apoyar el lápiz en el papel, cerrar de nuevo aquel obscuro circuito entre Stark y él. No se había metido en aquel asunto para leer el testimonio personal de Stark acerca del asesinato de Miriam Cowley, ¿verdad?

«¿Y si los gorriones volvieran?»

Pero no volverían. Los pájaros habían cumplido su propósito. El circuito que había cerrado aún estaba intacto y en funcionamiento. Thad no tenía ni idea de cómo lo sabía, pero estaba seguro de ello.

«¿Dónde estás, George? —pensó—. ¿Por qué no te percibo? ¿Es porque eres tan poco consciente de mi presencia como yo de la tuya? ¿O hay algo más? ¿Dónde coño estás?»

Mantuvo el pensamiento en primer plano de su mente, tratando de visualizarlo como un brillante rótulo de neón rojo. A continuación, asió de nuevo el lápiz y empezó a bajarlo hacia las hojas del diario.

En cuanto el lápiz tocó el papel, la mano volvió a alzarse y pasó la página. La palma de la mano alisó la hoja en blanco por la costura central como la vez anterior. Luego, el lápiz regresó al papel y escribió:

*"No importa", le dijo Máquina a Jack Rangel.
"Todos los sitios son iguales". Hizo una pausa. "Excepto
el hogar, tal vez. Y eso lo sabré cuando llegue a él."*

«Todos los sitios son iguales». Thad reconoció primero aquella frase, y luego el párrafo entero. Pertenecía al primer capítulo de la primera novela de Stark, *Vida de Máquina*.

Esta vez, el lápiz se había detenido por su propia voluntad. Lo levantó y miró

las palabras garabateadas, frías y punzantes. «Excepto el hogar, tal vez. Y eso lo sabré cuando llegue a él».

En *Vida de Máquina*, el hogar había sido Flatbush Avenue, donde Alexis Máquina había pasado la infancia barriendo la sala de billares de su padre enfermo y alcohólico. ¿Dónde estaba el hogar en esta historia?

«¿Dónde está el hogar?», pensó, dirigiéndose al lápiz, luego, lentamente, bajó la mano hasta el papel.

El lápiz dibujó una rápida serie de garabatos en forma de eme y, tras una pausa, volvió a moverse.



El hogar está donde todo empezó

escribió el lápiz debajo de los pájaros.

Un juego de palabras. ¿Tenía algún significado? ¿Seguía abierto realmente el contacto, o había empezado a engañarse a sí mismo? Thad estaba seguro de que no se había engañado en lo de los pájaros, ni durante aquel primer acceso frenético de escritura automática, pero la sensación de calor y de necesidad imperiosa parecía haber cesado.

Aún tenía la mano entumecida, pero tal vez se debía en parte a la fuerza con que asía el lápiz (que era mucha, a juzgar por las marcas que le había dejado en los dedos). ¿No había leído en aquel mismo artículo sobre la escritura automática que, a menudo, los propios participantes se engañaban a sí mismos al jugar con un tablero de espiritismo, y que en la mayoría de los casos el vaso no era guiado por los espíritus, sino por los deseos y pensamientos subconscientes del que participaba?

«El hogar está donde todo empezó». Si seguía siendo Stark quien escribía, y si la frase significaba algo, quería decir allí, en aquella casa, ¿verdad? Porque en aquel mismo despacho había nacido George Stark.

De pronto, recordó un fragmento del condenado artículo de la revista *People*.

«Coloqué un folio en el carro de la máquina... y volví a sacarlo inmediatamente. Yo he mecanografiado todas mis obras pero, al parecer, George Stark no se llevaba bien con las máquinas de escribir. Tal vez porque no había clases de mecanografía en ninguno de los hoteles con rejas donde cumplió condena».

Agudo. Muy agudo. Pero solo guardaba un parecido remoto con los hechos reales, ¿verdad? No era la primera vez que Thad contaba una historia que guardaba relación, aunque lejana, con la realidad; y suponía que no sería la

última. Dando por supuesto que sobreviviera a todo aquello, claro. No se trataba exactamente de mentiras, ni siquiera de adornar la verdad, para ser precisos. Era el acto casi inconsciente de convertir en ficción la propia vida, y Thad no conocía a un solo escritor de novelas o relatos cortos que no lo hiciera.

El propósito no era presentarse mejor de lo que se sería en una situación determinada; a veces se daba el caso, pero igual podía uno escribir una escena en que se dejara en mal lugar o pareciera estúpido y ridículo. ¿Cuál era esa película donde un periodista decía: «Si tienes que decidir entre la verdad y la leyenda, imprime leyenda»? *El hombre que mató a Liberty Valance*, quizá. Aunque en periodismo una frase así sonara rastrera e inmoral, en literatura de ficción era una máxima maravillosa.

El exceso de simulación en la propia existencia parecía un efecto secundario casi inevitable del oficio de novelista, como los callos en las yemas de los dedos de un guitarrista o la tos crónica después de años de fumar.

Los detalles del nacimiento de Stark eran, en realidad, muy distintos a la versión de *People*. No había existido ninguna decisión mística en el hecho de escribir las novelas de Stark a mano, aunque el tiempo lo había convertido en una especie de ritual. En cuanto a rituales, los escritores eran tan supersticiosos como los deportistas profesionales. Los jugadores de béisbol podían llevar los mismos calcetines un día tras otro o santiguarse antes de colocarse en posición, si estaban bateando bien; los escritores, cuando tenían la inspiración, solían seguir la misma rutina, hasta que esta se convertía en un ritual para alejar el equivalente literario de una mala racha al bate, que recibía el nombre de «bloqueo creativo».

La costumbre de George Stark de escribir las novelas a mano arrancaba, simplemente, de que a Thad se le había olvidado llevar cintas nuevas para la Underwood a su pequeño despacho en la casa de verano de Castle Rock. Se había encontrado sin cintas, pero la idea le había parecido demasiado urgente y prometedora para esperar, de modo que había rebuscado en los cajones del escritorio hasta encontrar una libreta de notas y unos lápices, y...

«En aquella época solíamos bajar a la casa del lago mucho más avanzado el verano, porque yo impartía ese curso acelerado de tres semanas... ¿cómo se llamaba? “Modos creativos”, eso es. Qué estupidez. Ese año era a finales de junio y recuerdo que entré en el despacho y descubrí que no tenía cinta para la máquina de escribir. Coño, incluso recuerdo que Liz se quejaba de que no había ni café...

»El hogar está donde todo empezó».

Cuando habló con Mike Donaldson, el periodista de *People*, al contarle la historia medio inventada de la génesis de George Stark, había trasladado la acción a la gran casa de Ludlow sin saber a ciencia cierta la razón; tal vez porque en Ludlow desarrollaba la mayor parte de su trabajo y le había parecido natural situar

allí la escena. Sobre todo cuando se trataba precisamente de imaginar una escena, inventarla, como haría para una obra de ficción. Sin embargo, no era allí donde George Stark había hecho su estreno; no era allí donde Stark había utilizado por primera vez los ojos de Thad para asomarse al mundo, aunque era en aquel lugar, en aquella mesa, donde Thad había escrito la mayor parte de sus obras, tanto las firmadas bajo su propio nombre como las de Stark. Allí habían vivido la mayor parte de sus extrañas existencias a dúo.

«El hogar está donde todo empezó».

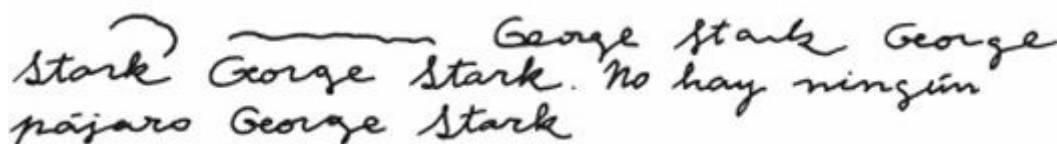
En este caso, debía de referirse a Castle Rock. Castle Rock, donde también estaba el cementerio Tierra Natal. El cementerio en el que, al menos para Thad ya que no para Alan Pangborn, George Stark había hecho su aparición en su mortífera encarnación física, hacía casi dos semanas.

Luego, como si fuera la secuencia más natural del mundo (y, por lo que sabía, bien podía serlo) se le ocurrió otra pregunta. Una pregunta tan fundamental y que surgió tan de improviso que se oyó a sí mismo murmurarla en voz alta, como un admirador tímido en una reunión literaria:

—¿Por qué quieres volver a escribir?

Bajó la mano hasta que la punta del lápiz tocó el papel. El entumecimiento volvió a dominarle los dedos y a penetrar en ellos, como si estuvieran sumergidos en un torrente de agua muy fría y muy clara.

Una vez más, el primer gesto de la mano fue levantarse y pasar a una página en blanco del diario. Volvió a bajar, alisó la hoja que acababa de volver; pero esta vez el lápiz no empezó a escribir enseguida. Thad tuvo tiempo de pensar que el contacto, fuera lo que fuese, se había roto a pesar del entumecimiento. Entonces, el lápiz saltó en su mano como si estuviera vivo, vivo, pero malherido. Dio una sacudida y trazó una marca como una coma tumbada, volvió a moverse bruscamente, dibujó una raya, y luego escribió:



Stark George Stark George Stark George Stark. No hay ningún pájaro George Stark

antes de detenerse como un artillero mecánico asmático.

«Sí, puedes escribir tu nombre y negar que existen los gorriones. Muy bien, pero ¿por qué quieres volver a escribir? ¿Por qué es tan importante? Tanto como para matar a esa gente».

Si no morís

escribió el lápiz.

—¿Qué quieres? —murmuró Thad. Y una loca esperanza estalló en su cabeza. ¿Podía ser algo tan simple como eso? Sí, era posible. Sobre todo teniendo en cuenta, de entrada, que se trataba de un escritor sin motivos para seguir con vida. ¡Pero si había un buen número de escritores de carne y hueso que no podrían existir si no escribieran, o que así lo creían...! En el caso de hombres como Ernest Hemingway, llegaba a ser verdad, ¿no?

El lápiz tembló y garabateó una larga línea bajo el último mensaje.

Se parecía extrañamente a la gráfica de la impresión vocal.

—Vamos —susurró Thad—. ¿Qué coño quieres decir?

¡Válgase A PEDAZOS

escribió el lápiz. Las letras se trazaban con dificultad, eran reacias a salir. El lápiz se movía a trompicones y con temblores entre sus dedos, blancos como la cera. «Si aprieto un poco más —se dijo Thad—, se partirá».

*piendo
piendo la cohesión necesaria
no hay ningún pájaro NO HAY NINGÚN MALDITO PÁJARO
¡Oh, tú, hijo de puta, sal de
mi cabeza!*

De pronto, el brazo se le levantó. Al mismo tiempo, la mano dormida movió el lápiz con la agilidad de un prestidigitador al manipular una carta y, de tenerlo cogido entre los dedos casi por la punta, pasó a aferrarlo como un puñal.

Lo descargó sobre la mesa —Stark lo descargó— y, de pronto, el lápiz se clavó en la membrana entre el pulgar y el índice de su mano izquierda. La punta, algo roma después de haber escrito las palabras de Stark, atravesó la piel casi de lado a lado. El lápiz se astilló. Un brillante charco de sangre llenó el hueco que había dejado la punta en la carne y, de pronto, la fuerza que se había adueñado de él lo abandonó. Un dolor ardiente le ascendió de la mano, que mantuvo extendida sobre el escritorio con el lápiz sobresaliendo de ella.

Thad echó la cabeza hacia atrás y apretó los dientes para reprimir el grito de agonía que pugnaba por escapar de su garganta.

Al lado del despacho había un pequeño cuarto de baño y, cuando Thad se sintió capaz de caminar, se dirigió hasta allí para examinar la herida de la mano, que seguía doliéndole terriblemente, bajo la áspera luz del tubo fluorescente del techo. Tenía el aspecto de una herida de bala, un orificio redondo con un círculo de hollín negro en el borde. El hollín parecía pólvora, en lugar de restos de grafito. Volvió la palma de la mano hacia arriba y vio un punto rojo brillante, del tamaño de un alfilerazo, en el lugar de la herida. Hasta allí había llegado la punta del lápiz.

«Ha faltado muy poco para que la atravesara por completo», pensó al verlo.

Dejó correr el agua fría y puso la mano bajo el grifo hasta que la notó entumecida; luego sacó la botella de agua oxigenada del armario. Comprobó que no podía sostener la botella con la mano izquierda, de modo que la sujetó contra el cuerpo con el brazo para desenroscar la tapa con la diestra. A continuación, vertió un poco de desinfectante en la herida y observó cómo el líquido formaba una espuma blanca, mientras apretaba los dientes para resistir el dolor.

Dejó en su sitio la botella de agua oxigenada y sacó uno a uno los frascos de medicinas del armario, examinando las etiquetas. Un par de años atrás había sufrido unos terribles espasmos musculares a consecuencia de una caída ocurrida mientras practicaba esquí de fondo, y el bueno del doctor Hume le había recetado un potente analgésico. Thad solo había tomado algunas píldoras, pues había comprobado que le alteraban el ciclo del sueño y le rompían el ritmo de trabajo.

Por fin, localizó el frasco del analgésico detrás de un tubo de crema de afeitar que debía de llevar allí diez siglos, por lo menos. Destapó el frasco con los dientes y, con pequeñas sacudidas, hizo saltar una píldora sobre uno de los ángulos del lavabo. Dudó si añadir una segunda, pero decidió no hacerlo. Aquellas píldoras eran fuertes.

«Tal vez estén caducadas. Solo faltaría que esta noche de juerga terminara con unas buenas convulsiones y un viaje al hospital».

De todos modos, decidió correr el riesgo. En realidad, ni siquiera se planteó dejar de tomar el analgésico, pues el dolor era inmenso, increíble. En cuanto al hospital... observó de nuevo la herida de la mano y pensó: «Supongo que debería ir a que me echaran un vistazo, pero no pienso hacerlo. Con la de gente que me ha mirado como si estuviera chiflado durante estos últimos días ya tengo bastante para todo lo que me resta de vida».

Dejó caer del frasco cuatro píldoras más, se las puso en el bolsillo de los pantalones y volvió a guardar el recipiente en el estante de las medicinas. Después, se cubrió la herida con una tirita. Escogió un parche redondo y, mientras

lo colocaba, pensó: «Viendo este pequeño círculo de plástico, uno no se puede imaginar cómo duele. Stark me ha tendido una trampa. Me ha preparado una trampa en su mente y yo me he lanzado a ella de cabeza».

¿Era eso lo que había sucedido en realidad? Thad no lo sabía, no podía decirlo con certeza, pero de una cosa estaba seguro: no sentía el menor deseo de repetir la experiencia.

4

Cuando recuperó el dominio de sí mismo —o algo parecido—, Thad guardó el diario en el cajón del escritorio, apagó las luces del despacho y bajó al segundo piso. Hizo una pausa en el rellano y aguzó el oído unos instantes. Los gemelos estaban tranquilos. Liz, también.

El analgésico, en perfectas condiciones al parecer, comenzó a surtir efecto y el dolor de la mano empezó a disminuir un poco. Si la flexionaba sin darse cuenta, el sordo latido de dolor se convertía en un grito pero, si tenía cuidado de no mover los dedos, resultaba soportable.

«¡Ah!, pero mañana por la mañana sí que va a dolerte, muchacho... ¿Y qué vas a decirle a Liz?»

Aún no lo sabía. Probablemente la verdad o, en cualquier caso, parte de ella. Al parecer, Liz había desarrollado una gran habilidad para pillarle en las mentiras.

El dolor remitía, pero los efectos secundarios del espantoso suceso —de los espantosos sucesos— aún lo tenían sobresaltado y pensó que tardaría un buen rato en conciliar el sueño. Bajó a la planta baja y echó un vistazo al coche patrulla, aparcado en el camino particular de la casa, a través de los visillos de la gran cristalera del salón. Advirtió el resplandor de dos puntas de cigarrillo como luciérnagas rojas en el interior del vehículo.

«Esos hombres están ahí dentro, sentados tranquilamente. Los pájaros no los han alarmado, de modo que en realidad no han existido más que en mi mente. Al fin y al cabo, a esos policías les pagan para que se alarmen».

Era una idea tentadora, pero el despacho daba al otro lado de la casa y sus ventanas no se veían desde el lugar donde estaba el coche patrulla. Tampoco el cobertizo. Así pues, era posible que los policías no hubiesen visto los gorrones. Al menos, cuando empezaron a reunirse.

«Pero ¿y cuando emprendieron el vuelo todos a la vez? ¿Cómo es posible que no los oyeran? Tú mismo viste al menos un centenar de ellos, doscientos o trescientos tal vez».

Thad salió al exterior. Apenas tuvo tiempo de abrir la puerta de la cocina

cuando los dos agentes ya saltaban del coche, uno por cada lado. Eran dos hombres corpulentos que se movían con el sigilo y la rapidez de un par de ocelotes.

—¿Ha vuelto a llamar el tipo, señor Beaumont? —preguntó el policía que había salido por la portezuela del conductor. Se apellidaba Stevens.

—No, no es nada de eso —respondió Thad—. Estaba escribiendo en el despacho y me ha parecido oír una bandada de pájaros que remontaba el vuelo. Creo que me ha sobresaltado un poco. ¿Ustedes han oído algo?

Thad ignoraba el nombre del policía que se había apeado por el lado del acompañante. Era un hombre joven, rubio, con una de esas caras redondas y cándidas que irradian inocencia.

—Los hemos oído y los hemos visto —aseguró. Señaló el cielo, donde la luna en cuarto creciente colgaba sobre la casa, y añadió—: Han pasado justo por delante de la luna. Eran gorriones. Una buena bandada. Resulta raro verlos volar de noche.

—¿De dónde cree que han salido? —inquirió Thad.

—Bueno, le aseguro que no tengo ni idea. Me suspendieron en observación de aves —respondió el hombre de la cara redonda con una sonrisa.

Su compañero no le rió la gracia.

—¿Está nervioso esta noche, señor Beaumont? —preguntó.

Thad le dirigió una mirada fría.

—Sí. Últimamente, estoy nervioso todas las noches.

—¿Podemos hacer algo por usted?

—No —respondió Thad—. Creo que no. Solo he sentido curiosidad por ese ruido. Buenas noches, agentes.

—Buenas noches —dijo el policía de la cara redonda.

Stevens se limitó a asentir con la cabeza. Bajo el sombrero tejano de ala ancha, sus ojos brillaban inexpresivos.

«Este piensa que soy culpable —se dijo Thad mientras desandaba el camino hasta la puerta—. No sabe de qué y probablemente no le importa, pero ese hombre tiene la expresión de quien cree que todo el mundo es culpable de algo. ¿Quién sabe? Tal vez incluso tiene razón».

Cerró la puerta de la cocina y giró la llave. Volvió al salón y se acercó de nuevo a la ventana. El policía de la cara redonda había vuelto a encerrarse en el coche, pero Stevens estaba todavía de pie al lado de la portezuela del conductor y, por un momento, Thad tuvo la impresión de que el tipo lo miraba directamente a los ojos. Por supuesto, aquello era imposible; con los visillos echados, Stevens solo podía distinguir, como mucho, una silueta oscura y borrosa en el interior de la casa.

De todos modos, a Thad siguió dominándole aquella impresión. Corrió la cortina gruesa sobre los visillos y se acercó al mueble bar. Lo abrió y sacó una botella de Glenlivet, que siempre había sido su *whisky* preferido. Contempló un largo momento la botella y volvió a guardarla. Tenía unas ganas terribles de tomar un trago, pero aquel era el peor momento de su vida para empezar a beber otra vez.

Fue a la cocina y se sirvió un vaso de leche con mucho cuidado de no mover la mano izquierda. La herida le seguía doliendo como si le ardiera.

«Al principio, Stark me pareció impreciso y confuso —pensó mientras tomaba un sorbo de leche—. Fue solo un momento, pues recuperó su brutal energía tan deprisa que me asustó, pero al principio me pareció impreciso y confuso. Creo que lo pillé durmiendo. Tal vez estaba soñando con Miriam, pero no lo creo. Lo que sondeé era demasiado coherente para tratarse de un sueño. Más bien parecía un recuerdo. Sí, creo que era la Sala de Recuerdos subconsciente de George Stark, donde todo está perfectamente anotado y archivado en su lugar correspondiente. Imagino que si él sondeara mi subconsciente (y, por lo que sé, es posible que ya lo haya hecho), encontraría algo parecido».

Tomó otro sorbo de leche y se quedó mirando la puerta de la despensa.

«Me pregunto si podría sondear en sus pensamientos conscientes...»

Y se dijo que sí, que podría. Pero también pensó que ello lo dejaría de nuevo expuesto y vulnerable. La próxima vez no sería un lápiz en la mano. La siguiente ocasión podría tratarse de un abrecartas en el cuello.

«No puede hacerlo. Me necesita.

Sí, pero está loco. Y los locos no siempre se rigen por lo que más les conviene».

Miró la puerta de la despensa y recordó que podía meterse en ella y salir por el otro lado a la parte trasera de la casa.

«¿Puedo obligarle a hacer algo, igual que él me ha obligado a mí?»

Para esto no tenía respuesta. Al menos, de momento. Por otra parte, un experimento fallido podía costarle la vida.

Apuró el vaso de leche, lo lavó y lo puso en el escurrer platos. Luego se metió en la despensa. Allí, entre estanterías de conservas a la derecha y de productos frescos a la izquierda, había una puerta dividida horizontalmente en dos paneles que conducía a la amplia extensión de césped que denominaban el patio trasero. Abrió el pestillo de la puerta, empujó los dos paneles y vio en el exterior la mesa de *picnic* y la barbacoa, plantadas como silenciosos centinelas. Salió al sendero de asfalto que bordeaba la casa hasta unirse al camino principal en la parte delantera.

El sendero brillaba como un cristal negro bajo la luz de la media luna y advirtió en el asfalto unas manchas blancas a intervalos irregulares.

«Cagadas de gorrones, hablando en plata», pensó.

Thad recorrió con paso lento el sendero asfaltado hasta situarse justo debajo de las ventanas del despacho. Un camión asomó por el horizonte e inició el descenso por la carretera 15 en dirección a la casa, barriendo por un instante el césped y el sendero con la luz de sus faros. Bajo esa breve luz, Thad vio los cuerpos de dos gorrones muertos en el suelo, dos pequeños montones de plumas de los que sobresalían unas patitas con tres dedos. Un instante después, el camión se perdió de vista. Bajo la luz de la luna, los cuerpos de los pájaros muertos se convirtieron de nuevo en sombras; nada más que sombras.

«Eran de verdad —se dijo de nuevo—. Los gorrones eran de verdad». Volvió a experimentar aquel horror ciego, repulsivo, que le hacía sentirse sucio, impuro.

Trató de cerrar los puños y la mano izquierda respondió con un alarido de dolor. El escaso alivio que le había proporcionado el analgésico empezaba ya a desvanecerse.

«Los gorrones estaban aquí. Eran reales. ¿Cómo es posible?»

No lo sabía.

«¿Los he hecho venir? ¿O los he creado de la nada?»

Eso tampoco lo sabía. Pero de una cosa estaba seguro: los gorrones que había visto aquella noche, los gorrones reales que habían acudido justo antes de que le engullera el trance, solo eran una parte de todos los gorrones que podían acudir. Tal vez solo una fracción minúscula.

«Nunca más —pensó—. Por favor... nunca más».

Pero sospechó que sus deseos carecían de importancia. Aquel era el verdadero horror: había activado alguna terrible capacidad paranormal en su interior, pero no podía controlarla. En aquel asunto, la mera idea de controlar algo era un chiste.

Tuvo la certeza de que, antes de que todo aquello terminara, los gorrones volverían.

Thad se estremeció al pensarlo y volvió a la casa. Se deslizó en su propia despensa como si fuera un ladrón, cerró el pestillo y fue a acostarse con su mano dolorida. Antes de hacerlo, tragó otra píldora con un poco de agua del grifo de la cocina.

Cuando se tendió junto a Liz, esta no se despertó. Al cabo de un rato, Thad se sumió en tres horas de un sueño incómodo, irregular, durante el cual las pesadillas le sobrevolaron en círculos, siempre fuera de su alcance.

DIECINUEVE

STARK HACE UNA COMPRA

1

Le pareció que no había llegado a despertar.

Si se detenía a pensarlo, era como si nunca hubiera estado realmente despierto ni dormido, al menos en el sentido que daba a tales palabras la gente normal. En cierto modo era como si estuviese siempre dormido y solo pasara de un sueño a otro. Así, su vida —lo poco que recordaba de ella— era como una serie inacabable de muñecas rusas, o como estar asomado a una sala de espejos sin fin.

Y el sueño donde ahora se encontraba era una pesadilla.

Emergió lentamente del sueño sabiendo que en realidad no había estado dormido en absoluto. De algún modo, Thad Beaumont había conseguido adueñarse de él por unos instantes, había logrado doblegarlo bajo su voluntad unos momentos. ¿Había dicho algo, había revelado algo mientras Beaumont lo tenía bajo su control? Tenía la sensación de haberlo hecho. Pero también se sentía muy seguro de que Beaumont no sabría interpretar aquellas revelaciones, ni distinguir los datos importantes que pudiera haber dicho de los que carecían de valor.

También salió del sueño para despertar al dolor.

Había alquilado un apartamento de dos habitaciones con cocina en el East Village, cerca de la Avenida B. Cuando abrió los ojos estaba sentado ante la mesa de patas desequilibradas de la cocina, con un cuaderno de notas abierto ante él. Un reguero de sangre brillante corría sobre el mantel de hule descolorido que cubría la mesa, y no había nada de sorprendente en aquella sangre, porque del dorso de su mano derecha sobresalía un bolígrafo Bic clavado en la carne.

Entonces empezó a recordar el sueño.

Así era como había logrado expulsar a Beaumont de su mente; aquel había

sido el único modo de romper el vínculo que aquella rata cobarde había conseguido forjar entre ambos. ¿Cobarde? Sí, pero también astuta, y haría mal en olvidarse de ello. Haría muy mal.

Stark recordaba vagamente haber soñado que Thad estaba con él, en su cama. Estaban hablando juntos, cuchicheándose cosas, y al principio esto le había parecido agradable y extrañamente reconfortante, como cuando uno se pone a hablar con su hermano con las luces apagadas.

Pero habían hecho algo más que hablar, ¿verdad?

En realidad se habían estado contando secretos... o, más bien, Thad le hizo preguntas y Stark se descubrió contestando a ellas. Era agradable contestar, reconfortaba. Pero también era alarmante. Al principio, la alarma se centró en los pájaros: ¿por qué Thad insistía en preguntarle por unos pájaros? No había ningún pájaro. Tal vez los había habido alguna vez, hacía mucho, muchísimo tiempo. Pero ya no. Solo era un juego mental, un débil intento de asustarlo. Luego, poco a poco, la sensación de alarma se había empezado a mezclar con su instinto de supervivencia, casi exquisitamente aguzado, y este se volvió cada vez más fino y específico mientras luchaba por despertar del todo. Se sentía como si lo retuvieran bajo el agua, como si lo ahogaran.

Así, aun en aquel estado de semivigilia, había llegado hasta la cocina, había abierto el cuaderno y había cogido el bolígrafo. Thad no había previsto nada de aquello; ¿cómo iba a hacerlo? ¿Acaso no estaba escribiendo él también, a setecientos kilómetros de distancia? El bolígrafo no le gustaba, por supuesto —ni siquiera le encajaba entre los dedos—, pero le serviría. De momento.

«Caigo A PEDAZOS», había visto que escribía su propia mano. Para entonces ya se había notado muy cerca del espejo mágico que dividía el sueño de la realidad y había luchado por imponer sus propios pensamientos al bolígrafo, por imponer su propia voluntad sobre lo que debía o no aparecer en la hoja en blanco; pero le había resultado difícil. Dios santo, sí, le había costado tanto...

Había comprado el Bic y media docena de cuadernos en una papelería después de su llegada a Nueva York, antes incluso de alquilar el destartado apartamento. En la tienda vio lápices Berol y deseó comprarlos, pero se resistió. Porque, fuera cual fuese la mente que había guiado sus trazos, había sido la mano de Thad Beaumont la que los había dirigido, y Stark necesitaba saber si aquel era un vínculo que podía romper. Por eso había dejado los lápices y había escogido el bolígrafo.

Si era capaz de escribir, si era capaz de hacerlo por sí mismo, todo saldría bien y ya no necesitaría más a aquella criatura despreciable y gimoteante de la casa de Maine.

Pero el bolígrafo había resultado inútil. Por mucho que lo intentara, por

mucho que se concentrara, lo único que había conseguido escribir era su nombre. Lo había escrito una y otra y otra vez: George Stark, George Stark, George Stark, hasta que, al final de la página, ya no eran palabras reconocibles, sino los simples garabatos inconexos de un párvulo.

El día anterior había acudido a una biblioteca pública de la ciudad y había alquilado una hora de utilización de aquellas siniestras IBM eléctricas de color gris en la sala de mecanografía. La hora se le había hecho un siglo. Sentado en un compartimiento cerrado por tres mamparas, con los dedos temblorosos sobre las teclas, había seguido escribiendo su nombre, esta vez en mayúsculas: GEORGE STARK, GEORGE STARK, GEORGE STARK.

«¡Basta! —se había gritado a sí mismo—. ¡Escribe otra cosa, lo que sea, pero olvida eso ya!»

Lo había intentado. Se había inclinado sobre las teclas, sudoroso, y había escrito: «La rápida zorra marrón saltó sobre el perro perezoso».

Pero cuando miró el papel, descubrió que en este solo ponía: «La george George Stark george starkió sobre el stark Stark».

Había estado a punto de arrancar la IBM de sus pernos y arrasar la sala con ella, haciéndola girar sobre su cabeza como la maza de un bárbaro, hundiendo cráneos y quebrando columnas vertebrales. ¡Si no podía crear, utilizaría la máquina para destruir!

Sin embargo, había logrado dominarse (con gran esfuerzo) y había abandonado la biblioteca. Al salir, estrujó con mano enérgica la inútil hoja de papel para arrojarla luego a una papelería. Con el Bic clavado en la mano, Stark recordó la rabia ciega que había experimentado al descubrir que sin Thad Beaumont no podía escribir más que su propio nombre.

Y el miedo.

El pánico.

Pero aún tenía en su poder a Beaumont, ¿no era así? Beaumont podía pensar lo contrario, pero tal vez, tal vez, estaba a punto de llevarse una sorpresa monumental.

«Pierdo», escribió. Cuidado, no podía decirle a Beaumont nada más; lo que había escrito ya era más que suficiente. Hizo un poderoso esfuerzo por controlar aquella mano traidora. Por despertar.

«La cohesión necesaria», escribió su mano, como para ampliar la idea anterior, y de pronto Stark se vio clavándole el bolígrafo a Beaumont. «Y yo soy capaz de hacerlo, además, —pensó—. No creo que tú puedas, Thad, porque en resumidas cuentas no eres más que un gran sorbo de leche, ¿verdad? Pero vayamos al meollo: yo soy capaz de hacerlo, hijo de puta. Creo que es hora de que lo entiendas».

Entonces, aunque aquello era como un sueño dentro de otro sueño, aunque se sentía atenazado por la horrible y vertiginosa sensación de tener el dominio de sí mismo, recuperó parte de su brutal e ilimitada confianza en sus fuerzas y consiguió romper el caparazón del sueño. En el momento triunfal de atravesarlo, antes de que Beaumont pudiera asfixiarlo, recuperó el control del bolígrafo, y por fin fue capaz de escribir con él.

Por un instante —solo fue un momento— tuvo la sensación de que había dos manos con sendos útiles de escribir. La sensación parecía demasiado clara, demasiado real, para ser imaginaria.

«No hay ningún pájaro», escribió. La primera frase de verdad que había escrito en toda su existencia como ser físico. Le costó un esfuerzo terrible escribirla; solo una criatura con una voluntad sobrenatural habría podido soportar el sufrimiento de aquel esfuerzo. Pero una vez escritas las palabras, Stark sintió que su control se reforzaba. La presión de la otra mano había disminuido y Stark aplicó sobre ella toda su energía, sin el menor asomo de piedad o de vacilación.

«Asfixiado por un momento —pensó—. A ver si te gusta...»

En una acometida más rápida y mucho más satisfactoria que el más intenso de los orgasmos, volvió a escribir: «NO HAY NINGÚN MALDITO PÁJARO. ¡Oh, hijo de puta, sal de mi CABEZA!».

Luego, sin detenerse a pensar en lo que hacía —pensar le habría provocado una vacilación fatal—, movió el bolígrafo Bic en un gesto seco, rápido. La punta de acero penetró en su mano derecha y percibió cómo, a cientos de kilómetros al Norte, Thad Beaumont imitaba su gesto y descargaba el lápiz Berol Black Beauty sobre su mano izquierda.

Fue en ese instante cuando Stark —cuando ambos— despertaron de verdad.

2

El dolor era ardiente y descomunal, pero también liberador. Stark lanzó un grito, volviendo el rostro sudoroso contra el brazo para amortiguar el sonido, pero un grito de alegría y regocijo, además de dolor. Percibió a Beaumont ahogando también un grito en su despacho de la casa de Maine. El vínculo que Beaumont había establecido entre los dos no se rompió; fue más bien como un nudo atado con prisas que cedía bajo la tensión de un tremendo tirón final. Stark notó, vio casi, la sonda que el traidor hijo de puta le había introducido en la cabeza mientras dormía y que ahora se retiraba retorciéndose, reptando y deslizándose.

Stark alargó la mano, no físicamente sino con el pensamiento, y asió la cola huidiza de la sonda mental de Thad. A los ojos de su mente, la sonda era una

especie de gusano, un gusano gordo y blanco, delirantemente relleno de desperdicios y excrementos.

Pensó en obligar a Thad a coger otro lápiz del tarro de vidrio y clavárselo... esta vez en el ojo. O tal vez forzarle a introducir la punta del lápiz por el oído hasta reventarse el tímpano y hurgar en los tiernos tejidos cerebrales. Casi pudo oír el grito de Thad. Esta vez, seguro que no podría ahogarlo.

Sin embargo, se detuvo. No quería que Beaumont muriera.

Al menos, todavía no.

Hasta que Beaumont le enseñase a vivir por sí mismo.

Stark relajó el puño poco a poco y, mientras lo hacía, notó cómo se abría también el puño en el que había tenido la esencia de Beaumont, aquel puño mental que había demostrado ser tan rápido y despiadado como el de carne y hueso. Notó que Beaumont, aquel rechoncho gusano blanco, se escabullía entre gemidos y lamentos.

—Solo de momento —susurró, y se concentró en los otros asuntos que debía resolver. Cerró la mano izquierda alrededor del bolígrafo que sobresalía de su diestra y lo sacó con suavidad. Después, lo arrojó al cubo de la basura.

3

Había una botella de Glenlivet en el escurrer platos junto al fregadero de la cocina. Stark la cogió y se dirigió al baño. La mano derecha le colgaba al costado, dejando un reguero de gotas de sangre del diámetro de una moneda pequeña sobre el suelo de linóleo combado y descolorido. La herida de la mano estaba situada a un par de centímetros de los nudillos y ligeramente a la derecha del tercero. Era un círculo perfecto. La mancha de tinta negra en torno al borde de la abertura, añadida a la hemorragia y al traumatismo, hacían que el agujero pareciera una herida de bala. Intentó flexionar la mano. Los dedos respondieron, pero la nauseabunda vaharada de dolor que lo embargó fue demasiado intensa para que continuara experimentando.

Tiró de la cadena que colgaba sobre el espejo del armario del baño y la solitaria bombilla de sesenta vatios se encendió. Utilizó el brazo derecho para sujetar la botella de *whisky* contra el cuerpo y utilizó la izquierda para desenroscar el tapón. Después, extendió la mano herida sobre el lavabo. ¿Estaría Beaumont haciendo lo mismo en Maine? Stark lo dudaba. Dudaba que Beaumont tuviera estómago para limpiar su propia mierda. Lo más seguro era que ya hubiese salido camino del hospital.

Stark derramó el *whisky* sobre la herida y una punzada de dolor acerado, en

estado puro, le recorrió el brazo hasta el hombro. Vio burbujear el *whisky* en la herida, vio unos hilillos de sangre entre el líquido ambarino y tuvo que hundir otra vez el rostro en la manga de la camisa, empapada en sudor.

Pensó que el dolor no disminuiría nunca, pero al fin empezó a atenuarse. Trató de poner la botella de *whisky* en el estante atornillado a las baldosas de la pared, debajo del espejo. La mano le temblaba demasiado para efectuar la operación con garantías de éxito, de modo que decidió dejar la botella en el plato metálico de la ducha. Dentro de poco, le apetecería un trago.

Alzó la mano y la observó al trasluz. Por el agujero vislumbraba el resplandor de la bombilla, aunque vagamente; era como mirar a través de un filtro rojo manchado con una especie de fango membranoso. No había llegado a atravesarse la mano por completo, pero había estado a punto. Tal vez Beaumont lo había hecho mejor.

Siempre le quedaba la esperanza.

Puso la mano bajo el grifo del agua fría, estirando los dedos para que el agujero quedara lo más abierto posible. Al principio fue terrible —tuvo que reprimir otro grito entre los dientes apretados y unos labios sellados con tal fuerza que formaban una fina línea blanca—, pero luego la mano se le entumeció y ya no le dolió tanto. Finalmente, cerró el grifo y la levantó de nuevo hacia la luz.

Aún se apreciaba el resplandor de la bombilla a través del agujero, pero ahora brillaba mortecino y distante. La herida estaba cerrándose. Su cuerpo parecía tener un asombroso poder de regeneración y aquello le parecía muy curioso, porque al mismo tiempo estaba cayéndose a pedazos. «Pierdo cohesión», había escrito. La descripción era bastante acertada.

Se contempló atentamente el rostro en el espejo del armario, lleno de aguas y de manchas, durante más de medio minuto. Observar aquella cara, tan conocida y familiar y al propio tiempo tan nueva y extraña, siempre le hacía sentirse al borde de un trance hipnótico. Suponía que, si seguía mirando el tiempo suficiente, eso sería precisamente lo que sucedería.

Stark abrió el pequeño armario sobre el lavamanos, apartando a un lado el espejo y el rostro fascinante y repulsivo que este reflejaba. En el interior había una extraña colección de objetos: dos maquinillas de afeitar desechables, una de ellas usada; frascos de maquillaje, una polvera, varios pedazos de esponja de tacto suave y de color marfil, donde el colorete los había manchado de un tono ligeramente más oscuro, y un frasco de aspirinas. No había tiritas. Las tiritas eran como la policía, pensó: nunca estaban a mano cuando se necesitaban. De todos modos, no importaba; desinfectaría la herida con un poco de *whisky* (después, claro está, de desinfectarse las tripas con un buen trago) y luego la envolvería en un pañuelo. No creía que fuera a infectarse; su cuerpo parecía inmune a tales

cosas. Esto también le pareció muy curioso.

Empleó los dientes para quitar el tapón del frasco de aspirinas, escupió el tapón en el lavabo, volvió el pequeño envase del revés y se dejó caer en la boca media docena de pastillas. Cogió la botella de *whisky* del plato de la ducha y engulló las aspirinas ayudándose con un trago de líquido. El *whisky* le llegó al estómago y abrió en este su reconfortante capullo de calor. Después, se echó un poco más en la mano. Pasó al dormitorio y abrió el cajón de una cómoda que había visto días mejores, mucho mejores. Esta y un antiguo sofá cama constituían el único mobiliario de la habitación.

El cajón era el único que contenía algo más que un forro de hojas de periódico del *Daily News*: tres calzoncillos aún con el envoltorio de la tienda, dos pares de calcetines con la etiqueta del fabricante cosida, unos Levi's y un pañuelo, también por estrenar. Arrancó el celofán de este último con los dientes y se lo ató alrededor de la mano herida. El color ámbar del *whisky* empapó la fina tela, seguido de una pequeña flor de sangre. Stark esperó a comprobar si la mancha de sangre seguía extendiéndose, pero no fue así. Estupendo. Sencillamente estupendo.

Se preguntó si Beaumont habría recibido alguna información sensorial. ¿Se habría enterado, tal vez, de que George Stark estaba refugiado en aquel momento en un cuchitril del East Village, en un edificio barato donde las cucarachas parecían lo bastante grandes como para robar los cheques de la seguridad social? Stark no lo creía, pero no tenía sentido correr riesgos innecesarios. Le había dado a Thad una semana para que se decidiera y, aunque estaba convencido de que Beaumont no tenía intención de volver a escribir otra obra bajo el nombre de Stark, se aseguraría de que Thad dispusiera de todo el tiempo que le había prometido.

Al fin y al cabo, él era un hombre de palabra.

Beaumont iba a necesitar probablemente un poco más de inspiración. Uno de esos pequeños quemadores a propano que se compraban en las ferreterías, aplicado a las plantas de los pies de los bebés durante un par de segundos, sería más que suficiente para darle ánimos, se dijo Stark. Pero aquello sucedería más adelante. De momento, se limitaría a esperar... y mientras lo hacía, no sería mala idea empezar a dirigirse hacia el norte. Para establecer una pequeña posición en el campo de operaciones, podría decirse. Al fin y al cabo, tenía el coche, el Toronado negro. Estaba guardado, pero eso no significaba que tuviera que seguir así para siempre. Podía dejar Nueva York al día siguiente por la mañana. Pero antes tenía que hacer una compra y en ese instante tenía que utilizar los cosméticos del armario del baño.

Sacó los tarros de maquillaje líquido, la polvera y las esponjas. Antes de empezar, tomó otro largo trago de la botella. Volvía a tener las manos firmes, sin temblores, pero la derecha le dolía terriblemente. Esto no le preocupaba demasiado; si a él le dolía de aquel modo, Beaumont debía de estar sufriendo cien veces más.

Delante del espejo, se tocó la bolsa de piel bajo el ojo izquierdo y se pasó la yema de los dedos por la mejilla hasta la comisura de los labios. «Pierdo cohesión», murmuró. Realmente, esto era lo que le sucedía.

La primera vez que Stark se había visto la cara —hincado de rodillas en las inmediaciones del cementerio Tierra Natal, reflejado en un charco cuya superficie quieta y cubierta de una capa de suciedad estaba iluminada por la luna blanca y redonda de una farola cercana— se había sentido satisfecho. Era exactamente el aspecto que había tenido en sus sueños mientras estaba aprisionado en la mazmorra de la imaginación de Thad Beaumont, en aquella especie de útero. Había visto allí a un hombre medianamente atractivo, cuyas facciones eran un poco demasiado marcadas para atraer la atención. De no haber tenido una frente muy ancha y unos ojos muy separados, podría haber sido el tipo de rostro que haría volver la cabeza a una mujer para observarlo mejor. Un rostro absolutamente indefinido (si tal cosa era posible) podía destacar por el hecho mismo de no presentar ningún rasgo que llamara la atención a la vista antes de que esta lo olvidara y pasara al siguiente. La ausencia total de rasgos marcados podía sorprender a quien se topara con un rostro así, y podía hacerle volverse para echar otra mirada. La cara que Stark había visto por primera vez con ojos reales en el charco estaba lejos de provocar una reacción así. Él la había considerado una cara perfecta, que nadie sería capaz de describir después. Ojos azules, un bronceado que parecía un poco extraño en alguien que tenía el cabello muy rubio, ¡y nada más! Tras esto, el testigo se vería obligado a pasar la vista a los hombros anchos que eran, en realidad, el rasgo más distintivo de su cuerpo. Pero el mundo estaba lleno de tipos de hombros anchos.

Sin embargo, ahora todo esto había cambiado. Ahora, su cara se había vuelto decididamente extraña y si no se ponía pronto a escribir de nuevo, seguiría haciéndose aún más extraña. Se volvería grotesca.

«Pierdo cohesión —pensó de nuevo—. Pero tú vas a poner fin a esto, Thad. Cuando empieces el libro sobre el coche blindado, el proceso empezará a invertirse. Ignoro cómo lo sé, pero estoy seguro de ello».

Habían transcurrido dos semanas desde que se viera por primera vez en aquel charco y, desde entonces, su rostro había sufrido un continuo proceso de

degeneración. Al principio había sido muy sutil, tanto que había logrado convencerse de que solo eran imaginaciones suyas. Pero, conforme los cambios habían empezado a acelerarse, tal convencimiento se había hecho insostenible y Stark se había visto forzado a aceptar la realidad. Si alguien hubiera podido comparar una foto de quince días atrás con su imagen de aquel momento, sin duda habría pensado que correspondían a un hombre que había estado expuesto a alguna extraña radiación o a una sustancia química corrosiva. George Stark parecía estar experimentando una degeneración espontánea de todos sus tejidos blandos a la vez.

Las patas de gallo en torno a los ojos —signos normales de la edad adulta— que había visto en el charco eran ahora unas arrugas profundas. Los párpados le formaban bolsas y habían adquirido la textura áspera de la piel de un cocodrilo. Las mejillas empezaban a mostrar un aspecto cuarteado similar. Las órbitas de los ojos se le habían enrojecido hasta producir el penoso efecto de quien no se da cuenta de que ya es hora de sacar la nariz de la botella. Marcadas arrugas le recorrían las mejillas desde la comisura de los labios hasta el perfil de la mandíbula y daban a su boca el inquietante aspecto articulado del muñeco de un ventrílocuo. Su cabello rubio, fino desde el primer día, se le había vuelto más fino todavía, retirándose de las sienes y dejando a la vista la piel rosada del cráneo. En el dorso de ambas manos le habían aparecido unas manchas oscuras.

Stark podría haber soportado todo esto sin recurrir al maquillaje. Al fin y al cabo, solo parecía viejo, y la vejez apenas llamaba la atención. Sus fuerzas, en cambio, parecían intactas. Además, tenía aquella inconmovible seguridad de que, en cuanto Beaumont empezara a escribir de nuevo —a escribir como George Stark, por supuesto—, el proceso se invertiría.

Pero ahora los dientes le bailaban en las encías. Y también estaban las llagas.

Había descubierto la primera en la parte interior del codo derecho hacía tres días: una roncha roja con una pequeña franja de piel blanca muerta en el borde. Era el tipo de mancha que asociaba a la pelagra, que había sido endémica en el profundo sur incluso en la década de los sesenta. Al día siguiente se había encontrado otra, esta vez en el cuello, debajo del lóbulo de la oreja izquierda, y dos más un día después: una en el pecho, entre los pezones, y la otra debajo del ombligo.

Ese mismo día le había aparecido la primera en la cara, en la sien derecha. No le dolían. Notaba un escozor sordo, profundo, pero soportable... al menos en lo que se refería a la sensación. Sin embargo, las llagas se extendían con rapidez. Su brazo derecho era ahora una masa enrojecida e hinchada desde el pliegue del codo hasta casi el hombro. Había cometido el error de rascarse y la carne se había desprendido con repugnante facilidad. Una mezcla de sangre y de un pus

amarillento rezumaba a lo largo de los surcos que habían dejado las uñas, y de las heridas emanaba un olor nauseabundo, gaseoso. Sin embargo, Stark habría jurado que no se trataba de una infección. Era más bien una... una putrefacción, como por efecto de la humedad.

Cualquiera que lo viese ahora —incluso alguien con conocimientos médicos— pensaría que sufría un melanoma maligno, causado tal vez por la exposición a una radiación de alto nivel.

Sin embargo, las llagas no le preocupaban demasiado. Suponía que se multiplicarían en número, las zonas afectadas se extenderían hasta unirse y finalmente, si las dejaba, lo devorarían vivo. Pero como no tenía la menor intención de permitir que tal cosa sucediera, no había necesidad de preocuparse. De todos modos, no podría seguir siendo un rostro anónimo más entre la multitud si las facciones de aquel rostro se transformaban en un volcán en erupción. De ahí el maquillaje.

Se aplicó la base líquida cuidadosamente con una de las esponjillas, desde los pómulos a las sienes, hasta cubrir la roncha roja y mate al final de la ceja derecha y la nueva llaga que empezaba a asomar a través de la piel encima del pómulo izquierdo. Stark se había dado cuenta de que un hombre maquillado solo parecía una cosa: un hombre maquillado. Es decir, un actor de algún melodrama de televisión o cualquier cosa por el estilo. En todo caso, más valía aquello que las llagas, y el bronceado mitigaba en parte el mal efecto. Si se mantenía en las sombras o bajo luces artificiales, apenas se notaba nada. Al menos, eso esperaba. Había otra razón para evitar la exposición directa al sol. Sospechaba que los rayos solares aceleraban la catastrófica reacción química que se estaba produciendo en su interior. Era casi como si se estuviera volviendo un vampiro. Pero esto no le importaba; en cierto modo, siempre lo había sido. «Además, soy un bicho nocturno, siempre lo he sido; es mi carácter».

El pensamiento le hizo sonreír y sus labios dejaron al descubierto unos dientes como colmillos.

Cerró el frasco de maquillaje líquido y empezó con el colorete. «Noto que huelo —pensó—, y pronto empezará a notarlo también la gente: un olor intenso y desagradable, como una lata de carne envasada que hubiera estado todo el día expuesta al sol. Eso no está bien, muchacho. No está nada bien».

—Vas a escribir, Thad —masculló, mirándose al espejo—. Pero, con suerte, no tendrás que hacerlo mucho tiempo.

Ensanchó la sonrisa, dejando a la vista un incisivo ennegrecido y muerto.

—Aprendo deprisa.

5

A las diez y media del día siguiente, el dueño de una papelería de Houston Street vendió tres cajas de lápices Berol Black Beauty a un hombre alto, de hombros anchos, que llevaba camisa a cuadros y pantalones tejanos, con unas gafas de sol muy grandes. El tipo también iba maquillado, apreció el comerciante; probablemente, recuerdos de una noche de juerga por los bares gays. A juzgar por el hedor que desprendía, el tipo parecía haber hecho algo más que una ligera incursión en la disciplina inglesa; olía como si se hubiera zambullido en ella. La colonia no disfracaba el hecho de que el tipo de los hombros anchos apestaba. El tendero pensó por un momento —por un brevísimo momento— en hacer un comentario irónico, pero se lo pensó mejor. El tipo olía mal, pero parecía fuerte. Además, la transacción fue piadosamente breve. Al fin y al cabo, el hombre solo estaba comprando unos lápices, no un Rolls Royce Corniche. Era mejor dejarlo correr.

6

Stark se detuvo unos momentos en el apartamento del East Village para meter sus escasas pertenencias en el petate que había comprado, en la tienda de artículos militares, el primer día de su estancia en la podrida Gran Manzana. De no ser por la botella de *whisky*, era probable que no hubiera vuelto a pisar el edificio.

Al subir los peldaños medio derrumbados de la entrada, pasó sin darse cuenta sobre los cuerpos de tres gorriones muertos.

Dejó la casa de la Avenida B a pie, pero no caminó mucho rato. Stark había descubierto que un hombre decidido siempre podía encontrar un medio de transporte si lo necesitaba en serio.

VEINTE

SE ACABA EL PLAZO

1

El día en que expiraba la semana de gracia de Thad Beaumont parecía más una jornada de finales de julio que un día de la tercera semana de junio. Thad condujo el coche los veinticinco kilómetros hasta la Universidad de Maine bajo un cielo del color de un cromado mate, con el aire acondicionado del Suburban a toda potencia, pese a los estragos que ello producía en el consumo de gasolina. Detrás de él había un Plymouth marrón oscuro que nunca se acercaba a menos de la distancia equivalente a dos coches, ni se separaba a más de cinco. Rara vez permitía que otro vehículo se interpusiera entre él y el Suburban de Thad; si alguno se colaba en la comitiva de los dos coches en un cruce o en la zona escolar de Veazie, el Plymouth marrón lo adelantaba enseguida y, si no parecía prudente hacerlo de inmediato, uno de los hombres que protegían a Thad destapaba el foco azul encima del salpicadero. Con unos cuantos destellos había suficiente.

Thad condujo casi exclusivamente con la mano diestra y solo empleó la zurda cuando no tenía más remedio. Ya había mejorado, pero aún le producía unas punzadas insoportables si la doblaba o flexionaba, y se descubrió contando los minutos de la última hora antes de poder tomar el siguiente analgésico.

Liz no había querido que fuese a la universidad esa mañana, y tampoco los policías destinados a la protección de los Beaumont. Para los agentes, la cosa era muy sencilla: no les gustaba la idea de dividir las fuerzas de vigilancia. Con Liz, las cosas eran un poco más complejas. Según había dicho ella, era por la mano: le preocupaba que la herida volviera a abrirse mientras conducía. Sin embargo, los ojos de su esposa expresaban una cosa muy distinta. Sus ojos estaban poblados de George Stark.

Liz había querido saber qué diablos se le había perdido en la facultad, pero

Thad estaba preparado para responder a la pregunta, puesto que el semestre de clases había terminado ya hacía algún tiempo y no estaba impartiendo ningún curso de verano. Finalmente, se había decidido a poner como excusa la selección de aspirantes al seminario.

Sesenta alumnos habían presentado solicitudes para el EH-7A, el seminario de literatura creativa del departamento, cifra que doblaba la de solicitantes del mismo curso en el semestre anterior, pero el pasado otoño (elemental, querido Watson) el mundo —incluida la parte del mismo que intentaba graduarse en lengua inglesa por la Universidad de Maine— aún no sabía que el aburrido Thad Beaumont también resultaba ser el perverso George Stark.

Así pues, le había dicho a Liz que quería empezar a examinar las solicitudes para reducir el número de sesenta a quince, que era el máximo que podía admitir (y, probablemente, aún le sobraban catorce para sus capacidades didácticas) en el seminario de literatura creativa.

Ella, por supuesto, había querido saber por qué no dejaba el asunto hasta julio, como mínimo, y le había recordado (por supuesto, también) que el año anterior no se había dedicado a ello hasta mediados de agosto. Thad se había justificado hablando del gran aumento de solicitudes y añadiendo luego, con aire de inocencia, que no quería que la pereza del verano anterior se convirtiera en un hábito.

Por fin, Liz había dejado de protestar. No porque sus argumentos la hubieran convencido, pensó Thad, sino porque había comprendido que estaba dispuesto a ir, dijera ella lo que dijera. Además, Liz sabía tan bien como él que tarde o temprano tendrían que salir; esconderse en la casa hasta que alguien matara o detuviera a George Stark no era una alternativa aceptable. Aun así, sus ojos habían seguido reflejando un miedo embotado e inquisitivo.

Thad había besado a su esposa y a los bebés y se había marchado enseguida. Liz parecía al borde de las lágrimas y, si Thad estaba aún en casa cuando empezara el llanto, sin duda sería incapaz de marcharse.

Lo que le impulsaba no tenía nada que ver con las solicitudes para el seminario, por supuesto.

Se trataba del final del plazo.

Por la mañana, Thad se había levantado lleno de aquel mismo miedo embotado, una sensación más desagradable que un calambre abdominal. George Stark había llamado la tarde del 10 de junio y le había dado una semana para ponerse a trabajar en la novela del coche blindado. Thad no había hecho aún el menor intento por empezar, aunque cada día que pasaba tenía una idea más clara de cuál podía ser la trama del libro. Incluso había soñado con la obra un par de veces. Esos sueños resultaban una agradable variación frente a la pesadilla en la

que vagaba por su propia casa desierta y hacía estallar los objetos con solo tocarlos. Sin embargo, esa mañana, su primer pensamiento al despertar había sido: «El plazo. Se acaba el plazo de entrega».

Esto significaba que había llegado el momento de volver a hablar con George, aunque no tuviera el menor deseo de hacerlo. Había llegado el momento de conocer el grado de enfado de George... Bueno, esto último creía saberlo, pero también cabía la posibilidad de que estuviera tan enfadado que perdiera el control; y si Thad podía aguijonearlo hasta hacerle perder los estribos, era posible que George cometiera un error y dejara escapar algo interesante.

«Pierdo cohesión».

Thad tuvo la sensación de que a George ya se le había escapado algo cuando había dejado que su mano intrusa escribiera aquellas palabras en el diario. Si pudiera estar seguro de su significado... Tenía una vaga idea, pero no estaba seguro. Y un error en este punto podía significar más que su propia vida.

Así pues, Thad iba camino de la universidad, camino de su despacho en el edificio de lengua y matemáticas. Se dirigía allí no para recoger las solicitudes para el seminario, aunque también lo haría, sino porque allí tenía un teléfono sin intervenir, y porque algo tenía que hacer. El plazo se había acabado.

Se echó un vistazo a la mano izquierda, que tenía apoyada en el volante, y pensó (no por primera vez durante aquella larguísima semana) que el teléfono no era el único medio de ponerse en contacto con George. Sí, lo había comprobado; pero el precio había sido muy alto. No se trataba solo del terrible dolor de clavarse un lápiz afilado en el dorso de la propia mano, el horror de contemplar cómo el propio cuerpo, fuera de control, se hería a sí mismo bajo las órdenes de Stark, del astuto de George, que por lo visto era el fantasma de un hombre que no había existido jamás. El auténtico precio lo había pagado en su mente. El auténtico precio había sido la llegada de los gorriones, el terror de comprender que las fuerzas que intervenían en aquel drama eran mucho más poderosas e incluso más incomprensibles que el propio George Stark.

Cada vez estaba más seguro de una cosa: los gorriones representaban la muerte. Pero ¿para quién?

La idea de tener que exponerse a los gorriones para establecer de nuevo contacto con Stark le causaba terror.

Podía verlos venir; podía verlos acudir a aquel punto místico a medio camino donde los dos establecían contacto, aquel punto donde finalmente tendría que luchar con George Stark por el control de la única alma que compartían.

Tuvo miedo de averiguar quién vencería en una lucha en semejante lugar.

Alan Pangborn tomó asiento en su despacho, al fondo de la comisaría del condado de Castle Rock, que ocupaba un ala del edificio del ayuntamiento. Para él también había sido una semana larga y cargada de tensión, pero en su caso no era ninguna novedad. Cuando el verano empezaba de verdad en Castle Rock, siempre sucedía lo mismo. El trabajo policial, en aquel paraíso de vacaciones, era siempre de locura entre el día del Soldado y el día del Trabajo.

Cinco días atrás se había producido un espectacular accidente de cuatro coches en la carretera 117, un desastre causado por el alcohol, que había dejado un saldo de dos muertos. Dos días después, Norton Briggs había sacudido a su esposa con una sartén y la mujer se había caído redonda al suelo. Norton le había propinado muchas palizas a lo largo de veinte tormentosos años de matrimonio, pero en esta ocasión, al parecer, creyó haberla matado. Escribió una breve nota, llena de remordimientos y de faltas de ortografía, y a continuación se quitó la vida con un revólver del 38. La mujer, que tampoco era ningún premio Nobel, al recuperar el sentido y descubrir el cuerpo frío de su torturador tendido junto a ella, había abierto la espita del horno de gas y había metido la cabeza dentro. Los enfermeros de los servicios de rescate de Oxford la habían salvado. Por los pelos.

Dos niños de Nueva York se habían alejado de la cabaña de sus padres junto al lago y se habían perdido en el bosque, igual que Hansel y Gretel. Los habían encontrado ocho horas después, asustados pero ilesos. John la Pointe, el segundo ayudante de Alan, no había salido tan bien parado; estaba en su casa con una buena urticaria que había contraído durante la búsqueda. Dos veraneantes se habían enzarzado en una pelea a puñetazos por el último ejemplar del *New York Times* del domingo en la cafetería de Nan, y se había producido otra pelea en el aparcamiento del supermercado. Un pescador dominguero se había arrancado media oreja mientras intentaba el lanzamiento de un anzuelo de fantasía en el lago; se habían denunciado tres hurtos en tiendas y había habido un pequeño episodio de drogas en el Universe, la sala de billares y videojuegos de Castle Rock.

En resumen, la típica actividad en el pueblo durante una semana del mes de junio, una especie de gran fiesta de apertura de la temporada veraniega. Alan casi no había tenido tiempo de tomarse una taza de café en paz. Pero, a pesar de ello, se había sorprendido a sí mismo pensando una y otra vez en Thad y Liz Beaumont. En ellos y en el hombre que los obsesionaba. El hombre que también había matado a Homer Gamache. Alan había efectuado varias llamadas a la

policía de Nueva York (cierto teniente Reardon debería de estar bastante harto de él), pero no le había informado de ninguna novedad.

Al entrar esa tarde en la comisaría, la encontró inesperadamente tranquila. Sheila Brigham no tenía ningún recado pendiente en la centralita y Norris Ridgewick dormitaba en su asiento, tras el mostrador, con los pies encima del escritorio. Alan pensó en despertarlo —si se presentaba Danforth Keeton, el administrador municipal, y veía a Norris en aquel estado, se iba a llevar una buena bronca—, pero no tuvo entrañas para hacerlo. Norris también había tenido una semana ajetreada. El agente se había encargado de limpiar todos los restos esparcidos por la carretera tras el accidente de la 117 y había hecho un trabajo excelente, a pesar de su estómago propenso a la náusea.

Alan se encontraba ahora detrás de su escritorio, haciendo sombras chinescas en un retazo de sol que iluminaba la pared, y sus pensamientos volvieron una vez más a Thad Beaumont. Tras obtener el consentimiento de este, el doctor Hume había llamado a Alan para comunicarle que las pruebas neurológicas de Thad eran negativas. Al recordarlo, Alan pensó en el doctor Hugh Pritchard, que había operado a Thaddeus Beaumont cuando este tenía once años y estaba lejos de ser famoso.

Un conejo saltó en el retazo de sol de la pared. Al conejo le siguió un gato, al cual perseguía un perro.

«Déjalo ya. Es una estupidez».

Desde luego que lo era y desde luego que podía dejarlo ya. En cualquier momento tendría que hacer frente a otra crisis en la comisaría; para eso no era preciso hacer gala de facultades paranormales, pues era lo más normal durante el período estival en Castle Rock. Solía estar tan ocupado que no tenía tiempo ni para pensar, y, a veces, eso era estupendo.

Un elefante siguió al perro, moviendo una trompa que era en realidad la sombra del dedo índice de la mano izquierda.

—¡Ah, a la mierda! —exclamó, y acercó el teléfono al tiempo que la otra mano sacaba la billetera del bolsillo trasero del pantalón. Pulsó el botón que le ponía en comunicación directa con la sede central de la policía del estado y preguntó al telefonista si estaba allí Henry Payton, comandante de la unidad y jefe del Departamento de Investigaciones Criminales. Le dijeron que sí y Alan tuvo tiempo de pensar que la policía del estado también debía de tener un día tranquilo, para variar, antes de que Henry se pusiera al aparato.

—¡Alan! ¿Qué puedo hacer por ti?

—Quería pedirte un favor —respondió el comisario—. Que llamas al jefe del Servicio Forestal del parque nacional Yellowstone. Tengo el número, si quieres.

Alan miró el papel con una ligera sorpresa. Lo había obtenido del servicio de información hacía casi una semana y lo había anotado en el dorso de una tarjeta comercial. Sus habilidosos dedos habían extraído la cartulina casi por su propia cuenta.

—¡Yellowstone! —Payton parecía divertido—. ¿No es ahí donde vive el oso Yogui?

—No —dijo Alan con una sonrisa—. Eso es *Jellystone*. En cualquier caso, el oso no es sospechoso de nada. Al menos, que yo sepa. Necesito hablar con un hombre que se encuentra allí de vacaciones, Henry. Bueno, en realidad no sé si necesito hablar con él o no, pero así podría salir de una duda que me inquieta. No me gustan los cabos sueltos.

—¿Tiene que ver con Homer Gamache?

Alan se pasó el aparato al otro oído y, con gesto ausente, hizo saltar de nudillo en nudillo la tarjeta donde había anotado el número del jefe del Servicio Forestal de Yellowstone.

—Sí —reconoció—, pero si me pides que te lo explique te va a parecer un tanto ridículo.

—¿Se trata de un presentimiento?

—Sí. —Y Alan se sorprendió al descubrir que, en efecto, tenía un presentimiento. Aunque no estaba seguro de a qué se refería—. El hombre con quien quiero hablar es un médico jubilado llamado Hugh Pritchard. Está allí con su esposa. Es probable que el jefe de Servicios Forestales sepa dónde están, pues al parecer hay que registrarse al entrar en el parque y calculo que probablemente se encontrarán en una zona de acampada con acceso a algún teléfono. Los dos tienen más de setenta años. Si fueras tú quien llamara al jefe del servicio, seguramente le haría llegar el mensaje al señor Pritchard.

—En otras palabras, te parece que un forestal de un parque nacional se tomará más en serio al comandante de una unidad de la policía del estado que al comisario de un pueblucho, ¿no es eso?

—Tienes una manera muy diplomática de expresar las cosas, Henry.

Henry Payton se echó a reír, satisfecho.

—Sí, ¿verdad? Está bien, Alan, hagamos una cosa: no me importa hacerte un pequeño favor, siempre que no me pidas luego que continúe con el asunto, y siempre que...

—No, no. Nada más —le cortó Alan, agradecido—. Eso es todo lo que quiero.

—Espera un momento, no he terminado. Siempre que comprendas que no puedo utilizar los teléfonos oficiales para hacer la llamada. El jefe superior repasa los recibos, amigo mío. Los repasa con mucho detenimiento. Si se fija en esta llamada, me temo que querrá saber por qué he utilizado el dinero de los

contribuyentes para hacerte este favor. ¿Entiendes a qué me refiero?

Alan exhaló un suspiro de resignación.

—Puedes utilizar el número de mi tarjeta de crédito, y dile al forestal de Yellowstone que Pritchard me llame a cobro revertido. Aceptaré la llamada y la pagaré de mi propio bolsillo.

Al otro lado de la línea hubo un silencio y, cuando volvió a hablar, Henry Payton sonó mucho más serio.

—Esto es realmente importante para ti, ¿verdad?

—Sí. No sé por qué, pero sí.

Hubo una nueva pausa. Alan notó el esfuerzo de Henry Payton por no hacer preguntas. Por fin, el buen corazón de Henry ganó la batalla. O tal vez era solo su carácter práctico, pensó Alan.

—Está bien —dijo—. Haré esa llamada y le diré al jefe de los forestales que quieres hablar con el tal Hugh Pritchard respecto a una investigación por asesinato en el condado de Castle Rock, Maine. ¿Cómo se llama la esposa del hombre?

—Helga.

—¿De dónde son?

—De Fort Laramie, Wyoming.

—Muy bien, comisario, aquí viene lo más duro: ¿cuál es el número de la tarjeta de crédito para el teléfono?

Con un suspiro, Alan se lo cantó.

Un minuto más tarde, Pangborn volvía a montar el desfile de sombras chinescas de animales sobre la pared iluminada por el sol.

«Pritchard no volverá a llamar —se dijo—, y si lo hace, no podrá darme un maldito dato que me resulte útil. ¿Qué otra cosa podría esperar?»

Sin embargo, Henry Payton había acertado en una cosa: tenía un presentimiento. Un presentimiento sobre algo. Y esa sensación no desaparecía.

3

Mientras Alan Pangborn hablaba con Henry Payton, Thad Beaumont dejaba su coche en uno de los aparcamientos de la facultad, detrás del edificio de lengua y matemáticas. Se apeó con cuidado para no darse un golpe en la mano izquierda y permaneció unos momentos junto al vehículo, disfrutando del cálido día y de la insólita y somnolienta paz del campus.

El Plymouth marrón aparcó junto al Suburban y los dos hombres corpulentos que bajaron de él disiparon cualquier sueño de paz que Thad hubiera estado a punto de formarse.

—Solo voy a subir unos minutos al despacho —informó a los hombres—. Si quieren, pueden quedarse aquí.

Al tiempo que hablaba, volvió la vista hacia un par de chicas que pasaban por las inmediaciones, probablemente camino del ala este para inscribirse en alguno de los cursos de verano. Una de las jóvenes llevaba una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos azules; la otra, un vestido con la espalda al aire y tan corto que el borde quedaba a un milímetro de sus nalgas redondas y firmes.

—Disfruten del panorama —añadió.

Los dos policías se habían vuelto al paso de las muchachas, como si tuvieran la cabeza colocada sobre unos invisibles ejes giratorios. El responsable de la pareja (Ray Garrison o Roy Harriman, Thad no estaba seguro del nombre) respondió pesaroso:

—Lo haríamos encantados, señor, pero será mejor que subamos con usted.

—De verdad, solo es subir al segundo piso y...

—Esperaremos en el pasillo de arriba.

—No saben ustedes hasta qué punto empieza a deprimirme todo esto.

—Órdenes —respondió Garrison, Harriman o comoquiera que se llamara. Era evidente que la depresión de Thad (o su felicidad, dado el caso) le tenía absolutamente sin cuidado.

—Claro —murmuró Thad, dándose por vencido—. Órdenes.

Se dirigió a la puerta y los dos agentes lo siguieron a una decena de pasos. Thad pensó que aún tenían más aspecto de policías con sus trajes de calle que vestidos de uniforme.

Después del calor y la humedad del exterior, el aire acondicionado golpeó a Thad como una bofetada. Al instante, notó como si la camisa se le congelara sobre la piel. El edificio, lleno de vida y bullicio durante el curso académico de septiembre a mayo, resultaba algo lúgubre aquella tarde de fin de semana a principios de verano. El lunes siguiente, cuando empezara la primera sesión de cursos estivales de tres semanas, volvería a llenarse con un tercio tal vez del movimiento habitual pero, en aquel momento, Thad incluso se sintió un poco aliviado de llevar consigo la escolta policial. Pensó que no encontraría a nadie camino del despacho, lo cual le evitaría al menos tener que explicar la presencia de sus robustos y vigilantes amigos.

El segundo piso resultó no estar totalmente desierto, pero Thad salió del ascensor como si lo estuviera. Rawlie de Lesseps venía por el pasillo que conducía de la sala de profesores del departamento hacia su despacho, deambulando de aquella manera característica de Rawlie; es decir, como si acabara de recibir en la cabeza un fuerte golpe que le hubiera afectado la memoria y el control motor. De Lesseps avanzaba como en sueños de un lado a otro del

pasillo en un suave zigzag, contemplando los dibujos, poemas y anuncios clavados en los tableros de notas junto a las puertas cerradas de los despachos de sus colegas. Era posible que Rawlie se dirigiera a su despacho, eso parecía al menos, pero ni siquiera alguien que conociera bien a De Lesseps habría apostado al respecto. La boquilla de una enorme pipa amarilla sobresalía de entre sus dientes, que no alcanzaban el tono amarillento del utensilio, pero casi. La pipa estaba apagada; llevaba así desde finales de 1985, cuando el médico le había prohibido el tabaco después de un leve ataque cardíaco. «En realidad, nunca me había entusiasmado fumar —explicaba Rawlie con su voz suave y aturdida cuando alguien le preguntaba por la pipa—. Pero sin la boquilla entre los dientes... caballeros, sin ella no sabría adónde ir, ni qué hacer si tuviera la suerte de llegar a alguna parte». Rawlie, sin embargo, daba la impresión de no saber adónde iba ni qué estaba haciendo la mayoría de las veces. Como en aquel mismo momento. Había gente que trataba a Rawlie durante años antes de darse cuenta de que no era en absoluto el chiflado amable y despistado que parecía, y había quien no lo descubriría nunca.

—Hola, Rawlie —lo saludó Thad mientras buscaba la llave del despacho.

Rawlie lo miró con aire sorprendido, echó un vistazo a los dos hombres que lo acompañaban y, sin la menor reacción, volvió a mirar a Thad.

—Hola, Thaddeus. Pensaba que este verano no impartías ningún curso.

—En efecto.

—Entonces, ¿qué te ha pasado para que vengas aquí, precisamente, el primer día de auténtico verano de este año?

—Solo he venido a recoger las solicitudes para los seminarios —le explicó Thad—. No voy a quedarme un minuto más de lo necesario, créeme.

—¿Qué te has hecho en la mano? La tienes amoratada hasta la muñeca.

—Verás... —respondió Thad con aire avergonzado. La explicación lo dejaba como un borracho o un idiota, o como ambas cosas a la vez, pero al menos resultaba mucho más creíble que la verdad. Thad había constatado con amarga sorpresa que la policía aceptaba su palabra con la misma facilidad que ahora mostraba Rawlie, sin una sola pregunta sobre cómo o por qué se había podido pillar la mano en la puerta del armario del dormitorio.

Thad había sabido instintivamente cuál era la mejor explicación que podía dar; lo había sabido incluso en el momento culminante de dolor. En él eran de esperar aquellas torpezas, formaban parte de su manera de ser. En cierto modo, era como cuando le había contado al periodista de *People* (que Dios tuviera en su gloria) que George Stark había visto la luz en Ludlow, en lugar de en Castle Rock, y que la razón de que Stark escribiera a mano era que no había aprendido a hacerlo a máquina.

A Liz no había intentado siquiera engañarla; pero le insistió en que guardara silencio sobre lo sucedido y ella había accedido. Su única preocupación había sido que Thad le prometiera que no trataría de ponerse en contacto con Stark otra vez. Thad se lo había prometido gustosamente, aunque sabía que tal vez no podría mantener su palabra. Sospechó asimismo que, en algún nivel profundo de su mente, Liz también lo sabía.

Rawlie lo observaba ahora con verdadero interés.

—Con la puerta del armario —comentó—. Maravilloso. ¿Acaso jugabas al escondite o se trata de algún extraño rito sexual?

—Abandoné los ritos sexuales extraños en 1981 —respondió Thad con una sonrisa—. Consejo del médico. En realidad, estaba despistado. El asunto resulta un tanto bochornoso.

—Ya imagino —murmuró Rawlie, guiñándole el ojo a continuación. Era un guiño sutil, el leve movimiento de un párpado hinchado y lleno de arrugas, pero el gesto resultaba inconfundible. «¿Acaso pensaba que había engañado a Rawlie? —se dijo Thad—. ¡Qué iluso!»

De pronto, se le ocurrió otra idea.

—Escucha, Rawlie, ¿todavía das ese seminario sobre Mitología Popular?

—Cada otoño —asintió De Lesseps—. ¿No lees el programa de tu propio departamento, Thaddeus? Zahoríes, brujas, medicina holística, signos mágicos de los ricos y famosos... Sigue siendo tan popular como siempre. ¿Por qué lo preguntas?

Thad había descubierto que existía una respuesta ideal para aquella pregunta; una de las mejores ventajas de ser escritor era que uno siempre tenía una respuesta para el «¿Por qué lo preguntas?».

—Bueno, tengo una idea para un relato —declaró—. Todavía está en período de exploración, pero tiene posibilidades, creo.

—¿Qué quieres saber?

—Si los gorriones tienen algún papel o significado en alguna superstición o mito popular norteamericano, que tú conozcas.

El ceño fruncido de Rawlie empezó a parecer la topografía de un planeta extraño claramente hostil a la vida humana. Mordisqueó la boquilla de la pipa y murmuró:

—No se me ocurre nada ahora mismo, Thaddeus, aunque... Me pregunto si esa es la única razón de tu interés.

«¡Qué iluso soy!», volvió a decirse Thad.

—Bueno... tal vez no, Rawlie. Tal vez no. Tal vez solo lo he dicho porque no puedo explicarte la razón de mi interés en cuatro palabras —dirigió una rápida mirada a sus escoltas y volvió a clavarla en Rawlie—. Ahora mismo tengo un

poco de prisa.

Los labios de Rawlie vibraron en una leve sonrisa casi etérea.

—Ya veo. En fin. Gorriones... unos pájaros muy comunes. Demasiado, me parece, para tener connotaciones supersticiosas importantes. Aunque, ahora que lo pienso, creo que algo hay, aunque no sé si me confundo con los chotacabras. Déjame comprobarlo. ¿Estarás aquí un rato?

—No más de media hora, me temo.

—Bueno, quizá encuentre algo en el libro de Barringer, *Costumbres populares de Norteamérica*. En realidad no es mucho más que un recetario de supersticiones, pero algo me dirá. En cualquier caso, siempre puedo llamarte.

—Sí. Siempre puedes hacer eso.

—Una fiesta encantadora la que disteis Liz y tú en honor de Tom Carroll —comentó Rawlie—. Desde luego, vosotros dos siempre dais las mejores fiestas. Liz es demasiado encantadora para ser tu esposa, Thaddeus. Debería ser tu amante.

—Gracias, eso supongo.

—Resulta difícil creer que Tom Carroll haya embarcado hacia el puerto brumoso de la jubilación —continuó Rawlie con entusiasmo—. Llevo más de veinte años oyéndole tirarse pedos como trompetazos en el despacho de al lado. Espero que el próximo inquilino sea más silencioso. O, al menos, más discreto.

Thad soltó una carcajada.

—Wilhelmina también se lo pasó muy bien —dijo Rawlie, bajando la vista con aire socarrón, pues sabía perfectamente lo que Thad y Liz opinaban de Billie.

—Estupendo —respondió Thad. Para él, Billie Burks y la noción de pasarlo bien eran conceptos excluyentes. Pero, dado que ella y Rawlie habían formado parte de una coartada realmente providencial, supuso que debía alegrarse de que hubiera asistido a la fiesta—. Si se te ocurre algo respecto a ese otro asunto...

—Los gorriones y su lugar en el mundo invisible. Sí, desde luego. —Rawlie hizo un gesto de cabeza hacia los policías—. Buenas tardes, caballeros.

Pasó al lado de los agentes y continuó la marcha hacia su despacho con algo más de decisión. No mucha, pero un poco más.

Thad lo vio alejarse, pensativo.

—¿Quién era ese? —preguntó Garrison o Harriman.

—De Lesseps —murmuró Thad—. Profesor de gramática y folclorista aficionado.

—Da la impresión de necesitar un plano hasta para encontrar el camino a casa —comentó el otro policía.

Thad llegó hasta la puerta del despacho e introdujo la llave.

—Es más despierto de lo que parece —comentó mientras empujaba la puerta.

No se dio cuenta de que Garrison o Harriman estaba junto a él, con una mano en su chaqueta deportiva de talla especial para grandullones, hasta que hubo encendido la luces del techo. El corazón de Thad experimentó tardíamente un vuelco de temor, pero el despacho estaba vacío, por supuesto... Vacío y muy ordenado ya pasada la constante acumulación de trastos inútiles a lo largo de todo un curso. Tan ordenado que parecía muerto.

Por alguna razón que no supo precisar, le asaltó una súbita oleada de añoranza, de vacío y de pérdida que casi le provocó náuseas, una mezcla de sensaciones, una pesadumbre inesperada y profunda. Era como en la pesadilla. Era como si hubiese acudido a aquel lugar para despedirse.

«Déjate ya de esas malditas tonterías —se dijo para sí, y otra parte de su mente replicó en silencio—: Se ha acabado el plazo, Thad. Se ha acabado el plazo y me parece que has cometido un error muy grave al no tratar, al menos, de hacer lo que ese hombre te pedía. Más vale una salida provisional que no tener ninguna».

—Si quieren café, se pueden servir una taza en la sala de profesores —invitó—. Conociendo a Rawlie, seguro que la cafetera estará llena.

—¿Dónde queda eso? —preguntó el compañero de Garrison o Harriman.

—Al otro extremo del pasillo, dos puertas más allá —indicó Thad mientras abría una carpeta. Se volvió hacia los policías y les dirigió una sonrisa que se notaba falsa en sus labios—. Creo que podrán oírme si grito.

—Bien, pero asegúrese de hacerlo si sucede algo —le advirtió Garrison o Harriman.

—Desde luego.

—Podría enviar a Manchester a por el café —continuó el policía—, pero tengo la sensación de que desea tener un poco de intimidad.

—Sí, tiene razón. Ya que lo menciona...

—Está bien, señor Beaumont. —Miró a Thad con aire grave y, de pronto, Thad recordó que el tipo se llamaba Harrison. Claro, como el ex Beatle. Qué tontería haberlo olvidado—. Pero recuerde que esa gente de Nueva York murió de una sobredosis de intimidad.

«¿Sí? Pensaba que Phillys Myers y Rick Cowley habían muerto en compañía de la policía». Thad pensó en decirlo en voz alta, pero se abstuvo. Al fin y al cabo, Harrison y su compañero solo trataban de cumplir con su deber.

—No sea agorero, agente Harrison —replicó—. Hoy, el edificio está tan silencioso que hasta se oirían los pasos de un hombre descalzo.

—De acuerdo. Estaremos al fondo del pasillo en la «como se llame».

—La sala de profesores.

—Eso.

Los dos hombres salieron y Thad abrió la carpeta rotulada SOLIC. SEMIN. En su imaginación, continuó viendo a Rawlie de Lesseps y su guiño breve y discreto. Continuó también oyendo la voz que le decía que el plazo había terminado, que había pasado al lado oscuro. Al lado donde se agazapaban los monstruos.

4

El teléfono estaba allí, sobre la mesa, y no sonaba.

«Vamos —pensó, mirándolo, mientras colocaba las solicitudes para el curso junto a la IBM Selectric, propiedad del departamento—. Vamos, vamos, estoy aquí, junto a un teléfono sin intervenir, así que vamos, George, llama, ponte en contacto, cuéntame la novedad».

Pero el teléfono siguió mudo sobre la mesa.

Se encontró mirando un archivador completamente vacío. Con la mente absorta en Stark, había sacado todas las carpetas, no solo la referente a los estudiantes avanzados interesados en el curso de literatura creativa. Ahora tenía mezcladas todas las solicitudes, incluso las de quienes querían cursar gramática generativa, que era la Biblia según Noam Chomsky, en versión de aquel Diácono de la Pipa Apagada, Rawlie de Lesseps.

Thad fue hasta la puerta y abrió. Harrison y Manchester estaban de pie ante la puerta de la sala de profesores, tomando café. En sus manazas, los tazones parecían tacitas de café. Thad levantó la mano. Harrison alzó la suya en correspondencia y le preguntó si tardaría mucho.

—Cinco minutos —respondió Thad, y los dos policías asintieron.

Volvió al escritorio, separó las solicitudes, las colocó en sus respectivas carpetas y empezó a guardarlas en el archivador, con la mayor parsimonia posible para que el teléfono tuviera tiempo de sonar. Pero el aparato siguió mudo. Oyó sonar otro teléfono en algún despacho del pasillo, amortiguado tras una puerta cerrada; el sonido resultaba casi fantasmal en el desacostumbrado silencio estival del edificio. «Tal vez George se ha equivocado de número», pensó, y soltó una breve carcajada. Lo cierto era que George no iba a llamar. Lo cierto era que él, Thad, se había equivocado. Al parecer, George iba a sacarse algún truco de la manga. ¿Cómo podía sorprenderle tal cosa? Los trucos eran la especialidad de la casa de George Stark. Sin embargo, había estado tan seguro, tan condenadamente seguro...

—¿Thaddeus?

Thad dio un respingo y estuvo a punto de desparramar por el suelo el contenido de la última media docena de carpetas. Cuando se aseguró de que no le

iban a caer de las manos, dio media vuelta y vio a Rawlie de Lesseps ante la puerta del despacho. Su gran pipa amarilla le sobresalía del rostro como un periscopio horizontal.

—Lo siento —dijo Thad—. Me has dado un buen susto, Rawlie. Tenía la cabeza a diez mil kilómetros de aquí.

—Alguien te llama por mi línea —respondió Rawlie, afable—. Debe de haberse equivocado al marcar. Es una suerte que me haya encontrado en el despacho.

Thad notó que el corazón empezaba a latirle con golpes lentos y poderosos, como si dentro de su pecho tuviera un tambor y alguien hubiera empezado a redoblarlo con mesurada y poderosa energía.

—Sí, es una gran suerte —asintió.

Rawlie lo estudió con la mirada. Los ojos azules bajo aquellos párpados hinchados y algo enrojecidos eran tan vivaces e inquisitivos que casi resultaban groseros y, desde luego, no concordaban con su aspecto de profesor despistado, jovial y torpe.

—¿Todo va bien, Thaddeus?

«No, Rawlie. Últimamente hay un asesino loco que anda suelto y que en parte soy yo mismo, un tipo que al parecer puede adueñarse de mi cuerpo y obligarlo a hacer cosas curiosas, como clavarme un lápiz en mi propia mano; cada día que termina y sigo cuerdo lo considero una victoria, Rawlie. La realidad está dislocada, amigo mío».

—¿Bien? ¿Por qué no iba a ir todo bien?

—Me parece detectar el ligero pero inconfundible aroma férrico de la ironía, Thad.

—Te equivocas.

—¿De veras? Entonces, ¿por qué pareces un ciervo sorprendido por la luz de unos faros?

—¡Rawlie...!

—Y el tipo con el que acabo de hablar tiene la voz de un vendedor al que uno le compraría lo que fuera por teléfono, con tal de asegurarse de que nunca acudiera a visitarlo en persona.

—No sucede nada, Rawlie.

—Está bien. —Rawlie no parecía muy convencido.

Thad salió del despacho y se dirigió al de su colega.

—¿Adónde va usted? —preguntó Harrison a su espalda.

—Rawlie tiene una llamada para mí en su teléfono —explicó—. Los números de extensión van seguidos y el tipo debe de haberse equivocado al marcar.

—¿Y da precisamente con el otro único miembro de la facultad que está hoy

aquí? —se admiró el policía con voz escéptica.

Thad se encogió de hombros y continuó andando.

El despacho de Rawlie de Lesseps era agradable, lleno de desorden y aún impregnado por el olor de la pipa; al parecer, dos años largos de abstinencia no contrarrestaban unos treinta de complacencia. Dominaba la estancia una diana de dardos en cuyo centro estaba colgada la fotografía de Ronald Reagan. Un volumen del tamaño de una enciclopedia, el *Costumbres populares de Norteamérica*, de Franklin Barringer, estaba abierto sobre el escritorio. El teléfono estaba descolgado, sobre un montón de libretas de examen en blanco. Thad contempló el auricular y la misma sensación de amenaza de otras veces lo envolvió con sus pliegues familiares y sofocantes. Volvió la cabeza, convencido de que vería a los tres —a Rawlie, Harrison y Manchester— ocupando el hueco de la puerta como gorriones en un cable telefónico. Pero el vano de la puerta estaba vacío y escuchó el sonido áspero de la voz de Rawlie al fondo del pasillo, donde tenía clavados a los perros de presa de Thad. Este dudó que Rawlie lo hubiera hecho por casualidad.

Levantó el auricular y dijo:

—Hola, George.

—Ha pasado la semana —dijo la voz al otro extremo de la línea. Era la voz de Stark, pero Thad se preguntó si los registros vocales coincidirían ahora tan exactamente como la vez anterior. La voz de Stark había cambiado. Se había hecho más ronca y áspera, como la de alguien que hubiera estado demasiado tiempo animando a su equipo en algún encuentro deportivo—. Ha pasado la semana y no has escrito ni media palabra.

—Exacto —respondió Thad. Se sentía helado y tuvo que hacer un esfuerzo consciente para no ponerse a tiritar. El frío parecía surgir del propio teléfono, rezumar de los agujeros del auricular como agujas de hielo. Pero también se sentía muy enfadado—. No voy a hacerlo, George. Una semana, un mes, diez años... da lo mismo. ¿Por qué no lo aceptas de una vez? Estás muerto y muerto seguirás.

—Te equivocas, muchacho. Si quieres cometer una equivocación fatal, sigue así.

—¿Sabes cómo suena tu voz, George? —replicó Thad—. Suena como si estuvieras desmoronándote. Por eso quieres que me ponga a escribir otra vez, ¿verdad? «Pierdo cohesión», eso fue lo que escribiste, ¿no? Te estás biodegradando, ¿no? No tardarás en caerte a pedazos, como la calesa de un solo caballo de la leyenda.

—Nada de eso es asunto tuyo, Thad —masculló la voz áspera, pasando de un escabroso zumbido a un sonido ronco, similar al de la grava deslizándose por la caja de un camión volquete al ser descargada, y luego a un susurro chirriante,

como si las cuerdas vocales hubieran dejado de funcionar a la vez por espacio de un par de frases, para volver de nuevo al zumbido ronco—. Nada de lo que me suceda es asunto tuyo. No hace más que distraerte de lo que te interesa de verdad. Será mejor que te pongas manos a la obra al atardecer, o lo lamentarás de veras. Y no serás el único.

—No pienso...

Clic. Stark había colgado. Thad contempló el auricular unos instantes, pensativo, y lo dejó en la horquilla. Cuando se volvió, Harrison y Manchester estaban detrás de él.

5

—¿Quién era? —preguntó Manchester.

—Un estudiante —respondió Thad. A estas alturas, ni siquiera estaba seguro de por qué mentía. De lo que sí estaba realmente seguro era de que tenía una sensación terrible en las tripas—. Era solo un estudiante, como pensaba.

—¿Cómo sabía que le encontraría aquí? —preguntó Harrison—. ¿Y por qué ha llamado al despacho de este caballero?

—Me rindo —respondió Thad, hundiendo la cabeza—. Soy un agente secreto ruso. En realidad era mi contacto. No opondré resistencia.

Harrison no estaba enfadado; al menos, no lo aparentaba. La mirada de reproche algo cansino que dirigió a Thad fue mucho más efectiva que la ira.

—Señor Beaumont, tratamos de brindarle ayuda a usted y a su esposa. Sé que tener a un par de tipos constantemente detrás de uno puede resultar un fastidio, pero entienda que de verdad queremos ayudarle.

Thad se sintió avergonzado... aunque no lo suficiente como para revelar la verdad. Todavía lo dominaba aquella sensación de mal agüero, aquella sensación de que las cosas iban mal, de que tal vez ya habían ido mal. Además, había otra cosa. Una ligera vibración en la piel, una sensación de cosquilleo. Una presión en las sienes. No eran los gorriones; al menos, no lo creía. Sin embargo, una especie de barómetro mental, del que hasta entonces no tenía conocimiento, marcaba un rápido descenso. Tampoco era la primera vez que lo asaltaba aquella sensación. Ya había experimentado algo similar, aunque no tan intenso, cuando se dirigía a la tienda de Dave, ocho días atrás. Y había vuelto a sentirlo un rato antes en el despacho, mientras revolvía las carpetas. Era una sensación insidiosa, inquietante.

«Es Stark. De alguna manera está contigo, dentro de ti. Está al acecho. Si dices lo que no debes, él lo sabrá. Entonces, alguien sufrirá».

—Lo lamento —respondió al policía. Advirtió que Rawlie de Lesseps se había

acercado por detrás a los dos policías y lo miraba con ojos tranquilos y curiosos. Thad se dijo que ahora tendría que empezar a mentir, que las palabras le vendrían a los labios con tal naturalidad y fluidez que, a su entender, podría haber sido el propio George Stark quien se las dictara. No estaba totalmente seguro de que Rawlie le siguiera la corriente, pero ya era un poco tarde para preocuparse por ello—. Estoy irritable, eso es todo.

—Muy comprensible —lo tranquilizó Harrison—. Solo quiero que se dé cuenta de que no somos sus enemigos, señor Beaumont.

—Ese estudiante que ha llamado —explicó Thad— sabía que me encontraría porque nos ha visto llegar con los coches cuando salía de la librería. Solo quería preguntarme si iba a impartir algún curso este verano. El registro telefónico de la universidad está dividido por departamentos y los miembros de cada uno de ellos aparecen en la lista por orden alfabético; en letra muy pequeña, como le puede atestiguar cualquiera que haya intentado utilizarlo.

—Realmente, es un libro muy incómodo —asintió Rawlie desde detrás de la pipa.

Los dos policías se volvieron un momento a mirarlo, sorprendidos. Rawlie les dedicó un solemne gesto de asentimiento, con aire casi sabihondo.

—Rawlie aparece detrás de mí en la lista —continuó Thad—. Da la casualidad de que este año no hay ningún miembro del departamento cuyo apellido empiece por C. —Thad dirigió una rápida mirada a Rawlie, pero este se había sacado la pipa de la boca y parecía inspeccionar la cazoleta ennegrecida con gran concentración—. Por consiguiente, nos pasamos el curso recibiendo llamadas el uno para el otro en nuestros respectivos teléfonos. Le he dicho a ese muchacho que no voy a dar ningún curso y que tengo vacaciones hasta otoño.

Bueno, ya estaba. Tenía la sensación de haberse excedido un poco en sus explicaciones, pero lo que importaba realmente era cuándo habían llegado Harrison y Manchester a la puerta del despacho de Rawlie y qué parte de la conversación habían oído. No era muy normal decir a un alumno interesado en un curso de verano que estaba biodegradándose y que pronto se derrumbaría en pedazos.

—A mí también me gustaría irme de vacaciones hasta el otoño —suspiró Manchester—. ¿Ha terminado ya, señor Beaumont?

Thad exhaló mentalmente un suspiro de alivio y respondió:

—Solo me queda devolver a su sitio las carpetas que no necesito.

(«Y una nota, tienes que escribir una nota a la secretaria».)

—Y tengo que escribir una nota para la señora Fenton —se oyó decir. Ignoraba por qué decía aquello; solo sabía que debía hacerlo—. Es la secretaria del departamento de lengua.

—¿Nos da tiempo para tomar otra taza de café? —preguntó Manchester.

—Claro. Y hasta para un par de galletas, si las hordas bárbaras han dejado alguna —contestó.

Volvía a atenazarle aquella sensación de que las cosas se le escapaban de las manos, de que todo iba de mal en peor, y esta vez era más intensa que nunca. ¿Dejar una nota para la señora Fenton? ¡Aquella sí que era buena! Rawlie debía de estar riéndose a gusto tras la pipa.

Cuando se disponía a salir del despacho de Rawlie, este le dijo:

—¿Puedo hablar contigo un momento, Thaddeus?

—Desde luego —asintió. Deseó pedirles a Harrison y a Manchester que los dejaran a solas, que no le pasaría nada, pero comprendió (de mala gana) que no era la frase más oportuna cuando se deseaba no levantar suspicacias. Harrison, al menos, tenía las antenas conectadas. No del todo aún, tal vez. Pero casi.

En cualquier caso, el silencio resultó más efectivo. Cuando se volvió hacia Rawlie, Harrison y Manchester se alejaron lentamente pasillo arriba. Harrison dirigió un breve comentario a su compañero y se quedó en la puerta de la sala de profesores mientras Manchester buscaba las galletas. Harrison los tenía a la vista, pero Thad calculó que no los oía.

—Vaya una historia, la del registro telefónico —comentó Rawlie mientras volvía a colocar el extremo de la pipa entre los dientes—. Thaddeus, creo que tienes mucho en común con la chiquilla de *La ventana abierta*, de Saki: el amor a primera vista parece tu especialidad.

—No es lo que piensas, Rawlie.

—No imagino qué te pasa —respondió Rawlie en tono ligero— y, aunque reconozco que siento cierto grado de natural curiosidad, no estoy seguro de querer averiguarlo.

Thad ensayó una sonrisa.

—Pero he tenido la clara sensación de que has olvidado a Tom Carroll a propósito. Aunque esté jubilado, la última vez que miré aún venía en la lista del departamento de este curso, justo entre tu nombre y el mío.

—Tengo que irme, Rawlie.

—Claro. Tienes que escribir esa nota para la señora Fenton.

Thad notó que se le ruborizaban un poco las mejillas. Althea Fenton, la secretaria del departamento de lengua desde 1961, había muerto en abril de un cáncer de garganta.

—Solo quería que te quedaras un momento —añadió Rawlie— para decirte que quizá he encontrado eso que querías saber. Lo de los gorrones.

—¿De qué se trata? —Thad notó que se le aceleraba el corazón.

Rawlie condujo a Thad hasta el escritorio del despacho y levantó el

Costumbres populares de Norteamérica, de Barringer.

—Los gorriones, somorgujos y, en especial, las chotacabras son psicopompos —dijo, no sin cierto tono triunfal en la voz—. Ya decía yo que había algo sobre chotacabras...

—¿Psicopompos? —inquirió Thad, vacilante.

—Del griego —explicó Rawlie—. Significa «los que conducen». En este caso, los que conducen las almas humanas entre la tierra de los vivos y el mundo de los muertos. Según Barringer, somorgujos y chotacabras son los guías de los vivos; se dice que se reúnen cerca de donde se está produciendo una muerte. No son pájaros de mal agüero. Su tarea consiste en conducir las almas recién muertas a su lugar en la otra vida.

Miró a los ojos a Thad y continuó:

—Las asambleas de gorriones son bastante más siniestras, al menos según Barringer. Esos pájaros tienen fama de guías de los muertos.

—¿Entonces...?

—Entonces, su tarea consiste en conducir las almas perdidas de vuelta a la tierra de los vivos. En otras palabras, son heraldos de los muertos vivientes.

Rawlie se sacó la pipa de la boca y miró a Thad con aire solemne.

—Ignoro en qué situación te encuentras, Thad, pero te aconsejo prudencia. Una prudencia extrema. Por lo visto estás en un buen lío. Si puedo hacer algo, llámame, por favor.

—Te lo agradezco, Rawlie. Ya has hecho suficiente con no decir nada.

—En esto, al menos, pareces totalmente de acuerdo con mis estudiantes. —Sin embargo, los ojos serenos miraban a Thad por encima de la pipa con un destello de preocupación—. ¿Tendrás cuidado?

—Lo tendré.

—Y si esos hombres te siguen para ayudarte en el asunto, harías bien en confiar en ellos.

Sería maravilloso si pudiera, pero no se trataba de que Thad confiara en ellos: si se le ocurría abrir la boca, serían ellos los que recelarían de él. Aunque confiara en Harrison y Manchester hasta el punto de revelarles la verdad, no se atrevería a decir nada hasta que desapareciera aquella sensación de hormigueo que le recorría el cuerpo.

Porque George Stark lo estaba observando. El plazo había terminado.

—Gracias, Rawlie.

Rawlie asintió, repitió que tuviera cuidado y se sentó tras el escritorio.

Thad regresó a su despacho.

«Tengo que escribir una nota para la señora Fenton».

Se detuvo en el momento en que iba a guardar en el archivador la última de las carpetas que había sacado por error y se volvió hacia la IBM Selectric beige. Últimamente parecía casi hipnotizado por todos los instrumentos de escritura, grandes y pequeños. Durante la última semana, más de una vez se había preguntado si habría una versión diferente de Thad Beaumont en todos ellos, como genios maléficos acechando dentro de sus lámparas.

«Tengo que escribir una nota para la señora Fenton».

Pero a aquellas alturas era más apropiado un tablero de espiritismo que una máquina de escribir eléctrica para ponerse en contacto con la difunta señora Fenton, que hacía un café tan fuerte que casi podía hablar y caminar... Pero ¿cómo se le había ocurrido aquello? La señora Fenton era lo último en que pensaba Thad en aquel momento.

Thad guardó la última carpeta en el archivador, cerró el cajón y se miró la mano izquierda. Bajo la venda, la herida entre el pulgar y el índice empezó a escocerle de repente. Se rascó la mano contra la pernera del pantalón, pero con ello solo consiguió exacerbar el escozor. Además, la herida le latía con un dolor sordo. La sensación de intenso calor, como si tuviera la mano en un horno, se incrementó.

Alzó la vista hacia la ventana del despacho.

Al otro lado de Bennet Boulevard, los cables del teléfono estaban llenos de gorriones. Los pájaros ocupaban también el tejado de la enfermería y, mientras observaba, una nueva bandada se posó en una de las pistas de tenis.

Todos los gorriones parecían estar mirándolo.

«Psicopompos. Heraldos de los muertos vivientes».

Un nuevo grupo de gorriones descendió en espiral como un montón de hojas agostadas y aterrizó en el tejado de Bennet Hall.

—No —susurró Thad con voz temblorosa. Un escalofrío le recorrió la espalda. La mano seguía escociéndole y ardiendo de dolor.

La máquina de escribir.

Solo podía librarse de los gorriones y de la comezón ardiente y enloquecedora de la mano si escribía a máquina.

El impulso de sentarse ante ella era demasiado intenso como para hacer caso omiso. Ponerse a las teclas parecía, por alguna razón, lo más natural; como el instinto de meter la mano en agua fría después de una quemadura.

«Tengo que escribir una nota para la señora Fenton.

»Será mejor que pongas manos a la obra al atardecer, o lo lamentarás de veras. Y no serás el único».

La sensación de comezón y hormigueo bajo la piel se hacía cada vez más intensa. Irradiaba en oleadas de la herida de la mano. Los globos oculares, a su vez, parecían latir en perfecta sincronía con esas oleadas. En su ojo mental, la visión de los gorriones se intensificó. Estaba en el barrio de Ridgeway, en Bergenfield; Ridgeway bajo un cielo primaveral apacible y templado. Era 1960 y todo el barrio parecía vacío menos por aquellos pájaros corrientes y terribles, aquellos psicopompos; y, mientras miraba, todos echaron a volar al unísono. El enorme grupo, como un torbellino, oscureció el cielo. Los gorriones volvían a volar.

Al otro lado de la ventana del despacho, los gorriones de los cables telefónicos, de la enfermería y del Barret Hall remontaron el vuelo en un vertiginoso aleteo. Algunos estudiantes que paseaban por el campus se detuvieron a contemplar la bandada, que cruzaba el cielo y se desviaba hacia la izquierda hasta desaparecer por el oeste.

Thad no vio esto último. Lo único que veían sus ojos era el barrio de su infancia transformado de algún modo en el lúgubre paraje muerto de un sueño. Se sentó ante la máquina de escribir, sumergiéndose aún más profundamente en el mundo crepuscular de su trance. Sin embargo, un pensamiento permaneció en su mente: el astuto de George podía obligarle a sentarse y jugar con las teclas de la IBM; sí, pero no iba a escribir ese libro bajo ningún concepto... y si se mantenía firme, el astuto de George acabaría cayéndose a pedazos o, simplemente, desvaneciéndose como la llama de una vela. Thad estaba seguro de ello. Lo presentía.

Ahora, la herida ya no le producía latidos, sino verdaderos golpes acompasados. Thad pensó que, si se quitaba la venda, encontraría debajo de ella una mano como la de uno de esos personajes de los dibujos animados —el coyote que persigue al correcaminos, por ejemplo— después de pillársela con un martillo. No le dolía, exactamente; era más bien como esa sensación de locura que se apodera de una persona cuando le empieza a picar la espalda justo en ese punto inalcanzable. No un picor superficial, sino ese escozor profundo y palpitante que obliga a uno a apretar los dientes.

Pero incluso esta sensación parecía lejana, irrelevante.

Thad tomó asiento ante la máquina de escribir.

En el momento en que conectó la máquina, el escozor desapareció y, con él, la imagen de los gorriones.

En cambio, el estado de trance permaneció y en su centro había un impulso imperioso: había algo que debía escribir y Thad notaba todo su cuerpo pidiendo a gritos ponerse a ello, terminar la tarea. De algún modo, era mucho peor que la visión de los gorriones o que el escozor de la mano. Este otro impulso parecía emanar de un recóndito lugar de su mente.

Colocó un folio en el carro de la máquina y luego se quedó un momento inmóvil delante del teclado, sintiéndose perdido y distante. Luego colocó los dedos en la posición típica de las buenas mecanógrafas, con las yemas en las teclas de la fila central, aunque hacía muchos años que había renunciado a aprender a escribir al tacto.

Los dedos temblaron allí durante unos segundos y, a continuación, todos menos los índices se retiraron del teclado. Al parecer, cuando usaba una máquina de escribir, Stark hacía lo mismo que Thad, buscar y pulsar cada tecla. Era lógico, pues la mecanografía no era su método de escritura preferido.

Cuando movió los dedos de la mano izquierda hubo una remota punzada de dolor, pero nada más. Los índices buscaron las teclas con parsimonia, pero el mensaje no tardó en cobrar forma en el folio en blanco. Era espeluznantemente breve. El cabezal de la máquina giró y escribió seis palabras en mayúsculas:

ADIVINA DESDE DÓNDE HE LLAMADO, THAD.

De pronto, Thad volvió a ver la realidad con absoluta nitidez. En toda su vida no había sentido jamás ese desaliento, ese horror. ¡Dios santo! Por supuesto... Estaba muy claro; clarísimo.

«El hijo de puta llamaba desde casa. ¡Tiene a Liz y a los gemelos!»

Empezó a ponerse en pie, sin saber qué iba a hacer. Ni siquiera se dio cuenta de que se había levantado de la silla hasta que un dolor ardiente le atravesó la mano, como una antorcha medio apagada que se balanceara en el aire hasta producir una brillante bola de fuego. Tensó los labios hacia atrás, dejó los dientes al descubierto y emitió un ronco gemido. Volvió a derrumbarse en la silla y, antes de que se diera cuenta de lo que estaba sucediendo, sus manos volvieron de nuevo a las teclas de la IBM y empezaron a pulsarlas otra vez. Cinco palabras:

DI ALGO Y LOS MATO.

Thad contempló el mensaje con ojos embotados. No bien hubo escrito la última «O», todo se interrumpió de pronto. Como si fuera una lámpara y alguien hubiera cortado la luz. Le desapareció el dolor de la mano y el escozor. Dejó de

sentir el hormigueo enloquecedor bajo la piel.

Los pájaros ya no estaban. El trance había pasado. Stark se había marchado también.

Pero no se había ido en absoluto, ¿verdad? No. Stark estaba guardando la casa en ausencia de Thad. Habían dejado a dos policías custodiando el lugar, pero de nada había servido. Thad se dijo que había sido un estúpido, un redomado idiota, al pensar que un par de agentes representaba alguna garantía. Ni una unidad de Boinas Verdes de la Fuerza Delta habría servido de nada. George Stark no era un hombre; era una especie de Panzer nazi con aspecto humano.

—¿Qué tal va eso? —preguntó Harrison a su espalda.

Thad dio un respingo como si le hubieran clavado un alfiler en la nuca... y eso le recordó a Frederick Clawson; Frederick Clawson, que había metido las narices en lo que no le importaba y se había buscado la muerte al revelar lo que sabía.

DI ALGO Y LOS MATO.

Decía, amenazador, el papel en el carro.

Thad alargó la mano, arrancó el folio de la máquina y lo estrujó. Lo hizo sin volverse para observar a qué distancia estaba Harrison, lo cual habría sido un error fatal para su intento de parecer relajado. No estaba tranquilo, sino desquiciado. Pensó que Harrison le iba a preguntar qué había escrito y por qué se daba tanta prisa en deshacerse del papel. Al ver que el policía no decía nada, decidió hacerlo él.

—Creo que ya he terminado. Al diablo con la nota. De todos modos volveré a traer estos papeles antes de que la señora Fenton se entere de que me los he llevado...

Al menos, aquello era cierto; siempre que Althea Fenton no estuviera observándolo desde el cielo. Se levantó, rogando que las piernas no lo traicionaran y lo dejaran caer otra vez en la silla. Respiró de alivio al advertir que Harrison estaba en el quicio de la puerta y no le prestaba atención. Un momento antes, Thad habría jurado que tenía al policía mirando por encima de su hombro, pero Harrison estaba comiendo una galleta mientras observaba por la ventana a los pocos estudiantes que deambulaban por el campus.

—Desde luego, este lugar está muerto —comentó el hombre.

«Y mi familia también puede estarlo antes de que vuelva a casa».

—¿Nos vamos ya? —dijo Harrison.

—Por mí, encantado.

Thad dio un paso hacia la puerta. Harrison lo observó, divertido.

—Vaya, vaya... —comentó—. Puede que, al fin y al cabo, sea verdad esa

fama de despistados que tienen los profesores.

Thad lo miró con un parpadeo nervioso; luego bajó la mirada y observó que aún aferraba la pelota de papel. La echó a la papelera pero su mano insegura le traicionó. El papel tocó el borde y cayó fuera. Antes de que pudiera agacharse a recogerlo, Harrison se le adelantó. Recogió la pelota de papel y se la pasó de una mano a otra con gesto despreocupado.

—¿Va a marcharse sin los papeles que ha venido a buscar? —preguntó mientras señalaba las solicitudes de inscripción para el seminario, que estaban junto a la máquina de escribir sujetas con una goma elástica roja. Después continuó jugueteando con el papel de los dos últimos mensajes de Stark, pasándolo de la zurda a la diestra, de la diestra a la zurda, una y otra vez, presten atención a la pelota que bota. Thad reconoció un puñado de letras en una de las arrugas del papel: I ALGO Y LES MAT

—¡Ah, sí! Gracias.

Thad recogió las solicitudes y estuvieron a punto de caérsele. De un momento a otro, Harrison alisaría la pelota de papel que tenía en la mano. Lo haría y, aunque Stark no estaba al acecho —al menos, Thad estaba bastante seguro de eso—, no tardaría en volver para controlarlo. Entonces lo averiguaría y, cuando lo supiera, les haría algo atroz a Liz y a los gemelos.

—De nada. —Harrison lanzó la pelota a la papelera. El papel arrugado dio una vuelta casi completa al borde de esta antes de caer dentro—. Dos puntos —añadió, y salió al pasillo para que Thad pudiera cerrar la puerta.

8

Bajó la escalera con la escolta policial pisándole los talones. Rawlie de Lesseps asomó la cabeza desde su despacho y le deseó un feliz verano si no volvían a verse. Thad le respondió con una voz que, a sus propios oídos al menos, sonaba bastante tranquila. Se sentía como si llevara puesto un piloto automático. La sensación duró hasta que llegó al coche. Mientras dejaba los papeles en el asiento del acompañante, se fijó en la cabina telefónica del otro extremo del aparcamiento.

—Voy a llamar a mi esposa —le dijo a Harrison—. A ver si quiere algo de la tienda.

—Debería haber llamado arriba —comentó Manchester—. Se habría ahorrado unas monedas.

—Me he olvidado. Tal vez sí sea cierto eso del profesor despistado.

Los dos policías intercambiaron una mirada irónica y subieron al Plymouth,

donde podían poner en marcha el aire acondicionado mientras vigilaban por el parabrisas.

Thad sentía las entrañas como si fueran cristales sueltos. Pescó una moneda en el bolsillo y la introdujo en la ranura. Le temblaba la mano y se equivocó al marcar la segunda cifra. Colgó el teléfono, esperó a que cayera la moneda y volvió a probar mientras pensaba, «Dios, es como la noche que murió Miriam. Vuelve a ser todo como esa noche».

Era una sensación de *déjà vu* que hubiera querido evitar.

Al segundo intento, marcó el número correcto y esperó con el auricular tan apretado contra el oído que se hizo daño. Trató de relajar la postura conscientemente. Harrison y Manchester no debían notar nada extraño; eso era lo principal, que no notaran nada. Pero parecía incapaz de relajar los músculos.

Stark respondió a la primera llamada.

—¿Thad?

—¿Qué les has hecho?

Fue como si escupiera bolas de pelusa secas. De fondo oyó los aullidos de los gemelos. Thad se sintió extrañamente reconfortado por aquellos gritos. No sonaban como los roncossollosos de Wendy al rodar por la escalera; era un llanto de desconcierto, de enfado tal vez, pero no de dolor.

«¿Dónde está Liz?», pensó.

—Nada en absoluto —respondió Stark—, como puedes oír. No les he tocado un solo cabello de sus cabecitas. Todavía.

—Liz —dijo Thad. De pronto, le invadió una sensación de desamparado terror. Era como estar montado en la cresta de una ola larga y fría.

—¿Qué quieres de ella? —La voz burlona era grotesca, insoportable.

—¡Que se ponga! —rugió Thad—. Si quieres que escriba una sola maldita palabra con tu nombre, ¡que se ponga al teléfono!

Pese a todo, había una parte de su mente que, indiferente incluso a aquel ataque de terror y sorpresa, le prevenía: «Cuidado con la expresión, Thad. Solo estás medio de espaldas a los policías. Nadie habla a gritos por el teléfono cuando llama a su esposa para preguntarle si necesita que le lleve unos huevos».

—¡Thad, Thad! ¡Muchacho...! —La voz de Stark sonaba herida, pero Thad tuvo la horrible y enloquecedora certeza de que aquel hijo de puta estaba sonriendo—. Tienes muy mala opinión de mí, muchacho. ¡Una opinión muy baja, chico! Cálmate, ahora se pone.

—¿Thad? ¿Thad, eres tú? —Liz parecía preocupada y asustada, pero no presa del pánico. No del todo.

—Sí. ¿Estás bien, cariño? ¿Y los niños?

—Sí, estamos bien. Estamos... —Thad no entendió bien la última palabra.

Oyó que el hijo de puta le decía algo a Liz, pero no llegó a captarlo. Ella dijo sí, de acuerdo, y volvió al teléfono. Ahora, su voz parecía a punto de quebrarse—. Thad, tienes que obedecerle.

—Sí, ya lo sé.

—Pero quiere que te diga que no puedes hacerlo aquí. La policía no tardará en llegar. Thad... dice que ha matado a los dos que custodiaban la casa.

Thad cerró los ojos.

—No sé cómo lo ha hecho —continuó Liz—, pero él lo dice y yo... yo lo creo.

Ahora estaba llorando. Trataba de contener las lágrimas, pues sabía que con ellas solo conseguiría intranquilizar aún más a Thad, y que si este se trastornaba podía intentar algo peligroso. Thad agarró el auricular, lo estrujó contra la oreja y trató de aparentar calma.

Stark volvió a murmurar algo al fondo. Thad captó una palabra. «Colaboración». Increíble.

—Dice que se nos va a llevar —le informó Liz—. Dice que ya sabrás adónde vamos. ¿Te acuerdas de tía Martha? Dice que debes librarte de los hombres que van contigo. Quiere que te reúnas con nosotros esta noche, cuando oscurezca. Dice... —Liz emitió un sollozo asustado. Inició otro, pero consiguió contenerlo —, dice que colaborarás con él, que si trabajáis los dos juntos haréis el mejor de todos los libros. Y...

Murmullos, murmullos, murmullos.

¡Ah!, Thad deseó hundir los dedos en el cuello perverso de George Stark y apretar hasta que le atravesaran la piel y le destrozaran la garganta al muy hijo de puta.

—Dice que Alexis Máquina ha resurgido de entre los muertos, más grande que nunca. —Luego, con voz chillona—: ¡Por favor, Thad, haz lo que dice! ¡Tiene armas! ¡Y tiene un soplete! ¡Un soplete pequeño! Dice que si intentas algo raro...

—Liz...

—¡Por favor, Thad, haz lo que te pide!

Su voz se desvaneció cuando Stark le arrancó el teléfono de las manos.

—Dime una cosa, Thad —murmuró Stark, y ahora su voz no tenía nada de burlona. Sonaba mortalmente seria—. Dime una cosa, y más vale que seas sincero, amigo, o ellos lo pagarán. ¿Me comprendes?

—Sí.

—¿Seguro? Porque tu mujer decía en serio lo del soplete.

—¡Sí, sí, maldita sea!

—Entonces, dime, ¿qué quería decir con eso de si te acordabas de tía Martha?

¿Qué coño significa eso? ¿Era alguna especie de clave, Thad? ¿No estarías tramando algo, verdad?

De pronto, Thad vio la vida de su esposa y sus hijos pendiente de un delgado y único hilo. No era ninguna metáfora; sino que podía verlo. El hilo era de seda finísima, azulada como el cielo, apenas visible en medio de toda la eternidad. Ahora, todo dependía de dos cosas: de lo que él dijera y de lo que George Stark creyese.

—¿Está desconectado el equipo de grabación telefónica?

—Naturalmente —respondió Stark—. ¿Por quién me tomas, Thad?

—¿Lo sabía Liz cuando se ha puesto al aparato?

Tras una breve pausa, Stark respondió:

—No tenía más que mirar. Los cables están ahí, en el suelo.

—Está bien, pero ¿lo hizo? ¿Los ha visto antes de hablar?

—Déjate ya de rodeos, Thad.

—Liz trataba de decirme adónde piensas llevártelos sin mencionar nombres —explicó Thad, esforzándose por hablar en un tono paciente, aleccionador... Paciente, pero un tanto condescendiente. No estaba seguro de si lo conseguía o no, pero supuso que George se lo haría saber muy pronto—. Se refería a la casa de verano. La casa de Castle Rock. Martha Telford es la tía de Liz. No nos cae bien y, cada vez que nos llamaba anunciando que nos visitaría, Liz y yo imaginábamos que salíamos huyendo a Castle Rock y nos escondíamos en la casa de verano hasta que tía Martha se muriera. Ahora ya lo he dicho; si la policía tiene algún equipo de grabación sin cables, la culpa será tuya, George.

Thad esperó, sudoroso, a ver si Stark se tragaba la historia... o si el finísimo hilo que sostenía a sus seres queridos se rompía definitivamente.

—No hay ningún equipo —declaró Stark por fin. Su voz sonó relajada otra vez. Thad reprimió la necesidad de apoyarse en el lateral de la cabina telefónica y cerrar los ojos de alivio. «Si vuelvo a verte, Liz —pensó—, te retorceré el cuello por haberte arriesgado de esta manera». Aunque luego se dijo que, si volvía a verla, lo que haría sería besarla hasta dejarla sin aliento.

—No les hagas nada —murmuró por el teléfono—. Por favor, no les hagas nada. Te obedeceré en todo.

—Ya lo sé. Sé que lo harás, Thad. Vamos a trabajar juntos. Al menos, al principio. Empieza a moverte. Líbrate de esos sabuesos y arréglatelas para llegar a Castle Rock. Ven lo más deprisa que puedas, pero no tanto como para llamar la atención. Eso sería un error por tu parte. Tal vez sea buena idea que cambies de coche, pero dejo esos detalles de tu cuenta; al fin y al cabo, eres un tipo con imaginación. Llega a Castle Rock antes de que oscurezca si quieres encontrarlos vivos. No intentes nada. ¿Me has oído? No intentes ninguna jugarreta o te pesará.

—No intentaré nada.

—Muy bien. Te creo. Muchacho, debes seguir el juego. Si lo estropeas, lo único que encontrarás cuando llegues aquí serán tres cuerpos y una cinta de tu esposa maldiciendo tu nombre antes de morir.

Se escuchó un clic. La comunicación se había cortado.

9

Cuando volvió hacia el Suburban, Manchester bajó el cristal de la ventanilla del Plymouth y le preguntó si estaba todo en orden en la casa. Thad advirtió en la mirada del agente que no se trataba de una pregunta retórica. Sin duda, el hombre había notado algo en su expresión, pero esto no preocupó mucho a Thad, que se creyó capaz de afrontar el asunto. Al fin y al cabo, él era un tipo con imaginación y su mente parecía funcionar ahora a una silenciosa y aterradora velocidad, como ese tren bala japonés. De nuevo, se presentaba el dilema: ¿mentir o decir la verdad? Como las veces anteriores, en realidad no había alternativa.

—Todo anda bien —respondió. Su voz sonaba natural y relajada—. Los niños están irritables y ponen nerviosa a Liz. —Alzó un poco más la voz y añadió—: Ustedes también han estado muy nerviosos desde que dejamos la casa. ¿Acaso ha sucedido algo que debería saber?

Pese a lo desesperado de la situación, aún conservaba la suficiente conciencia como para sentirse un poco culpable al preguntar aquello. Algo estaba sucediendo, desde luego, pero él era quien lo sabía y se lo estaba callando.

—No —respondió Harrison desde el asiento del conductor, inclinándose hacia delante para hablar por la ventanilla de su compañero—. No podemos establecer contacto con Chatterton y Eddings, eso es todo. Deben de haber entrado en la casa.

—Liz me ha comentado que acababa de preparar un poco de té con hielo —asintió Thad, mintiendo frívolamente.

—Ahí lo tiene —añadió Harrison con una sonrisa. Thad sintió otra punzada de culpabilidad, más fuerte esta vez—. Tal vez quede un poco cuando lleguemos, ¿eh?

—Todo es posible.

Thad cerró la portezuela del Suburban y colocó la llave en el contacto con una mano tan insensible como un bloque de madera. En su mente giraban las preguntas, bailando una danza enrevesada y no especialmente airosa. ¿Habrían salido ya hacia Castle Rock Stark y su familia? Eso esperaba; quería que llevaran una buena ventaja para cuando la radio de la policía emitiera la noticia del

secuestro. Si iban en el coche de Liz y alguien los veía, o si aún estaban en Ludlow, la situación podía ser peligrosa. Mortalmente peligrosa. Resultaba irónico desear que Stark escapara sano y salvo, se dijo, pero esa era exactamente la situación en que se encontraba.

Pero, hablando de escapar, ¿cómo iba él a deshacerse de Harrison y Manchester? He ahí otra buena pregunta. Desde luego, ni hablar de dejarlos atrás con el Suburban. El Plymouth de los agentes parecía un trasto viejo, con la pintura cubierta de polvo y las llantas gastadas, pero el áspero rugido del motor revelaba el correccaminos que llevaba bajo el capó. Pensó que tal vez podría despistarlos — ya tenía cierta idea de cómo y dónde intentarlo— pero ¿cómo evitaría luego que lo descubrieran en los casi doscientos cincuenta kilómetros que debía recorrer hasta Castle Rock?

No tenía ni la más remota idea... Solo sabía que debía hacerlo de un modo u otro.

«¿Te acuerdas de tía Martha?»

Había mentido a Stark sobre el significado de la frase, y Stark se lo había tragado. Así pues, el dominio del cerdo asesino sobre su mente no era completo. Martha Tellford era la tía de Liz, en efecto, y los dos se habían reído, casi siempre en la cama, pensando en escapar de ella; sin embargo, al hacerlo, hablaban de huir a lugares exóticos como Aruba o Tahití... porque tía Martha conocía perfectamente la casa de verano de Castle Rock, donde los había visitado con mucha más frecuencia que en la casa de Ludlow. El lugar favorito de tía Martha Tellford en Castle Rock era el vertedero de basura. La mujer era miembro activo de la Asociación Nacional del Rifle y le encantaba disparar a las ratas del vertedero.

«Si quieres que se vaya —recordó haberle dicho a Liz en cierta ocasión—, tendrás que ser tú quien se lo diga». Aquella conversación también tuvo lugar en la cama, casi al final de la interminable visita de tía Martha en el verano de... ¿había sido 1979 o 1980? «No importaba mucho», pensó. «Es familia tuya y, además, tengo miedo de que, si se lo digo yo, me encañone con ese Winchester».

Liz había respondido: «No estoy segura de que los lazos de sangre sirvan para cortar el hielo. Tía Martha tiene una mirada que...», y había fingido un escalofrío junto a él, recordó Thad, para soltar luego una risilla y darle un codazo en las costillas. «Vamos, Thad, Dios no está con los cobardes. Plántate ante ella y dile: ¡Sal por esa puerta, tía Martha! ¡Has matado a tu última rata en el vertedero! ¡Haz las maletas y lárgate!»

Por supuesto, ninguno de los dos le había dicho nada a tía Martha, que había seguido con sus expediciones diarias al vertedero, donde había abatido a decenas de ratas (y algunas gaviotas cuando las ratas corrían a esconderse, sospechaba

Thad). Por fin llegó el bendito día en que Thad la acompañó en el coche al aeropuerto de Portland y la dejó en el avión, rumbo a Albany. Al despedirse, la mujer le había estrechado la mano con su recio gesto varonil, extrañamente desconcertante —como si cerrara un trato, en lugar de despedirse— y le dijo que tal vez les regalara con una nueva visita al año siguiente. «Ha sido una batida espléndida —fue su último comentario—. He acabado al menos con seis o siete docenas de esos pequeños sacos de gérmenes».

Tía Martha no había vuelto más, aunque una vez estuvo muy a punto (la inminente visita quedó suspendida gracias a una piadosa invitación de última hora para acudir a Arizona donde, según les informó tía Martha por teléfono, aún pagaban una recompensa por coyote cazado).

En los años transcurridos desde su último encuentro, «Acuérdate de tía Martha» se había convertido en una frase secreta entre Liz y él. Significaba que uno de los dos tenía que coger el rifle del 22 del cobertizo y liquidar a algún invitado especialmente molesto, al igual que tía Martha había acabado con las ratas del basurero. Ahora que lo pensaba, Thad creyó recordar que Liz había utilizado la frase en una ocasión durante las sesiones fotográficas y la entrevista para la revista *People*. ¿No se había vuelto hacia él y había comentado: «Thad, ¿no te recuerda a tía Martha esa señorita Myers?».

Luego, se había tapado la boca y había soltado una risilla.

Muy divertido.

Pero esta vez no era ninguna broma.

Tampoco se trataba de disparar contra las ratas del vertedero.

Salvo que lo hubiera interpretado mal, Liz había intentado decirle que fuera tras ellos y matara a George Stark. Y si ella quería que hiciera tal cosa —Liz, a quien se le saltaban las lágrimas cuando oía que en la perrera de Derry «dormían» a los animales vagabundos—, era evidente que no veía otra salida. Debía de pensar que solo había dos opciones: o moría Stark... o morían ella y los gemelos.

Harrison y Manchester lo miraban con curiosidad y Thad se dio cuenta de que había estado tras el volante del Suburban al ralentí, sumido en sus pensamientos, durante casi un minuto. Alzó la mano, ensayó un breve saludo, apoyó la espalda en el respaldo y avanzó hacia Maine Avenue, por donde saldría del campus. Trató de pensar en el modo de librarse de aquellos dos hombres antes de que recibieran por la radio la noticia de que sus colegas habían muerto. Intentó pensar, pero continuó oyendo a Stark amenazándolo con que, si lo estropeaba, lo único que encontraría cuando llegara a la casa de verano de Castle Rock serían los tres cuerpos y una cinta de Liz maldiciéndole antes de morir.

Continuó viendo a Martha Tellford apuntando el Winchester, de un calibre mucho mayor que el 22 del rifle que guardaba en el cobertizo de herramientas de

la casa de verano, apuntando a las ratas rechonchas que se escurrían entre los montones de desperdicios en lenta combustión y entre las llamas esporádicas. De pronto, se dio cuenta de que deseaba disparar contra Stark, y no con un 22.

El astuto de George merecía algo mejor.

Un obús sería lo más indicado.

Las ratas saltando contra el brillo parecido a una galaxia de estrellas de las botellas rotas y las latas aplastadas. Sus cuerpos retorciéndose primero y salpicando después, cuando volaban las tripas y la piel.

Sí, sería estupendo ver a George Stark en una situación parecida.

Agarraba el volante con demasiada fuerza y la mano herida le dolía. De hecho, parecía gemir hasta lo más hondo de los huesos y las articulaciones.

Se relajó —lo intentó, al menos— y se palpó el bolsillo del pecho en busca del analgésico. Lo encontró y tragó la píldora en seco.

Empezó a pensar en el cruce de la zona escolar en Veazie. La que tenía la señal de *stop* en las cuatro esquinas.

También empezó a pensar en lo que había dicho Rawlie de Lesseps. Psicopompos, los había llamado Rawlie.

Heraldos de los muertos vivientes.

VEINTIUNO

STARK ASUME EL MANDO

1

No tuvo ningún problema en proyectar lo que quería y cómo quería hacerlo aunque, en realidad, nunca había estado en Ludlow.

Sin embargo, lo había visitado a menudo en sueños.

Sacó de la carretera el desvencijado Honda Civic robado y aparcó en una zona de descanso a un par de kilómetros de la casa de los Beaumont. Thad se había marchado a la universidad y eso era estupendo. A veces le resultaba imposible saber qué estaba haciendo o pensando Thad, aunque casi siempre captaba el olor de sus emociones si Thad se ponía nervioso.

Si le costaba mucho esfuerzo entrar en contacto con él, Stark solo tenía que empezar a manosear uno de los lápices Berol que había comprado en la papelería de Houston Street.

Eso ayudaba.

Pero esta vez sería fácil. Sería fácil porque, no importaba lo que les hubiera dicho a sus perros de presa, Thad había ido a la universidad por una única razón: porque se había terminado el plazo y pensaba que Stark trataría de ponerse en contacto con él. Eso mismo se proponía Stark. Sí, señor.

Solo que no proyectaba hacerlo como Thad esperaba.

Desde luego, lo haría desde un lugar que Thad no esperaba.

Era casi mediodía. Había alguna gente de *picnic* en el área de descanso, pero estaban en las mesas de la zona de césped o cerca de las pequeñas barbacoas de piedra, junto al río. Nadie vio a Stark cuando bajó del Civic y se alejó del lugar. Era un tanto a favor de George porque, si lo hubieran visto, seguro que lo habrían recordado.

Recordado, sí.

Podido describir, no.

Stark cruzó el espacio asfaltado y enfiló a pie por la carretera que conducía a la casa de los Beaumont. Su aspecto recordaba mucho al hombre invisible de H. G. Wells. Un ancho vendaje le tapaba la frente desde las cejas hasta el cuero cabelludo. Otra venda le ocultaba el mentón y la mandíbula inferior. Llevaba la cabeza cubierta con una gorra de béisbol de los Yankees de Nueva York y los ojos protegidos tras unas gafas de sol. Vestía una chaqueta deportiva acolchada y llevaba guantes negros.

Las vendas estaba manchadas de una sustancia amarilla, purulenta, que rezumaba constantemente a través de la tela como unas lágrimas viscosas. Aquel líquido amarillento también se escurría tras las gafas de sol Foster Grant. De vez en cuando se secaba las mejillas con los guantes, que eran de clara imitación de cabritilla. Las palmas y los dedos de los guantes estaban pegajosos a causa de la sustancia purulenta medio seca. Debajo de las vendas, gran parte de la piel había desaparecido y lo que quedaba no era, precisamente, carne humana; era, al contrario, un elemento oscuro y esponjoso que se licuaba casi constantemente, una secreción que parecía pus pero despedía un hedor siniestro y desagradable, como una mezcla de café fuerte y tinta china.

Avanzó con la cabeza un poco inclinada hacia delante. Los ocupantes de los escasos coches que se cruzaban con él solo veían a un tipo con una gorra de béisbol que bajaba la cara para evitar la luz y llevaba las manos metidas en los bolsillos. La sombra de la visera de la gorra le ocultaba de todas las miradas, salvo de las más insistentes, pero, si alguien lo hubiera observado con más detenimiento, solo habría visto las vendas. Naturalmente, los coches que se le acercaban por detrás en dirección norte solo le veían la espalda.

De haber estado más próximo a las ciudades gemelas de Bangor y Brewer, el paseo habría resultado un poco más problemático. Cerca de las ciudades, se sucedían los barrios residenciales y las urbanizaciones. La zona de Ludlow, donde vivían los Beaumont, quedaba aún lo bastante lejos como para ser considerada una comunidad rural; no era una zona aislada, pero tampoco formaba parte de ninguna de las dos ciudades. En algunos casos, las viviendas se alzaban en parcelas lo bastante extensas para ser calificadas de campos. Las parcelas no estaban separadas mediante setos, esos avatares de la intimidad urbana, sino por estrechas hileras de árboles y, en ocasiones, sinuosos muros de piedra. Aquí y allá, una antena parabólica asomaba en el horizonte con aire siniestro, como si fuera un puesto avanzado de alguna invasión marciana.

Stark subió la cuesta hasta dejar atrás la casa de los Clark. La de Thad era la siguiente. Atajó por la esquina del terreno de los Clark, cuyo jardín delantero tenía más heno que césped. Dirigió una mirada hacia la casa. Las persianas

estaban bajadas para evitar el calor y la puerta del garaje estaba bien cerrada. La casa de los Clark parecía algo más que estar momentáneamente vacía: tenía el aire solitario de las casas que llevan desocupadas cierto tiempo. No había ningún montón de periódicos ante la puerta que lo delatara pero, a pesar de ello, Stark tuvo la certidumbre de que la familia Clark había salido de vacaciones a principios del verano, lo cual le resultaba muy conveniente.

Se adentró en el macizo de árboles que separaba ambas propiedades, saltó los restos derruidos de un murete de piedra y luego se agachó, hincando una rodilla. Por primera vez, estaba ante la casa de su testarudo mellizo. Había un coche patrulla de la policía aparcado en el camino particular de la casa y los dos agentes asignados a él estaban bajo la sombra de un árbol cercano, fumando y charlando. Estupendo.

Ya tenía lo que necesitaba. El resto sería coser y cantar. Con todo, esperó un poco más. Stark no se tenía por un hombre imaginativo —al menos, fuera de las páginas de aquellos libros en cuya creación había desempeñado un papel fundamental— ni emotivo; por eso le desconcertó un poco el humeante rescoldo de rabia y resentimiento que notó en las entrañas.

¿Por qué se creía el muy hijo de puta de Thad con derecho a deshacerse de él? ¿Por qué coño? ¿Porque había sido real, de carne y hueso, antes que Stark? ¿Porque este no sabía cómo, cuándo ni por qué había cobrado vida? Todo eso carecía de importancia en aquel asunto. No tenía por qué dejarse matar y enterrar sin una protesta, como al parecer pensaba Thad Beaumont. Tenía una responsabilidad para consigo mismo, y era la mera supervivencia. Pero eso no era todo.

También tenía que pensar en sus leales lectores, ¿verdad?

Observa esa casa. Mírala bien. Una espaciosa casa colonial de Nueva Inglaterra, a la que tal vez solo falta un ala más para poder calificarla de mansión. Un extenso césped, con aspersores girando afanosamente para mantenerlo verde, y una valla de estacas de madera a lo largo de uno de los lados del camino particular, de asfalto negro y brillante; el tipo de valla que Stark catalogaría de «pintoresca». Había un pasaje abierto y techado entre el garaje y la casa, cuyo interior estaba decorado con un elegante mobiliario de estilo colonial que armonizaba con la estructura: una gran mesa de roble en el comedor, altas cómodas de bella línea en las habitaciones del piso superior y unas sillas delicadas y agradables a la vista sin ser demasiado caras; una sillas que uno podía admirar sin dejar de sentarse en ellas. Las paredes no estaban empapeladas, sino pintadas y estarcidas a continuación.

Stark había visto todas aquellas cosas. Las había visto en los sueños que Beaumont ni siquiera había sabido que tenía mientras escribía como George

Stark.

De pronto, deseó destruir por completo la encantadora casa blanca. Aplicarle la llama de una cerilla —o tal vez la del pequeño soplete de propano que llevaba en el bolsillo de la chaqueta— y hacerla arder hasta los cimientos. Pero no lo haría hasta que hubiera entrado. No lo haría hasta que hubiera destrozado el mobiliario, hasta que se hubiera cagado en la alfombra del salón y hubiera esparcido los excrementos por aquellas paredes minuciosamente estarcidas, en escatológicos grumos marrones. No lo haría hasta haber descargado un hacha sobre aquellas preciosas cómodas y haberlas reducido a astillas.

¿Qué derecho tenía Beaumont a tener hijos, a tener una mujer hermosa? ¿Qué derecho tenía Thad Beaumont a vivir a plena luz y ser feliz mientras su hermano oscuro, que le había hecho rico y famoso cuando de no ser por él habría vivido en la pobreza y habría muerto en el anonimato, moría en la oscuridad de un callejón como un perro vagabundo y enfermo?

Ninguno, por supuesto. Ningún derecho. Solo que Beaumont había creído tenerlo aquella noche y aún seguía, a pesar de todo, convencido de tenerlo. Pero lo ficticio, lo que no era real, era ese convencimiento y no la figura de George Stark, de Oxford, Mississippi.

—Ha llegado la hora de tu primera gran lección, muchacho —murmuró Stark bajo los árboles. Buscó los imperdibles que le sujetaban la venda de la frente, los desprendió y se los guardó en el bolsillo para más adelante. Luego empezó a quitarse la venda, cuyas sucesivas capas iban apareciendo más y más impregnadas de aquella sustancia conforme se acercaban a su extraña carne—. Será algo que no olvidarás jamás, maldito. Te lo garantizo.

2

No fue más que una variante del truco del bastón blanco que había utilizado con los policías de Nueva York, pero a Stark le pareció lo más adecuado, pues era firme partidario de la idea de que, si se hallaba un buen golpe de efecto, había que seguir usándolo hasta exprimirle todo el jugo. En cualquier caso, los dos policías no representarían ningún problema si no cometía una torpeza; llevaban ya más de una semana de servicio y con el paso de los días se habrían convencido cada vez más de que el tipo del teléfono hablaba en serio al decir que recogía los bártulos y se marchaba. El único riesgo lo constituía Liz: si daba la casualidad de que se asomaba a la ventana en el momento en que se deshacía de los dos agentes, las cosas podían complicarse. Sin embargo, faltaban unos minutos para el mediodía y ella y los niños estarían echando una siesta o disponiéndose a ello. En cualquier

caso, confiaba en que las cosas saldrían bien.

De hecho, estaba seguro de ello.

El amor encontraría un camino.

3

Chatterton levantó la bota para apagar el cigarrillo en la suela (pensaba dejar la colilla en el cenicero del coche; un agente de la policía del estado de Maine no arrojaba desperdicios en el camino particular de un contribuyente) y cuando volvió a alzar la mirada, se encontró con el hombre de la cara despellejada que avanzaba a duras penas hacia él por el camino asfaltado. El hombre agitaba lentamente una mano hacia él y Jack Eddings en petición de ayuda; la otra mano quedaba oculta tras su espalda y parecía rota.

Chatterton casi sufrió un ataque cardíaco.

—¡Jack! —gritó. Eddings se volvió. Y se quedó boquiabierto.

—... ayúdeme... —gruñó el hombre de la cara en carne viva. Chatterton y Eddings corrieron hacia él.

De haber vivido, los dos policías hubieran podido contar a sus colegas que habían creído que el hombre salía de algún accidente automovilístico, o que se había quemado en una explosión de gasolina o de queroseno, o que se había caído de bruces en una de esas máquinas agrícolas que deciden, de vez en cuando, devorar y hacer picadillo a su propietario con las cuchillas, palas o crueles radios giratorios.

Habrían podido contar a sus colegas cualquier hipótesis pero, en aquel preciso instante, en realidad no pensaron nada en concreto. Sus mentes se habían quedado en blanco debido al horror. El costado izquierdo de la cara del hombre parecía estar hirviendo, como si, una vez desprendida la piel, alguien hubiera vertido una potente solución de ácido fénico sobre la carne. Un fluido viscoso, inconcebible, caía entre abultamientos de carne granulada y corría por negras grietas, rezumando a veces en horribles torrentes.

No pensaron en nada; sencillamente, reaccionaron.

Aquella era la belleza del truco del bastón blanco.

—... ayúdeme...

Stark tropezó a propósito. Chatterton alargó la mano para asir al hombre herido antes de que cayera. Stark enroscó el brazo derecho en torno al cuello del policía y sacó la mano izquierda, que había mantenido oculta. En ella guardaba una sorpresa. Una sorpresa en forma de navaja barbera de cachas de nácar. La hoja brilló febril en el aire cargado de humedad. Stark descargó un golpe y

reventó el ojo derecho de Chatterton con un audible estallido. El policía gritó y se llevó una mano a la cara. Stark agarró a Chatterton por el cabello, le echó la cabeza hacia atrás y le rebanó la garganta de oreja a oreja. La sangre brotó de su cuello musculoso en un grito rojo. No había tardado más de cuatro segundos.

—¿Qué? —preguntó Eddings en un tono de voz ronco y extrañamente estudiado. El agente, desprevenido, estaba a un par de palmos detrás de Chatterton y Stark—. ¿Qué?

Una de sus manos colgaba junto a la culata del revólver reglamentario, pero una rápida mirada convenció a Stark de que el tipo no tenía más idea de que su mano rozaba el arma que de cuál era la población de Mozambique. Los ojos se le salían de las órbitas. No sabía qué estaba viendo, ni quién sangraba. «No, eso no es cierto —pensó Stark—. El tipo cree que soy yo. Estaba ahí y me ha visto cortarle la garganta a su compañero, pero cree que soy yo quien sangra porque me falta media cara. Y ni siquiera por eso. Soy yo quien sangra, tengo que ser yo, porque él y su compañero son la policía. Son los buenos de la película».

—Ten —dijo Stark—, sosténme esto, ¿quieres? —Arrojó el cuerpo agonizante de Chatterton encima de su compañero.

Eddings soltó un breve grito muy agudo. Trató de apartarse, pero era demasiado tarde. El saco de cien kilos de toro moribundo que era Tom Chatterton lo envió tambaleándose contra el coche patrulla. La sangre caliente y fluida bañó el rostro de Eddings, vuelto hacia el cielo, como el agua de una alcachofa de ducha reventada. Aulló y sacudió el cuerpo de Chatterton. Este se revolvió lentamente y se agarró a ciegas al coche con sus últimas fuerzas. La mano izquierda golpeó el capó y dejó en este una huella ensangrentada. La derecha se asió débilmente a la antena de la radio y la quebró. Cayó en el camino sosteniéndola delante del único ojo que le quedaba, como un científico con un espécimen demasiado raro para renunciar a él ni siquiera *in extremis*.

Eddings tuvo una fugaz y borrosa visión del hombre despellejado mientras se le echaba encima de un salto y quiso retroceder, pero topó con el coche.

Stark asestó un golpe hacia arriba con la navaja, hendiendo la entrepierna del uniforme beige de Eddings, partiéndole el saco escrotal y llevando la cuchilla hacia arriba y hacia fuera en un gesto largo, como si cortara manteca. Los testículos de Eddings, súbitamente separados el uno del otro, le quedaron colgando contra la cara interna de los muslos como dos gruesos nudos al final de un ceñidor abierto. La sangre le empapó los pantalones en torno a la cremallera. Por un instante, Eddings notó como si le hubieran metido un puñado de hielo en la entrepierna. Entonces llegó el dolor, caliente y atroz. Soltó un grito.

Stark descargó la navaja con perversa rapidez hacia la garganta de Eddings, pero este consiguió de algún modo levantar una mano para protegerse y el primer

golpe solo le abrió la palma por la mitad. Eddings trató de escapar hacia la izquierda y con ello dejó al descubierto el lado derecho del cuello.

La cuchilla desnuda, plata pálida bajo la luz brumosa del día, volvió a hendir el aire y dio esta vez en su objetivo. Eddings cayó de rodillas con las manos entre las piernas. Sus pantalones beige estaban teñidos de un rojo brillante casi hasta las rodillas. La cabeza le colgaba hacia delante y el hombre parecía ahora la víctima de un sacrificio pagano.

—Que tengas un buen día, hijo de puta —murmuró Stark en tono afable. Se inclinó hacia delante, hundió los dedos en el cabello de Eddings y le echó la cabeza hacia atrás, exponiendo el cuello para el golpe final.

4

Abrió la portezuela trasera del coche patrulla, agarró a Eddings por el cuello de la camisa del uniforme y por los ensangrentados fondillos de los pantalones y lo arrojó al interior como un saco de trigo. Acto seguido, repitió la operación con Chatterton. Este debía de pesar cerca de ciento veinte kilos, con el equipo y el armamento, pero Stark lo manejó como si fuera una bolsa llena de plumas. Cerró la portezuela y, a continuación, dirigió una mirada radiante de curiosidad hacia la casa.

Reinaba el silencio. Los únicos sonidos eran el chirrido de los grillos entre la maleza de la cuneta de la carretera y el apagado «¡uic! ¡uic! ¡uic!» de los aspersores en el césped. A estos se añadió el sonido de un camión que se acercaba. Era un camión cisterna de la Orinco que pasó rugiendo a noventa, en dirección norte. Stark se puso tenso y se agachó ligeramente junto al coche patrulla al ver que las grandes luces rojas de los frenos del camión se iluminaban por un instante, pero masculló un breve gruñido burlón cuando observó que volvían a apagarse y el vehículo desaparecía tras el siguiente cambio de rasante, acelerando otra vez. El camionero había visto por el rabillo del ojo el coche patrulla aparcado en el camino particular de los Beaumont, había comprobado la velocidad y había pensado que se trataba de una trampa para cazar a los que se saltaban el límite. Era lo más natural del mundo. Pero el camionero no tenía de qué preocuparse: aquella trampa estaba inutilizada para siempre.

En el camino había mucha sangre, pero los charcos sobre el asfalto negro y brillante podrían confundirse con agua, a menos que uno se acercara mucho. Así pues, no había problema. Y si lo había, ya no podía hacerse nada.

Stark cerró la navaja barbera, la sostuvo con una mano pegajosa y se acercó a la puerta. No vio el puñado de pájaros muertos junto al porche, ni la bandada de

gorriones vivos que cubría ahora el tejado de la casa y las ramas del manzano cercano al garaje, observándole en silencio. Al cabo de un par de minutos, Liz Beaumont bajó las escaleras, aún adormilada de la siesta de mediodía, para atender la llamada a la puerta.

5

Liz no gritó. El grito estaba allí, pero el rostro descarnado que la miraba cuando abrió la puerta lo paralizó en sus pulmones, lo congeló, lo anuló, lo canceló, lo enterró vivo. Al contrario que Thad, ella no recordaba haber soñado nunca con George Stark, pero fue como si las imágenes hubieran existido de algún modo en lo más profundo de su inconsciente, pues aquel rostro sonriente, de mirada feroz, le pareció casi familiar, pese a todo el horror.

—¿Qué, señora, quiere comprar un orinal? —preguntó Stark al otro lado de la mosquitera, con una sonrisa que dejó a la vista muchos dientes, casi todos oscurecidos y muertos. Las gafas de sol convertían sus ojos en dos grandes cuencas negras. El pus viscoso rezumaba de su mejilla por la mandíbula y caía a gotas sobre la chaqueta acolchada.

Liz trató de cerrar la puerta demasiado tarde. Stark atravesó la mosquitera con la mano enguantada y volvió a abrirla de un golpe. Liz retrocedió tambaleándose, tratando de gritar. No lo consiguió. Su garganta seguía bloqueada.

Stark entró y cerró la puerta.

Liz lo vio avanzar lentamente hacia ella. Parecía un espantapájaros descompuesto que, de algún modo, hubiera cobrado vida. Lo peor era la sonrisa, porque la mitad izquierda del labio superior parecía no ya putrefacta o descompuesta, sino arrancada a mordiscos. En el hueco distinguió unos dientes entre grisáceos y negros, junto a los alvéolos donde, hasta hacía poco, había habido otras piezas dentales.

Stark alzó las manos enguantadas hacia ella.

—Hola, Beth —murmuró a través de aquella sonrisa terrible—. Perdona la intromisión, pero estaba por aquí y se me ha ocurrido hacerte una visita. Soy George Stark y estoy encantado de conocerte. Más encantado, yo diría, de lo que imaginas.

Con un dedo tocó la barbilla de Liz... la acarició. La carne bajo el cuero negro parecía esponjosa, fofa. En aquel instante, Liz pensó en los gemelos que dormían arriba y salió de su parálisis. Dio media vuelta y huyó a la cocina. En algún rincón del vertiginoso torbellino que se había adueñado de su mente, Liz se vio a sí misma desenvainando uno de los cuchillos de carnicero de las fundas imantadas y

atornilladas en la pared encima del mármol, y clavándolo hasta la empuñadura en aquel rostro caricaturesco, obsceno.

Oyó a su espalda los pasos de Stark, rápido como el viento.

La mano enguantada le rozó la blusa por la espalda en un intento de agarrarse, pero resbaló.

La puerta de la cocina era batiente y estaba abierta, sujeta mediante una cuña de madera. Sin dejar de correr, Liz lanzó un puntapié a la cuña consciente de que, si fallaba el golpe o solo movía un poco la calza, no tendría una segunda oportunidad. Sin embargo, dio de lleno en su objetivo con la punta de la zapatilla y sintió un instante de dolor cegador en los dedos. La cuña salió disparada por el suelo de la cocina, tan brillante y encerado que se reflejaba en él, del revés, todo el resto de la habitación. Liz intuyó que Stark alargaba la mano de nuevo para agarrarla y echó la suya atrás para cerrar la puerta con fuerza. Oyó el topetazo cuando la madera impactó de pleno en Stark y escuchó su grito furioso y sorprendido, pero ileso. Alargó la mano hacia los cuchillos...

... y Stark la agarró por el cabello y por la blusa, tirando de ella hacia atrás y obligándola a darse la vuelta. Liz percibió el áspero sonido de la tela al rasgarse y se le ocurrió un pensamiento incoherente: «Si me viola, oh dios, si me viola, me volveré loca...».

Golpeó aquel rostro grotesco con los puños, haciendo saltar las gafas de sol, primero a un lado y después al suelo. La carne bajo el ojo izquierdo se había ablandado y le caía sobre el hueso como una boca muerta, revelando toda la masa del globo ocular, inyectada en sangre.

Stark se echó a reír.

La aferró por ambas manos y le obligó a bajarlas. Ella consiguió liberar una, la levantó de nuevo y le clavó las uñas en la cara. Los dedos dejaron unos surcos profundos de los que empezó a fluir perezosamente una mezcla de sangre y pus. No se notaba apenas resistencia a la presión y Liz podría haberle arrancado perfectamente un pedazo de carne corrompida. Al mismo tiempo, la garganta de la mujer emitió al fin un sonido; ella hubiera querido lanzar un grito, expresar su miedo y su horror antes de que estos la asfixiaran, pero solo consiguió articular una serie de toses roncadas, angustiosas.

Stark le cazó la mano libre al aire, la bajó de nuevo y le sujetó las dos a la espalda, rodeándole ambas muñecas con los dedos de una de sus manos. Liz los notó esponjosos al tacto, pero firmes como unas esposas de acero. Stark alzó su mano libre hasta la parte delantera de la blusa y le acarició un pecho. La carne de Liz gimió al contacto. Cerró los ojos y trató de zafarse.

—¡Bah!, estate quieta —ordenó él. Ahora no sonreía a propósito, pero el lado izquierdo de su boca sonreía de todas maneras, helada en un rictus putrefacto—.

Estate quieta, Beth. Por tu propio bien. Cuando te enfadas me pongo cachondo. Y no te gustaría verme cachondo, te lo aseguro. Me parece que tú y yo deberíamos mantener una relación platónica. Al menos de momento.

Le apretó el pecho con más fuerza y Liz percibió la despiadada energía que se escondía bajo la materia descompuesta, como un armazón articulado de acero envuelto en un plástico blando.

«¿Cómo puede ser tan fuerte? ¿Cómo puede tener tanta energía si parece al borde de la muerte?»

Pero la respuesta era obvia. Stark no era humano. Liz pensó que, en realidad, ni siquiera estaba vivo.

—¿O acaso sí te gustaría? —añadió él—. ¿Es eso? ¿Es eso lo que quieres? ¿Lo quieres ahora mismo?

Por la boca sonriente y repulsiva asomó una lengua negra, roja y amarilla, con la superficie cuarteada por extrañas grietas como las de una llanura reseca, que se agitó hacia ella como una culebra.

Liz se inmovilizó al instante.

—Mucho mejor —susurró Stark—. Y ahora... Bethie querida, encanto, voy a soltarte las manos. Cuando lo haga, sentirás otra vez el impulso de correr los cien metros lisos en cinco segundos. Es una reacción muy lógica: apenas nos conocemos y soy consciente de que no ofrezco mi mejor aspecto. Pero antes de hacer una tontería, quiero que recuerdes a los dos policías de ahí fuera; están muertos. Quiero que pienses en tus *bambinos*, que duermen pacíficamente en el piso de arriba. Los niños necesitan descanso, ¿verdad? Sobre todo los niños muy pequeños, los bebés indefensos, como los tuyos. ¿Me entiendes? ¿Me sigues?

Liz asintió en silencio. Ahora captaba su olor. Era un hedor horrible, carnoso. «Se está pudriendo —pensó—. Se está pudriendo aquí mismo, delante de mí».

Y comprendió por qué Stark trataba desesperadamente de obligar a Thad a que se pusiera a escribir otra vez.

—Eres un vampiro —le acusó con voz ronca—. Un maldito vampiro. Y él te ha puesto a dieta. Por eso has venido aquí. Para aterrorizarme a mí y para amenazar a mis hijos. Eres un cobarde de mierda, George Stark.

Él la soltó y volvió a colocarse bien los guantes, primero el izquierdo y luego el derecho, dejándolos lisos y ceñidos de nuevo. Fue una maniobra melindrosa pero extrañamente siniestra.

—Me temo que no eres justa conmigo, Beth. ¿Qué harías tú si estuvieras en mi lugar? ¿Qué harías si, por ejemplo, te dejaran abandonada en una isla sin nada que comer ni beber? ¿Ensayarías poses lánguidas y unos suspiros? ¿O te resistirías? ¿Puedes culparme por desear algo tan básico como la supervivencia?

—¡Sí! —le escupió ella.

—Hablas como una esposa fiel, pero ya cambiarás de parecer. Verás que el precio de la fidelidad puede ser más alto de lo que sospechas, Beth. Cuando el adversario es astuto y tenaz, el precio puede ser astronómico. Te descubrirás con más voluntad de colaborar de lo que nunca habías creído posible.

—¡Sigue soñando, hijo de perra!

El lado derecho de su boca repulsiva se levantó, el costado de la eterna sonrisa vibró ligeramente y Stark le dedicó una sonrisa espectral que Liz supuso quería ser cautivadora. La mano, vomitivamente gélida bajo el fino guante, le recorrió el antebrazo en una caricia. Un dedo le apretó insinuante la palma de la mano izquierda durante un segundo antes de retirarse.

—Esto no es ningún sueño, Beth, te lo aseguro. Thad y yo vamos a colaborar en una nueva novela de Stark... durante un tiempo por decirlo de otro modo: Thad va a darme un empujón. Yo soy como un coche con el motor ahogado. Solo que en lugar de problemas mecánicos, yo tengo un bloqueo creativo. Eso es todo. Me parece que este es el único problema. Cuando me ponga en marcha, meteré la segunda, pisaré el embrague y ¡bruuuum! ¡A correr otra vez!

—Estás loco —susurró ella.

—Sí. Pero también lo estaba Tolstoi, y Richard Nixon, y sin embargo ese perro grasiento fue elegido presidente de Estados Unidos.

Stark volvió la cabeza y miró por la ventana. Liz no oyó nada pero, de pronto, le pareció que Stark escuchaba atentamente tratando de captar algún leve sonido, casi inaudible.

—¿Qué...? —empezó a preguntar.

—Cierra la boca —le ordenó Stark.

Liz captó el débil sonido de una bandada de pájaros remontando el vuelo. Era un ruido imposiblemente lejano, imposiblemente hermoso, imposiblemente libre.

Se quedó mirando a Stark, con el corazón acelerado, y se preguntó si podría apartarse de él. Stark no estaba en trance ni nada parecido, pero su atención se había desviado visiblemente. Quizá consiguiera huir. Si tuviera un arma...

La mano putrefacta se cerró de nuevo en torno a una de sus muñecas.

—Puedo meterme dentro de tu hombre y mirar, ¿sabes? Puedo sentir cómo piensa. No puedo hacer lo mismo contigo pero, cuando te observo la cara, saco mis buenas conclusiones. No sé qué estás tramando, Beth, pero es mejor que recuerdes a esos policías y a tus hijos. Verás que así te resulta más fácil conservar la perspectiva.

—¿Por qué me llamas así?

—¿Cómo? ¿Beth? —Se echó a reír. Era un sonido desagradable, como si tuviera la garganta llena de grava—. Él también te llamaría así si fuera lo bastante listo como para pensarlo un poco, ¿sabes?

—Estás loc...

—Loco. Ya lo sé. Eres encantadora, querida, pero tendremos que dejar tus opiniones sobre mi estado mental para más adelante. Ahora mismo tenemos demasiado trabajo. Escucha: tengo que llamar a Thad, pero no a su despacho. El teléfono puede estar intervenido. Él cree que no, pero la policía podría haberlo hecho sin decírselo. Tu hombre es un tipo muy ingenuo. Yo, no.

—¿Cómo puedes...?

Stark se inclinó hacia ella y habló con palabras muy lentas y claras, como hablaría un maestro a un niño de primer grado no muy inteligente.

—Déjate ya de tantas preguntas, Beth, y responde a las mías. Porque si no consigo de ti lo que necesito, quizá lo consiga de tus mellizos. Me doy cuenta de que aún no saben hablar, pero tal vez pueda enseñarles. Un pequeño estímulo consigue maravillas.

Pese al calor, Stark llevaba una chaqueta deportiva de esas que utilizan cazadores y excursionistas, con numerosos bolsillos cerrados con cremalleras. Abrió la de uno de los bolsillos laterales, donde se apreciaba el bulto de un objeto cilíndrico bajo el acolchado de poliéster. Extrajo un pequeño soplete.

—Y si no consigo enseñarles a hablar, apuesto a que logro que canten. Apuesto a que podría enseñarles a cantar como un par de ruiseñores. Aunque tal vez ese canto no te gustara, Beth.

Ella trató de apartar la vista del soplete, pero sus ojos siguieron impotentes al artilugio mientras Stark lo hacía saltar de una mano a otra. Sus ojos parecían clavados en la boquilla.

—Te diré todo lo que quieras saber —prometió, y añadió para sí: «Por ahora».

—Eres muy amable —respondió él, y devolvió el soplete al bolsillo. La chaqueta se ladeó un poco cuando lo hizo, y Liz alcanzó a ver la empuñadura de un arma corta de gran calibre—. Y muy sensata, también. Ahora, escucha, Beth. Hoy hay alguien más en el departamento de lengua. Le puedo ver igual que te veo a ti. Un hombre bajo, de cabello cano, con una pipa en la boca casi tan grande como él. ¿Quién es?

—Parece que te refieres a Rawlie de Lesseps —respondió ella con aire lóbrego. Se preguntó cómo podía saber que Rawlie estaba allí... y decidió que, en realidad, prefería seguir en la ignorancia.

—¿No puede ser nadie más?

Liz se lo pensó un instante y movió la cabeza.

—Tiene que ser Rawlie.

—¿Tienes una lista de teléfonos de la universidad?

—Hay una en la mesilla del teléfono. En el salón.

—Bien.

Antes de que Liz se diera cuenta, Stark ya la había dejado atrás. La agilidad felina y aceitosa de aquella masa de carne en descomposición casi la mareó. Stark sacó uno de los grandes cuchillos de su funda en la pared. Liz dio un respingo. Él la miró y de su garganta volvió a surgir aquella risa como el crujido de la grava.

—No te preocupes, no voy a hacerte daño. Tú eres mi buena colaboradora, ¿no? Vamos.

La mano, fuerte y desagradablemente mullida, se cerró una vez más en torno a su muñeca. Cuando Liz trató de retirarla, la presión aumentó. Dejó de resistirse de inmediato y permitió que él la condujera.

—Bien —repitió él.

La condujo al salón, la hizo sentarse en el sofá y le acarició las rodillas, agachado ante ella. Después la miró, asintió para sí y centró la atención en el teléfono. Cuando se hubo cerciorado de que no había ningún cable de alarma —lo cual era una torpeza, una verdadera torpeza—, cortó los cables que había añadido la policía: el que iba al aparato de rastreo de llamadas y el que bajaba a la grabadora instalada en el sótano.

—Sabes comportarte, y eso es muy importante —dijo Stark a la coronilla de la cabeza inclinada de Liz—. Ahora, presta atención. Voy a buscar el número de ese Rawlie de Lesseps para mantener una pequeña conversación con Thad. Mientras lo hago, tú subirás arriba y recogerás ropa y todo lo que puedan necesitar los bebés en la casa de verano. Cuando termines, despiértalos y baja con ellos.

—¿Cómo sabías que estaban...?

Stark sonrió ante su cara de sorpresa.

—¡Ah!, conozco tu horario —respondió—. Lo conozco mejor que tú misma, tal vez. Tú despiértalos, Beth, prepáralos y bájalos. Me conozco la distribución de la casa tan bien como el horario y si intentas escapar de mí, querida, lo sabré. No es preciso que los vistas, solo recoge lo que puedan necesitar y bájalos con los pañales. Ya los vestirás más tarde, cuando salgamos en nuestra feliz excursión.

—¿A Castle Rock? ¿Quieres ir a Castle Rock?

—Ajá. Pero ahora no necesitas pensar en eso. Lo único que te interesa en este momento es que si tardas más de diez minutos por mi reloj, tendré que subir a ver qué te entretiene. —La miró a los ojos. Los cristales oscuros producían el efecto de unas cuencas vacías cadavéricas bajo su frente despellejada y supurante—. Vendré con el soplete encendido y preparado para entrar en acción, ¿entendido?

—Sí... sí.

—Sobre todo, Beth, debes recordar una cosa. Si colaboras conmigo, no te pasará nada, ni a ti ni a tus hijos. —Sonrió de nuevo—. Como eres una buena madre, sospecho que esto último es aún más importante para ti. Solo quiero que te olvides de hacerme alguna jugarreta. Esos dos policías están ahí fuera, en el

asiento trasero de su coche, atrayendo a las moscas, porque han tenido la mala suerte de estar en las vías cuando llegaba mi expreso. Hay un montón de policías muertos en Nueva York que, como bien sabrás, han tenido la misma mala suerte. La mejor manera de ayudarte a ti misma y a tus hijos (y a Thad también porque, si hace lo que quiero, no le pasará nada) es seguir callada y colaborar. ¿Me has entendido?

—Sí —respondió ella con voz ronca.

—Puede que se te ocurra alguna idea. Sé que eso sucede cuando uno cree estar entre la espada y la pared. Pero si se te ocurre, olvídala inmediatamente. Debes recordar que, aunque no parezca gran cosa, tengo un oído finísimo. Si intentas abrir una ventana, lo oiré. Si tratas de hacer algo extraño, lo oiré. Créeme, Bethie, soy un hombre que puede oír a los ángeles cantando en el cielo y a los demonios gritando en lo más profundo del infierno. Eres una mujer inteligente. Creo que sabrás tomar la decisión correcta. Vamos, ponte en marcha.

Stark miraba el reloj, controlándole realmente el tiempo. Y Liz se dirigió escaleras arriba dudando de que las piernas la sostuvieran.

6

Liz oyó que Stark pronunciaba unas breves palabras en el teléfono del salón. Hubo una larga pausa y Stark se puso a hablar otra vez. Su tono de voz cambió. Liz ignoraba con quién había hablado antes de la pausa —con Rawlie de Lesseps, tal vez— pero, cuando volvió a oír su voz, tuvo casi la certeza de que al otro lado de la línea estaba Thad. No logró distinguir las palabras y no se atrevió a coger el supletorio pero, de todos modos, estaba segura de que era Thad. En cualquier caso, no tenía tiempo para escuchar a hurtadillas. Stark le había pedido que se planteara si quería verlo enfadado. Y Liz no quería.

Metió los pañales en una bolsa y guardó la ropa en una maleta. Recogió a toda prisa las cremas, polvos de talco, toallitas, imperdibles y demás objetos diversos en un bolso grande.

Abajo, la conversación había terminado. Liz se dirigía hacia los mellizos, dispuesta a despertarlos, cuando él la llamó.

—¡Beth! ¡Ya es hora!

—¡Ya bajo! —Levantó a Wendy, que rompió a llorar, soñolienta.

—Te quiero aquí ahora mismo. Espero una llamada y tú pondrás los efectos especiales.

Pero ella apenas oyó esto último. Sus ojos estaban fijos en la caja de plástico de los imperdibles colocada sobre la cómoda de los gemelos.

Al lado de la cajita había unas brillantes tijeras de costura.

Volvió a dejar a Wendy en la cuna, dirigió una rápida mirada a la puerta y se acercó a toda prisa a la cómoda. Cogió las tijeras y un par de imperdibles. Sostuvo estos entre los labios como una costurera que arreglara un vestido y se abrió la cremallera de la falda. Sujetó las tijeras en la parte interna de sus braguitas con los imperdibles y volvió a subirse la cremallera. Las tijeras y los imperdibles formaban un pequeño bulto bajo la falda. A Liz le dio la impresión de que un hombre normal no lo notaría, pero George Stark no era un hombre normal. Decidió dejarse la blusa por fuera. Mejor.

—¡Beth!

La voz parecía ahora al borde del enfado. Peor aún, la voz procedía de mitad de las escaleras y Liz no había oído el menor ruido, aunque ella habría jurado que resultaba imposible utilizar la escalera principal de aquella vieja casona sin producir todo tipo de crujidos y gemidos.

En ese preciso instante sonó el teléfono.

—¡Baja con los niños ahora mismo! —le gritó Stark, y Liz corrió a despertar a William. No tenía tiempo para hacerlo con suavidad y, como consecuencia de ello, se encontró con un bebé chillando a todo volumen bajo cada brazo cuando empezó a descender los peldaños.

Stark estaba al teléfono y Liz temió que el escándalo de los llantos aún lo pusiera más furioso. Por el contrario, pareció muy complacido... y Liz comprendió entonces que, si estaba hablando con Thad, era lógico que estuviera satisfecho. Difícilmente lo habría hecho mejor si se hubiera traído sus propios efectos especiales grabados.

«El argumento definitivo», pensó la mujer, y sintió un acceso de odio contra aquel ser putrefacto que no tenía razón de existir pero que se resistía a desaparecer.

Stark sostenía un lápiz en una mano y daba golpecitos en el borde de la mesilla del teléfono con el extremo donde llevaba incorporada la goma de borrar. Liz advirtió con cierta sorpresa que el lápiz era un Berol Black Beauty. «Uno de los lápices de Thad —pensó—. ¿Habría estado en el despacho de Thad?»

No, claro que no había estado en el despacho. Tampoco era uno de los lápices de Thad. Nunca habían sido suyos; en realidad, lo único que hacía Thad era comprarlos de vez en cuando. Los Berol Black Beauties pertenecían a Stark. Este había utilizado el que ahora tenía entre los dedos para escribir algo en letras mayúsculas en el revés del directorio de la universidad. Al acercarse, Liz pudo leer dos frases. ADIVINA DESDE DÓNDE HE LLAMADO, THAD, decía la primera. La segunda era brutalmente directa: DI ALGO Y LOS MATO.

Como para confirmar esto último, Stark estaba comentando:

—Nada en absoluto, como puedes oír. No les he tocado un solo cabello de sus cabecitas.

Se volvió hacia Liz y le guiñó un ojo. En cierto modo, aquello fue lo más horrible de todo, como si los dos fueran cómplices de todo el asunto. Stark hacía girar las gafas de sol entre el pulgar y el índice de la mano izquierda. Los globos de los ojos sobresalían del rostro como dos canicas de gran tamaño en la cara de una estatua de cera que se estuviera derritiendo.

—Todavía —añadió a continuación.

Stark escuchó la respuesta por el auricular y sonrió. Aunque su rostro no estuviera pudriéndose casi ante sus propios ojos, aquella sonrisa le habría parecido a Liz provocativa y depravada.

—¿Qué quieres de ella? —inquirió Stark con una voz casi alegre. Y fue en ese preciso instante cuando la rabia se impuso al miedo en la cabeza de Liz y esta pensó por primera vez en tía Martha y las ratas. Ojalá estuviera allí tía Martha para encargarse de despachar a aquella rata en concreto, pensó. Liz tenía las tijeras, pero eso no significaba que Stark fuera a proporcionarle la ocasión de utilizarlas. En cambio, Thad... ¡Thad conocía el doble sentido de la referencia a tía Martha! Una idea cobró forma en su mente.

7

Cuando la conversación finalizó y Stark hubo colgado, Liz le preguntó qué se proponía.

—Moverme deprisa —respondió él—. Es mi especialidad. —Alargó los brazos hacia ella y añadió—: Dame uno de los críos. No importa cuál.

Liz retrocedió al instante, encogiéndose y apretando a los bebés contra sus pechos en un movimiento reflejo. Los mellizos se habían tranquilizado pero, ante su espasmódico apretón, empezaron de nuevo a llorar y a tratar de desasirse. Stark la miró con aire paciente.

—No tengo tiempo de discutir contigo, Beth. No me obligues a convencerte con esto. —Dio unas palmaditas sobre el bulto cilíndrico del bolsillo de la chaqueta—. No voy a hacerles daño. ¿Sabes una cosa?, me resulta gracioso pensar que, de algún modo, yo también soy su padre.

—¡No digas eso! —replicó ella con un alarido. Liz se encogió todavía más, temblorosa y a punto de echar a correr.

—Domínate, mujer.

Las dos palabras fueron categóricas, átonas y mortalmente frías. Liz las encajó como si le hubieran abofeteado el rostro con una bolsa de agua fría.

—Anímate, querida. Tengo que salir para meter el coche patrulla en tu garaje y no puedo permitir que escapes corriendo por la carretera en dirección contraria mientras estoy en ello. Si tengo conmigo a uno de los bebés (como una especie de prenda, por así decirlo) no tendré que preocuparme de ello. De verdad, no quiero causaros ningún daño a ti y a los niños... y, aunque deseara lo contrario, ¿qué ganaría hiriendo a uno de los pequeños? Necesito tu colaboración y ese no sería un buen modo de obtenerla. Vamos, dame a uno de los críos ahora mismo o les haré daño a los dos. No los mataré, pero les haré daño. Daño de verdad. La culpa será tuya.

Stark alargó de nuevo los brazos. En su rostro descompuesto había un aire severo e irritado. Al verlo, Liz comprendió que no lo convencería ningún argumento, que no lo conmovería ninguna súplica. Stark ni siquiera la escucharía. Simplemente, cumpliría la amenaza.

Por fin se acercó a él. Pero cuando Stark intentó coger a Wendy, el brazo de Liz volvió a cerrarse con fuerza en torno a la pequeña, resistiéndose a que él se la llevara. Wendy se puso a sollozar con más fuerza. Liz relajó el brazo, soltando a la niña, y rompió a llorar otra vez. Clavó la mirada en los ojos de Stark y murmuró:

—Si le haces daño, te mataré.

—Sé que lo intentarías —replicó Stark con voz grave—. Guardo un gran respeto por la maternidad, Beth. Piensas que soy un monstruo y tal vez tengas razón, pero los monstruos de verdad casi nunca carecen de sentimientos. Me parece que en el fondo es eso, y no el aspecto que tienen, lo que les hace terribles. No voy a hacer ningún daño a la pequeña, Beth. Estará a salvo conmigo, mientras tú colabores.

Liz sostenía ahora a William con ambos brazos. Nunca había sentido más vacío el círculo que formaban estos. Jamás, en toda su vida, había estado tan convencida como en ese momento de haber cometido un error, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Además... ¡mira! —exclamó Stark, y en su voz hubo algo que Liz no pudo ni quiso aceptar. La ternura que le pareció captar tenía que ser fingida; debía de ser otra de sus monstruosas burlas. Sin embargo, Stark contemplaba a Wendy con una atención profunda e inquietante... y la niña había dejado de llorar y lo miraba embelesada—. La nenita no sabe el aspecto que tengo. No tiene ningún miedo, Beth. Ninguno.

Liz contempló con mudo horror cómo Stark levantaba la mano derecha. Se despojó del guante y la mujer advirtió un grueso vendaje alrededor de los nudillos, en la misma zona exacta donde Thad llevaba un vendaje similar en el dorso de la mano izquierda. Stark abrió la mano, la cerró y la abrió de nuevo. La

tensión de su mandíbula daba a entender que aquel gesto con los dedos le causaba cierto dolor, pero Stark continuó haciéndolo a pesar de todo.

«Thad hace este mismo gesto, lo hace exactamente igual, ¡oh, Dios mío, lo hace exactamente igual...!»

Wendy parecía ahora completamente calmada. Estudiaba el rostro de Stark con suma atención; sus ojitos grises y serenos estaban clavados en los azules y turbios de Stark. Desprovistos de carne en la parte inferior de las cuencas, los globos oculares de este parecían a punto de saltarle de las órbitas y quedar colgando en sus mejillas, sujetos por el nervio.

Y Wendy imitó el gesto.

Abrió la manita, la cerró, la abrió de nuevo.

Un saludo de Wendy.

Liz notó un movimiento en el brazo, bajó la vista y observó que William contemplaba a George Stark con la misma mirada gris azulada de arrobamiento. El bebé sonreía.

William abrió la manita, la cerró, la abrió de nuevo.

Un saludo de William.

—No —exclamó Liz con un gemido casi demasiado ronco para resultar audible—. ¡Oh, Dios, no! ¡Por favor, no permitas que esto esté sucediendo!

—¿Lo ves? —comentó Stark, volviendo los ojos hacia ella. En su rostro apareció una vez más aquella sonrisa sardónica que le causaba escalofríos, y lo más terrible era que Liz se daba cuenta de que el monstruo trataba de mostrarse tierno... y no podía.

»¿Lo ves? —repitió—. Les gusto, Beth. Les gusto.

8

Stark salió con Wendy al camino particular de la casa después de volverse a poner las gafas de sol. Liz corrió a la ventana y los miró angustiada. Parte de ella estaba convencida de que Stark se proponía coger el coche patrulla y largarse con la pequeña en el asiento del acompañante y los dos policías muertos en el trasero.

Sin embargo, por un momento, él no hizo nada. Se limitó a permanecer inmóvil junto a la portezuela del vehículo bajo un sol empañado por la neblina, con la cabeza gacha y el bebé acunado en los brazos. Se mantuvo paralizado en aquella postura durante un rato como si mantuviera una seria conversación con Wendy, o como si estuviera rezando, tal vez. Más tarde, cuando Liz tuvo más información, llegó a la conclusión de que había presenciado un intento de Stark para entrar en contacto de nuevo con Thad, quizá para leerle los pensamientos y

adivinar si estaba cumpliendo las órdenes o si tenía algún plan distinto.

Al cabo de unos treinta segundos en esta posición, Stark alzó la cabeza, la sacudió con un gesto enérgico como para despejarse, se acomodó tras el volante del coche y lo puso en marcha. «Las llaves estaban en el contacto —pensó Liz—. Ni siquiera ha tenido que hacerle un puente, o comoquiera que lo llamen. Ese monstruo tiene la suerte del diablo».

Stark entró el coche en el garaje y apagó el motor. Liz oyó el sonido de la portezuela al cerrarse y lo vio aparecer de nuevo; se detuvo un instante a pulsar el botón que hizo bajar la puerta del garaje con su habitual ruido sordo.

Instantes después, volvía a estar en la casa y le devolvía a Wendy.

—¿Lo ves? No le ha pasado nada. Ahora, háblame de los vecinos de al lado. Los Clark.

—¿Los Clark? —repitió ella, sintiéndose rematadamente estúpida—. ¿Qué quieres saber de ellos? Están en Europa de vacaciones.

Stark sonrió y, en cierto modo, aquello fue lo más espantoso de todo. Porque, en circunstancias más normales, su mueca habría sido una genuina sonrisa de placer, y muy cautivadora, intuyó Liz. ¿Y no despertó en ella, tal vez, un fugaz instante de atracción? ¿Un fugaz y desquiciado hálito de atracción? Era una locura, desde luego, pero ¿significaba eso que pudiera negarlo? A Liz le pareció que no, e incluso comprendió la posible razón. Al fin y al cabo, estaba casada con el pariente más cercano de aquel ser.

—¡Espléndido! —exclamó él—. ¡No podría ser mejor! ¿Tienen coche?

Wendy empezó a llorar. Liz la miró y vio a su hija vuelta hacia el monstruo de la cara putrefacta y los ojos saltones como dos grandes canicas.

La niña tenía los bracitos, rechonchos y deliciosos, extendidos hacia él; no lloraba porque le tuviera miedo, sino porque quería volver con él.

—¡Qué encanto! —murmuró Stark—. Quiere volver con papá.

—¡No digas eso, monstruo! —le escupió Liz.

George Stark echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

9

Le dio a Liz cinco minutos para recoger algunas cosas más para ella y los gemelos. Ella le dijo que en ese tiempo le resultaría imposible juntar la mitad de lo que necesitarían los bebés; Stark replicó que hiciera lo que pudiese.

—Tienes suerte de que te haya dado todo este tiempo de propina, Beth, dadas las circunstancias: hay dos policías muertos en el garaje y tu marido está al corriente de lo que sucede. Si prefieres pasarte esos cinco minutos discutiendo

conmigo, es asunto tuyo. Ahora te quedan... —Consultó el reloj y dirigió una sonrisa a Liz—: cuatro y medio.

Así pues, Liz hizo lo que pudo, deteniéndose solo un instante a echar un vistazo a los gemelos mientras metía unos tarros de alimentos infantiles en una bolsa de la compra. Los bebés estaban sentados en el suelo el uno junto al otro, dedicados a una especie de juego de las palmadas y contemplando a Stark. Liz tuvo un miedo espantoso de saber en qué estaban pensando sus hijos.

«¡Qué encanto!»

No. No quería pensar en eso. No quería, pero era lo único que tenía en la cabeza: Wendy, llorando y extendiendo sus bracitos rechonchos. Extendiéndolos hacia el mortífero desconocido.

«Quiere volver con papá».

Stark estaba plantado en el quicio de la puerta de la cocina, observando a Liz con una sonrisa, y ella deseó clavarle las tijeras en aquel mismo instante. Nunca en su vida había deseado algo con tal intensidad.

—¿No puedes echarme una mano? —le dijo de malos modos, señalando las dos bolsas y la nevera portátil que había llenado.

—Faltaba más, Beth —respondió él mientras cogía uno de los bultos. La otra mano, la izquierda, la mantuvo libre.

10

Atravesaron el césped lateral, cruzaron el pequeño sembrado de flores entre las dos fincas y continuaron por el terreno de los Clark hasta el camino particular de la casa. Stark insistió en que se diera prisa y Liz llegó jadeando ante la puerta cerrada del garaje. Él se había ofrecido a llevar a uno de los gemelos, pero ella se había negado.

Stark dejó la nevera, sacó el billetero del bolsillo trasero del pantalón, extrajo una espadilla metálica de punta afilada y la introdujo en la cerradura del garaje. Giró la herramienta primero hacia la derecha y luego hacia el otro lado, aguzando el oído. Se escuchó un clic y Stark sonrió.

—Estupendo. Incluso las cerraduras de juguete de las puertas como esta pueden resultar un engorro. Tienen muelles muy grandes, difíciles de hacer saltar. Pero esta los tiene más cansados que el coño de una puta vieja al amanecer.

Movió el tirador y empujó. La puerta se abrió hacia arriba con un ruido sordo.

El garaje estaba más caliente que un henil, y en el interior de la furgoneta Volvo de los Clark la sensación de agobio era aún peor. Stark se agachó bajo el salpicadero, ofreciendo la nuca a Liz mientras esta ocupaba el asiento del

acompañante. La mujer notó un cosquilleo en los dedos. Solo le llevaría un segundo sacar las tijeras, pero incluso ese instante resultaría demasiado largo. Liz había visto la rapidez con que reaccionaba ante lo imprevisto. En realidad, no le sorprendía que tuviera los reflejos de una fiera salvaje, pues ¿qué otra cosa era George?

Stark sacó a tirones un puñado de cables de debajo del salpicadero y luego extrajo una navaja barbera ensangrentada del bolsillo delantero del pantalón. Un leve escalofrío recorrió a Liz, que tuvo que tragar saliva dos veces, deprisa, para dominar una náusea espontánea. Él abrió la navaja, se agachó otra vez, peló dos de los cables y los acercó hasta que hicieron contacto. Saltó una chispa azul plateada y el motor empezó a carraspear. Un momento después, el coche estaba en marcha.

—¡Magnífico! —se jactó Stark—. Vamos allá, ¿qué decís vosotros?

Los gemelos rieron al unísono y agitaron las manitas hacia él. Stark correspondió alegremente a su gesto. Mientras sacaba el coche del garaje marcha atrás, Liz deslizó con sigilo los dedos detrás de Wendy, a quien tenía sentada en el regazo, y tocó los aros metálicos de las tijeras. No era el momento, pero pronto llegaría. No tenía intención de esperar a Thad. Estaba demasiado inquieta por lo que aquella oscura criatura pudiera decidir hacer a los gemelos mientras tanto.

O a ella.

Cuando viera a Stark lo bastante distraído, se proponía sacar las tijeras del escondite y hundírselas en la garganta.

TERCERA PARTE

LA LLEGADA DE LOS PSICOPOMPOS

—Los poetas hablan del amor —dijo Máquina, pasando la navaja barbera una y otra vez por el suavizador de cuero con un ritmo constante, hipnótico—, y eso está bien. El amor existe. Los políticos hablan del deber y eso también está bien. El deber existe. Eric Hoffer habla del postmodernismo, Hugh Hefner habla de sexo, Hunter Thompson habla de drogas y Jimmy Swaggart habla de Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra. Todas esas cosas existen y están muy bien. ¿Entiendes a qué me refiero, Jack?

—Sí, supongo que sí —dijo Jack Rangely. En realidad no lo sabía, no tenía la más remota idea, pero cuando Máquina estaba de aquel humor, solo un chiflado discutiría con él.

Máquina dirigió el filo de la navaja barbera hacia abajo y, de un golpe, segó en dos el suavizador. Un largo fragmento de este cayó al suelo de la sala de billares como una lengua cortada.

—Pero de lo que estoy hablando es de la muerte —añadió—. Porque, al final, lo único que cuenta es la muerte.

GEORGE STARK,
Camino de Babilonia

VEINTIDÓS

THAD, FUGITIVO

1

«Imagina que es un libro que estás escribiendo —pensó mientras doblaba a la izquierda para tomar College Avenue, dejando atrás el campus—. E imagina que eres un personaje de ese libro».

Fue una idea mágica. Había sido presa de un pánico superlativo, una especie de huracán mental en el cual los fragmentos de un posible plan giraban como retazos de paisaje arrancados del suelo, pero cuando se le ocurrió la idea de que podía imaginar que todo era una inocua fantasía, de que podía moverse (y no solo él mismo, sino que también podía mover a los demás personajes de la historia, personajes como Harrison y Manchester, por ejemplo) al igual que movía a los protagonistas en el papel, en la seguridad de su despacho con las luces brillantes colgando del techo y una lata de Pepsi fría o una taza de té caliente al lado... cuando se le ocurrió aquella idea fue como si el viento que aullaba en sus oídos amainara de improviso. Con el extraño torbellino desapareció todo lo ajeno a la situación y se encontró rodeado de piezas sueltas de un plan, que consiguió ir encajando con bastante facilidad. Descubrió que tenía algo que incluso podía funcionar.

«Será mejor que funcione —pensó—. Si no resulta, tú seguirás bajo custodia policial y Liz y los niños acabarán muertos con toda seguridad».

Pero ¿qué significaban los gorrones? ¿Dónde encajaban?

No lo sabía. Rawlie le había dicho que eran psicopompos, heraldos de los muertos vivientes, y aquello tenía sentido, ¿no? Sí, lo tenía. Al menos, hasta cierto punto. Porque el astuto de George estaba vivo otra vez, pero también estaba muerto, muerto y comido por los gusanos. De modo que los gorrones encajaban... pero no del todo. Si los gorrones habían guiado a George en su

regreso de...

(«del reino de los muertos»)

... dondequiera que hubiera estado, ¿por qué George no sabía nada de ellos? ¿Por qué no recordaba haber escrito con sangre aquella frase, LOS GORRIONES VUELVEN A VOLAR, en las paredes de dos apartamentos?

—Porque la escribí yo —murmuró Thad, y recordó las frases que había escrito en el diario, sentado en el estudio al borde del trance.

«Pregunta: ¿Esos pájaros son cosa mía?

»Respuesta: Sí.

»Pregunta: ¿Quién escribió esas palabras sobre los gorriones?

»Respuesta: El que sabe... Yo soy el que sé. Yo soy el dueño».

De pronto, todas las respuestas palpitaron casi al alcance de su mano. Todas las respuestas terribles e inconcebibles. Thad oyó un sonido prolongado y tembloroso que emergía de su propia boca. Era un gemido.

«Pregunta: ¿Quién devolvió a la vida a George Stark?

»Respuesta: El dueño. El que sabe».

—¡No quería hacerlo! —gritó.

Pero ¿era cierto? ¿Lo era de verdad? ¿Acaso no había existido siempre una parte de él enamorada de la naturaleza simple y violenta de George Stark? ¿No existía una parte de él que siempre había admirado a George, un tipo que no tropezaba con las cosas ni trastabillaba, un hombre que nunca parecía débil o estúpido, un ser que nunca temería a los demonios encerrados en el mueble bar? Un hombre sin mujer e hijos en quienes pensar, sin amores que lo ataran o le hicieran aflojar el paso. Un hombre que nunca había tenido que leer con dificultad un pésimo examen ni había tenido que angustiarse ante una reunión del comité de presupuestos. Un hombre que tenía una respuesta directa y cortante a todas las preguntas difíciles de la vida.

Un hombre que no temía a la oscuridad porque era el dueño de las tinieblas.

—¡Sí, pero es un cerdo! —gritó Thad en el caluroso interior de su sensato automóvil con tracción en las cuatro ruedas, de fabricación nacional.

«Exacto; y una parte de ti encuentra eso muy atractivo, ¿verdad?»

Quizá él, Thad Beaumont, no había creado en realidad a George... pero ¿no era posible que una parte de él, por añoranza, hubiera permitido que Stark fuera recreado?

«Pregunta: Si soy el dueño de los gorriones, ¿puedo usarlos?»

No le llegó ninguna respuesta. Quería llegar; Thad notaba que estaba a punto de hacerlo. Pero se quedó flotando casi en la punta de sus dedos y Thad se descubrió de pronto temiendo que él mismo —la parte de él que admiraba a Stark — la mantuviera fuera de su alcance.

La parte de él que no deseaba la muerte de George.

«Yo soy quien sabe. Soy el dueño. Soy el portador».

Thad se detuvo en el semáforo y pronto estuvo en la carretera 2, dejando atrás la ciudad en dirección a Bangor y, después, Ludlow.

Rawlie formaba parte de su plan; una parte que, al menos, tenía clara. Pero ¿qué haría si conseguía sacarse de encima a los policías que llevaba detrás y luego resultaba que Rawlie ya había dejado el despacho?

Thad no lo sabía.

«Ya me ocuparé de ello cuando llegue el momento».

E iba a llegar muy pronto.

Estaba dejando atrás Gold's, a la derecha. Gold's era un edificio alargado, tubular, construido con secciones de aluminio prefabricadas. Estaba pintado en un tono acuoso especialmente ofensivo y rodeado por una extensión de cuatro hectáreas de coches para desguace, cuyos parabrisas brillaban bajo la luz caliginosa del sol, formando una galaxia de estrellas blancas. Era sábado al mediodía; pasaban casi veinte minutos de las doce. Liz y su tenebroso raptor debían de estar camino de Castle Rock. Aunque habría un par de empleados vendiendo piezas a mecánicos en servicio el fin de semana en el edificio prefabricado donde Gold's tenía su negocio al por menor, Thad estaba razonablemente seguro de que el depósito de coches en sí estaría desierto. Con casi veinte mil coches en diversos estados de descomposición ordenados toscamente en decenas de filas zigzagueantes, debería de ser capaz de ocultar el Suburban, y era preciso que lo hiciera. De capó alto y cuadrado, gris y con los laterales rojo brillante, llamaba la atención más que una herida en el pulgar.

MARCHA LENTA ZONA ESCOLAR, indicaba la siguiente señal. Thad notó que un hierro al rojo le revolvía las entrañas.

Aquel era el lugar.

Miró por el retrovisor y vio el Plymouth a dos coches de distancia. No era lo que hubiese deseado, pero probablemente era su mejor oportunidad. En cuanto al resto, tendría que depender de la suerte y de la sorpresa. Los policías no esperaban que intentara huir; ¿por qué iba a hacer una cosa así? Por un instante, se le ocurrió no hacerlo. ¿Y si, por el contrario, se detenía y, cuando los agentes frenaran detrás de él y Harrison bajara a preguntarle qué sucedía, le respondía: «Muchas cosas. Stark ha raptado a mi familia. ¿Sabe, agente?, los gorrones todavía están volando»?

«Thad, dice que ha matado a los dos hombres que vigilaban la casa. No sé cómo lo ha hecho, pero lo dice y yo... yo lo creo».

Thad también lo creía. Aquello era lo peor. Por eso no podía detenerse sin más y pedir ayuda. Si intentaba algo raro, Stark lo sabría. Dudaba de que Stark pudiera

leerle los pensamientos, al menos como lo hacían los extraterrestres en los tebeos y en las películas de ciencia ficción, pero sí podía «sintonizar» su mente y hacerse una idea bastante exacta de lo que se proponía. Tal vez pudiera prepararle una pequeña sorpresa a George —siempre, claro está, que consiguiera clarificar su idea sobre los condenados gorriones— pero de momento se proponía seguir el guión al pie de la letra.

Es decir, si podía.

Aquí estaba el cruce de la escuela y el *stop* en las cuatro direcciones. Como siempre, estaba muy concurrido; durante años se habían producido accidentes en aquel cruce, la mayoría causados por conductores que, simplemente, no asimilaban la idea de un *stop* para las cuatro direcciones en la que todo el mundo esperaba su turno y, en lugar de ello, cruzaban según venían. A cada accidente seguía un tropel de cartas —la mayoría de ellas firmada por padres preocupados— exigiendo que el ayuntamiento pusiera un semáforo en el cruce, y a las cartas seguía una declaración de los administradores municipales de Veazie afirmando que la cuestión del semáforo «estaba en estudio», tras lo cual el tema quedaba simplemente olvidado hasta el siguiente accidente.

Thad se sumó a la fila de coches que esperaban para cruzar en dirección sur, echó un nuevo vistazo para comprobar que el Plymouth marrón seguía dos coches por detrás y observó el movimiento de «pase usted primero no faltaría más» que se desarrollaba en el cruce. Vio un coche lleno de mujeres mayores de cabello azulado que casi chocaba con una pareja joven en un Datsun Z, vio a la chica del Z lanzar un gesto obsceno a las mujeres y advirtió que le tocaría cruzar de norte a sur justo antes de que un largo camión cisterna de las Granjas Grant cruzara en dirección este-oeste. Thad vio en ello una oportunidad de oro.

El coche que tenía delante cruzó y Thad tuvo el camino despejado. El hierro al rojo volvió a hurgar en su vientre. Consultó el retrovisor por última vez. Harrison y Manchester seguían dos coches más atrás.

Un par de vehículos cruzaron delante de él. A su izquierda, el camión cisterna de la leche se colocó en posición. Thad respiró hondo e hizo entrar el Suburban en la intersección con toda parsimonia. Un camión articulado, en dirección norte hacia Orono, pasó ante él por el otro carril.

Al llegar al otro lado, le atenazó el impulso casi irresistible —la imperiosa necesidad— de hundir el pedal a fondo y acelerar el Suburban carretera adelante. Sin embargo, continuó avanzando a unos tranquilos veinticinco kilómetros por hora, cumpliendo estrictamente la ley en una zona escolar, con los ojos fijos en el espejo retrovisor. El Plymouth esperaba todavía el turno para cruzar, dos coches más atrás en la fila.

«¡Eh, camión de la leche! —pensó concentrado, volcando toda la mente en

ello, como si pudiera obligarlo a moverse por la mera fuerza de la voluntad... igual que dominaba situaciones y personajes en las novelas—. ¡Camión de la leche, ven ahora!»

Y el vehículo le hizo caso y avanzó, ocupando el cruce con parsimonia, plateado y solemne, como una digna dama mecánica.

Cuando el camión cisterna ocultó el Plymouth marrón oscuro en el retrovisor, Thad pisó a fondo por fin el acelerador del Suburban.

2

Medio bloque más allá había un desvío a la derecha. Thad lo enfiló y aceleró un corto tramo de calle a setenta, rezando para que a ningún niño se le ocurriera cruzar corriendo el asfalto detrás de una pelota.

Pasó un mal momento cuando le pareció que la calle era un callejón sin salida, pero enseguida vio que, al fondo, podría dar un nuevo giro a la derecha por una bocacalle que ocultaba en parte un tupido seto perteneciente a la casa de la esquina.

Apenas redujo la velocidad cuando llegó al cruce en forma de T y dio un golpe de volante hacia la derecha que provocó un leve chirrido de los neumáticos. Ciento setenta metros más allá, dobló otra vez a la derecha y retrocedió por aquella calle hasta el cruce con la carretera 2. Había vuelto a la calle principal unos cuatrocientos metros al norte del *stop*. Si el camión de la leche había ocultado a los policías su primer giro a la derecha, como esperaba, el Plymouth marrón aún debía de dirigirse al sur por la carretera. Tal vez ni siquiera se hubieran enterado todavía de que algo andaba mal... aunque Thad dudaba mucho que Harrison fuera tonto. Manchester, quizá, pero Harrison, no.

Dobló a la izquierda, colándose entre los coches por un resquicio tan estrecho que el conductor de un Ford que venía por el carril en dirección sur tuvo que pisar el freno. El tipo del Ford levantó el puño hacia Thad y este pasó ante su parachoques y desanduvo el camino hacia el depósito de coches, pisando de nuevo a fondo el pedal del acelerador. Si algún policía lo veía por casualidad, no ya saltándose los límites de velocidad, sino tratando aparentemente de volar por encima de ellos, mala suerte. No tenía tiempo para entretenerse. Tenía que sacar de la carretera lo antes posible aquel vehículo, demasiado grande y aparatoso.

Había casi un kilómetro hasta el cementerio de coches. Thad condujo la mayor parte de la distancia con los ojos puestos en el retrovisor, buscando el Plymouth. Cuando giró a la izquierda para entrar en Gold's, sus seguidores continuaban sin aparecer por ninguna parte.

Hizo avanzar el Suburban a marcha lenta por una verja abierta en la valla metálica. Un rótulo de letras rojas descoloridas sobre un fondo blanco mugriento decía: ENTRADA AUTORIZADA SOLO A EMPLEADOS. Un día entre semana lo habrían visto enseguida y lo habrían obligado a volver atrás, pero era sábado y, además, los pocos empleados estaban en plena hora del almuerzo.

Thad avanzó por un callejón entre dos muros de coches para desguace amontonados en dos y hasta tres pisos. Los de abajo habían perdido su forma básica y parecían estar fundiéndose poco a poco con el suelo. La tierra estaba tan negra de aceite que cualquiera habría creído imposible que creciera algo en ella, pero unos girasoles enormes que asentían en silencio y unas lozanas malezas surgían en pequeñas matas como supervivientes de un holocausto nuclear. Un gran girasol había crecido a través del parabrisas roto de una furgoneta con rótulos de una panadería, volcada con las ruedas al aire como un perro muerto. El tallo verde y velludo se había enroscado como un puño cerrado en torno al eje del volante y un segundo puño agarraba el adorno del capó del viejo Cadillac que yacía sobre la furgoneta. El girasol parecía mirar a Thad como el ojo negro y amarillo de un monstruo muerto.

El lugar era una gran y silenciosa necrópolis que le produjo una sensación repulsiva.

Dobló a la derecha y luego a la izquierda. De pronto, vio gorriones por todas partes, posados sobre los capós y los maleteros y los grasientos motores amputados. Vio un trío de aquellos pájaros tomando un baño en un tapacubos lleno de agua. Al acercarse a ellos, no echaban a volar, sino que dejaban lo que estaban haciendo y lo observaban con sus ojillos negros como cuentas. Varios gorriones se alineaban en lo alto de un parabrisas apoyado contra el lateral de un viejo Plymouth. Thad pasó a tres palmos de ellos y los pájaros batieron las alas con nerviosismo, pero no abandonaron sus posiciones.

«Los heraldos de los muertos vivientes», pensó. Se llevó la mano a la cicatriz blanca de la frente y se la frotó con gesto nervioso.

Cuando pasó ante un Datsun, advirtió un agujero en el parabrisas que parecía producido por un meteorito; al fijarse mejor, observó un gran charco de sangre seca en el salpicadero.

«No fue ningún meteorito lo que produjo este agujero», pensó, y el estómago se le revolvió lentamente con una sensación de náusea.

Una congregación de gorriones ocupaba el asiento delantero del Datsun.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó con voz ronca—. En el nombre de Dios, ¿qué queréis?

Y en su mente le pareció escuchar una especie de respuesta; en su mente creyó oír la voz única y chillona de su inteligencia de pájaros: «No, Thad... ¿Qué

quieres tú de nosotros? Tú eres el dueño. Tú eres quien nos trae. Tú eres quien sabe».

—Yo no tengo ni puta idea —murmuró.

Al fondo de aquella fila de coches había un hueco delante de un Cutlass Supreme último modelo al que alguien había amputado toda la parte frontal. Introdujo el Suburban en el hueco marcha atrás y se apeó. Tras una mirada a un lado y otro del estrecho pasadizo, Thad se sintió casi como una rata en un laberinto. El lugar olía a aceite y a aquel otro aroma más intenso, más rancio, del líquido de la transmisión. No se oía más ruido que el lejano ronroneo de los coches en la carretera 2. Los gorriones lo observaban desde todas partes, en una silenciosa convocatoria de pequeñas aves de color pardo negruzco.

Entonces, de pronto, todos ellos remontaron el vuelo al unísono. Cientos de ellos, mil tal vez. Por un instante, el batir de las alas ensordeció el aire. Los gorriones cruzaron el cielo en una bandada y luego se desviaron hacia el oeste, dirección Castle Rock. De improviso, empezó a experimentar de nuevo aquella sensación de hormigueo; no tanto en la piel como debajo de ella.

«¿Qué, George, tratando de echar una miradita?»

Thad empezó a cantar para sus adentros una canción de Bob Dylan: «John Wesley Harding... era amigo de los pobres... viajaba con un arma en cada mano...».

La sensación de hormigueo, de escozor, pareció incrementarse hasta encontrar la herida de su mano zurda, donde se concentró. Podía equivocarse por completo, podía ser producto de su imaginación, pero a Thad le pareció percibir una oleada de rabia y de frustración.

«Por toda la línea del telégrafo... su nombre se hizo famoso...», continuó cantando para sí. Delante de él, tirada en el suelo aceitoso como el resto retorcido de una estatua de acero que nadie hubiera querido erigir, había una oxidada barra de soporte de motor. Thad la cogió y volvió al Suburban, sin dejar de cantar fragmentos de «John Wesley Harding» y recordando al mismo tiempo al mapache que había bautizado con aquel nombre. Si lograba camuflar el Suburban a base de unos cuantos golpes, si podía conseguir aunque solo fueran un par de horas de ventaja, tal vez ese plazo significara la vida o la muerte para Liz y los niños.

«Por todo el país... lo siento, muchacho, esto me duele más a mí que a ti... abrió muchas puertas...» Descargó la barra de metal sobre el lado del volante del Suburban, donde dejó una abolladura del tamaño de una jofaina. Alzó de nuevo la barra del soporte del motor, dio unos pasos hasta la parte delantera del coche y golpeó la rejilla con fuerza suficiente como para dislocarse el hombro. El plástico se astilló y salió disparado. Thad abrió el capó y lo levantó un poco, dando al Suburban la sonrisa de un cocodrilo muerto que parecía ser la versión de la *haute*

couture automotriz de más éxito en Gold's.

«... pero nunca se supo que causara daño a un hombre honrado...»

Levantó una vez más la barra y al hacerlo observó que la venda de la mano herida volvía a mancharse de sangre fresca. De momento, no podía hacer nada al respecto.

«... con su chica junto a él, se estableció...»

Finalmente, arrojó la barra contra el parabrisas; por absurdo que resultara, el apagado crujido del cristal le encogió el corazón. Tras esto, consideró que el Suburban ya guardaba suficiente parecido con los otros coches como para pasar una inspección.

Thad echó a andar por el estrecho pasillo. Dobló a la derecha en la primera intersección, dirigiéndose hacia la verja y la tienda de recambios sueltos. Al entrar había visto un teléfono público en la pared, junto a la puerta. A medio camino, se detuvo y dejó de cantar. Ladeó la cabeza con el gesto de quien trata de captar un sonido lejano y débil. Pero en realidad estaba escuchando su propio cuerpo, lo revisaba cuidadosamente.

El escozor había cesado.

Los gorriones se habían marchado, y también George Stark, al menos de momento.

Con una tenue sonrisa, Thad continuó su avance, apresurando el paso.

3

A la segunda llamada del teléfono, Thad empezó a sudar. Si Rawlie estaba aún allí, ya debería haber descolgado el auricular. Los despachos del profesorado en el edificio de lengua y matemáticas no eran muy grandes. ¿A quién más podía llamar? ¿A quién más podía recurrir? No se le ocurrió nadie.

Cuando ya sonaba el tercer zumbido, Rawlie cogió el aparato.

—¿Diga? De Lesseps.

Thad cerró los ojos al escuchar aquella voz ronca de fumador y se apoyó unos momentos en la fría pared metálica de la tienda de recambios.

—¿Diga?

—Hola, Rawlie. Soy Thad.

—Hola, Thad. —Rawlie no parecía demasiado sorprendido de oírle—. ¿Has olvidado algo?

—No. Tengo problemas, Rawlie.

—Sí. —Solo eso. Y no era una pregunta. Rawlie pronunció el monosílabo y se limitó a esperar.

—¿Recuerdas a esos dos... —Thad titubeó por un instante—... a esos dos tipos que venían conmigo?

—Sí —respondió Rawlie con voz pausada—. La escolta policial.

—Los he despistado —dijo Thad y, de inmediato, echó un rápido vistazo por encima del hombro al oír un coche que entraba en la zona de tierra apisonada que servía de aparcamiento a los clientes de Gold's. Por un segundo estuvo convencido de que era el Plymouth marrón que llegó a verlo; pero se trataba de algún coche importado, lo que había tomado por marrón era un rojo intenso empañado por el barro y el conductor solo estaba cambiando de sentido—. Al menos, espero haberlos despistado.

Hizo una pausa. Había llegado al punto en que debía tomar una decisión y no tenía tiempo para vacilaciones. Si se paraba a pensarlo un poco, en realidad tampoco era una decisión. Porque Thad no tenía alternativa.

—Necesito ayuda, Rawlie. Necesito un coche que la policía no conozca.

Rawlie permaneció callado.

—Me has dicho que si podías hacer algo por mí, te lo pidiera.

—Sé muy bien lo que te he dicho —replicó Rawlie con voz pausada—. También recuerdo haberte dicho que si esos dos hombres te seguían para protegerte, sería mejor que colaboraras con ellos al máximo. —Hizo una pausa y añadió—: Por lo visto has decidido no seguir mi consejo.

Thad estuvo muy cerca de decirle: «No podía, Rawlie. El hombre que tiene a mi esposa y a mis hijos los hubiera matado a ellos también». No era que no se atreviera a contar a Rawlie lo que estaba sucediendo, que pensara que Rawlie lo tomaría por un chiflado si se lo contaba; los profesores universitarios tienen criterios mucho más flexibles sobre el tema de la locura que la mayoría de la gente y, a veces, no tienen ningún criterio en absoluto y prefieren catalogar a la gente en sosa (pero cuerda), bastante excéntrica (pero cuerda) y muy excéntrica (pero perfectamente cuerda también, cómo no). Mantuvo la boca cerrada porque Rawlie de Lesseps era un hombre que se guiaba siempre por sus propias normas y, probablemente, nada de cuanto Thad le dijera podría convencerlo; al contrario, cualquier cosa que saliera de su boca solo actuaría en su detrimento. Con todo, guiado por sus propias normas o no, De Lesseps tenía buen corazón y, a su modo, era un hombre valiente. Además, Thad estaba seguro de que Rawlie estaba más que medianamente interesado en averiguar qué le sucedía, a qué venía aquella escolta policial y su extraña pregunta acerca de los gorriones. Por último, simplemente, Thad pensó —o tan solo deseó— que lo más conveniente para él era guardar silencio.

Sin embargo, la espera se hizo difícil.

—Bien, está bien —respondió Rawlie por fin—. Te prestaré mi coche.

Thad cerró los ojos y tuvo que afirmar las rodillas para que no le fallaran. Se pasó la mano por el cuello debajo de la barbilla y la retiró impregnada en sudor.

—Aunque espero que tengas el detalle de hacerte cargo de las reparaciones si me lo devuelves... herido —añadió Rawlie—. Si eres un fugitivo de la justicia, dudo mucho que la compañía de seguros accediera a pagarlas.

¿Fugitivo de la justicia? ¿Porque se había escabullido de la vigilancia de unos policías que no tenían forma de protegerlo? Thad no sabía si aquello lo convertía en fugitivo. Era una cuestión interesante, pero tendría que estudiarla en otro momento. Cuando no estuviera medio desquiciado de angustia y de miedo.

—Cuenta con ello —respondió.

—Te pongo otra condición más —añadió Rawlie.

Thad volvió a cerrar los ojos, esta vez de frustración.

—¿De qué se trata?

—Cuando el asunto termine, quiero que me lo cuentes todo. Quiero saber por qué estás interesado en las supersticiones populares sobre los gorrones y por qué has empalidecido cuando te he contado qué son los psicopompos y cuál es su supuesta tarea.

—¿Me he puesto pálido?

—Como una hoja de papel.

—Está bien, te contaré toda la historia —prometió Thad y, con una ligera sonrisa, añadió—: Tal vez incluso creerás parte de lo que oigas.

—¿Dónde estás? —preguntó Rawlie.

Thad se lo indicó, y le pidió que acudiera lo antes posible.

4

Colgó el teléfono, volvió a cruzar la verja metálica del cementerio de coches y tomó asiento en el ancho parachoques de un autobús escolar que, por alguna razón, había quedado partido por la mitad. Si tenía que esperar, aquel era un buen lugar para hacerlo. Quedaba oculto a los coches que pasaban por la carretera, pero con solo inclinarse hacia delante divisaba la zona del aparcamiento de tierra apisonada junto a la tienda de recambios. Echó una mirada alrededor por si avistaba algún gorrión, pero no vio ninguno; solo un cuervo grande y gordo que picoteaba indiferente unos relucientes fragmentos de cromados en uno de los pasillos que se abrían entre los coches destrozados. El pensamiento de que apenas hacía media hora que había terminado su segunda conversación con George Stark le produjo una sensación de irrealidad. Le parecía que habían transcurrido horas desde la llamada. A pesar del intenso estado de excitación en que se encontraba,

se sentía soñoliento, como si fuera la hora de acostarse.

La comezón, el hormigueo bajo la piel, empezó a invadirlo de nuevo unos quince minutos después de la conversación con Rawlie. Volvió a cantar los fragmentos de *John Wesley Harding* que recordaba y, al cabo de un par de minutos, la sensación desapareció.

«Quizá sea psicósomática», pensó, pero sabía muy bien que tal idea era una tontería. George provocaba aquella sensación al tratar de abrirse paso hasta su mente y, cuanto más consciente era Thad de ello, más sensible a esos intentos se hacía. Thad imaginó que aquel recurso también funcionaría a la inversa y dio por sentado que, tarde o temprano, debería intentarlo. Pero ello significaría invocar a los pájaros y eso era algo que Thad no deseaba en absoluto. También había algo más: la última vez que había intentado asomarse a la mente de George Stark, había terminado con un lápiz clavado en la mano.

Los minutos transcurrieron con dolorosa lentitud. Al cabo de veinticinco, Thad empezó a temer que Rawlie hubiera cambiado de idea y no acudiera. Dejó el parachoques del autobús desmembrado y se acercó a la verja entre el cementerio de coches y la zona de aparcamiento, sin preocuparse de quién pudiera verlo desde la carretera.

Empezó a especular con la posibilidad de hacer autoestop, pero antes decidió llamar de nuevo al despacho de Rawlie. Ya estaba a medio camino del edificio prefabricado de las piezas de recambio cuando un polvoriento Volkswagen escarabajo entró en el aparcamiento. Thad lo reconoció al instante y echó a correr, pensando con ironía en la preocupación de Rawlie por el seguro del coche. Thad consideró que bastaría con una caja de envases de agua mineral retornables para cubrir los daños de un siniestro total del viejo trasto.

Rawlie detuvo el Volkswagen al extremo del edificio y se apeó. Thad se sorprendió un poco al ver que tenía la pipa encendida por donde salían grandes nubes de lo que en una habitación cerrada se habría considerado un humo extremadamente ofensivo.

—No deberías fumar, Rawlie —fue lo primero que se le ocurrió.

—Y tú no deberías huir —replicó Rawlie con voz grave.

Se miraron durante un instante y, acto seguido, estallaron en una carcajada de sorpresa.

—¿Cómo volverás a casa? —se interesó Thad. Ahora que había llegado a aquel punto, ahora que iba a introducirse en el coche de Rawlie y tomar el largo y sinuoso camino hacia Castle Rock, parecía que su conversación había quedado reducida a cuatro tópicos.

—Llamaré un taxi, supongo —respondió Rawlie. Echó un vistazo a las colinas y valles relucientes de coches para chatarra—. Imagino que deben de

acudir aquí con frecuencia para recoger a tipos que se reincorporan al mundo de los peatones.

—Permite que te dé cinco dólares...

Thad se sacó el billetero del bolsillo trasero, pero Rawlie lo impidió con un gesto.

—Estoy forrado, para ser un profesor de lengua en período estival —dijo—. ¡Vamos, si debo llevar encima más de cuarenta dólares! Me extraña que Billie me deje andar por ahí sin un buen guardaespaldas. —Dio una bocanada a la pipa con fruición, se la quitó de los labios y sonrió a Thad—. Pero no temas, Thad, le pediré un recibo al taxista y te lo presentaré en el debido momento.

—Empezaba a creer que no vendrías.

—Me he detenido un momento en una tienda —explicó Rawlie—. He encontrado un par de cosas que tal vez te interesen.

Se sentó de nuevo en el escarabajo, que se hundió visiblemente del lado izquierdo; debía de tener un amortiguador roto o a punto de romperse. Tras unos momentos rebuscando, murmurando por lo bajo y expulsando nuevas nubes de humo, sacó una bolsa de papel y se la entregó a Thad. Dentro había unas gafas de sol y una gorra de béisbol de los Red Sox de Boston que le ocultaría el cabello perfectamente. Thad miró a Rawlie, absurdamente emocionado.

—Gracias, Rawlie.

Este hizo un gesto con la mano y le dirigió una sonrisilla taimada y socarrona.

—Tal vez sea yo quien deba dártelas a ti. Llevo diez meses buscando una excusa para llenar otra vez esta vieja apestosa. Me han pasado cosas: el divorcio de mi hijo pequeño, la noche que perdí cincuenta dólares al póquer en casa de Tom Carroll... Pero nada parecía lo bastante... apocalíptico.

—Exacto, esto es apocalíptico —afirmó Thad, y un leve escalofrío le recorrió la espalda. Miró el reloj. Era casi la una. Stark le llevaba al menos una hora de ventaja, tal vez más—. Tengo que irme, Rawlie.

—Sí. Es urgente, ¿verdad?

—Me temo que sí.

—Tengo algo más... lo he guardado en el bolsillo de la chaqueta para no perderlo. Esto no lo traigo de la tienda. Lo he encontrado en mi escritorio.

Rawlie empezó a registrar metódicamente los bolsillos de la vieja americana a cuadros que llevaba tanto en invierno como en verano.

—Si se enciende el piloto del aceite, párate en cualquier sitio y ponle una lata de Sapphire —comentó, sin dejar de buscar—. Es ese que fabrican con residuos reciclados. ¡Ah, aquí lo tengo! —exclamó finalmente—. Ya pensaba que al final la había olvidado en el despacho.

Sacó del bolsillo un objeto tubular de madera tallada. Medía, más o menos, lo

que el dedo índice de Thad y estaba hueco. En uno de los extremos había un orificio. Parecía un objeto antiguo.

—¿Qué es? —preguntó Thad, cogiéndolo cuando Rawlie se lo ofreció. Pero ya lo sabía y notó cómo encajaba otra pieza de aquel rompecabezas impensable que estaba completando.

—Es un reclamo para pájaros —respondió Rawlie, observándolo por encima de la cazoleta incandescente de la pipa—. Si crees que puede serte útil, quiero que te lo quedes.

—Gracias —dijo Thad, y guardó el reclamo en el bolsillo de la cartera con una mano algo temblorosa—. Puede que me sirva.

Rawlie abrió unos ojos como platos bajo la mata desordenada de sus cejas.

—Yo no estaría muy seguro —murmuró con voz trémula y ronca.

—¿Qué?

—Mira a tu espalda.

Thad se volvió; sabía qué había visto Rawlie, incluso antes de tenerlo ante los ojos.

Los gorriones no se contaban ahora por centenares, sino por miles; los automóviles y camiones muertos y amontonados en las cuatro hectáreas del cementerio de coches y recambios para automóviles Gold's estaban cubiertos por una alfombra de esas pequeñas aves. Estaban en todas partes... y Thad no los había oído llegar.

Los hombres contemplaron a los gorriones con cuatro ojos. Los pájaros les devolvieron la mirada con veinte mil... tal vez cuarenta mil. No hacían el menor ruido. Sencillamente, estaban posados sobre los capós, las ventanillas, los techos, los tubos de escape, las rejillas, los bloques de motor, las juntas cardán y los bastidores.

—¡Madre mía! —exclamó Rawlie—. Los psicopompos... ¿Qué significa esto, Thad? ¿Qué significa?

—Me parece que empiezo a averiguarlo.

—¡Dios mío!

Rawlie levantó las manos por encima de la cabeza y batió palmas. Los gorriones no se movieron. Tampoco demostraron el menor interés por Rawlie; sus miradas estaban concentradas únicamente en Thad Beaumont.

—Buscad a George Stark —dijo Thad en voz baja... apenas un susurro, en realidad—. George Stark. Buscadlo. ¡Volad!

Los gorriones se alzaron hacia el cielo azul calinoso como una nube negra, batiendo las alas con un ruido que parecía un trueno en sus últimos estertores, mientras piaban al unísono. Los dos hombres de la tienda más cercanos a la puerta salieron corriendo a ver el espectáculo. Sobre ellos, la masa negra y compacta se

desvió a un lado y, al igual que la otra bandada más pequeña, se dirigió hacia el oeste. Thad observó su vuelo y, por un instante, aquella realidad se confundió con la imagen que había marcado la aparición de los trances; por un instante, pasado y presente se mezclaron, enlazados en un extraño y magnífico nudo.

Los gorrones habían desaparecido.

—¡Dios todopoderoso! —exclamaba un hombre con un mono gris de mecánico—. ¿Han visto esos pájaros? ¿De dónde coño habrán salido tantos malditos pájaros?

—Tengo otra pregunta mejor —dijo Rawlie, mirando a Thad. Había recuperado el dominio sobre sí mismo, pero sin duda estaba profundamente afectado—. ¿Adónde se dirigen? Tú lo sabes, ¿verdad, Thad?

—Sí, claro —murmuró Thad mientras abría la portezuela del Volkswagen—. Yo también tengo que irme, Rawlie, en serio. Nunca te lo agradeceré bastante.

—Ten cuidado, Thaddeus. Ten mucho cuidado. Ningún hombre controla a los agentes del otro mundo. Nadie puede hacerlo por mucho tiempo; además, siempre hay que pagar un precio.

—Tendré todo el cuidado que pueda.

El cambio del Volkswagen protestó pero, al fin, cedió y entró la marcha. Thad se detuvo el tiempo justo de calarse las gafas de sol y la gorra de béisbol; después, se despidió de Rawlie agitando la mano y salió de la zona de aparcamiento.

Al entrar en la carretera 2, vio a Rawlie caminando hacia la misma cabina desde la que él había llamado y pensó: «Ahora es imprescindible que mantenga fuera a Stark, porque ahora tengo un secreto. Tal vez no sea capaz de controlar a los psicopompos pero, aunque solo sea por un breve tiempo, ahora soy su dueño (o quizá ellos me poseen a mí) y George no debe saberlo».

Encontró el punto de la segunda marcha y el escarabajo de Rawlie de Lesseps empezó a adentrarse con un escalofrío en los territorios prácticamente inexplorados de las velocidades superiores a los cincuenta y cinco kilómetros por hora.

VEINTITRÉS

DOS LLAMADAS PARA EL COMISARIO PANGBORN

1

La primera de las dos llamadas que reavivaron el interés de Alan Pangborn por el caso se produjo poco después de las tres de la tarde, cuando Thad se encontraba en una estación de servicio de Augusta, vertiendo una lata de aceite de motor Sapphire en el sediento Volkswagen de Rawlie. Alan, por su parte, se disponía a salir hacia el local de Nan para tomar un café.

Sheila Brigham asomó la cabeza por la ventana de la centralita y gritó al comisario:

—¡Alan! ¡Hay una llamada para ti, a cobro revertido...! ¿Conoces a alguien llamado Hugh Pritchard?

Alan se detuvo al instante.

—¡Sí! ¡Acepta la llamada!

Corrió de nuevo a su despacho y descolgó el teléfono a tiempo de oír a Sheila autorizar la llamada.

—¿Doctor Pritchard? ¿Es usted el doctor Pritchard?

—Sí, soy yo.

La comunicación era bastante buena, pero Alan vaciló durante un momento. La voz no correspondía a un hombre de setenta años. Cuarenta, tal vez, pero no setenta.

—¿Es usted el doctor Hugh Pritchard que tuvo consulta en Bergenfield, New Jersey?

—En Bergenfield, Tenaflly, Hackensack, Englewood, Englewood Heights... Diablos, he examinado cabezas en todas las ciudades hasta Paterson. ¿Es usted el comisario Pangborn que ha estado tratando de ponerse en contacto conmigo? Mi esposa y yo acabamos de regresar de unos días de acampada en Devil's Knob y

vengo molido. Hasta mis agujetas tienen agujetas.

—Sí, claro, lo siento. Le agradezco que me haya llamado. Es solo que me ha parecido una persona mucho más joven, por la voz.

—Vaya, muchas gracias —respondió Pritchard—, pero debería usted ver el resto de mi persona. Parezco un cocodrilo erguido sobre dos patas. ¿En qué puedo ayudarle?

Alan ya había pensado qué decirle y había optado por una introducción cauta. Apoyó el auricular entre la oreja y el hombro, se retrepó en la silla e inició el desfile de sombras chinescas en la pared del despacho.

—Estoy investigando un asesinato que se cometió aquí, en Castle Rock, Maine —explicó—. La víctima era un vecino del pueblo, Homer Gamache. Puede que haya un testigo presencial del crimen, pero me encuentro en una posición muy delicada con este hombre, doctor Pritchard, por dos razones. En primer lugar, es una persona célebre. En segundo lugar, ese hombre presenta unos síntomas con los que usted estuvo familiarizado en el pasado. Digo esto porque usted lo operó hace veintiocho años. Ese hombre tenía un tumor cerebral y me temo que, si ese tumor ha reaparecido, su testimonio no resulte acept...

—Thaddeus Beaumont —lo interrumpió Pritchard al instante—. Sean cuales fueren los síntomas que experimente, dudo muchísimo de que el tumor se haya reproducido.

—¿Cómo ha sabido que le hablaba de Beaumont?

—Porque en 1960 le salvé la vida —contestó Pritchard y, con inconsciente arrogancia, añadió—: De no ser por mí, Beaumont no habría escrito un solo libro, porque habría muerto antes de cumplir los doce años. He seguido su carrera literaria con cierto interés desde que estuvo a punto de ganar el Premio Nacional de Literatura por su primera novela. Eché un vistazo a la fotografía de la solapa y lo reconocí. El rostro había cambiado, pero conservaba los mismos ojos. Unos ojos que llaman la atención. Soñadores, los calificaría yo. Sabía que vivía en Maine gracias a un artículo de la revista *People* que leí justo antes de marcharme de vacaciones.

Pritchard calló un instante y luego hizo un comentario tan desconcertante y al mismo tiempo tan indiferente que Alan estuvo un momento sin saber qué responder.

—¿Dice que tal vez fue testigo de un asesinato? ¿Está seguro de que no sospecha, más bien, que él es el culpable?

—Bueno... yo...

—Solo lo pregunto —continuó Pritchard— porque las personas con tumores cerebrales suelen hacer cosas muy raras. La peculiaridad de sus actos parece aumentar en relación directa con la inteligencia de la persona afectada. Sin

embargo, el muchacho no tenía ningún tumor cerebral, ¿sabe? Al menos, en el sentido generalmente aceptado del término. Fue un caso poco frecuente. Extremadamente inusual. Solo he sabido de tres casos parecidos desde 1960... dos de ellos después de jubilarme. ¿Le han realizado los tests neurológicos habituales?

—Sí.

—¿Y?

—Negativos.

—No me sorprende. —Pritchard guardó silencio unos momentos y luego añadió—: Joven, no está siendo usted nada sincero conmigo, ¿verdad?

Alan dejó de hacer sombras de animales y se inclinó hacia delante en la silla.

—Supongo que tiene razón, doctor, pero me interesa muchísimo saber a qué se refiere cuando dice que Thad Beaumont no sufrió ningún tumor cerebral «en el sentido generalmente aceptado del término». Sé muy bien que entre médico y paciente existe el secreto profesional e ignoro si podrá confiar en un hombre con quien habla por primera vez y, además, por teléfono; sin embargo, espero que me crea cuando le digo que estoy de parte de Thad en este asunto y que tengo la certeza de que él querría que usted me contara lo que deseo saber. No dispongo de tiempo para intentar que él le llame y le dé la autorización, doctor Pritchard. Necesito saberlo ahora mismo.

Alan descubrió con sorpresa que era cierto... o que, al menos, él estaba convencido de ello. Había empezado a adueñarse de él una extraña tensión, una sensación de que estaban sucediendo cosas. Cosas que ignoraba, pero que pronto averiguaría.

—No tengo reparos en hablarle del caso —respondió Pritchard con calma—. Muchas veces, yo mismo he pensado que debería ponerme en contacto con Beaumont, aunque solo fuera para contarle lo que sucedió en el hospital poco después de realizarle la intervención. Me parecía que podía serle de interés.

—¿Qué pasó?

—Ya llegaré a eso, no se preocupe. No le conté a los padres lo que había descubierto en la operación porque carecía de importancia en la práctica y porque no deseaba saber nada más de ellos. De su padre, en particular. Ese tipo parecía haber nacido en una caverna y haberse pasado la vida cazando mamuts lanudos. En aquel momento, decidí contarles lo que deseaban oír y librarme de su presencia lo antes posible. Luego, por supuesto, el tiempo mismo desempeñó su papel. Uno pierde el contacto con los pacientes. Pensé en escribirle cuando Helga me enseñó ese primer libro y he vuelto a pensar en hacerlo varias veces desde entonces, pero también me he dicho que tal vez no me creería o que no le importaría lo que le contara... o que podría tomarme por un chiflado. No conozco

a nadie famoso, pero compadezco a los que lo son. Sospecho que llevan unas vidas desorganizadas, llenas de temores y están siempre a la defensiva. Por eso me parecía más cómodo dejar las cosas como estaban. Y ahora me viene con esto. Como dirían mis nietos, ¡menudo bombazo!

—¿Qué le sucedía a Thad? ¿Por qué acudió a su consulta?

—Amnesia temporal. Dolores de cabeza. Alucinaciones auditivas. Y, por último...

—¿Alucinaciones auditivas?

—Sí... Pero déjeme que cuente las cosas a mi manera, comisario.

De nuevo, Alan captó aquel tono de inconsciente arrogancia en su voz.

—De acuerdo.

—Por último, sufrió un ataque. Todos estos problemas estaban provocados por una pequeña masa de tejido en el lóbulo prefrontal. Lo intervinimos pensando que se trataba de un tumor, pero el tumor resultó ser un gemelo de Thad Beaumont.

—¡Cómo dice!

—Lo que oye —confirmó Pritchard, como si el absoluto desconcierto que reflejaba la voz de Alan lo complaciera—. No se trata de un fenómeno excesivamente raro, pues los gemelos son absorbidos en el útero con cierta frecuencia, pero la localización sí era excepcional. Lo mismo cabe decir de la proliferación de ese tejido extraño. En la mayoría de los casos, ese tejido permanece inerte toda la vida. Tengo la impresión de que los problemas de Thad pudieron originarse por el inicio de la pubertad.

—Espere —le interrumpió Alan—. Espere un momento. —El policía había leído la frase «la cabeza le dio vueltas» un par de veces en alguna novela, pero era la primera vez que experimentaba aquella sensación—. ¿Me está diciendo que Thad tenía un mellizo y que... de algún modo... se comió a su hermano?

—O hermana —puntualizó Pritchard—. Pero sospecho que era un hermano, porque creo que la absorción es mucho más rara en los casos de gemelos bivitelinos. Me baso en frecuencias estadísticas, no en hechos establecidos, pero estoy bastante seguro. Y que los gemelos idénticos siempre son del mismo sexo, he de responder a su pregunta con un sí. En efecto, creo que el feto que más tarde sería Thad Beaumont se comió a su hermano en el vientre de su madre.

—¡Santo Dios! —murmuró Alan. No recordaba haber oído nada tan horrible y tan extraño como aquello en toda su vida.

—Parece que la idea le repugna —dijo el doctor Pritchard con voz animada—, pero en realidad no hay razón para ello si enfoca el asunto desde la perspectiva adecuada. No estamos hablando de un Caín que se rebela y mata a Abel con una piedra. No se trató de ningún asesinato, sino que entró en juego algún mecanismo

biológico que aún desconocemos. Alguna señal errónea, tal vez, producida por una peculiaridad del sistema endocrino de la madre. Ni siquiera estamos hablando propiamente de fetos; en el momento de la absorción, en el útero de la señora Beaumont solo había dos conglomerados de tejido, probablemente ni siquiera humanoides. Dos anfibios con vida, si lo prefiere. Uno de ellos, el mayor y más fuerte, se limitó a sofocar al otro, a envolverlo... y a incorporarlo a sí mismo.

—Suenan como si hablara usted de insectos —murmuró Alan.

—¿En serio? Supongo que sí, un poco. En cualquier caso, la absorción no fue completa. Una parte del otro gemelo mantuvo su integridad. Este tejido extraño (no encuentro otro modo de denominarlo) se entremezcló con el tejido que se convertiría en el cerebro de Thaddeus Beaumont. Por alguna razón, empezó a crecer poco después de que el chiquillo cumpliera los once años, se hizo activo; pero no había espacio para él y por eso fue preciso extirparlo como una verruga. Lo que efectuamos con gran éxito.

—Como una verruga —repitió Alan, fascinado y mareado.

Por su cabeza cruzaban mil y una ideas. Eran ideas sombrías, oscuras como murciélagos en el campanario de una iglesia. Solo una de ellas era coherente del todo: «Thad es dos hombres; siempre ha sido dos personas. Eso es lo que debe ser cualquier hombre o mujer que se gana la vida inventando ficciones. Una personalidad que existe en el mundo normal... y una personalidad que crea mundos. Siempre son dos. Siempre dos, por lo menos».

El doctor Pritchard continuó comentando:

—Este caso insólito sería digno de recordar por sí solo, pero sucedió una cosa en el hospital antes de que el muchacho despertara de la anestesia que fue, tal vez, más insólita incluso. Es algo que siempre me ha intrigado.

—¿De qué se trata?

—Antes de cada acceso de dolor de cabeza, el muchacho oía voces de pájaros —explicó Pritchard—. En sí, no es un hecho destacado, pues está bien documentado en los casos de tumores cerebrales y en las epilepsias. Recibe el nombre de síndrome sensorial precursor. Sin embargo, poco después de la operación, hubo un extraño incidente con unos pájaros de carne y hueso. En realidad, el Hospital del Condado de Bergenfield fue invadido por gorriones.

—¿A qué se refiere usted?

—Suenan absurdo, ¿verdad? —Pritchard parecía muy complacido consigo mismo—. No soy muy dado a comentar este tipo de cosas, pero se trata de un suceso que quedó perfectamente documentado. Incluso apareció un artículo en la primera página del *Courier* de Bergenfield, con una foto. Poco después de las dos de la tarde del 28 de octubre de 1960, una bandada extraordinariamente numerosa de gorriones se lanzó volando contra el ala oeste del hospital. Por aquel entonces,

en el ala oeste estaba instalada la Unidad de Cuidados Intensivos donde, como es lógico, había quedado internado el pequeño Beaumont tras la intervención.

»Gran número de ventanas resultaron rotas y el servicio de mantenimiento retiró más de trescientos pájaros muertos tras el incidente. Recuerdo que en el artículo del *Courier* aparecía el comentario de un ornitólogo, quien indicó que el ala oeste del edificio estaba acristalada casi en su totalidad y apuntó la teoría de que los pájaros podían haber sido atraídos por el reflejo del sol en el cristal.

—Eso es una tontería —comentó Alan—. Los pájaros solo se estrellan contra los cristales cuando no los ven.

—Creo que el periodista que firmaba el artículo comentaba lo mismo que usted, y el ornitólogo señalaba que las bandadas de aves parecen poseer una telepatía de grupo que unifica sus mentes individuales (si cabe hablar de mente en los pájaros). Casi como hormigas conductoras. Decía que, si uno de la bandada decidía volar contra el cristal, el resto se limitaría probablemente a seguirlo. Yo no estaba en el hospital cuando sucedió, pues había acabado con el pequeño Beaumont; había comprobado que sus C.V. estaban estabilizadas...

—¿C.V.?

—Constantes vitales, comisario. Al terminar, me fui a jugar a golf. Pero tengo entendido que los gorriones provocaron el pánico de todos los ocupantes del ala Hirschfield. Hubo dos heridos por cortes de cristales. Más o menos di por buena la teoría del ornitólogo, pero el asunto siguió preocupándome... porque conocía el precursor sensorial del joven Beaumont, ¿comprende? El sonido que oía el muchacho no era el de unos pájaros cualquiera, sino de unos muy concretos: gorriones.

—Los gorriones vuelven a volar —murmuró Alan con una voz aturdida y horrorizada.

—¿Qué dice usted, comisario?

—Nada. Continúe.

—Al día siguiente, pregunté al muchacho al respecto. A veces se observa una amnesia localizada respecto a los precursores sensoriales tras la intervención que elimina la causa, pero no era este el caso. El joven Beaumont los recordaba perfectamente. No solo los había oído, sino que también los había visto. Pájaros por todas partes, dijo, encima de las casas y de los céspedes y las calles de Ridgeway, que era el barrio de Bergenfield donde vivía.

»El caso me interesó lo suficiente como para consultar su historial clínico y compararlo con los informes sobre el incidente. La bandada de gorriones había atacado el hospital a las dos y cinco. El muchacho había despertado de la anestesia a las dos y diez. Quizá unos minutos antes.

Pritchard hizo una nueva pausa antes de añadir:

—De hecho, una de las enfermeras de la UCI dijo que, a su entender, el estrépito de los cristales rotos lo había despertado.

—¡Caramba...! —murmuró Alan.

—Y que lo diga —asintió Pritchard—. ¡Caramba! Hace muchos años que no hablaba de este asunto, comisario Pangborn. ¿Le sirve de algo?

—No lo sé —respondió Alan con sinceridad—. Tal vez. Doctor Pritchard... quizá no lo extirparon todo. Quiero decir que, en ese caso, podría haber empezado a crecerle otra vez.

—Me ha dicho usted que le han hecho pruebas. ¿Ha pasado por el escáner?

—Sí.

—Y le habrán hecho radiografías, claro...

—Ajá.

—Si esas pruebas han salido negativas, es que no hay nada que ver. Por mi parte, estoy seguro de que lo extirpamos por completo.

—Gracias, doctor.

Alan tenía algunos problemas para formar las palabras, pues notaba los labios entumecidos y extraños.

—¿Me contará con más detalle lo que sucede cuando el asunto se haya solucionado, comisario? Yo he sido muy sincero con usted y me parece que no es mucho pedir a cambio. Siento una gran curiosidad.

—Lo haré, si puedo.

—Es lo único que le pido. Ahora, le dejo volver a su trabajo y yo voy a seguir disfrutando de las vacaciones.

—Espero que usted y su esposa se lo estén pasando bien.

—A mi edad —suspiró Pritchard—, cada vez resulta más difícil pasarlo simplemente regular, comisario. Antes nos encantaba salir de acampada, pero creo que el próximo año nos quedaremos en casa.

—Bueno, le agradezco que se haya tomado la molestia de responder a mi llamada.

—Ha sido un placer. Echo de menos el trabajo, comisario Pangborn. No la mística de la cirugía, pues eso nunca me importó demasiado, sino el misterio. El misterio de la mente. Eso sí que era emocionante.

—Imagino que sí —respondió Alan, pensando que se sentiría muy feliz si en aquel momento hubiera unos cuantos misterios menos a su alrededor—. Me pondré en contacto con usted cuando las cosas se aclaren... si lo hacen.

—Gracias, comisario. —El médico hizo una nueva pausa y luego dijo—: Este asunto tiene mucho interés para usted, ¿verdad?

—Sí. Desde luego que sí.

—El muchacho que recuerdo era muy agradable. Estaba asustado, pero era

agradable. ¿Qué clase de hombre es?

—Una buena persona, creo —respondió Alan—. Un poco frío, quizá, y un poco distante, pero una buena persona a grandes rasgos. —Y repitió—: Creo.

—Gracias. Le dejo seguir con sus cosas. Adiós, comisario.

Se oyó un chasquido en la línea y Alan dejó el auricular en su sitio con un gesto lento. Se retrepó en la silla, cruzó sus ágiles manos y formó una gran ave negra que batía las alas lentamente en el pedazo de pared iluminado por el sol. Le vino a la cabeza una frase de *El mago de Oz* que resonó una y otra vez en su mente: «¡Yo sí que creo en los fantasmas, yo sí que creo en los fantasmas, yo sí, yo sí, yo sí que creo en los fantasmas!». Aquello lo cantaba el león cobarde, ¿verdad?

La cuestión era, para Alan Pangborn, en qué creía él.

Pero le resultaba más fácil pensar en las cosas que no creía: no creía ni que Thad hubiera matado a nadie, ni que Thad hubiera escrito aquella frase misteriosa en la pared de algún apartamento.

Entonces, ¿cómo había aparecido allí?

Muy sencillo. El viejo doctor Pritchard había volado de Fort Laramie a Washington, había matado a Frederick Clawson y había escrito en la pared LOS GORRIONES VUELVEN A VOLAR. A continuación, había tomado otro vuelo a Nueva York, había forzado la cerradura del apartamento de Miriam Cowley con su escalpelo favorito y luego le había cortado el cuello a la muchacha con el mismo instrumento. Todo ello se debía a que el tipo echaba de menos el misterio de la cirugía.

No, claro que no. Pero Pritchard no era el único que conocía la existencia del... ¿cómo lo había llamado? Sí, el precursor sensorial. En el artículo de *People* no se hacía referencia a ello, era cierto, pero...

«Te olvidas de las impresiones digitales y de los registros vocales. Te olvidas de la lisa y llana afirmación de Liz y Thad respecto a que George Stark es real y a que está dispuesto a cometer los asesinatos que sean precisos para seguir con vida. Y ahora estás haciendo todo lo posible para no tomar en cuenta el hecho de que también tú empiezas a creer que todo esto podría ser cierto. Hace unos días les dijiste a los Beaumont que sería cosa de locos creer no ya en un fantasma vengativo, sino en el fantasma de un hombre que no ha existido nunca. Pero tal vez los escritores invitan a los fantasmas; ellos, como los actores y pintores, son los únicos médiums completamente admitidos en nuestra sociedad. Construyen mundos que no han existido nunca, los pueblan de gente que no ha vivido en realidad y, por último, nos invitan a participar de sus fantasías. Y nosotros lo hacemos, ¿no es cierto? Pagamos para hacerlo».

Alan entrecruzó los dedos con fuerza, extendió las rosadas yemas e hizo volar

en la soleada pared un pájaro mucho más pequeño. Un gorrión.

«El ataque de esa bandada de gorriones al Hospital del Condado de Bergenfield hace casi treinta años resulta tan inexplicable como el hecho de que dos hombres puedan tener las mismas huellas dactilares y los mismos registros vocales, pero ahora sabes que Thad Beaumont compartió el vientre de su madre con otro. Con un desconocido».

Hugh Pritchard había mencionado el inicio de la pubertad.

Alan Pangborn se encontró de pronto preguntándose si el crecimiento del tejido extraño habría coincidido con algo más.

Se preguntó si habría empezado a crecer al mismo tiempo que Thad comenzaba a escribir.

2

El intercomunicador del escritorio emitió una señal y el comisario dio un respingo. Era Sheila otra vez.

—Es Fuzzy Martin al teléfono, Alan. Quiere hablar contigo.

—¿Fuzzy? ¿Qué diablos quiere ese tipo?

—No lo sé. No ha querido decírmelo.

—Maldita sea —murmuró el comisario—. Es lo único que me faltaba hoy.

Fuzzy tenía una finca bastante grande en la carretera comarcal 2, a unos seis kilómetros del lago. La propiedad había sido una granja bastante próspera, pero eso fue en los tiempos en que a Fuzzy aún se le conocía por su verdadero nombre, Albert; cuando aún era él quien sujetaba la copa de *whisky*, y no al contrario. Sus hijos eran ya mayores, su mujer lo había abandonado como si fuera un mal empleo hacía ya diez años y, desde entonces, Fuzzy se encargaba en solitario de las más de siete hectáreas de campos que, lenta pero inexorablemente, iban cediendo terreno a la vegetación silvestre. En el lado oeste de la finca, donde la carretera serpenteaba camino del lago, se alzaba la casa y el establo. Este último, que en el pasado acogió a más de cuarenta vacas, era un edificio enorme que ahora mostraba el techo medio hundido, la pintura desconchada y la mayoría de las ventanas tapadas con tableros de madera. El comisario y Trevor Hartland, el jefe de bomberos de Castle Rock, llevaban más de cuatro años esperando el día en que la casa de Martin, el establo o ambas cosas arderían hasta los cimientos.

—¿Quieres que le diga que no estás? —preguntó Sheila—. Clut acaba de llegar... puedo pasárselo a él.

Alan pensó por un instante en asentir pero, con un suspiro, movió la cabeza en un gesto de negativa.

—No, gracias. Hablaré con él.

Levantó el auricular y lo apoyó entre la oreja y el hombro.

—¿Jefe Pangborn?

—Sí, soy el comisario.

—Soy Fuzzy Martin, de la casa de la carretera. Puede que tengamos un problema por aquí, jefe.

—¿Ah? —Alan acercó el segundo teléfono que tenía sobre el escritorio. El aparato tenía línea directa con los otros despachos del edificio. Pasó la yema del índice por encima de la tecla cuadrada en la que figuraba el número 4. No tenía más que levantar el auricular y pulsar la tecla para comunicar con Trevor Hartland—. ¿Qué clase de problema es ese?

—Verá, jefe, que me jodan si lo sé exactamente. Yo lo llamaría «el gran robo del coche», si conociera ese coche. Pero no lo conozco. No lo había visto en mi vida. Y, a pesar de ello, lo he visto salir de mi establo.

El comisario apreció el marcado y un tanto irónico acento de Maine de su comunicante. Apartó el teléfono de contacto entre despachos, y lo dejó donde estaba en un principio. Dios protegía a los locos y a los borrachos (un hecho que había comprobado muchas veces en sus largos años de trabajo policial) y parecía que la casa y el establo de Fuzzy seguían en pie a pesar de su costumbre de tirar colillas encendidas al suelo, en cualquier parte, cuando estaba bebido. «Ahora, no tengo más que quedarme sentado hasta que el tipo desvele de qué problema se trata. Luego decidiré, o lo intentaré, si es algo del mundo real o si solo existe dentro de lo que queda del cerebro de Fuzzy».

Descubrió que sus manos hacían volar otro gorrión en la pared frente a él y se obligó a permanecer quieto.

—¿Qué coche es ese que salía del establo, Albert? —preguntó Alan en tono paciente. En Castle Rock, casi todo el mundo (incluido el propio interesado) llamaba Fuzzy a Albert Martin, y el comisario se dijo que él mismo empezaría a llamarlo así cuando llevara diez años en el pueblo. O veinte, tal vez.

—Acabo de decirle que no lo había visto nunca —respondió Fuzzy Martin con un retintín que era casi como si añadiera en voz alta, «maldito estúpido»—. Por eso lo he llamado, jefe. Desde luego, mío no era.

Por fin, Alan empezó a formarse una cierta idea. Desaparecidas las vacas, la mujer y los hijos, Fuzzy Martin no necesitaba demasiado dinero, pues al heredar de su padre había recibido las tierras libres de impuestos, salvo tasas. El escaso dinero en metálico que Fuzzy llevaba en el bolsillo procedía de diversas fuentes. Alan sospechaba —casi sabía, en realidad— que cada dos o tres meses un par de balas de marihuana compartían con el heno el piso superior del establo del individuo, y esta era solo una de las formas que tenía Fuzzy de buscarse la vida.

En alguna ocasión, el comisario había pensado que debería hacer un esfuerzo en serio para detener a Fuzzy por posesión e intento de venta, pero dudaba de que el hombre fumara siquiera la hierba, y mucho más de que tuviera el cerebro suficiente como para dedicarse a venderla. Lo más probable era que solo sacara un par de cientos de dólares de vez en cuando por proporcionar un lugar donde guardar el alijo. Además, incluso en una población pequeña como Castle Rock, había cosas más importantes que hacer que perseguir borrachos por tenencia de hierba.

Otro de los servicios de pupilaje que ofrecía Fuzzy —este, al menos, legal— era el de guardar coches de veraneantes en el establo. Cuando Alan llegó al pueblo, el establo de Fuzzy era un garaje bastante utilizado. Uno podía ver a veces más de quince automóviles —la mayoría, coches de veraneantes que tenían casas junto al lago— aparcados donde antes las vacas pastaban los inviernos. Fuzzy había eliminado los tabiques de separación para convertir el establo en un gran garaje, donde los coches del verano pasaban los largos meses de otoño e invierno en las sombras llenas de fragante aroma a heno, con sus brillantes carrocerías empañadas por la constante caída de la broza del henil del piso superior, apretados, parachoques con parachoques, portezuela con portezuela.

Con el paso de los años, el negocio de los coches de Fuzzy había sufrido un bajón radical. Alan suponía que había corrido la voz de sus descuidos con las colillas y aquello había bastado. A nadie le gusta perder el coche en el incendio de un establo, aunque solo sea el viejo cacharro que uno utiliza solo para pequeños recados cuando llega el verano. La última vez que había estado en el establo de Fuzzy, solo había visto dos vehículos, el T-Bird del 59 de Ossie Brannigan —un coche que habría sido un clásico de no haber estado oxidado y lleno de abolladuras— y el Ford Woody furgoneta de Thad Beaumont.

Thad otra vez.

Aquel día, todos los caminos parecían conducir a Thad Beaumont.

Alan se sentó más erguido y acercó un poco más el teléfono en un gesto inconsciente.

—¿No era la vieja Ford de Thad Beaumont? —preguntó a Fuzzy—. ¿Está seguro?

—Claro que estoy seguro. No era ningún Ford, y le juro que no era tampoco una furgoneta Woody. Era un Toronado negro.

Otro destello se encendió en la mente de Alan... pero no logró concretar a qué se debía. Alguien le había mencionado un Toronado negro, no hacía mucho. No conseguía recordar quién ni cuándo había sido... todavía no, pero ya caería en ello.

—Estaba en la cocina, preparándome una limonada fresca —explicaba Fuzzy

—, cuando he visto salir ese coche del establo. Lo primero que he pensado es que yo no había guardado ningún coche como aquel. Después me he preguntado cómo habrían podido meter un coche en el establo, si hay un buen candado en la puerta y yo llevo encima la única llave.

—¿Qué me dice de la gente que guarda los coches ahí? ¿No tienen llave?

—¡No, señor! —Fuzzy parecía ofendido solo de pensarlo.

—¿No habrá tomado nota de la matrícula de ese coche, por casualidad?

—¡Puede usted apostar que sí! —exclamó Fuzzy—. Tenía los condenados prismáticos allí mismo, en el alféizar de la ventana de la cocina, sí señor.

Alan, que había estado en el establo en visitas de inspección con Trevor Hartland, pero que no había entrado nunca en la cocina de Fuzzy (ni tenía ninguna intención de emprender una excursión semejante, desde luego), respondió:

—¡Ah, sí! Los prismáticos. No me acordaba de ellos.

—¡Pues yo sí me he acordado! —dijo Fuzzy con insolente alegría—. ¿Tiene un lápiz?

—Desde luego, Albert.

—Jefe, ¿por qué no me llama Fuzzy, como todo el mundo?

Alan suspiró.

—Muy bien, Fuzzy. Y, ya que estamos en ello, ¿por qué no me llama comisario?

—Como usted diga. Bueno, ¿quiere ese número de matrícula o no?

—Dispare.

—Primera cosa extraña, era una placa de Mississippi —declaró Fuzzy con una especie de aire triunfal en la voz—. ¿Qué diablos piensa usted de eso?

Alan no supo qué pensar exactamente... salvo que un tercer destello había prendido en su cerebro, este más brillante aún que los anteriores. Un Toronado. Y Mississippi, algo acerca de Mississippi. Y una ciudad. ¿Oxford? ¿Era Oxford, como una de las dos ciudades cercanas a Castle Rock?

—No lo sé —respondió; luego, suponiendo que era lo que Fuzzy quería oír, añadió—: Parece muy sospechoso.

—¡Vaya si tiene razón! —graznó Fuzzy. Después, carraspeó y se puso serio—. Bueno, matrícula de Mississippi, número 62284. ¿Lo tiene, jefe?

—62284.

—62284, exacto. Puede usted estar seguro de que ese era el número. ¡Sospechoso! ¡Sí, señor! ¡Eso mismo he pensado yo! ¡Como que Cristo se comió una lata de judías!

Ante la imagen de Cristo zampándose una lata de alubias, Alan tuvo que tapar el teléfono por un breve instante.

—Bueno, jefe —añadió Fuzzy—, ¿qué medidas va a tomar?

«Voy a tratar de salir de esta conversación con el juicio intacto —se dijo Alan—. Eso es lo primero que voy a hacer. Y voy a tratar de recordar quién mencionó...»

Entonces lo recordó en un destello de radiación fría que le puso los brazos de piel de gallina y le dejó los músculos de la nuca más tensos que el parche de un tambor.

Por teléfono, con Thad. Poco después de que el psicópata llamara desde el apartamento de Miriam Cowley. La noche en que había empezado la orgía de muertes.

Oyó a Thad diciendo: «Se trasladó con su madre de New Hampshire a Oxford, Mississippi... ha perdido casi por completo el acento sureño».

¿Qué más había dicho Thad mientras le hacía la descripción de George Stark por teléfono?

«Una última cosa: tal vez conduzca un Toronado negro. Ignoro de qué año. En cualquier caso, uno de esos viejos modelos que tenían un montón de potencia bajo el capó. Negro. Podría llevar matrícula de Mississippi, pero es probable que haya cambiado las placas».

—Supongo que ha estado demasiado atareado para ocuparse de eso —murmuró Alan. La piel de gallina, con mil pequeñas garras, aún se extendía por su cuerpo.

—¿Cómo dice, jefe?

—Nada, Albert. Hablaba conmigo mismo.

—Mi madre decía que eso significa que se va a recibir dinero. Quizá debería empezar a hacerlo yo también.

Alan recordó de pronto que Thad había añadido algo más; un detalle final.

—Albert...

—Llámeme Fuzzy, jefe. Ya se lo he dicho.

—Fuzzy, ¿ha visto usted un adhesivo en el parachoques de ese coche? ¿Se ha fijado usted por casualidad en...?

—¿Cómo diablos lo ha sabido? ¿Tiene una orden de busca caliente acerca de ese coche, jefe? —preguntó Fuzzy con excitación.

—Déjese de preguntas, Fuzzy. Esto es asunto de la policía. ¿Ha visto usted algo parecido?

—Claro que sí —afirmó Fuzzy Martin—. HIJO DE PUTA DE CATEGORÍA, eso es lo que ponía. ¿Qué le parece?

Alan colgó el teléfono lentamente, creyéndolo, pero diciéndose a sí mismo que aquello no demostraba nada, nada en absoluto... salvo que tal vez Thad Beaumont estaba más loco que un cencerro. Sería decididamente estúpido pensar que lo que había visto Fuzzy demostraba que estaba sucediendo algo... en fin,

algo sobrenatural, a falta de una palabra mejor.

Entonces pensó en los registros vocales y las huellas dactilares, pensó en cientos de pájaros estrellándose contra las ventanas del Hospital del Condado de Bergenfield y se adueñó de él un escalofrío que lo tuvo temblando violentamente durante casi todo un minuto.

3

Alan Pangborn no era un cobarde ni un pueblerino supersticioso que viera en los cuervos un signo de mal agüero o mantuviera a las embarazadas lejos de la leche fresca por temor a que se cortara. No era ningún patán; no se dejaba impresionar por los halagos de los embaucadores de ciudad que pretendían vender duros a cuatro pesetas; no había nacido ayer. Creía en la lógica y en las explicaciones razonables. Así pues, esperó a que le pasaran los temblores y luego, abriendo el fichero, buscó el teléfono de Thad. Observó con sorpresa y cierta ironía que el número de la ficha coincidía con el que le rondaba por la cabeza. Al parecer, el distinguido «vecino escritor» de Castle Rock se le había quedado grabado en la mente —en algún rincón de ella, al menos— con más fuerza de lo que había supuesto.

«Thad tiene que haber estado en ese coche. Si se eliminan las explicaciones desquiciadas, ¿qué otra alternativa queda? Él lo dijo. ¿Cómo era ese concurso de radio? *Dígalo y gane*.

»El Hospital del Condado de Bergenfield fue, de hecho, atacado por los gorriones».

Y quedaban muchas otras cuestiones... demasiadas.

Thad y su familia estaban bajo la protección de la policía del estado de Maine. Si habían decidido hacer las maletas y acudir a Castle Rock a pasar el fin de semana, los chicos de la policía deberían haberlo llamado, no solo para ponerlo sobre aviso, sino también como gesto de cortesía. Pero la policía habría tratado de disuadir a Thad de cambiar de residencia, ya que los agentes tendrían establecida una rutina de vigilancia protectora en la casa de Ludlow. Si el viaje había sido una decisión tomada sobre la marcha, los esfuerzos de la policía por hacerle cambiar de idea habrían sido aún más obstinados.

Luego estaba lo que Fuzzy no había visto, es decir, el o los coches de escolta que habrían asignado a los Beaumont si estos hubieran decidido ir al pueblo de todas formas, como bien podía suceder, pues, al fin y al cabo, no estaban detenidos.

«Las personas con tumores cerebrales hacen a menudo cosas muy raras».

Si era el Toronado de Thad, si este había acudido al establo de Fuzzy a buscarlo y si había acudido solo, el asunto conducía a una conclusión que a Alan le resultaba muy amarga, porque ahora sentía una declarada simpatía hacia Thad. Esta conclusión apuntaba a que Thad había despistado deliberadamente tanto a sus protectores como a su familia.

«En ese caso, la policía del estado debería haberme llamado de todos modos. Habrían extendido una orden de búsqueda y sabrían muy bien que este es uno de los lugares donde posiblemente acudiera».

Marcó el número de la casa de Beaumont. Al otro lado de la línea descolgaron a la primera llamada. Respondió una voz que no reconoció. O, mejor, una voz que no se identificó, pues el comisario supo desde la primera sílaba que estaba hablando con un agente de la autoridad.

—Hola, residencia Beaumont.

Precavida. Dispuesta a colocar una cuña de preguntas en la siguiente grieta si la voz resultaba ser la buena... o la mala.

«¿Qué ha sucedido? —se preguntó Alan Pangborn. Y, acto seguido—: Están muertos. Quienquiera que sea el que anda por ahí ha matado a toda la familia con la misma rapidez, facilidad y crueldad que demostró con los demás. La protección, los interrogatorios, el equipo de escucha telefónica, todo ello no ha servido para nada».

Cuando contestó, en su voz no se reflejaba el menor asomo de tales pensamientos.

—Aquí Alan Pangborn —respondió con voz tajante—. Comisario de Castle Rock. Busco a Thad Beaumont. ¿Con quién hablo?

Hubo una pausa. Luego, la voz respondió:

—Soy Steve Harrison, comisario. De la policía del estado. Iba a llamarle. Debería haberlo hecho hace una hora, al menos, pero aquí las cosas... las cosas están completamente embrolladas. ¿Puedo preguntarle la razón de su llamada?

Sin detenerse a pensarlo —en caso contrario habría cambiado sin duda su respuesta—, Alan soltó una mentira. Lo hizo sin preguntarse por qué. Eso vendría más tarde.

—Para interesarme por Thad —dijo—. Han pasado varios días y quería saber cómo le va a la familia. Entiendo que ha habido problemas.

—Problemas como no podría usted imaginar —asintió Harrison con voz lúgubre—. Dos de mis hombres han muerto. Estamos bastante seguros de que ha sido obra de Beaumont.

«Estamos bastante seguros de que ha sido obra de Thad.

»La peculiaridad de sus actos parece aumentar en relación directa con la inteligencia de la persona afectada».

Alan notó una sensación de *déjà vu*, no ya colándose furtivamente en su cerebro, sino desfilando por todo su cuerpo como un ejército invasor. Thad, todo volvía siempre a Thad. Claro. Era inteligente, era extraño y, según él mismo había reconocido, sufría unos síntomas que indicaban la presencia de un tumor cerebral.

«El chico no tenía ningún tumor cerebral, ¿sabe?

»Si las pruebas han salido negativas, es que no hay nada que ver.

»Olvida el tumor. Ahora quieres pensar en los gorriones... porque los gorriones vuelven a volar».

—¿Qué ha sucedido? —preguntó al agente Harrison.

—¡Por poco descuartiza a Tom Chatterton y a Jack Edding, esto es lo que ha sucedido! —gritó Harrison, sobresaltando a Alan con la intensidad de su furia—. ¡Se ha llevado a su familia, y quiero atrapar a ese hijo de puta!

—¿Qué... cómo ha escapado?

—No tengo tiempo para contárselo ahora —explicó Harrison—. Es una historia lamentable, comisario. El hombre iba en un Chevrolet Suburban rojo y gris, una auténtica ballena sobre ruedas, pero pensamos que se deshizo de él en alguna parte y cambió de vehículo. Tiene una casa de verano en el pueblo donde está usted. ¿Conoce la casa y la zona?

—Sí —respondió Alan. La cabeza le funcionaba a toda velocidad. Consultó el reloj de pared y vio que faltaba apenas un minuto para las tres menos veinte. Tiempo. Todo se reducía a una cuestión de horarios. Se dio cuenta de que no le había preguntado a Fuzzy Martin cuándo había visto el Toronado saliendo del establo. Durante la conversación no le había parecido un detalle importante. Ahora, lo era—. ¿A qué hora lo perdieron ustedes, agente Harrison?

Le pareció advertir que Harrison se sentía molesto ante la pregunta pero, cuando respondió, lo hizo sin rastro de cólera ni en actitud defensiva.

—Alrededor de las doce y media. Debió de entretenerse un poco al cambiar de coche, si es que lo hizo, y luego fue hasta su casa en Ludlow...

—¿Dónde estaba cuando lo perdieron? ¿A qué distancia de la casa?

—Comisario, me gustaría responder a todas sus preguntas, pero no tenemos tiempo. Lo importante es que, si se ha dirigido hacia Castle Rock (no parece probable, pero el tipo está loco, de modo que nunca se sabe), no habrá llegado todavía, pero estará al caer. Él y toda su familia. Sería muy amable por su parte, comisario, si fuera a la casa con un par de hombres para recibirlo. Si surge algo, póngase en contacto por radio con Henry Payton, de la central de policía del estado de Oxford, y le enviaremos más refuerzos de los que haya visto en su vida. No trate de detenerlo por su cuenta bajo ninguna circunstancia. Damos por hecho que tiene a su esposa como rehén, si no la ha matado ya, y lo mismo se puede decir de los bebés.

—Sí, tiene que habérsela llevado por la fuerza si mató a los dos agentes de servicio, ¿verdad? —asintió Alan, y se descubrió pensando: «Pero los habrías considerado cómplices si hubieras podido, ¿no es así? Porque ya tienes una idea fija en la cabeza y no vas a cambiarla. Coño, ni siquiera vas a usar ese cerebro para pensar, acertadamente o no, hasta que se haya secado la sangre de tus amigos».

Había una decena de preguntas que quería hacer y las respuestas habrían llevado probablemente a cuatro decenas más. Pero Harrison tenía razón en una cosa. No había tiempo.

Titubeó por un instante, deseando con todas sus fuerzas preguntar a Harrison lo más importante de todo, anhelando formularle la pregunta del millón: ¿estaba seguro Harrison de que Thad había tenido tiempo de llegar a la casa, matar a los policías de vigilancia y esfumarse con su familia, antes de que llegaran los primeros refuerzos? Pero hacer aquella pregunta sería hurgar en la dolorosa herida a la que Harrison estaba tratando de sobreponerse en aquel momento, porque implícito en ella iría aquel juicio irrefutable, condenatorio: «Lo perdiste. Por la razón que sea, lo perdiste. Tenías un trabajo que cumplir y la cagaste».

—¿Puedo confiar en usted, comisario? —inquirió Harrison; esta vez su voz no sonó enfadada, sino solo cansada y atormentada, y Alan sintió lástima de él.

—Sí, cubriré la zona ahora mismo.

—Excelente. ¿Y se pondrá en contacto con la central de Oxford?

—Eso haré. Henry Payton es amigo mío.

—Beaumont es peligroso, comisario. Muy peligroso. Si aparece, vaya con mucho cuidado.

—Lo haré.

—Y manténgame informado.

Harrison cortó la comunicación sin despedirse.

4

Su mente —al menos, la parte de ella que se ocupaba de las normas de procedimiento— despertó y empezó a hacer preguntas o a tratar de hacerlas. Alan decidió que no había tiempo para procedimientos. Ni el más mínimo. Sencillamente, iba a mantener abiertos todos los circuitos posibles y a entrar en acción. Sentía que las cosas habían alcanzado un punto en el que alguno de aquellos circuitos empezaría pronto a cerrarse por sí solo.

«Al menos lleva a alguno de tus hombres».

Pero tampoco le pareció conveniente hacerlo. Norris Ridgewick, el único en

quien habría confiado, tenía el día libre y estaba fuera del pueblo. John la Pointe aún estaba de baja con la urticaria y Seat Thomas había salido de patrulla. En la comisaría quedaba Andy Clutterbuck, pero Clut era un novato y se trataba de una cuestión muy fea.

Se encargaría él solo del asunto durante un rato.

«¡Estás loco!», le gritó el procedimiento en la cabeza.

—Sí, tal vez esté llegando a eso —dijo en voz alta. Buscó el número de Albert Martin en la guía y volvió a llamarlo para preguntar los detalles que debería haber averiguado antes.

5

—¿Qué hora era cuando viste salir del establo ese Toronado, Fuzzy? —preguntó a Albert Martin cuando respondió a la llamada, y se dijo: «No lo sabrá. ¡Qué diablos, ni siquiera estoy seguro de que ese hombre sea capaz de leer la hora!».

Pero Fuzzy demostró al instante ser un mentiroso.

—Pasaba un pelo de coño de las tres en punto, jefe —afirmó. Después, tras una pausa, añadió—: Y disculpe mi francés.

—Pero no llamó usted hasta... —Alan consultó el registro de llamadas, donde había anotado la de Fuzzy sin apenas darse cuenta de que lo hacía—. Hasta las tres y veintiocho.

—Tenía que pensármelo un poco —explicó Fuzzy—. Uno tiene que meditar lo que hace antes de lanzarse a ello, jefe; al menos, eso es lo que pienso. Antes de llamarle a usted, bajé al establo para ver si el conductor de ese coche había organizado algún estropicio.

«Algún estropicio —pensó Alan, absorto—. Lo más probable es que fueras a comprobar que la bala de marihuana seguía en el henil, ¿no es eso, Fuzzy?»

—¿Y lo había hecho?

—¿Había hecho qué?

—Montar algún estropicio.

—No. Me parece que no.

—¿En qué estado encontró el candado?

—Abierto —respondió Fuzzy, lacónico.

—¿Forzado?

—No. Colgado de la aldaba, en buen estado.

—¿Abierto con llave, entonces?

—No sé dónde podría haber encontrado una ese hijo de puta. Para mí que lo

ha forzado con una ganzúa.

—¿Iba solo en el coche? —inquirió Alan—. ¿Se fijó usted en eso?

Fuzzy hizo una pausa, meditando la respuesta.

—No puedo decirlo con seguridad —contestó por fin—. Ya sé lo que está pensando, jefe: si fui capaz de distinguir el número de la matrícula y de leer ese maldito adhesivo del parachoques, debería haberme fijado en cuánta gente iba dentro. Pero el sol daba en el cristal del parabrisas y, además, no creo que fuera un cristal corriente. Me parece que eran cristales teñidos. No del todo, pero sí algo teñidos.

—Está bien, Fuzzy. Gracias. Ya comprobaremos eso.

—Bueno, aquí ya no está —declaró Fuzzy, para añadir acto seguido en un luminoso destello deductivo—: Pero debe de merodear por alguna parte...

—Tiene usted mucha razón —asintió Alan. Tras prometerle a Fuzzy que le contaría en qué acababa todo aquello, colgó el teléfono. Separó la silla de escritorio y echó un nuevo vistazo al reloj de la pared.

«Las tres —había dicho Fuzzy—. Pasaba un pelo de coño de las tres en punto. Y disculpe mi francés».

El comisario juzgó imposible que Thad hubiera podido llegar de Ludlow a Castle Rock en tres horas, salvo que hubiera viajado en cohete, y mucho menos si, además, se había entretenido en pasar por su casa (un pequeño rodeo durante el cual, de paso, había raptado a su esposa y a sus hijos y había matado a una pareja de agentes de policía). Si hubiera partido directamente desde Ludlow, tal vez hubiera podido hacer el viaje en ese tiempo, pero salir de otra parte, detenerse en Ludlow y luego llegar a Castle Rock con el tiempo suficiente para abrir un candado y seguir la huida en un Toronado que, casualmente, tenía escondido y dispuesto en el establo de Fuzzy Martin... No, no, de ninguna manera.

Pero ¿y si fuera otro quien había matado a los policías que vigilaban la casa de los Beaumont y se había llevado a su familia? ¿Y si fuera alguien que no hubiera necesitado perder tiempo en despistar a un coche escolta de la policía, cambiar de vehículo y dar rodeos? ¿Alguien que se hubiera limitado a meter en un coche a Liz Beaumont y a los gemelos y hubiera puesto rumbo a Castle Rock? Alan se dijo que en ese caso sí habrían podido llegar a tiempo de que Fuzzy Martin los viera cuando acababan de dar las tres. Habrían podido hacerlo sin que se les acelerara siquiera la respiración.

La policía —es decir, el agente Harrison, al menos por el momento— pensaba que Thad era el culpable, pero Harrison y sus colegas no sabían nada del Toronado.

Matrícula de Mississippi, había dicho Fuzzy.

George Stark procedía de allí, según la biografía inventada por Thad para la

solapa de sus obras. Si Thad estaba lo suficientemente esquizofrénico como para creerse Stark, al menos a ratos, bien podía haberse agenciado un Toronado negro para aumentar el efecto ilusorio, la fantasía o lo que diablos fuera... Pero, para hacerse con unas placas de matrícula, no le habría bastado con una visita a Mississippi; debería haber tenido su residencia legal en dicho estado.

«Qué tontería. Esas placas de Mississippi podrían ser robadas. O compradas en cualquier parte. Fuzzy no ha dicho nada sobre el año de matriculación, aunque es poco probable que alcanzara a distinguirlo desde la casa, ni siquiera con los prismáticos».

Pero el coche no era de Thad. Era imposible. Liz habría sabido que lo tenía, ¿verdad?

«Tal vez no. Si el tipo está lo bastante loco, tal vez no».

También estaba lo de la puerta cerrada. ¿Cómo había podido Thad entrar en el establo sin romper el candado? Beaumont era escritor y profesor, no un ladrón.

«Un duplicado de la llave», le susurró la mente, pero Alan se dijo que no. Si Fuzzy guardaba allí algún alijo de vez en cuando, seguro que pondría buen cuidado en fijarse en dónde ponía las llaves, por muy despreocupado que fuera con las colillas de los cigarrillos.

Y una última cuestión, la definitiva: ¿cómo era posible que Fuzzy no hubiera visto nunca el Toronado negro, si el coche había estado guardado en el establo? ¿Cómo era eso posible?

«Prueba esto —cuchicheó una voz en lo más profundo de su mente, mientras Alan asía el sombrero y se disponía a salir de la comisaría—. Es una idea bastante divertida, Alan. Te vas a reír. Te vas a partir de risa. Supón que Thad Beaumont te ha dicho la verdad desde el principio. Supón que de verdad existe un monstruo llamado George Stark, que anda por ahí, y supón que los elementos de su vida, los elementos que Thad creó para él, cobran realidad cuando los necesita. Cuando los necesita, pero no siempre donde los necesita. Porque esos elementos aparecen en lugares relacionados con la vida de su creador. Así, Stark tendría que recoger su coche en el mismo sitio donde Thad guarda el suyo, al igual que tuvo que salir a la luz en el cementerio donde Thad lo había enterrado simbólicamente. ¿No te encanta la explicación? ¿No es una broma estupenda?»

No le encantaba. No tenía nada de estupendo. No era ni remotamente divertido. La posibilidad de algo similar no solo hacía que se tambalearan todas sus creencias, sino también la manera en que le habían enseñado a pensar.

Se descubrió recordando algo que Thad había dicho. «Cuando escribo, no sé quién soy». No eran sus palabras exactas, pero casi. «Y, lo que resulta aún más sorprendente, no se me había ocurrido pensar en ello hasta hoy».

—Tú eras él, ¿verdad? —murmuró Alan por lo bajo—. Tú eras él y él era tú, y

así nació y creció el asesino... Por fin ha saltado la liebre.

Sintió un escalofrío y Sheila Brigham alzó la mirada de la máquina de escribir que tenía en el escritorio de la centralita justo a tiempo de verlo estremecerse.

—Hace demasiado calor para eso, Alan —comentó—. Debes de haber pillado un resfriado.

—Sí, supongo que algo he pillado —respondió el comisario—. Ocúpate del teléfono, Sheila. Transmite los asuntos de poca monta a Seat Thomas. Todo lo importante, comunícamelo a mí. ¿Dónde está Clut?

—¡Aquí, comisario! —le llegó la voz de Clut desde el retrete.

—¡Espero volver dentro de tres cuartos de hora! —gritó Alan al agente novato—. ¡Atiende los asuntos de la comisaría hasta mi regreso!

—¿Adónde va, comisario? —Clut apareció en la puerta del servicio para caballeros mientras terminaba de meter los faldones de la camisa caqui en los pantalones.

—Al lago —respondió Alan vagamente y salió de la comisaría antes de que Clut y Sheila pudieran preguntarle nada más y antes de pararse a pensar qué estaba haciendo. Dejar la comisaría sin decir dónde podían encontrarlo era muy mala idea, dada la situación. Era buscarse mucho más que problemas; era buscarse la muerte.

Pero lo que estaba pensando

(«los gorriones están volando»)

no podía ser verdad. Sencillamente, no podía. Tenía que existir otra explicación más razonable.

Alan Pangborn aún seguía tratando de convencerse de ello mientras dejaba atrás el pueblo y se encaminaba en el coche patrulla hacia el peor momento de su vida.

6

En la carretera 5, a menos de un kilómetro de la finca de Fuzzy Martin, había un área de descanso. Alan se detuvo allí, llevado de un impulso que era medio corazonada, medio capricho. La parte de corazonada era muy sencilla: con Toronado o sin él, no podían haber llegado desde Ludlow en una alfombra mágica. Tenían que haber utilizado un coche. Lo cual significaba que debía de haber alguno abandonado en alguna parte. El tipo a quien perseguía había abandonado el camión de Homer Gamache en una zona de aparcamiento de una autopista cuando se cansó de él, y los delincuentes solían reincidir.

Había tres vehículos aparcados en el espacio para dar la vuelta: un camión de

cerveza, un Ford Escort nuevo y un Volvo sucio de polvo.

Cuando se apeaba del coche patrulla, del servicio de caballeros salió un hombre con mono verde que se dirigió a la cabina del camión de cerveza. Era un individuo bajo, moreno y de hombros estrechos. Desde luego, no era George Stark.

—Agente —murmuró, dirigiendo un breve saludo a Alan. Este le contestó con un gesto de la cabeza y se dirigió hacia una de las mesas de *picnic*, ocupada por tres señoras de avanzada edad que conversaban en torno a unas tazas de café y un termo.

—Hola, agente —saludó una de ellas—. ¿Podemos ayudarle en algo? ¿O acaso hemos hecho algo malo? —inquirieron sus ojos, nerviosos por un momento.

—Solo quisiera saber si el Ford y el Volvo de ahí arriba son de ustedes, señoras —respondió Alan.

—El Ford es mío —intervino otra de las mujeres—. Hemos venido todas en él. No sé nada de un Volvo. ¿Es lo de la tarjeta? ¿Se ha vuelto a despegar la tarjeta? Pensaba que mi hijo se había ocupado ya de eso, pero se le olvida todo. Cuarenta y tres años y todavía tengo que decirle cada vez...

—El permiso de circulación está en orden, señora —la cortó Alan, dirigiéndole su mejor sonrisa de «El policía es tu amigo»—. Ninguna de ustedes vio llegar el Volvo, ¿verdad?

Todas movieron la cabeza en un gesto de negativa.

—¿Han visto hace poco a alguien que pudiera ser el propietario?

—No —dijo la tercera mujer, clavándole unos ojillos brillantes de ardilla—. ¿Anda usted tras una pista, agente?

—¿Qué dice, señora?

—Que si persigue a algún delincuente.

—¡Ah! —exclamó Alan. Por un momento, la situación le pareció irreal. ¿Qué estaba haciendo allí, exactamente? ¿Qué había pensado encontrar en aquel lugar?—. No, señora. Me gustan los Volvo, eso es todo. —Ja, aquello había quedado muy agudo. Había quedado... de puta madre, sí señor.

—¡Ah! —exclamó la primera que había hablado—. Pues no hemos visto a nadie. ¿Le apetece una taza de café, agente? Creo que queda suficiente.

—No, gracias —replicó Alan—. Que pasen una buena tarde, señoras.

—Y usted, agente —respondieron a coro en una perfecta armonía a tres voces. La sensación de irrealidad alcanzó su punto culminante.

Se acercó al Volvo y tiró de la portezuela del conductor. Se abrió. El interior del coche era como un ático caluroso. Llevaba un buen rato allí, cerrado y aparcado. Inspeccionó la parte trasera y vio en el suelo un envoltorio, un poco mayor que el de los pañuelos de papel. Se agachó entre los asientos y lo recogió.

Era un paquete de toallitas perfumadas y Alan notó como si alguien hubiese dejado caer una bocha de bolos sobre su estómago.

«No significa nada —repitieron una vez más las voces del procedimiento y de la razón—. Al menos, no necesariamente. Sé lo que piensas: estás pensando en niños. ¡Pero, Alan, por el amor de Dios, esas toallitas las regalan en cualquier bar de carretera cuando compras pollo frito!»

De todos modos...

Alan guardó la toallita en un bolsillo de la camisa de uniforme y salió del coche. Se disponía a cerrar la puerta, pero volvió a agacharse. Trató de mirar bajo el salpicadero, pero no lo distinguía de pie. Tuvo que hincar la rodilla.

Alguien dejó caer otra bola sobre su estómago.

Los cables del encendido estaban colgando, con los hilos de cobre pelados y ligeramente retorcidos. Esto se debía, comprendió Alan, a que habían hecho un puente con los dos cables. Y con mucha pericia, a juzgar por el aspecto. El autor había cogido los cables por el plástico y había tirado de ellos otra vez para detener el motor después de aparcar allí.

De modo que era cierto... al menos en parte. La cuestión principal era hasta qué punto. Empezaba a sentirse como si cada vez estuviera más cerca de una posible caída mortal.

Regresó al coche patrulla, se sentó al volante, conectó el motor y descolgó el micrófono de la horquilla.

«¿Qué es cierto, en realidad? —cuchichearon el procedimiento y la razón. ¡Ah, qué voces tan enloquecedoras!—. ¿Que hay alguien en la casa del lago de los Beaumont? Sí, tal vez sea cierto. ¿Que alguien llamado George Stark salió del establo de Fuzzy Martin en ese Toronado negro? ¡Vamos, Alan!»

Dos pensamientos lo asaltaron casi simultáneamente. El primero fue que, si se ponía en contacto con Henry Payton, de la central de la policía del estado de Oxford, como Harrison le había indicado que hiciera, tal vez nunca sabría cómo terminaría aquello. Lake Lane, donde estaba la casa de verano de los Beaumont, era un callejón sin salida. La gente de la central le diría que no se acercara a la casa por su cuenta; no se lo permitirían a un hombre solo, sobre todo cuando sospechaban que el hombre que retenía a Liz y a los niños era autor de al menos una decena de asesinatos. Le ordenarían que se limitara a bloquear la calle mientras enviaban hacia allí una flota de coches patrulla, un helicóptero tal vez y, por lo que Alan sabía, hasta unos cuantos destructores y cazabombarderos.

El segundo pensamiento fue acerca de Stark.

Todos aquellos policías no pensaban en Stark; ni siquiera se les ocurría la posibilidad de que existiera.

Pero ¿y si Stark era real?

Si lo era, Alan empezaba a sospechar que mandar a Lake Lane a un montón de policías que no sabían con quién se enfrentaban sería como enviar a los hombres a un matadero.

Volvió a colgar el micrófono en la horquilla. Se proponía ir a la casa, e iba a hacerlo solo. Tal vez estuviera cometiendo un error. Era probable que así fuera. Pero era lo que se proponía hacer. Podía vivir con el conocimiento de su propia estupidez, y Dios sabía que ya lo había demostrado otras veces, pero con lo que no podría vivir sería con el pensamiento de haber sido el responsable de la muerte de una mujer y dos niños por haber llamado por radio antes de saber el estado real de la situación.

Alan dejó el área de descanso y se dirigió a Lake Lane.

VEINTICUATRO

LA LLEGADA DE LOS GORRIONES

1

Thad evitó la autopista en su viaje (Stark había ordenado a Liz que la tomara, con lo cual ganaban media hora en el trayecto), de modo que hubo de decidirse entre cruzar Oxford o Lewiston-Auburn. L.A., como la llamaban los residentes de la región, era una zona metropolitana mucho más extensa, pero la central de la policía del estado se encontraba en Oxford. Escogió Lewiston-Auburn.

Estaba esperando ante un semáforo de Auburn, lanzando constantes ojeadas por el retrovisor para ver si se acercaba algún coche de la policía, cuando le asaltó de nuevo la idea que había empezado a tomar forma clara mientras hablaba con Rawlie en el depósito de automóviles.

«Yo soy quien sabe. Yo soy el dueño. Yo soy quien los trae.

Lo que está sucediendo aquí es magia —pensó Thad—, y cualquier mago que se precie debe tener una varita mágica. Todo el mundo lo sabe. Por suerte, sé dónde puedo encontrar una. En realidad, sé dónde las venden por docenas».

La papelería más cercana estaba en Court Street y Thad se desvió en dirección a ella. Estaba seguro de que había lápices Berol Black Beauty en la casa de Castle Rock y tenía también la certeza de que Stark se habría llevado su propio suministro, pero no quería ninguno de aquellos. Lo que buscaba era unos lápices que Stark no hubiera tocado nunca, ni como parte de Thad ni como ente separado de él.

Encontró un hueco para aparcar a media manzana de la papelería, apagó el motor del Volkswagen de Rawlie (que se detuvo con un estornudo y varios resoplidos) y puso pie a tierra. Era un descanso alejarse del fantasma de la pipa de Rawlie y volver a respirar aire fresco durante un rato.

Compró una caja de lápices Black Beauty en la papelería. El encargado le dio

permiso para utilizar el sacapuntas instalado en la pared. Se dedicó a afilar media docena de Berol y se los guardó en el bolsillo junto a la solapa, colocados uno al lado del otro. Las puntas sobresalían como las cabezas explosivas de unos pequeños misiles mortíferos.

«Presto y abracadabra —pensó—. Que empiece la función».

Volvió al coche de Rawlie y se quedó sentado tras el volante un momento, sudando y cantando por lo bajo *John Wesley Harding*. Había recordado casi toda la letra. Era realmente asombroso lo que conseguía la mente humana sometida a tensión.

«Esto podría ser muy peligroso», reflexionó. Y se dio cuenta de que no le preocupaba gran cosa lo que pudiera sucederle. Al fin y al cabo, él había dado vida a George Stark y suponía que ello le hacía responsable de su existencia. No lo encontraba justo, pues no pensaba haber creado a George con ningún propósito malévolos. No se veía como uno de esos perversos doctores, Jekyll y Frankenstein, a pesar de lo que pudiera estar sucediéndole a su esposa y a sus hijos. Tampoco se había propuesto escribir una serie de novelas que le dieran mucho dinero y, desde luego, no había tenido ninguna intención de crear un monstruo. Solo había tratado de tantear un camino para sortear el bloqueo que se había interpuesto en su carrera. Solo había querido encontrar el modo de escribir otra buena novela, porque escribir lo hacía feliz.

En lugar de ello, se había visto atrapado en una especie de enfermedad sobrenatural. Había enfermedades, un gran número de ellas, que encontraban cobijo en el cuerpo de personas que no habían hecho nada para merecerlas —dolencias como la parálisis cerebral, la distrofia muscular, la epilepsia o la enfermedad de Alzheimer—, pero, cuando uno las sufría, tenía que afrontarlas. ¿Cómo se llamaba el viejo concurso de la radio? ¿*Nómbrelo y gane*?

Su mente, sin embargo, insistía con bastante buen juicio en que aquello podía ser muy peligroso para Liz y los bebés.

Sí. La cirugía cerebral también podía ser peligrosa, pero cuando uno tenía un tumor creciéndole en el cráneo, ¿qué alternativa le quedaba?

«Él estará mirando, espiando. Los lápices están bien; puede que incluso se sienta halagado. Pero si percibe lo que te propones hacer con ellos, o si descubre lo del reclamo para pájaros, si adivina lo de los gorriones, ¡mierda!, solo con que intuya que le ocultas algo, estarás en un buen lío».

«Pero podría funcionar —susurró otra parte de su mente—. Maldita sea, sabes que podría funcionar».

Sí. Lo sabía. Y, como la parte más profunda de su mente insistía en que no tenía alternativa, Thad puso en marcha el Volkswagen y enfiló rumbo a Castle Rock.

Quince minutos más tarde había dejado Auburn tras él y estaba de nuevo en la carretera, en dirección oeste hacia la región de los lagos.

2

Durante los últimos sesenta kilómetros del trayecto, Stark estuvo hablando sin parar de *Máquina de acero*, el libro en el que iban a colaborar él y Thad. Ayudó a Liz con los niños —manteniendo siempre una mano libre y lo bastante cerca del arma que llevaba al cinto como para convencerla de que no intentara nada— mientras ella abría la puerta de la casa de verano y les franqueaba el paso. Liz había esperado que hubiera coches aparcados en alguno de los caminos particulares que salían de Lake Lane o escuchar el sonido de voces o de motosierras, pero solo había captado el zumbido soñoliento de los insectos y el potente ronroneo del motor del Toronado. Parecía que aquel hijo de puta tenía la suerte del diablo.

Mientras descargaban el equipaje y lo llevaban adentro, Stark continuó hablando. No se detuvo ni siquiera mientras utilizaba la navaja barbera para cercenar los cables de todas las clavijas de teléfono, excepto una. Y la obra no sonaba mal. Aquello era lo más horrible: que el libro sonaba muy bien, en realidad. Sonaba como si pudiera tener tanto éxito como *Vida de Máquina* o incluso más.

—Tengo que ir al baño —dijo Liz cuando tuvieron todas las bolsas dentro, interrumpiéndolo a media frase.

—Está bien —respondió Stark en voz baja, al tiempo que se volvía a mirarla. Se había quitado las gafas de sol cuando habían llegado y Liz tuvo que apartar la vista. Aquella mirada sepulcral, espeluznante, era más de lo que la mujer podía soportar—. Te acompañaré.

—Me gusta tener un poco de tranquilidad cuando voy al baño. ¿A ti no?

—A mí no me importa mucho tenerla o no —respondió Stark con tranquilo regocijo. Era el estado de ánimo que había mostrado desde que dejara la autopista en Gates Falls; tenía el aire inconfundible de quien está seguro de que las cosas van a salir bien.

—Pues a mí, sí —insistió ella, como si hablara con un niño especialmente obtuso.

Notó que los dedos se le cerraban como si fueran garras e imaginó que saltaba sobre él de improviso y le arrancaba de las cuencas en descomposición aquellos globos oculares de mirada repulsiva, pero cuando se atrevió a levantar la vista hacia él y advirtió su sonrisa divertida, Liz comprendió que él sabía lo que estaba

pensando y sintiendo.

—Me quedaré en el umbral del baño —murmuró Stark con fingida humildad—. Seré un buen chico y no miraré.

Los bebés gateaban a sus anchas sobre la alfombra del salón. Estaban alegres, ruidosos y llenos de energía. Parecían encantados de estar en aquel lugar, que solo habían visitado una vez con anterioridad, un fin de semana de invierno.

—No pueden quedarse solos —dijo Liz— y el baño está junto al dormitorio principal. Si se quedan aquí, les puede pasar algo.

—No hay problema, Beth —respondió Stark, levantando a los mellizos y sujetándolos uno bajo cada brazo. Solo unas horas antes, Liz habría estado convencida de que si alguien que no fuera ella o Thad intentaba algo semejante, William y Wendy protestarían a voz en grito. En cambio, cuando Stark los cogió, los bebés balbucearon de contento, como si fuera la cosa más divertida del mundo—. Los llevaré al dormitorio y los vigilaré yo, en lugar de hacerlo tú. —Stark se volvió y la miró con súbita frialdad—. No te preocupes, me ocuparé de ellos. No me gustaría que les sucediera nada malo, Beth. Me caen bien. Si les pasa algo, no será por culpa mía.

Liz entró en el baño y él se quedó en el umbral, de espaldas a ella como había prometido, contemplando a los gemelos. Mientras se levantaba la falda y se bajaba las bragas para sentarse, Liz deseó ser hombre. No iba a morir porque Stark se volviera y la viese sentada en la taza... pero si George descubría las tijeras de costura ocultas en la ropa interior, tal vez sí que podría darse por muerta.

Y, como de costumbre, cuando tenía prisa por terminar, la vejiga se negaba obstinadamente a vaciarse. «Vamos, vamos —pensó con una mezcla de miedo y de irritación—. ¿Qué sucede? ¿Crees que te van a dar intereses por ese líquido?»

Por fin. Qué alivio.

—Pero cuando intentan salir del establo —estaba diciendo Stark—, Máquina prende fuego a la gasolina que habían vertido por la noche en la zanja que lo circunda. ¿No sería magnífico? Se podría hacer una película, Beth... A esos idiotas del cine les encantan los incendios.

Liz usó el papel higiénico y se subió las bragas con mucho cuidado. Mantuvo los ojos fijos en la espalda de Stark mientras se ordenaba la ropa, rogando que no se le ocurriera volverse. George no lo hizo; estaba absorto en su historia.

—Westerman y Jack Rangely vuelven adentro con la idea de subir al coche para atravesar el fuego. Pero Ellington se deja llevar por el pánico y...

Se interrumpió de improviso y ladeó la cabeza. A continuación, se volvió hacia Liz en el momento en que ella terminaba de arreglarse la falda.

—Fuera —dijo con brusquedad. Su voz había perdido todo rastro de buen

humor—. Sal de ahí ahora mismo.

—¿Qué...?

Stark la asió por el brazo con aspereza y la empujó al dormitorio. Luego entró en el baño y abrió el armario.

—Tenemos compañía, y es demasiado pronto para que sea Thad.

—Yo no...

—Un motor de coche —le informó escuetamente—. Un motor potente. Podría ser una patrulla de la policía. ¿Lo oyes?

Stark cerró el armario de un golpe y abrió el cajón a la derecha del lavabo. Encontró un rollo de esparadrapo y abrió el envoltorio.

Liz no oía nada y se lo dijo.

—Está bien —respondió él—. Yo lo oigo por los dos. Pon las manos en la espalda.

—¿Qué vas a...?

—¡Cállate y pon las manos en la espalda!

Liz obedeció y se encontró con las muñecas atadas en un abrir y cerrar de ojos.

—Acaban de apagar el motor —murmuró—. Tal vez a medio kilómetro carretera arriba. Alguien que trata de hacerse el listo.

A Liz le pareció que oía un motor en el último momento, pero podía ser mera sugestión. En cualquier caso, se dio cuenta de que no habría captado nada en absoluto si no hubiera estado escuchando con toda su atención. Dios santo, qué oído más fino tenía aquel monstruo.

—Tengo que cortar el esparadrapo —dijo Stark—. Lamento tener que ser indiscreto un momento, Beth. No disponemos de tiempo para cortesías.

Y antes de que Liz supiera qué estaba haciendo, Stark llevó la mano a la parte delantera de su falda. Un instante después, sacaba de allí las tijeras de costura; ni siquiera le pellizcó la piel con los imperdibles.

La miró a los ojos por un instante mientras extendía las manos tras la espalda de Liz y utilizaba las tijeras para cortar el esparadrapo.

Parecía haber recuperado el buen humor.

—Las habías visto. Habías notado el bulto, después de todo —murmuró Liz.

—¿Las tijeras? —Se echó a reír—. Sí, las vi, pero no dónde las guardabas. Las vi en tus ojos, querida Bethie. Las vi antes de salir de Ludlow. Supe que las tenías cuando bajabas las escaleras.

Se arrodilló delante de ella con el esparadrapo, absurda y ominosamente, como un pretendiente que le pidiera la mano. Después, alzó los ojos hacia ella.

—No se te ocurra darme una patada o algo así, Beth. No estoy seguro, pero creo que es un policía. Y no tengo tiempo para andar con jueguecitos contigo,

aunque me gustaría mucho. Así que quédate quieta.

—Los niños...

—Voy a cerrar las puertas. Todavía no alcanzan los tiradores, aunque logren ponerse de pie. Tal vez se traguen alguna pelusa de polvo de debajo de la cama, pero creo que ese es el peor problema en que pueden meterse. Volveré enseguida.

El esparadrapo trazaba ahora ondulantes figuras de ochos en torno a sus tobillos. Cuando hubo terminado y cortado, Stark se incorporó.

—Pórtate bien, Beth —le aconsejó—. No desperdicies tus ideas brillantes. Lo pagarías caro... pero antes te obligaría a ver cómo lo pagaban ellos.

Luego cerró la puerta del baño y la del dormitorio, y se fue. Se ausentó con la rapidez de un mago que hiciera un truco.

Liz pensó en la escopeta del 22 guardada en el cobertizo de las herramientas. ¿Había munición allí, también? Estaba casi segura de que sí; media caja de balas para escopeta Winchester del 22 largo en un estante, arriba.

Empezó a mover las muñecas en una dirección y otra. Stark había enrollado el esparadrapo con mucha habilidad y durante un rato no estuvo segura de poder ni siquiera aflojarlo, y mucho menos de liberar las manos.

Después notó que comenzaba a ceder un poco y continuó moviendo las muñecas a un lado y a otro, cada vez más deprisa, jadeando.

William se acercó gateando, le puso sus manitas en la pierna y la miró a la cara con gesto inquisitivo.

—Todo va a salir bien —dijo Liz, lanzándole una sonrisa.

William se la devolvió y se alejó a gatas en busca de su hermana. Liz se apartó de los ojos un mechón de pelo sudoroso con un brusco movimiento de cabeza y volvió a hacer girar las muñecas a un lado y a otro, a un lado y a otro, a un lado y a otro.

3

Por lo que Alan podía observar, Lake Lane estaba completamente desierta; al menos, lo estaba hasta donde se atrevió a adentrarse con el coche. Es decir, hasta el sexto camino particular que salía de la carretera. Pensó que podía haber avanzado un poco más sin peligro —no había modo de que se oyera el motor del coche desde la casa de los Beaumont, y menos aún con dos colinas de por medio—, pero era mejor andar sobre seguro. Llegó hasta la casa con el techo en forma de A que pertenecía a la familia Williams, unos veraneantes de Lynn, Massachusetts; aparcó sobre una alfombra de pinaza bajo un venerable abeto mohoso, apagó el motor y se apeó.

Alzó la cabeza y vio los gorriones.

Estaban posados en lo alto del tejado de la casa de los Williams. Descansaban en las ramas altas de los árboles que la rodeaban. Estaban posados en las rocas junto a la orilla del lago; se peleaban por un hueco en el embarcadero de los Williams... tanto que no se veía la madera. Había cientos y cientos de ellos.

Estaban en completo silencio. Se limitaban a mirarlo con sus ojillos negros.

—Dios santo —musitó.

Escuchó el chirrido de unos grillos en la hierba alta que crecía en torno a los cimientos de la casa, el suave chapoteo del agua del lago contra el embarcadero y el rumor de un avión que cruzaba el cielo hacia el oeste, en dirección a New Hampshire. Salvo esto, el silencio era absoluto. No se oía ni el áspero ronroneo de un solo motor fuera borda en el lago.

Solo aquellos pájaros.

Todos aquellos pájaros.

Alan notó que un miedo intenso, vidrioso, le recorría los huesos. En primavera y en otoño había visto alguna bandada de gorriones, a veces cien o doscientos pájaros en formación, pero nunca había visto nada como aquello.

«¿Han venido por Thad... o por Stark?»

Echó un nuevo vistazo al micrófono de la radio y se preguntó si no sería más seguro llamar, después de todo. Aquello era demasiado extraño, parecía demasiado fuera de control.

«¿Y si todos echan a volar a la vez? Si el tipo está ahí abajo y es tan astuto como dice Thad, los oiré, seguro. Los oiré perfectamente».

Echó a andar. Los gorriones no se movieron, pero una nueva bandada apareció en el aire y se posó en los árboles. Ahora lo rodeaban por todas partes, mirándolo como un jurado mal dispuesto contemplaría a un asesino en el banquillo. Menos por detrás, por la carretera. Los bosques que bordeaban Lake Lane aún estaban libres.

Decidió volver por allí.

Se le ocurrió una idea desconsoladora, casi una premonición: aquel podía ser el error más grande de toda su carrera profesional.

«Solo voy a hacer un reconocimiento del lugar —se dijo—. Si los pájaros no echan a volar (y no parecen tener intención de hacerlo) todo irá bien. Puedo subir por ese camino, cruzar Lake Lane y bajar hasta la casa de los Beaumont cruzando el bosque. Si el Toronado está ahí, lo veré. Y si veo el coche, tal vez lo vea a él. Y si lo veo, sabré al menos con qué me enfrento. Sabré si se trata de Thad o de otra persona».

Otra idea le vino a la mente. Era algo que Alan apenas se atrevía a pensar porque hacerlo podía torcer su suerte. Si veía al dueño del Toronado negro, tal vez

se le pusiera a tiro. Quizá pudiera abatir a aquel hijo de puta y poner fin al asunto allí mismo. Si las cosas salían así, le esperaba una buena bronca de la policía del estado por no acatar sus órdenes concretas; pero Liz y los bebés estarían a salvo y, de momento, aquello era lo único que le importaba.

Más gorriones se posaron sin producir el menor ruido. Cubrían la calzada de asfalto del camino de los Williams de un extremo a otro. Un pájaro se posó a menos de cinco palmos de las botas de Alan. Hizo ademán de lanzar un puntapié al gorrión y al instante se arrepintió de ello, pensando que el pájaro podía reaccionar echando a volar (y arrastrando tras de sí a toda la monstruosa bandada).

El gorrión se apartó un poco a saltitos. Eso fue todo.

Otro gorrión aterrizó en el hombro de Alan. El comisario no podía creerlo, pero allí estaba. Trató de ahuyentarlo moviendo la mano, pero el pájaro saltó a ella. Bajó el pico como si quisiera clavárselo pero se detuvo antes de hacerlo. Con el corazón al galope, Alan bajó la mano. El gorrión saltó de ella, batió las alas una sola vez y se posó en el camino con sus compañeros. Y lo miró con sus ojillos negros, insensibles.

Alan tragó saliva. Su garganta emitió un sonoro chasquido.

—¿Qué sois? —murmuró—. ¿Qué coño sois?

Los gorriones se limitaron a contemplarlo. Ahora, todos los pinos y arces que alcanzaba a ver a este lado del lago parecían repletos de ellos. Escuchó el crujido de una rama bajo su peso en alguna parte.

«Tienen los huesos huecos —pensó—. No pesan prácticamente nada. ¿Cuántos deben de hacer falta para quebrar una rama como esa?»

No lo sabía. Ni quería saberlo.

Alan desabrochó la tirilla de la empuñadura del revólver del 38 y desanduvo la pronunciada pendiente del camino de los Williams, alejándose de los gorriones. Cuando llegó a Lake Lane, que solo era un camino de tierra con una franja de hierba entre las roderas de los coches, tenía el rostro grasiento de sudor y la camisa pegada a la espalda. Miró alrededor. Tenía la masa de gorriones a su espalda, por el camino que había tomado (ya estaban también sobre el techo del coche, apretados encima del capó, el maletero y las luces del techo), pero donde ahora estaba no había ninguno.

«Es como si no quisieran acercarse demasiado, al menos de momento. Es como si este fuera su punto de reunión».

Miró a un lado y otro de Lake Lane desde lo que esperaba que fuese un buen escondite tras un gran zumaque. No se veía un alma. Solo los gorriones, y estaban todos allá atrás, en la ladera donde se alzaba la casa en forma de A de los Williams. No se oía más sonido que el de los grillos y el de un par de mosquitos

que zumbaban alrededor de su rostro.

Estupendo.

Alan cruzó el camino al trote como un soldado en territorio enemigo, con la cabeza baja entre los hombros agachados; saltó la cuneta taponada de zarzas y rocas del otro lado y desapareció entre los árboles. Una vez oculto, se concentró en descender hacia la casa de verano de los Beaumont lo más deprisa y en silencio que pudo.

4

La ribera oriental del lago Castle yacía al fondo de una pendiente larga y pronunciada. Lake Lane recorría esa pendiente a media altura y la mayoría de las casas quedaba muy abajo, tan lejos de la calle que desde su posición Alan solo divisaba los tejados. Estaba por encima de Lake Lane, a unos veinte metros ladera arriba. Algunas viviendas quedaban completamente ocultas a la vista. En cambio, tenía una buena perspectiva de la calle y de los caminos particulares que salían de ella y, si llevaba cuidado, todo saldría bien.

Cuando llegó al quinto camino que partía de Lake Lane, contando desde la casa de los Williams, el comisario se detuvo. Miró atrás para comprobar si los gorriones lo seguían. Era una idea desquiciada pero, de algún modo, inevitable. No advirtió el menor rastro de los pájaros y se le ocurrió pensar que tal vez su mente sobrecargada lo había imaginado todo.

«Olvídalo —pensó—. No has imaginado nada. Los gorriones estaban allí detrás y allí siguen todavía».

Volvió la vista hacia el camino de la casa de los Beaumont, pero desde la posición que ocupaba no alcanzaba a ver nada. Empezó a descender con movimientos cautos, agachado. Avanzó poco a poco y sin hacer ruido. Estaba a punto de felicitarse por ello cuando George Stark le puso el cañón de una pistola en el oído izquierdo y le dijo:

—Intenta moverte, amigo, y te desparramo los sesos sobre el hombro derecho.

5

Volvió la cabeza despacio, despacio, despacio.

Lo que vio casi le hizo desear haber nacido ciego.

—Supongo que no me contratarán nunca para la portada de *Playboy*, ¿verdad?

—comentó Stark, sonriente. La mueca dejaba a la vista más dientes y encías (y alveolos vacíos donde había tenido piezas dentales) de los que hubiera podido mostrar la sonrisa más amplia. El rostro estaba cubierto de llagas y la piel parecía desprenderse del tejido subcutáneo. Pero no fue esto lo peor de todo, lo que hizo que a Alan se le revolviera el estómago de horror y repulsión. Algo terrible parecía afectar a la estructura interna de aquel rostro. Era como si estuviera no ya descomponiéndose, sino sufriendo una especie de horrible mutación.

En cualquier caso, Alan supo quién era el tipo de la pistola.

Observó el cabello rubio, tan carente de vida como una vieja peluca pegada a la cabeza de paja de un espantapájaros, y los hombros, casi tan anchos como los de un jugador de fútbol americano con las protecciones puestas. El hombre estaba plantado ante él con una especie de elegancia arrogante y llena de agilidad, aunque permanecía inmóvil, y Alan advirtió que lo contemplaba de buen humor.

Era el hombre que no podía existir, que no había existido nunca.

Era el señor George Stark, el hijo de puta de categoría procedente de Oxford, Mississippi.

Todo el asunto era real.

—Bienvenido al carnaval, amigo —dijo Stark tranquilamente—. Te mueves muy bien para ser un tipo tan grande. Al principio, casi te he perdido y he tenido que buscarte. Bajemos a la casa. Quiero presentarte a la mujercita. Si haces un solo movimiento extraño acabo contigo, con ella y con esos lindos bebés. No tengo absolutamente nada que perder, ¿lo entiendes?

Stark le sonrió de nuevo con una mueca de su rostro putrefacto, horrorosamente imposible. Los grillos continuaron sus chirridos entre las hierbas. En el lago, un somorgujo lanzó al aire su llamada dulce y penetrante. Alan deseó con todas sus fuerzas ser aquel pájaro porque, cuando se asomó a los ojos saltones de Stark, solo vio en ellos una cosa además de muerte... y esa cosa era un vacío absoluto.

Comprendió en ese instante, con súbita y absoluta claridad, que nunca volvería a ver a su esposa y a sus hijos.

—Lo entiendo —respondió.

—Entonces, deja la pistola en el suelo y vámonos.

Alan obedeció. Stark cerró la marcha en el descenso hasta Lake Lane. Cruzaron la calzada y continuaron pendiente abajo por el camino particular de los Beaumont hasta la casa. Esta sobresalía de la ladera sobre unos robustos pilares de troncos, casi como una de esas casas de la playa de Malibú. Por lo que Alan pudo apreciar, no había gorriones por allí. Ninguno en absoluto.

El Toronado estaba aparcado junto a la puerta, como una tarántula negra y reluciente bajo el sol de la tarde. Parecía una bala. Alan leyó el adhesivo del

parachoques con una leve sensación de asombro. Sus emociones parecían extrañamente apagadas, extrañamente mudas, como si todo aquello fuera un sueño del que pronto despertaría.

«Es mejor que no pienses eso —se aconsejó a sí mismo—. Con esos pensamientos solo conseguirás que te maten».

La recomendación resultaba casi graciosa, porque ya era hombre muerto, ¿o no? No había hecho más que acercarse a hurtadillas al camino de los Beaumont con la intención de echar un vistazo, de hacerse una idea general de cómo estaba la situación... y, sin saber cómo, de pronto se había encontrado con Stark apoyándole una pistola en el oído y ordenándole que dejara el arma en el suelo. Allí había empezado el baile.

«No lo he oído en absoluto; ni siquiera lo he intuido. La gente me tiene por un hombre sigiloso pero, comparado con este tipo, es como si tuviera dos pies izquierdos».

—¿Te gusta el coche? —preguntó Stark.

—Ahora mismo, creo que le gustaría a cualquier agente de policía de Maine —respondió Alan—, porque todos ellos andan tras usted.

Stark soltó una carcajada burlona.

—No sé por qué, no me lo creo. —Hundió el cañón del arma en los riñones de Alan y añadió—: Vamos adentro, amigo. Estamos esperando a Thad. Cuando llegue, creo que ya estaremos listos para empezar con el *rock and roll*.

Alan observó la mano libre de Stark y se fijó en un detalle muy extraño: no parecía tener ninguna línea en la palma. Ninguna línea en absoluto.

6

—¡Alan! —exclamó Liz—. ¿Está usted bien?

—Creo que sí —respondió Alan—, si es posible que un hombre que se siente como un completo estúpido diga tal cosa.

—No se podía esperar que creyeras lo que decían —intervino Stark con toda calma. Señaló las tijeras que le había sacado de las bragas a Liz y que había dejado en una de las mesillas de noche que flanqueaban la gran cama de matrimonio, lejos del alcance de los gemelos—. Suéltale las piernas, agente Alan. No es preciso que te ocupes de las muñecas; parece que Beth casi ha conseguido arreglárselas por sí sola. ¿O eres el jefe Alan?

—Comisario —respondió él, y pensó: «Me conoce. El tipo sabe que soy el comisario Alan Pangborn, de Castle Rock. Y lo sabe porque Thad me conoce. Pero aunque tenga todos los triunfos en la mano, el tipo nunca revela todo lo que

sabe. Es más astuto que una comadreja que se busca la vida en los gallineros».

Por segunda vez le invadió la lúgubre certeza de la proximidad de la muerte. Trató de pensar en los gorriones, porque estos constituían el único elemento de aquella pesadilla con el que al parecer George Stark no contaba. De inmediato, se lo pensó mejor. Stark era demasiado perspicaz. Si se permitía abrigar alguna esperanza, el tipo lo descubriría en sus ojos y se preguntaría qué significaba.

Alan cogió las tijeras y cortó el esparadrapo que sujetaba los tobillos de Liz Beaumont mientras ella se liberaba una mano y empezaba a desenrollar el esparadrapo de las muñecas.

—¿Vas a hacerme daño? —preguntó la mujer con voz asustada, al tiempo que levantaba las manos como si las marcas rojas que había dejado el esparadrapo en sus muñecas pudieran, de algún modo, disuadir a Stark de sus intenciones.

—No —replicó él con una ligera sonrisa—. No te puedo culpar por hacer lo que te surgió espontáneamente, ¿verdad, querida Beth?

Ella le dirigió una mirada de repulsión y de miedo y cogió en brazos a los bebés. Preguntó a Stark si se los podía llevar a la cocina para darles de comer. Los gemelos habían dormido durante el viaje hasta que Stark había aparcado el Volvo robado de los Clark en el área de descanso y ahora estaban muy despiertos y animados.

—Claro que sí —respondió Stark, quien también parecía alegre y animado; pero seguía empuñando la pistola, y su mirada iba incesantemente de Liz a Alan—. ¿Por qué no vamos todos? Quiero charlar un poco con el comisario.

Desfilaron en grupo hacia la cocina, donde Liz empezó a preparar algo de comer para los gemelos. Mientras tanto, Alan se encargó de vigilar a los bebés. Eran unos niños muy despiertos, como un par de conejitos, y al verlos recordó un tiempo en el que él y Annie eran mucho más jóvenes, un tiempo en que Toby, ahora estudiante en el instituto, aún llevaba pañales y en que a Todd aún le quedaban años para aparecer en escena.

Los gemelos gatearon felizmente por la estancia y, de vez en cuando, Alan tuvo que ir tras ellos para que no volcaran una silla o se dieran un golpe en la cabeza con las patas de la mesa de formica bajo los fogones de la cocina.

Mientras se ocupaba de los bebés, Stark le dijo:

—Piensas que voy a matarte. No es preciso que lo niegues, comisario; lo veo en tus ojos y es una mirada que conozco bien. Podría mentirte y decir que no es cierto, pero creo que dudarías de mí. Tú mismo tienes cierta experiencia en estos asuntos, ¿verdad?

—Supongo —respondió Alan—. Pero esto resulta un poco... en fin, se aparta un poco de la tarea normal de un policía.

Stark echó atrás la cabeza y soltó una carcajada. Los gemelos se volvieron

hacia la fuente del sonido y lo acompañaron con sus risas. Alan miró a Liz y vio odio y terror en su rostro. Eso, y algo más, ¿verdad? Sí. Alan intuyó que eran celos. Se preguntó si habría algún detalle que George Stark ignoraba. Se preguntó si Stark imaginaba lo peligrosa que podía resultar para él aquella mujer.

—¡De eso puedes estar seguro! —exclamó Stark, riéndose todavía. Luego se puso serio. Se inclinó hacia Alan y este se atufó del hedor gaseoso de su carne descompuesta—. Pero no tiene por qué ser así, comisario. Las posibilidades de que salga con vida de este asunto están en su contra, eso se lo prometo, pero todavía existe alguna. He venido aquí con un objetivo. Quiero escribir un poco. Thad va a ayudarme, va a poner en marcha la bomba del pozo, por decirlo así. Calculo que trabajaremos toda la noche pero, cuando salga el sol mañana por la mañana, es muy probable que haya puesto en orden mi casa.

—Quiere que Thad le enseñe a escribir por su cuenta —dijo Liz desde la galería—. Dice que van a colaborar en un libro.

—No es eso, exactamente —replicó Stark, mirándola durante un instante. Una leve mueca de disgusto traspasó la superficie, hasta entonces intacta, de expresión de complacencia—. Me lo debe, ¿sabes? Tal vez él supiera escribir antes de que me presentara, pero fui yo quien le enseñó a escribir cosas que la gente quisiera leer. ¿De qué sirve escribir algo si nadie quiere leerlo?

—Claro... tú no lo entenderías nunca, ¿verdad? —murmuró Liz.

—Lo que quiero de él —explicó Stark a Alan— es una especie de transfusión. Parece que tengo una especie de... de glándula que ha dejado de funcionar. Temporalmente. Creo que Thad sabe cómo ponerla en marcha. Es preciso que lo sepa, porque es como si él hubiera clonado la mía de la suya, ¿entiendes a qué me refiero? Supongo que podría decirse que él ha construido la mayor parte de mi equipo.

«Oh, no, amigo mío —pensó Alan—. Eso no es verdad. Quizá no lo sepas, pero no es verdad. Lo hicisteis juntos, los dos, porque tú estabas allí desde el principio. Has demostrado una insistencia terrible. Thad intentó acabar contigo antes de que nacierais y no lo consiguió del todo. Luego, once años más tarde, el doctor Pritchard realizó otro intento que funcionó, pero solo durante un tiempo. Por último, Thad te invitó a volver. Lo hizo sin darse cuenta, porque ignoraba tu existencia. Pritchard no le habló nunca de lo sucedido. Y tú acudiste, ¿verdad? Tú eres el fantasma de su hermano muerto, pero eres a la vez mucho más y mucho menos que eso».

Alan cogió a Wendy, que estaba junto a la chimenea, antes de que se cayera de espaldas en la caja de la leña. Stark miró a William y a Wendy, y se concentró de nuevo en Alan.

—Thad y yo venimos de una larga historia de gemelos, ¿sabes? Y,

naturalmente, empecé a existir tras la muerte de los mellizos que habrían sido los hermanos o hermanas mayores de estos. Llámalo una especie de equilibrio trascendental, si quieres.

—Lo llamo una locura —respondió Alan. Stark soltó una carcajada.

—En realidad, yo también. Pero sucedió. El verbo se hizo carne, podría decirse. Cómo llegó a suceder no importa mucho; lo importante es que estoy aquí.

«Te equivocas. La manera en que sucedió puede ser lo único que importe ahora. Para nosotros, si no para ti..., porque quizá sea lo único que nos pueda salvar».

—Una vez las cosas llegaron a cierto punto, me creé a mí mismo —prosiguió Stark—. En realidad, no resulta sorprendente que haya tenido problemas para escribir, ¿no es cierto? Crearse a uno mismo requiere muchas energías. No pensarás que esas cosas suceden todos los días, ¿verdad?

—¡No lo quiera Dios! —exclamó Liz.

La frase fue un golpe directo, o casi. Stark volvió la cabeza hacia ella con la rapidez de una serpiente al morder y, en esta ocasión, el disgusto fue más que un esbozo.

—Será mejor que mantengas esa boca cerrada, Beth —amenazó con voz sedosa—, o le crearás problemas a alguien que no puede hablar por sí mismo. O misma.

Liz bajó la vista al cazo del fogón. Alan creyó verla palidecer.

—Tráigalos, ¿quiere, Alan? —indicó en un susurro—. Esto ya está a punto.

Liz sentó en su regazo a Wendy y Alan cogió a William. Mientras daba de comer al pequeño regordete, se admiró de la facilidad con que volvían a su recuerdo los gestos mecánicos. Meter la cucharita dentro, inclinarla y, a continuación, al sacarla, hacer el rápido pero suave movimiento hacia arriba desde la barbilla hasta el labio inferior para evitar en lo posible las gotas y los babeos. Will se dedicó a tratar de asir la cuchara, sintiéndose al parecer lo bastante mayor y experimentado como para moverla él mismo, muchas gracias. Alan lo disuadió con suavidad y el chiquillo no tardó en dedicarse a tragar en serio.

—Lo cierto es que puedo utilizarte —dijo Stark al comisario. Estaba apoyado contra la mesa de la cocina y se pasaba el punto de mira de la pistola por la pechera de la chaqueta acolchada con gesto ocioso, arriba y abajo. El gesto producía un sonido áspero y susurrante—. ¿Te ha llamado la policía del estado para que acudieras aquí y echaras un vistazo? ¿Por eso has venido?

Alan calculó los pros y los contras de mentirle y decidió que sería más seguro decir la verdad, sobre todo porque no albergaba ninguna duda de que aquel hombre —si realmente lo era— poseía un eficaz detector de mentiras incorporado.

—No, exactamente —respondió, y le habló a Stark de la llamada de Fuzzy Martin.

Antes de que terminara de hablar, Stark ya estaba asintiendo.

—Me pareció divisar un reflejo en la ventana de la granja —asintió con una breve risa. Parecía haber recuperado el buen humor—. ¡Vaya, vaya! La gente de campo no puede evitar ser un poco entrometida, ¿verdad, comisario Alan? Tienen tan poca diversión que sería extraño si no lo fuera. Bien, comisario, ¿qué más has hecho después de colgar?

Alan se lo contó también y esta vez no mintió porque pensó que Stark sabía qué había hecho. Su mera presencia allí respondía a la mayoría de las preguntas. El comisario pensó que en realidad Stark solo quería constatar si era lo bastante idiota como para intentar deslizar una mentira.

Cuando hubo terminado, Stark dijo:

—Muy bien, comisario. Esto mejora muchísimo tus posibilidades de salir con vida para luchar un día más. Ahora, atiende y te explicaré detalladamente lo que vamos a hacer tú y yo cuando los bebés hayan terminado de comer.

7

—¿Seguro que sabes lo que tienes que decir? —volvió a preguntar Stark. Los dos estaban de pie ante el teléfono del vestíbulo, el único aparato que seguía funcionando en la casa.

—Sí.

—¿Y no intentarás dejar algún tipo de mensaje secreto que llame la atención de la telefonista?

—No.

—Estupendo —declaró Stark—. Estupendo, porque este sería un momento muy poco adecuado para olvidar que eres un hombre adulto y ponerte a jugar a espías. Seguro que alguien saldría malparado.

—Me gustaría que te dejaras de amenazas durante un rato.

La sonrisa de Stark se hizo más ancha, hasta convertirse en una expresión de pestilente magnificencia. Se había llevado a William para asegurarse de que Liz se siguiera portando bien y empezó a hacerle cosquillas debajo del brazo.

—No puedo complacerte —respondió a Alan—. El hombre que va contra su propia naturaleza acaba estreñado, comisario.

El teléfono estaba en una mesa junto a una gran ventana. Mientras descolgaba el auricular, Alan observó la ladera de los árboles más allá del camino en busca de gorrones. No había ninguno a la vista. Al menos, todavía no.

—¿Qué estás mirando, amigo?

—¿Eh?

Alan miró a Stark. Los ojos de este le devolvieron la mirada desde sus cuencas en descomposición.

—Ya me has oído. —Stark hizo un gesto para señalar el camino y el Toronado—. Esa no es la forma en que uno mira por la ventana solo porque la ventana está ahí. Has puesto la cara de quien espera ver algo concreto. Quiero saber de qué se trata.

Alan notó que un frío hilo de terror se deslizaba por su espalda.

—Thad —oyó que decía su propia voz con gran calma—. Estoy esperando que aparezca Thad; lo mismo que tú. Ya no debería tardar.

—Será mejor que no haya nada más, ¿no crees? —advirtió Stark, al tiempo que levantaba un poco más a William. Empezó a pasar el cañón de la pistola arriba y abajo por la rechoncha tripita del pequeño, haciéndole cosquillas. William rió contento y dio una suave palmadita en la mejilla descompuesta de Stark como si quisiera decir: «Basta, no me incordies, pero no pares todavía, porque también me resulta divertido».

—Entiendo —asintió Alan, y tragó saliva con esfuerzo.

Stark apoyó el cañón de la pistola bajo el mentón de William y meneó ligeramente la pequeña papada del bebé. Este se rió.

«Si Liz asoma por la puerta y lo ve haciendo eso, se volverá loca», pensó Alan con calma.

—¿Estás seguro de que me lo has dicho todo, comisario Alan? ¿No me ocultas nada?

—No —respondió Alan. «Solo lo de esos gorriones reunidos en los árboles en torno a la casa de los Williams»—. No estoy ocultando nada.

—Está bien, te creo. Por el momento, al menos. Ahora, vamos con nuestro asunto.

Alan marcó el número de la comisaría de Castle Rock. Stark se acercó más a él —tanto que su fétido hedor casi le provocó náuseas— y prestó atención al diálogo.

Sheila Brigham respondió al primer timbrado.

—Hola, Sheila... Soy Alan. Estoy en el lago. He intentado ponerme en contacto por radio, pero ya sabes cómo son las comunicaciones desde aquí.

—Inexistentes —respondió ella con unas risas.

Stark sonrió.

Cuando Stark y Alan desaparecieron tras el ángulo del pasillo, Liz abrió el cajón bajo el mármol de la cocina y sacó el mayor cuchillo de carnicero que guardaba en él. Echó un vistazo hacia el pasillo, consciente de que Stark podía asomar la cabeza en cualquier momento para ver qué hacía. De momento, todo iba bien. Les oyó hablar; Stark comentaba algo sobre la manera en que Alan había mirado por la ventana.

«Tengo que hacerlo —se dijo—, y tengo que hacerlo todo yo misma. Está vigilando a Alan como un gato a su presa y, aunque yo pudiera decirle algo a Thad, eso no haría sino empeorar las cosas, porque Stark puede escudriñar su mente».

Mientras sostenía a Wendy con un brazo, se quitó los zapatos y entró rápidamente en el salón con los pies descalzos. En la estancia había un sofá, colocado de modo que desde él se contemplaba una vista del lago. Liz escondió el cuchillo de cocina bajo el faldón del asiento, pero no demasiado lejos. Sentada en el sofá, lo tendría a su alcance.

Y sentados los dos en el sofá, ella y el astuto de George Stark, también tendría a este a su alcance.

«Tal vez pueda incitarle a hacerlo —pensó, mientras regresaba a la cocina a toda prisa—. Se siente atraído por mí; eso es horrible, aunque no tanto como para no sacar provecho de ello».

Entró en la cocina esperando encontrar allí a Stark, enseñándole los dientes que le quedaban en una de aquellas sonrisas putrefactas. Sin embargo, la cocina estaba vacía y desde el vestíbulo volvió a llegarle la voz de Alan hablando por teléfono. Imaginó a Stark pegado al comisario, atento a la conversación. Así pues, todo iba bien. «Con un poco de suerte, George Stark estará muerto antes de que llegue Thad», pensó Liz.

No quería que los dos se encontraran. No entendía muy bien todas las razones por las que deseaba vivamente que el encuentro no se produjera, pero al menos tenía clara una de ellas: temía que la colaboración pudiera funcionar. Y temía aún más saber cuáles serían los frutos de tal éxito.

Al final, de las dos personalidades separadas de Thad Beaumont y George Stark terminaría imponiéndose una sola. De aquella dualidad esencial solo quedaría un único ente físico. Y si Thad podía proporcionar a Stark el trampolín que necesitaba, si Stark empezaba a escribir por sí mismo, ¿era posible que sus llagas y heridas empezaran a sanar?

Liz pensó que sí. Pensó que Stark incluso podía empezar a cobrar la forma y las facciones de su marido.

Después, suponiendo que Stark los dejara a todos con vida y consiguiera

escapar, ¿cuánto tiempo transcurriría antes de que empezaran a aparecer las primeras llagas en la cara de Thad?

Pensó que no tardarían mucho. Tuvo serias dudas también de que Stark se mostrara interesado en impedir que Thad empezara a descomponerse, primero, y finalmente quedara reducido a la nada.

La mujer se calzó de nuevo y empezó a limpiar los restos de la temprana cena de los gemelos. «Hijo de puta —pensó mientras despejaba el mármol y empezaba a llenar el fregadero con agua caliente—. El seudónimo, el intruso, eres tú, no mi marido». Echó un chorro de lavavajillas en el agua y luego fue al salón a ver qué hacía Wendy. La niña estaba gateando por el suelo de la habitación, buscando a su hermano, probablemente. Tras las puertas correderas de cristal, el sol del atardecer trazaba un brillante camino de oro sobre las aguas azules del lago.

«Este no es tu sitio. Eres una abominación, una ofensa para los ojos y para la mente».

Observó el sofá bajo cuyos faldones acababa de dejar el largo y afilado cuchillo, al alcance de la mano.

«Pero yo puedo resolver eso. Y, con la ayuda de Dios, estoy dispuesta a hacerlo».

9

El hedor de Stark lo estaba mareando, hacía que se sintiera a punto de vomitar, pero Alan trató de que no se le notara en la voz.

—¿Ha vuelto ya Norris Ridgewick, Sheila?

A su lado, Stark había empezado a hacerle cosquillas a William con el cañón de la pistola.

—Todavía no, Alan. Lo siento —respondió Sheila.

—Si llega, dile que se encargue de la comisaría. Hasta entonces, que se ocupe Clut.

—Su turno...

—Sí, ya sé que ha terminado. El ayuntamiento tendrá que pagarle las horas extras y Keeton me va a montar una buena bronca por ello, pero ¿qué puedo hacer? Estoy aquí colgado, sin radio y con el coche soltando vapor cada vez que lo miro. Te llamo desde la casa de los Beaumont. La policía del estado quería que echara un vistazo, pero aquí no hay nada extraño.

—Mala suerte, Alan. ¿Quieres que pase la información a alguien? ¿A la policía del estado?

Alan miró a Stark, que parecía absorto jugando con el chiquillo alegre y

retozón que sostenía en brazos. Stark asintió a la mirada inquisitiva de Alan con gesto ausente.

—Sí, llama al cuartel de Oxford de mi parte. Pensaba ir a tomar un bocado a la tienda del pollo frito y luego volver aquí para hacer una nueva inspección. Eso, si consigo poner en marcha el coche. Si no, quizá husmee qué tienen los Beaumont en la despensa. ¿Querrás tomar nota de eso, Sheila?

Alan apreció, sin llegar a verlo, que Stark se tensaba un poco a su lado. La boca del arma se detuvo en el ombligo de William. Alan notó que se le deslizaban unos lentos y fríos regueros de sudor por el pecho.

—Desde luego, Alan.

—Se supone que Beaumont es un tipo con imaginación, y estoy seguro de que tendrá un lugar mejor donde esconder la llave de reserva que debajo de la estera de la entrada.

Sheila se echó a reír.

—Entiendo —respondió.

Junto al comisario, la boca del cañón del 45 empezó a moverse otra vez y William se echó a reír de nuevo. Alan se relajó un poco.

—¿Tengo que comunicárselo a Henry Payton, Alan?

—Ajá. O a Danny Eamons, si Henry no está.

—De acuerdo.

—Gracias, Sheila. Solo es papeleo de la central. Cuídate.

—Tú también, Alan.

El comisario colgó con suavidad y se volvió hacia Stark.

—¿Ha estado bien?

—Perfecto —asintió Stark—. Me ha gustado sobre todo ese detalle de la llave bajo la estera de la puerta. Le ha añadido ese toque de convicción que necesitaba.

—Eres un cerdo —murmuró Alan. No era una reacción muy recomendable, dadas las circunstancias, pero le sorprendió su propia cólera.

Stark también le sorprendió al echarse a reír.

—Parece que no le caigo bien a nadie, ¿verdad, comisario Alan?

—Verdad —respondió este.

—Bah, no importa... Me basta con lo que me gusto yo mismo. En eso soy un auténtico tipo de la Nueva Era. Lo importante es que a mi entender estamos en muy buena situación. Creo que todo esto irá sobre ruedas.

Se enroscó el cable del teléfono en torno a la mano y tiró de él, arrancándolo de la clavija.

—Supongo que sí —asintió Alan, aunque esperaba lo contrario. La llamada que acababa de hacer era poco convincente, mucho menos de lo que parecía creer Stark, quien tal vez suponía que todos los policías al norte de Portland eran una

pandilla de vagos. En la central de Oxford, era posible que Dan Eamons no prestara atención a la llamada, a menos que alguien de Orono o Augusta lo presionara. Pero ¿y Henry Payton? El comisario estaba mucho menos seguro de que Henry fuera a aceptar la idea de que Alan había salido por casualidad a echar un rápido vistazo a la casa del asesino de Homer Gamache, camino de la tienda de pollo frito para llevar. Henry era capaz de olerse que allí había gato encerrado.

Pero al observar a Stark haciéndole cosquillas al bebé con el cañón de la pistola, Alan se preguntó si realmente quería que Henry sospechara algo. Descubrió que no lo sabía.

—¿Y ahora, qué? —preguntó a Stark.

Este exhaló un profundo suspiro y echó un vistazo a los bosques iluminados por el sol con patente satisfacción.

—Vamos a pedirle a Bethie que nos prepare algo de comer. Estoy hambriento. Maldita sea, la vida en el campo es estupenda, ¿verdad, comisario Alan?

—Verdad —respondió Alan. Echó a andar hacia la cocina pero Stark le agarró del brazo.

—Esa broma del humo del motor —masculló—, no tendrá ningún significado especial, ¿verdad?

—No. Solo es otro ejemplo de... ¿cómo lo has llamado? Ese toque de convicción que necesitaba. Varios de nuestros coches han tenido problemas con el carburador el último año.

—Más vale que sea verdad —amenazó Stark, mirándolo con sus ojos muertos. Un pus espeso le resbalaba de los lagrimales por las aletas de la nariz descarnada como viscosas lágrimas de cocodrilo—. Sería una lástima tener que hacer daño a uno de los niños porque te hubieras pasado de listo. Thad no trabajará ni la mitad de bien si descubre que he tenido que liquidar a uno de los gemelos para hacerte entrar en vereda. —Sonrió y presionó la boca del cañón contra la axila de William. El bebé se rió y se contorsionó—. Este pequeño es más listo que una gatita caliente, ¿verdad?

Alan engulló lo que le pareció una bola de pelusa seca incrustada en su garganta y masculló:

—Me pones nervioso cuando haces eso, amigo.

—Echa a andar y sigue nervioso —replicó Stark con una sonrisa—. Soy justo el tipo que pondría nervioso a cualquiera. Vamos a comer, comisario Alan. Me parece que este empieza a echar en falta a su hermanita.

Liz calentó un tazón de sopa para Stark en el microondas. Antes le ofreció una cena congelada, pero él movió la cabeza en un gesto de negativa; sonriendo, se llevó los dedos a la boca y tiró de uno de los dientes. La pieza se desprendió de la encía con podrida facilidad.

Ella, con los labios apretados y el rostro convertido en una tensa máscara de repulsión, volvió la cabeza mientras Stark arrojaba el diente al cubo de la basura.

—No te preocupes —comentó Stark tranquilamente—. Muy pronto los tendré mejor. Todo va a ir mejor muy pronto. Papá llegará enseguida.

Aún estaba tomando la sopa cuando, diez minutos después, Thad llegó al volante del Volkswagen de Rawlie.

VEINTICINCO

MÁQUINA DE ACERO

1

La casa de verano de los Beaumont quedaba a kilómetro y medio de la carretera 5 por Lake Lane, pero Thad se detuvo apenas cien metros después de tomado el desvío y contempló desconcertado e incrédulo lo que tenía delante.

Había gorriones posados por todas partes.

Cada rama de cada árbol, cada roca, cada palmo de campo abierto estaba cubierto de gorriones. El mundo que tenía ante sí era grotesco, alucinante: era como si a aquel rincón de Maine le hubieran salido alas. Delante del coche, el camino había desaparecido. Por completo. Donde había estado Lake Lane, solo se veía ahora una alfombra de pájaros silenciosos y apretados entre los árboles sobrecargados de aquellas aves.

En alguna parte oyó quebrarse una rama. Aparte de este, el único ruido era el del Volkswagen. Al empezar la carrera hacia Castle Lake, el silenciador del coche ya estaba en malas condiciones, pero ahora ya no funcionaba en absoluto. El motor rugía y petardeaba con un estrépito que debería haber espantado a aquella monstruosa bandada haciéndola remontar el vuelo, pero los gorriones no se inmutaron.

La concentración de pájaros empezaba cuatro pasos más adelante de donde estaba el Volkswagen con el cambio de marchas en punto muerto. Había una línea de demarcación tan clara que habría podido trazarse con una regla.

«Nadie ha visto una bandada semejante en años —se dijo—. Al menos, desde la exterminación de palomas migratorias a finales del siglo pasado... si acaso. Parece una escena sacada de una novela de Daphne du Maurier».

Un gorrión se posó en el capó del coche y pareció contemplarlo por el parabrisas. Thad percibió una curiosidad desapasionada, atemorizadora, en los

ojillos negros del pájaro.

«¿Hasta dónde llegan? ¿Hasta la casa? Si es así, George los habrá visto... y el precio que me hará pagar será muy alto, si no se lo ha cobrado ya. Pero, aunque los gorriones no lleguen hasta la casa, ¿cómo diablos podré cruzar hasta ella? No es que estén en el camino; ellos son el camino».

Pero, por supuesto, Thad conocía la respuesta. Si quería alcanzar la casa, tendría que pasar por encima de los gorriones.

«No —casi gimió su mente—. No puedes hacer eso». Su imaginación conjuró imágenes terribles: el crujido de miles de cuerpos al quebrarse, los chorros de sangre salpicando bajo las ruedas, los grumos pastosos de plumas pegadas a los neumáticos y girando con estos...

—Pero voy a hacerlo —murmuró—. Voy a hacerlo porque debo llegar.

Una sonrisa temblorosa empezó a transformar su rostro en una feroz mueca de concentración medio desquiciada. En aquel momento, su expresión se parecía pavorosamente a la de George Stark. Metió la primera y empezó a tararear por lo bajo *John Wesley Harding*. El Volkswagen de Rawlie carraspeó, estuvo a punto de ahogarse y soltó tres sonoros petardeos antes de empezar a moverse hacia delante.

El gorrión del capó levantó el vuelo y Thad contuvo la respiración esperando que toda la bandada le imitara, como sucedía en sus visiones o trances: una gran nube oscura alzándose, acompañada de un fragor como un huracán en una botella.

En lugar de ello, la superficie del camino delante del coche empezó a agitarse y a moverse. Los gorriones —algunos de ellos, al menos— empezaron a retirarse y dejaron libres dos líneas a lo largo de Lake Lane... dos líneas que coincidían exactamente con el ancho de las ruedas del Volkswagen y con la distancia entre ellas.

—Cielo santo... —susurró Thad.

Al cabo de un momento, se encontró entre los pájaros. De pronto, pasó del mundo que había conocido siempre a otro distinto, que únicamente estaba poblado por aquellos centinelas que guardaban la frontera entre la tierra de los vivos y el reino de los muertos.

«Ahora estoy allí —pensó mientras avanzaba cuidadosamente por las líneas paralelas que los pájaros le iban abriendo—. Estoy en el mundo de los muertos vivientes, que Dios se apiade de mí».

El camino siguió abriéndose delante de él. En todo momento tenía cuatro metros de vía despejada y, según los recorría, iban abriéndose otros cuatro. La plancha inferior del chasis del Volkswagen pasaba por encima de los gorriones que se apretaban entre las franjas abiertas para las ruedas, pero a Thad le dio la impresión de que no atropellaba a ninguno; al menos, no había visto ningún

pájaro muerto las veces que había mirado por el retrovisor. De todos modos, resultaba difícil saberlo porque las aves volvían a cerrar el camino a su paso, volviendo a crear aquella alfombra lisa y plumosa.

Percibió su olor. Un olor ligero, desmenuzado, que parecía depositarse en el pecho como polvo de huesos. En una ocasión, de niño, había metido la cabeza en una bolsa de pieles de conejo y había inhalado profundamente. El olor se parecía a aquel. No era atroz ni repulsivo, pero resultaba abrumador. Y extraño, irreal. Empezó a preocuparle la idea de que aquella enorme masa de aves estuviera consumiendo todo el oxígeno del aire, de asfixiarse antes de llegar a su destino.

Empezó a oír, al mismo tiempo, unos leves ruidos, tac-tac-tac, encima de él e imaginó a los gorriones apiñándose también en el techo del Volkswagen, comunicándose de algún modo con sus compañeros, guiándolos, señalándoles cuándo apartarse y crear el carril para la rueda, indicándoles cuándo podían volver a ocupar el espacio.

Llegó a lo alto de la primera cuesta y contempló todo el valle de gorriones que se extendía ante su vista: gorriones por todas partes, gorriones que cubrían cada objeto y que llenaban cada árbol, convirtiendo el paisaje en un dantesco mundo de aves que superaba con mucho cuanto era capaz de crear su imaginación. Aquello quedaba mucho más allá de su capacidad de entendimiento.

Thad se notó al borde del desmayo y se propinó un enérgico cachete en la mejilla. Fue un sonido insignificante —¡paf!— en comparación con el áspero rugido del motor del Volkswagen, pero observó que una gran oleada recorría la masa de pájaros apiñados, una oleada como un escalofrío.

«No puedo bajar ahí. No puedo.

»Tienes que hacerlo. Tú eres quien sabe. Tú eres quien los trae. Tú eres el dueño».

Además, ¿adónde, si no, podía ir? Recordó a Rawlie diciendo: «Ten mucho cuidado, Thaddeus. Ningún ser humano controla a los agentes del otro mundo. No por mucho tiempo». ¿Y si intentaba dar marcha atrás hasta la carretera? Los pájaros le habían abierto camino para avanzar, pero no creía que hicieran lo mismo para retroceder. Se convenció de que las consecuencias de cambiar de idea en aquel momento serían inconmensurables.

Thad empezó a descender la pendiente y los gorriones volvieron a abrirle una senda.

Del resto del trayecto le quedó un recuerdo confuso; su mente corrió un piadoso velo sobre él tan pronto como lo hubo efectuado. Recordó haber pensado una y otra vez: «Solo son gorriones, por el amor de Dios... no son tigres, ni cocodrilos, ni pirañas... ¡Solo son gorriones!».

Y era cierto, pero ver tantos juntos, verlos por todas partes, apretados sobre

cada rama y haciéndose sitio a empujones sobre cada tronco caído..., aquella visión afectaba la mente de cualquiera. Dañaba la mente de cualquiera.

A la salida de una curva pronunciada, apareció a la izquierda el prado de la escuela. Pero no estaba. El prado y el edificio de la escuela habían desaparecido, ahora eran dos formas negras de gorriones. Dañaba la mente de cualquiera.

¿Cuántos? ¿Cuántos miles? ¿O eran millones?

Otra rama crujió y se quebró en algún lugar del bosque, con un ruido como de trueno lejano. Pasó ante la casa de los Williams, pero el tejado en forma de A era solo un bulto confuso bajo el peso de los gorriones. Thad no vio que el coche patrulla de Alan Pangborn estaba aparcado en el camino de la casa, solo distinguió un montículo de plumas.

Pasó ante las casas de los Saddler, los Massenburg, los Payne y otros a los que no conocía o no recordaba. Luego, a más de cuatrocientos metros de su casa, los gorriones desaparecían. Había un punto en el que el mundo se reducía a una alfombra de pájaros; un palmo más allá, no había ni uno solo. De nuevo, parecía como si alguien hubiera trazado una línea con una regla a través del camino. Las aves saltaron y revolotearon haciéndose a un lado y abriendo unas roderas que daban paso por fin a la tierra apisonada y desnuda de Lake Lane.

Thad avanzó un poco por el camino libre, se detuvo de pronto, abrió la portezuela y descendió del coche. Emitió un gemido y se pasó el brazo por la frente para enjugar un sudor frío. Delante de él volvía a haber árboles a ambos lados del camino y brillantes destellos azules de las aguas del lago a la izquierda.

Miró atrás y vio un mundo negro, silencioso, expectante.

«Los psicopompos —pensó—. Que Dios me ampare si esto sale mal, si él consigue de algún modo hacerse con el control de esos pájaros. Que Dios nos ampare a todos».

Cerró la portezuela y los ojos.

«Domínate, Thad. No has pasado por todo eso para estropearlo ahora, domínate. Olvida a los gorriones».

«¡No puedo olvidarlos! —gimió una parte de su mente. Una parte que estaba horrorizada, ofendida, tambaleándose al borde de la locura—. No puedo. ¡No puedo!»

Pero podría. Lo haría.

Los gorriones estaban esperando. Él también esperaría. Esperaría hasta que llegara el momento oportuno. Confiaba en saber cuándo había llegado ese instante. Si no era capaz de hacerlo por sí mismo, lo haría por Liz y los gemelos.

«Imagina que es una novela. Una simple novela que estás escribiendo. Una novela sin gorriones».

—Está bien —murmuró—. Está bien, lo intentaré.

Inició de nuevo la marcha. Al mismo tiempo, tras el volante del escarabajo, empezó a canturrear *John Wesley Harding*.

2

Thad apagó el motor del Volkswagen, que expiró con un triunfante petardeo final, y salió del coche lentamente. Estiró los músculos. George Stark apareció en la puerta con Wendy en brazos y se detuvo en el porche, frente a Thad.

Stark también se estiró.

Liz, al lado de Alan, notó que se le formaba un grito no en la garganta, sino detrás de la frente. Lo que más deseaba en el mundo era apartar los ojos de los dos hombres, pero le resultaba imposible.

Era como mirar a alguien haciendo ejercicios de estiramiento ante un espejo.

No se parecían en nada, incluso sin tener en cuenta el proceso de descomposición acelerado de Stark. Thad era delgado y moreno; Stark, corpulento y rubio, pese al bronceado (de lo poco que quedaba de este). Sin embargo, a pesar de todo, eran dos imágenes reflejadas. El parecido resultaba sobrecogedor precisamente porque no había nada que la vista, horrorizada y quejosa, pudiera captar; era algo íntimo, profundamente escondido bajo las facciones, pero tan real que se proclamaba a gritos: el gesto de cruzar los pies al estirarse, de extender los dedos muy tiesos al lado de los muslos, la expresión tensa en los ojos.

Los dos se relajaron al mismo tiempo.

—Hola, Thad. —Stark parecía casi cohibido.

—Hola, George —respondió Thad con sequedad—. ¿La familia?

—Muy bien, gracias. ¿Vas a hacerlo? ¿Vienes dispuesto?

—Sí.

Detrás de ellos, en la carretera 5, crujió una rama. Los ojos de Stark saltaron en esa dirección.

—¿Qué ha sido eso?

—Una rama —respondió Thad—. Hace unos cuatro años hubo un tornado, George. Las ramas muertas todavía van cayendo. Pero ya sabes eso.

Stark asintió.

—¿Cómo estás, muchacho?

—Estoy bien.

—Pareces un poco demacrado. —Los ojos de Stark se clavaron en el rostro de Thad, quien notó cómo trataban de sondear los pensamientos ocultos.

—Tú tampoco tienes muy buen aspecto.

Stark se rió ante el comentario, pero en su risa no había el menor humor.

—Supongo que no.

—¿Los dejarás en paz? —preguntó Thad—. Si hago lo que quieres, ¿los dejarás en paz de verdad?

—Sí.

—Dame tu palabra.

—Está bien —contestó Stark—. La tienes. La palabra de un hombre del sur, que no se da a la ligera.

Su acento falso, casi paródico, de blanco pobre del sur había desaparecido por completo. Hablaba con una sencilla y espeluznante dignidad.

Los dos hombres quedaron cara a cara bajo el último sol de la tarde, tan brillante y dorado que parecía irreal.

—Muy bien —murmuró Thad tras una larga pausa, y pensó: «No lo sabe. Realmente, no lo sabe. Los gorrones siguen ocultos para él. El secreto es mío»—. Muy bien, manos a la obra.

3

Mientras los dos se encontraban ante la puerta, Liz se dio cuenta de que había tenido la oportunidad de oro para hablar a Alan del cuchillo oculto bajo el sofá y que la había dejado escapar.

¿O todavía no?

Se volvió hacia él en el preciso instante que Thad decía:

—¿Liz?

La voz sonaba aguda. Tenía un leve tono autoritario que Thad rara vez utilizaba; casi parecía como si supiera lo que se proponía... y no quisiera que lo hiciese. Pero eso era imposible. ¿O no? Liz no lo sabía. Ya no entendía nada.

Miró a Thad y vio que Stark le entregaba el bebé. Thad abrazó a Wendy, quien pasó los bracitos alrededor del cuello de su padre con la misma alegría que los había cerrado en torno al de Stark.

«¡Ahora! —le gritó a Liz su cerebro—. ¡Díselo ahora! ¡Dile que corra! ¡Que lo haga ahora que tenemos a los dos gemelos!»

Pero, por supuesto, Stark tenía un arma, y Liz no creía que ninguno de ellos pudiera correr más que una bala. Además, conocía muy bien a Thad; nunca lo diría en voz alta pero, de pronto, se le ocurrió que Thad sería capaz de tropezar con sus propios pies en plena carrera.

Thad estaba ahora muy cerca de ella y Liz no podía ni siquiera engañarse a sí misma diciéndose que no captaba el mensaje de sus ojos.

«Olvídalo, Liz —decían—. Esto es asunto mío».

Luego, él le pasó el brazo por la cintura y toda la familia se fundió en un torpe pero ferviente abrazo a cuatro.

—Liz —musitó Thad, besándole los fríos labios—. Liz, Liz, lo siento, siento muchísimo todo esto. No tenía intención de que sucediera nada parecido. No lo sabía. Pensaba que era... que era un juego inocente. Una broma.

Ella lo abrazó con fuerza, lo besó y dejó que los labios de Thad calentaran los suyos.

—Está bien. Todo saldrá bien, ¿verdad, Thad?

—Sí —dijo él. Se apartó un poco para poder mirarla a los ojos y declaró—: Todo saldrá bien, Liz.

Volvió a besarla y luego miró a Alan.

—Hola, comisario —le saludó. Y, con una leve sonrisa, añadió—: ¿Ha cambiado de idea en algo?

—Sí. En bastantes cosas. Hoy he hablado con un viejo conocido suyo. —Se volvió hacia Stark y añadió—: Y tuyo, también.

Stark alzó lo que le quedaba de cejas.

—No sabía que Thad y yo tuviéramos amigos comunes, comisario Alan.

—¡Ah!, tú mantuviste una relación muy estrecha con él —insistió Alan—. De hecho, él te mató en una ocasión.

—¿De qué está hablando? —preguntó Thad, desconcertado.

—Ese hombre con quien he hablado es el doctor Pritchard. Os recordaba muy bien a los dos. Veréis, fue una operación muy poco corriente. Lo que le extrajo a usted, Thad, fue a él —y señaló a Stark con la cabeza.

—¿De qué está hablando? —preguntó Liz, y la voz se le quebró en la última palabra.

Alan expuso, pues, lo que le había contado Pritchard, pero en el último momento omitió la referencia a los gorriones lanzándose en picado contra el hospital. La omitió porque Thad no había mencionado nada de ellos... pero tenía que haber pasado ante la casa de los Williams para llegar hasta allí. Aquel silencio apuntaba dos posibilidades: o que los gorriones ya se habían marchado cuando Thad había llegado, o bien este no quería que Stark supiera que los pájaros estaban allí.

Alan miró a Thad con mucho detenimiento. «Aquí hay algo más. Algún plan. Quiera Dios que sea bueno».

Cuando Alan terminó su explicación, Liz parecía confundida y Thad asentía. Stark, de quien Alan esperaba la reacción más intensa, no pareció demasiado afectado en ningún sentido. La única expresión que captó Alan en aquel rostro descompuesto fue de cierta ironía.

—Eso explica muchas cosas —declaró Thad—. ¡Gracias, Alan!

—¡A mí no me explica absolutamente nada! —chilló Liz en un tono tan agudo que los gemelos empezaron a llorar.

Thad miró a George Stark.

—Eres un fantasma —le dijo—. Una extraña clase de fantasma. Estamos todos aquí, viendo un fantasma. ¡No es asombroso! No se trata de un simple incidente paranormal, ¡esto es una auténtica epopeya!

—No creo que eso importe —replicó Stark con calma—. Cuéntales esa anécdota de William Burroughs, Thad. La recuerdo bien. Yo estaba dentro, por supuesto... pero escuchaba.

Liz y Alan interrogaron a Thad con la mirada.

—¿Sabes de qué está hablando? —preguntó Liz.

—Claro que sí —respondió Thad—. Los gemelos piensan lo mismo.

Stark echó la cabeza hacia atrás y soltó una risotada. Los gemelos dejaron de gimotear y se rieron con él.

—¡Exacto, muchacho! ¡Exacto!

—Veréis, fue en un seminario en el que estuve (o tal vez debería decir estuvimos) con Burroughs, en 1981, en la New School de Nueva York. En el turno de preguntas y respuestas, un chico preguntó a Burroughs si creía en la vida después de la muerte. Burroughs dijo que sí, que pensaba que todos estábamos viviendo en ella.

—Un tipo listo —comentó Stark con una sonrisa—. No podría disparar una pistola, pero es listo. Bueno, ¿lo veis? ¿Veis lo poco que importa todo esto?

«Pero sí que importa —pensó Alan, estudiando detenidamente a Thad—. Importa mucho. La expresión de Thad lo dice y los gorriones, de los que no sabes nada, también lo dicen».

Lo que Thad sabía era más peligroso de lo que él mismo sospechaba, concluyó Alan. Sin embargo, tal vez era su única oportunidad. Se dijo que había hecho bien en callarse el final de la historia de Pritchard pero continuó sintiéndose como un hombre al borde del abismo que tratara de hacer juegos malabares con demasiadas antorchas llameantes a la vez.

—Ya basta de charlas, Thad —interrumpió Stark.

—Sí, ya basta. —Thad miró a Liz y a Alan—. No quiero que ninguno de los dos intente nada; en fin, nada inconveniente. Voy a seguir sus órdenes.

—¡Thad, no! ¡No puedes hacer eso!

—Silencio, Liz. —Thad puso un dedo sobre los labios de su esposa—. Puedo, y voy a hacerlo. Sin trucos y sin efectos especiales. Si Stark fue creado mediante la palabra escrita, solo la palabra escrita puede librarnos de él. —Señaló a Stark con un gesto de cabeza y añadió—: Liz, ¿crees que él está seguro de que esto va a funcionar? En absoluto. Solo tiene la esperanza.

—Exacto —asintió Stark—. La esperanza mana eternamente de los pezones humanos.

Soltó una carcajada que sonó desquiciada, lunática, y Alan comprendió que también George estaba jugando con antorchas llameantes al borde del abismo.

Por el rabillo del ojo captó un súbito movimiento. Volvió un poco la cabeza y vio un gorrión posándose en la barandilla de la terraza, al otro lado de la cristalera corrediza que formaba la pared oeste del salón. Al primer pájaro se unieron un segundo y un tercero. Alan miró a Thad y vio que este movía los ojos ligeramente. ¿Los había visto él también? Alan supuso que sí. Por tanto, había acertado en sus sospechas: Thad sabía algo, pero no quería que Stark lo descubriera.

—Los dos vamos a escribir un poco y luego George se despedirá de nosotros —dijo Thad. Sus ojos recorrieron el rostro en ruinas de Stark—. Eso es lo que vamos a hacer, ¿verdad, George?

—Exacto, muchacho.

—Por tanto, dime la verdad, Liz —continuó Thad—: ¿Estás ocultando algo? ¿Has tramado algún plan?

Liz lo miró a los ojos con aire desesperado, sin darse cuenta de que, entre ambos, William y Wendy se habían cogido las manos y se miraban complacidos, como si fueran parientes separados durante mucho tiempo, que acabaran de encontrarse por casualidad.

«No quieres que lo haga, ¿verdad, Thad? —preguntaron sus ojos—. Es un truco, ¿verdad? Un truco para tranquilizar a Stark, para aplacar sus suspicacias, ¿no es eso?»

«No —respondió la mirada gris de Thad—. Quiero la verdad completa».

Y... ¿no había algo más en su mirada, algo tan oculto y profundo que tal vez ella era la única que lo captaba?

«Voy a ocuparme de él, cariño. Sé que puedo hacerlo».

«¡Oh, Thad, espero que tengas razón!»

—Hay un cuchillo bajo el sofá —murmuró ella en un susurro, mirándolo a la cara—. Lo he traído de la cocina mientras Alan y... y él... estaban en el vestíbulo hablando por teléfono.

—¡Dios santo, Liz! —exclamó Alan casi a gritos, sobresaltando a los bebés.

En realidad, el comisario no se sentía tan trastornado como esperaba que diera a entender su voz. Había llegado a la conclusión de que si aquel asunto podía terminar de alguna manera que no significara un horror completo para todos, Thad tendría que encargarse de ello. Él había creado a Stark y tendría que ser él quien lo borrara de la existencia.

Liz volvió la mirada hacia Stark y observó una vez más aquella odiosa sonrisa

aflorando en los restos de su rostro.

—Confíe en mí, Alan —le pidió Thad—. Sé lo que me hago. Liz, coge ese cuchillo y arrójalalo por la barandilla de la terraza.

«Yo tengo un papel en esta obra —pensó Alan—. Es un papel menor, pero recuerdo lo que decía ese tipo en la clase de arte dramático en el instituto: no existen papeles pequeños, sino actores pequeños».

—¿Cree que nos soltará sin más? —inquirió con incredulidad—. ¿Cree que desaparecerá tras la cuesta tranquilamente y nos dejará en paz? Thad, usted está loco.

—Sí, claro que estoy loco —asintió Thad, y se echó a reír. Su carcajada sonó espantosamente parecida a las de Stark; era la risa de un hombre que bailaba al borde del abismo. Señaló a Stark y continuó diciendo—: Él está loco y salió de mí, ¿no es verdad? Como un demonio barato surgido de la cabeza de un Zeus de pacotilla. Pero sé cómo tiene que hacerse esto. —Por primera vez, Thad dirigió una mirada intensa a Alan—. Sé cómo debe hacerse esto —repitió con voz lenta y cargada de énfasis—. Adelante, Liz.

Alan emitió un sonido ronco de disgusto y se volvió de espaldas, como si quisiera separarse de todos ellos.

Liz atravesó la estancia como en sueños, se arrodilló y sacó el cuchillo de debajo del sofá.

—Ten cuidado con eso —apuntó Stark. Su voz sonaba ahora muy alerta, muy seria—. Los bebés te recomendarían lo mismo si pudieran hablar.

La mujer miró alrededor, se apartó el cabello de la cara y vio que Stark apuntaba con el arma a Thad y a William.

—¡Ya tengo cuidado! —replicó con voz temblorosa, al borde de las lágrimas. Abrió la puerta acristalada que conducía a la terraza y salió al exterior. Media docena de gorrones ocupaba ahora la baranda. Cuando Liz se acercó y se asomó al precipicio que se abría al otro lado, los pájaros se hicieron a un lado en dos grupos de tres, pero no echaron a volar.

Alan la vio detenerse por un instante con el mango del cuchillo entre los dedos y la punta de la hoja apuntando hacia el fondo del precipicio como una plomada. El comisario observó los pájaros, volvió la mirada hacia Thad y vio que este vigilaba a su esposa con gesto tenso. Por último, Alan miró a Stark.

George escrutaba a Liz, pero en su rostro no había el menor rastro de sorpresa o de sospecha y, de pronto, un loco pensamiento cruzó como un rayo por la mente de Alan Pangborn: «¡No los ve! ¡No recuerda lo que escribió en las paredes de los apartamentos y ahora no ve a los gorrones! ¡No sabe que están aquí!».

De repente, el comisario advirtió que Stark le devolvía la mirada, taladrándole con aquellos ojos descompuestos y sin brillo.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Stark.

—Porque quiero asegurarme que recuerdo bien tu repugnante cara —respondió el comisario—. Quizá algún día se lo cuente a mis nietos.

—Si no llevas cuidado con tu condenada boca, no tendrás que preocuparte por tus nietos —amenazó Stark—. Será mejor que te dejes de miraditas, comisario Alan. No es muy inteligente por tu parte.

Liz arrojó el cuchillo de cocina por encima de la barandilla. Cuando lo oyó caer entre los arbustos, diez metros más abajo, rompió a llorar.

4

—Vamos al piso de arriba —dijo Stark—. Ahí es donde Thad tiene el despacho. Supongo que querrás la máquina de escribir, ¿verdad, muchacho?

—Para lo que vamos a hacer, no —respondió Thad—. Ya lo sabes.

—¿De verdad? —Una sonrisa apareció en los labios cuarteados de Stark. Thad señaló los lápices que asomaban del bolsillo de su chaqueta.

—Siempre uso esto cuando quiero ponerme en contacto con Alexis Máquina y con Jack Rangely.

—Sí, tienes razón. Sí, señor. —Stark parecía absurdamente complacido—. Aunque pensaba que esta vez querrías que las cosas fueran distintas.

—No. Quiero que todo sea igual, George.

—Yo también he traído lápices. Tres cajas enteras. Comisario Alan, ¿por qué no te portas como un buen chico y vas al coche a buscarlos? Están en la guantera. Los demás nos quedaremos cuidando a los bebés. —Dirigió una mirada a Thad, soltó una de sus locas risotadas y meneó la cabeza—. Qué canalla eres. Qué perro.

—Exacto, George —asintió Thad con una sonrisa—. Soy un perro. Y tú también. Y perro viejo no aprende gracias nuevas.

—Estás ansioso por ponerte a trabajar, ¿verdad, muchacho? Digas lo que digas, una parte de ti está impaciente por empezar. Lo veo en tus ojos. Lo deseas.

—Sí —se limitó a replicar Thad. Alan no creyó que estuviera mintiendo.

—Alexis Máquina —murmuró Stark con un nuevo brillo en sus ojos amarillentos.

—Exacto —asintió Thad. Y en sus ojos apareció también un renovado fulgor—. «Rájalo mientras me quedo aquí mirando».

—¡Eso es! —exclamó Stark, y soltó una carcajada—. «Quiero ver cómo brota la sangre. No me lo hagas decir dos veces».

A continuación, los dos se echaron a reír a coro.

Liz miró a Thad, a Stark y de nuevo a su esposo. El color desapareció de sus

mejillas porque no captó ninguna diferencia entre las dos carcajadas.

De repente, el borde del precipicio pareció más cercano que nunca.

5

Alan salió a por los lápices. Su cabeza solo permaneció un instante en el interior del coche, pero le dio la impresión de que estaba mucho más tiempo y se alegró de volver a sacarla. En el interior del vehículo reinaba un olor turbio y desagradable que lo aturdió un poco. Husmear en el interior del Toronado de Stark era como meter la cabeza en un desván donde alguien hubiera derramado un frasco de cloroformo.

«Si este es el olor de los sueños —pensó Alan—, no quiero volver a tener ninguno».

Se detuvo un momento al lado del coche negro, con las cajas de lápices Berol en las manos, y alzó la vista hacia el camino.

Los gorriones habían llegado.

El camino de la casa estaba desapareciendo bajo una alfombra de pequeños pájaros. Ante su mirada, un nuevo grupo tomó tierra. Los árboles estaban llenos de ellos. Los gorriones se limitaron a posarse y contemplarlo en un silencio espeluznante, formando un apretado misterio viviente.

«Vienen a por ti, George», pensó, e inició el regreso hacia la casa. Pero, a medio camino, se detuvo de pronto mientras otra pregunta se formaba en su mente.

«¿O vienen a por nosotros?»

Volvió a contemplar los pájaros durante un largo momento, pero los gorriones no le revelaron ningún secreto y Alan entró de nuevo en la casa.

6

—Vamos arriba —indicó Stark—. Tú primero, comisario Alan. Camina hasta el fondo de la habitación de invitados. Hay una vitrina llena de fotos, pisapapeles de cristal y pequeños recuerdos, que ocupa parte de la pared. Si empujas la parte izquierda de la vitrina, el mueble gira hacia dentro sobre un pivote central. Detrás está el despacho de Thad.

Alan miró a Thad, quien asintió.

El comisario murmuró:

—Sabes muchas cosas de esta casa, para no haber estado nunca aquí.

—Por supuesto que he estado —replicó Stark con seriedad—. He estado aquí muchas veces, en sueños.

7

Un par de minutos más tarde, todo el grupo estaba congregado ante la original entrada al pequeño estudio de Thad. La vitrina estaba abierta por el eje central y creaba un doble pasadizo de acceso, dividido por el grueso de la vitrina. En el estudio no había ninguna ventana; «ponme una ventana aquí, con vistas al lago —le había dicho Thad a Liz en cierta ocasión—, y lo único que conseguirás será que escriba dos palabras y luego me quede dos horas embobado con el paisaje y viendo pasar las barcas».

Una lámpara de pantalla orientable con una brillante bombilla halógena bañaba el escritorio con un círculo de luz blanca. Detrás del escritorio, una al lado de la otra, se alineaban una silla de despacho y otra plegable, de tijera. Delante de ellas había dos cuadernos de notas en blanco, colocadas uno junto a otro en el círculo iluminado. Encima de cada cuaderno había dos Berol Black Beauty de punta afilada. La máquina de escribir eléctrica que Thad utilizaba en ocasiones estaba ahora desenchufada y arrinconada.

El propio Thad había traído la silla plegable del armario del vestíbulo y la estancia expresaba en aquel momento una dualidad que a Liz le resultaba a la vez desconcertante y tremendamente desagradable. Era, en cierto modo, una repetición de la figura reflejada en el espejo que había imaginado tras la llegada de Thad: dos sillas donde siempre había habido una sola; dos reducidos equipos de escritura donde solo debería haber habido uno. La máquina de escribir que siempre había asociado con la identidad

«mejor»

normal de Thad, arrinconada en el escritorio. Cuando se sentaron, Stark en la silla de oficina y Thad en la de tijera, Liz se sintió casi mareada por la desorientación.

Cada uno de ellos tenía a un mellizo en las rodillas.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que alguien se inquiete y decida venir a echar un vistazo por aquí? —preguntó Thad a Alan, que los miraba desde la puerta junto a Liz—. Diga la verdad y sea lo más exacto posible. Tiene que creerme cuando le digo que es la única alternativa que tenemos, comisario.

—¡Pero, Thad, míralo! —estalló Liz, sin poder controlarse—. ¿No ves qué le está sucediendo? ¡No solo quiere que le ayudes a escribir ese libro! ¡Quiere

robarte la vida! ¿No te das cuenta?

—Ya sé lo que quiere —respondió él—. Creo que lo he sabido desde el principio. Pero este es el único remedio. Sé muy bien lo que estoy haciendo. ¿Cuánto tiempo, Alan?

El comisario meditó cuidadosamente la respuesta. Le había dicho a Sheila que iba a comprar comida para llevar y ya había llamado para ponerse en contacto, de modo que pasaría un buen rato antes de que se pusiera nerviosa. De haber estado en la comisaría Norris Ridgewick, quizá las cosas se habrían acelerado.

—Tal vez hasta que llame mi esposa preguntando dónde estoy —respondió—. Puede que más, porque ya lleva mucho tiempo casada con un policía. Está acostumbrada a largas horas de espera y a noches movidas.

A Alan no le gustó hacer aquellos comentarios. Se suponía que no debía actuar así, sino más bien al contrario.

Los ojos de Thad insistieron. Stark no parecía prestar la menor atención; había cogido el pisapapeles de pizarra que remataba un montón desordenado de viejos manuscritos en la esquina del escritorio y estaba jugueteando con él.

—Creo que al menos cuatro horas —precisó el comisario. Luego, a regañadientes, añadió—: Quizá toda la noche. He dejado a Andy Clutterbuck en la oficina, y Clut no es precisamente una lumbrera. Si alguien intuye algo raro, tendrá que ser ese Harrison, al que consiguió despistar para venir aquí, o un conocido mío del cuartel de la policía del estado en Oxford. Un tal Henry Payton.

Thad se volvió hacia Stark.

—¿Será suficiente?

Los ojos de Stark, dos joyas brillantes en el paisaje devastado de su rostro, tenían un aire distante, nebuloso. Su mano vendada jugaba con el pisapapeles con gesto ausente. Dejó el objeto en su sitio y sonrió a Thad.

—¿Qué piensas tú? Sabes de esto tanto como yo.

Thad pensó en ello. «Los dos sabemos a qué nos referimos, pero creo que ninguno de los dos puede expresarlo con palabras. En realidad, no hemos venido aquí para escribir. Eso es solo el ritual. En realidad se trata de pasar una especie de testigo. De un cambio de poderes. O, más exactamente, de un trueque: la vida de Liz y los gemelos a cambio de... ¿a cambio de qué, exactamente?»

Pero Thad también sabía eso. Habría sido extraño que no lo supiera, porque había estado cavilando sobre aquella cuestión no hacía muchos días. Lo que Stark quería —no, lo que exigía— era su ojo. Aquel extraño tercer ojo que, enterrado en su cerebro, solo podía mirar hacia el interior.

Notó una vez más la sensación de hormigueo y luchó por librarse de ella. «No vale mirar, George. Tú llevas una pistola y lo único que yo tengo es un puñado de escuálidos pájaros, así que no vale mirar».

—Yo diría que bastará —respondió al fin—. Lo sabremos cuando llegue el momento, ¿no?

—Ajá.

—Como el columpio, cuando un extremo de la tabla sube... y el otro baja.

—¿Qué estás ocultando, Thad? ¿Qué me escondes?

Hubo un instante de silencio eléctrico en la estancia. El lugar resultaba de pronto demasiado pequeño para las emociones que se desencadenaban en su interior.

—Yo podría hacerte la misma pregunta —replicó al fin Thad.

—No —declaró Stark con voz ronca—. Yo he puesto todas las cartas sobre la mesa. Dímelo, Thad. —Su mano fría y putrefacta se cerró en torno a la muñeca de Thad con la fuerza inexorable de una esposa de acero—. ¿Qué me estás ocultando?

Thad se obligó a volver la cabeza y mirar a Stark a los ojos. La sensación de hormigueo se extendía ahora por todo su cuerpo, pero se concentraba en la herida de la mano.

—¿Quieres escribir el libro, sí o no? —masculló.

Por primera vez, Liz apreció un cambio en la expresión de Stark. No en su superficie, sino por dentro. De pronto, captó en él cierta indecisión. ¿Y no había también algo de temor? Tal vez. O tal vez no. Pero, incluso en el segundo caso, era algo muy parecido al temor, que esperaba el momento de convertirse en este.

—No he venido aquí para comer la sopa boba contigo, Thad.

—Entonces, adivina tú mismo lo que me propongo —replicó Thad. Liz escuchó un jadeo y se dio cuenta de que había salido de sus propios labios.

Stark la miró un instante y se concentró de nuevo en Thad.

—No me tomes el pelo, Thad —advirtió sin alzar la voz—. Será mejor que no me tomes el pelo, muchacho.

Thad se echó a reír. Era un sonido frío y desesperado, pero no del todo desprovisto de humor. Aquello era lo peor. No estaba enteramente desprovisto de humor y Liz oyó en aquella risa la voz de George Stark, al igual que había visto a Thad Beaumont en los ojos de Stark mientras jugaba con los gemelos.

—¿Por qué no, George? Sé muy bien lo que puedo perder. Todo eso también está sobre la mesa. Te lo repito, ¿quieres escribir o prefieres seguir hablando?

Stark reflexionó un largo instante, mientras su mirada amenazadora y desabrida recorría el rostro de Thad. Por fin, exclamó:

—¡Bah, a la mierda! Vamos allá.

—¿Por qué no? —dijo Thad con una sonrisa.

—Tú y el policía, marchaos —ordenó Stark a Liz—. Ahora, esto es cosa nuestra. Vamos a poner manos a la obra.

—Me llevaré a los niños —se oyó decir la mujer. Stark soltó una risotada.

—Eres muy graciosa, Beth, pero no. Los bebés son un seguro. Como la protección contra reproducciones de un disquete de ordenador, ¿verdad, Thad?

—Pero... —empezó a decir Liz.

—Está bien —la interrumpió Thad—. No les pasará nada. George se ocupará de ellos mientras yo empiezo con el texto. Les cae bien, ¿te has fijado?

—Por supuesto que me he fijado —replicó ella con voz ronca, llena de odio.

—Limítate a recordar que están aquí, con nosotros —advirtió Stark a Alan—. Tenlo muy presente, comisario Alan. No intentes ningún truco. Si se te ocurre alguna tontería, te aseguro que nos sacarán a todos con los pies por delante. ¿Lo has entendido?

—Perfectamente —asintió Alan.

—Y cierra la puerta al salir. —Se volvió hacia Thad y añadió—: Ya es la hora.

—Sí —respondió Thad, y cogió un lápiz. Se volvió hacia Liz y Alan, y la mirada de George Stark pasó del rostro de Thad a las figuras de los otros dos—. Vamos, marchaos.

8

Liz se detuvo en mitad de la escalera. Alan casi se le echó encima. La vio mirar por la puerta acristalada del salón.

El mundo era todo pájaros. La terraza estaba enterrada bajo los gorriones; la ladera hasta el lago se extendía negra con sus cuerpos bajo la luz crepuscular; sobre la superficie de agua, el cielo estaba oscuro de gorriones que volaban mientras nuevas bandadas confluían por el oeste hacia la casa del lago de los Beaumont.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Liz.

—Silencio —le ordenó Alan, agarrándola del brazo—. Que no la oiga Stark.

—Pero ¿qué...?

El comisario la condujo hasta el piso inferior sin dejar de sujetarla con energía. Cuando estuvieron en la cocina, le contó el resto de la historia que el doctor Pritchard le había revelado aquella misma tarde, aunque parecían haber transcurrido mil años.

—¿Qué significa todo eso? —susurró ella. Su rostro adquirió una palidez grisácea—. Alan, tengo muchísimo miedo.

Él la abrazó y, a pesar de que también estaba terriblemente asustado, se dio cuenta de que era una mujer íntegra.

—No lo sé —respondió—. Pero estoy seguro de que esos pájaros están aquí porque uno de los dos, Thad o Stark, los ha llamado. Me inclino a pensar que es Thad, porque ha tenido que verlos cuando venía. Los ha visto, pero no ha hecho el menor comentario al respecto.

—Alan, no es él mismo.

—Lo sé.

—Una parte de él quiere a Stark. A una parte de él le encanta la... la negrura de Stark.

—Lo sé.

Se acercaron a la ventana del vestíbulo cercana a la mesilla del teléfono y miraron a través de ella. El camino de la casa estaba lleno de gorriones, y los árboles y el pequeño espacio de césped en torno al cobertizo, donde seguía encerrada la carabina del 22. El Volkswagen de Rawlie había desaparecido bajo sus cuerpos.

En cambio, en el Toronado de George Stark no había un solo pájaro. Y se observaba un círculo perfecto de terreno despejado en torno al vehículo, como si estuviera en cuarentena.

Un gorrión golpeó el cristal de la ventana con un ruido sordo. Liz lanzó un gritito. Los demás pájaros se movieron inquietos —un enorme movimiento como una ola que recorrió la colina— y volvieron a quedarse inmóviles.

—Aunque sean de Thad —insistió Liz—, tal vez no los use contra Stark. Una parte de Thad se ha vuelto loca, Alan. Una parte de él ha estado siempre desquiciada. Le... le gusta.

Alan no dijo nada, pero él también lo había visto. Lo había percibido.

—Todo esto es una horrible pesadilla —continuó la mujer—. Ojalá pudiera despertar. Ojalá despertara y las cosas volvieran a ser como antes. No como eran antes de Clawson; como eran antes de Stark.

Alan asintió.

Liz lo miró.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

—Lo más difícil —dijo él—. Esperar.

9

La tarde pareció durar eternamente. La luz fue desangrándose lentamente en el cielo cuando el sol desapareció tras las montañas de la ribera oeste del lago, aquellas montañas que se extendían hasta unirse a la sierra de Presidential Range, en la «chimenea de New Hampshire».

En el exterior de la casa, nuevas bandadas de gorriones continuaron llegando para sumarse a la principal. Alan y Liz los percibían ahora en el techo de la casa, convertida en un cúmulo de gorriones, pero las aves permanecían en silencio. Esperaban.

En su deambular por el salón, los dos volvían la cabeza a un lado y a otro, girándola como radares concentrados en una señal. El núcleo de atención era el estudio del piso superior y lo más enloquecedor de todo era la ausencia de ruido tras la puerta oculta que conducía a él. Ni siquiera se oía a los bebés balbuceando o arrullándose mutuamente. Liz esperaba que se hubieran quedado dormidos, pero no conseguía acallar la voz que repetía que Stark los había matado a los dos, y también a Thad.

Silenciosamente.

Con aquella navaja que llevaba.

Se dijo que si algo semejante sucedía, los gorriones lo sabrían, harían algo, y eso la alivió un poco. No mucho. Los gorriones eran un gran misterio que envolvía la casa y que la mente se negaba a aceptar. Solo Dios sabía qué harían... o cuándo.

El crepúsculo iba rindiéndose poco a poco a la oscuridad nocturna cuando Alan murmuró con voz áspera:

—Thad y Stark invertirán sus lugares si esto dura lo suficiente, ¿verdad? Thad empezará a enfermar mientras Stark se recupera.

Liz se sobresaltó tanto que estuvo a punto de derramar la amarga taza de café que tenía en las manos.

—Sí. Creo que sí.

La llamada de un somorgujo sonó en el lago. Un sonido aislado, doliente, solitario. Alan pensó en los de arriba, en los dos pares de gemelos, uno dormido, el otro empeñado en una lucha terrible en el difuso crepúsculo de su imaginación compartida.

Fuera, los gorriones observaban y esperaban mientras el crepúsculo se desvanecía.

«El columpio está en movimiento —pensó Alan—. El extremo donde está Thad sube, el extremo de Stark baja». Allá arriba, tras la puerta que formaba dos pasillos al abrirse, el cambio se estaba produciendo.

«Ya casi es el final —pensó Liz—. Sea el que fuere».

Y, como si este pensamiento lo hubiera provocado, oyó que se levantaba una ventolera, un viento extraño, zumbante. Sin embargo, el lago permanecía liso como un espejo.

Se incorporó con los ojos abiertos y las manos alrededor del cuello. Tenía la mirada fija en la cristalera. «¡Alan!», intentó decir, pero no le salió la voz. No

importaba.

Arriba se oyó una especie de pitido extraño, sobrenatural, como una nota de una flauta mal afinada. De pronto, oyeron la voz de Stark, estridente, en un grito:

—¡Thad! ¿Qué haces? ¿Qué estás haciendo?

Sonó un seco estampido, como el disparo de una pistola de juguete. Un momento después, Wendy se echó a llorar.

Y fuera, en la creciente oscuridad, un millón de gorriones continuó batiendo las alas, disponiéndose a volar.

VEINTISÉIS

LOS GORRIONES VUELVEN A VOLAR

1

Cuando Alan cerró la puerta y dejó solos a los dos hombres, Thad abrió el cuaderno que tenía delante y contempló la página en blanco unos instantes. Luego, cogió uno de los lápices Berol.

—Voy a empezar con el pastel —le dijo a Stark.

—Sí —respondió este. Una especie de ansiosa añoranza llenó su expresión—. Adelante.

Thad posó el lápiz sobre el papel en blanco. Este era siempre el mejor momento: justo antes de la primera letra. Se trataba de una especie de operación quirúrgica y, al final, el paciente casi siempre acababa muriendo, pero había que hacerlo de todos modos. Era preciso hacerlo, porque para eso estaba hecho uno. Solo por eso.

«Recuerda —se dijo—. Recuerda lo que estás haciendo».

Pero una parte de él, la parte que realmente quería escribir *Máquina de acero*, protestó.

Thad se inclinó hacia delante y empezó a llenar el espacio vacío.

MÁQUINA DE ACERO
por George Stark

Capítulo 1: La boda

Alexis Máquina rara vez se sentía antojadizo y el hecho de permitirse un pensamiento ocioso en una situación como aquella era algo que nunca le había sucedido hasta entonces. Sin embargo, se le

ocurrió una idea: de todos los seres humanos de la tierra —¿cuántos?, ¿cinco mil millones?—, yo soy el único que se encuentra en este momento dentro de un pastel nupcial en movimiento, con una Heckler & Kock del 223 semiautomática en las manos.

Nunca había estado en un espacio tan reducido. El aire se había enrarecido casi enseguida, pero no habría podido aspirar a pleno pulmón en ningún caso. La cobertura del pastel de Troya era real, pero debajo no había más que una fina capa de un producto llamado Nartex, un yeso especial, algo así como cartón piedra de alta calidad. Si hinchaba el pecho, era probable que los novios de la cima del pastel se cayeran. Sin duda, la cobertura se agrietaría y...

Thad escribió durante casi cuarenta minutos, tomando velocidad según avanzaba y llenando gradualmente su cerebro con las imágenes y los sonidos de la fiesta nupcial que terminaría con aquel estallido.

Finalmente, dejó el lápiz sobre el escritorio. La punta estaba roma.

—Dame un cigarrillo —pidió.

Stark levantó las cejas.

—Sí —insistió Thad.

Había un paquete de Pall Mall sobre el escritorio. Stark sacó uno con una sacudida y Thad lo aceptó. El cigarrillo tenía un tacto extraño entre los labios, después de tantos años... Demasiado grueso, tal vez. Pero lo notó cómodo. Lo notó bien.

Stark prendió una cerilla y la sostuvo para que Thad encendiera. Aspiró con intensidad. El humo golpeó sus pulmones con su fuerza cruel y necesaria de siempre. Al momento se sintió mareado, pero la sensación no lo molestó en absoluto.

«Ahora necesito tomar una copa —pensó—. Y si cuando esto termine sigo con vida y de pie, es lo primero que voy a hacer».

—Pensaba que lo habías dejado —comentó Stark.

—Yo también. ¿Qué quieres que te diga, George? Me equivocaba. —Aspiró otra profunda calada y exhaló el humo por la nariz. Movié el cuaderno hacia Stark y le dijo—: Tu turno.

Stark se inclinó sobre el cuaderno y leyó el último párrafo que había escrito Thad; en realidad, no era preciso leer más. Los dos sabían de qué iba el argumento.

Dentro de la casa, Jack Rangely y Tony Westerman estaban en la cocina, y Rollick ya debía de estar en el piso de arriba. Los tres iban armados con Steyr-Aug semiautomáticas, el único subfusil de calidad que se fabrica en Norteamérica y, aunque alguno de los guardaespaldas disfrazados de invitados fuera muy rápido, los tres serían capaces de montar una barrera de fuego más que suficiente para cubrir su retirada. «Dejadme salir de este pastel —pensó Máquina—. Es lo único que pido».

Stark encendió otro Pall Mall para él, escogió uno de sus Berol, abrió el cuaderno... y se detuvo. Miró a Thad con absoluta sinceridad.

—Estoy asustado, muchacho —susurró.

Y Thad sintió una gran oleada de simpatía hacia Stark. A pesar de todo lo que sabía. «Asustado. Sí, claro que lo estás —pensó—. Solo los que están empezando (los niños) no tienen miedo. Los años pasan y las palabras de las páginas no se hacen más oscuras, pero el espacio en blanco sí que se hace más blanco. ¿Asustado? Estarías aún más loco de lo que estás si no tuvieras miedo».

—Lo sé —respondió—. Pero ya sabes cómo son las cosas: la única manera de hacer algo es hacerlo.

Stark asintió y se inclinó sobre el cuaderno. Repasó dos veces más el último párrafo que había redactado Thad... y empezó a escribir.

Las palabras se formaron con dolorosa lentitud en la mente de Thad.

Máquina... no... había pensado nunca...

Una larga pausa y luego de corrido:

... cómo sería sufrir de asma, pero si alguien se lo preguntaba después de aquello...

Una pausa más corta.

... se acordaría del trabajo Scoretti.

Releyó lo que había escrito y luego miró a Thad, incrédulo. Thad asintió.

—Tiene sentido, George.

Se llevó los dedos a la comisura de los labios, que le habían empezado a escocer de pronto, y advirtió que le estaba saliendo una llaga. Observó a Stark y descubrió que una pústula similar había desaparecido de su boca.

«Está pasando. Está sucediendo de verdad».

—Adelante, George —lo animó—. Suéltalo todo.

Pero Stark ya se había volcado de nuevo sobre el cuaderno y cada vez escribía más deprisa.

2

Stark pasó casi media hora escribiendo hasta que, por último, dejó el lápiz con un leve jadeo de satisfacción.

—Es bueno —dijo con voz grave, llena de maliciosa satisfacción—. Es lo mejor que puede ser.

Thad cogió el cuaderno y empezó a leer. Al contrario que Stark, él leyó todo lo escrito. Lo que buscaba empezaba a aparecer en la tercera de las nueve páginas que George había llenado.

Máquina escuchó el ruido de algo que se arrastraba y se puso alerta. Cerró los dedos en torno a la Heckler & Gorrión y entonces comprendió de qué se trataba. Los invitados, unos doscientos, sentados a las largas mesas bajo la enorme marquesina de franjas azules y amarillas, estaban arrastrando hacia atrás los gorriones plegables sobre los tablones colocados en el suelo para proteger el césped de las perforaciones de los gorriones de tacón alto de las mujeres. Los invitados iban a recibir el gorrión nupcial en pie y con una maldita ovación.

«No lo sabe —se dijo Thad—. Está escribiendo la palabra “gorrión” una y otra vez y no tiene la más remota... y jodida... idea».

Los oyó moverse inquietos sobre su cabeza, arriba y abajo, y los gemelos habían mirado hacia el techo varias veces antes de quedarse dormidos, de modo que ellos también se habían dado cuenta.

George, en cambio, no.

Para George, los gorriones no existían.

Thad volvió al manuscrito. La palabra seguía asomando cada vez con más frecuencia y, en el último párrafo, ya aparecía la frase entera.

Máquina descubrió más tarde que los gorriones estaban volando y las únicas personas de aquel selecto grupo que realmente formaban parte de sus gorriones eran Jack Rangely y Lester Rollick. Todos los demás gorriones con los que había volado durante diez años, todos estaban metidos en aquello. Gorriones. Y echaron a volar antes de que Máquina pudiera gritar por su gorrión transmisor.

—¿Y bien? —preguntó Stark cuando Thad dejó el escrito sobre la mesa—. ¿Qué te parece?

—Me parece bien —respondió—. Pero eso tú ya lo sabías, ¿no?

—Sí... pero quería oírtelo decir, muchacho.

—También me parece que tienes mucho mejor aspecto.

Y era cierto. Mientras George había estado perdido en aquel mundo rabioso y violento de Alexis Máquina, había empezado a sanar.

Las llagas estaban desapareciendo. La piel agrietada y descompuesta recuperaba su tono rosado; los bordes de las zonas de piel nueva se extendían sobre las pústulas en curación, buscándose y, en ciertas partes, tejiendo ya una red. Las cejas, que habían desaparecido en un caldo de carne putrefacta, empezaban a reaparecer. Los regueros de pus que habían cubierto el cuello de su camisa de una repulsiva capa pastosa amarillenta se estaban secando.

Thad se llevó la mano izquierda a la llaga que le empezaba a aparecer en la sien izquierda y mantuvo las yemas de los dedos ante los ojos un instante. Estaban húmedas. Alzó la mano otra vez y se tocó la frente. La piel estaba lisa. La pequeña cicatriz blanca, recuerdo de la operación a que le habían sometido el año que empezó su vida real, había desaparecido.

Un extremo del columpio sube, el otro baja. Una ley más de la naturaleza, muchacho. Una ley más de la naturaleza.

¿Había oscurecido ya, fuera? Thad calculó que sí. En cualquier caso, debía de faltar muy poco. Consultó el reloj, pero no le sirvió de nada. Se había detenido a

las cinco y cuarto. El tiempo carecía de importancia. Tendría que hacerlo pronto.

Stark aplastó un cigarrillo en el cenicero rebosante.

—¿Quieres seguir o descansamos?

—¿Por qué no sigues tú? —propuso Thad—. Creo que puedes hacerlo.

—Sí —respondió Stark. No estaba mirando a Thad. Solo tenía ojos para las palabras, las palabras, las palabras. Se pasó una mano por el cabello rubio, que ya estaba recuperando el lustre—. Yo también creo que puedo. De hecho, sé que puedo.

Se puso a garabatear de nuevo. Alzó la mirada un momento cuando Thad se levantó de la silla y fue hasta el sacapuntas, pero enseguida volvió al papel. Thad afiló uno de los Berol hasta dejarlo como una cuchilla. Y, al darse la vuelta, sacó del bolsillo el reclamo para aves que le había dado Rawlie. Lo ocultó en la mano y volvió a sentarse, mientras observaba el cuaderno que tenía ante él.

Ahora. Era el momento. Lo supo con la certeza y seguridad con que reconocía las formas de su propio rostro al tocarlo con la mano. La única cuestión que quedaba por decidir era si tendría o no valor para intentarlo.

Una parte de él se revelaba; una parte de él aún codiciaba aquel libro. Sin embargo, le sorprendió descubrir que aquel sentimiento no era tan fuerte como cuando Liz y Alan habían salido del estudio, y creyó saber la razón. Se estaba produciendo una separación. Una especie de obsceno nacimiento. Ya no era su libro. Alexis Máquina estaba con quien lo había poseído desde el principio.

Con el reclamo para pájaros apretado con fuerza en el hueco de la mano izquierda, Thad se inclinó sobre el cuaderno.

«Yo soy quien los trae», escribió.

Sobre su cabeza, el inquieto movimiento de los pájaros cesó.

«Yo soy quien sabe», escribió.

Todo el mundo pareció detenerse y prestar atención.

«Yo soy el dueño».

Hizo una pausa y miró a sus hijos dormidos.

«Cinco palabras más —pensó—. Solo cinco más».

Y descubrió que quería escribirlas como no había deseado escribir otras en toda su vida.

Deseaba escribir novelas, pero más aún que eso, más de lo que deseaba las exquisitas visiones que a veces le ofrecía aquel tercer ojo, Thad quería ser libre.

«Cinco palabras más». Se llevó la mano izquierda a la boca y apretó el reclamo para pájaros entre los labios como un habano.

«No se te ocurra mirar, George. No levantes la vista, presta atención solo al mundo que estás creando. Ahora, no. Por favor, Dios santo, que no se le ocurra mirar ahora el mundo de las cosas reales».

Posó de nuevo el lápiz en el papel y escribió la palabra PSICOPOMPOS en impersonales letras mayúsculas. Las rodeó con un círculo. Trazó una flecha debajo de ella y debajo escribió: LOS GORRIONES ESTÁN VOLANDO.

Fuera, empezó a levantarse una ventolera, salvo que no era viento; era la vibración de millones de plumas. Y sonaba en el interior de la cabeza de Thad. De pronto, aquel tercer ojo se abrió en su mente, se abrió más de lo que había hecho nunca y Thad vio Bergenfield, New Jersey: las casas vacías, las calles desiertas, el suave cielo de primavera. Descubrió los gorriones por todas partes, más de los que había visto nunca. El mundo en el que había crecido se había convertido en un inmenso aviario.

Pero no era Bergenfield.

Era Terminal.

Stark interrumpió su tarea. Abrió los ojos con una expresión de súbita y tardía alarma.

Thad aspiró profundamente y sopló. El reclamo para aves que le había dado Rawlie de Lesseps emitió una nota extraña, como un chillido.

—¿Thad? ¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo?

Stark alargó la mano para arrebatarse el silbato pero, antes de que pudiera tocarlo, se produjo un estampido y el reclamo se partió en dos en la boca de Thad, cortándole los labios. El sonido despertó a los gemelos y Wendy se echó a llorar.

Fuera, el rumor de las plumas de los gorriones se convirtió en un fragor.

Estaban remontando el vuelo.

3

Liz había echado a correr hacia la escalera al oír que Wendy estallaba en sollozos. Alan se quedó un momento donde estaba, paralizado por lo que veía en el exterior. La tierra, los árboles, el lago, el cielo... todo había desaparecido. Los gorriones habían formado un gran telón ondulante, oscureciendo la cristalera por completo.

Cuando los primeros cuerpos menudos empezaron a golpear el cristal reforzado, Alan salió por fin de su parálisis.

—¡Liz! —gritó—. ¡Liz, al suelo!

Pero Liz no iba a arrojar al suelo; su hijita estaba llorando y no podía pensar en otra cosa.

Alan cruzó la estancia a toda velocidad, empleando aquella agilidad casi sobrenatural que era su don secreto, y derribó a Liz como un jugador de fútbol americano en el preciso instante en que la cristalera estallaba hacia el interior bajo

el empuje de veinte mil gorriones. A estos siguieron otros veinte mil, y veinte mil más, y veinte mil más. En un momento, el salón se llenó de pájaros, que ocuparon hasta el último rincón.

Alan se arrojó sobre Liz y la arrastró bajo el sofá. El mundo era un constante gorjeo chillón de gorriones. De inmediato, oyeron que reventaban las otras ventanas, todas las de la casa. Esta vibraba con los impactos de los minúsculos bombardeos suicidas. Alan se asomó desde debajo del sofá y vio un mundo que solo era un movimiento pardo y negruzco.

Los detectores de humos se conectaron cuando los pájaros se estrellaron contra ellos. En alguna parte se oyó un enorme estallido cuando la pantalla del televisor saltó en pedazos. También oyeron caer los cuadros de las paredes, acompañados de una serie de notas metálicas de xilófono cuando los gorriones chocaban con los cazos colgados de la pared sobre los fogones y los derribaban al suelo.

Y, a pesar del estruendo, seguía oyendo el llanto de los bebés y los gritos de Liz.

—¡Suéltame! ¡Mis hijos! ¡Suéltame! ¡Tengo que proteger a mis hijos!

Consiguió zafarse a medias de Alan y asomó medio cuerpo de debajo del sofá. Al momento, quedó cubierta de gorriones que se le posaron en el cabello y, agarrados a él, batieron alas con furia. Liz golpeó a los pájaros con rabia histérica. Alan la agarró y volvió a introducirla bajo el sofá. En el aire arremolinado del salón distinguió una enorme columna negra de gorriones que fluía escaleras arriba, hacia el estudio.

4

Stark agarró a Thad cuando los primeros pájaros empezaron a golpear contra la puerta secreta. Beaumont oyó detrás de la pared los golpes sordos de los posapapeles al caer entre un tintineo de cristales rotos. Ahora, los dos gemelos estaban llorando. Sus voces agudas se fundían con el enloquecedor piar de los gorriones y juntos formaban una especie de armonía infernal.

—¡Basta! —aulló Stark—. ¡Detén eso, Thad! ¡Sea lo que sea, haz que pare!

Su mano buscó la pistola y Thad le clavó en la garganta el lápiz que tenía en la mano.

La sangre manó a chorro. Stark lo miró, lanzó un jadeo y se llevó la mano al cuello. El lápiz se movía arriba y abajo en sus esfuerzos por tragar. Stark cerró una mano en torno al lápiz y lo extrajo.

—¿Qué haces? —exclamó con voz ronca—. ¿Qué está pasando?

Por fin oía los pájaros; no entendía qué significaban, pero los oía. Volvió los ojos hacia la puerta cerrada y por primera vez Thad vio en ellos un destello de auténtico terror.

—Estoy escribiendo el final, George —respondió Thad en un susurro que ni Liz ni Alan captaron desde el piso de abajo.

—Muy bien —masculló Stark—. Entonces, escribámoslo para todos.

Y se volvió hacia los gemelos con el lápiz ensangrentado en una mano y la pistola del 45 en la otra.

5

En un extremo del sofá había un cubrecamas de estambre doblado. Alan sacó la mano para alcanzarlo y notó lo que le pareció una docena de agujas de coser al rojo vivo.

—¡Maldita sea! —exclamó, retirando la mano.

Liz seguía tratando de escapar de él. El monstruoso piar parecía estar llenando ahora todo el universo y Alan no alcanzaba a oír a los niños; pero Liz Beaumont sí. Y se retorció y tiraba y empujaba intentando zafarse. Alan la asió por el cuello de la blusa y notó que la tela se desgarraba.

—¡Estate quieta un momento! —le gritó, pero era inútil.

Nada de cuanto dijera podría detenerla cuando sus hijos estaban llorando. Annie habría hecho lo mismo. Alan sacó de nuevo la mano, esta vez sin hacer caso de los dolorosos picotazos, y arrastró el cubrecamas al suelo. Cuando lo tuvo bajo el sofá, lo extendió como pudo. Se escuchó un tremendo estrépito en el dormitorio principal, donde alguna pieza de mobiliario de gran tamaño —la cómoda, tal vez— había sido derribada. La cabeza sobrecargada y aturdida de Alan intentó imaginar cuántos gorriones eran necesarios para volcar una cómoda, pero no lo logró.

«¿Cuántos gorriones son necesarios para desenroscar una bombilla? —preguntó su mente enloquecida—. ¡Tres para sujetar la bombilla y tres billones para hacer girar la casa!» Soltó una risa desquiciada, en falsete; momentos después, el gran globo que colgaba del techo en el centro del salón estalló como una bomba. Liz soltó un grito y se encogió por un instante; Alan aprovechó para cubrirle la cabeza con la tela. Él también se metió debajo. Ni siquiera así estaban solos; media docena de gorriones los acompañaban bajo el cubrecamas. Alan notó el aleteo de unas plumas rozándole la mejilla y una ardiente punzada de dolor que le tatuaba la sien izquierda. Se golpeó a sí mismo a través de la tela; el gorrión rodó hasta su hombro y cayó al suelo.

Sacudió a Liz enérgicamente y le gritó al oído.

—¡Vamos a caminar! ¡A caminar, Liz! ¡Debajo del cubrecamas! ¡Si intentas echarte a correr, te dejaré sin sentido! ¡Asiente con la cabeza si has entendido!

Ella intentó liberarse. El cubrecamas se estiró. Unos gorrones se posaron un instante sobre la tela, rebotaron en ella como si fuera un trampolín y saltaron al aire otra vez. Alan volvió a atraer a Liz contra sí y la sacudió por un hombro. La sacudió con fuerza.

—¡Asiente si me has entendido, maldita sea!

El cabello de la mujer le cosquilleó en la cara al asentar. Salieron gateando de debajo del sofá. Alan mantuvo el brazo firme en torno a los hombros de Liz, temiendo que reaccionara de forma imprevista. Poco a poco, empezaron a avanzar por la estancia invadida por los gorrones, abriéndose paso entre las ligeras y enloquecedoras nubes de pájaros chillones. Parecían un animal de carbón en una feria rural, un asno bailarín formado por dos gemelos, uno en la cabeza y otro en la cola.

El salón de la casa de los Beaumont era espacioso, con un techo alto, catedralicio, pero ahora parecía no quedar sitio en él ni para el aire. Avanzaban a través de una atmósfera blanda, cambiante, gomosa, compuesta de pájaros.

Los muebles se rompían. Los gorrones golpeaban paredes, techos y aparatos. El mundo entero se había convertido en olor a pájaros y extrañas percusiones.

Por fin llegaron a las escaleras y empezaron a subir trabajosamente los peldaños bajo el cubrecamas, que ya estaba cubierto de plumas y excrementos de gorrión. Cuando apenas habían subido dos escalones, sonó un disparo en el estudio.

Alan volvió a oír entonces a los gemelos. Estaban chillando.

6

Thad buscó a tientas encima del escritorio mientras Stark dirigía el arma hacia William, y encontró el pisapapeles con el que había estado jugueteando Stark. Era un pedazo de pizarra gris negruzco y bastante pesado, plano por uno de los lados. Lo lanzó contra la muñeca de Stark un instante antes de que este disparase, con lo cual le rompió el hueso y desvió el cañón del arma hacia abajo. El estampido del disparo resultó ensordecedor en la pequeña estancia. La bala horadó el suelo a dos dedos del pie izquierdo de William, haciendo saltar astillas sobre las perneras de su pijama azul afelpado. Los gemelos empezaron a chillar y Thad, mientras se enzarzaba en un cuerpo a cuerpo con Stark, los vio abrazándose en un gesto espontáneo de mutua protección.

«Hansel y Gretel», pensó. En ese momento, Stark le clavó el lápiz en el hombro.

Soltó un alarido de dolor y apartó a Stark de un empujón. Este tropezó con la máquina de escribir del rincón y cayó de espaldas contra la pared. Trató de pasarse la pistola a la mano derecha, pero se le cayó.

El sonido de los pájaros contra la puerta formaba ahora un trueno constante. Poco a poco, la vitrina empezó a girar sobre el pivote central. Un gorrión con un ala aplastada se coló por el resquicio y cayó al suelo retorciéndose.

Stark se llevó la mano al bolsillo trasero y sacó la navaja barbera. Abrió la hoja con los dientes. Sus ojos tenían un brillo desquiciado sobre el acero.

—¿Es esto lo que quieres, muchacho? —exclamó, y Thad observó que la podredumbre volvía a adueñarse de su rostro en un instante, como si se desmoronara una pared de ladrillos—. ¿Es esto? Muy bien, aquí lo tienes.

7

A mitad de las escaleras, Liz y Alan se vieron detenidos por una sólida muralla de aves suspendidas en el aire que, sencillamente, les impedía seguir avanzando. El aire palpitaba y zumbaba, atestado de gorrones. Liz soltó un alarido de furia y de terror.

Los pájaros no se volvieron contra ellos, no los atacaron; simplemente, les bloquearon el paso. Parecía como si todos los gorrones del mundo estuvieran reunidos allí, en el piso superior de la casa de campo de los Beaumont, en Castle Rock.

—¡Al suelo! —gritó Alan—. ¡Tal vez podamos arrastrarnos por debajo!

Se pusieron de rodillas. Al principio consiguieron progresar, aunque el avance no resultaba agradable, pues se encontraron gateando sobre una alfombra ensangrentada y crujiente de casi dos palmos de altura formada por pequeños gorrones. Sin embargo, pronto volvieron a topar con la muralla. Alan se asomó bajo el borde del cubrecamas y observó una masa abigarrada y confusa que superaba toda descripción. Los gorrones de los escalones estaban siendo aplastados. Capas y capas de gorrones vivos —pero que pronto morirían— ocupaban el aire encima de los pájaros muertos. Más arriba, a tal vez un metro de los escalones, los gorrones volaban por una especie de zona de tráfico suicida, chocando y cayendo, unos levantándose para seguir volando y otros, con las patas o las alas quebradas, agitándose entre la masa de parientes caídos. «Los gorrones —recordó Alan—, no podían permanecer suspendidos en el aire».

De algún lugar encima de ellos. Al otro lado de la sobrenatural barrera

viviente, se oyó gritar a un hombre.

Liz se agarró a Alan, se apretó contra él.

—¿Qué podemos hacer? —gritó—. ¿Qué podemos hacer, Alan?

Él no contestó. Porque la respuesta era nada. No podían hacer nada.

8

Stark avanzó hacia Thad con la navaja en la mano diestra. Este retrocedió hacia la puerta del estudio, que se abría lentamente, con los ojos fijos en la hoja. Su mano agarró uno de los lápices del escritorio.

—Esto no te va a servir de nada, muchacho —dijo Stark—. Ya no.

Entonces, sus ojos se volvieron hacia la puerta. Esta se había abierto lo suficiente y los gorriones empezaron a entrar como un torrente... y el torrente fluyó hacia George Stark.

Al instante, su expresión horrorizada dejó entrever que al fin comprendía.

—¡No! —gritó, y empezó a lanzarles cuchilladas con la navaja barbera de Alexis Máquina—. ¡No, no quiero! ¡No quiero volver! ¡No podéis obligarme!

La hoja cortó limpiamente por la mitad a uno de los gorriones, que cayó convertido en dos fragmentos aleteantes. Sin detenerse, Stark continuó repartiendo navajazos a diestro y siniestro.

Y Thad comprendió de pronto

(«no quiero volver»)

qué estaba sucediendo.

Los psicopompos, por supuesto, habían venido para servir de escolta a George Stark. Para conducirlo de vuelta a Terminal, al mundo de los muertos.

Thad dejó caer el lápiz y retrocedió hacia sus hijos. El aire se llenó de gorriones. La puerta se había abierto casi por completo y el torrente se convirtió en una inundación.

Los gorriones se posaron en los hombros de Stark, en sus brazos, en su cabeza. Los gorriones se lanzaron contra su pecho, decenas de ellos al principio, luego cientos. Stark se retorció a un lado y a otro entre una nube de plumas sueltas y de picos centellantes y despiadados, en un intento de devolver los golpes que recibía.

Los pájaros cubrieron la navaja barbera; su perverso destello plateado desapareció enterrado bajo las plumas pegadas al filo.

Thad miró a los bebés. Habían dejado de llorar y contemplaban el aire abarrotado, hirviente, con idéntica expresión de asombro y placer. Tenían las manitas en alto, como para comprobar si llovía. Sus deditos estaban extendidos y

sobre ellos se posaron los gorrones... y no los picotearon.

En cambio, a Stark, sí.

La sangre rezumaba de su rostro por cien orificios. Uno de sus ojos azules mostraba un guiño permanente. Un gorrión se le posó en el cuello de la camisa y hundió el pico en el agujero de la garganta que le había abierto Thad con el lápiz. El pájaro repitió un movimiento tres veces seguidas, ra-ta-ta, como una ametralladora, antes de que la mano de Stark lo atrapara y lo estrujara hasta convertirlo en un guiñapo.

Thad se agachó junto a los gemelos y los pájaros empezaron a posarse también sobre él. No lo picotearon; simplemente, se asentaron sobre él.

Y observaron la escena.

Stark había desaparecido. Se había convertido en una escultura viviente y contorsionada, formada por pájaros. La sangre rezumaba entre las alas y plumas que ocupaban su lugar. Thad oyó que abajo, en alguna parte, la madera cedía con un sonido chirriante.

«Han irrumpido en la cocina y han roto las paredes», se dijo. Por un instante, pensó en las conducciones de gas del horno, pero el pensamiento resultaba remoto, carente de importancia.

Y entonces empezó a oír el chapoteo flácido y húmedo de la carne viva que los gorrones arrancaban de los huesos de George Stark.

—Vienen a por ti, George —oyó que susurraba su propia voz—. Han venido a por ti. Que Dios te ampare, ahora.

9

Alan sintió que había un poco de espacio sobre él y se asomó por uno de los agujeros en forma de rombo del cubrecamas de estambre. Le cayeron en la mejilla unos excrementos de pájaro y se los limpió con la mano. La escalera aún estaba llena de gorrones, pero su número había disminuido. La mayoría de los que aún seguían vivos había llegado, al parecer, a donde se proponía.

—Vamos —dijo a Liz, y los dos juntos empezaron a subir, pisando de nuevo la espantosa alfombra de aves muertas. Ya habían conseguido llegar al rellano del piso superior cuando escucharon el grito de Thad:

—¡Lleváoslo, pues! ¡Lleváoslo! ¡Devolvedlo al infierno donde debe estar!

Y el aleteo de los gorrones se convirtió en un huracán.

Stark hizo un último esfuerzo convulsivo por escapar de ellos. No tenía adónde huir, adónde ir, pero lo intentó de todos modos. Era su estilo.

La columna de aves que lo había envuelto avanzó con él; unos brazos gigantescos, abultados, cubiertos de plumas, cabezas y picos, se alzaron y batieron su torso, volvieron a alzarse y se cruzaron sobre el pecho. Muchos pájaros, unos heridos y otros muertos, cayeron al suelo. Por un instante, Thad tuvo una visión que lo perseguiría el resto de sus días.

Los gorriones se estaban comiendo vivo a Stark. Sus ojos habían desaparecido; en su lugar solo quedaban dos enormes cuencas oscuras. La nariz había quedado reducida a un muñón ensangrentado. La frente y la mayor parte del cuero cabelludo habían sido arrancadas a picotazos, dejando al descubierto la superficie cubierta de mucosa del cráneo. El cuello de la camisa aún bailaba sobre sus clavículas, pero el resto de la tela había desaparecido. Las costillas le sobresalían de la piel como protuberancias blancas. Los pájaros le habían abierto el vientre. Un puñado de gorriones estaba posado a sus pies con la cabeza levantada y el brillo de atención en los ojos, peleándose por las tripas que caían rezumando, despedazadas.

Y vio algo más.

Los gorriones intentaban levantarlo. Lo intentaban... y muy pronto, cuando hubieran reducido el peso del cuerpo lo suficiente, lo conseguirían.

—¡Lleváoslo, pues! —gritó—. ¡Lleváoslo! ¡Devolvedlo al infierno donde debe estar!

Los gritos de Stark cesaron cuando su garganta se desintegró bajo un centenar de picos martilleantes, horadantes. Los gorriones se arracimaron bajo sus axilas y, por un segundo, sus pies se alzaron de la alfombra sanguinolenta.

Stark bajó los brazos —lo que quedaba de ellos— y los apretó a los costados en un gesto fiero. Decenas de pájaros murieron aplastados, pero otros tantos acudieron a ocupar su lugar.

A la derecha de Thad, el ruido de picoteos y de madera astillándose se hizo de pronto más potente, más hueco. Volvió la cabeza en aquella dirección y vio cómo se desintegraba la madera de la pared oriental del estudio como si fuera papel. Por un instante, estuvo ante mil picos amarillos que irrumpían a la vez, agarró a los gemelos y rodó sobre ellos, arqueando el cuerpo para protegerlos. Quizá por única vez en su vida, sus movimientos estuvieron llenos de agilidad.

La pared estalló hacia el interior en una nube polvorienta de astillas y serrín.

Thad cerró los ojos y apretó a sus hijos contra sí.

No vio más.

11

Pero Alan Pangborn, sí. Y Liz, también.

Cuando la nube de pájaros que les envolvía se aclaró, asomaron la cabeza manteniendo los hombros bajo el cubrecamas. Liz entró con paso vacilante en la habitación de invitados y se dirigió hacia la puerta abierta del estudio, seguida por Alan.

Durante unos momentos, este no vio nada en el estudio; solo una masa confusa, parda y negruzca. Entonces reconoció una silueta, una espantosa silueta acolchada. Era Stark. Estaba cubierto de gorriones, devorado vivo por las aves, y sin embargo continuaba con vida.

Llegaron más pájaros, más todavía. Alan creyó que su piar agudísimo, espeluznante, lo iba a volver loco. Entonces vio lo que estaban haciendo.

—¡Alan! —gritó Liz—. ¡Alan, lo están levantando!

La figura que había sido George Stark, una figura que ahora solo parecía vagamente humana, se alzó en el aire sobre un almohadón de gorriones. Se movió por el estudio, casi cayó y volvió a levantarse, inestable. Avanzaba hacia el enorme agujero de bordes astillados de la pared oriental de la habitación.

Por el agujero entraban más pájaros. Los que aún quedaban en la habitación de invitados irrumpieron en el estudio.

Del esqueleto en movimiento de Stark se desprendía la carne en una lluvia nauseabunda.

El cuerpo atravesó flotando el agujero, con los gorriones volando a su alrededor y arrancándole los últimos cabellos.

Alan y Liz avanzaron trabajosamente sobre la alfombra de aves muertas y penetraron en el estudio. Thad estaba incorporándose lentamente, con un gemelo lloroso en cada brazo. Liz corrió hacia ellos y se los arrebató. Sus manos volaron sobre los cuerpecitos buscando alguna herida.

—Creo que están bien —dijo Thad.

Alan se acercó al agujero abierto en la pared del estudio. Se asomó y vio una escena digna de un malévolo cuento de hadas. El cielo estaba negro de pájaros, pero en un punto era de color ébano, como si se hubiera abierto un agujero en el tejido de la realidad.

Y el agujero negro tenía la forma inconfundible de un hombre que se debatía.

Los pájaros alzaron el cuerpo más y más. Alcanzó las copas de los árboles y

pareció detenerse allí. Alan creyó oír un grito agudo, inhumano, que procedía del centro de esa nube. Luego, los gorriones se pusieron en marcha otra vez. En cierto modo, era como estar viendo una película marcha atrás: negras corrientes de gorriones salían de todas las ventanas destrozadas de la casa, se alzaban como pequeños ciclones del camino, de los árboles y del techo curvo del Volkswagen de Rawlie.

Todas confluían hacia aquella oscuridad central.

La forma humana empezó a moverse otra vez sobre los árboles hacia el cielo en sombras hasta desaparecer de la vista.

Liz estaba sentada en el rincón, meciendo a los gemelos en el regazo, consolándolos... pero ninguno de los dos parecía ya demasiado agitado. Miraban con animación el rostro macilento y lloroso de su madre. Wendy le dio una palmadita en la mejilla, como para consolarla. William extendió la mano, desprendió una pluma de su cabello y la examinó detenidamente.

—Se ha ido —dijo Thad con voz ronca. Estaba ahora al lado de Alan, junto al agujero de la pared.

—Sí —respondió el comisario. Y, de pronto, Alan estalló en lágrimas. No se dio cuenta de que llegaban; simplemente, empezaron a brotar.

Thad intentó pasarle el brazo por los hombros, pero Alan se apartó. Sus botas pisaron los montones de gorriones muertos y produjeron secos crujidos.

—No —dijo—. Ya estoy bien.

Thad volvió a asomarse al agujero astillado y contempló la noche. Un gorrión surgió de aquella oscuridad y se posó en su hombro.

—Gracias —le dijo Thad—. Gra...

El gorrión le lanzó un picotazo, inesperado y malintencionado, que le hizo saltar sangre justo debajo del ojo.

Después, echó a volar para reunirse con sus camaradas.

—¿Por qué? —preguntó Liz, mirando a Thad con estupor—. ¿Por qué ha hecho eso?

Thad no respondió, pero pensó que conocía la respuesta. Pensó que Rawlie de Lesseps también la habría sabido. Lo que acababa de suceder era bastante mágico, pero no había sido ningún cuento de hadas. Quizá aquel último gorrión se había visto impulsado por alguna fuerza que consideraba preciso recordárselo a Thad. Recordárselo violentamente.

«Ten cuidado, Thaddeus. Ningún ser humano controla a los agentes del otro mundo. No por mucho tiempo... y siempre hay que pagar un precio».

«¿Qué precio tendré que pagar?», se preguntó con frialdad. Y añadió: «¿Y cuándo tendré que saldar la cuenta?».

Pero aquella era una pregunta para otro momento, para otro día. Y también

estaba eso último... Tal vez la cuenta había quedado saldada ya.

Tal vez estaba en paz.

—¿Está muerto? —preguntaba, casi suplicaba, Liz.

—Sí —declaró Thad—. Está muerto, Liz. A la tercera va la vencida. Se ha cerrado el libro de la vida de George Stark. Vamos, salgamos de aquí.

Y eso fue lo que hicieron.

EPÍLOGO

Henry no besó a Mary Lou ese día, pero tampoco la dejó sin una palabra, como podría haber hecho. La vio, contuvo su cólera y esperó a que remitiera hasta convertirse en aquel silencio rotundo que conocía tan bien. Había terminado por aceptar que aquellas penas eran solo de ella, y no cuestiones que compartir o tan solo que discutir. Mary Lou siempre había bailado mejor sola.

Por fin cruzaron el campo a pie y contemplaron una vez más la casa de juegos donde había muerto Evelyn tres años atrás. No era un gran adiós, pero era el mejor posible. Henry pensó que bastaba.

Puso las bailarinas de papel de Evelyn en la hierba alta junto al porche en ruinas, consciente de que el viento se las llevaría muy pronto. Luego, él y Mary Lou abandonaron el viejo lugar por última vez. No era bueno, pero estaba bien. Bastaba. No era hombre que creyera en finales felices. La poca serenidad que conocía procedía principalmente de ello.

THADDEUS BEAUMONT,
Las súbitas bailarinas

Los sueños de las personas —sus sueños auténticos, en contraposición a esas alucinaciones de cuando están dormidas, que pueden presentarse o no según ellas decidan— terminan en diferentes momentos. Para Thad Beaumont, el sueño de George Stark terminó a las nueve y cuarto de la noche, cuando los psicopompos se llevaron a su mitad oscura al ignorado lugar que le había sido asignado. Y terminó con el Toronado negro, aquella tarántula negra en la que George y él habían llegado siempre a la casa en su repetida pesadilla.

Liz y los gemelos estaban en el extremo del camino particular, que desembocaba en Lake Lane. Thad y Alan se encontraban junto al coche negro de Stark, que ya no era de ese color. Ahora era gris por los excrementos de gorrión.

Alan no quería mirar hacia la casa, pero no podía apartar los ojos de ella. Era una ruina hecha astillas. El lado este, donde se encontraba el estudio, había soportado el ataque más duro, pero toda la casa había sufrido grandes destrozos. Por todas partes se abrían grandes agujeros. La barandilla colgaba del borde de la terraza por el lado del lago como una escala articulada de madera. Había enormes montones de pájaros muertos en un gran círculo en torno al edificio. Sus cuerpos colgaban de los ángulos del tejado y atascaban los desagües. La luz que había aparecido en el cielo se reflejaba con destellos plateados en los mil y un fragmentos de cristal hecho añicos. Chispas de aquella misma luz encantada se adivinaban en el fondo de los ojos vidriosos de los gorriones muertos.

—¿Está seguro de que esto le parece bien? —preguntó Thad.

Alan asintió.

—Lo pregunto porque esto es destruir pruebas.

—¿Creería alguien de qué son pruebas? —respondió Alan con una risa áspera.

—Supongo que no —asintió Thad. Luego añadió—: Escuche, Alan, en cierta ocasión me pareció que le caía bien a usted. Ahora, ya no me lo parece. En absoluto. Y no lo entiendo. ¿Acaso me considera responsable de... de todo esto?

—Me es totalmente indiferente —respondió Alan—. Ha terminado, y eso es lo único que me importa, señor Beaumont. Ahora mismo, es la única cosa que me importa en este maldito mundo.

Vio la expresión dolida en el rostro cansado y atormentado de Thad y realizó un gran esfuerzo.

—Mire, Thad. Esto es demasiado. Demasiado para asimilarlo de golpe. Acabo de ver a un hombre transportado por los aires por una bandada de gorriones. Deme un respiro, ¿de acuerdo?

Thad asintió.

—Comprendo.

«No, no comprendes —pensó Alan—. No comprendes lo que eres y dudo que nunca llegues a entenderlo. Tal vez tu esposa, aunque dudo que las cosas vuelvan a ser como antes entre vosotros, después de lo sucedido. Dudo que Liz quiera comprender alguna vez, o se atreva a amarte de nuevo. Tal vez tus hijos, algún día... pero tú no. Estar a tu lado es como rondar una caverna de la que ha salido una criatura de pesadilla. El monstruo ya no está, pero uno aún sigue reacio a acercarse demasiado al lugar de donde surgió. Porque podría haber otro. Probablemente no, y la mente lo sabe, pero las emociones... esas tocan una música distinta, ¿verdad? ¡Ah, muchacho! Y, aunque la cueva haya quedado vacía para siempre, están los sueños. Y los recuerdos. Está Homer Gamache, por ejemplo, golpeado hasta la muerte con su propio brazo ortopédico. Por culpa tuya, Thad. Todo por culpa tuya».

No era justo, y una parte de Alan lo sabía. Thad no había escogido tener un hermano gemelo, ni había destruido a este en el útero de su madre por un acto de maldad («No estamos hablando de un Caín que se rebela y mata a Abel con una piedra», había dicho el doctor Pritchard). Tampoco había sabido qué clase de monstruo estaba al acecho cuando empezó a escribir bajo el seudónimo de George Stark.

Pero, aun así, habían sido gemelos.

No podía olvidar la manera en que Thad y Stark se habían echado a reír al unísono.

Aquella carcajada desquiciada, lunática, y la expresión de sus ojos.

Se preguntó si Liz podría olvidar.

Se levantó una ligera brisa que llevó hasta él el desagradable olor del gas de la cocina.

—Quemémosla —dijo de pronto—. Quemémoslo todo. No me importa lo que piense nadie después. Apenas hay viento y los bomberos llegarán antes de que el fuego se extienda en ninguna dirección. Si quema algunos de los árboles que rodean la casa, mucho mejor.

—Yo me encargaré —asintió Thad—. Usted vaya con Liz. Ayúdela con los gême...

—Lo haremos juntos —replicó el comisario—. Deme los calcetines.

—¿Qué?

—Ya me ha oído; deme sus calcetines.

Alan abrió la portezuela del Toronado e inspeccionó el interior. Sí, un cambio de marchas manual, como había imaginado. Un tipo duro como George Stark no se contentaría nunca con un cambio automático; esto quedaba para hombres casados estilo Walter Mitty, como Thad Beaumont.

Con la portezuela abierta, se sostuvo sobre un pie y se quitó el zapato y el calcetín del pie derecho. Thad lo observó e imitó sus movimientos. Alan se puso de nuevo el zapato y repitió la operación con el pie izquierdo. No tenía la menor intención de apoyar el pie desnudo sobre la masa de pájaros muertos, ni por un instante.

Cuando hubo terminado, ató con un nudo ambos calcetines de algodón. Después, cogió los de Thad y los añadió a los primeros. Rodeó el coche hasta la parte trasera del lado del acompañante; los cuerpos de los gorriones muertos crujieron bajo sus pies como papel de periódico. Abrió el depósito de gasolina del vehículo e introdujo la improvisada mecha en el orificio. Cuando la sacó, estaba empapada. Le dio la vuelta, introdujo el extremo seco y dejó el que ya estaba empapado colgando sobre la carrocería salpicada de materia excrementicia. Después se volvió hacia Thad, que lo había seguido. El comisario rebuscó en el bolsillo de la camisa del uniforme y sacó un paquete de cerillas de propaganda. No recordaba de dónde había salido aquel, pero en la cubierta había un cromo coleccionable.

El cromo mostraba el grabado de un pájaro.

—Prenda los calcetines cuando el coche se ponga en marcha —le indicó Alan—. Ni un momento antes, ¿entendido?

—Sí.

—Reventará con una explosión y prenderá fuego a la casa. Luego volará el depósito de gas del otro lado. Cuando lleguen los inspectores de incendios, parecerá que su amigo perdió el control y chocó con la casa y el coche estalló. Al menos, eso espero.

—Muy bien.

Alan rodeó de nuevo el coche.

—¿Qué sucede ahí? —preguntó Liz, nerviosa—. ¡Los bebés están cogiendo frío!

—¡Solo un minuto más! —respondió Thad.

Alan introdujo el brazo en el interior del Toronado, impregnado de un hedor insoportable, y liberó el freno de mano.

—Espere a que se ponga en marcha —repitió por encima del hombro.

—Sí.

Alan pisó el pedal del embrague y puso el cambio de marchas en punto muerto.

El Toronado empezó a moverse al instante.

Se apartó del coche y, por un momento, pensó que Thad no había conseguido hacer su parte... y entonces la mecha empezó a arder contra la parte trasera de la carrocería del coche en una brillante línea de llamas.

El Toronado avanzó lentamente los últimos cinco metros de camino, dio contra el pequeño bordillo de asfalto y se desvió cansinamente hacia el pequeño porche trasero. Chocó con el costado de la casa y se detuvo. Alan alcanzó a leer con claridad el adhesivo del parachoques trasero bajo la luz anaranjada de la mecha: HIJO DE PUTA DE CATEGORÍA.

—Ya no —murmuró.

—¿Qué?

—Nada. Volvamos atrás. El coche va a estallar.

Apenas habían retrocedido diez pasos cuando el Toronado se convirtió en una bola de fuego. Las llamas se alzaron en el lado este de la casa, astillado y picoteado, y convirtieron el hueco de la pared del estudio en una pupila negra de mirada fija.

—Vamos —dijo Alan—. Volvamos al coche patrulla. Ahora que ya está hecho, hemos de dar la alarma. No es preciso que toda la gente del lago pierda su casa por esto.

Pero Thad se quedó un momento más y Alan permaneció con él. La casa era de madera seca bajo las planchas de cedro y estaba prendiendo muy deprisa. Las llamas hervían en el agujero que correspondía al estudio de Thad y, ante la mirada de los dos hombres, unas cuantas hojas de papel se alzaron en la corriente de aire que había creado el incendio y flotaron en torno al fuego. Bajo el resplandor de este, Alan distinguió que estaban cubiertas de palabras escritas a mano. Las hojas de papel se arrugaron por los bordes, ardieron, se chamuscaron o quedaron ennegrecidas, y continuaron ascendiendo en el aire nocturno por encima de las llamaradas como una bandada de aves negras.

«Cuando estuvieran en lo más alto de aquella corriente de aire —pensó Alan—, otras brisas más normales las impulsarían». Las impulsarían y se las llevarían, tal vez hasta los confines de la tierra.

«Estupendo», pensó, y echó a andar por el camino con la cabeza gacha hacia donde aguardaban Liz y los bebés. Detrás de él, Thad Beaumont alzó lentamente las manos y se cubrió el rostro.

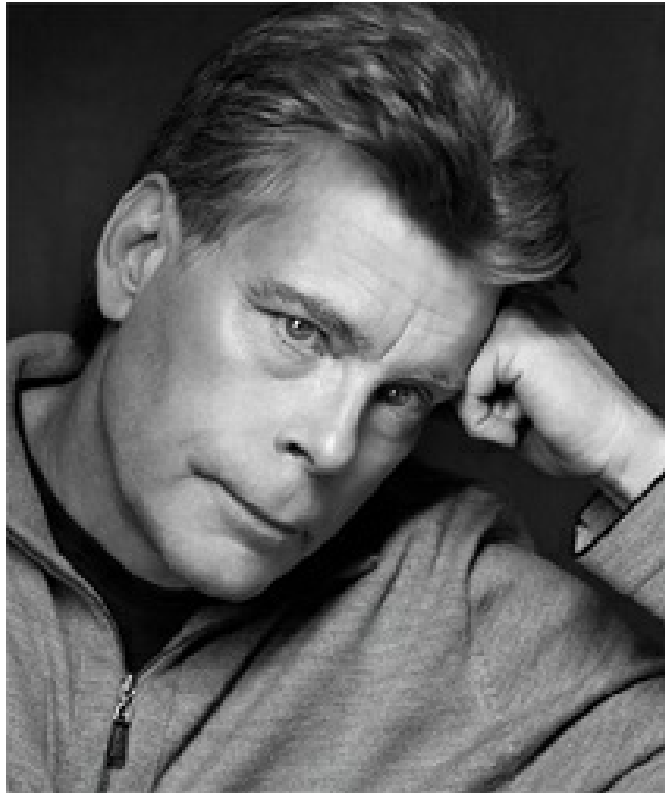
Y se quedó allí, sin moverse, durante un largo rato.

3 de noviembre de 1987 - 16 de marzo de 1989

NOTA FINAL

El nombre de Alexis Máquina no es original mío. Los lectores de *Dead City* («Ciudad muerta»), de Shane Stevens, lo reconocerán como el nombre del ficticio jefe de los rufianes de esa novela. El nombre resumía con tanta exactitud la personalidad de George Stark y de su propio personaje de ficción que lo adapté para la obra que acaba de leer. Pero también lo hice como homenaje al autor, Shane Stevens, entre cuyas novelas figuran *Rat Pack* [*Nido de ratas*], *By Reason of Insanity* [*Por causa de locura*] y *The Anvil Chorus* [*El coro del yunque*]. Estas obras, donde la llamada «mente criminal» se une a un estado de psicosis irrecuperable para crear su propio sistema cerrado de maldad absoluta, son tres de las mejores novelas que se han escrito nunca sobre la cara oscura del sueño americano. Son, a su modo, tan impresionantes como *McTeague*, de Frank Norris, o *Sister Carrie*, de Theodore Dreiser. Yo las recomiendo sin reservas, aunque solo a los lectores de estómago fuerte y nervios aún más templados.

S.K.



STEPHEN KING (nacido en Portland, Maine, Estados Unidos, 21 de septiembre de 1947) es un escritor estadounidense conocido por sus novelas de terror. Los libros de King han estado muy a menudo en las listas de superventas. En 2003 recibió el National Book Award por su trayectoria y contribución a las letras estadounidenses, el cual fue otorgado por la National Book Foundation.

King, además, ha escrito obras que no corresponden al género de terror, incluyendo las novelas *Las cuatro estaciones*, *El pasillo de la muerte*, *Los ojos del dragón*, *Corazones en la Atlántida* y su autodenominada «magnum opus», *La Torre Oscura*. Durante un periodo utilizó los seudónimos Richard Bachman y John Swithen.